



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ESTUDIOS
MESOAMERICANOS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

ANÁLISIS COMPARATIVO DE CINCO RASGOS DEL PAISAJE CON
RELEVANCIA SIMBÓLICA DEL HORIZONTE OLMECA

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS MESOAMERICANOS

PRESETA:
ALBERTO ORTIZ BRITO

TUTOR:
DR. PAUL SCHMIDT SCHOENBERG
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ESTUDIOS MESOAMERICANOS

CIUDAD DE MÉXICO, 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicado a mi amado hermano Pablo

Agradecimientos

En el transcurso de mis estudios de maestría en la UNAM conté con el apoyo de numerosas personas que sin ellas esta etapa de mi vida no hubiese sido igual de enriquecedora y satisfactoria. Disculpandome de antemano por mi pésima memoria, trataré de expresar mis más sinceros agradecimientos a cada una de estas personas.

En primer lugar quiero dar mis infinitas gracias a mis padres y a mi hermano. Mamá y papá, por más que intento no encuentro las palabras para agradecerles por su incondicional apoyo y amor, solo puedo decir que me siento afortunado de que la vida me haya puesto en sus brazos. Lo mismo va para ti Pablo, acepta la dedicatoria de esta tesis como la muestra de mi más profundo agradecimiento por todas las experiencias buenas y malas que hemos compartido, y por seguir creyendo en mí más de lo que yo creo en mí mismo, al fin de cuentas sí pude, ahora te toca a ti. Casi olvido a Balú, mi hermano canino, gracias por tu cariño y por hacer placenteras nuestras caminatas por el campo. También doy las gracias a mis demás familiares, abuelos, tíos, primos y sobrinos. A pesar de que me conocen muy bien, piensan que soy estudioso y trabajador, y esto me ha hecho creer y tratar de ser ese tipo de persona.

No puedo olvidar a mi otra familia, la que me ha acompañado desde la licenciatura: Mario, Thania, Emilio, Chema, Bertilla, Chiquito, José Luis el recientemente integrado, y los que me falten. Gracias por haber hecho el gran esfuerzo de soportarme en estos dos últimos años, mis mejores experiencias y borracheras durante la maestría han sido con ustedes. Los voy a extrañar demasiado, ¡animo!

A mis compañeros de generación de la maestría: Julio, Mario, Laura, Oscar, Fernando, Atenea, Salomón, Edgar, etc. Gracias por su amistad y conocimientos, y también por hacerme ver que hay cosas muchas más interesantes que los olmecas. Igualmente, doy las gracias a mis maestros del posgrado, sin duda sus enseñanzas invaluable han enriquecido mis conocimientos sobre la arqueología mesoamericana. Mención especial merecen la Dra Emily McClung, Diana, Cristina y Emilio, gracias por haberme las puertas de su laboratorio y por intruducirme en el mundo de la

paleoetnobotánica. Gracias también a los administrativos del posgrado de Estudio Mesoamericanos la Dra Carmen Valverde, la Dra. Ana Bella Pérez, Myriam y Elvia, por facilitar mi estancia en el posgrado y por resolver amablemente mis dudas y problemas académicos. Igualmente doy las gracias a los administrativos, maestros y estudiantes del programa de antropología de la Universidad de Kentucky por hacer de mi estancia académica una experiencia placentera.

Gracias a todas aquellas personas que me apoyaron en la realización de este trabajo de investigación. A la Dra. Maura Ordoñez y a la Mtra. Ixchel Fuentes por permitirme cordialmente el acceso a los materiales del San Martín Pajapan albergados en el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana. Al Dr. Mario Navarrete por facilitarme una copia de su diario de campo y por las fascinantes historias de su estancia en el San Martín Pajapan. A Don Santos y Doña Marta por su calurosa hospitalidad en el pueblo de Pajapan y por haberme llenado el estomago de platillos deliciosos. A Efrain y su hijo Erik por acompañarme en mi aventura de subir al recinto sagrado del San Martín Pajapan. A Tara y Brendan por haberse animado a explorar conmigo los sitios arqueológicos de la costa del Golfo. A la Dra. Lourdes Budar y su equipo de trabajo, Gibrann, Chachis, Viri, Marimar por ese mágico fin de semana en La Perla del Golfo. Al Dr. Chris von Nagy y su equipo por mostrarme la espectacular cueva de Oxtotitlán y demás sitios de Guerrero. Al Dr. Carl Wendt por proporcionarme amablemente los informes de su proyecto arqueológico en Arroyo Pesquero, y a su equipo de trabajo, Juan, Alfredo, Omar y Andrea por el divertido viaje a este sitio. Al tío Poc por su ayuda con el análisis de los materiales del San Martín Pajapan y por las agradables pláticas sobre El Manatí y sobre otras cosas no académicas.

Gracias a los miembros del comité sinodal, la Dra. Annick Danneels, el Dr. Christopher Pool, el Mtro. Tomás Pérez Suárez y el Mtro. Hirokazu Kotegawa, por sus valiosos comentarios, críticas y observaciones que contribuyeron sobremanera al mejoramiento de mi tesis y abrieron las puertas a nuevas preguntas y temas de investigación. Asimismo, agradezco a mi tutor el Dr. Paul Schmidt por haberme aceptado como su tesista y permitirme hacer una tesis de ciencia ficción olmeca. Gracias también por su paciencia y sobretodo por su serenidad que me transmitía cada que iba a verlo a su cubículo.

Por último quiero agradecer al Programa de Becas para Estudios de Posgrado de la Coordinación de Estudios de Posgrado de la UNAM, que con su apoyo económico otorgado me permitió realizar satisfactoriamente este trabajo de investigación.

Índice

Introducción

1. Delimitación del concepto olmeca y del corpus de estudio.....	3
1.1 Origen y desarrollo del término olmeca.....	3
1.2 Aproximación a la problemática olmeca.....	11
1.3 Criterios de selección de corpus de estudio.....	20
2. Planteamiento del problema.....	23
2.1 Objetivo general de investigación.....	28
2.2 Objetivos particulares.....	28
2.3 Hipótesis.....	28
3. Marco teórico-metodológico.....	29
3.1 ¿Qué es el paisaje?.....	29
3.2 Las formas o rasgos del paisaje.....	41
3.3 Materialidad y <i>personhood</i>	47
3.4 El Método.....	50
4. El Manatí.....	56
4.1 La cuenca baja del río Coatzacoalcos.....	56
4.2 El entorno natural y social de El Manatí.....	69
4.3 El contexto arqueológico.....	86
4.4 Los materiales arqueológicos.....	101
5. Arroyo Pesquero.....	114
5.1 La cuenca baja del río Tonalá.....	114
5.2 El entorno natural y social de Arroyo Pesquero.....	129
5.3 El contexto arqueológico.....	145
5.4 Los materiales arqueológicos.....	153
6. El volcán San Martín Pajapan.....	165
6.1 Los Tuxtlas.....	165
6.2 El entorno natural y social del volcán San Martín Pajapan.....	178
6.3 El contexto arqueológico.....	193
6.4 Los materiales arqueológicos.....	207
7. El cerro Chalcatzingo.....	218
7.1 El valle de Amatzinac-Tenango.....	218
7.2 El entorno natural y social del cerro Chalcatzingo.....	227

7.3 El contexto arqueológico.....	243
7.4 Los materiales arqueológicos.....	255
8. La cueva de Oxtotitlán.....	273
8.1 La subcuenca del río Atempa.....	273
8.2 El entorno natural y social de la cueva de Oxtotitlán.....	278
8.3 El contexto arqueológico.....	289
8.4 Los materiales arqueológicos.....	299
9. Conclusiones.....	311
9.1 Resultados generales.....	311
9.2 Comentarios finales.....	332
10. Bibliografía.....	335

Introducción

A grandes rasgos, el presente trabajo de investigación consiste en un análisis comparativo de cinco lugares naturales del paisaje cuyos vestigios arqueológicos indican que fueron espacios sagrados de uso ritual, durante el horizonte olmeca del periodo Preclásico Temprano y Medio de Mesoamérica, estos son: el cerro El Manatí, Arroyo Pesquero, y el volcán San Martín Pajapan en la costa Sur del Golfo de México; el cerro Chalcatzingo, en el Altiplano Central de México; y la cueva de Oxtotitlán en la región de Guerrero. La gran mayoría de los trabajos arqueológicos realizados hasta la fecha en torno a estos sitios se ha enfocado generalmente en el análisis iconográfico de las manifestaciones gráficas olmecas, y en pocas ocasiones han hecho estudios acerca de la relación ser humano-paisaje. Así pues, a través de este análisis comparativo se pretende abordar la relación que las diversas sociedades partícipes del fenómeno olmeca establecieron con rasgos específicos del paisaje, y también se tratará de determinar cuáles fueron las características sacralizadas, los tipos de actividades rituales realizados y los simbolismos atribuidos a cada uno de los cinco sitios mencionados. Se propone que estos cinco lugares naturales fueron rasgos del paisaje con relevancia simbólica, que funcionaron como la base o referente material de creencias y prácticas culturales.

Este trabajo de investigación está compuesto por un total de diez capítulos. Dividido en tres apartados, el primer capítulo corresponde a la definición de término olmeca y a la descripción de los criterios de inclusión utilizados para la selección de los sitios que integran nuestro corpus de estudio. El primer apartado consiste en una revisión historiográfica del significado del término olmeca y del comienzo de su utilización para designar a un complejo arqueológico particular. En el segundo apartado se mencionarán las principales problemáticas relacionadas con el uso del término olmeca, y posteriormente se ofrecerá una definición de los conceptos que utilizaremos para referirnos a lo olmeca a lo largo del presente trabajo de investigación. En el tercer y último apartado, se definirá la categoría bajo la cual agrupamos los cinco sitios arqueológicos que se van analizar, y también se detallarán los criterios de inclusión que fueron utilizados para la selección de cada uno de éstos.

El segundo capítulo corresponde al planteamiento del problema, en el cual se explicará de forma concisa por qué y para qué del estudio comparativo propuesto en este trabajo. Así pues, en esta sección se darán a conocer los objetivos generales y particulares de investigación, al igual que la hipótesis inicial desarrollada con base en ideas preliminares. El tercer capítulo consiste en el marco teórico-metodológico, en el cual se expondrá la corriente teórica de la arqueología del paisaje, la cual es el fundamento de este trabajo de investigación. En primer lugar, se hará una discusión del término paisaje para después enumerar algunas de sus características principales, y finalmente se declarará que es lo que entendemos por rasgo del paisaje con relevancia simbólica. Asimismo, se mencionarán algunos postulados teóricos provenientes de corrientes arqueológicas sobre materialidad y *personhood* que fueron empleados de forma secundaria en este trabajo. En el apartado final de este capítulo se explicará el método que se siguió en la realización del análisis comparativo.

Los capítulos 4, 5, 6, 7 y 8, constituyen el análisis individual de los sitios arqueológicos que componen nuestro corpus de estudio. Cada uno de estos capítulos está dividido en cuatro secciones que siguen el orden de la metodología propuesta. El noveno capítulo corresponde a las conclusiones en el cual se discutirán los resultados generales del análisis comparativo para tratar de dar respuesta a los objetivos de investigación, y posteriormente se realizarán comentarios finales en relación con la hipótesis planteada en el segundo capítulo. Finalmente, en el capítulo diez se presentará el grueso de artículos, revistas, libros, informes técnicos, y diarios de campo consultados en este trabajo de investigación.

1. Delimitación del concepto olmeca y del corpus de estudio

1.1 Origen y desarrollo del término olmeca

Olmeca es una palabra náhuatl que tanto Angel Ma. Garibay como Wigberto Jiménez Moreno traducen como habitante de la región del hule (Garibay, 2006: 912; Jiménez Moreno, 1942: 19). En el libro X de su magna obra sobre las sociedades indígenas de la Nueva España del siglo XVI, Fray Bernardino de Sahagún apunta que la región del hule se encierra hacia el nacimiento del sol la cual también era conocida como *tlalocan*, ya que sus tierras son muy ricas y fértiles y en ellas se da todo en abundancia (2006: 591). Menciona que además del hule en estas tierras se da mucho cacao y otra especie de esta planta llamada *quapatachtli* (patate o *Theobroma bicolor*), al igual que rosas como el *teonacaztli* y el *yoloxochitl*, y aves de plumas ricas como el *quetzaltototl* y papagayos; asimismo señala que de estas tierras se traían chalchihuites (jade) y turquesas (Sahagún, 2006: 591).

Debido a las especies de árboles referidas por Sahagún, Jiménez Moreno identifica a dicha región con el Sur de Veracruz y el Norte de Tabasco (1942: 19). Si bien el hule y el cacao son plantas distintivas de tales zonas, su distribución se extiende a otros estados sureños de México. Además, las planicies sedimentarias de Veracruz y Tabasco carecen de piedras metamórficas como el jade y la jadeíta, siendo el valle de Motagua en Guatemala la única región de Mesoamérica en la que existen yacimientos de este tipo de piedra. Respecto a la filiación étnica y lingüística, Sahagún menciona que los olmecas eran tenimes, es decir, hablantes de lengua bárbara, aunque advierte que muchos de ellos eran nahuas y también los relaciona con los mixtecos (2006: 591). Igualmente, este fraile franciscano habla de un grupo más antiguo llamado *olmeca uixtotin* de quienes dice siguieron a los toltecos cuando salieron de *tullan*, posteriormente residieron en *tamoanchan*, y después partieron al oriente hasta llegar al mar en donde se establecieron sus descendientes los *anahuaca mixteca* (2006: 594).

Por su parte, el fraile Juan de Torquemada indicó que dos de los seis hijos de *Iztac Mixcuatl*, quien residía en el lugar de las siete cuevas, se llamaban *Ulmecatli* y *Xicalancatl* cuyos descendientes fueron los primeros pobladores de la provincia de Tlaxcala, e igualmente habitaron parte de la costa del Golfo

donde se sitúan los poblados de *Cuathazualco* (Coatzacoalcos, Ver.) y *Xicalanco* (Ciudad del Carmen, Camp.) (1975: 49 y 353-354). Acerca de los olmecas xicalancas, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl comenta que, anteceditos por los gigantes, éstos fueron los segundos en poblar la Nueva España, desde *Potonchan* (Tabasco) hasta *Cholula* (Puebla) (1965: 19-20). Al respecto, en la *Historia Tolteca-Chichimeca* también se dice que los olmecas xicalancas eran los habitantes de *Cholollan*, de la cual fueron expulsados a principios XII por los toltecas tras librar una batalla ocurrida en lugar llamado olman (1947: 76-79 y 81). Estas tres fuentes coloniales coinciden en que los olmecas xicalancas habitaban las tierras de los actuales estados de Puebla y Tlaxcala, de modo que tales grupos mesoamericanos no se circunscribieron únicamente a la región del hule a la cual estas mismas fuentes ubican entre los estados de Veracruz, Tabasco y Campeche. Esto supone una problemática pues a pesar que el gentilicio hace referencia a una zona geográfica relativamente específica, los olmecas descritos en las fuentes ocuparon en cierta época un área mucho más amplia. Otra problemática que dejan ver las fuentes coloniales es que este gentilicio no era distintivo de un solo grupo étnico o lingüístico, es por tal motivo que Jiménez Moreno declaró que el término olmeca pudo “[...] ser aplicado a una sucesión de pueblos de diferente filiación lingüística que, sucesiva o simultáneamente, ocuparon la zona mencionada.” (1942: 19). Así pues, olmeca es un gentilicio genérico y ambiguo que resulta poco apropiado para referirse a un grupo humano o cultura en particular.

A pesar de dichas problemáticas, el término olmeca poco a poco comenzó a ser utilizado para designar la filiación cultural de ciertos vestigios arqueológicos. En 1892 Francisco del Paso y Troncoso clasificó como olmecas a un conjunto de figurillas antropomorfas de barro procedentes de varias regiones principalmente de Puebla y Oaxaca (1892: 381-391), señalando los rasgos que las distinguen:

“Los ejemplares que he llamado *ulmecas* son reconocibles por varios caracteres genéricos que favorecen su agrupación; en realidad deberían figurar con ellos muchas piezas que se han puesto entre las de Michoacán por su procedencia [...]. Estos caracteres generales son: aplastamiento de la cabeza en el sentido antero-posterior y vértice

elevado; ojos dirigidos oblicuamente abajo y dentro y rasgados en el sentido transversal, con pupila que afecta muchas veces formas singulares y extravagantes; miembros superiores é inferiores, frecuentemente de cortas proporciones y abultados por lo común en su primera sección. Puede faltar alguno de os caracteres persistiendo los demás.”. (Del Paso y Troncoso, 1892: 386).

Asimismo, con base en el acabado burdo y la distribución espacial de las figurillas, este mismo investigador describió a los olmecas como una nación primitiva y les asignó una zona comprendida desde Michoacan hasta Oaxaca y el Golfo (Del Paso y Troncoso, 1892: 382). Posteriormente, en 1906 Eduard Seler hizo mención de la diseminación de los olmecas uixtotin en las costas de Veracruz, y ofreció como ejemplo de ésto unos monumentos procedentes de la zona de Tuxpan (1906: 381-383). Cabe señalar que en 1905 viajó por la costa del Golfo con su esposa Caecilie Seler Sachs, etnóloga y fotógrafa que divulgó en 1922 algunos monumentos de Tres Zapotes y de Los Tuxtlas (Seler, 1922, citado en De la Fuente, 2009: 25). La utilización del término olmeca hecha por Del Paso y Troncoso para designar un conjunto de vestigios arqueológicos con características semejantes, al igual que los breves comentarios vertidos por Seler, fueron intentos de rastrear a través de la cultura material a los olmecas señalados en las fuentes coloniales que pasaron desapercibidos dentro de la arqueología mexicana sin generar alguna consecuencia trascendental.

Fueron las observaciones y comentarios de Hermann Beyer los que tuvieron un gran impacto y trascendencia, pues constituyen el inicio de la definición de la cultura material que actualmente conocemos como olmeca. En 1927 este autor señaló que en el tocado del Monumento del San Martín Pajapan “[...] aparece la cara de una deidad que pertenece a la civilización olmeca o totonaca, y que tiene fauces de animal insertadas en su boca.” (Beyer, 1927: 307). Igualmente, declaró que dicha cara era semejante a la presente en un hacha votiva de piedra verde a la que llamó “ídolo olmeca”, y logró observar que “en ambas representaciones no sólo se notan los mismos ojos inclinados, nariz ancha y boca monstruosa, sino también otro detalle significativo, una hendidura en la frente.” (Beyer, 1927: 307). Así pues, a partir de estos comentarios el término olmeca empezaría a ser utilizado para designar esculturas prehispánicas con

imágenes de seres sobrenaturales que presentaran los rasgos faciales descritos por Beyer. Si bien Beyer tuvo un acierto al notar la semejanza entre las dos esculturas descritas, cometió un error al afirmar que éstas eran ejemplos de la afinidad estilística entre la civilización totocana y la teotihuacana (Beyer, 1927: 307).

Tal y como opina Pool, la aplicación del término olmeca hecha por Beyer fue la primera basada en una escultura hallada *in situ* en la costa del Golfo, el Monumento de San Martín Pajapan (2007: 38). Este monumento fue publicado en 1926 por Frans Blom y Oliver La Farge en su libro titulado *Tribes and Temples*, monolito del cual tuvieron noticia gracias al ingeniero Ismael Loya quien lo halló en 1897 (1926: 45). Si bien notaron cierta similitud entre el rostro sobrenatural retratado en el tocado del monumento y un hacha de jade del Museo Nacional de Antropología, Blom y La Farge fueron muy cautelosos en declarar que “for the time being we would not venture to ascribe it definitely to any culture.” (1926: 46). Además del Monumento del San Martín Pajapan, Blom y La Farge visitaron el sitio de La Venta en donde tuvieron la oportunidad de conocer y registrar el Monumento 1 (cabeza colosal), de la cual señalaron era parecido a uno encontrado en Los Tuxtlas, así como las estelas 1, 2, y 3, y los altares 1, 2, 3 y 4, en los cuales observaron rasgos mayas e inclusive atribuyeron algunas de éstas a dicha cultura (1926: 82-90). Así pues, pese a que Blom y La Farge advirtieron la semejanza de varios de los monumentos que registraron con otras esculturas, no fueron capaces de inferir que pertenecían a una misma manifestación cultural sin precedentes.

La escultura de Los Tuxtlas que Blom y La Farge señalaron era parecida al Monumento 1 de La Venta es la cabeza colosal de Hueyapan, hoy día denominada Monumento A de Tres Zapotes. La cabeza de Huayapan es el primer hallazgo de una escultura olmeca el cual fue dado a conocer en 1862 por Melgar, quien declaró que los rasgos de este ejemplar eran de tipo etiópico y que por lo tanto “[...] indudablemente había habido negros en este país, y esto había sido en los primeros tiempos del mundo [...]” (1869: 292). Alfredo Chavero fue partidario de dicha hipótesis, en 1887 presentó como evidencia de la existencia de la raza africana en el nuevo continente, la cabeza colosal de Hueyapan y un hacha grande de granito procedente también de Veracruz, de las cuales señaló la semejanza entre sus rostros y tocados (1887: 63).

Evidentemente Chavero estaba completamente equivocado en la filiación étnica atribuida a dichos vestigios arqueológicos, no obstante, se le debe reconocer como la primera persona en relacionar dos artefactos que en la actualidad son ejemplos indiscutibles de esculturas olmecas.

Otra escultura que jugó un papel importante para el reconocimiento de un nuevo tipo de manifestaciones gráficas a la que Beyer denominó olmeca, fue el hacha Kunz. Esta hacha, procedente al parecer de Oaxaca, fue dada a conocer por George F. Kunz en 1890 de la cual dijo era muy similar al hacha de Chavero, e igualmente observó ciertas similitudes con el hacha Humboldt, la placa Leyden, una máscara de jadeíta publicada por Erminnie Smith en 1879, entre otros artefactos (1890: 278-281). Posteriormente, en 1900 Marshall H. Saville hizo una descripción del hacha Kunz y la comparó con otros artefactos entre los que destaca el hacha Chavero. Tal y como opina Beatriz de la Fuente, a través de la descripción del Hacha Kunz Saville fue el primero en notar que representaba una máscara de jaguar y que correspondía a un estilo diferente y desconocido en ese entonces (2009: 24).

En 1929, Saville realizó otro análisis comparativo en el que además del hacha Kunz, el hacha Chavero y el Monumento del San Martín Pajapan, incluyó otros ejemplos de hachas votivas que habían sido recientemente adquiridas por varios museos internacionales. En estas nuevas hachas Saville determinó como rasgos predominantes de los individuos retratados, la hendidura en forma de “V” en la frente y la máscara de tigre caracterizada por ojos almendrados oblicuos, colmillos prominentes, fosas nasales pequeñas y un inmenso labio superior evertido (1929: 1268). Con base en los comentarios previamente realizados por Beyer acerca de las representaciones contenidas en estos artefactos, Saville declaró lo siguiente:

“I believe that, notwithstanding our lack of knowledge concerning the provenience of most of these objects, especially the votive axes this peculiar type of mask may be safely assigned to the ancient Olmeca culture, which apparently had its center in the San Andrés Tuxtla area around Lake Catemaco, and extended down to the coast of the Gulf of Mexico in the southern part of the State of Vera Cruz.” (Saville, 1929: 285).

Asimismo, Saville incluyó al estado de Oaxaca como una extensión de la cultura olmeca, y dejó afuera a la zona de Tabasco colindante con Veracruz, a pesar de que uno de los artefactos que analizó provenía de ahí (1929: 286). Así pues, Saville retomó la sugerencia hecha por Beyer sin cuestionar la pertinencia o idoneidad de la aplicación del término olmeca para formular una hipótesis, a través de esculturas mayoritariamente descontextualizadas, en la que delimitó un área geográfica un tanto diferente a la zona habitada por los olmecas que se menciona en las fuentes coloniales.

Posteriormente, en 1932 George C. Vaillant publicó una figurilla zoomorfa de jade en la que identificó los mismos rasgos faciales de la máscara de tigre de las hachas votivas analizadas por Saville. Igualmente, señaló que estos rostros de tigre se relacionan con un tipo de figurillas antropomorfas de barro que presenta la misma boca felina y distribución geográfica, a la cual denominó “*baby-face*” (Vaillant, 1932: 517). De tal forma, Vaillant determinó un segundo elemento fundamental y característico de las esculturas olmecas, es decir, las representaciones humanas *baby-face*. A diferencia de Saville, este autor hizo una breve revisión de los posibles creadores de ambos tipos de esculturas y opinó lo siguiente:

“Thus in view of an art style which is foreign to the defined civilizations, a geographical situation roughly conterminous with the centers of distribution of the art styles, and a historical position which is relatively early, it would seem that the Olmec fulfill very well the requirements for the peculiar art styles we have been discussing.” (Vaillant, 1932: 520).

A mi parecer, con estas declaraciones se consolidó la utilización del término olmeca para designar a este tipo particular de esculturas prehispánicas. Si bien Vaillant apoyó la hipótesis de Saville, aclaró que en ese entonces era casi nada lo que se sabía acerca de los orígenes de los olmecas así como de sus relaciones con otras culturas, y que hacía falta la realización de investigaciones arqueológicas formales en la región olmeca para clarificar dichas problemáticas (1932: 520).

Fue así como en 1938 Matthew W. Stirling, incitado por los artefactos analizados por Beyer, Saville y Vaillant, al igual que por los hallazgos de las expediciones de Seler, Weyerstall y Blom y La Farge, emprendió la *National*

Geographic-Smithsonian Institution Expedition, la cual se enfocó en la exploración de los sitios de Cerro de las Mesas, Tres Zapotes y La Venta. Stirling y su equipo realizaron excavaciones de los monumentos que ya se tenía conocimiento, así como de los recientemente hallados durante las diferentes temporadas de campo de la expedición. Dentro de los nuevos hallazgos destaca la ofrenda de artefactos de piedra verde de Cerro de las Mesas, las cabezas colosales de La Venta, y la Estela C de Tres Zapotes. Este último monumento contiene en una de sus caras una inscripción calendarica de barras y puntos correspondiente al año 32 a.C. (correlacion Goodman-Martínez-Thompson), con lo cual se posicionó en aquel entonces como el vestigio arqueológico con la fecha de cuenta larga más antigua de Mesoamerica.

La reconstrucción calendárica ofrecida por Stirling generó gran desconcierto y controversia entre los mayistas debido principalmente a que a la Estela C de Tres Zapotes le hacia falta el fragmento que contenía el último número de la cuenta larga. Cabe señalar que este monumento no era el único hallado en la costa del Golfo que presentaba una inscripción calendárica, previamente en 1907 se había dado a conocer la famosa Estatuilla de Los Tuxtlas, la cual tenía grabada una notación de cuenta larga equivalente al año 162 d.C., de acuerdo a la correlación Goodman-Martínez-Thompson (Holmes, 1907, citado en De la Fuente, 2009: 25). Así pues, ambas esculturas ponían de manifiesto la gran antigüedad de los pobladores de la costa del Golfo, y también indicaban que éstos eran contemporáneos o anteriores a los mayas y teotihuacanos, lo cual posteriormente sería corroborado por los pozos estratigráficos hechos por Philip Drucker en Tres Zapotes (Drucker, 1943: 117-123). Con base en los resultados obtenidos a través de las investigaciones arqueológicas en Tres Zapotes y La Venta, Stirling declaró lo siguiente sobre los olmecas:

“Present archaeological evidence indicates that their culture, which in many respects reached a high level, is very early and may well be the basic civilization out of which developed such high art centers as those of the Maya, Zapotecs, Toltecs, and Totonacs.” (Stirling, 1940: 333).

Esta declaración sentaría las bases de la hipótesis comúnmente conocida como “Cultura Madre”, que en un principio sería aceptada y complementada

por un grupo de investigadores, y después sería criticada y rechazada por otro grupo. Los trabajos arqueológicos realizados por Stirling y su equipo proporcionaron una gran cantidad de información acerca de los habitantes prehispánicos de la costa Sur del Golfo de México identificados como olmecas, la cual aun tenía que ser analizada e interpretada a profundidad. De tal forma, en 1942 la Sociedad Mexicana de Antropología convocó una segunda mesa redonda con la finalidad de discutir y consensuar diversos aspectos y problemáticas relacionados con los olmecas.

Uno de los investigadores que participó en esta mesa redonda fue Alfonso Caso, quien de forma similar al comentario hecho por Stirling, mencionó que la cultura olmeca “[...] es sin duda madre de otras culturas, como la maya, la teotihuacana, la zapoteca, la de El Tajín, y otras.” (1942: 46). Adicionalmente, señaló que uno de los tipos de figuras representado en las esculturas olmecas corresponde a una deidad que interpretó como el probable antepasado de Tlaloc, Chac, Cocijo y Tajín (Caso, 1942: 42). Fue así como Caso consolidó la hipótesis de la Cultura Madre. Posteriormente, en su intervención Miguel Covarrubias respaldó esta hipótesis al declarar que el estilo olmeca estaba conectado lejanamente con el arte teotihuacano, el totonaco, el maya y zapoteco (1942: 48). Años más tarde este prestigioso artista mexicano presentó, como sustento de la hipótesis de la Cultura Madre, un esquema iconográfico evolutivo en el que propuso que las representaciones de las deidades de la lluvia mesoamericanas (Tlaloc, Chac y Cocijo) descendieron de las representaciones olmecas de rasgos felinos (Covarrubias, 1961: 83).

Fue en esta mesa redonda cuando Jiménez Moreno señaló, a través de una revisión de las fuentes coloniales, la problemática de la aplicación del término olmeca la cual radica en que antiguamente pudo ser utilizado para nombrar a grupos humanos de diferente filiación lingüística que habitaron la costa del Golfo (1942: 19). Por otra parte, presentó un cuadro cronológico de los sucesivos portadores de las culturas del área olmeca en el que clasificó a La Venta como un sitio prehistórico preolmeca de filiación mayense, principalmente huastecos (Jiménez Moreno, 1942: 23).

Ante tal problemática los asistentes de la mesa redonda acordaron cambiar el término olmeca por el de Cultura de La Venta, debido a que era este sitio en donde se había hallado la mayor cantidad de vestigios arqueológicos

pertenecientes a dicha cultura (1942: 75). Por otra parte, en la mesa redonda se definieron como rasgos distintivos de dicha Cultura dos tipos de representaciones humanas que compartían ciertas características como: cuerpo rechoncho, cabeza redonda en forma de pera, ojos abotagados y oblicuos, comisuras hundidas, etc. (1942: 77). En relación a la temporalidad, los vestigios de la Cultura de La Venta fueron ubicados en el horizonte Arcaico, en el cual se incluyó a las fases Mamon, Monte Albán I, Zacatenco y Ticomán, correspondientes a las regiones de El Petén, el valle de Oaxaca y el valle de México, respectivamente (1942: 77).

La mesa redonda organizada por la Sociedad Mexicana de Antropología constituye un momento culminante de los trabajos arqueológicos olmecas, ya que fue en esa ocasión cuando un grupo de investigadores reconoció oficialmente y definió este nuevo complejo arqueológico de Mesoamérica. Si bien se propuso llamar a dicho complejo como Cultura de La Venta, este nombre fue ignorado y el término olmeca continuó y sigue siendo ocupado aun teniendo en cuenta las problemáticas que presenta.

1.2 Aproximación a la problemática olmeca

Tras la segunda mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, el estilo olmeca y los sitios arqueológicos que contaban con evidencias de éste se convierten en el objeto de estudio de diversos investigadores, principalmente de arqueólogos e historiadores del arte. De tal forma, personajes como Covarrubias, Michael D. Coe y Peter D. Joralemon identificaron otros rasgos distintivos de estilo olmeca entre los que destacan la cruz de San Andrés, el motivo de “U”, el doble merlón, los cuatro puntos y barra, entre otros (Joralemon, 1990; Coe, 1965: 751-765; Covarrubias, 1961: 83-84). Por su parte, De la Fuente determinó que las esculturas olmecas basálticas de la costa del Golfo se caracterizan por la representación de tres conjuntos temáticos principales (imágenes míticas, seres sobrenaturales y figuras humanas), así como por los siguientes rasgos: la preferencia por el volumen (imágenes tridimensionales), la pesantez de la masa, la monumentalidad, la estructura de formas geométricas, el ritmo interno de la forma cerrada, el predominio de superficies redondeadas, y la proporción armónica y sintetismo de sus componentes (De la Fuente, 2009: 495-513; 1994: 212-218).

Por otra parte, los trabajos realizados por Stirling en la costa del Golfo fueron sucedidos por una serie de proyectos arqueológicos con los cuales se ha logrado definir entre otras cosas la temporalidad de las manifestaciones gráficas olmecas. En 1959 Drucker *et al.* establecieron cuatro fases constructivas del Complejo A de La Venta fechadas por radiocarbono entre el 800-400 a.C. (1959: 267), con lo cual por primera vez se confirmó de forma contundente la gran antigüedad del estilo olmeca. Posteriormente, gracias Coe y Diehl se supo que este estilo era todavía más antiguo, ya que determinaron que en San Lorenzo las esculturas olmecas fueron elaboradas en el 1150-900 a.C. (1980: 294). Por si fuera poco, Cyphers mostró evidencias de que en este mismo sitio una cabeza colosal estaba situada en un contexto fechado entre el 1400 y 1000 cal. a.C. (2012: 37 y 62), en tanto que Rodríguez y Ortiz Ceballos delimitaron la primera fase de ofrendamiento de El Manatí para el 1700-1500 a.C. (2008: 454). En Oxtotitlán Russ *et al.* dataron la capa de oxalatos de calcio que cubre al Mural C-2 entre el 1520-1410 cal. a.C., lo cual sugiere que la pintura debió ser elaborada antes de dicho rango de tiempo (2017: 10).

Estos y muchos más son los trabajos de investigación que han contribuido sobremanera al entendimiento del estilo olmeca, así como de los diversos grupos humanos que hicieron uso de él. Pese a esto en la literatura persisten dos problemáticas cuyos orígenes se remontan a la mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, estos son el debate sobre el origen y desarrollo del estilo olmeca y el uso de estilo y cultura como sinónimos o equivalentes. En cuanto a la primera problemática, esta consiste en un debate interminable que gira en torno a dos paradigmas denominados por Diehl y Coe como: *Olmec-centric school* (cultura madre) y *Primus inter Pares school* (culturas hermanas) (1995: 11).

Los partidarios del primer paradigma conciben a lo olmeca como una cultura compleja y superior al resto de las culturas coetáneas, que se originó en la costa Sur del Golfo de México alrededor del 1200 a.C., región la cual fue bautizada por Bernal como “área nuclear olmeca” o “zona metropolitana” (1968: 18). Asimismo, consideran a las sociedades de la costa del Golfo como los únicos creadores del estilo e ideología olmeca, los cuales difundieron a sociedades inferiores o menos complejas de diversas regiones de Mesoamérica (Diehl y Coe, 1995: 11 y 22). Así pues, estas ideas hacen ver a

las sociedades fuera de la costa del Golfo como simples receptores de un estilo e ideología ampliamente desarrollado. Por último, los partidarios de la *Olmec-centric school* apoyan la hipótesis de la cultura madre planteada en un principio por Stirling y Caso, ejemplo de ello son Diehl y Coe quienes proporcionaron un listado de rasgos culturales, que supuestamente aparecieron por primera vez en la costa del Golfo, como sustento de la idea de que las civilizaciones del periodo Clásico y Postclásico evolucionaron a partir de la cultura olmeca (1995: 22-24).

En cambio, los partidarios de la *Primus inter Pares school* consideran que las sociedades de la costa del Golfo son solamente una parte del grupo de sociedades complejas que emergieron en el Preclásico, de modo que en vez de una cultura madre, el panorama de Mesoamérica durante dicho periodo estaba constituido por varias culturas hermanas, las cuales mantuvieron redes de intercambio interregional que fomentaron su evolución o desarrollo simultáneo (Love, 1991: 73; Flannery y Marcus, 1994: 385-390). En relación al estilo olmeca, autores como Grove manifiestan que su creación y desarrollo es el producto de la contribución hecha por sociedades de diversas regiones que lo utilizaron y manipularon localmente de distintas formas (1989a: 12). Asimismo, Grove señala que la amplia distribución espacial del estilo olmeca puede ser interpretado como la evidencia de que muchas sociedades mesoamericanas compartieron un complejo ideológico básico cuyas raíces [...] may be far older than its first visual expression during the Early Formative.” (1989: 12).

Adicionalmente, Pohorilenko menciona la existencia de un tercer paradigma dentro del debate del problema olmeca al cual denomina “conceptualista” e identifica como exponentes de ésta a Clark y Pye (2008: 70-71). Estos autores opinan que los habitantes de la costa del Golfo son los responsables de la creación de los patrones culturales y de los sistemas de representación a los que se conocen como olmecas, y además señalan que la información recadaba en sitios preclásicos de la costa del Pacífico muestra que la hipótesis de la cultura olmeca todavía es viable en términos de prácticas culturales (2000: 244-245). Si bien sus ideas concuerdan con la de los partidarios de la *Olmec-centric school*, a diferencia de éstos Clark y Pye manifiestan que el término olmeca hace referencia a un fenómeno histórico evidente en un conjunto particular de

prácticas y representaciones, y lo definen como una entidad político-religiosa de sociedades e individuos que compartían prácticas culturales (2000: 218).

El debate del problema olmeca continúa abierto y no parece tener fin puesto que a la fecha los trabajos arqueológicos sobre sociedades preclásicas han aportado datos que favorecen a uno u otro de los paradigmas mencionados. Uno de los trabajos que recientemente han contribuido a la obtención de un mejor entendimiento del problema olmeca es el realizado por Blomster *et al.* A través de análisis de activación neutrónica estos investigadores determinaron que asentamientos preclásicos como Tlapacoya, San José Mogote, Etlatongo, Laguna Zope y San Isidro, importaron cerámica con motivos olmecas de San Lorenzo al mismo tiempo que fabricaron sus propias vasijas con variantes locales de motivos olmecas (2005: 1070-1071). Así pues, este trabajo deja manifiesto el papel preponderante ejercido por los habitantes de la costa del Golfo en la difusión del estilo olmeca, e igualmente indica que más que simples receptores las sociedades de otras regiones fueron agentes activos que desarrollaron variantes locales y ligeras innovaciones de dicho estilo.

Por tal motivo, concuerdo con Pool y Lesure quienes de forma separada han señalado que ambos paradigmas, el de la cultura madre y el de las culturas hermanas, son parcialmente válidos o correctos (Pool, 2007: 17; Lesure, 2004: 79). En mi opinión, por el momento todo parece indicar que los habitantes de la costa del Golfo fueron los primeros en materializar y expresar, a través de un sistema visual, un conjunto de ideas y creencias previamente desarrollado por sociedades de distintas regiones, incluidas las de la costa del Golfo, no obstante, estas otras sociedades también tuvieron la capacidad de realizar innovaciones estilísticas e iconográficas de dicho sistema visual. Por otra parte, con base en las propuestas de Grove (1989: 12) y Clark y Pye (2000: 218), considero que la amplia distribución espacial de los vestigios arqueológicos identificados como olmecas manifiesta la existencia, durante el periodo Preclásico, de un sistema político-religioso y de prácticas culturales propias de un grupo específico de sociedades mesoamericanas. En este sentido, la presencia de un monumento de estilo olmeca en determinado sitio, puede ser entendido como un indicador de la adscripción de sistema político-religioso y de la realización de prácticas culturales relacionados con el fenómeno olmeca. Asimismo, la variación estilística, iconográfica y contextual

de las manifestaciones gráficas olmecas entre diferentes asentamientos, sugiere que tal vez las prácticas culturales y las ideas y creencias asociadas a éstas fueron realizadas e interpretadas de distintas formas.

Pasemos ahora a la segunda problemática mencionada al principio de este apartado. En un principio lo que Beyer, Saville y Vaillant identificaron fue una serie de elementos recurrentes en un conjunto particular de esculturas, es decir, un estilo. Posteriormente, este estilo al que se le denominó olmeca fue elevado a la categoría de cultura, e inclusive de civilización, por partidarios de la hipótesis de la cultura madre tales como Caso, Covarrubias, Bernal, Medellín, entre otros. De tal forma, a partir del planteamiento de la hipótesis de la cultura madre efectuado en el marco de la segunda mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, los términos estilo y cultura comenzaron a ser empleados de forma simultánea e indistinta para referirse tanto a las manifestaciones gráficas olmecas como a sus creadores.

De acuerdo con De la Fuente esto constituye una problemática ya que estilo, en tanto forma constante y en ocasiones elementos, cualidades y expresión recurrentes en el arte de un individuo o de un grupo (Schapiro, 1953: 287), no alcanza ni aspira a definir una cultura la cual está integrada por otros elementos como la organización política, la religión, las redes comerciales y de comunicación, el idioma, etc. (De la Fuente, 2008: 27-28). Al respecto, Anatole Pohorilenko opina que estilo no debe ser tomado como equivalente de cultura, sino como “[...] la expresión externa de sistemas culturales individuales que se articulan coherentemente con base en los elementos que lo componen.” (2008: 86). En este sentido, las esculturas olmecas no constituyen la totalidad de la cultura de sus creadores, y por consiguiente, el estudio de éstas está limitado a los valores, ideas y creencias que expresan. Para definir una cultura no basta con el análisis estilístico de manifestaciones gráficas, sino también es indispensable el estudio de otros tipos de vestigios arqueológicos.

Asimismo, Pohorilenko argumenta que algunos estilos, como puede ser el caso del olmeca, trascienden los límites de sus propias culturas, y que por tanto no debe darse por sentado que el estilo olmeca es equivalente o sinónimo de una cultura olmeca (2008: 79). Esto quiere decir, que es problemático adscribir tajantemente a una cultura particular un estilo que fue empleado por diversos grupos humanos de distinta filiación étnica y lingüística. En relación a

esto, De la Fuente declara que a la fecha no hay “[...] fundamento mayor ni suficientes apoyos para afirmar que los grupos humanos creadores de las obras asignadas al “estilo olmeca” corresponden a un mismo pueblo, que compartieron una misma lengua y las mismas creencias.” (2008: 30). Esto resulta un hecho innegable si tomamos en cuenta la amplia distribución espacial que presentan las manifestaciones gráficas de estilo olmeca, no obstante, en mi opinión los diversos grupos humanos creadores de tales manifestaciones gráficas sí tuvieron ciertas creencias en común las cuales fueron materializadas y transmitidas a través del estilo olmeca.

Así pues, en este trabajo de investigación el término cultura olmeca no será empleado, debido principalmente a la heterogeneidad etnolingüística de los grupos humanos que hicieron uso del estilo olmeca de forma simultánea o sucesiva, durante el periodo Preclásico de Mesoamérica. Por otra parte, con base en los postulados de Pohorilenko (2008: 79), emplearemos el concepto de estilo para referirnos a los componentes integrales y fundamentales de las manifestaciones gráficas olmecas. Debido al fuerte arraigo del término olmeca existente dentro de la comunidad arqueológica, éste será utilizado como calificativo del estilo identificado por primera vez por Beyer, así como de las manifestaciones gráficas que presentan dicho estilo. Del igual forma, denominaremos horizonte olmeca al lapso de tiempo en que fue empleado este tipo de vestigios arqueológicos, el cual corresponde a los periodos Preclásico Temprano y Medio. Cabe aclarar que en esta ocasión el término olmeca no será usado para designar a un grupo humano o a un área geográfica en particular.

Por último, en este trabajo también se empleará el concepto de sistema de representación. De acuerdo con Pohorilenko, un sistema de representación es “[...] un sistema dinámico de comunicación visual en el que los componentes de estructuración son empleados, reforzados y remodelados con cada actividad.” (2008: 81). En este sentido, definir a lo olmeca como un sistema de representación implica ya no entenderlo simplemente como un conjunto de rasgos integrales que distinguen a ciertos artefactos sino como un mecanismo diseñado para transmitir y expresar de forma material ideas, creencias, sucesos, etc. De forma análoga Clark identifica a lo olmeca como un sistema semiótico que “[...] fue la primera *lingua franca* del poder político-religioso de

Mesoamérica [...]” (1990: 52). Esto quiere decir que el sistema de representación olmeca fue usado por los grupos de élite del Preclásico para justificar y legitimar su poderío a nivel local y regional. Al respecto, Louise I. Paradis opina que el sistema de representación olmeca tenía una función principal de tipo ideológico-religioso, y que esto no implica necesariamente una forma de control político o económico (1990: 39). En mi opinión, es posible que el sistema de representación olmeca tuviera en un principio un carácter estrictamente religioso, que quizás fue empleado en diversas actividades rituales como el culto y personificación de deidades, la realización de ofrendas, la escenificación de sucesos mitológicos, etc., las cuales posteriormente fueron manipuladas por un grupo de individuos con la finalidad de ejercer un dominio político y social.

Lo anterior coincide con la hipótesis planteada por Francesco Panico. Este autor define a lo olmeca como un código de comunicación compartido basado en una estructura cosmogónica y en una raíz mítica que funcionaba como principio de identidad (Panico, 2008: 45). Asimismo, añade que tal código “[...] servía, en el ámbito supraregional, para que las diferentes élites se reconociesen dentro de un patrón mítico común, descrito por un cosmos ordenado [...]” (Panico, 2008: 45). Por tal motivo, es posible que el uso de manifestaciones gráficas olmecas en ciertas prácticas culturales pudo ser una forma de marcar visual y materialmente la relación de ciertos individuos con elementos cosmogónicos y míticos, tales como seres sobrenaturales. Esta suposición resulta pertinente si tomamos en cuenta que Pohorilenko determinó, a través de un exhaustivo análisis iconográfico, que el sistema de representación olmeca está compuesto por elementos naturales y sobrenaturales entre los que existen tres temas fundamentales: el zoomorfo compuesto, el antropomorfo compuesto y el *baby-face* (1990: 1313). Los primeros dos temas constan de representaciones de seres sobrenaturales, en tanto que el último consiste en representaciones idealizadas y estilizadas de seres humanos. Igualmente, dentro del sistema de representación también existen motivos iconográficos muy recurrentes que al parecer simbolizan espacios cósmicos. De tal forma, estos tres temas indican el vínculo entre seres humanos, seres sobrenaturales y espacios cósmicos dentro de las ideas y creencias expresadas por las manifestaciones gráficas olmecas.

Ahora bien, Pohorilenko advierte que al momento de estudiar un sistema de representación sin textos como el olmeca hay que tener en cuenta lo siguiente (2008: 82-83):

- ❖ Un estilo es inherente a un sistema, y no a una cultura;
- ❖ Los sistemas son dinámicos y están hechos de componentes estructurados de acuerdo con los valores que dan forma a un sistema particular en un determinado tiempo y espacio;
- ❖ Puesto que los sistemas pueden estar hecho de subsistemas, cada uno puede expresar los valores del sistema general en modos ligeramente diferentes. En el sistema representacional olmeca, la cerámica y las esculturas monumentales y portátiles comprenden subsistemas de representación particulares;
- ❖ Los sistemas y subsistemas incorporan frecuentemente componentes de otros sistemas y subsistemas culturales cuando existe una necesidad funcional obligatoria. En la cerámica que muestra motivos de estilo olmeca, los motivos pueden pertenecer al sistema de representación olmeca, mientras que la forma, el acabado y el tratamiento de la superficie de la vasija pueden tener historias distintas a las de los motivos inscritos en ella;
- ❖ No todos los sistemas culturales son necesariamente producto de, mantenidos por y limitados a valores específicos de y ligados a culturas individuales en un sentido etnolingüístico. A lo largo de la literatura especializada, existen muchos ejemplos de sistemas tomados en préstamo que se encuentran completamente integrados al tejido cultural de la cultura adoptiva.

Así pues, en el presente trabajo de investigación el sistema de representación olmeca será entendido como un código de comunicación visual plasmado en diversos soportes (cerámica, esculturas en bulto, bajorrelieves, pinturas rupestres, etc.), el cual posee tres temas fundamentales que corresponden a un conjunto de ideas y creencias compartidas por grupos humanos heterogéneos de Mesoamérica que estuvieron en constante contacto. Tales grupos utilizaron uso del sistema de representación olmeca en prácticas sociales, como rituales, para establecer un vínculo con ciertos elementos

cosmológicos y míticos que eventualmente dieron paso al establecimiento de un sistema político-religioso. Si bien esta definición ayuda a tener un entendimiento más amplio del significado y función de las manifestaciones gráficas olmecas, el concepto de sistema de representación tampoco alcanza a definir la totalidad de los rasgos culturales de sus creadores.

Como ya hemos dicho, los tres temas fundamentales del sistema de representación definidos por Pohorilenko son el zoomorfo compuesto, el antropomorfo compuesto y el *baby-face*. Los elementos representacionales bajo los cuales delimitaremos al *baby-face* son los siguientes: boca trapezoidal de comisuras caídas con el labio superior más grueso y grande que el inferior, nariz ancha, ojos rasgados ligeramente inclinados, cabeza con deformación aperonada, mentón pronunciado y mejillas voluminosas. Por otra parte, el zoomorfo y antropomorfo se caracterizan por la combinación de elementos *pars pro toto* tomados de la naturaleza y elementos abstractos que no tienen correspondencia con la naturaleza (Pohorilenko, 1990: 1221-1222). En el zoomorfo compuesto la base o forma general es la de un cuerpo animal, generalmente de ofidios, saurios, felinos y peces (dragón olmeca o monstruo de la tierra), en tanto que el antropomorfo compuesto tiene como forma general la figura humana de individuos adultos y de infantes (dios del maíz y dios de la lluvia). A pesar de tales diferencias estas tres temáticas comparten una serie rasgos iconográficos que funcionan como elementos esenciales para distinguir al sistema de representación olmeca. Para la selección de los rasgos iconográficos distintivos del sistema de representación olmeca nos basamos en el diccionario de motivos y símbolos olmecas efectuado por Joralemon, algunos de estos son: ceja flamijera, boca trapezoidal, “E” hacia abajo, Corchete en forma de “U”, “S” acostada, hendidura en forma de “V”, bandas cruzadas o cruz de San Andrés, doble merlón o doble escalón, cuatro puntos y barra, cinco puntos, tres puntos colgantes, garra-ala, candados o manoplas, antorchas, entre otros (1990: 7-17). Cabe señalar que la gran mayoría de estos motivos iconográficos, al igual que los tres temas fundamentales, poseen diversas variantes representacionales dependiendo la región o sitio arqueológico del que proceden las manifestaciones gráficas olmecas.

1.3 Criterios de selección de corpus de estudio

El objeto de estudio del presente trabajo de investigación son los rasgos del paisaje con relevancia simbólica del horizonte olmeca. Tal y como se verá en el capítulo del marco teórico-metodológico, los rasgos del paisaje de relevancia simbólica son definidos como aquellos lugares cuyos contextos arqueológicos sugieren que eran concebidos como espacios dotados de simbolismos sagrados, en los cuales se realizaban diversas actividades rituales. A grandes rasgos, estos lugares pueden dividirse en dos categorías principales: los naturales y los contruidos. Los lugares contruidos son espacios modificados sustancialmente por el ser humano a través de edificaciones y demás elementos arquitectónicos (templos, adoratorios, altares, etc.), y suelen estar al interior de asentamientos. Por otro lado, los lugares naturales son espacios cuya formología no ha sido modificada severamente por la actividad humana, sino que conservan sus características innatas (cuevas, manantiales, montañas, etc.), y suelen estar a la periferia o lejanos de asentamientos.

En esta ocasión nuestro interés está enfocado únicamente a los lugares naturales que poseen vestigios arqueológicos olmecas. Esto fue tomado como criterio de selección de los sitios que se analizarán en este trabajo de investigación. De tal forma, en nuestro corpus de estudio no se incluyó al patio hundido de Teopantecuanitlán, el Complejo A de La Venta, el Grupo E de San Lorenzo, el complejo escultórico de la acrópolis de El Azuzul en Loma del Zapote, entre otros, ya que estos son lugares contruidos que están definidos por elementos arquitectónicos monumentales, y se ubican al interior de asentamientos habitacionales. No obstante, estos sitios serán mencionados a lo largo de este trabajo para comparar algunos de sus elementos con los sitios que integran nuestro corpus de estudio.

En la actualidad hay una buena cantidad de lugares naturales con vestigios arqueológicos olmecas, principalmente en cuevas, cuerpos de agua y cerros, localizados en diversas regiones de Mesoamérica. Debido a que el análisis de la totalidad de estos sitios requiere la realización de un trabajo incomensurable que rebasa los límites de una tesis de maestría, en esta ocasión se tomó una muestra lo suficientemente adecuada para satisfacer el objetivo general nuestra investigación. Como parte de dicha muestra se trató de seleccionar los lugares naturales más representativos de cada tipo, los que contarán con

mayor información, y los que presentaran menos problemáticas metodológicas y sociales. Así pues, como se mencionó en la introducción, los cinco sitios que conforman el corpus de estudio de la presente investigación son: el cerro El Manatí, Arroyo Pesquero, y el volcán San Martín Pajapan en la costa Sur del Golfo de México; el cerro Chalcatzingo, en el Altiplano Central de México; y la cueva de Oxtotitlán, en la región de Guerrero.

El cerro El Manatí es el mejor ejemplo del ofrendamiento de hachas de piedras verdes durante el Preclásico Temprano, y los trabajos realizados por Ortiz Ceballos y Rodríguez han proporcionado un registro detallado del contexto arqueológico dando lugar a la determinación de tres fases de ocupación. Arroyo Pesquero es otro buen ejemplo del ofrendamiento de artefactos de piedra verde que a pesar del abandono y saqueo al que estuvo expuesto en el siglo pasado, recientemente Went y su equipo reanudaron los trabajos arqueológicos y han realizado nuevos hallazgos importantes. Por otra parte, el volcán San Martín Pajapan es un sitio controversial ya que los datos obtenidos por Medellín y Navarrete sugieren que su contexto arqueológico es posterior al horizonte olmeca, no obstante, estos arqueólogos solo realizaron un pozo de excavación de modo que su contexto está parcialmente reconstruido y por lo tanto aun no debemos descartar la posibilidad de que corresponda al horizonte olmeca.

En cuanto al cerro Chalcatzingo, sus monumentos contienen escenas mitológicas impresionantes, cuyo análisis puede aportar datos esclarecedores acerca de las ideas y creencias asociadas a rasgos del paisaje como las cuevas y los cerros. Por último, Oxtotitlán es el mejor ejemplo de una cueva con pinturas rupestres olmecas, del cual Von Nagy y compañía han obtenido información trascendental sobre la antigüedad de las pinturas. A diferencia de los primeros tres sitios mencionados, el cerro Chalcatzingo y la cueva de Oxtotitlán están asociados a asentamientos habitacionales preclásicos, sin embargo, considero que estos no dejan de ser lugares naturales del paisaje ya que hay una clara distinción de éstos con respecto a los asentamientos y además no poseen alteraciones morfológicas sustanciales.

Ahora bien, no se incluyeron sitios como las cuevas de Juxtlahuaca, Cacahuaziqui y Techan, en Guerrero, la cueva de Ticumán, en Morelos, y el cerro El Vigía, en Veracruz, entre otros. La mayoría de estos sitios cuentan con

poca información de su contexto arqueológico como es el caso del cerro El Vigía, o se encuentran en etapas iniciales de investigaciones como la cueva de Techan, o bien presentan problemas que imposibilitan su trabajo en campo como la cueva de Juxtlahuaca. Esperamos en un futuro las condiciones de estos sitios mejoren y así puedan ser comparados detalladamente con los resultados obtenidos en este trabajo de investigación.

2. Planteamiento del problema

El hallazgo de estos cinco sitios, a los que hemos agrupado bajo la categoría de rasgos naturales del paisaje con relevancia simbólica, abrió las puertas para una nueva serie de estudios relacionados con el simbolismo del sistema de representación olmeca. De tal forma, a la par de los proyectos arqueológicos realizados en los sitios de nuestro corpus de estudio, otros investigadores se dieron a la tarea de analizar las diversas manifestaciones gráficas olmecas provenientes de éstos. Generalmente, los diversos análisis hechos de tales vestigios arqueológicos se han enfocado en aspectos estilísticos e iconográficos, sin prestar la suficiente atención en el contexto espacial.

En el caso del El Manatí, Arroyo Pesquero, San Martín Pajapan, Chalcatzingo y Oxtotitlán, las manifestaciones gráficas olmecas y demás materiales están tan íntimamente relacionados con los elementos naturales en los que se encuentran, que es sumamente importante tomar en consideración al paisaje como contexto espacial al momento de analizar e interpretar su significado y simbolismo. Con lo anterior no quiero decir que no se ha hecho un análisis del paisaje en los cinco sitios mencionados anteriormente, sino que en ocasiones este no tiene la misma importancia que la cultura material y por lo tanto no ha sido tratado como un objeto de estudio, es decir, se tiende a estudiar a los materiales arqueológicos contenidos en rasgos del paisaje y no a los rasgos del paisaje en los que se encuentran los materiales arqueológicos.

Por otra parte, si bien en muchos de los análisis estilísticos e iconográficos se han contrastado imágenes contenidas en objetos provenientes de diferentes sitios, las investigaciones arqueológicas en torno a los rasgos naturales del paisaje del horizonte olmeca se han enfocado al estudio individual de los cinco sitios que conforman nuestro corpus de estudio. Así pues, los análisis comparativos ya sean regionales o interregionales son escasos. La realización de estudios comparativos es de suma importancia ya que solo con este método se puede obtener un conocimiento amplio e integral de, en este caso, las diversas formas en que los grupos humanos ligados al fenómeno olmeca percibieron y se relacionaron con determinados rasgos del paisaje.

El primer estudio comparativo de rasgos del paisaje sacralizados o venerados por distintos grupos olmecas es el elaborado por Grove en el 2007.

En un conciso y esclarecedor artículo dicho arqueólogo tomó como objeto de estudio las montañas de las cuales declaró que en cualquier paisaje regional algunas de estas “[...] son consideradas más importantes por los habitantes, ya sea por sus características físicas o por su papel en las mitologías de la comunidad” (Grove, 2007: 31). En dicho trabajo, distinguió tres tipos y escalas de montañas sagradas dentro del horizonte olmeca, estas son: las montañas naturales con restos arqueológicos (el volcán San Martín Pajapan, el cerro Manatí y el cerro Chalcatzingo); las montañas artificiales dentro de asentamientos (la estructura C-1 de La Venta y la estructura PC-4 de Chalcatzingo); y las esculturas de piedra que posiblemente representan montañas sagradas como son los imponentes troncos olmecas de los sitios de la costa del Golfo de San Lorenzo, La Venta, Laguna de los Cerros y El Marquesillo (Grove, 2007: 31-35).

Aunque Grove ofrece una propuesta interesante acerca de la representación y el simbolismo de los cerros o montañas dentro de los grupos adscritos al fenómeno olmeca, su trabajo comparativo se enfoca únicamente en un tipo de rasgo natural, dejando de lado otros rasgos que fueron de suma trascendencia para dichos grupos, como son los cuerpos de agua y las cuevas (Arroyo Pesquero y Oxtotitlán). Asimismo, debido a la brevedad del artículo, Grove no efectuó un análisis detallado de las características físicas o formales de las montañas que menciona al igual que del entorno en el que se encuentran. La realización de un estudio comparativo que englobe diferentes tipos de rasgos naturales sacralizados y que contemple un análisis detallado de las características del entorno, resulta indispensable si se quiere determinar los distintos rasgos del paisaje que eran simbólicamente relevantes para los grupos del horizonte olmeca, el por qué fueron elegidas como espacios rituales, y la manera en que se relacionaron con estas.

Un segundo y último análisis comparativo relacionado con los rasgos del paisaje de relevancia simbólica dentro del horizonte olmeca es el de Lambert. En su tesis doctoral este investigador se dio a la tarea de estudiar el estilo olmeca por medio del análisis a nivel interregional de las manifestaciones gráficas rupestres (Lambert, 2011: 3). Dentro de su corpus de estudio tomó varios ejemplos contenidos en asentamientos y rasgos naturales del altiplano

de México, de la región de Guerrero, de la costa Sur del Golfo y de la costa del Pacífico tanto la chiapaneca como la guatemalteca.

Si bien el objetivo de Lambert era identificar patrones o prácticas sociales en las que el arte rupestre tuvo una intervención preponderante (su uso en la construcción y negociación del poder, así como en la pertenencia a ciertos grupos), también realizó un análisis espacial y contextual detallado de cada sitio y aportó algunas ideas sobre la participación que tuvo el paisaje en ciertas prácticas sociales. De tal forma, mencionó que en el caso de El Manatí y La Merced “[...] the pit and groove work as well as the toppling and [...] burial of these monuments [...] appears to have been the creation of a sacred landscape within each site control may have been passed on to new rulers.” (Lambert, 2011: 381). Igualmente, señaló que en la región de Guerrero el simbolismo vernáculo de las cuevas pudo haber sido fundamental para la adquisición del poder político, así como la fuente de algunos iconos del estilo olmeca (Lambert, 2011: 383).

Aunque en ciertas ocasiones se ha enfatizado el papel trascendental que desempeñaron determinados rasgos fisiográficos dentro de los grupos humanos del periodo Preclásico, a nivel general el estudio del paisaje es un tema secundario dentro de las investigaciones olmecas. El hecho de que en pocas ocasiones los rasgos naturales con presencia de vestigios arqueológicos olmecas son considerados como el objeto de estudio principal, se debe quizás a la escasa aplicación de corrientes teórico-metodológicas que equiparen el paisaje con la cultura material y que brinden las herramientas necesarias para su análisis e interpretación. Una de estas corrientes es la arqueología del paisaje, la cual ha sido empleada dentro de los estudios olmecas por Olaf Jaime Riverón en el 2003, así como por Grove y Gillespie en el 2009.

En su tesis de maestría titulada “El hacha olmeca: biografía y paisaje”, Jaime Riverón abordó el tema de la relación entre la biografía cultural de los objetos y el paisaje, para lo cual utilizó los postulados teóricos de Christopher Tilley y Julian Thomas. De tal forma, manifiesta que en sociedades no-occidentales la circulación de los objetos es un proceso en el cual se construyen y clarifican las identidades de personas y lugares, y que a su vez el significado de los objetos deriva de su posición dentro de la red de relaciones entre personas y lugares (Jaime Riverón, 2003: 102). Asimismo, recurrió a

propuestas teóricas de Bruno Latour, Alfred Gell, Charles Pierce, entre otros, para analizar la agencia de los objetos y argumentar que los depósitos de ofrendas en sitios de peregrinaje pueden considerarse como formas de representación, es decir, íconos y símbolos que asocian nuevamente personas, lugares y eventos (Jaime Riverón, 2003: 103). Dentro de la costa del Golfo, los depósitos de ofrendas olmecas fueron situados en ecotonos que de acuerdo con Jaime Riverón constituyen el capital simbólico y paisajístico, en los cuales la territorialidad se encubrió con las prácticas rituales al mismo tiempo que se establecieron alianzas entre diversas comunidades (2012: 353).

Lo antes expuesto constituyó el marco conceptual a través del cual Jaime Riverón se dio a la tarea de reconstruir la biografía cultural de las hachas de piedras verde, a las que consideró como símbolos de riqueza que [...] were useful for showing power in face-to-face relationships in small towns and archipelagic Olmec systems.” (2010: 131). Así pues, realizó una tipología de las hachas halladas en El Manatí, La Merced, El Macayal y La Venta, la cual le permitió observar cambios importantes a nivel diacrónico entre los que destaca la transición, ocurrida del Preclásico Temprano al Medio, de tolanlidades grises, negras y azules de la jadeíta a las verdes amarillentas de la serpentina (Jaime Riverón, 2003: 753; 2010: 123 y 128).

Por otra parte, basados principalmente en los postulados de Peter D. Dwyer sobre la distinción del mundo visible e invisible así como en la división dicotómica del espacio entre centro y periferia propuesta por autores como Evon Z. Vogt, Grove y Gillespie examinaron la manera en que los habitantes de Chalcatzingo concibieron su relación con las montañas en general, con los cerros aledaños al sitio (el Chalcatzingo y el Delgado), y cómo representaron su sentido de lugar e identidad comunitaria a través de la arquitectura monumental y del arte en piedra (Grove y Gillespie, 2009: 54). Si bien Grove y Gillespie únicamente analizaron la relación entre el paisaje y las manifestaciones gráficas de Chalcatzingo, en la parte final de su artículo ofrecen algunas comparaciones con el sitio de La Venta. Como parte de esta breve comparación dichos autores concluyeron proponiendo que “[...] is too simple to assume that a homogeneous corpus of symbols existed in Mesoamerica from the Formative period on; instead, the likelihood of multiple and changing meanings must be investigated” (Grove y Gillespie, 2009: 70).

Ta y como vimos en capítulo anterior, el sistema de representación olmeca fue empleado por grupos humanos que diferían no solo por su ubicación espacial, sino también por su filiación étnica y lingüística. Ahora bien, teniendo esto en cuenta, el argumento planteado por Grove y Gillespie supone cuestionarse que tan homogéneas o heterogéneas eran los sistemas de creencias y las prácticas sociales de los distintos grupos humanos partícipes del fenómeno olmeca. Un primer acercamiento a la interrogante planteada son los estudios comparativos que han abordado el tema de la variabilidad estilística e iconográfica del sistema de representación olmeca (véase Pohorilenko, 1990; De la Fuente, 2009; Ortiz Brito, 2013; entre otros). No obstante, como ya hemos mencionado, debido a los intereses específicos de estos y otros autores, pocas veces ha sido abordado el análisis de los contextos y por ende de las prácticas sociales en las que fueron empleadas un conjunto determinado de imágenes olmecas.

Uno de los contextos menos recurrentes son los sitios arqueológicos a los cuales he clasificado como rasgos naturales del paisaje. A mi parecer, la comparación de los rasgos naturales del paisaje de relevancia simbólica es una labor novedosa, la cual contribuirá a determinar las semejanzas y las diferencias de la relación establecida con elementos específicos del paisaje, así como de los simbolismos y creencias atribuidos a estos, durante el horizonte olmeca. Por consiguiente, a través de esta misma labor es posible examinar hasta cierto punto el grado de homogeneidad y heterogeneidad de los grupos humanos partícipes del fenómeno olmeca, no obstante, ésto no es el objetivo principal del presente trabajo de investigación.

Esta circunstancia aunada con la problemática de la escasez de análisis comparativos de rasgos del paisaje sacralizados a través de manifestaciones gráficas olmecas, hacen indispensable la realización de un estudio a nivel interregional, en el que se contraste los sitios de El Manatí, Arroyo Pesquero, San Martín Pajapan, Chalcatzingo y Oxtotitlán, teniendo como base propuestas teórico-metodológicas más adecuadas como son las provenientes de la arqueología del paisaje.

2.1 Objetivo general de investigación

- ❖ Determinar las diferentes formas en que los grupos humanos adscritos al fenómeno olmeca se relacionaron con ciertos rasgos del paisaje de relevancia simbólica.

2.2 Objetivos particulares

- 1) Identificar cuáles fueron las características ambientales, hidrológicas, fisiográficas, etc., que influyeron en la sacralización de los rasgos del paisaje de relevancia simbólica durante el horizonte olmeca.
- 2) Señalar los tipos de actividades rituales realizadas en cada uno de los sitios.
- 3) Determinar los simbolismos (cosmológicos, sobrenaturales, etc.), entes y seres asociados a cada uno de los sitios.

2.3 Hipótesis

A pesar de la variación fisiográfica de los cinco sitios (afloramiento rocoso, volcán, cueva, domo salino y arroyo), éstos poseen como principal rasgo en común la presencia de agua ya sea en forma de arroyos, manantiales, caídas o filtraciones de agua. Este patrón basado en la presencia del vital líquido, el cual pudo ser interpretado como hierofanías, tal vez fue el principal elemento natural que propició la sacralización de cada uno de los sitios de nuestro corpus de estudio. Por otra parte, el contexto arqueológico y el simbolismo de las manifestaciones gráficas olmecas, sugieren que los cinco rasgos naturales del paisaje tenían un carácter religioso y político consistente en actividades rituales asociadas al agua, a la fertilidad, a aspectos cosmológicos y al poder social, a través de las cuales los seres humanos buscaron entrar en contacto directo con seres y entes sobrenaturales.

3. Marco teórico-metodológico

Como ya se ha mencionado en esta propuesta de investigación utilizaré como fundamento teórico-metodológico la arqueología del paisaje, ya que a mi parecer esta corriente es sumamente adecuada para el entendimiento de las formas del paisaje de relevancia simbólica y para el estudio de la relación que los seres humanos mantuvieron con éstas. De tal forma, en primer lugar expondré algunas de las definiciones del paisaje con la finalidad de ilustrar brevemente las diferentes perspectivas existentes de dicho concepto dentro de la arqueología, y posteriormente explicaré las principales cualidades y componentes del paisaje que tendremos en cuenta a la hora de comparar e interpretar las diferencias y similitudes de los sitios que componen nuestro corpus de estudio.

3.1 ¿Qué es el paisaje?

Tal y como mencionan A. Bernard Knapp y Wendy Ashmore, el término paisaje es un constructo cultural de la sociedad europea moderna (1999: 6), que de acuerdo con Julian Thomas hace referencia al mundo visto como una imagen y un objeto en el cual los humanos son observadores externos (2001: 167). Así, durante el siglo XV, en Italia y en Flandes (Bélgica) surgió una corriente artística dedicada a pintar paisajes naturales o rurales idealizados, y en el siguiente siglo ya habían dos grandes escuelas de arte paisajístico en Italia y Holanda (Cosgrove, 1984: 20). En este último país la palabra *landschap* (paisaje en holandés) fue implementada como un término técnico de los pintores, cuyo significado implicaba “[...] una unidad de ocupación humana o una jurisdicción, y al mismo tiempo, representaba cualquier cosa que podía ser objeto de contemplación.” (Vigliani, 2011a: 160).

Esta corriente artística ha perdurado en la actualidad y además de oleos ahora también hay una gran cantidad de fotografías que capturan grandes extensiones de la tierra, principalmente de elementos naturales. La proliferación de pinturas y fotografías paisajísticas ha tenido un gran impacto sobre la concepción que se tiene actualmente del paisaje, a tal grado que en el diccionario de la Real Academia Española (RAE) se contemplan las siguientes definiciones:

“Paisaje: Del fr. *paysage*, der. De *pays*, ‘territorio rural’, ‘país.’

1. m. Parte de un territorio que puede ser observada desde un determinado lugar.
2. m. Espacio natural admirable por su aspecto artístico.
3. m. Pintura o dibujo que representa un paisaje

Paisaje protegido:

1. m. Espacio natural que, por sus valores estéticos y culturales, es objeto de protección legal para garantizar su conservación.” (DRAE, 2014: <http://dle.rae.es/?w=paisaje&o=h>).

Como podemos observar, las definiciones proporcionadas por la RAE hacen gran énfasis en la contemplación artística de las cualidades estéticas de un territorio o espacio natural, relegando en una definición secundaria (paisaje protegido) a los valores culturales; asimismo, parecen dejar implícito que el paisaje está compuesto únicamente por elementos naturales de un territorio o país. En este sentido, la definición de paisaje desde una perspectiva artística manifiesta, tal y como señala Hirsch, una relación entre el espectador de una pintura y la imagen representada (1995: 3). Dicha relación es de tipo subjetiva ya que la imagen plasmada en una pintura constituye una visión idealizada del artista. Al respecto Thomas señala que el arte paisajístico proporciona una reconstrucción de una realidad externa dentro de la mente fuertemente determinada por la vista (2001: 169), con lo cual se tiende a ignorar a la participación de los demás sentidos dentro del proceso de percepción y experimentación del paisaje.

Igualmente, la cartografía es otro ámbito dentro del cual la vista ocupa un rol primordial, en este caso en la generación de conocimiento. La creación de mapas es una tecnología que a través de los siglos ha estado bajo el dominio de los grupos hegemónicos o de élite, quienes tenían la intención de presentar una imagen manipulada y deshumanizada de la tierra con fines políticos tales como la construcción de identidades nacionales (Thomas, 2001: 169-170). Por otra parte, a través de las cartografías se ha hecho un enorme esfuerzo por tratar de representar la superficie de la tierra lo más exacta posible, dando como resultado una diversidad de proyecciones cartográficas (cilíndricas, acimutales y cónicas) que en ocasiones no corresponden a la forma percibida y

experimentada por los seres humanos. De acuerdo con Silvina Vigliani, la deshumanización de la tierra así como el intento de representarla cabalmente implica que el espacio es visto como algo neutral, universal, objetivo y separable del espacio mismo (2011a: 161). No obstante, la visión objetiva de la cartografía parece ser un tanto ilusoria ya que dependiendo del tipo mapa (equivalente, equidistante, conforme) varía la forma, tamaño y dimensión de la superficie terrestre representada.

De tal forma, tanto el arte paisajístico como la cartografía son formas modernas de mirar u observar nuestro entorno en las cuales el ser humano y la naturaleza son entidades opuestas: el primero se posiciona como un sujeto activo por medio de la vista, mientras que el segundo se posiciona como un objeto pasivo producido como una imagen reconstruida o abstracta de un espacio físico que requiere ser observado (Thomas, 2001: 167-170).

En la actualidad la oposición entre ser humano y naturaleza es una idea que rige la forma de percibir y experimentar el entorno o espacio que habitamos. Esta concepción dicotómica no opera únicamente en el ámbito cotidiano sino también en el ámbito científico, puesto que éste queda dividido en dos grandes campos del saber: las ciencias naturales y las ciencias sociales. Sin embargo, de forma semejante a Knapp y Ashmore, Stanislaw Iwaniszewski opina lo siguiente:

“No hay que olvidar que tanto los conceptos de la naturaleza material del mundo que rodea al hombre, como las ideas acerca de su independencia conceptual y de su separación ontológica con respecto a la vida humana han sido desarrollados en la sociedad occidental y no pueden definirse como típicos de todas las sociedades humanas.” (Iwaniszewski, 2011: 25).

Así pues, tanto el concepto tradicional que se tiene de paisaje como la dicotomía humano-naturaleza resultan inoperantes en los estudios de sociedades no occidentales, por lo tanto es indispensable intentar desprenderse de tales ideas y plantear nuevas definiciones que sirvan a la arqueología para el entendimiento e interpretación del objeto de estudio aquí propuesto. Contrario a los conceptos occidentales o modernos, Iwaniszewski manifiesta que el ambiente físico es al mismo tiempo natural, social y cultural, así como real y discursivo (2011: 25). Lo anterior da lugar a la concepción de

un espacio o entorno humanizado en la que la distinción polarizada humano-naturaleza queda diluida. Al respecto Christopher Tilley hace una distinción entre un espacio científico o abstracto de carácter idealista e irracional, por un lado, y un espacio humanizado o cargado de significado, de carácter materialista y racional por el otro; y a través de un listado detalló sus principales diferencias (figura 2.1).

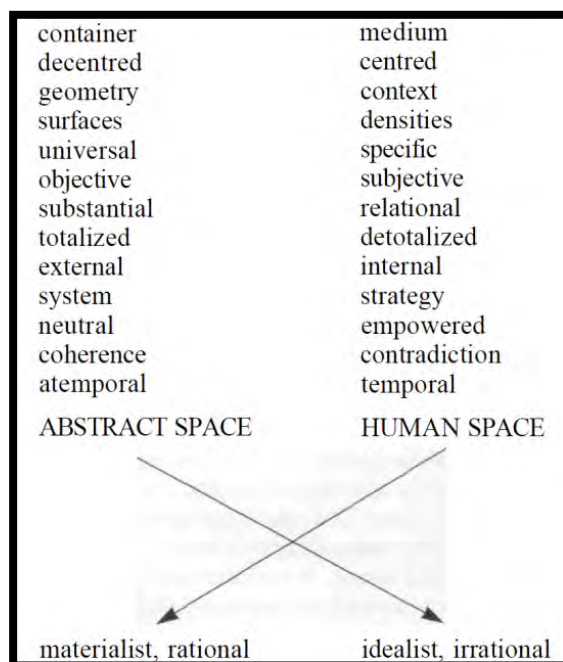


Figura 2.1. Listado de las principales características del espacio abstracto y del humano. Tomado de Tilley, 1994.

Fue el concepto de espacio abstracto el primero en ser aplicado por la arqueología durante su etapa procesual iniciada en los 60s, a partir de la cual sugieron los paralelismos entre medio ambiente/paisaje y espacio/lugar. De tal forma, debido esencialmente a la tendencia tecnológica y científicista de la llamada nueva arqueología, el énfasis fue en el medio ambiente el cual fue entendido como una categoría universal, neutral, geométrica y medible, es decir, un contenedor de los vestigios arqueológicos y por ende de las actividades humanas. Posteriormente, en las últimas dos décadas del siglo XX, el posmodernismo permeó el quehacer arqueológico dando como resultado un nuevo paradigma al que se nombró postprocesual.

Es durante la etapa postprocesual cuando el paisaje comenzó a ser categorizado como un espacio humanizado, el cual fue abordado desde diferentes perspectivas destacando entre ellas la fenomenología heideggeriana. En su magna obra titulada “ser y tiempo” Heidegger se dio a la

ardua tarea de definir el sentido del ser del cual dijo que, tomando en cuenta la connotación de hábito o familiaridad del vocablo alemán *ich bin* (yo soy), ser como infinitivo de yo soy significa habitar en o estar familiarizado con (1953: 63-64). De tal forma este filósofo alemán propuso que el sentido o carácter del ser queda mejor comprendido si se considera al *dasein* o ser-ahí como ontología fundamental de la existencia.

El *dasein* hace del ser un ente inmerso en un espacio sin el cual no puede desenvolverse y mucho menos existir, por ello para Heidegger el mundo en tanto espacio es un elemento constitutivo del ser, supuesto que queda entendido bajo la expresión estar-en-el-mundo (1953: 50 y 61). En relación con dicha expresión, Heidegger señaló que *in* (“en” en alemán) procede de *innan* (residir), cuyo sufijo *-an* significa estar acostumbrado o familiarizado con, y que la preposición *bei* (“en”, “en medio de”, “junto a”) se relaciona con la palabra *bin* (soy), la cual como ya hemos mencionado también significa estar familiarizado con o habitar. Así, por medio de este análisis etimológico Heidegger propuso que “[...] *estar-en es [...] la expresión existencial formal del ser del dasein, el cual tiene la constitución esencial del estar-en-el-mundo.*” (1953: 64, las cursivas son del autor).

Esta declaración hecha por Heidegger implica considerar al mundo como el hábitat no solo del ser humano sino de todos los seres y entes que están-ahí. De tal forma, si cometemos el atrevimiento de cambiar la expresión de estar-en-el-mundo por estar-en-el-paisaje, se puede considerar al paisaje ya no como una imagen externa y ajena al humano sino como el espacio o lugar existencial del humano, en el cual habita en relación con otros seres y entes. Asimismo, las ideas de Heidegger nos permiten decir que el habitar cotidiano no consiste únicamente en el establecimiento de relaciones con ciertos elementos del paisaje sino también implica familiarizarse con ellos.

Uno de los primeros arqueólogos en utilizar los postulados teóricos de Heidegger anteriormente expuestos para la reformulación del concepto de paisaje fue Tilley. De tal forma, a partir de una perspectiva fenomenológica dicho autor definió al paisaje como la “[...] physical and visual form of the earth as an environment and as a setting in which locales occur and in dialectical relation to which meanings are created, reproduced and transformed.” (Tilley, 1994: 25). Claramente, la definición de este arqueólogo británico está basada

en la noción del espacio humanizado, con lo cual otorga al paisaje ya no un rol pasivo sino un rol activo dentro de las diversas prácticas socioculturales. Cabe señalar que el paisaje es el escenario a través del cual no solo los significados sino también otros aspectos como la memoria, la identidad y el orden social, son construidos, reinventados y cambiados (Knapp y Ashmore, 1999: 10).

Por su parte, Iwaniszewski menciona que además de ser una imagen concreta del ambiente el cual posee referentes existenciales, emotivos y simbólicos que representan una totalidad cultural, el paisaje es “[...] el espacio vivencial del hombre subjetivamente centrado en el hombre, la relación que tiene el paisaje con el hombre consiste en ‘darle fondo’, a partir del cual el hombre puede crearse a sí mismo.” (Iwaniszewski, 2011: 35).

Tanto la definición de Tilley como la de Iwaniszewski hacen referencia a la primera cualidad del espacio humanizado, pues más que ser un mero contenedor es el medio y resultado de la práctica y acción humana. Asimismo, los dos autores coinciden en que el entorno es socialmente producido y está centrado en el ser humano (Tilley, 1994: 10; Iwaniszewski, 2011: 25). Por lo tanto, el paisaje y sus componentes no existen independientemente del ser humano sino más bien están fuertemente relacionados, en otras palabras, el espacio y por ende el paisaje tienen un significado relacional, ya que solo pueden existir como un conjunto de relaciones entre cosas y lugares (Tilley, 1994: 11 y 17).

El pensar al paisaje ya no como una imagen externa o ajena al humano sino como un ámbito en el cual está inmerso, conlleva a pensar que además de la vista existen otros elementos o componentes que intervienen en la interacción humano paisaje. Siguiendo los postulados de Tilley, la relación humano-paisaje se da a nivel cognitivo, físico y emocional, y en ella intervienen los siguientes componentes: el espacio físico no humano, estados somáticos del cuerpo, el espacio mental cognitivo, representacional y de movimiento, y por último los seres humanos (Tilley, 1994: 10). No obstante, cabe señalar que dentro de tal relación existen otros componentes o actores igual de importantes que el paisaje y el ser humano que no deben ser ignorados. Estos son seres y cosas materiales o inmateriales como animales, plantas, deidades, dioses y objetos tanto naturales como los creados por los humanos e incluso aquellos de los cuales se piensa son de origen sobrenatural, es decir, que fueron creados por

los dioses. Todos estos seres y cosas son comúnmente agrupados bajo la categoría de no humanos, los cuales al interactuar con los humanos también están insertos en el paisaje y por consiguiente todas sus acciones se manifiestan en él.

Ahora bien, contrario a la universalidad del espacio abstracto, la especificidad del espacio humanizado hace referencia a que el entorno físico no es homogéneo, sino que está constituido por rasgos heterogéneos que dan lugar a paisajes particulares o únicos. De tal forma, cada paisaje posee características y elementos únicos de índole natural y cultural que imponen condiciones singulares a los seres humanos. Por consiguiente, la relación entre el paisaje y el ser humano también es específica. Lo anterior quiere decir que ciertos individuos o grupos de individuos se desenvuelven en paisajes particulares e interactúan con determinados rasgos o elementos de estos.

Además de ser espacial, la especificidad ocurre igualmente a nivel temporal, es decir, el vínculo ser humano-paisaje es de carácter contextual. A través del tiempo el entorno físico está sujeto a modificaciones paulatinas producidas tanto por fenómenos naturales (erupciones volcánicas, inundaciones, sequías, incendios forestales, etc.) como por factores humanos (obras arquitectónicas e hidráulicas, sobreexplotación de recursos, actividades agrícolas como la roza y quema, etc.). Si bien algunos fenómenos naturales ocasionan alteraciones irreversibles cuyo proceso involucra largos periodos de tiempo indefinidos, el entorno físico también está sujeto a modificaciones reversibles y cíclicas que ocurren en tiempos relativamente cortos y definidos, me refiero a los cambios climáticos, meteorológicos y astronómicos que caracterizan a las estaciones del año.

En relación a la cualidad temporal del espacio humanizado, Tim Ingold indica que esta no debe ser entendida como el tiempo cronológico medible y universal, sino como el tiempo social constituido por el transcurso de eventos y actividades o tareas pasadas y presentes, a lo que llamó temporalidad. Ingold, quien concibe al paisaje como el mundo tal y como es conocido por los individuos que habitan en él, opina que las tareas son los actos constitutivos del habitar y de la construcción del paisaje (2000: 193-195). Este antropólogo británico se refiere a las tareas como cualquier operación práctica llevada por

un agente en un espacio determinado, y denomina “*taskscape*” al conjunto de actividades entrelazadas o relacionadas (Ingold, 2000: 195).

Haciendo una analogía con una orquesta musical, Ingold menciona que las tareas son actividades cíclicas o repetitivas esencialmente rítmicas que resuenan unas con otras (2000: 196-197). Esto da lugar a un complejo de ciclos rítmicos en el que las actividades humanas, ya sean cotidianas o rituales, resuenan con los procesos de vida de los animales, de las plantas y del mundo en general. Aunado a esto, Ingold propone que el patrón de resonancias que constituyen la temporalidad del paisaje “[...] must be expanded to embrace the totality of rhythmic phenomena, whether animate or inanimate.” (2000: 200). Las conjeturas de dicho autor implican pensar que sin la realización de alguna tarea o actividad es imposible la interacción entre humanos, no humanos y el paisaje, y por consiguiente no puede existir el tiempo social.

Otra cualidad del espacio humanizado que vale la pena mencionar es la densidad. Al igual que el entorno físico, las dimensiones cognitivas y emocionales del paisaje tampoco son uniformes, es por tal motivo que sincrónica y diacrónicamente un espacio humanizado o social “[...] is constituted by differential densities of human experience, attachment and involvement.” (Tilley, 1994: 11). Para entender esta cualidad es necesario tomar en cuenta la especificidad, pues si bien un paisaje en su totalidad está densamente cargado de valores existenciales y simbólicos, las formas o rasgos que lo componen poseen densidades que varían cuantitativa y cualitativamente. Lo anterior da lugar a un paisaje diferenciado en el cual sus componentes pueden tener menor o mayor relevancia económica, política, religiosa, histórica, mitológica, identitaria, etc. Asimismo, la densidad puede variar entre cada individuo de acuerdo a su edad, género y posición social, así como entre grupos de individuos o comunidades.

En este sentido, aludiendo a la dimensión temporal o histórica, la densidad de un espacio humano es un cúmulo de subjetividades. Esto quiere decir que distintos individuos y grupos de individuos experimentan, perciben y conceptualizan un mismo paisaje de igual o de diversa manera, durante un lapso de tiempo semejante o diferente. Igualmente, la propiedad temporal de la densidad supone pensar que todo paisaje es creado, reproducido y transformado a partir de construcciones previas del espacio (Tilley, 1994: 11).

Aunado a esto, Knapp y Ashmore advierten que “[...] since landscapes embody multiple times as well as multiple places, they thereby materialize not only continuity and sequence, but potentially change and transformation as well.” (1999: 18).

La experimentación del paisaje a través de construcciones previas del espacio supone la existencia de arquetipos que intervienen en la aprehensión y familiarización de los elementos que integran el paisaje. A mi entender, los arquetipos corresponden al espacio mental, cognitivo, representacional y de movimiento, que de acuerdo con Tilley dichos espacios participan en la relación humano-paisaje. De tal forma, a los elementos del paisaje aprehendidos a través de construcciones previas del espacio se les suele atribuir el nombre de los arquetipos a los que remiten, ya sean mitológicos o reales.

Por otra parte, la familiarización con el paisaje por medio de arquetipos trae a colación el hecho de que la experimentación de un espacio humanizado no es algo inocente ni neutral sino “[...] invested with power relating to age, gender, social position and relationships with others.” (Tilley, 1994: 11). Aunado a este argumento, Adam T. Smith manifiesta que al estar socialmente producidos “[...] landscapes reflexively regulate practices, conferring on them significant power to regulate experiences and influence perceptions” (Smith, 1996: 77). Esta cualidad hace del paisaje una herramienta eficaz para la adquisición, justificación y legitimación del poder, puesto que las relaciones establecidas con ciertos elementos del paisaje tienen como finalidad la obtención de algún recurso económico, político y religioso. De este modo, el acceso a los elementos del paisaje que funcionan como fuentes de poder puede estar permitido únicamente a determinadas personas, e igualmente la ubicación de estos lugares probablemente es un conocimiento esotérico que no es transmitido a cualquiera.

En un segundo listado Tilley muestra otras características de carácter simbólico del espacio humanizado al cual también califica como precapitalista y no occidental, y a su vez las compara con las de un espacio capitalista y occidental (figura 2.2). A pesar de que Tilley menciona que este listado es una distinción idealizada ya que el espacio precapitalista puede tener cualidades del capitalista y viceversa, resulta de utilidad para ejemplificar algunas de los

aspectos importantes del paisaje que guiaran la interpretación de nuestro corpus de estudio.

En el acto cotidiano de habitar, la relación ser humano-paisaje tiene un carácter simbólico y emocional que origina una sensación de pertenencia, arraigo y familiaridad, es decir, el paisaje otorga una seguridad ontológica (Tilley, 1994: 26). Así pues, la seguridad ontológica implica un proceso de relación y familiarización con el paisaje en el que sus elementos constitutivos van adquiriendo valores y significados de diversa índole, con los cuales se crea un sistema de creencias que da sentido y explicación a todo lo que hay y ocurre en el entorno físico ya sean cosas y fenómenos visibles o invisibles, humanos, no humanos y sobrenaturales.

infinitely open	different densities
desanctified	sanctified
control	sensuousness
surveillance / partitioning	ritualized /anthropomorphic
economic	cosmological
'useful' to act	'useful' to think
architectural forms resemble	architecture an embodiment
each other in 'disciplinary'	of myth and cosmology
space	
landscape as backdrop to	landscape as sedimented
action	ritual form
time linear and divorced from	time constitutive of rhythms
space	of social action in space-time
CAPITALIST/WESTERN	PRE-CAPITALIST/
SPACE	NON-WESTERN SPACE

Figura 2.2. Listado de las características del espacio capitalista y occidental y del precapitalista y no occidental. Tomado de Tilley, 1994.

Al respecto, Vigliani aclara que la seguridad ontológica no debe ser entendida como “estar seguros en” sino como la forma en que se percibe, piensa y vive la realidad, la cual es transmitida y heredada (2011b: 45). De tal forma, opina que el paisaje como seguridad ontológica es un “[...] trasfondo no cuestionado de la experiencia compartida e intersubjetiva del mundo físico concreto, que ofrece un marco irreflexivo para la acción humana, al tiempo que es reproducido y resignificado por ésta.” (2011b: 46).

Otro aspecto importante relacionado con la seguridad ontológica es la biografía del paisaje, la cual según Tilley está constituida por capas

sedimentadas de significado formadas a través de las acciones y eventos que se realizan en el entorno físico (1994: 27). Retomando lo dicho por Ingold, se puede decir que la biografía del paisaje da cuenta del *taskscape*, es decir, del conjunto de actividades cíclicas y rítmicas que resuenan entre sí. Dichas actividades pueden ser de tipo individual o comunitario así como cotidiano o ritual, es por ello que “personal biographies, social identities and a biography of place are intimately connected.” (Tilley, 1994: 27). Si bien Tilley se refiere únicamente a las acciones humanas pasadas y presentes ocurridas en un tiempo histórico, la biografía del paisaje también puede estar conformada por acontecimientos humanos, no humanos y sobrenaturales acaecidos en un tiempo mítico.

Volviendo a la especificidad del paisaje podemos mencionar que sólo aquellos rasgos del entorno físico con los que el ser humano se relaciona tienen una biografía, y que estas biografías pueden variar de acuerdo al tipo de actividades que realiza cada individuo o grupos de individuos. De tal forma, a mi entender los rasgos del paisaje cuyas biografías están constituidas por actividades cotidianas y rituales así como por sucesos históricos y míticos, son los que adquieren relevancia simbólica para los seres humanos.

Ahora bien, dentro de la biografía del paisaje las actividades pasadas se convierten en historias o mitos y, dado que el espacio es una condición de la acción humana y no humana, las historias y los mitos también se desarrollan en un lugar dado. Así pues, las historias y los mitos remiten forzosamente a un espacio o lugar del paisaje, es por ello que no podemos hablar sobre el nacimiento del dios *Huitzilopochtli* sin referirnos al cerro *Coatepetl*, o de la peregrinación de los mexicas sin referirnos a *Aztlan* y *Tenochtitlan*. En relación a esto, Tilley señala que:

“It can be argued that stories acquire part of their mythic value and historical relevance if they are rooted in the concrete details of locales in the landscape, acquiring material reference points that can be visited, seen and touched.” (1994: 33).

Así como las historias y los mitos están enraizados en ciertas formas o lugares del paisaje, los ritos y demás actividades ceremoniales también lo están. Los lugares en donde se llevan a cabo los rituales y las ceremonias

muchas veces personifican o recrean ciertos lugares en donde las historias y mitos se desarrollan, tal es el caso del Templo Mayor de *Tenochtitlan* pues al parecer esta pirámide simboliza el cerro *Coatepetl*. Al ser espacios en donde se realizan rituales y ceremonias que personifican lugares o arquetipos histórico-mitológicos, las formas del paisaje suelen ser percibidas como entes vivos o poseedoras de cualidades sagradas, como el hogar de seres y fuerzas sobrenaturales, y como puntos liminales que permiten el acceso a otros espacios y tiempos cósmicos.

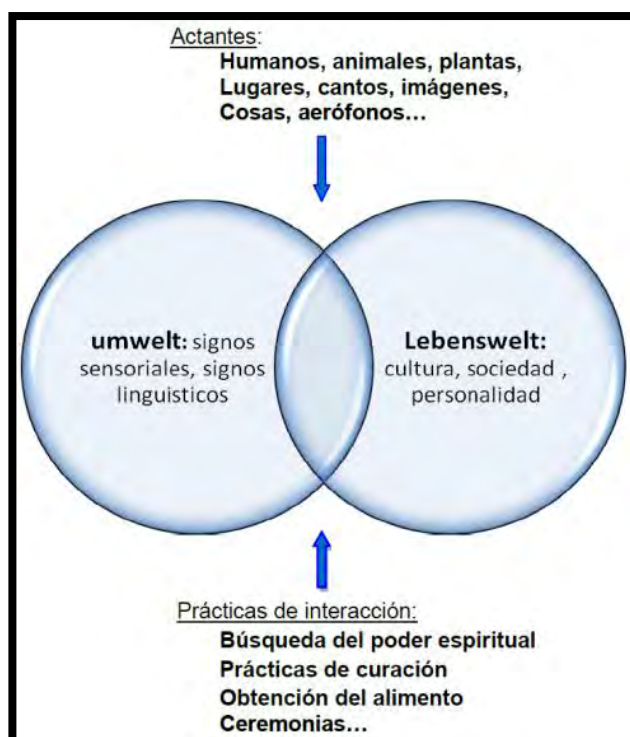


Figura 2.3. Acción comunicativa dentro del paisaje.
Tomado de Vigliani, 2011a.

Lo anterior supone pensar que a través de las actividades rituales el ser humano buscaba entrar en relación y comunicación con tales seres y fuerzas sobrenaturales, con la finalidad de solventar distintos intereses o necesidades. Es por tal motivo que, como en el caso de las cuevas dentro de los seris, se puede decir que determinadas formas del paisaje son los lugares idóneos que favorecen la comunicación entre distintos seres y entes (Vigliani, 2011b: 53). Cabe señalar que la comunicación con el paisaje, sus componentes y los seres y entes que habitan en él no es una cualidad exclusiva de las actividades rituales, sino también ocurre dentro de las actividades cotidianas (Vigliani, 2011a: 197). Siguiendo a Vigliani, tal comunicación está mediatizada tanto por

signos sensoriales como por signos lingüísticos que ocurre en dos dimensiones (figura 2.3): en el mundo alrededor o *umwelt* y en el mundo de la vida o *lebenswelt* (2011a: 198 y 206; 2011b: 49).

Así pues, con todo lo expuesto en este apartado me permito definir al paisaje como un espacio físico, dotado de un marco conceptual y simbólico, el cual es experimentado, aprehendido y percibido desde dentro de sí mismo en la medida que habitamos e interactuamos con sus componentes (volcanes, cerros, valles, cuevas, ríos, pueblos, etc.) y con los seres y entes (animales, plantas, piedras, deidades, espíritus, etc.) que residen en él. En el acto cotidiano de habitar, es a través de la relación constante con el paisaje como se van formalizando los tipos de actividades desarrolladas en los diversos rasgos o formas que lo componen, al mismo tiempo que estos van adquiriendo de forma diferenciada valores y significados culturales de tipo identitario, político, religioso, cosmológico, etc.

3.2 Las formas o rasgos del paisaje

Como ya hemos mencionado, el paisaje es socialmente producido por los individuos que habitan en él. Por tal motivo, se puede decir que el paisaje está compuesto por un conjunto de lugares creados y conocidos a través de experiencias, símbolos y significados, los cuales son definidos por Tilley como locales (1994: 18). Asimismo, Tilley concibe a los locales o lugares como los escenarios en donde ocurre la interacción entre los humanos y los demás seres y entes que habitan en la tierra (1994: 19).

Los locales pueden ser tanto lugares naturales (bosques, montañas, ríos, etc.) como lugares creados y modificados por el ser humano (aldeas, campos de cultivos, presas, etc.). Los locales que componen un paisaje dependen de la relación que un grupo de individuos mantiene con ellos, por lo tanto aquellos lugares con los cuales no existe ningún tipo de vínculo ni tampoco se está familiarizado no forman parte de un paisaje. Cabe señalar que la relación establecida con los locales puede ser tanto corpórea y material como conceptual e ideal. Igualmente, los locales que constituyen un paisaje están interconectados no solo por caminos sino también por narrativas, historias y mitos (Tilley, 1994: 32).

Por otra parte, Tilley declara que sin los lugares o locales no puede haber espacios, es decir, un lugar constituye un espacio. Si bien con este argumento Tilley considera hasta cierto punto espacio y lugar como dos entes equiparables, autores como Tuan (1979) reconocen ciertas diferencias entre ambos, ya que define al primero como un concepto abstracto y objetivo en tanto que al segundo lo define como un concepto concreto y subjetivo o personal. Concerniente a los tipos de espacios Tilley distinguió cinco categorías: somático, perceptual, existencial, arquitectónico y cognitivo (1994: 15).

La primera categoría hace referencia al espacio de experiencia sensorial y movimiento corpóreo en el que se desarrollan acciones habituales e inconscientes. El segundo consiste en el espacio de carácter relativo en el que se establecen relaciones individuales que originan percepciones y significados personales. Respecto al espacio existencial, Tilley menciona que éste está interconectado con el perceptual ya que el espacio existencial se produce y reproduce mediante las experiencias individuales que son transmitidas y socializadas dentro de un grupo, dando lugar a un conocimiento básico compartido. Asimismo, opina que el espacio existencial es un:

[...] sacred, symbolic and mythic space replete with social meanings wrapped around buildings, objects and features of the local topography, providing reference points and planes of emotional orientation for human attachment and involvement.” (Tilley, 1994: 17).

De acuerdo con este argumento parece ser que los sitios que componen nuestro corpus estudios tenían un considerable valor existencial. Pasando al espacio arquitectónico, este es entendido por Tilley como un intento deliberado de crear y delimitar un espacio por medio de edificaciones, mientras que el espacio cognitivo es entendido como la base de reflexión y teorización en relación con el entendimiento o conocimiento de otros individuos (Tilley, 1994: 17).

Salvo el espacio arquitectónico los demás tipos son categorías abstractas que hacen referencia a las características o cualidades epistémicas de un local o lugar. Ahora bien, un lugar ya sea natural o construido puede englobar varios de estos cinco tipos de espacios, por lo tanto deben ser entendidos no como

categorías dispares sino como categorías yuxtapuestas en las cuales los seres humanos habitan.

De forma similar a los cinco tipos de espacios formulados por Tilley, Knapp y Ashmore proponen tres tipos de paisajes: los construidos, los conceptualizados y los ideacionales (1999: 9-12). La noción de paisajes construidos es análoga con la de espacios arquitectónicos, no obstante, la primera difiere de la segunda en que además de la construcción de edificaciones, también abarca otra clase de lugares modificados como son los campos de cultivo y los yacimientos de materias primas.

Por otro lado, los paisajes conceptualizados son aquellos lugares naturales cuyos vínculos con los humanos están basados en significados religiosos, artísticos, entre otros, y no en la cultura material de la cual puede haber poca o nula evidencia (1999: 11). Además de estar escasa o nulamente alterados por los seres humanos, en ocasiones existen normas sociales que restringen o prohíben a todos o a determinados individuos el acceso a lugares conceptualizados, lo cual también ocurre con lugares construidos. Cabe mencionar que esta definición es tomada de la categoría de paisaje cultural asociativo propuesta en un congreso organizado por la UNESCO en 1992 (ver Cleere, 1995: 66).

En relación con los paisajes ideacionales, éstos son imágenes mentales de lugares anecúmenos o inmateriales dotados de valores míticos, espirituales y morales, propios de un sistema de creencias determinado. Acerca de esta última categoría se debe aclarar que si bien estos son lugares ideales que residen en el imaginario colectivo, varios de sus atributos formales están creados a partir de elementos mundanos o terrenales, y en muchas ocasiones son recreados y materializados en diversos lugares ya sean construidos o naturales. Lo anterior conlleva a suponer que tanto los paisajes construidos como los conceptualizados pueden ser ideacionales, es decir, ambos poseen significados culturales. Por tal motivo, Knapp y Ashmore aclaran que a menudo no existe un límite perceptible entre los tres tipos sino que más bien un paisaje “[...] is essentially all of these things at all times [...]” (1999: 10).

Si bien las categorías de paisaje propuestas por Knapp y Ashmore son entidades yuxtapuestas, considero que a nivel de locales se puede hacer una distinción para fines prácticos por medio de la presencia y ausencia de cultura

material, así como por el grado de modificación humana. De tal forma, existen locales cuya morfología ha sido sustancialmente modificada por el ser humano a través de la edificación de estructuras arquitectónicas como templos, los cuales son el elemento principal que define el espacio. Estos tipos de locales pueden ser clasificados como lugares contruidos del paisaje. Por otro lado, existen locales en los que sus características originales o innatas definen el espacio, y la actividad humana en vez de provocar cambios cuantitativos en su aspecto morfológico, enfatiza y materializa sus cualidades y simbolismos.

A este tipo de locales Richard Bradley los denomina lugares naturales, pues como ya se dijo, son espacios cuya forma no ha sufrido una modificación humana sustancial a pesar de la abundancia de materiales u objetos que pueden contener. Si bien los lugares naturales no son espacios construidos y modificados por el ser humano, pueden tener una génesis mitológica en la que se les concibe como lugares creados por ancestros o por fuerzas sobrenaturales (Bradley, 2000: 35). Otra característica peculiar de los lugares naturales del paisaje mencionada por Bradley es que éstos comúnmente están situados fuera de la esfera de la vida doméstica (2000: 27). En relación a esto Hirsch señala que “[...] sacred sites and places are sometimes physically empty or largely uninhabited, and situated at some distance from the populations for which they hold significance.” (1995: 4). En este sentido, además de ser lugares que no son visitados de forma cotidiana, también suelen estar espacialmente diferenciados o separados de asentamientos habitacionales. Cabe aclarar que el término lugar natural no debe entenderse como un espacio excluido del ámbito cultural, sino como un espacio no humano incorporado a la red de relaciones sociales. Por lo tanto, un lugar natural posee características tanto naturales como culturales, las cuales más que estar separadas quedan fusionadas en un mismo ámbito.

Ahora bien, más que hacer una clasificación conceptual Bradley distinguió cuatro tipos de contextos que caracterizan a los lugares naturales dentro de las sociedades europeas prehistóricas, estos son:

“[...] the provision of votive offerings; the presence of ‘art’ at natural places in the landscape; the use of special locations as production sites; and the

recreation of a small number of ritually important locations as conventional monuments.” (Bradley, 2000: 14).

Las ofrendas votivas en tanto práctica ritual consisten a grandes rasgos en el ofrecimiento de algún objeto o sustancia a una deidad, ente sobrenatural o personaje ancestral. Por lo tanto, los lugares donde las ofrendas son entregadas y depositadas pueden ser concebidos como la morada de deidades y entes sobrenaturales o como seres vivos con cualidades sagradas. De acuerdo con Bradley, las deidades tienen atributos propios en función de los cuales eran veneradas en sitios muy específicos (2000: 49); esto quiere decir que las características de ciertos lugares eran asociadas con las características de ciertas deidades. Asimismo, dependiendo de la clase de seres y entes sobrenaturales que habitan en determinado sitio varían los tipos de ofrendas depositadas en él. A pesar de la variación que pueda existir entre los materiales ofrendados en distintos lugares normalmente con ellos se pretende conseguir algún objetivo, el cual puede ser la activación o desactivación de las cualidades sagradas de un lugar o la realización de una plegaria a las deidades que habitan en él.

En relación con el segundo contexto, Bradley propone que el arte rupestre y las demás variedades de manifestaciones gráficas pueden servir como una forma de comunicarse con los seres y entes que residen en determinado lugar o rasgo del paisaje (2000: 39); además del arte rupestre existen otras formas de entablar dicha comunicación tales como las ofrendas votivas. Por su parte, Bjørnar Olsen opina que el tallar o pintar una imagen no consiste únicamente en dotar de significado un espacio, sino también implica hacer visible o materializar lo que reside ahí (2013: 85). A su vez las manifestaciones gráficas dispuestas en lugares naturales pueden funcionar como indicadores de puntos liminales, en donde es posible acceder a otros espacios y tiempos cósmicos.

Pasando al tercer contexto, Bradley argumenta que si muchos de los artefactos depositados en lugares naturales poseían un significado especial debido a su uso ritual, puede ser que los lugares donde fueron hechos y los procesos efectuados ahí también tuvieron connotaciones especiales (2000: 36). Esta suposición puede ser aplicada igualmente a los yacimientos de donde eran extraídas las materias primas de los objetos ofrendados, los cuales

pueden ser entendidos como piezas de lugares poseedoras de las cualidades de donde proceden (Bradley, 2000: 88). De tal forma, tanto el lugar de procedencia y el lugar de deposición final de ciertos artefactos ofrendados pueden ser considerados como espacios simbólicos.

El cuarto y último contexto es análogo a las categorías de espacio arquitectónico y paisaje construido propuestas por Tilley así como por Knapp y Ashmore, respectivamente. De acuerdo con Bradley, la construcción de templos, altares y demás elementos arquitectónicos en lugares naturales tiene los siguientes propósitos: reestructurar la forma en que un lugar o rasgo del paisaje es usado y experimentado, aumentar su visibilidad, y proporcionarle capas de simbolismos adicionales (2000: 104-107). Cabe señalar que el último propósito mencionado no se logra únicamente a partir de construcciones arquitectónicas sino también se puede lograr a través de las ofrendas votivas y de las manifestaciones gráficas.

Así pues, más que develar una relevancia doméstica y de subsistencia, cada uno de estos contextos descritos por Bradley da cuenta de la relevancia simbólica y sagrada que poseían ciertos lugares o rasgos del paisaje. Esto no quiere decir que en o alrededor de los lugares de relevancia simbólica no se realizaba ningún tipo de actividad doméstica o de subsistencia, sino que estos se diferenciaban de los demás rasgos del paisaje por los significados simbólicos que adquirieron y porque eran ocupados como espacios rituales.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede definir a los rasgos del paisaje de relevancia simbólica como aquellos rasgos cuyos contextos arqueológicos sugieren que eran concebidos como espacios sagrados, dotados de valores identitarios, existenciales, cosmológicos, entre otros, en los cuales se realizaban diversas actividades rituales. Cabe aclarar que un rasgo o lugar del paisaje de relevancia simbólica puede ser natural o construido, no obstante, en el presente trabajo de investigación nos enfocaremos únicamente en los lugares naturales. Por tal motivo, de todas las clasificaciones del paisaje descritas en este apartado la realizada por Bradley es en mi opinión la más adecuada, ya que los contextos que él distingue se asemejan a los de los sitios que conforman nuestro corpus de estudio.

3.3 Materialidad y *personhood*

Tal y como hemos mencionado con anterioridad, dentro de las relaciones establecidas entre los seres humanos y los rasgos del paisaje también intervienen una variedad de seres y cosas (deidades, animales, plantas, piedras, artefactos, sustancias, etc.), sin los cuales no pueden existir ni mantenerse tales relaciones. Por cosa retomamos la definición de Fernando Santos-Granero, quien manifiesta que dicho término es empleado para referirse:

[...] not only to artefacts – objects made by gods and humans, including images, songs, names, and designs – but also to natural objects and phenomena that are believed to be central to human life and reproduction.” (2009: 3).

Si bien se caracterizan por ser tanto materiales como inmateriales, estos seres y cosas también residen en el paisaje y por consiguiente todas sus acciones se manifiestan en él. Al respecto, Olsen opina que las cosas son “[...] beings in the world alongside other beings such as humans, plants, and animals.” (2010: 9). Esta opinión conlleva a suponer que las cosas, ya sean naturales, creadas por los humanos o por los dioses, pueden ser concebidas como personas y por ende ser tratadas como tales. De tal forma, más que un vínculo sujeto-objeto la relación entre los humanos y las cosas es de sujeto a sujeto. Cabe señalar que la condición de persona puede ser igualmente atribuida a los rasgos del paisaje.

Otra circunstancia que hay que aclarar es que no todas las cosas ni todos los lugares del paisaje son concebidos como personas. Esto da lugar a una jerarquización en la que las cosas y lugares se distinguen no solo por sus características morfológicas y simbolismos asociados, sino también por su condición de ser o no ser personas, lo cual de acuerdo con Chris Fowler es una variante contextual (2004: 4). Dentro de dicha jerarquización también hay cosas y lugares que pueden ser considerados no como personas en su totalidad, sino como partes de personas.

Siguiendo los postulados de Fowler, una persona está frecuentemente compuesta a través de la asociación temporánea de diferentes aspectos como la mente, el espíritu y el cuerpo, los cuales denotan una forma de agencia (2004: 4). En este sentido, considerar una cosa o un lugar como persona

implica atribuirle entidades anímicas así como la capacidad de agencia. Asimismo, Fowler añade el término de *personhood* para referirse al estado o condición de ser persona en relación con un contexto específico, y distingue dos modos principales de persona: la individualidad y la dividualidad (2004: 4). El primero consiste en la concepción de un modo de persona unitaria cuyo cuerpo constituye la totalidad de su ser, del cual no puede desprenderse. Por otro lado, la dividualidad radica en que las personas están constituidas por múltiples rasgos físicos o espirituales que no están contenidos únicamente en el cuerpo, sino en otros lugares y cosas.

A su vez, Fowler advierte dos formas de dividualidad, la partibilidad y la permeabilidad (2004: 5). La partibilidad es la propiedad en la que una parte constitutiva de la persona es extraída de su ser y puede ser dada a otra persona. Al respecto Vigliani señala que las partes extraídas de una persona son objetivadas y personificadas a través de cosas materiales (2011: 91). En relación con la permeabilidad, esta alude a que una persona puede ser permeada por cualidades y sustancias que influyen su composición interna. Sin embargo, a diferencia de la partibilidad sus elementos constitutivos no son identificados como cosas sino como sustancias que fluyen entre humanos, cosas y lugares (Fowler, 2004: 5). Adicionalmente, Fowler describe un último modo de *personhood* al que denomina persona fractal. Este consiste en que un grupo seres, cosas y lugares pueden ser concebidos como una persona en su totalidad, y a la vez un solo ser, cosa o lugar puede personificar una comunidad o el cosmos a diferentes escalas (Fowler, 2004: 28 y 60).

Ahora bien, tal y como Fowler señala, la condición de persona se consigue y mantiene a través de las relaciones entabladas entre seres, cosas, lugares y rasgos espirituales del cosmos (Fowler, 2004: 4). Esto quiere decir que ningún modo de *personhood* es algo dado por sentado y permanente, y que el carácter y cualidades de una persona pueden variar dependiendo el contexto relacional en el que se encuentre.

Un tipo de contexto relacional vital para la obtención y reafirmación del *personhood* son las actividades rituales. Ejemplo de ello son los ritos de paso los cuales en muchas culturas son la única forma de alcanzar o pasar de un estado a otro, como de la infancia a la adultez. Además de que permiten acceder a un modo de *personhood*, las actividades rituales también posibilitan

la transformación de las cualidades constitutivas de una persona, a través del intercambio partible de cosas y del flujo permeable de sustancias. Al respecto, Marilyn Strathern hace una distinción entre intercambios mediados y no mediados. Los primeros son aquellos intercambios que están basados en la transferencia de sustancias y partes de una persona objetivadas y personificadas por medio de cosas materiales. Por el contrario, los intercambios no mediados no dependen de cosas materiales, sino que el flujo de sustancias se da de forma directa. Lamentablemente, debido a su carácter inmaterial no es posible identificar intercambios no mediados en el registro arqueológico.

Los intercambios mediados son un claro ejemplo de cómo las cosas materiales se posicionan como elementos indispensables dentro de las relaciones sociales. En relación a esto, Olsen afirma que las cosas posibilitan la acción humana y que las sociedades dependen de ellas (2010: 8 y 149). Así pues, dentro de las actividades rituales las ofrendas votivas y las manifestaciones gráficas, dispuestas en lugares naturales, funcionan como mediadores de la relación establecida entre los seres humanos y el paisaje. Igualmente, Olsen señala que las cosas vuelven tangible el pasado y el presente, a la vez que posibilitan varias formas de memoria (2010: 108). Este señalamiento implica pensar que un artefacto, una escultura y por supuesto un lugar, son testimonios de experiencias y eventos pasados que perviven en el presente.

Las características mencionadas por Olsen hacen de las cosas y de los lugares del paisaje elementos constitutivos del mundo social (2010: 5-6), independientemente de que sean o no sean percibidos como personas. Esto se vincula con la tercera fuente de incertidumbre de Bruno Latour, la cual estipula que las cosas también son actores sociales y por lo tanto tienen capacidad de agencia (2008: 95-127). Nuevamente estas conjeturas sitúan a los humanos y a las cosas en un mismo plano de la interacción social.

Siendo un exponente de la teoría del actor-red (TAR), Latour declara que un actor “[...] no es la fuente de una acción sino el blanco móvil de una enorme cantidad de entidades que convergen hacia él.” (2008: 73). Esta definición sitúa no al individuo sino a la relación entre un grupo de individuos como la base de la acción social. Es por tal motivo que Latour concibe a la acción como “[...] un

nodo, un nudo y un conglomerado de muchos conjuntos sorprendentes de agencias [...]” (2008: 70). Ahora bien, para dicho autor la agencia es aquello que hace algo e incide de alguna manera en un estado de cosas, la cual es provista de una figuración que puede ser tanto antropomorfa como ideomorfa (2008: 82-83).

De esta forma, atribuir agencia a las cosas significa que éstas producen y posibilitan de forma relacional acciones y actividades. Para entender esta afirmación basta con plantearnos si es posible hacer una ofrenda sin los objetos donados. Asimismo, vale preguntarse si es posible realizar una actividad ritual sin el espacio idóneo o más adecuado.

Así pues, los postulados teóricos de Fowler, Olsen y Latour, dan cuenta del amplio espectro de seres, entes, cosas y lugares que constituyen la acción social, y de las cualidades que pueden poseer cada uno de ellos. Por tal motivo, dentro del análisis de la relación ser humano-paisaje es necesario tomar en cuenta los demás elementos que intervienen en dicha relación, para obtener una interpretación integral de nuestro objeto de estudio.

3.4 El Método

Como ya hemos mencionado, en el presente trabajo de investigación consiste en un análisis comparativo, a nivel interregional, de los siguientes sitios: el cerro Manatí, Arroyo Pesquero y el Volcán San Martín Pajapan, en la costa Sur del Golfo de México; el cerro Chalcatzingo, en el altiplano central de México; y la cueva de Oxtotitlán, en la región de Guerrero. En dicho análisis se contemplará tanto el entorno físico como el aspecto cultural de los cinco lugares naturales del paisaje antes mencionados. Para esta labor se diseñó un proceso de análisis basado parcialmente en el modelo metodológico de Felipe Criado Boado. Su metodología parte de la división inicial del paisaje en tres dimensiones: el espacio en cuanto entorno físico o matriz medioambiental de la acción humana; el espacio en cuanto entorno social o medio construido por el ser humano; y el espacio en cuanto entorno pensado o medio simbólico (Criado Boado, 1999: 6). Cabe señalar que Criado Boado estableció esta división tripartita del paisaje para fines prácticos de análisis, por tanto más que categorías rígidas y disociadas, las dimensiones señaladas deben entenderse como capas yuxtapuestas e íntimamente relacionadas.

Posteriormente, Criado Boado plantea un análisis formal o morfológico de las dimensiones del paisaje que contemple las siguientes etapas: deconstrucción, descripción e interpretación (1999: 9-15). Como parte del análisis formal del paisaje Criado Boado propone la realización de siete tareas o actividades (1999: 18):

- 1) Reconocimiento de las formas o constituyente elementales del espacio considerado, tanto naturales como artificiales o arqueológicos.
- 2) Caracterización de las condiciones de visibilidad y visibilización de esas formas.
- 3) Identificación de las claves de tránsito y desplazamiento.
- 4) Identificación de la red de lugares significativos de ese espacio.
- 5) Definición de las cuencas visuales o panorámicas más significativas de la zona.
- 6) Definición de las cuencas de ocupación.
- 7) Reconstrucción de la jerarquía de lugares.

Así pues, en el presente trabajo de investigación se realizará por separado el análisis formal propuesto por Criado Boado de los cinco sitios que conforman nuestro corpus de estudio, para después contrastar o comparar los resultados obtenidos de cada uno de ellos. No obstante la metodología Criado Boado no se aplicará al pie de la letra, sino que se ajustará a los objetivos de nuestra investigación. En este caso, el análisis formal de las dimensiones del paisaje se dividirá en cuatro etapas descriptivas, éstas son:

- 1) Análisis del entorno natural regional.
- 2) Análisis espacial de los sitios arqueológicos.
- 3) Análisis contextual de los vestigios arqueológicos.
- 4) Análisis del simbolismo de los vestigios arqueológicos.

La primera etapa se centra en el entorno físico de las regiones en las que se localiza cada sitio. Por tanto, se describirán las características fisiográficas (climáticas, geomorfológicas, hidrológicas, edafológicas, etc.), para lo cual nos apoyaremos de bases de datos como la de INEGI, de trabajos de investigación de las diferentes disciplinas, así como de mapas temáticos elaborados a través de sistemas de información geográfica. Debido al proceso de cambio al que

está sometido el entorno físico, también se emplearan datos paleoambientales para reconstruir en la medida de lo posible el paisaje prehispánico. Siguiendo algunas de las tareas propuestas por Criado Boado, en este apartado se tratará de reconocer las formas y redes naturales que componen los paisajes, y además se definirá las cuencas de ocupación, es decir, las zonas más adecuadas para el asentamiento. Con todo esto se tiene la intención de determinar las condiciones naturales que influyeron en la forma de habitar, experimentar y concebir el paisaje regional.

En la segunda etapa se realizará un análisis detallado de los cinco sitios arqueológicos con la finalidad de determinar sus principales características o componentes fisiográficos. Asimismo, se analizarán sus condiciones de visibilidad a nivel regional con respecto a los asentamientos habitacionales. Otros parámetros a analizar que Criado Boado no contempla, es la accesibilidad a los sitios, y su lejanía o cercanía a los asentamientos ya sean de primer, segundo o tercer orden. Por otro lado, se describirá el entorno sociocultural en el que estaba insertó cada sitio, para lo cual tomaremos como base los datos y resultados derivados de los proyectos arqueológicos efectuados en las diferentes regiones.

Con estas dos etapas descriptivas se tratará de cumplir con el primer objetivo particular, el cual consiste en identificar las características ambientales, hidrológicas, fisiográficas, etc., que influyeron en la sacralización de los cinco sitios. Además, estos análisis nos permitirán observar la distribución y relación de los cinco sitios, en relación a los componentes naturales y construidos de la región en la que se encuentran.

Pasando a la tercera etapa, en esta se realizará una descripción del contexto de los vestigios arqueológicos, para cual utilizaremos como principal herramienta los informes técnicos y demás publicaciones en las que se describe los materiales hallados en cada uno de los sitios. De acuerdo con Hodder, el significado más simple de contexto es tramar, entrelazar o conectar (1994: 145), en este sentido un estudio contextual implica analizar como un conjunto específico de elementos se relaciona entre sí. Por otra parte, este mismo autor distingue dos tipos de significados contextuales: el sistema estructurado de interrelaciones funcionales y el contenido estructurado de las ideas y los símbolos (Hodder, 1994: 147-149).

Dentro del análisis contextual de los vestigios arqueológicos de nuestro corpus de estudio nos enfocaremos únicamente en el primer significado, el cual Hodder denomina como sistémico o funcional. Ahora bien, Hodder propone que el análisis del significado sistémico se debe realizar en cuatro niveles: temporal, espacial, unidad de deposición y tipológico (1994: 152). En el primer nivel lo que se pretende es examinar la continuidad o discontinuidad estructural y funcional de los vestigios arqueológicos tanto sincrónica como diacrónicamente. Debido a que no todos los sitios de nuestro corpus de estudio poseen dataciones absolutas y fases definidas, se detallará en la medida de lo posible la secuencia cronológica de los vestigios arqueológicos. Con respecto al nivel espacial, en este se trata de analizar la disposición relacional de los objetos en un espacio dado, en este caso en elementos naturales del paisaje.

Pasando a la unidad de deposición, Hodder se refiere a estratos sellados perfectamente delimitados en espacio y tiempo. Este nivel de análisis supone una problemática para Chalcatzingo y Oxtotitlán, ya que sus vestigios arqueológicos son manifestaciones gráficas rupestres que no están expuestas a procesos de deposición y formación de estratos. Igualmente, esto representa una problemática para Arroyo Pesquero no solo por el intenso saqueo que ha sufrido sino también por la dificultad de hacer un registro detallado de los materiales encontrados en su lecho en donde imperan condiciones de nula visibilidad. Finalmente, el nivel tipológico consiste en la clasificación o agrupación de los artefactos de acuerdo a sus semejanzas y diferencias formales. Así pues, es a través del análisis del contexto de los vestigios arqueológicos, como se determinarán los tipos de actividades rituales realizadas en los rasgos del paisaje de relevancia simbólica, lo cual corresponde al segundo objetivo particular de esta investigación.

Por último, la cuarta etapa consiste en el estudio de los simbolismos contenidos en los vestigios arqueológicos de cada sitio, para lo cual se realizará un análisis iconográfico de las manifestaciones gráficas olmecas plasmadas en esculturas tridimensionales, bajorrelieves, pintura rupestre, etc., y también se examinará el significado de los demás tipos de materiales que no poseen imágenes. Cabe recordar que en el presente trabajo las manifestaciones gráficas olmecas serán clasificadas bajo el término sistema de representación olmeca. Si bien en el primer capítulo este término ya fue

definido y además se mencionó algunas circunstancias relacionadas con el estudio de éste, resulta apropiado y oportuno mencionar unos últimos aspectos señalados por Pohorilenko. Como parte de su análisis iconográfico del sistema de representación olmeca dicho autor determinó lo siguiente (Pohorilenko, 2008: 82-83):

- 1) Aproximadamente a partir de 1200-700 a.C., el sistema de representación olmeca constaba de tres temas fundamentales: el zoomorfo compuesto, el antropomorfo compuesto y el “Baby Face”.
- 2) Cada uno de estos temas fundamentales del arte olmeca aparece con cierto número de motivos asociados, formando un complejo pictorial o icónico.
- 3) Cada tema fundamental presupone la existencia de los otros dos, y, en el caso del antropomorfo compuesto, es una imagen que combina elementos de la cara del zoomorfo y los incorpora, o mejor dicho, los sustituye por los elementos faciales de individuos del tipo “Baby Face”.
- 4) Cada tema puede estar representado simbólicamente por alguno de los componentes que lo determinan o por un elemento pictorial de su complejo icónico.
- 5) Los tres temas fundamentales se dan en medios monumentales, portátiles y cerámicos.
- 6) Cada medio cuenta con su propio modo establecido de expresar los temas fundamentales y su complejo icónico asociado.

Cabe recalcar que, de acuerdo con Pohorilenko, lo que define al sistema de representación olmeca no son los tipos de soportes (vasijas, esculturas tridimensionales, bajorrelieves, arte rupestre, etc.), los acabados de superficie ni las técnicas decorativas, sino el conjunto particular de motivos iconográficos que se articulan para expresar ciertas ideas, creencias y sucesos. Así pues, dentro del análisis iconográfico se procederá a hacer una descripción de las manifestaciones gráficas, en la cual se identificará los temas fundamentales y los elementos representacionales presentes en cada sitio. Una vez identificados los principales temas representacionales de cada sitio se realizará una interpretación de sus significados, para lo cual prestaremos especial atención al contexto espacial. Asimismo, se retomarán las interpretaciones

planteadas por los diferentes investigadores que se han dado a la tarea de descifrar el significado de las diversas manifestaciones gráficas olmecas. Es de esta forma como se pretende cumplir con el último objetivo particular, es decir, determinar los simbolismos, entes y seres asociados a los diferentes rasgos del paisaje de relevancia simbólica.

4. El Manatí

4.1 La cuenca baja del río Coatzacoalcos

El cerro Manatí se sitúa en la cuenca baja del río Coatzacoalcos, la cual forma parte de la Cuenca Salina del Istmo de Tehuantepec. En esta región predomina el clima cálido húmedo y subhúmedo (figura 4.1) cuya media anual de temperatura es de 26°C, siendo de abril a agosto el periodo más caluroso en el que en ocasiones se alcanza la máxima de 42°C, y de septiembre a febrero la temperatura se mantiene sobre los 20°C y raras veces disminuye hasta los 7.5°C. Por otro lado, la media anual de precipitación se sitúa entre 2000 y 2500 mm; aunque las lluvias en la región se presentan durante todo el año existe una clara distinción entre la época de secas y de lluvias, la primera transcurre del mes de enero a mayo mientras que la segunda ocurre de junio a diciembre. Cabe señalar que poco tiempo después de su inicio, la época de lluvias se ve afectada por una sequía interestival o canícula, caracterizada por un incremento en la temperatura y una considerable disminución de la precipitación que se presenta entre los meses de junio y agosto (Cyphers *et al.*, 2013: 21). Al respecto, Coe y Diehl ofrecen una serie de tablas en las que se pueden observar la variación mensual de temperatura y de precipitación, correspondiente a diferentes poblados de la región (figura 4.2).

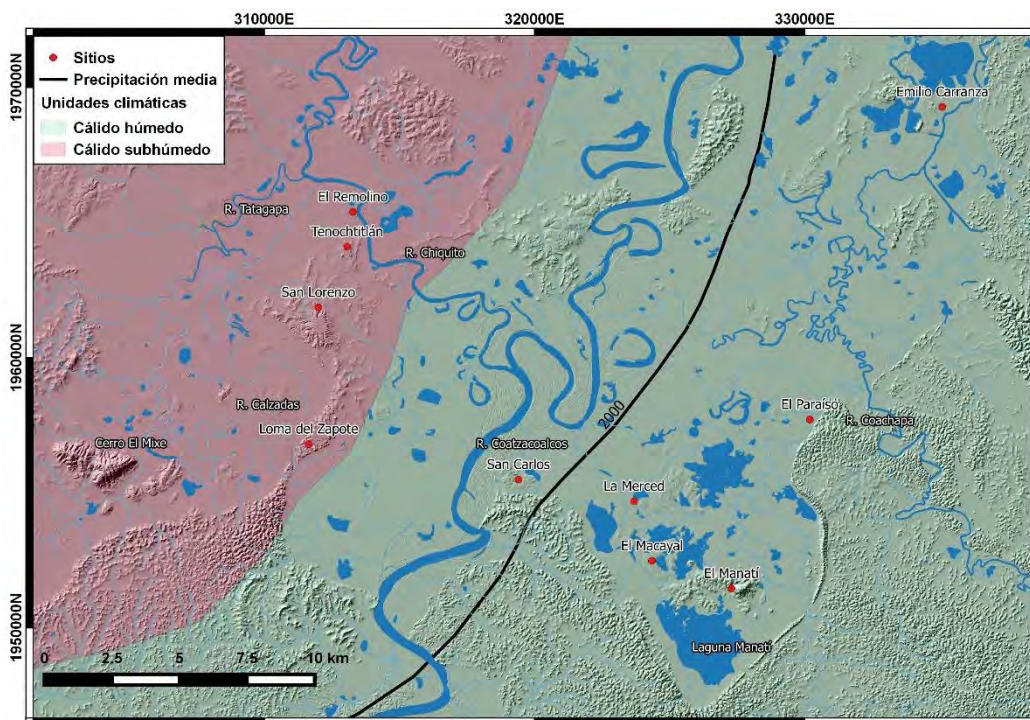


Figura 4.1. Mapa de las unidades climáticas de la cuenca baja del Coatzacoalcos. Elaborado por el autor.

Mes	Precipitación mensual en milímetros						Temperatura mensual en °C					
	Mínima		Media		Máxima		Mínima		Media		Máxima	
	Hidalgotitlán	Minatitlán	Hidalgotitlán	Minatitlán	Hidalgotitlán	Minatitlán	Hidalgotitlán	Minatitlán	Hidalgotitlán	Minatitlán	Hidalgotitlán	Minatitlán
Enero	73.5	31.7	88.2	127.3	138	613.4	20.7	19.6	20.7	23.2	22.8	28.1
Febrero	26.7	0	46.8	78.4	69	250.9	21.2	19.9	23	23.7	24.4	28.5
Marzo	11.7	0	33.6	37.4	54	110	23.7	23.6	24.8	25.6	25.3	28.4
Abril	1	0	18.3	25.9	55.8	146	26.1	24.1	27.4	27.2	28.2	28.3
Mayo	10.1	4	85.3	77.9	351	260.3	27.2	26.8	28.6	28.7	29.8	30
Junio	189.1	55	245.9	287.5	300	510.8	27.9	26.6	28.2	28.3	29.3	30.1
Julio	205	136.5	232.9	289	449.2	508.4	26.8	25.4	27.2	27.7	27.5	29.3
Agosto	119	88	275.4	363	443	1322	27.3	26.4	27.7	27.6	28.5	28.5
Septiembre	143.3	208.8	300.2	509.8	511.3	1064	26.4	25	26.4	27.5	27.5	28.4
Octubre	173	98.6	270.7	360.2	376	897	25.1	22	26	26.2	27.2	27.5
Noviembre	32	43.2	153.5	258.7	334	680	22.3	21.5	24	24.3	25.9	28
Diciembre	60.6	46	127.4	139.5	302	267.7	21.2	17.2	21.7	23.2	22.6	28.3

Figura 4.2. Precipitación y temperatura mensual en Hidalgotitlán y Minatitlán. Tomado y reelaborado de Coe y Diehl, 1980b.

Si bien estas son las condiciones climáticas imperantes en la actualidad, hay que tener en cuenta las variaciones que éstas sufrieron en diferentes periodos de tiempo. Basado en datos climatológicos del Sur de Mesoamérica y del núcleo de Cariaco, Venezuela, Cyphers *et al.* sugirieron una serie de cambios climáticos ocurridos en la cuenca baja del Coatzacoalcos, durante el Preclásico Temprano. De tal forma, mencionan que en el inicio de la fase Ojochi prevaleció una larga sequía seguida de oscilaciones de incremento y reducción de la humedad, y que posteriormente la precipitación iba en aumento y al llegar a su punto máximo en la fase Chicharras ocurrió un desplome (Cyphers *et al.*, 2013 54). A pesar de que las fluctuaciones climáticas continuaron, indican que la fase San Lorenzo A se caracteriza por una mayor humedad, mientras que en la fase San Lorenzo B sobrevinieron cambios drásticos de desecación y precipitación (Cyphers *et al.*, 2013: 54-55).

Tal y como sugieren Symonds *et al.*, la vegetación imperante en la cuenca baja del Coatzacoalcos pudo haber sido la del bosque de lluvia tropical con árboles de 25 a 40 m de altura (2002: 20), en la que la ceiba (*Ceiba pentandra*) sobresale por su gran envergadura y por su alto valor simbólico. Dentro de este tipo de vegetación tropical destacan ciertos árboles frutales que seguramente fueron aprovechados en tiempos prehispánicos, estos son: la palma de coyol (*Acrocomia aculeata*), el zapote mamey (*Pouteria sapote*), el nanche (*Byrsonima crassifolia*), el jobo (*Spondias mombin*), entre otros. Cabe señalar que éstas últimas dos especies fueron identificadas dentro de los macrorrestos botánicos colectados en el sitio de El Manatí (Rodríguez *et al.*, s.f; Ortiz Ceballos y Rodríguez, 2000: 79-80). Asimismo, en los terrenos más deprimidos existe una vegetación riparia típica de los pantanos popaleros, cuya especie más abundante es el platanillo (*Thalia geniculata*) (Symonds *et al.*, 2002: 20).

De acuerdo con estudios paleobotánicos, en el periodo Preclásico, las llanuras que rodean la meseta de San Lorenzo estaban cubiertas por extensos popales (Zurita Noguera, 1997: 86; Cyphers *et al.*, 2013: 62).

Tal y como señalan Ortiz Pérez y Cyphers, la característica más sobresaliente de la cuenca baja del Coatzacoalcos es la llanura deltaica (figura 4.3), la cual consiste en una cuenca geológica sedimentaria de origen costero y marino originada a finales del Mesozoico, y sometida a un proceso de hundimiento causado por los movimientos transtensivos del Istmo de Tehuantepec y por la compactación sedimentaria de la cuenca geológica (1997: 34-35). Esta llanura inicia a partir la falla de Peña Blanca, ubicada 68 km río arriba que, junto con la emergencia de los domos salidos, influyen en la configuración deltaica que presenta la cuenca del Coatzacoalcos (Ortiz Pérez y Cyphers, 1997: 43; Pool, 2007: 78).



Figura 4.3. Llanura deltaica vista desde el Sureste de la meseta de San Lorenzo. Foto del autor.

Dentro de la cuenca del Istmo los domos salinos o diapiros se formaron durante la transición del periodo Triásico al Jurásico, y consisten en acumulaciones de sales depositadas debajo de capas sedimentarias, que al ejercer presión sobre las capas inferiores provocaron la emergencia a la superficie de las acumulaciones salinas visibles en el relieve en forma de domos (Coe y Diehl, 1980a: 13; Pool, 2007: 67). Una característica importante de los diapiros es que están asociados a depósitos de sulfuro y petróleo, y además poseen una cubierta de rocas con una capa rojiza en su interior, la cual presenta formaciones de hematita (Coe y Diehl, 1980a: 13-16; Pool, 2007:

67). Los domos salinos y las lomas Plio-pleistocenas son las elevaciones naturales del terreno más prominentes de la región que en pocos casos rebasan los 100 msnm. A pesar de esta circunstancia, dichas elevaciones son claramente distinguibles en el paisaje ya que la mayor parte de la cuenca baja del Coatzacoalcos consiste en planicies bajas que se mantienen sobre y por debajo de los 20 msnm; más de un 80% de la superficie de la región corresponde a terrenos bajos y solamente un 10 a 15% a terrenos altos que pueden ser habitables permanentemente (Cyphers *et. al.*, 2013: 16-18).

Las elevaciones más prominentes de la región son el Cerro El Manatí y El Mixe, poseen una altura de 120 msnm y 160 msnm, respectivamente (figuras 4.4 y 4.5). Ambos cerros guardan una distancia un tanto semejante del río Coatzacoalcos pero están situados en sectores diferentes, El Mixe se encuentra a 13 km al Oeste del cauce principal del Coatzacoalcos mientras que El Manatí se sitúa a 10 km al Este del cauce del mismo río. Otra elevación sobresaliente dentro de la región es la meseta de San Lorenzo (figura 4.6). Esta loma de 63 msnm fue el asiento del centro regional durante finales del Preclásico Temprano.



Figura 4.4. Vista del cerro El Manatí desde la meseta de San Lorenzo. Foto del autor.



Figura 4.5. Vista del cerro El Mixe desde la meseta de San Lorenzo. Foto del autor.

De acuerdo con Ortiz Pérez y Cyphers, el relieve de la cuenca baja del Coatzacoalcos está compuesto por siete unidades geomorfológicas (figura 4.7): la terraza erosiva-denudatoria, la rampa acumulativa coluvial inundable, la llanura alta de inundación, la llanura baja de inundación, la planicie de desborde, los diques elevados y el lecho ordinario del río (Ortiz Pérez y Cyphers, 1997: 39). La terraza erosiva-denudatoria corresponde a los domos

salinos y las lomas Plio-pleistocenas los cuales además de ser los puntos más elevados de la región, también son los refugios más seguros durante la época de lluvias puesto que sus altitudes rebasan el nivel máximo de inundación. La rampa acumulativa coluvial inundable consiste en terrenos de pendiente suave situados en las laderas bajas de las terrazas erosivas-denudatorias.



Figura 4.6. Meseta de San Lorenzo vista desde el Norte.
Foto del autor.

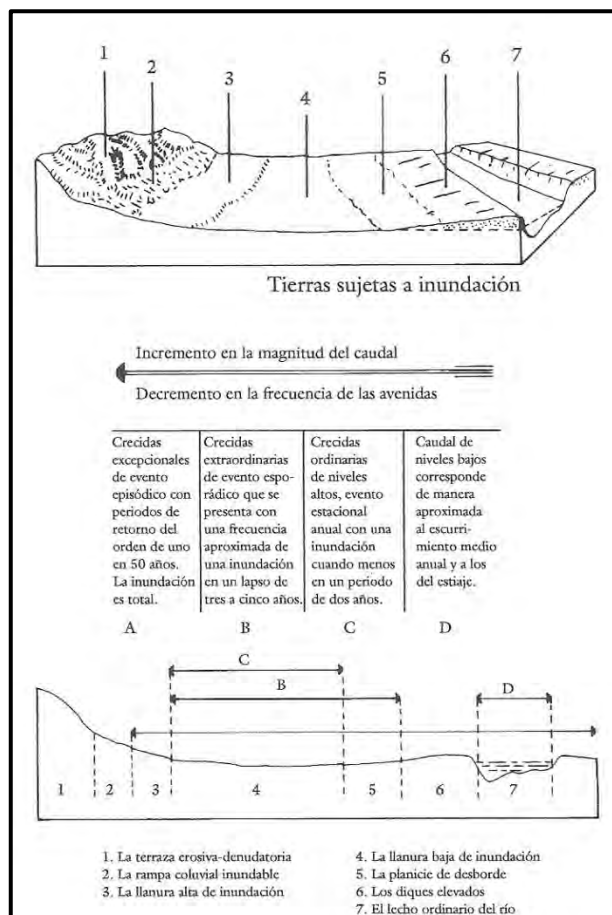


Figura 4.7. Unidades geomorfológicas de la cuenca baja del Coatzacoalcos. Tomado de Ortiz Pérez y Cyphers, 1997.

La llanura de inundación alta es una zona transicional entre los terrenos sujetos a las inundaciones más severas y las laderas de las terrazas. En cambio, la llanura de inundación baja está constituida por los terrenos más deprimidos de la región que funcionan como el receptáculo de las inundaciones ordinarias y por lo tanto se caracterizan por ser zonas pantanosas. Tal y como Ortiz Pérez y Cyphers lo indican, la distribución de las llanuras de desborde se limita a la transición entre los bordos de los diques naturales y las barras de los meandros de las tierras más bajas, e igualmente añaden que esta unidad geomorfológica solo se inunda completamente con las crecidas de magnitudes extraordinarias (1997: 41). Los diques elevados se forman por la acumulación de sedimentos causados por el desbordamiento de los ríos que, al igual que las llanuras de desborde, únicamente se inundan por completo durante las crecidas más extremas.

Entre ambas márgenes de la cuenca baja del Coatzacoalcos se observan algunas diferencias del relieve (figura 4.8). En la margen Oeste existe mayor cantidad de terrenos elevados aptos para el asentamiento humano tales como: el sistema de lomeríos de Texistepec; las islas de Tacamichapa compuesta por el promontorio de las Galeras, el de Ranchoapan y el de Ahuatepec; la meseta de San Lorenzo; y los lomeríos cercanos a Peña Blanca. En cambio, en la margen Este los únicos terrenos elevados equiparables con los antes descritos son la meseta de Hidalgotitlán y las terrazas que se desprenden del cerro El Manatí. Pese a que ambas márgenes de la cuenca baja de Coatzacoalcos poseen una proporción similar de llanuras bajas, es la margen Este donde yacen los terrenos más deprimidos o de menor altura. Igualmente, en ésta última es donde se encuentran las lagunas más grandes, éstas son: la laguna Manatí, Macayal, Merced, La Colmena y Acotope. De tal forma, los terrenos muy deprimidos y las grandes lagunas, hacen que la margen Este de la cuenca baja del Coatzacoalcos tenga mayor cantidad de agua y que las inundaciones sean más severas que en la margen Oeste.

En relación con la edafología, la cuenca baja del Coatzacoalcos está compuesta principalmente por suelos luvisoles y gleysoles, así como por fluvisoles y vertisoles en menor medida. Los luvisoles son suelos con un alto contenido de arcilla en el subsuelo y un menor contenido de ésta en la superficie, localizados en terrenos planos o ligeramente inclinados, que su

capacidad de retención de nutrientes son suelos fértiles aptos para una gran variedad de usos agrícolas; sin embargo, en terrenos muy inclinados son susceptibles a la erosión (FAO, 2014: 165-167). Los gleysoles son suelos saturados de agua localizados en terrenos bajos y deprimidos propensos a inundaciones, que si bien son fértiles, su alto nivel freático resulta desfavorable para la agricultura, y además pueden tener un horizonte oxidante con acumulaciones de aluminio y hierro que los hacen propensos a la formación de hematita (FAO, 2014: 158-160). Con respecto a los fluvisoles, éstos son suelos jóvenes ubicados comúnmente en valles, tierras bajas, lagos, deltas y marismas costeras, que al ser rejuvenecidos por inundaciones periódicas son suelos muy fértiles con un gran potencial agrícola (FAO, 2014: 157-158). Por último, los vertisoles son suelos con alto contenido de arcillas localizados en fondos de lagos secos y terrenos bajos cubiertos por pastizales, que experimentan procesos de expansión y contracción causados por la transición de condiciones húmedas y secas (FAO, 2014: 180-181).

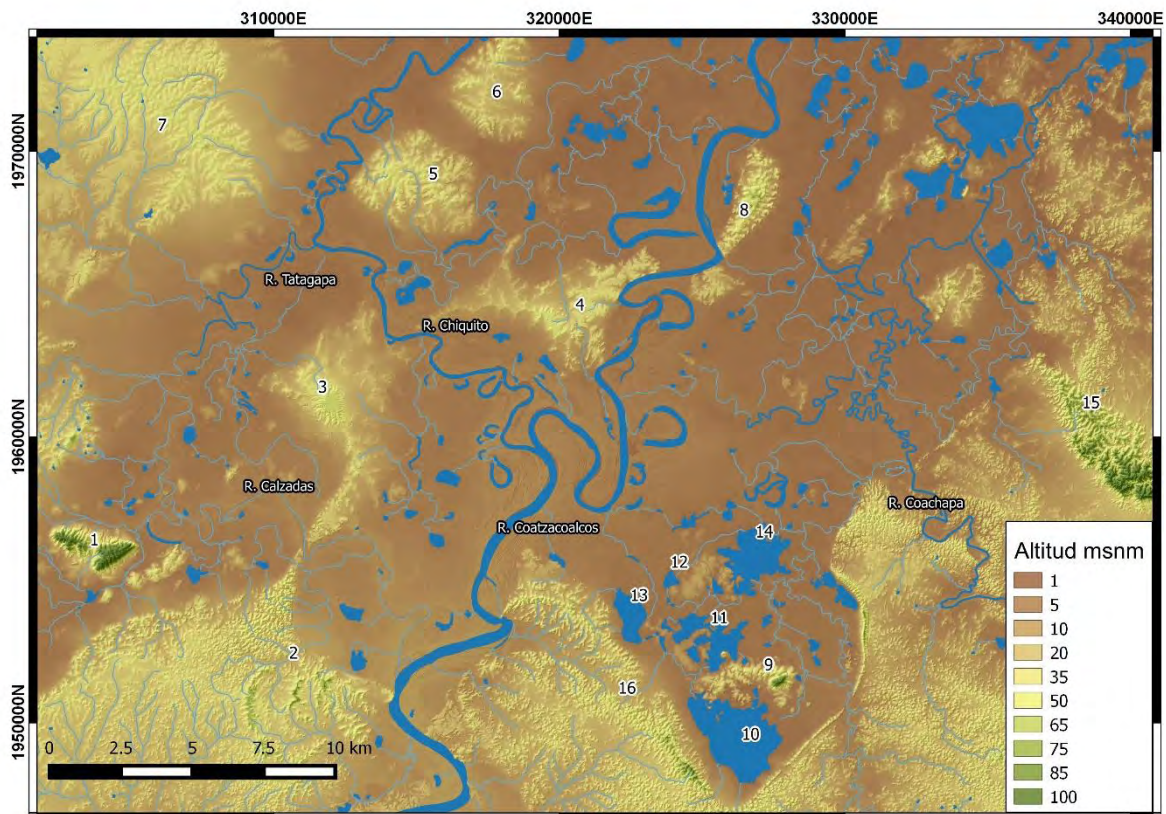


Figura 4.8. Principales elevaciones de la cuenca baja del Coatzacoalcos: 1) Cerro El Mixe. 2) Lomerio de Peña Blanca. 3) Meseta de San Lorenzo. 4) Promontorio de Ahuatepec. 5) Promontorio de Ranchoapan. 6) Promontorio de Las Galeras. 7) Lomerios de Texistepec. 8) Meseta de Hidalgotitlán. 9) Cerro El Manatí. 10) Laguna Manatí. 11) Laguna Macayal. 12) Laguna La Merced. 13) Laguna Acotope. 14) Laguna La Colmena. 15) Lomerios de La Esmeralda. 16) Lomerios cercanos a San Carlos. Mapa elaborado por el autor.

Por su parte, Coe y Diehl identificaron cuatro series de suelos en el área inmediata al sitio de San Lorenzo (1980b: 32-34), los cuales son semejantes a los antes descritos no solo por sus características físico-químicas sino también por el lugar que ocupan en la región. La primera serie descrita por Coe y Diehl es la Coatzacoalcos, está formada por depósitos aluviales producto de las inundaciones anuales, y es considerada como la tierra de mayor productividad agrícola. La segunda es la llamada serie Tatagapa, consiste en suelos inundables en los cuales se forman cuerpos de agua permanentes o intermitentes, por lo cual presentan serios inconvenientes para su uso agrícola. La siguiente es la serie Tenochtitlán, abarca la mayor parte de las tierras altas y lomeríos, y es considerada como la tierra de segunda clase. La última serie es la serie San Lorenzo, es un componente secundario de los terrenos altos asociado con el sitio arqueológico de San Lorenzo.

Así pues, se puede decir que la serie Coatzacoalcos corresponde a los fluvisoles; la serie Tatagapa a los Gleysoles e inclusive a los vertisoles; y las series Tenochtitlán y San Lorenzo a los luvisoles. Asimismo, Symonds *et. al.* correlacionaron los suelos definidos por Coe y Diehl con las unidades geomorfológicas descritas anteriormente. Mencionan que la serie Coatzacoalcos yace en los diques elevados, en la planicie de desborde y en algunas llanuras bajas; las serie Tatagapa en las llanuras de inundación bajas y en las altas; la serie Tenochtitlán en las rampas acumulativas coluviales; y la serie San Lorenzo en las terrazas erosivas-denudatorias (Symonds *et. al.*, 2002: 23-24).

Debido a su origen geológico, la cuenca del Coatzacoalcos únicamente presenta rocas sedimentarias como son areniscas, lutitas, conglomerados, piedras calizas y bentonitas, la cual es una arcilla de gran dureza ampliamente utilizada en San Lorenzo como material constructivo de los pisos de unidades habitacionales (Coe y Diehl, 1980a: 16). Otros productos naturales de la región que fueron explotados en época prehispánica son la hematita y el betún o chapopote. Como ya hemos mencionado la hematita se presenta en domos salinos, así como en las laderas de otros terrenos elevados; algunos de los yacimientos conocidos en la actualidad son Almagres, El Palotal, San Antonio, cerro Colorado, cerro El Mixe y cerro El Manatí (Coe y Diehl, 1980a: 16; Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994: 87). En este último sitio la hematita formó parte

del ajuar ofrendado, y también fue empleado como pigmento en varios de los artefactos de madera hallados. De acuerdo con estudios arqueométricos hechos por Backes *et. al.*, la hematita procedente de El Manatí fue aplicada en vasijas *Calzadas Carved* de San Lorenzo que fueron exportadas fuera de la región a sitios como Cantón Corralito, el cual al parecer también adquirió hematita de El Manatí (2012: 88-90).

En el caso del chapopote, existen por lo menos 16 yacimientos en la región, de los cuales dos encuentran en las márgenes del río Coatzacoalcos, uno en las márgenes del Coachapa y otro más en las márgenes del Tatagapa (Shufeldt, 1872: 67). En un estudio reciente Carl Wendt determinó que el chapopote empleado en San Lorenzo procede del yacimiento Emiliano Carranza, el cual se encuentra a 25 km al Noreste de dicho sitio; no obstante, los grupos preclásicos de la región aprovecharon otros yacimientos que aún no han sido identificados (2006: 16-19). Los yacimientos de chapopote son filtraciones superficiales que ocurren en playas, ciénagas, esteros, lagunas y otras zonas pantanosas (Coe y Diehl, 1980a: 17; Wendt, 2009: 36; Wendt y Lu, 2006: 91), por lo cual estos lugares quedan inhabilitados como puntos de colección de agua. Existe evidencia del uso del chapopote en por lo menos ocho sitios preclásicos de la región entre los que se encuentra El Manatí (Wendt y Lu, 2006: 90), en donde fue utilizado para enmangar cuchillos de obsidiana y pedernal.

Pasando a la hidrología, la cuenca del Coatzacoalcos es una de las más caudalosas de la Costa Sur del Golfo de México. Este río nace en la Sierra Atravesada de Oaxaca y fluye de Sur a Norte para desembocar en las costas sureñas de Veracruz. Su cuenca comprende un área de 17 369 km², y posee un promedio anual de descarga de 28 679 millones de m³ (CONAGUA, 2015: 45). En suma, los datos recabados por Coe y Diehl para la cuenca alta del Coatzacoalcos indican que de julio a noviembre su volumen rebasa el millón de metros cúbicos, y de enero a junio se mantiene sobre y por debajo de los 600 mil metros cúbicos (1980b: 29). De tal forma, la cuenca alta descarga grandes cantidades de agua acompañadas de sedimentos que se acumulan en la cuenca baja, debido a su pendiente reducida y a su drenaje deficiente. Esta circunstancia da lugar al arreglo meándrico que caracteriza a la cuenca baja del Coatzacoalcos (figura 4.9).



Figura 4.9. Imagen satelital de una parte meándrica del río Coatzacoalcos, a la izquierda se observan algunos meandros aislados. Tomada de INEGI.

Los principales afluentes de la cuenca baja del Coatzacoalcos son los ríos Nanchital, Corte, Jaltepec, Uxpanapa, Chiquito y Coachapa, siendo este último el más cercano al El Manatí. Éstos poseen a su vez ríos secundarios ya sean perennes o intermitentes que fluyen en diferentes direcciones y se conectan con esteros y ciénagas. Igualmente, a lo largo de las riveras del Coatzacoalcos y de sus afluentes yace una serie de meandros aislados que dan indicios de los antiguos cauces de los ríos. Los ríos intermitentes, los meandros, los esteros y las ciénagas constituyen humedales o pantanos popaleros de agua estancada, en los que ocurren procesos de descomposición de materia orgánica y de producción de microorganismos y gases. Un último rasgo hidrográfico presente en la región son las lagunas, de las cuales sobresale la de El Manatí. Cabe señalar que el tamaño de esta y de las demás lagunas de la región tiende a variar periódicamente debido a la sucesión entre la época de lluvias y de secas.

Todos estos cuerpos de agua mencionados son espacios de suma importancia para la subsistencia, ya que al ser el hábitat de una amplia diversidad de flora y fauna aportan una considerable cantidad de recursos alimenticios. Por otro lado, la compleja red hidrográfica de la cuenca baja del Coatzacoalcos servía como vía de transporte e intercambio a nivel regional, por

lo cual su control fue un factor influyente en el establecimiento del sistema político-administrativo del hinterland de San Lorenzo (Symonds *et. al.*, 2002: 70-74).

Existen tres fenómenos naturales característicos de la región que afectan sobremanera a la red hidrológica, estos son los cambios de los cauces de los ríos y los ciclos de inundación y salinidad. Debido a la baja altura que presenta la cuenca baja del Coatzacoalcos la marea alcanza a permear terrenos alejados de las costas. Esto provoca que parte del río Coatzacoalcos y algunos de sus afluentes adquieran un considerable nivel de salinidad, disminuyendo la calidad de sus aguas. Al respecto, Ortiz Pérez y Cyphers señalan que este fenómeno de salinidad ocurre en el estero Tatagapa y en el río Chiquito, los cuales están localizados al Norte de San Lorenzo a 40 y 50 km río arriba de sus respectivas desembocaduras (1997: 35). Igualmente, la penetración de la marea en la cuenca baja del Coatzacoalcos da lugar a la formación de estuarios y marismas permanentes o estacionales. Estas condiciones de salinidad crean un ambiente ribereño y lacustre diferenciado entre cuerpos de agua dulce y salada, por lo cual el acceso y control del agua potable de mejor calidad debió ser un elemento de suma importancia para las sociedades prehispánicas que habitaron en esta región.

Por otra parte, la gran cantidad de agua que fluye por la cuenca baja del Coatzacoalcos, aunada con la característica deprimida del terreno y la alta precipitación de la región, produce inundaciones que varían en magnitud de acuerdo con los niveles alcanzados por el agua. Coe y Diehl determinaron que cuando la inundación anual alcanza su punto máximo, los terrenos alrededor de la meseta de San Lorenzo que se encuentran por debajo de los 24 m de altura son cubiertos por agua (1980: 19). Adicionalmente, Symonds *et. al.* definieron cuatro diferentes niveles de agua existentes dentro de la cuenca del Coatzacoalcos. El primero es un nivel de agua bajo cercano al promedio anual de escurrimiento en el que anualmente se inundan las partes más deprimidas de terreno; el segundo es un nivel alto normal producido durante la época de lluvias, que presenta por lo menos una inundación cada dos años; el tercero es un nivel extraordinario que sucede esporádicamente cada tres o cinco años; y el último es nivel extremadamente inusual caracterizado por una severa inundación total que ocurre cada cincuenta años (figura 4.10) (Symonds *et. al.*,

2002: 25). Estos ciclos de inundación suponen cambios cíclicos en el paisaje regidos por la transición entre las temporadas de lluvias y de secas, que con el desborde de los ríos transforman las planicies y llanuras bajas en amplios cuerpos de agua en los que únicamente sobresalen terrenos elevados a manera de islas, como es el caso del cerro El Manatí y de la meseta de San Lorenzo.



Figura 4.10. Gran inundación del río Coatzacoalco ocurrida en el 2008.
Fotografía de Rafael Galina tomada de Cyphers *et al.*, 2013.

Además de los cambios cíclicos del aumento y decremento de los niveles de agua, existen otros cambios hidrológicos dentro de la región que son permanentes. Estos consisten en la modificación de los cauces de los ríos provocados por la socavación de las riberas externas y por la acumulación aluvial en las riberas internas (Ortiz Pérez y Cyphers, 1997: 43; Symonds *et al.*, 2002: 25-26). Estos procesos de socavación y acumulación aluvial no solo crean nuevos cauces sino también dejan aislados a los antiguos y, tal y como mencionan Symonds *et al.*, transportan y reubican sedimentos y suelos altamente fértiles de un lugar a otro (2002: 26). Como ya hemos señalado los ríos intermitentes y los meandros aislados suelen ser las huellas de los antiguos cauces de ríos, en los cuales el agua vuelve a fluir a causa de las inundaciones.

Coe y Diehl propusieron que uno de los principales factores del amplio desarrollo y hegemonía alcanzado por San Lorenzo, fue el dominio y cultivo intensivo de las llanuras y diques correspondientes a los suelos del tipo serie Coatzacoalcos, cuyo gran potencial agrícola se debió a los procesos de

rejuvenecimiento y fertilización causados por las inundaciones (1980b: 147-152). No obstante, Cyphers *et. al.* señalan que las inundaciones erráticas o impredecibles de gran magnitud representan un alto riesgo para el cultivo en este tipo de terrenos, que puede traer como consecuencia la pérdida total de la cosecha (2013: 31-33). A pesar de que los aumentos impredecibles del agua pueden resultar desfavorables para la agricultura en humedales y otras actividades como el transporte e intercambio fluvial, estos mismos autores manifiestan que las inundaciones son altamente propicias para la obtención de recursos acuáticos y proteínicos a través de la caza y de la pesca (Cyphers *et. al.*, 2013: 34-38).

Así pues, la red hidrográfica y los fenómenos naturales asociados a ella son los principales elementos constitutivos de la región que influyen substancialmente en la forma de habitar, experimentar y concebir el paisaje. Los habitantes preclásicos de la cuenca baja del Coatzacoalcos, al igual que los demás grupos humanos que han habitado y habitan dicha región, estaban ampliamente familiarizados con la transición entre la época de lluvias y de secas, con los ciclos de inundación y con los cambios del cauce de los ríos, los cuales funcionaban como los marcadores primordiales de la temporalidad del paisaje. Igualmente, dichos fenómenos naturales pudieron ser concebidos como la manifestación de la fuerza anímica de algún ente o ser sobrenatural, o quizás fueron entendidos como la acción o agencia de los ríos y del agua. En el caso de las inundaciones su agencia o fuerza anímica tiene un carácter dual, debido a las condiciones benéficas y adversas que originaban para la subsistencia. Por su parte, el cambio de los cursos de los ríos supone considerar al paisaje de la región como un espacio en constante transformación, en el cual existe cierta incertidumbre del momento preciso en el que puede ocurrir una modificación del cauce de algún río o del advenimiento de una inundación inesperada de gran magnitud.

Otra característica particular del paisaje de la región es que la red hidrográfica está compuesta por cuerpos de agua dulce, salina, estancada y con filtraciones de chapopote. Posiblemente, estas y otras categorías como el agua de lluvia, fueron empleadas por los habitantes preclásicos de la cuenca baja del Coatzacoalcos para distinguir las cualidades y condiciones del vital

líquido, dentro de las cuales el agua potable de mejor calidad fue la más preciada.

Por último, hay que destacar la importancia dentro del paisaje de los escasos terrenos elevados. Debido a que sobresalen por encima de los niveles máximos de inundación, los terrenos altos como es el caso de San Lorenzo, son lugares habitables que durante de la época de lluvias seguramente albergaron a los individuos que residían en las llanuras bajas. Como ya hemos señalado, las dos elevaciones más prominentes de la región son el cerro El Mixe y el cerro El Manatí, los cuales al igual que la meseta de San Lorenzo quedan rodeados de agua a manera de islas debido a las inundaciones. De tal forma, durante la época de lluvias y tras la venida de inundaciones de grandes magnitudes, la panorámica visual en ciertos sectores del paisaje de la región adquiere una apariencia de archipiélago que quizás fue dotada de valores simbólicos. Por otro lado, dentro del panorama de la meseta de San Lorenzo es visible El Mixe al Suroeste, El Manatí al Sureste y algunas de las montañas de Los Tuxtlas al Noroeste. Por tal motivo, se puede suponer que dichos domos salinos fueron importantes puntos de referencia para los habitantes de San Lorenzo. Además de ser visibles desde este asentamiento, El Mixe y El Manatí poseen otras similitudes como la apariencia de isla, la presencia de yacimientos de hematita y de manantiales de agua dulce y salada, por lo cual tal vez ambos cerros tuvieron connotaciones simbólicas análogas.

A pesar de tales similitudes, El Mixe no parece haber sido utilizado como un espacio de uso ritual, ya que por el momento no se han encontrado vestigios arqueológicos como los de El Manatí. En mi opinión, esta diferencia contextual indica que no todos los cuerpos de agua asociados a cerros eran utilizados como espacios rituales, y que además de las características naturales debió de existir otros aspectos culturales e históricos que influyeron en la selección de El Manatí como el lugar idóneo para llevar a cabo los rituales de ofrendamiento.

4.2 El entorno natural y social de El Manatí

El Manatí se encuentra en la margen Este de la cuenca baja del Coatzacoalcos a 10 km de distancia de dicho río. El Coatzacoalcos junto con el río Coachapa, el cual fluye a 8 km al Este, delimitan la parte Norte de las llanuras bajas cercanas a El Manatí. Aproximadamente a 4 km al Sur, Este y Oeste de El

Manatí, yace un conjunto de lomeríos en forma de “U” o de herradura por el que descienden arroyos perennes e intermitentes. Dentro de dichos arroyos, el más caudaloso es el Cahuapan el cual fluye muy cerca de la falda Noreste del cerro El Manatí y después sigue su curso hacia el Norte para desembocar en el Coachapa, a una distancia de 8 km de dicho cerro (figura 4.11). El conjunto de lomeríos en forma de “U” envuelve las tierras bajas, arroyos y lagunas que rodean al cerro El Manatí entre las que destacan la de El Manatí, El Macayal y La Merced; la primera laguna se sitúa a menos de un kilómetro hacia el Sur del cerro (figura 4.12 y 4.13), mientras que las últimas se localizan a 2 y 4 km hacia el Noroeste, respectivamente.

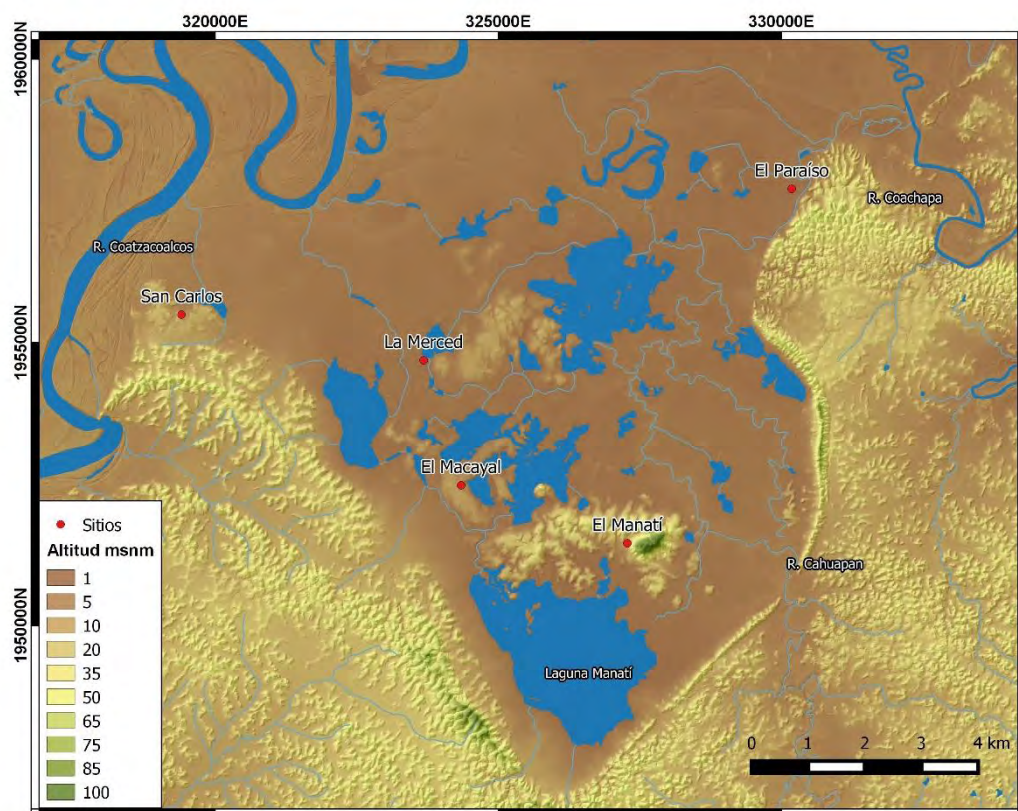


Figura 4.11. Mapa de la parte de la margen Este del Coatzacoalcos en la que se encuentra El Manatí. Elaborado por el autor.

Durante la época de lluvias, estas y otras lagunas, las cuales están interconectadas por una serie de ríos, aumentan de tamaño y los terrenos bajos comienzan a anegarse dando lugar a un sistema de archipiélago compuesto por isletas o terrenos altos dispersos entre los cuales El Manatí domina el panorama (figura 4.14) (Ortiz Ceballos *et al.*, 1997: 33). Por otro lado, durante la época de secas las lagunas regresan a sus márgenes originales, y en condiciones extremas de alta temperatura y de baja

precipitación se desecan parcialmente; ejemplo de ello es la laguna Manatí la cual en ocasiones su tamaño se reduce considerablemente revelando antiguos cauces de ríos. Si bien estas son las condiciones que imperan actualmente, Ortiz Ceballos *et. al.* suponen que antiguamente el área alrededor del cerro El Manatí debió estar inundada permanentemente (1997: 33).



Figura 4.12. Laguna Manatí vista desde el Norte durante la época de secas. Foto del autor.



Figura 4.13. Laguna Manatí vista desde el Norte durante la época de lluvias. Foto de Pablo Ortiz Brito.



Figura 4.14. Terrenos inundados al inicio de la época de lluvias, al fondo se puede observar el cerro El Manatí. Foto de Pablo Ortiz Brito.

Ubicado en la parte central de la “U” formada por el conjunto de lomeríos, El Manatí es un domo salino de 120 msnm, aislado de cualquier otra elevación natural prominente, que emerge de los terrenos bajos y de las lagunas antes mencionadas (figura 4.15). Tiene una forma cónica uniforme y desde uno de sus costados se desprenden unas elevaciones de pendiente suave a salvo de las inundaciones, que se extienden hacia el Oeste. Existen otras elevaciones

de pendiente suave ubicadas al Noroeste de El Manatí sobre las que se establecieron asentamientos Preclásicos.

El Manatí contiene afloramientos de piedras areniscas que en algunas ocasiones presentan evidencias de talla como son tajaduras y pocitos. Como ya se ha señalado en el apartado anterior, este cerro posee depósitos de hematita que al parecer fue empleada y comercializada por San Lorenzo (Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994: 87; Backes *et. al.*, 2012: 88-90). Debido a la presencia de dicho mineral, el agua de lluvia que escurre por las faldas de El Manatí adquiere una tonalidad rojiza, fenómeno el cual pudo haber sido considerado como manifestaciones de la sacralidad del cerro (Ortiz Ceballos, comunicación personal, 2016).



Figura 4.15. Cerro El Manatí visto desde el Oeste sobre el camino que va de El Macayal a La Majahua. Foto de Pablo Ortiz Brito.

La característica más relevante de El Manatí es la presencia de dos manantiales en sus pies, uno de agua dulce ubicado en su costado oriente, y otro de agua salada se localiza en su costado poniente (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 33). A los pies del cerro, el manantial del costado Oeste da lugar a la formación de un cuerpo de agua o poza perenne con un lecho de piedras areniscas cuyo tamaño debió ser de 60 m de largo y 30 m de ancho, aunque durante la época de lluvias pudo ser más grande (figuras 4.16, 4.17, 4.18 y 4.19) (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 33). Es esta poza el punto de mayor sacralidad de El Manatí en donde llevaron a cabo los rituales de ofrendamiento en un rango de tiempo que va del 1700 al 900 a.C. En este lugar no hay

evidencia de actividades domésticas ni de unidades habitacionales lo cual indica que fue un espacio exclusivamente de uso ritual. Igualmente, alrededor del cuerpo de agua no existen indicios de modificaciones significativas y tal y como suponen Ortiz Ceballos *et. al.*, El Manatí seguramente estuvo cubierto de vegetación y solo se mantenía limpia un área donde se llevaban a cabo los preparativos de los rituales (1997: 128).



Figura 4.16. Poza formada por el manantial Oeste del cerro El Manatí. Foto de Pablo Ortiz Brito.



Figura 4.17. Poza al pie Oeste del cerro El Manatí, a la izquierda se observa la corriente del manantial. Foto de Pablo Ortiz Brito.



Figura 4.18. Corriente del manantial Oeste durante la época de lluvias. Foto de Pablo Ortiz Brito.



Figura 4.19. Corriente del manantial Oeste durante la época de secas. Foto de Pablo Ortiz Brito.

Si bien el cerro y el manantial donde se depositaron las ofrendas componen el espacio sagrado primordial de El Manatí, considero que los terrenos inundables y los cuerpos de agua que lo rodean también son elementos constitutivos de dicho espacio. De tal forma, los cuerpos de agua, especialmente la laguna Manatí, contribuyen en la formación del complejo simbólico cerro-agua que caracteriza al panorama del cerro El Manatí. Asimismo, el sistema de lomeríos en forma de “U” también puede ser considerado como un elemento constituyente del espacio sagrado, ya que este

rasgo delimita y encierra las lagunas de las que emerge el cerro. Esto da lugar a la distinción del paisaje de El Manatí en tres diferentes zonas: el cerro, las lagunas y los terrenos inundables y por último el sistema de lomeríos.

Hay que aclarar que durante el periodo Preclásico el entorno circundante a El Manatí era un tanto distinto al actual. A 10 km al Noroeste de El Manatí, Kruger detectó una sección de un antiguo cauce del Coatzacoalcos, activo durante el Preclásico Temprano, que al parecer fluía en dirección Sureste pasando entre El Macayal y el sistema de lomeríos y posiblemente se dirigía hacia la laguna Manatí (figura 4.20) (1996: 56-59). De igual forma, a 7 km al Norte de El Manatí hay un conjunto de tres meandros abandonados, situados en un punto intermedio entre el Coatzacoalcos y el Coachapa. Por último, a 3 km más hacia el mismo rumbo se encuentra un antiguo cauce, orientado en sentido Este-Oeste, que se une con los dos ríos mencionados anteriormente. Estas dos evidencias, aunadas con la detectada por Kruger, sugieren que antiguamente el río Coatzacoalcos al igual que el Coachapa estaban situados más cerca de El Manatí, por lo cual la cantidad de agua alrededor de dicho cerro pudo ser mayor que en la actualidad. Así pues, es posible que durante el horizonte olmeca El Manatí así como los terrenos inundables y las lagunas que lo rodean, estaban constreñidos al Sur por el sistema de lomeríos y al Norte por los ríos Coatzacoalcos y Coachapa.

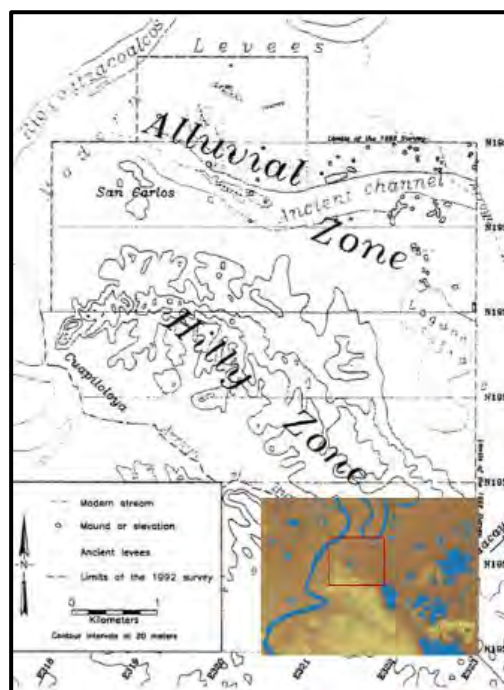


Figura 4.20. Antiguo canal del Coatzacoalcos.
Tomado y modificado de Kruger, 1996.

La primera fase de ofrendamiento de El Manatí (fase Manatí A) constituye la evidencia más antigua de la realización de actividades rituales en la cuenca baja del Coatzacoalcos, la cual está fechada para el 1700-1500 a.C. Dentro de la margen Este de dicha región, no se han detectado asentamientos o unidades habitacionales contemporáneas a esta fase, lo cual se debe en parte a que los estratos de este periodo de ocupación están enterrados en niveles muy profundos, haciendo difícil su identificación y recolección. Por otro lado, en la margen Oeste de la cuenca baja del Coatzacoalcos Symonds *et al.* registraron un total de 105 sitios dentro del Hinterland de San Lorenzo fechados para la fase Ojochi-Bajío (1800-1500 cal. a.C.), la cual es coetánea con la fase Manatí A. La gran mayoría de estos sitios (90%) son islotes y caseríos ubicados al norte de la meseta de San Lorenzo, principalmente sobre llanuras inundables, arroyos, ríos, y en menor medida sobre terrenos altos y ligeramente elevados (Symonds *et al.*, 2002: 53-56). Así pues, en la margen Oeste de la cuenca baja del Coatzacoalcos el patrón de asentamiento durante este lapso de tiempo era de tipo ribereño. Al parecer este patrón de asentamiento estaba focalizado en la explotación de recursos alimenticios acuáticos, y en la agricultura de temporal de los suelos fértiles contiguos a los cauces de los ríos, como son los diques. Asimismo, Symonds *et al.* mencionan que el agua potable y los terrenos a salvo de las inundaciones eran otros elementos importantes considerados para la ubicación de los asentamientos (2002: 53), lo cual se debía en parte a presencia de cuerpos de agua salada, estancada y con filtraciones de chapopote.

En la fase Ojochi-Bajío, San Lorenzo, el cual se encuentra a 18 km al Noroeste de El Manatí, era tan solo una aldea media que abarcaba un área de 20 ha con una población estimada de 130 habitantes (Symonds, 2002: 58, ver figura 4.5). Tal y como señalan Symonds *et al.*, durante esta fase el *hinterland* de San Lorenzo no contaba con un aparato político-administrativo, ni con una ideología religiosa manifestada en esculturas de medianos y grandes formatos; más bien dicho Hinterland estaba constituido por una población predominantemente rural en la que había cierta competitividad, diferenciación e integración social, establecidas a través de la obtención y producción de bienes de subsistencia (Symonds *et al.*, 2002: 122). Por tal motivo, considero que en este periodo de tiempo San Lorenzo, u otro asentamiento, no ejerció ningún

control sociopolítico sobre la margen Oeste de la cuenca baja del Coatzacoalcos, ni mucho menos sobre la margen Este de la misma.

Así pues, del 1500 al 1200 a.C. no hubo asentamiento alguno que controlara el acceso al recinto sagrado de El Manatí, por lo cual se puede suponer que los rituales de ofrendamiento llevados a cabo en él fueron de tipo comunitario y cooperativo, realizados entre individuos procedentes de diversos asentamientos igualitarios de la región. Cabe señalar que, en este lapso de tiempo, ninguno de los sitios de la región contó con hachas de piedras verdes; estos artefactos se concentran en un solo lugar, este es El Manatí. Por el momento carecemos de los datos necesarios para determinar que sitios participaron en las ofrendas de El Manatí. En mi opinión, diversos asentamientos estuvieron involucrados en estas actividades ya que el cerro Manatí es visible desde muchos puntos y sitios de la región, y es muy probable que antes que se hicieran las primeras ofrendas éste ya era considerado como un elemento del paisaje de relevancia simbólica.

Debido a que el cerro Manatí está alejado de los asentamientos, sobre todo de los de la margen Oeste, considero que los habitantes de la cuenca baja del Coatzacoalcos realizaron peregrinaciones para depositar las ofrendas de piedras verdes en la poza que se encontraba a sus pies. A causa de las características particulares del paisaje, gran parte de la ruta tomada por los peregrinos para llegar al cerro debió haber sido fluvial, y no cabe duda que durante la época de lluvias este fue la única forma de movilización. De acuerdo con Don Roldan Zenón, propietario y residente de los terrenos en donde se hallaron las ofrendas, durante la época de lluvias el área circundante a El Manatí se inunda totalmente por un lapso de ocho días por lo cual el único medio de transporte disponible es a través de lancha o canoa.

Para la segunda fase de ofrendamiento de El Manatí (fase Manatí B), que va del 1500-1200 a.C., sí se tienen registrados asentamientos habitacionales en la margen Este de la cuenca baja del Coatzacoalcos. Los sitios más cercanos a El Manatí son El Macayal y La Merced, los cuales se encuentran sobre los terrenos elevados contiguos a dos lagunas denominadas bajo los mismos nombres. Estos sitios están ubicados a 2 y 4 km al Noroeste de El Manatí, respectivamente, y sus primeras fases de ocupación están fechadas para el 1500-1200 a.C. (Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2008: 456-457). Otro sitio

de la margen Este fechado entre el 1500-1200 a.C. es El Paraíso (Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2008: 462). Se encuentra a 7 km aprox. hacia el Noreste de El Manatí en un islote situado al interior de la laguna Acotope, sobre la margen Oeste del arroyo Cahuapan (Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2008: 6). Los materiales recuperados en El Macayal, La Merced y El Paraíso, sugieren que durante el 1500-1200 a.C. estos sitios eran aldeas sin una jerarquización socioeconómica aparente (ver figura 4.11).

Por otro lado, durante el 1500-1400 cal. a.C. (fase Chicharras) la margen Oeste de la cuenca baja del Coatzacoalcos experimentó un proceso transicional, en el que el patrón de asentamiento rural e igualitario comenzó a sufrir una serie de cambios que dieron como resultado al surgimiento de un grupo de elite y al desarrollo de un sistema político-administrativo en el sitio de San Lorenzo, entre el 1400-1200 cal. a.C. (fase San Lorenzo A). De tal forma, durante esta última fase San Lorenzo se instauró como el centro rector de la región, en el cual residió un grupo de elite que emprendió la construcción de terrazas habitacionales, de un recinto ceremonial-administrativo compuesto por patio hundido delimitado por cuatro plataformas (Grupo E), y de esculturas olmecas monumentales tales como el monumento 42 y el número 61 (cabeza colosal) de San Lorenzo (Cyphers, 2012: 49, 62 y 88). Así pues, en el 1500-1200 a.C. el panorama sociocultural de las márgenes de la cuenca baja del Coatzacoalcos fue muy distinto. Resulta interesante que a pesar que la margen Este era la de menor complejidad, fue en ésta donde se situó el espacio sagrado de El Manatí en el cual se ofrendaron las suntuosas hachas de piedras verdes.

Ahora bien, durante la última fase de ofrendamiento de El Manatí (fase Macayal), que va del 1200 al 900 a.C., la cantidad de asentamientos y la complejidad sociopolítica aumentó considerablemente en ambas márgenes de la cuenca baja del Coatzacoalcos (figura 4.21). Sobre la margen Este, Kruger identificó una serie de sitios rurales localizados de forma dispersa sobre los diques del paleocauce del Coatzacoalcos mencionado con anterioridad. Dicho autor propone que estos sitios consisten en unidades residenciales aisladas ocupados por una familia extensa, que ejercieron un control directo sobre las tierras más aptas para la agricultura y explotación de recursos acuáticos (Kruger, 1996: 102-115). Ejemplo de ello es el San Carlos el cual yace 10 km al

Noroeste del El Manatí, sobre un terreno elevado bordeado por el paleocauce del Coatzacoalcos. Este sitio es una unidad doméstica de muros de bajareque y barro fechado para la transición de Preclásico Temprano al Medio, en la que se encontró una amplia variedad de macrorrestos botánicos de los cuales las especies más abundantes son el maíz (*Zea mays*) y el zapote (*Pouteria sapote*) (Kruger, 2005: 37; Van Derwarker y Kruger, 2012: 518).

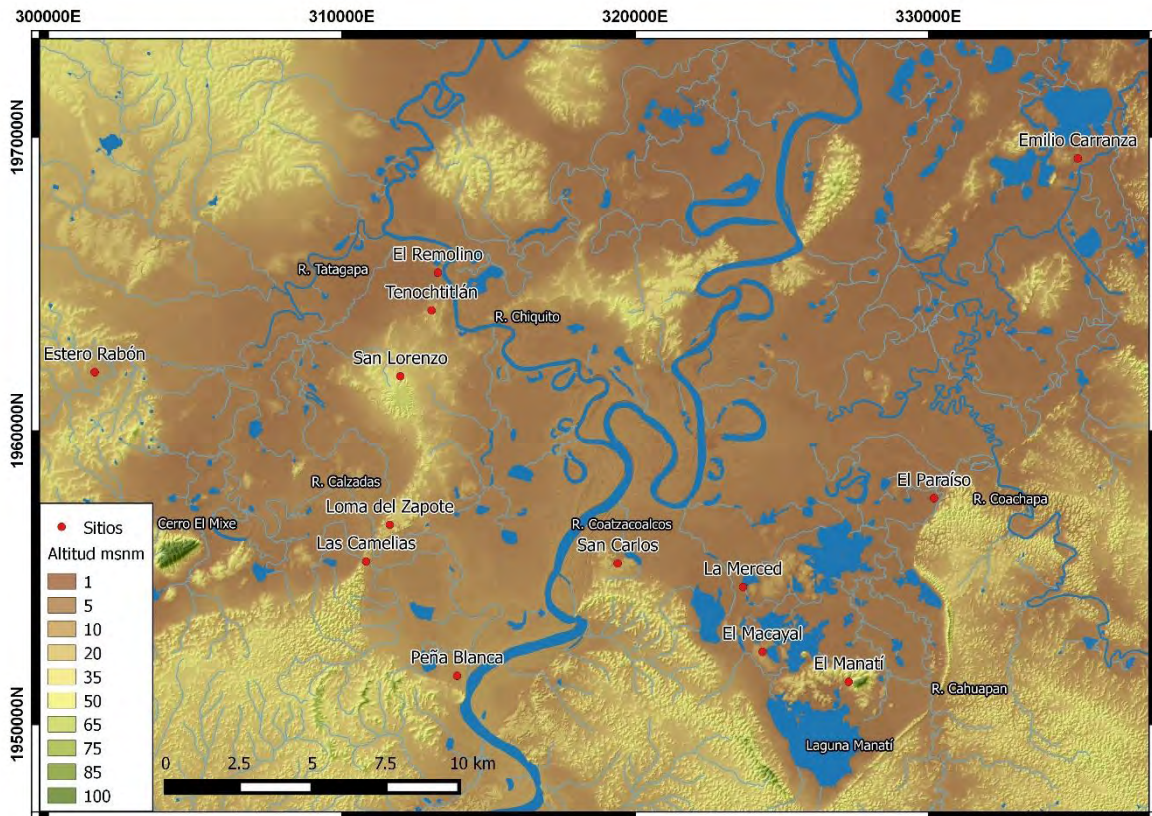


Figura 4.21. Sitios arqueológicos de la cuenca baja del Coatzacoalcos existentes durante el 1200-900 a.C. Elaborado por el autor.

Por su parte, Ortiz Ceballos y Rodríguez identificaron alrededor de siete sitios situados sobre la parte Norte de las márgenes del río Coachapa y del arroyo Cahuapan. Si bien estos sitios pueden ser clasificados como aldeas, existen bienes de prestigio que suponen la evidencia de que uno de ellos alcanzó un nivel sociopolítico más elevado. Éstos consisten en dos esculturas olmecas de medio formato halladas de manera fortuita en la comunidad Emilio Carranza, el cual se encuentra a 19.5 km al Noreste de El Manatí. La primera se trata de un felino sobrenatural en posición sedente, de 50 cm de alto con 26 de cm de ancho, que presenta un tocado compuesto por un casquete ceñido con iconos de bandas cruzadas del que sobresale una placa rectangular vertical; mientras que la segunda es una escultura en forma de “tambor” que tal

vez sirvió como base o pedestal de la anterior (Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1998: 6).

Con respecto a La Merced, El Macayal y El Paraíso, estos sitios continuaron activos durante el 1200-900 a.C., los cuales también hicieron uso de bienes suntuosos que resaltaban sus rangos jerárquicos elevados. En este último sitio se recuperaron fragmentos cerámica del tipo Calzadas Excavado y Limón Inciso, figurillas incompletas *baby-face*, una máscara de arcilla con chapopote alrededor de la boca, esferas de chapopote, un fragmento de hacha e ilmenitas perforadas (Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1998: 10-14; Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2008: 464-467). Además de figurillas *baby-face* y cerámica Calzadas Excavado, en El Macayal se hallaron 11 hachas de serpentina y dos unidades habitacionales en donde hay evidencia de la elaboración de artefactos de serpentina (Unidad Alberto) y obsidiana (Unidad Villaseca) (Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2008: 459; Jaime Riverón, 2003: 243; Ortiz Ceballos *et al.*, 1990: 58-83).

Es La Merced el sitio de la margen Este que dispuso de la mayor cantidad de bienes suntuosos, los cuales consisten en una ofrenda masiva de 776 hachas de serpentina, equivalentes a una tonelada, halladas en una unidad habitacional asociada a un manantial o antiguo cauce de río (Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2000: 163; Jaime Riverón, 2003: 246; 2012: 355). Muchas de estas hachas fueron colocadas verticalmente con sus filos hacia arriba (patrón de ofrendamiento presente en El Manatí) y dos de ellas eran efigies de seres sobrenaturales; la de mejor acabado se le conoce comúnmente como “El Bebé” (Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2000: 162). Asimismo, dentro de las ofrendas de La Merced se dispuso una losa rectangular de serpentina (Monumento 1 de la Merced) que en una de sus caras se talló un rostro sobrenatural con una hendidura en “V” sobre su frente, de la que sale un elemento cónico; alrededor de dicho rostro hay cuatro elementos rectangulares igualmente con hendiduras en “V” en la parte superior. Así pues, en la margen Este de la cuenca baja del Coatzacoalcos las ofrendas de hachas de piedras verdes se depositaron asociadas a cuerpos de agua en dos espacios diferentes: lugares naturales como El Manatí y asentamientos habitacionales como La Merced. Cabe señalar que las ofrendas de El Manatí se distinguen de La Merced por el tipo de materia prima utilizada y la calidad de manufactura de las hachas: las hachas

del primer sitio son de jade y están pulidas o bruñidas, mientras que las del segundo son de serpentina y muchas de ellas están inacabadas.

Si bien el acceso a bienes suntuosos indica que La Merced y El Macayal tenían un estatus social más elevado que el resto de los sitios de la margen Este del Coatzacoalcos, ninguno de estos dos se consolidó como un centro regional que controlara a los demás sitios. Caso contrario ocurrió en la margen Oeste del Coatzacoalcos en donde el sistema político administrativo instaurado por San Lorenzo alcanzó su máximo esplendor durante el 1200-1000 a.C. (fase San Lorenzo B). En este lapso de tiempo, San Lorenzo dominó una amplia extensión de la margen Oeste del Coatzacoalcos, denominada como *hinterland* de San Lorenzo, a través de sitios secundarios ubicados en puntos claves de la región que controlaron las rutas fluviales de transporte y comunicación (figura 4.22). De esto modo, Symonds *et. al.* proponen que dentro del Hinterland de San Lorenzo el sitio de Peña Blanca controló el acceso Sur a la cuenca baja de Coatzacoalcos, en un punto favorable para cruzar el río; Las Camelias y Loma del Zapote dominaron ambos lados del río Calzadas, el cual constituía la entrada Sur a la meseta de San Lorenzo; El Remolino dominó la confluencia Norte de los ríos Tatagapa y el Gato-San Antonio; los sitios RSLT-151 y RSLT-255 controlaron el paso opuesto de la vía fluvial San Antonio; y Estero Rabón controló la confluencia entre el río El Rabón y El Juile (2002: 72).

Además del dominio de las vías de comunicación y transporte, el sistema político-administrativo de San Lorenzo estaba encaminado a una óptima explotación y movilización de diversos recursos alimenticios. Así pues, gracias al control de áreas altamente productivas a través del establecimiento de campamentos estacionales o permanentes, tales como los islotes construidos en la llanura Norte de San Lorenzo, la economía del Hinterland de San Lorenzo estaba fundamentada en una subsistencia mixta y diversificada consistente en la siembra de ciertos cultígenos y en la caza, pesca y recolección de recursos acuáticos (Symonds *et al.*, 2002: 72-74; Cyphers *et al.*, 2013: 11-14 y 56-57). Si bien parte de las plantas sembradas era el maíz, su baja ubicuidad y productividad dentro de la región, durante el Preclásico Temprano, indican que esta gramínea no era el cultivo principal consumido por los habitantes de la cuenca baja del Coatzacoalcos (VanDerarker y Kruger, 2012: 526-529; Cyphers *et al.*, 2013: 56-57). Cyphers *et al.*, manifiestan que posiblemente los

tubérculos como la yuca eran los cultivos principales dentro de dicha región, no obstante, aún hace falta más datos que respalden dicha hipótesis (2013: 56). Por su parte, VanDewarker y Kruger proponen que durante el Preclásico Temprano el maíz pudo ser un producto lujoso que era consumido en actividades sociopolíticas y rituales en forma líquida, tal vez como atole o una bebida embriagante (2012:527).

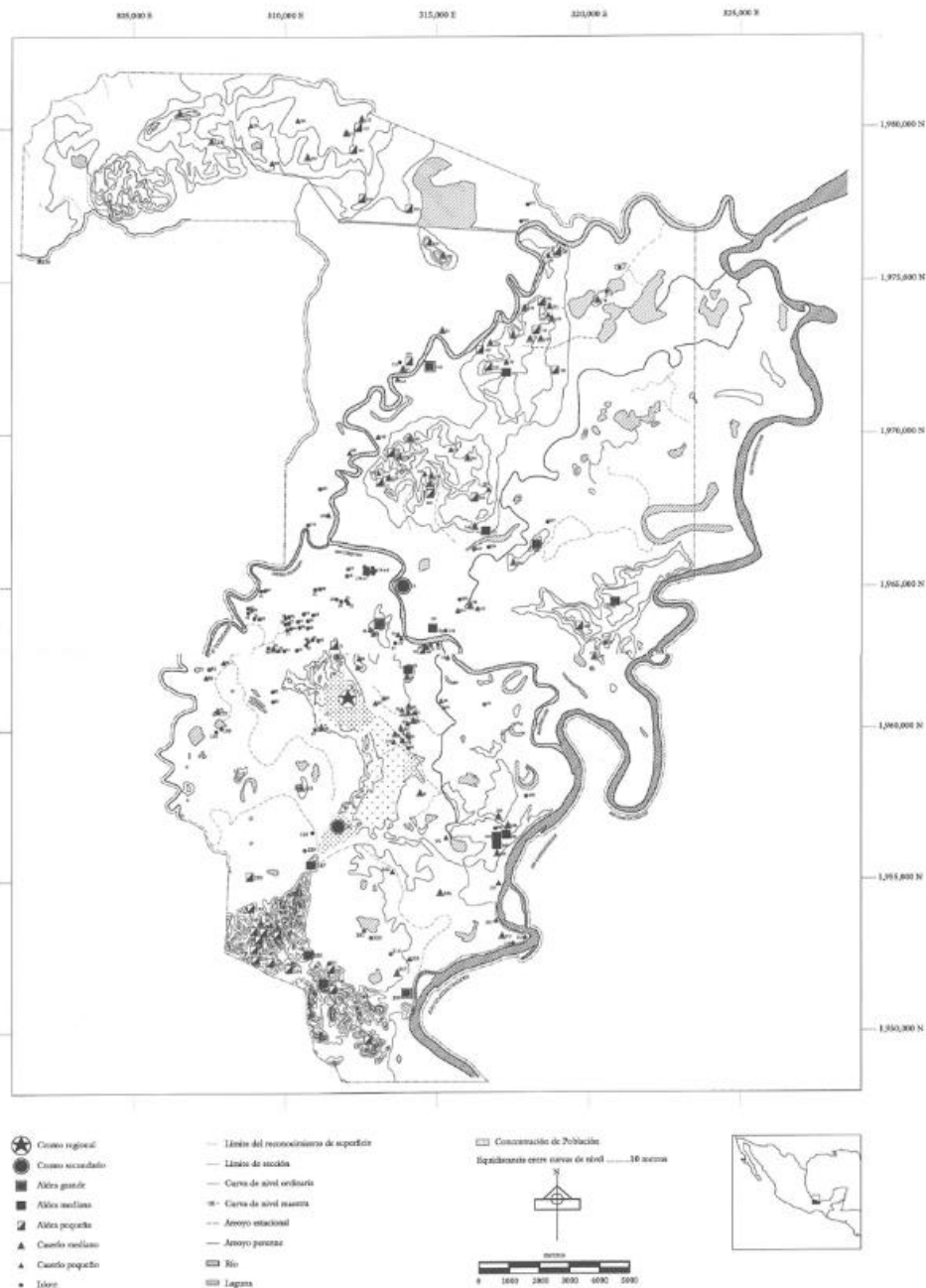


Figura 4.22. Mapa del Hinterland de San Lorenzo durante el 1200-900 a.C. Tomado de Symonds *et al.*, 2002.

El sistema político-administrativo implantado por San Lorenzo estaba basado en una ideología religiosa, materializada en esculturas olmecas de

medianos y grandes formatos, con la cual se mantenía una integración y jerarquía sociopolítica. De tal forma, los sitios secundarios como Loma del Zapote, tenían tronos y otros tipos de esculturas olmecas cuyas temáticas y formatos medianos exhibían un estatus sociopolítico inferior con respecto al centro regional; mientras que San Lorenzo contó con un buen número de esculturas olmecas de grandes formatos que no fueron emuladas por otros sitios del Hinterland, tales como las cabezas colosales, lo cual indica que el linaje hegemónico residía en el centro regional (Symonds *et al.*, 2002: 84; Cyphers, 2008: 326-331).

Fuera del Hinterland de San Lorenzo, los sitios de Ahuatepec y Emilio Carranza también poseen esculturas olmecas medianas de animales sobrenaturales, los cuales se localizan en puntos favorables para el transporte fluvial y terrestre de la parte Norte del cauce del Coatzacoalcos y el Coahuila, respectivamente. De tal forma, Cyphers y Zurita-Noguera señalan que la ubicación de dichos sitios señala la integración de una red de comunicación fluvial y terrestre regional, en la que las esculturas olmecas también funcionaron como símbolos de autoridades rurales o linajes locales (2006: 44-48). Así pues, parece ser que algunos sitios de rangos inferiores situados al exterior del Hinterland de San Lorenzo estaban adscritos al sistema político-administrativo y a la ideología religiosa implantada por San Lorenzo.

Dentro del Hinterland de San Lorenzo, la planeación, producción, almacenamiento, reutilización y redistribución de las esculturas olmecas estuvo directamente controlada por la élite de San Lorenzo, quienes tuvieron a su disposición artesanos especializados de tiempo completo (Cyphers, 1997: 180-184 y 191-194; 1999: 165-168 y 174-176). Posiblemente la erección de monumentos olmecas en Ahuatepec y Emilio Carranza también estuvo subordinada por la élite de San Lorenzo, sin embargo, no contamos con los datos necesarios para comprobar tal conjetura.

Además de ser utilizadas como mecanismos de integración y legitimación de la jerarquía sociopolítica, en San Lorenzo las esculturas olmecas también se utilizaron para configurar escenas en espacios arquitectónicos en los que se relacionaban diversos aspectos como son la ceremonia, la gobernatura y la cosmovisión (Cyphers, 1997: 191-194; 1999: 174-176). Ejemplo de ello es el ya mencionado patio hundido denominado como Grupo E, en el cual se colocó un

trono (monumento 14), una cabeza colosal (monumento 61), y otras esculturas de seres sobrenaturales ligados al agua, así como una fuente en forma de ave (monumento 9), un acueducto de piedras basálticas y restos óseos de infantes y aves. Debido a tales elementos, el Grupo E es definido como un espacio ceremonial-administrativo de la élite, cuyas connotaciones cosmológicas son la gobernatura, los ancestros, el agua y el inframundo (Cyphers *et al.*, 2006: 27, Cyphers, 2012: 62). Tal y como señala Cyphers, además de ser una fuente de agua potable utilizado con fines rituales, el acueducto fue utilizado por la clase dominante como un mecanismo de control económico, social y político para la distribución y consumo del agua dentro de San Lorenzo (1997: 177-180; 1999: 164-165).

Si bien posee algunas similitudes con el espacio sagrado de El Manatí, como son la asociación con el agua y la presencia de restos óseos de infantes, el Grupo E de San Lorenzo constituye un espacio ritual totalmente diferente en el que se configuraron escenas conmemorativas a través de esculturas tridimensionales de grandes formatos, y no se realizaron ofrendas de hachas de piedras verdes. Otro ejemplo de escenas conmemorativas en las que no se realizaron ofrendas de hachas de piedras verdes es el de las esculturas olmecas de la acrópolis de El Azuzul, en el sitio Loma del Zapote. Dicha escena consiste en dos esculturas idénticas que representan personajes humanos de rodillas sosteniendo un cetro, los cuales encaran a dos felinos sedentes de diferentes tamaños. Adicionalmente, Cyphers y Zurita-Noguera proponen que sitios rurales, como Ahuatepec y Emilio Carranza, participaron en rituales periódicos y centralizados en los que sus esculturas fueron incorporadas como elementos trascendentales que dotaban de significados a tales actividades (2006: 48).

A pesar de que San Lorenzo y otros sitios como Loma del Zapote, configuraron espacios rituales en los que se utilizaron esculturas olmecas como mecanismos de integración sociopolítica, al interior del Hinterland hay pocos indicios de la realización de rituales de ofrendamiento de hachas de piedras verdes. Por el momento, en San Lorenzo se han recuperado un total de 129 esculturas basálticas de diferentes tamaños que equivalen alrededor de 450 toneladas, mientras que solo se han excavado 15 kg de materiales de piedras verdes procedentes de contexto primarios (Cyphers, 2012: 87, Jaime Riverón,

2012: 355). Caso contrario ocurre en la margen Este del Coatzacoalcos en donde las esculturas de basalto son escasas (sólo se tiene conocimiento de los dos monumentos de Emilio Carranza), en tanto que las hachas de piedras verdes abundan en sitios como La Merced. Como ya hemos mencionado, en La Merced se depositaron 776 hachas de serpentina que equivalen a una tonelada (Jaime Riverón, 2003: 349-352; 2012: 355). Al respecto, Jaime Riverón declara que estas materias primas constituyen dos subsistemas económicos diferentes: el basalto corresponde a un subsistema horizontal y centrífugo de interacción local, que relacionaba asentamientos de rangos jerárquicos semejantes; y la piedra verde pertenece a un subsistema vertical y centrípeto de interacción interregional, que vinculaba asentamientos de diferentes rangos jerárquicos (Jaime Riverón, 2012: 354).

Así pues, es evidente que San Lorenzo basó parte de la jerarquía sociopolítica de su Hinterland en el subsistema económico del basalto, con el cual además de las esculturas, también se fabricaban utensilios domésticos. Tal y como mencionan Symonds *et al.*, el almacenamiento y acceso controlado del basalto por parte de dicho sitio es resultado de la obtención de esta materia prima no de forma cooperativa y voluntaria, sino a través de mano de obra *corvé*, tributada a nivel doméstico en la región (2002: 83-84). Resulta intrigante que a pesar del dominio del subsistema económico del basalto y de las rutas de comunicación y transporte, San Lorenzo no ejerció un control centralizado en la obtención y distribución de piedras verdes tales como jade y serpentina. Cabe señalar que la serpentina de San Lorenzo y La Merced proviene de Cuicatlán, Oaxaca (Jaime Riverón *et al.*, 2009), es decir, ambos sitios se abastecieron del mismo yacimiento pero en diferentes cantidades.

Todo lo antes dicho, aunado con el hecho de que los sitios de la margen Este del Coatzacoalcos se sitúan al exterior del Hinterland de San Lorenzo, supone pensar que La Merced y El Mayacal obtuvieron de forma autónoma piedras verdes posteriormente ofrendadas en forma de hachas. Por consiguiente, es posible plantear que las últimas ofrendas de hachas de piedras verdes de El Manatí, correspondientes al 1200-900 a.C., siguieron siendo actividades comunitarias y cooperativas realizadas por individuos procedentes de diversos sitios de rasgos sociopolíticos distintos; no obstante, es posible que San Lorenzo haya tenido cierta jurisdicción sobre este recinto

sagrado. Durante el 1200-900 a.C., en El Manatí el depósito de hachas de piedras disminuyó considerablemente, y los principales materiales ofrendados fueron bustos antropomorfos de madera, los cuales coinciden con el desarrollo y materialización en piedra del sistema de representación olmeca, por parte de San Lorenzo. Debido a que dichos bustos de madera son claramente de estilo olmeca, es posible que éstos hayan sido labrados por artesanos de la élite de San Lorenzo, quienes dominaron la tecnología de esculturas tridimensionales. Además, cabe señalar que San Lorenzo utilizó hematita procedente de El Manatí para decorar las imágenes incisas en vasijas, que fueron exportadas a asentamientos de otras regiones de Mesoamérica (Backes *et. al.*, 2012: 88-90).

Sin importar que haya tenido o no cierta jurisdicción sobre los últimos rituales de ofrendamiento de El Manatí, es indudable que San Lorenzo y los demás asentamientos de su Hinterland participaron en dichas actividades, para lo cual sus habitantes realizaron peregrinaciones haciendo uso de las vías de transporte fluviales que tenían bajo su control. De acuerdo con Ortiz y Cyphers, en Loma del Zapote se construyeron dos amplios terraplenes (600 m por 60 m aprox.) en las márgenes del antiguo lecho fluvial Azuzul-Potrero Nuevo, los cuales funcionaron como embarcaderos o muelles (1997: 45-47). Aunque no se han hallado más ejemplos de este tipo de arquitectura, no hay que descartar la idea de que otros sitios como El Remolino, Las Camelias y Peña Blanca, también contaban con muelles ya que están ubicados sobre los bordes de diferentes ríos. En este sentido, varios de estos sitios secundarios debieron ser puntos importantes dentro de la ruta tomada por los peregrinos, pues conforme a la distribución actual de la red hidrológica de la región se tiene que navegar y cruzar el río Coatzacoalcos para trasladarse del Hinterland de San Lorenzo a El Manatí. No obstante, si el canal identificado por Kruger estuvo activo durante el 1200-900 a.C., entonces gran parte del recorrido fluvial pudo haber sido a través del Coatzacoalcos, puesto que dicho canal está orientado en sentido Noroeste-Sureste desde San Carlos hacia la laguna Manatí. Por otro parte, los peregrinos de asentamientos ubicados en la margen Este de la cuenca baja del Coatzacoalcos, tales como El Paraíso y Emilio Carranza, pudieron haber navegado el río Coachapa y el arroyo Cahuapan para acceder a El Manatí.

Por otra parte, la disminución de hachas de piedras verdes depositadas en El Manatí durante la fase Macayal, coincide con el ofrendamiento masivo de

estos mismos artefactos en La Merced, lo cual indica una reubicación de dichas ofrendas tras haber sido desplazadas en El Manatí por los bustos antropomorfos. Como se puede observar, a lo largo de las tres fases de El Manatí la complejidad sociocultural de la cuenca baja del Coatzacoalcos fue aumentando paulatinamente, dando como resultado una serie de eventos trascendentales tales como el cambio de sociedades igualitarias a sociedades jerarquizadas, y la materialización de la ideología olmeca en esculturas de basalto. Por último, durante la última fase de El Manatí ocurre la caída de San Lorenzo y la disminución poblacional de la cuenca baja del Coatzacoalcos. Por tal motivo, considero que estos eventos influyeron sustancialmente en el cese de la realización de rituales de ofrendamiento en El Manatí; sin embargo, es probable que este cerro continuó siendo un rasgo natural del paisaje de relevancia simbólica para los pobladores que continuaron viviendo en dicha región.

4.3 El contexto arqueológico

A continuación, se describirá a grandes rasgos el contexto arqueológico de las ofrendas de El Manatí partiendo desde las más tempranas hasta las más tardías, para cual se tomará como base los informes técnicos de los trabajos arqueológicos realizados por Ortiz Ceballos y Rodríguez (Ortiz Ceballos *et al.*, 1988, 1990, 1997; Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1989, 1992, 1995, 1996). Es importante mencionar que en este apartado no se tiene el objetivo de realizar una revisión detallada y exhaustiva de la forma en que estaban colocados cada uno de los objetos hallados. Únicamente se pretende ejemplificar el contexto de las ofrendas, la variedad de los objetos que la componen y los cambios ocurridos a través del tiempo.

Los materiales arqueológicos de El Manatí fueron descubiertos de manera fortuita por habitantes del poblado El Macayal, Veracruz, en 1987. Estas personas estaban realizando dos estanques piscícolas en una de las pozas situadas al pie del cerro El Manatí cuando se toparon con bustos antropomorfos de madera, hachas de piedra verde, pelotas de hule, huesos humanos y cerámica (Ortiz Ceballos *et al.*, 1988: 141; Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1999: 225). Los hermanos Villaseca reportaron estos hallazgos extraordinarios al centro INAH Veracruz en febrero de 1988, y en abril del

mismo año comisionaron a Ortiz Ceballos y Rodríguez la realización de un proyecto arqueológico de rescate, el cual fue reanudado en los años 1989, 1990, 1992 y 1996 (figura 4.23). Este proyecto dio como resultado la obtención de nuevos bustos de madera, decenas de hachas de piedra verde, pelotas de hule, entierros secundarios y primarios de infantes y neonatos, macrorrestos botánicos, entre otros tipos de materiales.

La mayoría de estos materiales, principalmente las hachas, fueron interpretados por Ortiz Ceballos y Rodríguez como ofrendas realizadas al cerro El Manatí. Esta circunstancia, aunada con el hecho de que no encontraron evidencia de áreas habitacionales ni de materiales domésticos, llevaron a estos autores a proponer que El Manatí fue un espacio sagrado dedicado exclusivamente a la realización de ceremonias religiosas y rituales de ofrendamiento, dedicados al culto a los cerros y el agua (Ortiz Ceballos *et al.*, 1996; Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1999: 251; 2000: 84). Asimismo, mencionan que los manantiales eran fuentes importantes de agua dulce dentro de una región en la que abundan pantanos cuya agua es poco saludable (1999: 251).



Figura 4.23. El arqueólogo Ponciano Ortiz Ceballos (izquierda) excavando un busto de madera de El Manatí. Tomado de Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994.

Los rituales de ofrendamiento de El Manatí abarcan un periodo de tiempo que va del 1700 al 900 a.C. el cual ha sido dividido en tres fases: la fase Manatí A (1700-1500 a.C.), la fase Manatí B (1500-1200 a.C.) y la fase Macayal (1200-900 a.C.). La distinción de cada una de las fases está basada en los cambios ocurridos en la forma de colocar los artefactos y en los elementos que conforman el ajuar de las ofrendas, lo cual sugiere un aumento a través del

tiempo de la complejidad de las actividades rituales efectuadas en este cerro sagrado.

Durante la fase Manatí A, las ofrendas fueron depositadas sobre las piedras areniscas que conforman el lecho de la poza perenne abastecida por los manantiales que brotan del cerro (estrato XI). El tamaño de dichas piedras varía de 10 a 30 cm y hasta 1.50 m. Las de mayor tamaño fueron reacomodadas en un eje Norte-Sur y alguna de ellas presentan huellas de talla como son tajaduras en forma de “V”, pocitos u oquedades circulares e incluso una posee una acanaladura profunda y ondulante que semeja una “S” (figura 4.24) (Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994: 77). De acuerdo con Jaime Riverón, varias de estas huellas de talla se deben a que las piedras areniscas fueron utilizadas para el proceso final de elaboración de las hachas, es decir, el bruñido de sus caras, bordes y filos (2003: 218). Cabe señalar que muchas esculturas olmecas de sitios como San Lorenzo y La Venta también presentan tajaduras en forma de “V”, las cuales suelen ser interpretadas como actos simbólicos con los que se trataba de desacralizar la escultura o bien de adquirir el poder o fuerza contenido en ella.



Figura 4.24. Piedras areniscas con tajaduras y pocitos del lecho rocoso de la poza de El Manatí (fase Manatí A). Tomada de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

Las ofrendas constan principalmente de hachas y cuentas de piedras verdes, así como de pelotas de hule y cerámica, las cuales se hallaron entre las piedras areniscas de mayor tamaño (figura 4.25 y 4.26). Las hachas depositadas durante la fase Manatí A varían de tonalidades verde claro a verde oscuro, y son las que presentan un mejor acabado consistente en un bruñido

muy fino (Jaime Riverón, 2003: 229). Algunas de éstas estaban aisladas o dispersas y otras estaban agrupadas, sin embargo, en ninguno de los casos fueron dispuestas de acuerdo a un patrón preconcebido de acomodo (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 46), lo cual sugiere que únicamente fueron arrojadas de forma aleatoria al lecho de la poza. Ejemplo de ello es el elemento 8-92, el cual está integrado por seis hachas encontradas horizontalmente debajo de una gran roca arenisca, cuyos filos estaban orientados hacia el Sur, Suroeste, Norte, Noroeste y Oeste. Cabe señalar que debajo de este conjunto de hachas se colocó una pelota de hule de 10 cm de diámetro.



Figura 4.25. Ofrendas de la fase Manatí A. Tomada de Rodríguez, s.f.



Figura 4.26. Ofrendas de la fase Manatí A. Tomada de Rodríguez, s.f.

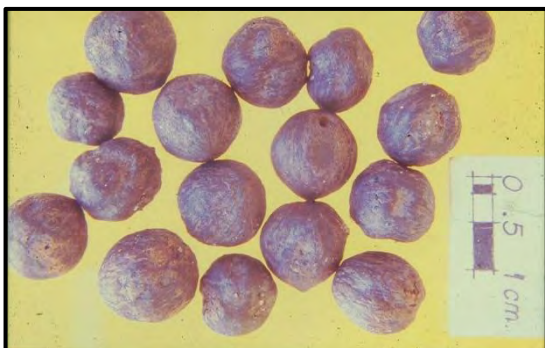


Figura 4.27. Semillas de Nanche (*Byrsonima crassifolia*). Tomada de Rodríguez, s.f.



Figura 4.28. Semillas de Calabaza (*Cucurbitaceae*). Tomada de Rodríguez, s.f.

Otros casos en los que se hallaron hachas asociadas a pelotas de hule son los elementos 30 y 36. El primero está integrado por dos hachas, una de las cuales estaba sobre una pelota de hule de forma ovoide semiaplana que mide 22 cm de largo con 18 cm de ancho. Por su parte, el segundo elemento está compuesto por 46 hachas, dos pulidores, 6 pelotas de hule y materia orgánica; en este caso el tamaño de las pelotas de hule varía entre los 15 cm y 33 cm de diámetro. La materia orgánica asociada a este elemento, la cual corresponde a

una capa de arena fina mezclada en algunas partes con barro negruzco (estrato X), contiene macrorrestos botánicos de los que por el momento se ha logrado identificar semillas de jobo, coyol, nanche, calabaza, *Annonaceae*, ramas de acuyo y oate, resina de copal, etc. (figura 4.27, 4.28) (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 40; Rodríguez *et. al.*, s.f.).

Con respecto a las cuentas de piedras verdes, se encontraron dos conjuntos de 56 y 69 piezas que poseen diferencias en calidad, acabado y tamaño; algunas son redondas y otras son semicilíndricas y tienen horadaciones cónicas y bicónicas (figura 4.29). Asociado a estas cuentas, había una figurilla de barro sólida que representa un rostro humano cuyos rasgos faciales semejan al estilo *baby-face* (figura 4.30). Esta figurilla presenta cortes en ángulo a la altura de las orejas, por lo cual Ortiz Ceballos *et. al.* suponen que quizás formó parte de los collares correspondientes a las cuentas de piedras verdes (1997: 50). Asimismo, junto a las cuentas se encontraba un molar humano y otros fragmentos de restos óseos humanos.



Figura 4.29. Cuentas de jadeita. Tomada de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.



Figura 4.30. Figurilla *baby-face*. Tomada de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

La fase Manatí A es la que presenta mayor densidad de materiales cerámicos, los cuales consisten en tecomates y platos con acanaladuras verticales y engobes rojos, bayos y negros; algunos presentan restos de tizne en sus caras exteriores (figura 4.31). Este complejo cerámico es contemporáneo con los complejos de las fases Barra y Locona del Soconusco, así como con los de las fases Ojochi y Bajío de San Lorenzo (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 126-127). De esta fase también proceden alrededor de 30 fragmentos de lítica pulida, hechos con rocas basálticas, tales como metates cerrados y

abiertos, morteros muesqueados, manos de metate y de mortero, percutores, etc., al igual que 25 cantos rodados menores de 15 cm de diámetro que presentan huellas de haber sido expuestos a fuego intenso (figura 4.32) (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 94-97). Por último, dentro de los objetos correspondientes a la fase Manatí A se hallaron varios fragmentos un material que en un principio Ortiz Ceballos *et. al.* identificaron como barro sobrecocido pero tras una inspección en laboratorio se percataron que más bien deben corresponder a pedazos de estalactitas (1997: 50).



Figura 4.31. Cerámica rojo acanalado. Tomada de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

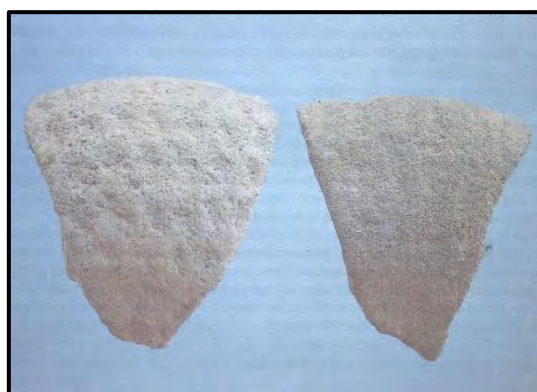


Figura 4.32. Morteros muesqueados. Tomada de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

Todas las ofrendas de la fase Manatí A fueron cubiertas por hojas, ramas, junquillos, zacates, entre otros restos vegetales, que al acumularse y compactarse formaron una capa húmeda totalmente orgánica (estrato IX) de 3 cm a 10 cm de espesor, comúnmente conocida como turba. Ortiz Ceballos *et. al.* sugieren que la formación de esta capa orgánica, la cual sigue el contorno del lecho rocoso, puede tener dos posibles explicaciones: 1) se trata de un evento natural producto de fuertes inundaciones que arrastraron grandes cantidades de materia orgánica al lecho de la poza; 2) o quizás el cerro fue deforestado y los desechos orgánicos fueron arrojados a la poza. Si la segunda explicación es la correcta, entonces se puede inferir que fue un acto deliberado con el cual se tuvo la intención de cubrir o sellar las primeras ofrendas depositadas en el lecho rocoso.

Después de la deposición de la capa IX, la poza comenzó a taparse por capas de limo y barro ricas en materia orgánica (estratos VIIIa y VIIIb), que adquirieron tonalidades rosadas y en algunas partes rojizas debido a la alta concentración de hematita existente en El Manatí. Fueron estas capas las que contenían las ofrendas de la fase Manatí B. Si bien durante esta fase continuó

la realización de rituales de ofrendamiento en El Manatí, existe una serie de cambios presentes en el ajuar de las ofrendas y en la forma de colocarlas. En primer lugar, la presencia de materiales tales como cuentas de piedras verdes, cerámica, piedras de molienda y restos óseos humanos es nula. Así pues, los únicos objetos involucrados en los rituales de ofrendamiento de la fase Manatí B fueron las hachas de piedras verdes y las pelotas de hule, las cuales son ligeramente menos abundantes que las de la fase anterior.

En el caso particular de las hachas de piedras verdes, estas no solo disminuyeron en cantidad, sino también el acabado de sus superficies es de menor calidad. A pesar de tales circunstancias, estos artefactos exhiben un aumento de complejidad en la forma en que fueron colocados. De tal forma, las ofrendas de hachas de esta fase ya no fueron depositadas de forma aleatoria sino siguieron tres diferentes patrones preconcebidos de acomodo: siguiendo ejes Norte-Sur y Este-Oeste (figura 4.33), en forma de pétalos de flor (figura 4.34) y en bloques (figura 4.35) (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 54).



Figura 4.33. Patrón de acomodo eje Este-Oeste.
Tomada de Rodríguez *et al.*, s.f.



Figura 4.34. Patrón de acomodo en pétalos de flor.
Tomada de Rodríguez *et al.*, s.f.



Figura 4.35. Patrón de acomodo en bloques.
Tomada de Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994.

Algunos de los conjuntos de hachas alineados en ejes Norte-Sur y Este-Oeste son los elementos 29-90, 3-92, 5-92, 21-92, 25-92 y 16-92. Consisten en grupos de dos a seis hachas dispuestas de forma horizontal, que pese a estar alineadas en un mismo eje sus filos suelen estar orientados en diferentes rumbos. Ejemplo de esto es el elemento 25-92, el cual está compuesto por cuatro hachas alineadas horizontalmente en un eje Norte-Sur, tres tienen el filo orientado hacia el Oeste y el filo de la restante apunta hacia el Este. Igualmente, este patrón de acomodo puede tener otras variantes como es el caso del elemento 5-92; consta de seis hachas colocadas horizontalmente, cinco están alineadas en un eje Norte-Sur con el filo hacia el Este y la sexta se acomodó al Este con el filo hacia el Sur.

Los conjuntos dispuestos en forma de pétalos de flor corresponden a los elementos 25-90 y 11-92, los cuales están compuestos por cinco y seis hachas respectivamente. Las hachas de ambos elementos se colocaron en posición vertical semi-inclinadas con sus filos hacia arriba y sus talones convergen en un punto central formando un círculo. Por otro lado, el tercer patrón de acomodo se observa en el elemento 7-92; consiste en un bloque de 11 hachas sobrepuestas cuyos filos fueron orientados hacia diversas direcciones. Ortiz Ceballos *et. al.* opinan que este bloque de hachas pudo estar atado, sin embargo, no hallaron ninguna evidencia de esto (1997: 54). Existen otros conjuntos de hachas que si bien no fueron ofrendados de acuerdo a alguna de las tres formas antes mencionadas comparten un rasgo significativo. Los conjuntos a los que me refiero son los elementos 10-92 y 29-92, ambos están constituidos por un par de hachas colocadas en posición horizontal una es de color verde oscuro y la otra es de color verde claro. En mi opinión esta distinción de la tonalidad del par de hachas puede estar relacionado con simbolismos de dualidad.

Con respecto a las pelotas de hule, durante la fase Manatí B solo fue ofrendado un conjunto de tres ejemplares (elemento 21-89) de 8, 10 y 12, centímetros de diámetro, las cuales se colocaron alineadas en dirección Noreste. A diferencia de la fase anterior, este conjunto de pelotas de hule estuvo colocado de forma aislada, es decir, no estuvo asociado con otro tipo de materiales.

Ya en la fase Macayal la cantidad de hachas de piedras verdes disminuyó considerablemente, y los patrones de acomodo en pétalos de flor y en ejes Norte-Sur y Este-Oeste dejaron de ser empleados. En vez de hachas de piedras verdes, los principales artefactos ofrendados durante la fase Macayal fueron bustos antropomorfos de madera, los cuales fueron enterrados junto con una rica variedad de materiales. Cuando los arqueólogos Ponciano Ortiz Ceballos y Carmen Rodríguez hallaron la primera escultura, una señora de la comunidad les comentó que había que “quitarle el diablito al niño que acaba de nacer” y les sugirió que lo bautizaran con el agua de la poza de El Manatí, por lo cual decidieron asignarles nombres a todas las esculturas que encontraron.

La fase Macayal, caracterizada como el momento de mayor complejidad de las ofrendas, abarca un periodo de tiempo (1200-900 a.C.) contemporáneo con el auge de San Lorenzo y con las ofrendas realizadas en El Macayal. En relación a esto, se debe mencionar que los pocos tiestos de esta fase corresponden a tipos cerámicos de las fases San Lorenzo A y B (Ortiz Ceballos *et. al.*, 1997: 55).



Figura 4.36. Elemento 7-89 de la fase Macayal. Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

La mayoría de las ofrendas de la fase Macayal estaban compuestas por conjuntos de tres y dos bustos de madera, los cuales al ser enterrados usualmente se les cubrió de materia orgánica y se colocaron a un lado o sobre amontonamientos de piedras areniscas. Un primer ejemplo de estos conjuntos es el elemento 17-89 el cual está integrado por las esculturas 5, 6 y 7 (Lulú, Chispa y Poc) (figura 4.36). Estas tres esculturas se depositaron formando un semicírculo: Lulú estaba situada en posición decúbito lateral derecho; Chispa

fue colocada en la misma posición con su cabeza apoyada sobre la base de Lulú; y en un nivel un poco más bajo que las anteriores, se acomodó a Poc en posición semilateral izquierda con su base unida a la base de Chispa. Al interior del semicírculo, se dispuso un cráneo de un infante cerca de la cabeza de Chispa de la base de Lulú. Parte del cráneo y de estas esculturas fueron cubiertas por pedazos de tallos o ramas y manojos de hojas. Los pedazos de tallos tenían restos de un cordel de dos cabos o hilos trenzados, lo que da la idea de que estuvieron atados. Poc también estaba asociado con fragmentos de cráneo y otros huesos largos, y sobre su pecho tenía restos de plantas y de cordeles trenzados. Asimismo, junto a su cuello se colocó un pendiente hecho de chapopote y en su cabeza tenía un bastón de madera incompleto. Por su parte, la cabeza y parte del cuerpo de Lulú fue cubierta por una especie de petate de tule con restos de cuerda, lo cual da la impresión de que hubiese estado envuelta a manera de bulto o fardo.

Otro ejemplo de acomodamiento semicircular es el elemento 6-92 compuesto por los bustos 14, 15 y 16 (Simón, Marti y Mundo) (figura 4.37). Este conjunto se cubrió por una capa de materia orgánica similar a la del elemento antes descrito, y encima de ésta habían piedras areniscas de las cuales una de ellas descansaba sobre una de las esculturas. Simón fue colocada boca abajo y estaba acompañado por dos bastones lanceolados de aproximadamente 30 y 50 cm de largo. Marti se acomodó en posición decúbito lateral izquierdo con la cabeza próxima a la base de Simón e igualmente disponía de un bastón de 30 cm de largo de forma serpentiforme. Por último, Mundo fue puesta boca arriba ligeramente separada de las otras esculturas. Sobre él había un bastón lanceolado de 50 cm de largo, y alrededor de su boca se le aplicó pintura roja y negra.

El elemento 30-92 constituye el último conjunto de tres bustos de madera, hallado hasta el momento, que no presenta el arreglo semicircular de los ejemplos anteriores (figura 4.38). Dicho elemento consistió en el enterramiento de las esculturas 18, 19 y 20 (Fabián, Dani y Macario), a las cuales se puso una capa de materia orgánica y posteriormente fueron cubiertas por un amontonamiento de piedras areniscas. Los objetos directamente asociados a Fabián fueron una especie de pectoral rectangular de 6 cm hecho al parecer de una semilla o madero; dos pendientes de chapopote en forma de "T" invertida,

colocados a cada lado de su rostro; 11 hachas de piedras verdes, nueve estaban en posición horizontal y dos en posición vertical; y un bastón de madera lanceolado. Tanto Dani como Macario se les atavió con un pectoral circular de materia orgánica y orejeras igualmente de forma circular. Por otra parte, en el costado derecho del rostro de Dani y en su base había dos bastones lanceolados, en tanto a un lado de la cabeza de Macario se dispuso un bloque de hematita de 30 cm de largo por 20 cm de ancho.

Ahora bien, las esculturas de madera ofrendadas en pares son las 8 y 9 (Nacho y Polo). Nacho estaba en posición decúbito lateral derecho en tanto que Polo estaba boca abajo. Éstas fueron colocadas junto a un amontonamiento de piedras areniscas hecho primero con rocas pequeñas asentadas sobre el estrato VIII y posteriormente por rocas más grandes que sobresalen de la superficie actual, patrón presente en otros elementos. Además del amontonamiento de piedras, Nacho y Polo estuvieron asociadas a un cajete de paredes rectas divergentes con engobe blanco semejante al tipo “*Mina White*” de San Lorenzo.



Figura 4.37. Elemento 67-92 de la fase Macayal.
Tomado de Rodríguez *et al.*, s.f.



Figura 4.38. Elemento 30-92 de la fase Macayal.
Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

Probablemente, las esculturas 12 y 13 (Cruz y Güicho) y las 1, 2 y 4 (Vicky, Fello y Toño) constituyen otros conjuntos de ofrendas puesto que poseen una relación espacial aparente. Cruz y Güicho se encontraban en dos huecos diferentes, pero ambas estuvieron enterradas a una misma profundidad y estaban asociadas con el mismo amontonamiento de piedras areniscas. Dicho amontonamiento abarcó una profundidad de 1.48 m a 2.40 m, y fue elaborado bajo el mismo patrón basado en el acomodo de piedras pequeñas en la parte inferior y piedras de mayor tamaño en la parte superior. Ambas fueron colocadas de forma vertical con sus caras viendo hacia el cerro, y cada una

poseía un bastón de madera de apariencia serpentiforme con uno de sus extremos lanceolados. Güicho fue la única escultura de este conjunto a la que se le cubrió con materia orgánica sobre la cual había una especie de tejido cruzado, y posiblemente también se le colocó un gorro o sombrero de ala curva. Un elemento importante que acompañó a esta escultura fue un entierro primario de un infante en posición decúbito lateral derecho flexionado con las piernas cruzadas, al cual igualmente se cubrió con materia orgánica (figura 4.39).

Por su parte, Vicky, Fello y Toño estaban claramente separadas, no obstante, fueron alineadas en un mismo eje orientado en sentido Este-Oeste. Vicky se encontraba dentro de un gran bloque de arcilla y estaba acompañada de un hacha de piedra verde oscura y de un bastón de madera colocado verticalmente. Fue envuelta en un tejido de palma o petate y posteriormente atada con cuerdas de ixtle, y al igual que Marti, su boca se pintó de color rojo. En el caso de Fello, éste estuvo asociado con un amontonamiento de piedras areniscas (elemento 15-88) cuya base estaba compuesta por las piedras pequeñas mientras que su parte superior consistía de piedras de mayor tamaño; como ocurre en las fases anteriores una piedra de este amontonamiento presenta tajaduras o acanaladuras. Fello se encontró boca abajo y los materiales que le acompañaron fueron una lasca grande de obsidiana, plantas atadas con cordeles, huesos humanos de infantes, bloques de barro verdoso envuelto en hojas y bolas de hematita. Una de las bolas de hematita es de 30 cm de diámetro y tenía restos de cuerdas de dos cabos. Al este de Fello se encontró un entierro primario de un infante, y hacia la misma dirección yacía Toño al Oeste del pie de un amontonamiento de piedras areniscas. Este amontonamiento, el cual también presenta el mismo patrón de acomodamiento de las rocas, tenía una forma semicónica que sobresalía de la superficie actual y llegaba a una profundidad de 2.10 cm. Toño fue colocado en posición casi vertical junto con un hacha petaloide de piedra verde, un cajete incompleto de tipo "*Mina White*", un fragmento de semilla en forma de vaina y dos pequeñas concentraciones de barro fino verdoso.

Por último, la escultura ofrendada de forma aislada es la número 17 (Chico). Se encontró boca arriba junto a un amontonamiento de piedras areniscas (elemento 12-92) el cual no presenta el patrón de acomodo recurrente en otros

casos. Esta escultura presenta pintura facial de color rojo y negro, y sobre ella se colocaron manojos de hojas que presentan restos de cordeles de dos cabos al igual que huesos de infantes, entre ellos fragmentos de cráneos recortados de los cuales uno tenía un corte en forma de “U” de donde colgaba un cordón.

Si bien la mayoría de los bastones de madera formaron parte de los materiales que acompañaron a las esculturas, algunos de estos que fueron depositados con otra clase de objetos o bien estuvieron aislados. Así pues, dos bastones de madera curvos o serpentiformes de 48 cm de largo fueron colocados junto a dos pelotas de hule de 25 cm de largo por 20 cm de ancho, las cuales estaban sobre una piedra grande que presenta tajaduras y una oquedad de 15 cm de profundidad. En cuanto a los bastones depositados de forma aislada, solo existen dos ejemplos. Uno de ellos consiste en un fragmento de 25 cm de largo y 4 cm de diámetro de un bastón de forma poliédrica u octagonal al que se le aplicó pintura roja y blanca; y el otro es un bastón cilíndrico de 1.1 m de largo con 3 cm de diámetro pintado de color rojo-naranja, el cual en uno de sus extremos tiene un diente de tiburón incrustado (figura 4.40).



Figura 4.39. Entierro primario de infante asociado a Güicho. Tomado de Rodríguez *et al.*, s.f.v



Figura 4.40. Bastón con diente de tiburón incrustado. Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

Otros materiales depositados en El Manatí durante la fase Macayal fueron 26 bloques cuadrangulares de arcilla crema y verdosa, cuyos tamaños varían entre 20 y 30 cm. A once de estos bloques se les incrustó en la parte central de una de sus caras un hacha de piedra verde en posición vertical con el filo hacia arriba (figura 4.41). Una última ofrenda sobresaliente de El Manatí consistió en 3 cuchillos enmangados con chapopote, dos de obsidiana y una de pedernal, a los que se les colocó dos concentraciones de lascas de obsidiana dispuestas en forma triangular (figura 4.42).



Figura 4.41. Bloques de arcilla con hachas incrustadas. Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.



Figura 4.42. Cuchillos enmangados con chapopote. Tomado de Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994.

Recapitulando, la fase Manatí A constituye el inicio de la utilización del cerro El Manatí como un espacio ritual, sin embargo, es muy probable que mucho antes del depósito de las primeras ofrendas este sitio ya era considerado como un lugar con cualidades sagradas. Durante dicha fase, los principales objetos ofrendados fueron numerosas hachas de piedras verdes finamente acabadas y pelotas de hule en menor medida; de forma inusual también de depositaron cuentas de piedras verdes, huesos humanos, fragmentos de estalactitas y una figurilla antropomorfa. Las huellas de talla presentes en las piedras areniscas asociadas a las ofrendas, indican que antes de que las hachas eran pulidas antes de que fueran arrojadas de forma aleatoria al lecho de la poza, actividad la cual quizás formó parte de los rituales de ofrendamiento. Igualmente, los cantos rodados con huellas de cocción, la lítica pulida y los restos macrobotánicos, sugieren que otras de las actividades realizadas como parte de los rituales fue la preparación e ingesta de ciertos alimentos. Los análisis químicos hechos a seis fragmentos de cerámica determinaron la presencia de restos *teobromina* en un ejemplar de la fase Manatí A (Powis *et. al.*, 2007; 2008: 37), por lo cual es posible afirmar que durante los rituales de El Manatí se consumía una bebida hecha de cacao.

En la fase Manatí B no existe evidencia de la preparación y consumo de alimentos o bebidas y la cantidad de piedras verdes y pelotas de hule disminuye. A pesar de la reducción en el número de los artefactos depositados, la cual puede ser entendida como el declive o pérdida de importancia de los rituales de El Manatí, en esta fase se desarrollaron tres formas de

acomodamiento de las hachas de piedra verdes: alineadas en ejes Norte-Sur y Este-Oeste, en pétalos de flor y en bloques. Esto puede ser interpretado como un aumento de complejidad de los rituales con lo cual se consiguió normalizar el acomodo de las hachas, y seguramente cada una de estas formas o patrones proporcionaba un significado distinto a las ofrendas.

La fase Manatí A es contemporánea a las fases Ojochi y Bajío del Hinterland de San Lorenzo, mientras que los inicios de la fase Manatí B coinciden con la fase Chicharras. Durante estas fases, el panorama social y político de la cuenca baja del Coatzacoalcos consistía en aldeas igualitarias en vías de desarrollo, que dependían de una gran variedad de medios de subsistencia entre ellos la agricultura. Así pues, considero que en las dos primeras fases de El Manatí los rituales realizados eran de tipo comunal, en las cuales participaban peregrinos de diversas partes de la cuenca baja de Coatzacoalcos y posiblemente de otras regiones, lo cual coincide con la hipótesis planteada por Ortiz Ceballos *et al.* (1997: 129).

La fase Macayal corresponde al momento de mayor complejidad de las ofrendas, en la que el suceso más significativo es el cambio de las hachas de piedras verdes por bustos antropomorfos de madera como los principales objetos ofrendados, lo cual posiblemente implicó un cambio en el carácter de los rituales e incluso en los simbolismos asociados a El Manatí. Resulta sumamente difícil determinar cuáles fueron las causas que propiciaron este cambio pero a mi parecer está relacionado con el surgimiento de San Lorenzo como el centro rector de la región, debido a que la fase Macayal es coetánea con la fase San Lorenzo B. El periodo de tiempo que va del 1200 al 900 a.C. no se caracteriza solamente por el apogeo de San Lorenzo sino también por el esculpimiento de un vasto número de esculturas olmecas de medianos y grandes formatos en dicho sitio. Así pues, las ofrendas de bustos de madera en El Manatí fueron realizadas en un periodo de tiempo en el que San Lorenzo desarrolló y controló una tecnología escultórica sin precedentes, por lo cual resulta pertinente preguntarse si los bustos de El Manatí fueron labrados por escultores de San Lorenzo.

Por otra parte, durante la fase Macayal se ofrendaron una variedad de materiales entre los que sobresalen dos entierros primarios de infantes, los cuales es posible que hayan sido sacrificados (Ortiz Ceballos *et al.*, 1997: 135-

136). Por último, la fase Macayal también corresponde a la culminación de la utilización de El Manatí como un espacio ritual, sin embargo, esto no significa que haya perdido su sacralidad y simbolismo. Cabe señalar que el cese de las ofrendas de El Manatí coincide con la caída de San Lorenzo como centro regional por lo cual ambos eventos pueden estar relacionados.

4.4 Los materiales arqueológicos

En este apartado se examinarán los significados y simbolismos asociados a la gama de materiales que componen las ofrendas de El Manatí, en sus tres diferentes periodos de ocupación. Esta labor tiene como finalidad conocer a profundidad la relación simbólica existente entre los objetos ofrendados y el cerro El Manatí, relación la cual más que ser uniforme varió a través del tiempo.

Como ya hemos mencionado los principales objetos ofrendados durante las fases Manatí A y B fueron las hachas de piedras verdes. La gran mayoría de estos artefactos (70%) fueron hechos de jadeíta y serpentina, no obstante, también se utilizaron otras rocas metamórficas como el metagabro al igual que rocas ígneas como el gabro y el basalto (Jaime Riverón, 2010: 124). A través de análisis arqueométricos se ha logrado determinar que la jadeíta utilizada para la elaboración de varios artefactos olmecas proviene de la región del valle del Motagua así como de la región de la Alta Verapaz, ambas en Guatemala (Seitz *et al.*, 2001: 687; Filloy Nadal *et al.*, 2013: 119-120); mientras que las serpentinas empleadas por San Lorenzo y La Merced provienen del yacimiento de Cuicatlán, Oaxaca (Jaime Riverón *et al.*, 2009).

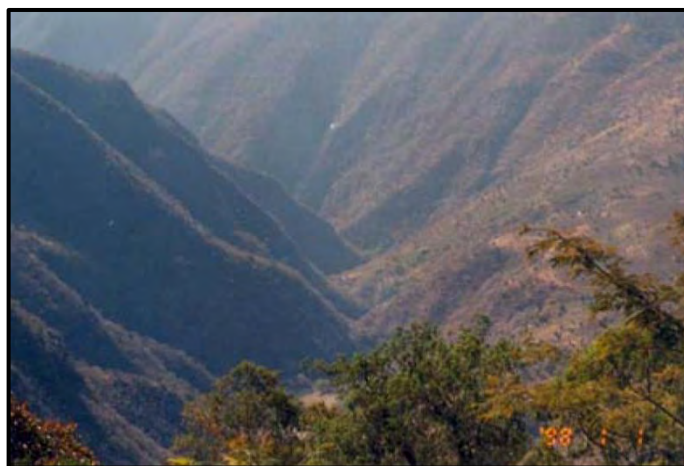


Figura 4.43. Cañadas en forma de hendidura en “V” del yacimiento de Cuicatlán. Tomado de Jaime Riverón, 2003.

Tal y como señala Bradley, parte de los significados y simbolismos de los materiales ofrendados procede de los lugares en los que fueron extraídos y producidos (2000: ver capítulo 6). Al respecto, Jaime Riverón observó que tanto los yacimientos de jadeíta como los de serpentina se encuentran al fondo de pronunciadas cañadas, asociadas a veces con manantiales y manchones de vegetación densa, que tienen la forma del motivo iconográfico de hendidura en “V” (figura 4.43); en este sentido se puede decir que “[...] la piedra verde surge dentro de un gran ‘cleft’ que se da en el paisaje, una gran hendidura en forma de ‘V’.” (Jaime Riverón, 2003: 653). Así pues, además de ser un material exótico de difícil acceso, la jadeíta y la serpentina pudieron ser concebidas de origen sagrado o sobrenatural creadas quizás por alguna deidad.

Taube opina que la jadeíta, al igual que las plumas de quetzal, simbolizan las cualidades vitales del agua y de la vegetación, y otros elementos interrelacionados como son el viento/aire, la lluvia y la fertilidad agrícola (Taube, 1995: 99; 2007: 48). Esto tiene sentido si tomamos en consideración que Jaime Riverón señaló que los yacimientos de jadeíta están asociados a manantiales y manchones de vegetación densa, y que las hachas de El Manatí tienen una tonalidad verde oscura (2003: 673 y 753). Asimismo, Taube propone que las hachas de piedras verdes representan mazorcas de maíz y que también pueden ser interpretadas como versiones simplificadas del dios olmeca del maíz (1996: 44). A mi parecer, esta idea resulta poco probable ya que, en el caso de las hachas ofrendadas en posición vertical de El Manatí, estas fueron dispuestas con la parte más ancha hacia arriba y por lo tanto esta forma no corresponde con una mazorca de maíz cuya parte más ancha es su base. Además, vistas en un corte transversal la silueta de la mayoría de las hachas es elíptica en tanto que la de las mazorcas de maíz es circular. Por su parte, Pérez Suárez opina que las de piedras verdes representan granos de maíz que al enterrarlas a manera de ofrendas se estaría simbolizando la siembra de la tierra (1997: 32). Cabe señalar que durante el Preclásico Temprano el maíz no era el principal alimento de los habitantes de la cuenca baja del, sino solo era uno de varios recursos que componían sistema de subsistencia diversificado. Es por tal motivo que más que representar una mazorca de maíz o la deidad de dicha planta, las hachas de piedras verdes

podieron aludir a conceptos generalizados de fertilidad agrícola (Taube, 1996: 68).

Por otra parte, varias esculturas olmecas nos indican que las hachas de piedras verdes eran los instrumentos de ciertos seres sobrenaturales y que algunos monumentos elaborados con los mismos materiales personificaban a dichos seres. La famosa hacha Kunz, el monumento 18 de San Lorenzo y un hacha efígie de La Merced conocida comúnmente como El Bebé, consisten en personajes enanos y regordetes con rasgos faciales sobrenaturales sosteniendo en sus manos lo que claramente representa un hacha. En los dos primeros ejemplos estos personajes sujetan las hachas de forma vertical con el filo hacia arriba, mientras que El Bebé la sostiene verticalmente con el filo hacia abajo (figura 4.44). Posiblemente, estos personajes sobrenaturales son a quienes estaban dedicadas las ofrendas, por lo cual El Bebé quizás represente a uno de tales individuos recibiendo o aceptando las hachas de piedras verdes.



Figura 4.44. El Bebé de La Merced. Tomado de Berrin y Fields, 2011.

Por otro lado, el monumento 1 de La Merced y las estelas 25/26, 27, 88 y 89 de La Venta personifican seres sobrenaturales que poseen atributos similares (figura 4.45 y 4.46): boca cuadrangular con el labio superior evertido, motivos fitomorfos sobre sus cabezas y cuatro elementos rectangulares en la frente o alrededor del rostro. Estos elementos rectangulares son los que Taube identifica como hachas-mazorcas (1996: 44), los cuales en el monumento de La Merced están ubicados en los cuatro extremos del rostro mientras que en los de La Venta están alineados horizontalmente sobre una banda que ciñe las

frentes de los personajes. Como se puede observar, el acomodo de los elementos rectangulares de La Merced está asociado a los puntos cardinales por lo cual se puede inferir la existencia de connotaciones cosmológicas.

Por otra parte, los monumentos de ambos sitios están elaborados de piedras de tonalidades verdes; serpentina para el monumento de La Merced y gneiss para los monumentos de La Venta (Jaime Riverón, 2003: 647 y 734). Dentro del sistema de representación olmeca, el ser humano es el tema central de las esculturas basálticas, en tanto que los seres sobrenaturales son el tema central de las esculturas de piedras verdes. De tal forma, este contraste en la selección del soporte para la representación de ciertas figuras parece indicar que las piedras verdes eran las más idóneas para retratar seres sobrenaturales, lo cual se puede deber a que estas piedras estaban íntimamente ligadas a estos seres.



Figura 4.45. Monumento 1 de La Merced. Foto de Ponciano Ortiz Ceballos y Carmen Rodríguez.



Figura 4.46. Monumento 25/26 de La Venta. Foto de Pablo Ortiz Brito.

En el caso particular de los monumentos de La Venta, Porter las definió como estelas celtiformes o hachas monumentales ya que su forma es semejante a la de las hachas votivas olmecas (1992: 3-13). Además de su semejanza en el tipo de piedra y forma, estos monumentos de La Venta fueron erigidos con su parte más ancha hacia arriba, tal y como ocurrió con las hachas dispuestas verticalmente en El Manatí. Acerca de sus significados, Grove argumentó que las estelas celtiformes de La Venta representan rostros de montañas debido a que estaban colocadas a los pies del montículo C-1, el cual

se piensa simboliza una montaña (2000: 291). Cabe señalar que el montículo C-1 delimita la parte sur del complejo ceremonial de La Venta en donde se enterraron grandes cantidades de artefactos de piedras verdes. Así pues, el significado contextual de las estelas celtiformes es muy similar al de El Manatí durante sus primeras fases, es decir, hachas de piedras verdes colocadas al pie de un cerro.

Teniendo en cuenta las ideas e hipótesis mencionadas en los párrafos anteriores, opino que es posible interpretar el simbolismo de las hachas de piedras verdes de dos formas diferentes. Primero, basado en las propuestas de Porter y Grove, dichos artefactos quizás contenían sustancias y fuerzas anímicas que eran parte del *personhood* de algún ser sobrenatural el cual era la personificación de un cerro o montaña, o bien podrían contener o representar a dicho ser en su totalidad. Segundo, de acuerdo con las ideas de Taube y Jaime Riverón, las piedras verdes eran de origen sagrado y poseían cualidades relacionadas con el agua y la vegetación, que fueron ofrendadas a seres sobrenaturales que habitaban en cerros, así como en otros lugares naturales. Cabe señalar que estos materiales no fueron ofrendados en forma de materia prima, sino que se les transformó en un objeto particular con lo cual adquirieron significados adicionales; quizás las hachas de piedras verdes eran los instrumentos de tales seres sobrenaturales con las cuales realizaban actividades cosmológicas vitales.

Sorprendentemente, en ninguna de las hachas de piedras verdes de El Manatí se plasmaron imágenes de seres sobrenaturales. En el caso de las ofrendas de las fases Manatí A y B, esto quizás se debe a que estas fases son anteriores al cabal desarrollo del sistema de representación olmeca, no obstante, en la fase Macayal dicho sistema ya era ampliamente conocido en la cuenca baja del Coatzacoalcos, así como en otras regiones de Mesoamérica. Igualmente, la fase Macayal es contemporánea a las ofrendas de La Merced, en donde existen tres ejemplos de seres sobrenaturales plasmados en piedras verdes. Esto no significa que en las ofrendas de El Manatí no se haya empleado el sistema de representación olmeca, ya que los bustos de madera de la fase Macayal, e inclusive la figurilla de barro de la fase Manatí A, consisten en rostros humanos de tipo *baby-face*. En cambio, esta circunstancia parece indicar que por algún motivo en El Manatí no se tuvo la intención de

manifestar explícitamente los simbolismos sobrenaturales asociados a las hachas de piedras verdes. Más que ser algo inusual la carencia de imágenes incisas en hachas de piedras verdes es un fenómeno común, pues tal y como señala Jaime Riverón “[...] las hachas con iconografía, las reales y excavadas a partir de contextos arqueológicos, son solo un mínimo porcentaje del universo de estos artefactos.” (2003: 755).

El único ejemplo de El Manatí en el que se plasmaron imágenes de seres sobrenaturales es un fragmento de cerámica que corresponde a la fase Macayal. La imagen de dicho fragmento de cerámica es una versión abstracta del monstruo de la tierra, que consiste en dos bandas paralelas inclinadas rematadas por pequeñas líneas verticales seguidas de dos elementos quebrados o zigzagueantes (figura 4.47). Aunque son necesarias más evidencias, esta representación es claro indicio de la asociación de seres sobrenaturales en los rituales del cerro Manatí.



Figura 4.47. Tepalcate de la fase Macayal de El Manatí con decoración esquematizada del monstruo de la tierra. Foto de David Cheetham tomada de Powis, 2009.

Si bien las hachas de piedras verdes poseían una serie de significados inherentes, también expresaban significados contextuales de acuerdo a la forma en que fueron ofrendadas a través del tiempo. De este modo, en la fase Manatí B, la diferencia entre las hachas dispuestas horizontalmente en ejes lineales y las colocadas verticalmente formando un círculo, supone la existencia de por lo menos dos distintos significados contextuales. Durante esta misma fase también se ofrendaron conjuntos compuestos por dos hachas que diferían en las tonalidades de sus colores (verde oscuro/verde claro), contraste el cual pudiera estar relacionado con simbolismos de dualidad. En la

fase Macayal, las ofrendas de hachas pasaron a un nivel secundario, no obstante, se desarrolló un nuevo patrón de acomodo desconcertante consistente en la colocación de un hacha vertical en un bloque de arcilla, cuyos significados son totalmente inciertos.

No hay que olvidar que además de sus acomodos particulares, en varias ocasiones las piedras verdes fueron ofrendadas en compañía de otros objetos como son las pelotas de hule. Al parecer, las pelotas estuvieron fabricadas con látex del árbol *Castilla elástica* y mezclado con un líquido extraído de la planta *Ipomea alba*, ambas especies endémicas de la región (Holser *et al.*, 1999: 1990). Comúnmente se piensa que estos artefactos de hule son una de las evidencias más antiguas del juego de pelota en Mesoamérica. En la fase Macayal, dos pelotas de hule estuvieron asociadas a dos bastones de madera, por lo cual es posible que estos últimos también hayan sido parte de los utensilios con los que se jugaba a la pelota. De tal modo, una de las actividades llevadas a cabo como parte de los rituales de ofrendamiento en El Manatí quizás haya sido el juego de pelota; no obstante, estos artefactos de hule pudieron tener otro significado. Ortiz Ceballos *et al.* suponen que, como en el caso de los grupos mexicanos del Postclásico, el hule del estaba relacionado con el culto a las deidades acuáticas. Asimismo, opinan que “también puede existir una equivalencia entre el látex que brota del árbol como savia y la sangre del cuerpo humano y de todos los seres vivos.” (Ortiz Ceballos *et al.*, 1997: 136). En este sentido, el hule pudo ser considerado como un líquido vital o sagrado con cualidades asociadas a la fertilidad. Tomando en consideración tales ideas, el simbolismo de las pelotas de hule tiene una estrecha relación con el de las hachas de piedras verdes, por lo cual no es casualidad que ambos artefactos hayan sido ofrendados en conjuntos. Así pues, durante las fases Manatí A y B, el simbolismo de las ofrendas de las hachas de piedras verdes y las pelotas de hule parece haber estado asociado al agua, la vegetación y la fertilidad.

Además de las pelotas de hule, varias de las hachas de piedras verdes también fueron colocadas junto a piedras areniscas que presentan tajaduras y pocitos u oquedades circulares. Como ya se ha mencionado en el apartado anterior, estas huellas de talla indican que el pulido y bruñido de las hachas se realizó en el mismo lugar donde fueron ofrendadas. Si bien esta circunstancia

quizás se debe a cuestiones prácticas y técnicas del proceso de elaboración de las hachas, es posible que haya sido un acto simbólico cuya intención consistió en obtener el poder mágico del lugar (Ortiz Ceballos *et al.*, 1997: 133), o bien se trató de estimular a los seres que poseían dichos poderes. Cabe señalar que las piedras areniscas son originarias de El Manatí por lo tanto es posible que se haya tenido la creencia de que parte de las cualidades, sustancias o fuerzas anímicas del cerro o de los seres sobrenaturales que habitan en él, estaban contenidas en dichas rocas.

Por otro lado, las piedras verdes también fueron ofrendadas en forma de cuentas circulares que correspondían al menos a dos collares, de los cuales a uno se le integró al parecer una figurilla barro. Dicha figurilla consiste en un rostro humano que a pesar de su mal estado de conservación sus rasgos faciales son similares a las representaciones de rostros humano del tipo *baby-face*; por lo tanto, esta figurilla es uno de los primeros antecedentes del complejo iconográfico *baby-face* así como del sistema de representación olmeca. Cercanos a estos materiales se encontraron restos óseos humanos y posibles fragmentos de estalactitas. Si bien en la fase Manatí A la colocación de restos óseos dentro de las ofrendas es algo inusual, en la fase Macayal esto se convierte en un elemento habitual. Con respecto a los posibles fragmentos de estalactitas, estas pueden poseer simbolismos relacionados con el agua y el inframundo si tomamos en consideración que consisten en depósitos de minerales transportados por el agua que se filtra en cuevas.

Ahora bien, por algún motivo en la fase Macayal las ofrendas de piedras verdes disminuyeron considerablemente y los principales objetos ofrendados fueron los bustos antropomorfos de madera. Para la elaboración de estas esculturas se emplearon maderas de ceiba (*Ceiba pentandra*) y jobo (*Spondias mombin*), ambos árboles nativos de madera suave de regiones tropicales como la cuenca baja del Coatzacoalcos (Barajas Morales, 1989, citado en Ponce Jiménez y Morales Gómez, 2013: 25). Cabe recordar que además de la utilización de la madera del jobo como soporte de las esculturas, sus frutos fueron aprovechados dentro de las prácticas culinarias de los rituales de El Manatí. Con respecto a la ceiba, es muy posible que este árbol de gran envergadura también haya sido considerado como sostén del cielo y eje de enlace entre los tres planos del cosmos, tal y como era concebido entre las

sociedades mesoamericanas de los periodos Clásico y Postclásico. De tal forma, para el tallado de los bustos antropomorfos de El Manatí no se utilizó cualquier madera, sino que se eligió una con un gran valor simbólico.

Los atributos estilísticos de los bustos de madera de El Manatí se apegan cabalmente a los rasgos fundamentales del estilo olmeca, la cual tiene por tema principal la figura humana representada de forma tridimensional con superficies redondeadas, cuyos cuerpos y extremidades son reducidos a sus elementos mínimos mientras que el rostro y sus rasgos faciales se trazan con mayor detalle. Los bustos de El Manatí, los cuales suelen medir 47 cm de alto con 22 cm de ancho, personifican seres humanos de rasgos faciales tipo *baby-face* y con torsos sumamente esquematizados de forma trapezoidal sin extremidades, aunque en ocasiones sus brazos suelen estar esbozados como pequeños muñones que se desprenden de los hombros (figura 4.48). En ciertos casos como la escultura 13, la parte dorsal está aplanada, tal y como ocurre en algunas cabezas colosales de San Lorenzo y Tres Zapotes.

Poseen cuellos cortos y en ocasiones la cabeza descansa directamente sobre los hombros. Vistos de frente la cabeza de los bustos es de apariencia alargada, en tanto que si se les mira de perfil se puede observar en algunos la típica deformación craneana aplanada típica del estilo olmeca. Comúnmente, tienen mentones prominentes ligeramente proyectados hacia el frente y mejillas amplias. La boca inscrita en un trapecio invertido se representa entreabierta con las comisuras levemente caídas y se compone por un labio superior grueso y el inferior delgado. En varios bustos como el número 6, se aplicó pintura facial roja alrededor de la boca (figura 4.49). La nariz suele ser gruesa y chata, y en ocasiones se desprende desde las líneas que forman el entrecejo. En las esculturas menos erosionadas, se puede apreciar los ojos rasgados ya sea oblicuos o rectos con párpados pronunciados. Las orejas son esquematizadas a manera de apéndices alargados, pero no siempre se les representa. Por último, la frente es sumamente amplia y el cráneo es de forma esférica y no presenta cabello.

A juzgar por unas ligeras protuberancias presentes en los pechos de algunas esculturas como la 5 y 6, Ortiz Ceballos *et al.*, argumentan que estas puedan ser representaciones de mujeres (1997: 82-84); sin embargo, dentro del sistema de representación olmeca las imágenes de mujeres son muy

inusuales y cuando se retratan cuerpos humanos desnudos se omite el sexo. Ya sea que se trate únicamente de hombres o también de mujeres, considero que estas esculturas personifican seres humanos jóvenes en sus etapas tempranas de adultez, a como es habitual dentro del corpus de imágenes antropomorfas olmecas.

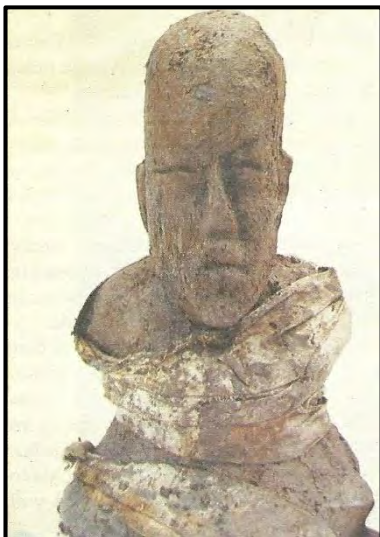


Figura 4.48. Escultura 5 (Chispa).
Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*,
1997.



Figura 4.49. Escultura 6 (Lulú).
Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*,
1997.

Ortiz Ceballos *et al.* señalan que los rasgos faciales de los bustos de madera se adscriben a un estereotipo étnico al mismo tiempo que otorgan una individualidad propia a cada ejemplar, por lo cual plantean la posibilidad de que personifiquen individuos “[...] de los linajes más ligados a los antepasados comunes.” (1997: 134). En este sentido, de forma similar a lo propuesto por Beatriz de la Fuente para el caso de las cabezas colosales, los bustos de madera de El Manatí pueden ser retratos alegóricos de los ancestros a los cuales estaba ligada la identidad y el parentesco de los grupos preclásicos de la cuenca baja del Coatzacoalcos. Así pues, los bustos de madera pudieron haber poseído un *personhood* de tipo fractal el cual consiste en que un ser o cosa puede representar a una persona o incluso a una comunidad en su totalidad. Aunque es difícil saber si los bustos de madera fueron considerados como personas, estos fueron ataviados ornamentos e insignias tales como pectorales, pendientes, orejeras y bastones de madera (figura 4.50), y posteriormente fueron envueltos en textiles y materia orgánica. En lo personal, considero que esta forma particular en la que fueron tratados puede indicar que

los bustos de madera alcanzaron la cualidad de persona al momento de ser ofrendados.

No todos los bustos de madera poseían estos objetos lo cual puede ser indicador de una diferenciación jerárquica (Ortiz Ceballos *et al.*, 1997: 134). De tal forma, a las esculturas como las número 8 y 9 no se les colocó alguno de los objetos mencionados, en tanto que la escultura 14 dispuso de dos bastones de madera. Los batones de madera pueden ser interpretados como cetros, sin embargo, sus formas lanceoladas y serpentiformes difieren del diseño cilíndrico de las insignias de poder representadas en los monumentos 7 y 8 de Loma del Zapote, el número 11 de San Lorenzo y el monumento de San Martín Pajapan. Al igual que a los bustos, a los bastones también se les aplicó pintura roja e inclusive uno de ellos tenía incrustado un diente de tiburón (ver figura 4.39). Sin importar de que estos bastones de madera sean cetros o no, es evidente éstos eran artefactos de suma importancia dentro de las ofrendas de la fase Macayal que dotaban de simbolismos particulares a los bustos de madera.



Figura 4.50. Bastón de madera lanceolado. Tomado de Ortiz Ceballos *et al.*, 1997.

Otros elementos de suma importancia que acompañaron a los bustos de madera son huesos dispersos y un entierro primario, todos ellos de infantes (ver figura 4.38); cabe recordar que también existe otro entierro primario de un infante el cual no está directamente asociado a algún busto u otro tipo objeto. Ortiz Ceballos *et al.* suponen que estos entierros son en realidad individuos sacrificados y en el caso de los huesos dispersos opinan que los infantes fueron desmembrados antes de ser depositados junto a los bustos de madera (1997: 135). De ser ciertas estas conjeturas, en El Manatí se pudieron haber

realizado rituales sumamente semejantes a los practicados por los grupos mexicas durante el periodo Postclásico, los cuales consistían en el sacrificio de niños ofrendados al dios de la lluvia y sus ayudantes (Tláloc y tlaloques) en la cima de un cerro. Dentro del sistema de representación olmeca, existe una escena retratada en esculturas como el Altar 5 de La Venta y el Señor de las Limas que puede ser interpretado como sacrificios de niños puesto que representan personajes sedentes sosteniendo en sus brazos infantes inertes; no obstante, estos poseen rasgos faciales sobrenaturales por lo cual no personifican niños humanos.

Hasta que no se haga un análisis osteológico detallado de todos los restos óseos de El Manatí no se podrá saber si los infantes fueron realmente sacrificados. Así pues, cabe la posibilidad de que los individuos hayan sido depositados después de fallecer prematuramente y de forma natural y que los huesos dispersos hayan sido exhumados de lugar de entierro original y posteriormente fueron depositados en El Manatí. Sin importar que los restos óseos se traten de sacrificios o entierros, su disposición final en El Manatí tuvo la intención de vincular a los infantes muertos con el cerro y el cuerpo de agua que se encuentra a sus pies, así como con las cualidades, sustancias y seres contenidas en ellos.

Como ya se ha mencionado en el apartado anterior, la mayoría de las ofrendas de la fase Macayal se colocaron sobre la base de amontonamientos de piedras areniscas, que alcanzaron una altura de un metro aproximadamente. Más que haber servido como contenedores o mecanismos de protección de los objetos depositados, estos amontonamientos funcionaron como puntos de referencia de las zonas en las que se encontraba cada ofrenda. Asimismo, es posible que hayan sido una simbolización a menor escala del cerro El Manatí (Ortiz Ceballos *et al.*, 1997: 135), ya que además de la apariencia semicónica de los amontonamientos dicho cerro posee una cubierta de piedras areniscas. Otros de los materiales originarios de la región presentes en las ofrendas de la fase Macayal es la hematita y el chapopote. El primero es un mineral que además de ser utilizado como pigmento rojo en los bustos y bastones de madera, también fue depositado como materia prima en forma de bloques. Resulta interesante que, siendo un material originario de El Manatí, la hematita haya sido parte de las ofrendas lo cual resalta la

importancia de este producto explotado y comercializado por San Lorenzo. Al respecto, Ortiz Ceballos *et al.* señalan que además del cerro y el agua de los manantiales, los pigmentos ferrosos era otro elemento importante relacionado con el simbolismo de El Manatí (1997: 129; Ortiz Ceballos y Rodríguez, 1994: 87). Con respecto al chapopote, este se empleó como adorno, y para enmangar dos cuchillos de obsidiana y uno de pedernal, los cuales pudieron ser algunos de los utensilios con los que labraron los bustos y bastones de madera (Ortiz Ceballos *et al.*, 1988).

En suma, la transición entre la fase Manatí B y la fase Macayal supone un cambio conceptual en el carácter de los rituales y de los simbolismos asociados a El Manatí. Durante la fase Manatí A y B se ofrendaron artefactos cuyos simbolismos estaban relacionados con el agua y la vegetación, los cuales fueron dedicados al cerro mismo o a los seres sobrenaturales que habitaban en él. En cambio, en la fase Macayal las ofrendas consistieron en representaciones y entierros humanos colocados junto a amontonamiento de piedras que podrían personificar al cerro El Manatí, composición la cual a mi parecer tenía la intención de establecer un vínculo directo entre ciertos seres humanos (ancestros y niños), el cerro y sus manantiales, así como con seres sobrenaturales.

5. Arroyo Pesquero

5.1 La cuenca baja del río Tonalá

Arroyo Pesquero se encuentra en la cuenca baja del río Tonalá, el cual funciona como frontera natural entre los estados de Veracruz y Tabasco, así como lindero entre las subprovincias fisiográficas de llanura costera veracruzana y las llanuras y pantanos tabasqueños. En la cuenca baja del río Tonalá predomina el clima cálido húmedo con una temperatura media anual de 26°C, no obstante, el índice máximo de temperatura fluctúa entre 35°C y 40°C mientras que el índice mínimo es entre 10°C y 15°C (5.1). La precipitación anual media de la región es de 2500 mm, siendo octubre el mes más lluvioso; los datos históricos recabados para la cuenca del río Tonalá señalan que las lluvias acumuladas durante 12 días han alcanzado los 660 mm (Fuentes Mariles *et al.*, 2010: 16, ver tabla 2.2.5). Al igual que en la cuenca baja del Coatzacoalcos, en la cuenca del Tonalá está claramente marcada la distinción entre un periodo de secas que va de febrero a junio, en el cual predominan agua mixohalinas por motivo de la intrusión de corrientes marinas; y un periodo de lluvias que va de julio a enero caracterizado por el advenimiento de tormentas tropicales intensas y por la presencia de la canícula a mediados de julio y principios de agosto.

En cuanto a la flora de la cuenca baja del Tonalá, ésta se caracteriza principalmente por vegetación halófila correspondiente a manglares como el mangle rojo (*Rhizophora mangle*), blanco (*Laguncularia racemosa*) y negro (*Avicenia germinans*); vegetación hidrófila representada por popales (*Thalia geniculata*), tulares (*Typha domingensis*) (Bozada y Páez, 1986: 24); selva baja inundable como apompo (*Pachyra acuatica*), tinto (*Haemetoxylum campechianum*), tasiste (*Acelorrhaphe wrightii*), cocohite (*Gliricidia sepium*) e icaco (*Chrysobalanus icaco*) (Barba Macías *et al.*, 2006: 104; Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012: 134 y 138); y selva alta perennifolia como caoba (*Swietenia macrophylla*), macayo (*Andira galeottiana*), volador (*Aspidosperma megalocarpo*), palma real (*Sheelea leibmanii*), corozo (*Orbignya cohune*), caucho (*Castilla elastica*) (Acosta Ochoa, 2012: 51). Asimismo, no hay que olvidar otros árboles de selva tropical importantes para la subsistencia tales como el cacao (*Theobroma cacao*), el jobo (*Spondias mombin*), el zapote

(*Pouteria sapote*), el nance (*Byrsonima crassifolia*) y el coyol (*Acrocomia mexicana*).

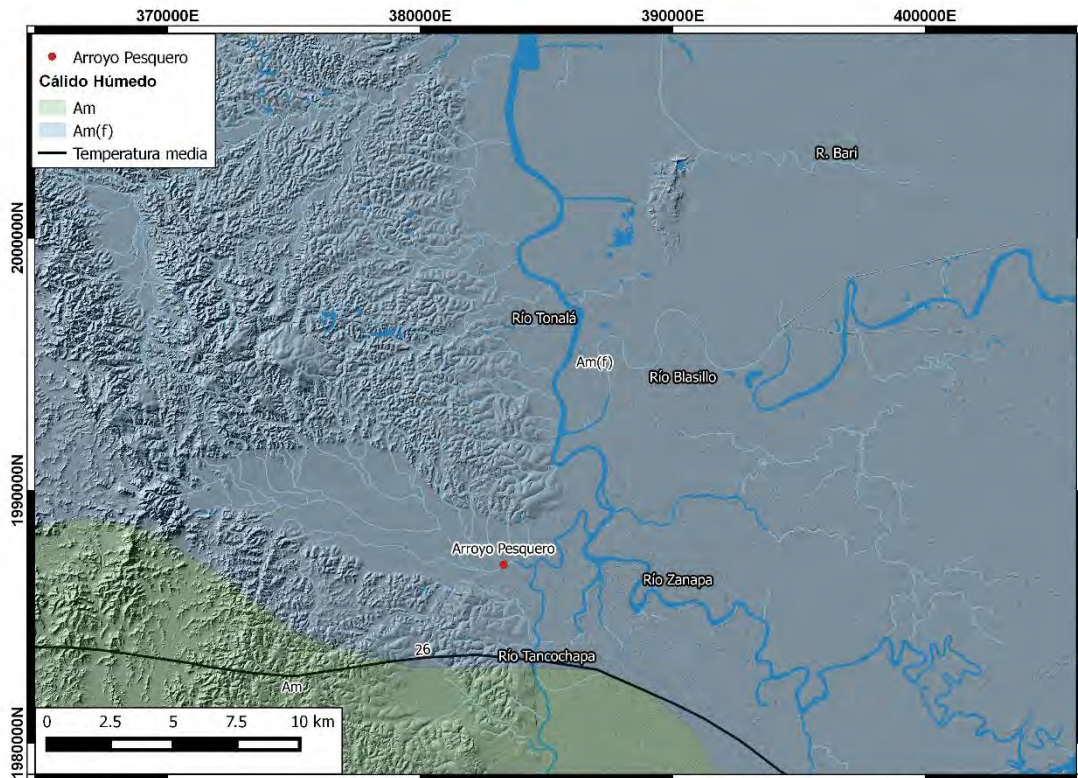


Figura 5.1. Mapa del clima y temperatura de la cuenca baja del Tonalá. Elaborado por el autor.

Respecto a la fauna, Bozada y Páez determinaron en la cuenca del Tonalá la existencia de 50 especies de peces y 10 invertebrados típicos de aguas dulces, estuarinas y marinas, tales como bagre (*Arius melanopus*), pejelagarto (*Lepisosteus tropicus*), etc. (1986: 53-65). Otros animales característicos de la región son reptiles como la iguana verde (*Iguana iguana*) y el cocodrilo (*Crododylus moreletii*); tortugas como la hicotea (*Chelydra serpentina*) y el guao (*Staurotypus triporcatus*); serpientes como la nauyaca (*Bothrops atrox aspera*) y la boa (*Constrictor constrictor*); mamíferos como el jaguar (*Felis onca*), mono araña (*Astele geoffroyi vellerosus*) y aullador (*Alouatta villosa mexicana*); una gran variedad de aves entre las que destacan el pijije (*Dendrocygana bicolor*) y el cocopato (*Cairina moschata*) (Acosta Ochoa, 2012: 59-60; Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012: 134).

Tal y como señalan varios autores, la flora y fauna de la cuenca del Tonalá corresponde a una gran diversidad de biomas que permitieron a los pobladores prehispánicos de la región desarrollar un modo de subsistencia de amplio espectro, enfocado principalmente en recursos ribereños o acuáticos (Acosta

Ochoa, 2012: 128; Rust y Sharer, 1988: 103). Dicho modo de subsistencia estaba basado en la caza, pesca y recolección estacional o por temporada de los recursos existentes en los diferentes humedales (manglar, popal y tular) y en las zonas selváticas. Durante el periodo Preclásico Temprano y Medio, otro componente importante de este modo de subsistencia integral fue el cultivo principalmente de maíz, así como de frijol, calabaza, chile, tomate y probablemente yuca y girasol (Acosta Ochoa, 2012: 192-204; Pope *et al.*, 2001: 1372; Raab *et al.*, 2000: 265; Rust y Leyden, 1994: 183-194).

Como ya hemos mencionado, la cuenca del Tonalá yace entre las llanuras costeras de Veracruz y Tabasco. Estas llanuras corresponden a las denominadas “Cuencas Terciarias del Sureste”, consistentes en enormes depresiones de origen marino formadas a partir del Terciario Temprano (periodo Paleógeno de la era Cenozoica), que desde el Cuaternario hasta la actualidad se han ido rellenado de sedimentos fluviales y aluviales (Jiménez Salas, 1990: 6). Asimismo, uno de los principales afluentes del Tonalá, el río Tancochapa, fluye sobre la depresión tectónica Tancochapa-Ostuacan la cual separa la sierra Norte de Chiapas de la terraza occidental de Huimanguillo (Ortiz-Pérez *et al.*, 2005: 319). De tal forma, los rasgos geomorfológicos de la cuenca del Tonalá configuran un relieve mayoritariamente plano y deprimido susceptible a inundación, que se mantiene entre los 20 y 5 msnm.

Al igual que otras partes de la llanura costera del Golfo, la cuenca baja del Tonalá está sometida a una subsidencia que ocasiona tres fenómenos que determinan sobremanera la naturaleza del sistema hidrográfico de la región: el aumento de áreas inundables, la erosión de la línea costera y la intrusión de corrientes marinas (Ortíz, 1992, Ortiz y Benítez, 1996 citado en Ortiz-Pérez, 2005: 309). Así pues, estos fenómenos son los causantes del grado de salinidad al que está sometida la cuenca baja del Tonalá. Es por tal motivo que Bozada y Páez clasifican a la cuenca baja del Tonalá como un estuario de planicie costera parcialmente mezclado de febrero a julio (1986: 34).

Debido a que la cuenca baja del Tonalá está situada sobre una planicie costera compuesta por suelos profundos de origen aluvial, el único tipo de rocas presentes en la región son de tipo sedimentarias del Mioceno y Plioceno (figura 5.2) (Jiménez Salas, 1990: 7). Así pues, en los terrenos elevados de la margen Este del Tonalá existen areniscas, en tanto que en los lomeríos de la

margen Oeste además de éstas también hay lutitas. Parte de los sedimentos Terciarios que dieron origen a la llanura costera está compuesta por materia orgánica, por lo cual el subsuelo de la cuenca del Tonalá posee yacimientos de petróleo y chapopote, materia prima que como ya hemos mencionado fue ampliamente utilizado por los grupos prehispánicos de la costa del Golfo. El petróleo es tan abundante en la región que ha propiciado la instalación de un número considerable de pozos petroleros, baterías de separación y estaciones de compresoras, lo cual trajo como consecuencia un impacto ambiental severo.

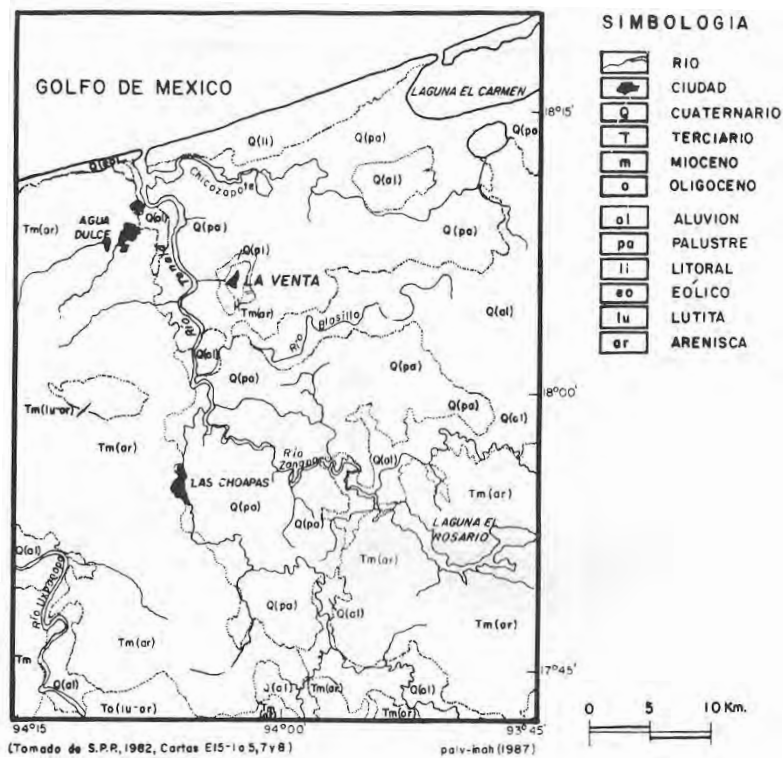


Figura 5.2. Geología de la cuenca baja del Tonalá. Tomado de Jiménez Salas, 1990.

Para en el caso particular de la margen Este de la cuenca del Tonalá, Ortiz Ceballos y Zavala Cruz identificaron cuatro agroambientes (figura 5.3): la llanura litoral, la llanura palustre, la llanura aluvial y las terrazas (2012: 126). La llanura litoral ocupa el 6.6% del margen Oeste, consiste en una franja paralela a la costa del Golfo ubicada entre las barras del río Santa Ana y Tonalá compuesta por cordones bien drenados, en forma de dunas, entre los cuales se forman depresiones sujetas a inundación y encharcamiento temporal (Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012: 128). De acuerdo con Ortiz-Pérez *et al.*, los cordones litorales se formaron por la deposición de sedimentos transportados

por los sistemas hidrográficos del Golfo a partir de la regresión del nivel de mar, fenómeno ocurrido en el Holoceno (2005: 308). Estos sedimentos forman suelos jóvenes de tipo arenosol háplico y gléyico de origen marino, eólico y fluvial, que se caracterizan por tener una textura arenosa, baja fertilidad y en ocasiones humedad excesiva.

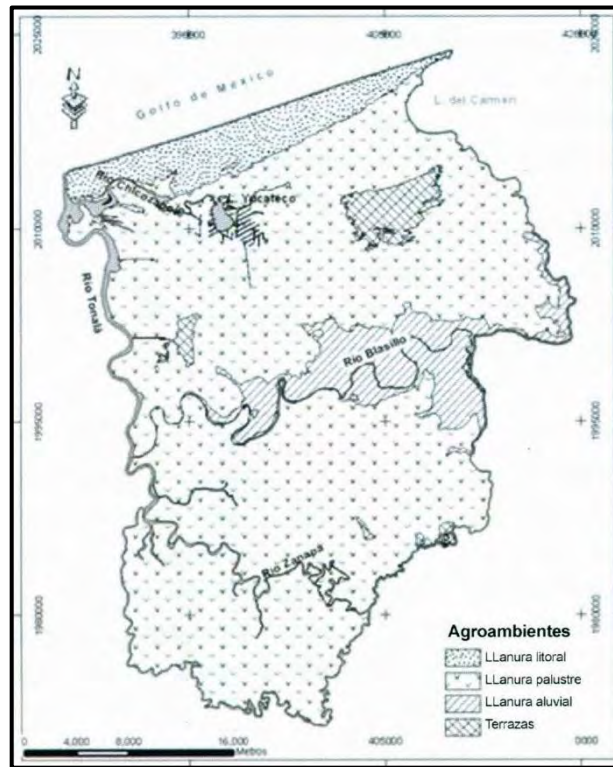


Figura 5.3. Agroambientes de la margen Este de la cuenca baja del Tonalá. Tomado de Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012.

La llanura palustre comprende el 81.6% de la margen derecha de la cuenca del Tonalá, por lo cual es el agroambiente más grande. Asimismo, también es la zona de menor altitud cuyo relieve plano y cóncavo está sujeto a inundaciones la mayor parte del año, dando lugar a la formación de pantanos, popales y manglares (Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012). En sus partes más elevadas la llanura puede alcanzar los 20 msnm, no obstante, la mayor parte de su extensión se mantiene por debajo de los 10 en cuyas zonas más bajas se originan cubetas de decantación que acumulan agua estancada (Ortiz-Pérez, 2005: 310). Generalmente, la llanura palustre está delimitada y encerrada por diques altos formados por el constante desbordamiento de los ríos, los cuales constituyen zonas a salvo de inundaciones moderadas y bajas. Los suelos se componen principalmente de gleysoles, histosoles y solonchaks, los cuales están fuertemente influenciados por agua y se componen de limos,

arcillas y materia orgánica como turba (FAO, 2014: 158-162 y 174-175). Si bien los histosoles y gleysoles son suelos relativamente fértiles, tienen que aplicarse técnicas de drenado para su cultivo. En el caso particular de los solonchaks, éstos poseen una alta concentración de sales lo que dificulta su uso para la agricultura y únicamente permiten el crecimiento de especies vegetales como el mangle.

Por otra parte, la llanura aluvial abarca el 9% de la margen derecha de la cuenca del Tonalá y yace alrededor de las riveras de los ríos, principalmente del Blasillo. Al igual que la llanura palustre, su relieve se caracteriza por amplias planicies delimitadas por diques que durante el periodo de lluvias se inundan por tiempos prolongados, formando terrenos anegados como pantanos y popales (Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012: 135). Los suelos que componen la llanura aluvial son gleysoles, fluvisoles y vertisoles, los cuales están formados por sedimentos jóvenes y fértiles de arcilla y limo que igualmente están influenciados por agua (FAO, 2014: 157-160 y 180-181). Los fluvisoles son los suelos más fértiles de la región y corresponden a los diques cercanos a los ríos. Debido a su alta fertilidad y a su relativa seguridad ante las inundaciones, los diques fueron ocupados como áreas de asentamiento y de cultivo (Acosta Ochoa, 2012: 124; Rust y Sharer, 1988: 104).

Por último, las terrazas comprenden el 2.8% de la margen derecha de la cuenca del Tonalá lo que las hace el agroambiente de menor extensión. Éstas consisten en lomeríos de pendiente suave que emergen de la llanura palustre a manera de islas, alcanzando los 40 msnm (Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, 2012: 138). A diferencia de los demás agroambientes, las terrazas se formaron en el Pleistoceno a partir de unidades de rocas sedimentarias tales como areniscas y lutitas (Jiménez Salas, 1990: 7). Los suelos se componen de alisoles y acrisoles caracterizados por ser muy ácidos, tener un alto contenido de arcilla y ser susceptibles a la erosión (FAO, 2014: 144-146). En la margen Este del Tonalá, este agroambiente se compone únicamente por la terraza de la Villa Benito Juárez y la de La Venta; ésta última es la de mayor altitud y ambas consisten en domos salinos cubiertos por rocas sedimentarias del Mioceno (Jiménez Salas, 1990: 13; Von Nagy, 2003: 29). Cabe señalar que en La Venta se fundó el centro regional del Preclásico Medio cuya estructura arquitectónica más sobresaliente es el denominado montículo C-1. Este montículo tiene una

altura de 30 m lo cual lo convierte en el punto más elevado de toda la margen Este del Tonalá. Es visible por lo menos a 4 km de distancia, y desde su cima se puede observar en condiciones de buena visibilidad la sierra Norte de Chiapas hacia el Sur, y el volcán San Martín Pajapan hacia el Oeste.

Además de las terrazas identificadas por Ortiz Ceballos y Zavala Cruz, en la margen Oeste de la cuenca del Tonalá hay un sistema de lomeríos pleistocénicos de mayor amplitud, que en algunas zonas rebasa los 100 msnm. En dicho sistema de lomeríos nacen varios cuerpos de agua dulce, perennes e intermitentes, tributarios del río Tonalá, entre los cuales destaca Arroyo Pesquero, Agua Dulce y Agua Dulcita. Tal y como se puede observar, la cantidad considerable de terrenos elevados de la margen Oeste del Tonalá contrasta notablemente con los terrenos bajos y deprimidos de su margen Este, en donde la terraza de La Venta tanto solo alcanza los 40 msnm (figura 5.4). Así, la margen oriental es la que presenta el mayor riesgo de inundaciones a causa de las lluvias y del desbordamiento de los ríos.

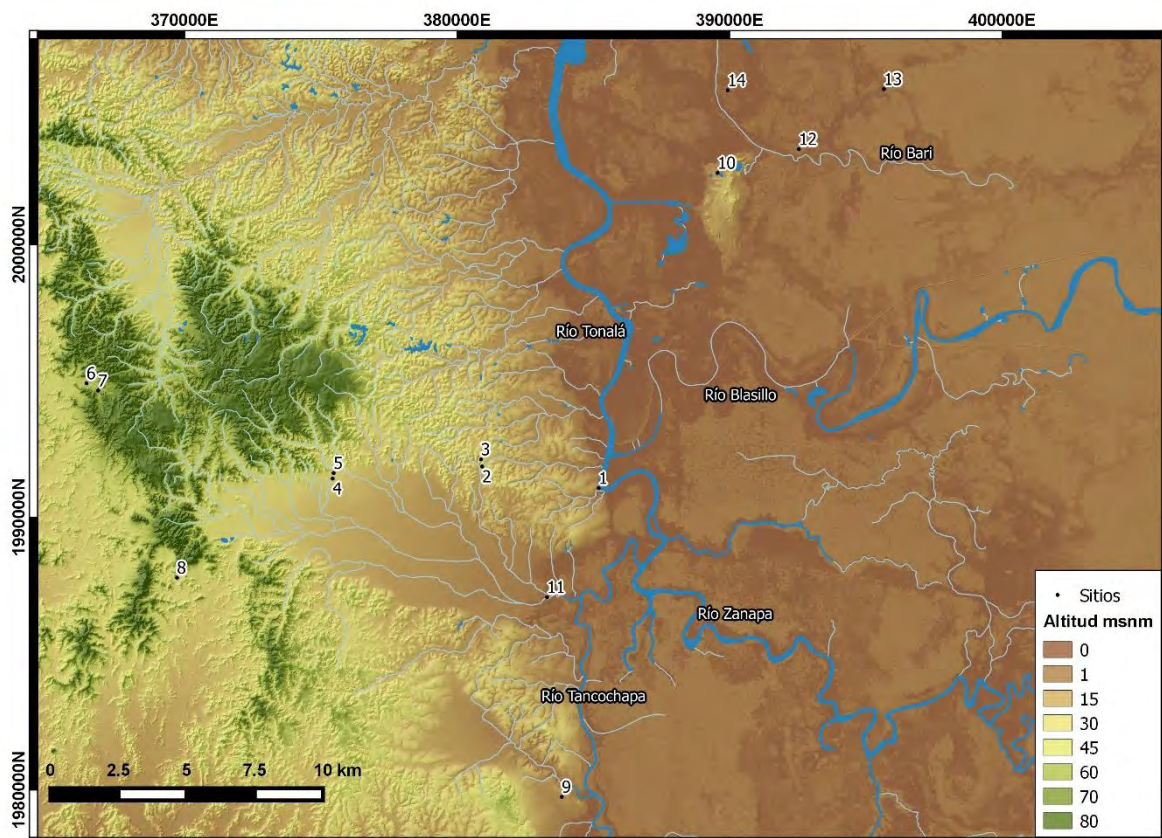


Figura 5.4. Mapa de elevaciones de la cuenca baja del Coatzacoalcos. Sitios arqueológicos: 1) Los Soldados. 2) Sitio 28. 3) Rancho El Limón. 4) Arroyo Chinin-2. 5) Arroyo Chinin-1. 6) El Tigre-1. 7) El Tigre-2. 8) Cuautémoc-5. 9) Las Choapas. 10) La Venta. 11) Arroyo Pesquero. 12) Isla Yucateca. 13) San Andrés. 14) Isla Alor. Elaborado por el autor.

Con respecto al sistema hidrográfico de la cuenca del río Tonalá, éste también es uno de los más caudalosos de la Costa Sur del Golfo de México. Nace en la Sierra Madre de Chiapas a una altitud de 1000 msnm desde donde fluye de forma sinuosa hacia el Noroeste, pasando entre los estados de Veracruz y Tabasco, hasta llegar a la barra de Tonalá en donde desemboca en la costa del Golfo. La cuenca del Tonalá abarca un área de 5 679 km², y su escurrimiento medio anual es de 3 955 millones de m³ (CONAGUA, 2015: 45). De acuerdo con Fuentes Mariles *et al.*, la longitud total del Tonalá es de 236 km de los cuales 110 km se encuentran por debajo de los 200 m de altitud, y toda extensión correspondiente a su cuenca baja es navegable (2010: 3). La altitud o gradiente del Tonalá, así como su capacidad de carga disminuyen paulatinamente conforme se aproxima al mar, lo cual ocasiona un drenaje deficiente que a su vez provoca desbordes y cambios en la trayectoria de la red hidrográfica (Ortiz-Pérez, 2005: 309). Así pues, estas circunstancias configuran un arreglo sinuoso y meándrico de la cuenca del Tonalá.

Solo una parte de la longitud total del río es conocida bajo el nombre Tonalá. En el tramo de mayor altitud se denomina río Pedregal (Fuentes Mariles *et al.*, 2010: 2), y a partir del municipio de Las Choapas, Ver., es conocido como río Tancochapa. Posteriormente, a 8 km al norte del pueblo de Las Choapas el Tancochapa confluye con el Zanapa formando el río Tonalá. Así pues, los ríos Tancochapa y Zapana son los principales afluentes del Tonalá. Otros afluentes importantes de la cuenca son el Panal, Blasillo y Chicozapote, en la margen derecha; y el Xocoapan, Arroyo Pesquero y Agua Dulce, en la margen izquierda (Fuentes Mariles *et al.*, 2010: 3).

En la red hidrológica de la cuenca del Tonalá se observa nuevamente otro contraste entre sus márgenes. Si bien los ríos de la margen Este son más extensos y caudalosos, en la margen Oeste hay un mayor número de ríos y arroyos tanto perenes como intermitentes (ver figura 5.4). A mi parecer, esta circunstancia se debe a la cantidad de lomeríos existentes en la margen Oeste en donde brotan manantiales y se precipita el agua de lluvia formando corrientes de agua dulce, como es el caso de Arroyo Pesquero, Arroyo Agua Dulcita y el río Agua Dulce. Por otro lado, en la margen Este hay un gran número de pantanos, marismas, esteros y lagunas como la del Yucateco y El Rosario. Asimismo, sobre ambas márgenes del Tonalá y de sus afluentes hay

meandros aislados o abandonados que dan cuenta de los cambios que ha sufrido el cauce de los ríos a lo largo del tiempo (figura 5.5).

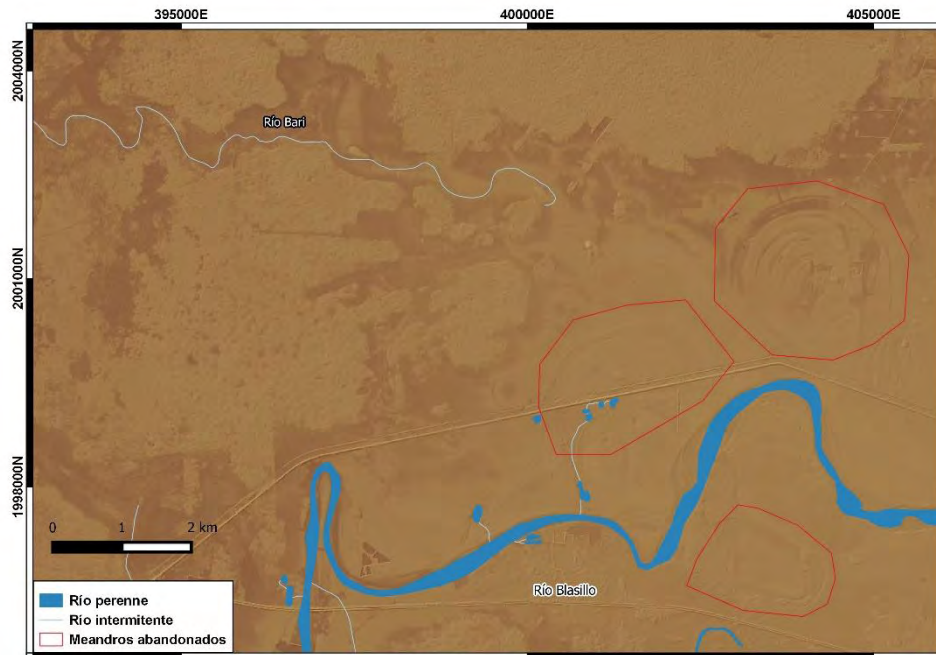


Figura 5.5. Conjunto de meandros abandonados sobre las margenes del río Blasillo. Elaborado por el autor.

Todos estos cuerpos de agua constituyen humedales que albergan una gran diversidad de flora y fauna, por lo cual fueron lugares importantes para la caza, pesca y recolección. Por otra parte, debido a que la mayoría de los sitios preclásicos de la región se asentaron sobre las márgenes de los ríos (Los Soldados, San Andrés, La Venta, etc.), es muy probable que el sistema hidrológico del Tonalá fue el principal medio de movilización e intercambio intrarregional, tal y como lo propone Symonds *et al.*, para la cuenca baja del Coatzacoalcos. Asimismo, la vía fluvial es la forma más fácil y rápida para acceder al mar y a otros asentamientos situados sobre la costa del Golfo, en especial durante la época de lluvias.

Al igual que la cuenca baja del Coatzacoalcos, la cuenca baja del Tonalá está sujeta a los cambios de los cauces de los ríos, a los periodos de inundaciones y a la variación estacional de salinidad. En cuando al cambio del cauce de los ríos, este fenómeno es causado por la socavación de las riberas a través de flujo constante de las corrientes de agua (coluviación), y por la acumulación de sedimentos en el cauce de los ríos (aluviación). Esto da lugar a una red hidrológica inestable sometida a un proceso paulatino de

transformación, cuyos cauces viejos o abandonados suelen reactivarse durante el periodo de lluvias. Algunos de los cauces antiguos que se han logrado determinar dentro de la cuenca del Tonalá son los paleocauces de los ríos Blasillo y Bari (figura 5.5 y 5.6). El primero está situado inmediatamente al Sureste de La Venta, en tanto que el segundo se encuentra a menos de 2 km al Norte del mismo sitio (Rust y Sharer, 1988: 103; Jiménez Salas, 1990: 6 y 13). Durante el Preclásico Temprano y Medio, ambos paleocauces estuvieron activos y al parecer, fue en la rivera del Bari donde se asentó la mayoría de los asentamientos habitacionales contemporáneos a La Venta (Rust y Sharer, 1988: 103). Así pues, el Barí y en menor medida el Blasillo, fueron importantes vías de transporte que comunicaban a los diferentes sitios asentados en sus márgenes, y seguramente a través de ellos se accedía a La Venta. Cabe recordar que los guías de Blom y La Farge les informaron que había dos rutas para llegar a dicho sitio desde el poblado de Tonalá:

“The one was by a dugout over the [Tonalá] river and then following a small stream, a little more than a league from the Tonalá river. The other lay up the Tonalá river and then in through a tributary, the Blasillo river.” (1926: 80).

Como se puede observar ambas rutas son fluviales, por lo cual todavía a principios del siglo XIX la forma más fácil de acceder a La Venta y a otros lugares de la región era a través de la navegación de los ríos. Pese a que se desconoce el nombre del arroyo que se debía seguir en la primera ruta, éste quizás se trate del río Barí el cual se encuentra a aproximadamente a una legua del actual poblado de Tonalá, tal y como los guías de Blom y La Farge les mencionaron. Quince años después de la visita hecha por estos expedicionarios a La Venta, Stirling condujo excavaciones en dicho sitio a principios de la década de los 40's, y en uno de sus reportes señaló que “at the present time, there is enough water along this old course for the inhabitants of La Venta to use it as a short cut in going by canoe to Tonalá.” (Stirling, 1943: 50). De tal forma, se puede decir que aún en la década de los 40's el cauce del río Bari seguía activo y era usado como vía de transporte fluvial.

Por otra parte, tanto Blom y La Farge como Stirling declararon que La Venta era una isla rodeada por pantanos (1926: 81; 1943: 48). En la actualidad parte

de los pantanos situados a su alrededor ya se han desecado, y ahora constituyen terrenos bajos que se inundan estacionalmente. Estos terrenos bajos corresponden a la llanura palustre que como ya hemos mencionado es el agroambiente más extenso de la margen Este de la cuenca del Tonalá. Si bien en la cuenca del Tonalá llueve todo el año, es en la época de lluvias, es decir de julio a enero, cuando se precipita el 74% del total de las lluvias (Laverde Barajas, 2013: 57). Esto se debe a la cantidad de tormentas tropicales que descargan grandes cantidades de agua durante dicho periodo. De acuerdo a los datos de la estación hidrométrica San José del Carmen ubicada en el río Tancochapa, el nivel de agua de este río puede incrementar hasta dos metros y su volumen máximo y mínimo de descarga es de 1242 y 315 mm, respectivamente.



Figura 5.6. Paleocauces de la cuenca baja del Tonalá. Tomado de Jiménez Salas, 1990.

Estas circunstancias aunadas con la pendiente reducida y drenaje deficiente de la cuenca del Tonalá, provoca que los ríos se desborden inundando las llanuras palustres. Asimismo, las zonas más deprimidas tales como las cubetas de decantación, se anegan no sólo por el desbordamiento de los ríos sino también por el acumulamiento del agua de lluvia. De acuerdo con el modelo predictivo hecho por Pedrozo-Acuña *et al.*, las inundaciones pueden ser muy

severas cuando el drenaje de la cuenca del Tonalá es reducido por un aumento del nivel de la marea de 1.3 m y cuando la descarga de los ríos rebasa los 1000 m³/s (figura 5.7) (2012: 241-242). Por otro lado, el modelo diseñado por Laverde Barajas indica que el 44.76% de la cuenca baja del Tonalá tiene un nivel de exposición a inundaciones medio, mientras que el 20.79% posee un nivel alto (figura 5.8) (2013: 107). Los terrenos con un nivel de exposición bajo (17.89%) corresponden a los diques elevados, los cuales en inundaciones moderadas se mantienen arriba del nivel de agua simulando islas, pero en inundaciones extremas quedan por debajo de dicho nivel.

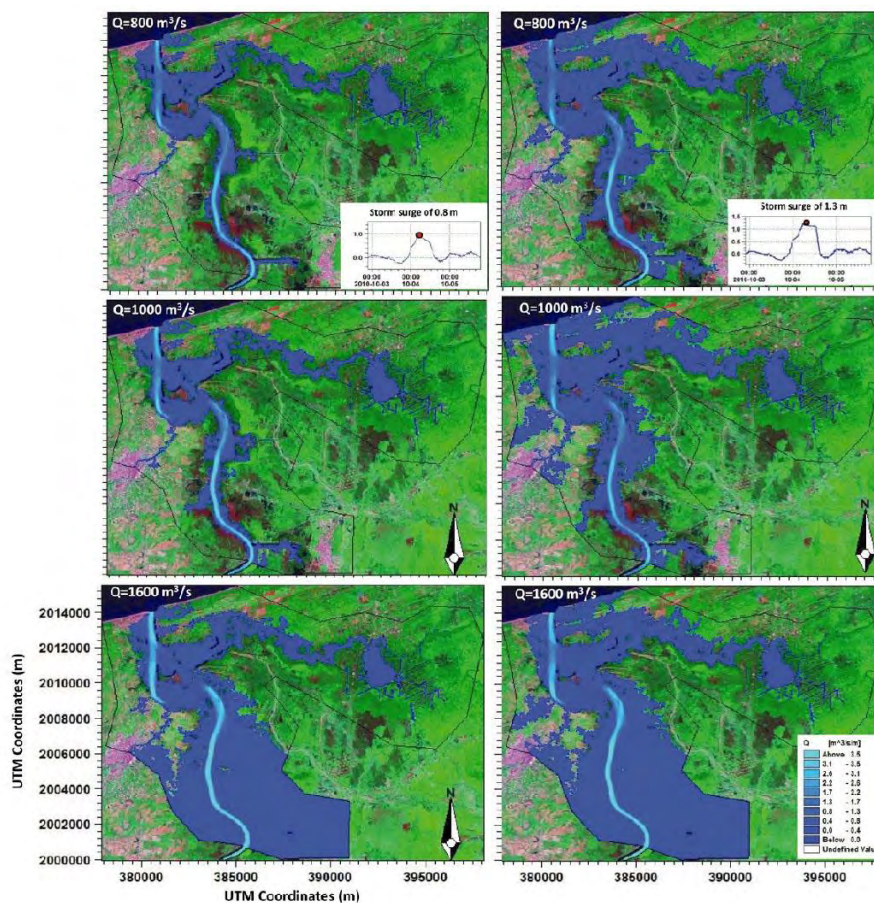


Figura 5.7. Mapas de inundación generados por la combinación de niveles de lluvia de .8 m y 1.3 m y niveles de descarga del río de 800 m³/s, 1000 m³/s y 1600 m³/s (Q equivale a la descarga del río). Tomado de Pedrozo-Acuña *et al.*, 2012.

La oscilación del nivel de la marea es un fenómeno que también influye en el grado de salinidad de la cuenca baja de Tonalá. Durante la época de secas, la precipitación pluvial y el nivel de agua de la cuenca del Tonalá disminuyen al tal grado que permiten la intrusión de abundantes corrientes marinas río arriba. En cambio, en la época de lluvias la alta descarga de agua producida por las numerosas tormentas tropicales retiene la marea en la desembocadura del

Tonalá imposibilitando así su ingreso a la cuenca. Es por tales motivos que Bozada y Páez clasificaron a la cuenca baja del Tonalá como un estuario estacional que presenta un dominio marino (febrero-julio) seguido de un dominio limnético (agosto-enero) (1986: 41-42). El dominio marino se caracteriza por aguas mixohalinas que alcanzan valores de salinidad de 35 ‰, en tanto que el dominio limnético consta de aguas dulces cuyos valores de salinidad disminuyen a 0 ‰ (1986: 33).

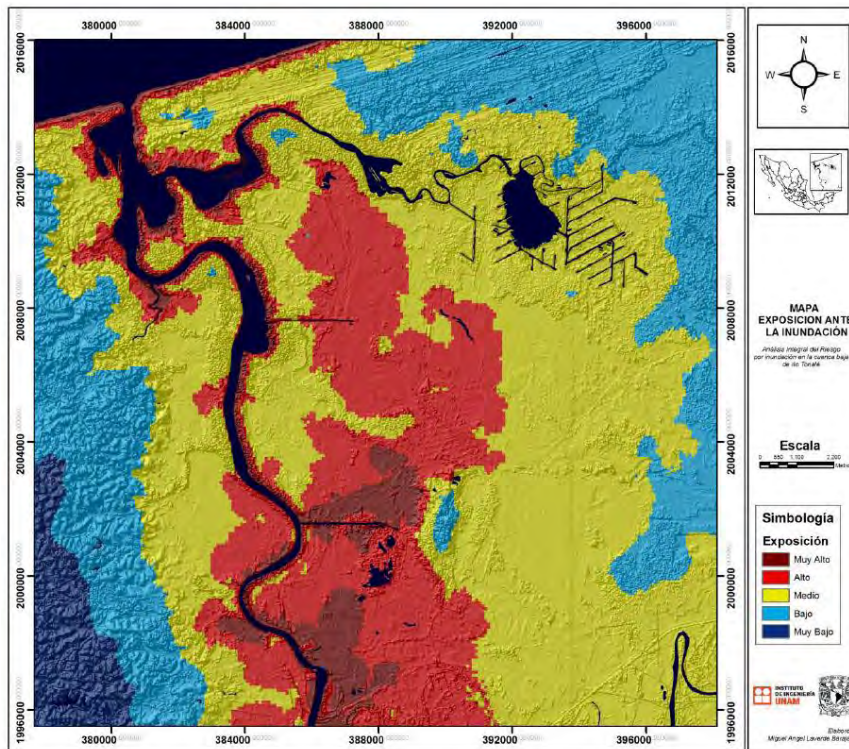


Figura 5.8. Mapa de exposición a la inundación en la cuenca baja del Tonalá. Tomado de Laverde Barjas, 2013.

De tal forma, durante el dominio marino la cantidad de agua dulce disponible para el consumo es limitada, por lo cual los manantiales, arroyos y ríos que la marea no alcanza a permear son indispensables para el abastecimiento de agua potable. En los 60's todavía había gente en la cuenca del Tonalá que colectaba agua de arroyos y ríos de nula salinidad; no hay que olvidar que las ofrendas de Arroyo Pesquero fueron halladas a raíz la búsqueda del recipiente que se había perdido en su lecho, el cual era usado para colectar agua (Wendt y Lunagómez Reyes, 2011: 73). Además de Arroyo Pesquero, otras fuentes de agua dulce son los arroyos que se forman en las lomas situadas en la margen Oeste del Tonalá, tales como los arroyos Agua Dulce y Agua Dulcita.

Estos fenómenos de salinidad, inundaciones y cambio de los cauces de los ríos, siempre han estado presentes en la región pero han ido variando a través del tiempo. Así pues, Jiménez Salas plantea que en el 4500 a.p. (2500 a.C.) el nivel del mar era mucho más alto que en la actualidad por lo que La Venta era una isla situada en el Golfo de México, y que a finales del Preclásico Temprano hubo una regresión marina con la cual dicho sitio se convirtió en una terraza rodeada por esteros, pantanos y ríos (figura 5.9) (1990: 13). Cabe señalar que esta regresión marina estuvo interrumpida por procesos glacioeustáticos (variaciones del nivel del mar), ya que datos recabados por diversos autores indican que para el 1500 a.C. existía un nivel del mar bajo el cual aumentó a 1 m por arriba del nivel actual durante el Preclásico Medio (Pohl *et al.*, 1996: 365; Von Nagy, 2011: 7; 2003: 58).

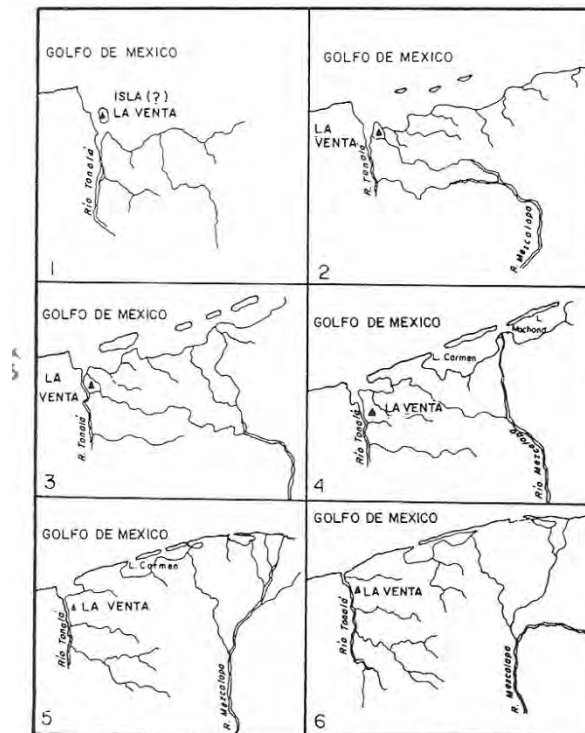


Figura 5.9. Esquema hipotético de las etapas de desarrollo morfológico de la cuenca baja del Tonalá desde el 4 500 a.p. hasta la fecha. Tomado de Jiménez Salas, 1990.

Tomando en consideración lo anterior, es muy probable que durante el Preclásico Medio el dominio marino de la época de secas haya sido más intenso y prolongado, por lo cual el acceso y abastecimiento de agua potable pudo ser una labor más complicada. Asimismo, las variaciones del nivel del mar causaron en el entorno inmediato a San Andrés y a La Venta una sucesión

de ecosistemas entre los cuales podemos mencionar los siguientes: un estuario en el 5100 a.C.; una laguna del 4300 al 3400 a.C.; nuevamente un estuario del 3400 al 2400 a.C., una ciénaga del 2400 al 1800 a.C., y finalmente un pantano del 1800 al 800 a.C. (figura 5.10) (Pope *et al.*, 2001: 1371, ver figura 2; Rust y Sharer, 1988: 104). Dado lo anterior, parece ser que durante su época de mayor esplendor La Venta estuvo rodeado por pantanos, así como por los ríos Barí y Blasillo.

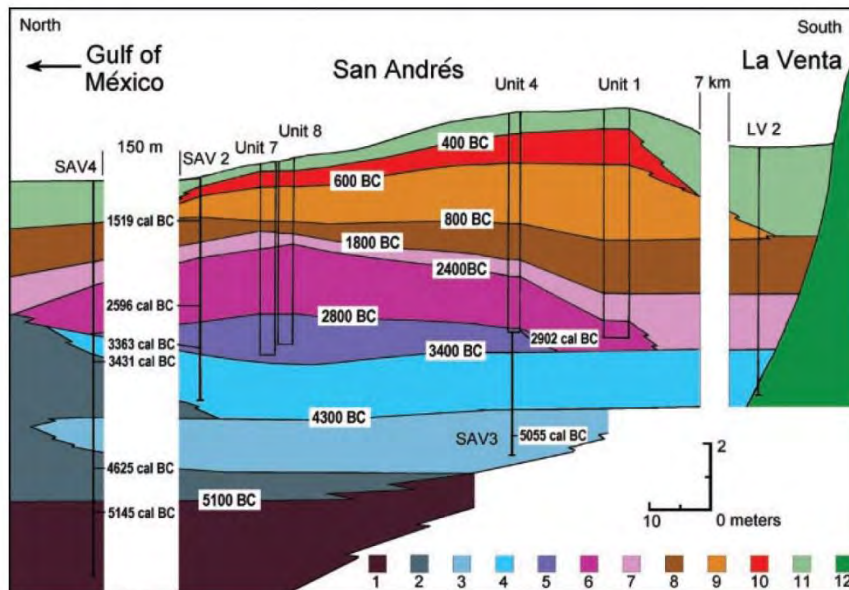


Figura 5.10. Estratigrafía de San Andrés. 1 Estuario del Holoceno temprano; 2 depósitos de arena y arcilla laminada de playa. 3 depósitos de arena fina de playa. 4 depósitos de limo y arcilla de laguna. 5 Marga de estuario salino. 6 Estuario limoso. 7 Arcilla y limo de ciénaga. 8 turba de pantano. 9 Marga del río Bari. 10 depósito cultural olmeca. 11 sedimentos de aluvión recientes. 12 Cubierta terciaria de La Venta. Tomado de Pope *et al.*, 2001.

Así pues, al igual que en la cuenca baja del Coatzacoalcos, la red hidrográfica y los fenómenos naturales antes descritos influyen substancialmente en la forma de habitar, experimentar y concebir el paisaje de la cuenca baja del Tonalá. En este sentido, la temporalidad del paisaje estaba marcada por la transición de la época de secas y lluvias, las cuales se diferenciaban por la salinización de los ríos y el advenimiento de inundaciones. Debido a esta circunstancia, así como al cambio del cauce de los ríos, el paisaje de la cuenca baja del Tonalá también pudo ser concebido como un espacio en constante transformación, en el cual existía cierta incertidumbre del momento en el cual podía ocurrir un cambio trascendental. Otro rasgo en común que comparten ambas cuencas es la composición hidrográfica a partir

de cuerpos de agua dulce, salada, estancada y con filtraciones de chapopote para las cuales debieron existir diferentes categorías.

En cuanto al relieve, el paisaje presenta un claro contraste entre los abundantes lomeríos de la margen Oeste de la cuenca baja del Tonalá y los terrenos planos de la margen Este. Resulta sumamente interesante que dentro de la margen Este el rasgo más elevado sea el montículo C-1 de La Venta, el cual pudo haber simbolizado un cerro o montaña (figura 5.11). Esta estructura arquitectónica tiene una altura de 30 m con respecto al terreno circundante, lo que la hace un punto de referencia importante visible desde varios sectores de la región. Por otra parte, desde la cima del montículo C-1 se puede observar la amplitud de la cuenca baja del Tonalá (figura 5.12), y los custodios de La Venta afirman que en condiciones de buena visibilidad se alcanza a percibir rasgos naturales de regiones distantes, tales como la sierra Norte de Chiapas y el volcán San Martín Pajapan.



Figura 5.11. Vista aérea del Montículo C-1 de La Venta en 1968. Tomada de la base de datos del Smithsonian Institution.



Figura 5.12. Vista Este de la cuenca baja del Tonalá desde la cima del Montículo C-1 de La Venta. Foto de Pablo Ortiz Brito.

5.2 El entorno natural y social de Arroyo Pesquero

Arroyo Pesquero es un cuerpo de agua que se forma por la convergencia de varios arroyos que nacen en las lomas pleistocénicas ubicadas en la margen Oeste de la cuenca del Tonalá, cercanas a los poblados Ejido Arroyo Blanco e Ingeniero Mario Hernández Posada. Sus afluentes recorren un trayecto de 16 km en sentido Oeste-Este, el cual consiste en un descenso gradual de 100 a 5 msnm desde las lomas antes mencionadas hasta un estrecho valle. Nutrido por sus afluentes, Arroyo Pesquero tributa agua al Tancochapa sobre su margen Oeste, cuya desembocadura se sitúa a 2.5 km hacia el Suroeste del punto donde confluye con el Zanapa (figura 5.13).

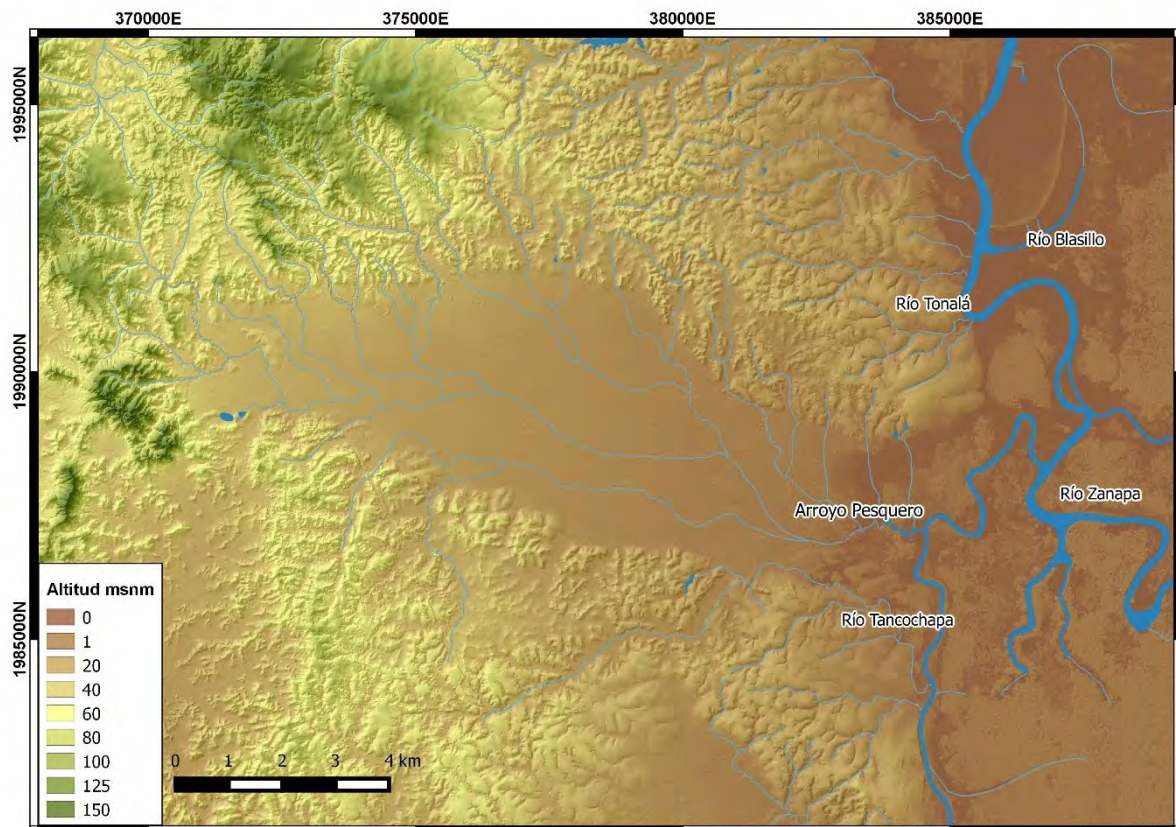


Figura 5.13. Mapa de Arroyo Pesquero y sus afluentes. Elaborado por el autor.

Las lomas pleistocénicas donde nacen los afluentes de Arroyo Pesquero están conformadas por domos salinos y conglomerados rocosos de areniscas y lutitas. Algunos de éstas alcanzan una altura máxima de 150 msnm y conforme se aproximan a la cuenca del Tonalá disminuyen hasta los 20 msnm. Si bien en la actualidad los lomeríos están cubiertos por pastizales utilizados para la cría de ganado (potreros), en época antigua estaban cubiertos por vegetación del tipo selva alta perennifolia. Este sistema de lomeríos da forma y delimita al valle sobre el cual yace Arroyo Pesquero. Dicho valle mide 13 km de largo por 4.5 km de ancho, y en su extremo occidental tiene una altura de 40 msnm la cual decrece paulatinamente por debajo de los 10 msnm en su extremo oriental. Gran parte del valle consta de terrenos relativamente altos de vegetación selvática, no obstante, la porción contigua al cauce del Tancochapa consta de terrenos bajos inundables en los que se forman popales y manglares típicos de la llanura palustre. En este sentido, en el área por donde fluye Arroyo Pesquero y sus afluentes existe un ecotono constituido por la transición entre los lomeríos o terrazas selváticas y el valle palustre de popales y manglares.

Durante el periodo de lluvia, las intensas tormentas anegan buena parte del valle de Arroyo Pesquero y aumentan el nivel de agua de este arroyo y del

Tancochapa, provocando el desborde de sus cauces y la inundación de los terrenos circundantes a éstos. De acuerdo con pobladores de la región, el nivel de agua del Tancochapa puede llegar a aumentar hasta dos metros de alto; esta información coincide con los registros de la estación hidrométrica San José del Carmen cuyos datos señalan que el aumento máximo del nivel de agua del Tancochapa es de 2.5 m. Asimismo, el aumento del nivel de agua de Arroyo Pesquero trae consigo una gran cantidad de sedimentos aluviales, principalmente limos, que también son tributados al Tancochapa. Debido a estos sedimentos el cauce de Arroyo Pesquero adquiere una coloración café, la cual contrasta fuertemente con la coloración verduzca del cauce del Tancochapa. De tal forma, se puede apreciar como el agua café de Arroyo Pesquero se mezcla con el agua verdosa del Tancochapa, y el punto donde esto ocurre varía en relación con transición la época de lluvias y secas (figura 5.14, 5.15 y 5.16). La gran cantidad de sedimentos no solo crea una tonalidad particular sino también hace que al interior del arroyo haya nula visibilidad (Roberto Lunagómez Reyes, 2016). Probablemente, en el horizonte olmeca estas características singulares de Arroyo Pesquero eran consideradas como aspectos transcendentales los cuales quizás estaban asociados con ciertos simbolismos.



Figura 5.14. Imagen satelital en donde se puede observar la variación de la tonalidad entre Arroyo Pesquero y el río Tancochapa. Tomada de INEGI.



Figura 5.15. Arroyo Pesquero. Foto del autor.



Figura 5.16. Río Tancochapa. Foto del autor.

Ahora bien, durante la época de secas las lluvias son remplazadas por el aumento considerable de la temperatura, que ocasiona la desecación de las áreas inundadas del valle de Arroyo Pesquero y la disminución del nivel de agua de su cauce. Debido a este fenómeno, penetran corrientes de agua salada a Arroyo Pesquero haciendo que buena parte de su cauce adquiera cierto grado de salinidad.

El cauce de Arroyo Pesquero tiene una pendiente muy suave con poca o en ocasiones nula corriente, lo cual se debe a su recorrido sinuoso compuesto por meandros. Es justamente en un meandro donde se hallaron las ofrendas de artefactos de piedras verdes. Este se encuentra a 1.2 km al Oeste de la desembocadura de Arroyo Pesquero y consiste en un pequeño recodo seguido por una curva de mayor tamaño. Dicho recodo es el lugar preciso en donde se depositaron las ofrendas. En el costado Norte del recodo desemboca un pequeño arroyo o corriente de agua dulce. Dicho arroyo aunado con la desviación del flujo causada por el meandro, provoca que se formen en el lugar de las ofrendas diminutos remolinos de agua visiblemente imperceptibles (figura 5.17, 5.18, 5.19 y 5.20).

Igualmente, Wendt *et al.* mencionan que en el lugar donde se depositaron las ofrendas, confluyen corrientes de agua dulce con las corrientes de agua salada que penetra en Arroyo Pesquero (2014: 309 y 314). Estos mismos autores suponen que pese a las fluctuaciones del nivel del mar, existe la posibilidad de que durante el horizonte olmeca la convergencia de agua dulce y salada ocurría aproximadamente en el mismo punto (Wendt *et al.*, 2015: 314). Suponiendo que dicha confluencia de corrientes de agua dulce y salada haya sido en el mismo lugar que en la actualidad, considero que este fenómeno sólo sucedía durante la época de secas, ya que en el periodo de lluvias el aumento

del nivel de agua de los ríos impide la intrusión de la marea a la cuenca baja del Tonalá.



Figura 5.17. Ubicación de lugar de ofrendamiento y de arroyo de agua dulce al que está asociado. Tomado de INEGI.



Figura 5.18. Vista de Sur a Norte del meandro. Foto del autor.



Figura 5.19. Lugar exacto en donde se depositaron las ofrendas. Foto del autor.

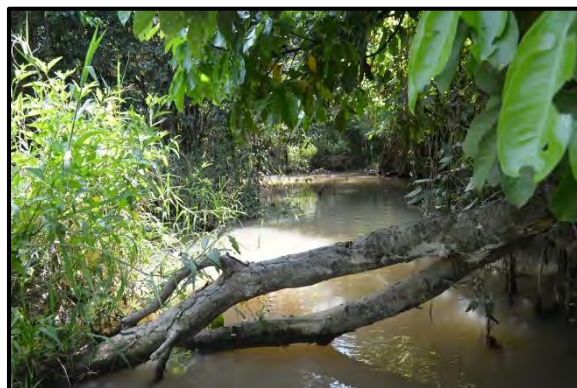


Figura 5.20. Arroyo de agua dulce asociado al lugar de las ofrendas. Foto del autor.

Así pues, la tonalidad particular de su cauce, los remolinos que se forman a causa del cambio de la corriente y la convergencia de agua dulce y salada, son fenómenos que probablemente contribuyeron en la sacralización de Arroyo Pesquero o por lo menos estaban relacionados con las ofrendas que en él se depositaron. Igualmente, estos fenómenos naturales pudieron ser interpretados como cualidades o fuerzas anímicas de un ser sobrenatural o quizás del propio Arroyo Pesquero.

Tal y como ocurre con todo el cauce de Arroyo Pesquero, el meandro donde se depositaron las ofrendas está rodeado de terrenos bajos inundables en los cuales no hay elevación natural del relieve cercana (figura 5.21). La carencia de un cerro u alguna otra elevación asociada al espacio ritual de Arroyo Pesquero contrasta enormemente con El Manatí, en donde el domo salino es un elemento constitutivo y fundamental del espacio ritual y del complejo simbólico cerro-agua. En este sentido, dicho contraste puede ser entendido como un cambio conceptual en el que el cuerpo de agua fue sacralizado de forma aislada. A pesar de esta circunstancia las ofrendas de artefactos de piedras verdes de Arroyo Pesquero son similares a los de El Manatí, y al parecer también fueron actividades comunitarias y cooperativas. Otra similitud existente entre estos sitios es la presencia de corrientes de agua dulce y salada, lo cual puede estar asociado a simbolismos de dualidad. Cabe recordar que El Manatí posee dos manantiales uno de agua dulce y otro de agua salada, no obstante, en este caso dichos manantiales no confluyen y es únicamente en el de agua dulce donde se depositaron las ofrendas.



Figura 5.21. Terrenos bajos inundables de las margenes de Arroyo Pesquero. Foto del autor.

Otra similitud con El Manatí es que, en los terrenos bajos situados alrededor de las ofrendas de Arroyo Pesquero, no se han encontrado evidencias de unidades habitacionales o cualquier otro vestigio de áreas domésticas (Wendt y Lunagómez, 2010: 74). En los terrenos inmediatos a las ofrendas únicamente se han recuperado 53 fragmentos de cerámica, correspondientes a los periodos Preclásico y Clásico, de los cuales 13 provienen de pruebas de barreno, la limpieza de hoyos de saqueo, de pozos de sondeo y de inmersiones al fondo del arroyo (Wendt y Lunagómez, 2010: 63; 2011: 77). Debido a las similitudes entre las imágenes incisas de las hachas de Arroyo Pesquero y las de las hachas de La Venta, es muy probable que ambos sitios hayan sido contemporáneos. Cabe añadir que en la cuenca baja del Tonalá el sistema de representación olmeca fue sumamente empleado entre el 900-400 a.C., por lo cual considero que las ofrendas de Arroyo Pesquero corresponden a este lapso de tiempo.

El asentamiento con vestigios olmecas más cercano a Arroyo Pesquero es Los Soldados el cual se encuentra a 4.4 km al Noreste, sobre el borde Oeste del río Tonalá. Además de este sitio, Wendt logró identificar otros ocho asentamientos situados sobre la margen Oeste de la cuenca baja del Tonalá, los cuales están fechados tentativamente a través de sus complejos cerámicos para el Preclásico Medio, y posiblemente Temprano (figura 5.22) (Wendt, 2006b: 3-4, ver apéndice). En el caso de Los Soldados, la datación de las muestras de carbón recuperadas de excavaciones controladas, indica que la ocupación de este sitio se extendió hasta el Preclásico Tardío (542-53 a.C.) (Wendt, 2014: 17). La mayoría de estos sitios, contemporáneos al auge de La Venta, se encuentran al Noroeste de Arroyo Pesquero sobre tierras rivereñas, de los cuales los sitios lejanos están a 18 km hacia dicho rumbo, en las faldas bajas de unos lomeríos cuya altitud es de 71 msnm. Las Choapas es el único de estos sitios que se localiza 7 km al Sur de Arroyo Pesquero, cercano al río Tancochapa.

De todos los sitios Preclásicos hallados por el momento en la margen Oeste de la cuenca baja del Tonalá, sólo Las Choapas y Los Soldados poseen esculturas olmecas de grandes formatos; el primer sitio cuenta con un monumento mientras que el segundo cuenta con dos ejemplares, así como con un par de hachas de piedra verde (Wendt y Lunagómez, 2010: 70). La imagen

representada en el Monumento 1 de Los Soldados (felino sedente sosteniendo entre sus fauces una cuerda o serpiente), es idéntica 80 de La Venta y al Monumento 37 de San Lorenzo (figura 5.23). Por su parte, el Monumento 2 de Los Soldados (personaje antropomorfo compuesto en posición de flor de loto con sus manos apoyadas sobre su pecho), es semejante al Monumento 77 de La Venta, al Monumento 52 de San Lorenzo, y al Monumento 16 de Chalcatzingo, los cuales portan pectorales y cinturones con el motivo iconográfico de bandas cruzadas (figura 5.24). Por último, el monumento de Las Choapas (contorsionista) posee similitudes estilísticas con el monumento 61 de La Venta, ambas son losas circulares que en una de sus caras se plasmó un individuo antropomorfo (figura 5.25). Las equivalencias iconográficas y estilísticas con los monumentos de La Venta, así como a la cercanía con este sitio, sugieren que los monumentos de Los Soldados y Las Choapas pudieron ser elaborados entre el 900 y 400 a.C.

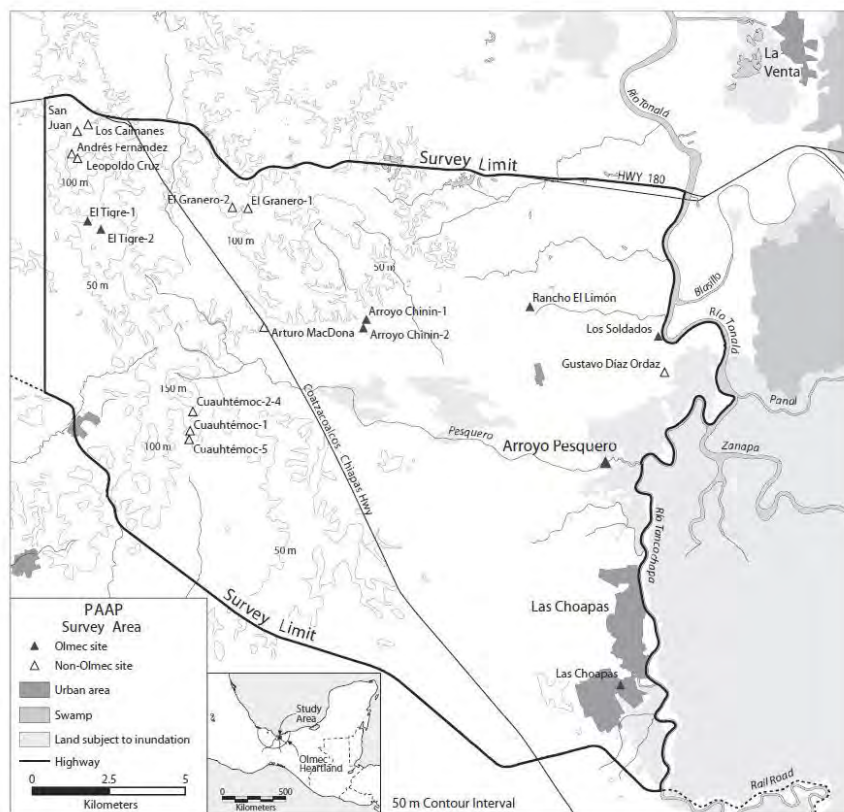


Figura 5.22. Sitios arqueológicos cercanos a Arroyo Pesquero. Tomado de Wendt *et al.*, 2014.

Otra escultura olmeca que probablemente también corresponde al Preclásico Medio es el monumento de Arroyo Sonso (personaje antropomorfo compuesto arrodillado mirando hacia arriba), el cual tiene algunas similitudes

con el monumento 11 de La Venta. Desafortunadamente, se desconoce la ubicación exacta de Arroyo Sonso, Nomland indica que este sitio se encuentra a 25 km al Sureste de Coatzacoalcos, en tanto que Cyphers y Zurita-Noguera declaran que se localiza a 15 km al Oeste de Las Choapas (Nomland, 1932: 591; Cyphers y Zurita-Noguera, 2006: 45). A pesar de que ambas referencias son dispares, la yuxtaposición de ambas sugiere que Arroyo Sonso podría encontrarse entre los poblados de Moloacan y Cuichapa, en Veracruz. A tan solo 6 km al Noroeste de Moloacan yace el poblado de Ixhuatlán en el que se halló una escultura olmeca (felino sedente), que también posee algunas semejanzas con el monumento 11 de La Venta.



Figura 5.23. Monumento 1 de Los Soldados. Tomado del catálogo electrónico del MAX.



Figura 5.24. Monumento 2 de Los Soldados. Tomado del catálogo electrónico del MAX.



Figura 5.25. Monumento de Las Choapas. Foto del autor.

Debido a la presencia de esculturas similares a las de La Venta y a su extensión de 20 ha, Wendt y Lunagómez declaran que Los Soldados pudo haber sido un centro secundario dentro del sistema de gobierno de La Venta

(2011: 63), lo cual también puede ser propuesto para Las Choapas. Tomando en consideración la ubicación de ambos sitios, es probable que éstos hayan controlado la parte meridional del sistema fluvial de la cuenca baja del Tonalá: Los Soldados el sector Sur del cauce principal del Tonalá, cercano a la desembocadura del Blasillo, y Las Choapas el sector Norte del Tancochapa. Cabe señalar que Arroyo Pesquero se encuentra en un punto intermedio entre Los Soldados y Las Choapas, por lo cual es posible que estos sitios hayan supervisado el flujo de peregrinos de la región que navegaban el río Tonalá y el Tancochapa, para acudir a los rituales efectuados en Arroyo Pesquero.

Por otra parte, durante el 800-400 a.C. la margen Este de la cuenca baja del Tonalá tenía una mayor densidad de sitios, organizados en tres niveles jerárquicos entre los que existían notables diferencias sociales y económicas: sitios sin montículo central, tales como Isla Chicozapote, Isla Catalina e Isla Alor; sitios con montículo central, tales como San Andrés e Isla Yucateca; y el centro regional, es decir, La Venta (Rust y Sharer, 1988: 104; Rust y Leyden, 1994: 184). La gran mayoría de los asentamientos adscritos al sistema de gobierno de La Venta se localizan en el paleocauce del río Bari, y sólo unos cuantos se encuentran en el cauce antiguo y actual del Blasillo. De tal forma, los sitios con montículo central yacen a lo largo del paleocauce del Bari y están intercalados por sitios sin montículo. Al contrario, los pocos sitios con montículos del Blasillo están asentados en su parte oriental, cercanos a las intersecciones entre el cauce de este río y el del Bari, mientras que en su parte occidental sólo hay asentamientos sin montículo central. Esta distribución desigual evidencia un patrón de asentamiento ribereño concentrado en la parte Oriental de la margen Este de la cuenca baja del Tonalá, a través del cual se controló las vías de transporte y comunicación del Bari, así como de los terrenos aledaños a este río (figura 5.26).

Parte de las diferencias socioeconómicas existentes entre los sitios de la margen Este del Tonalá consistían en el acceso a recursos de subsistencia y materiales ceremoniales. Los sitios sin montículo central poseen altas proporciones de cerámica burda sin decorar, pocas figurillas, herramientas utilitarias de obsidiana y basalto y alimentos marinos locales; en cambio, además de herramientas de basalto y alimentos marinos, los sitios con montículo central también tienen restos óseos de venado y perro, cerámica fina

con cocción diferencial utilizada para ofrendas, tipos de figurillas de La Venta como jugadores de pelota, tabletas pulidas de serpentina, hachas miniatura y ornamentos hechos con otras piedras verdes como el jade (Rust y Sharer, 1988: 104). Cabe mencionar que a pesar de las diferencias de los recursos alimenticios mencionados, en ambos tipos de sitios se consumió maíz así como otros cultígenos (Pope *et al.*, 2001: 1372; Raab *et al.*, 2000: 265). Si bien el modo de subsistencia característico de la región consistía en la obtención de un amplio espectro de recursos alimenticios, principalmente acuáticos, el incremento de la ubicuidad del maíz y de las herramientas de molienda en el 800-400 a.C. indican que este cultígeno se convirtió en un recurso primordial de subsistencia, durante el apogeo de La Venta (Rust y Leyden, 1994: 192-194 y 198-200).

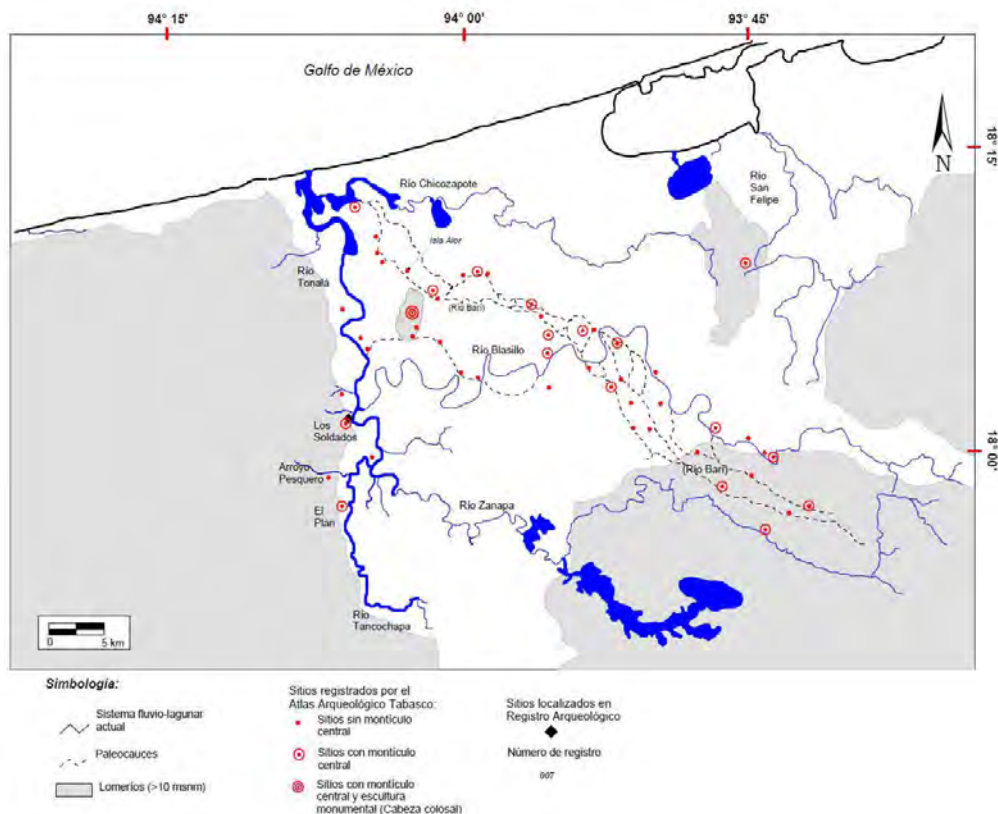


Figura 5.26. Sitios arqueológicos de la cuenca baja del Tonalá del Preclásico Medio. Tomado de Acosta Ochoa, 2012.

Por muy obvio que parezca, cabe destacar que la principal diferencia existente entre los sitios de la margen Este del Tonalá, es la presencia/ausencia de un montículo central. Además de marcar una distinción social y económica, este tipo de estructura arquitectónica establece una distinción política, y posiblemente era una réplica a menor escala del montículo

C-1 de La Venta. De tal forma, a diferencia de San Lorenzo, La Venta instauró una jerarquía política regional basada en la construcción de estructuras arquitectónicas utilizadas para la realización de eventos públicos, en vez de la erección de esculturas empleadas como insignias de poder. Esta conjetura se fundamenta en el hecho de que ninguno de los sitios de la margen Este del Tonalá situados alrededor de La Venta poseen esculturas de basalto.

Dentro de la cuenca baja del Tonalá, los únicos sitios de segundo orden que presentan esculturas basálticas son Los Soldados y Las Choapas, los cuales se encuentran en la margen Oeste de dicho río a 12 y 23 km al Suroeste de La Venta. Salvo los tres ejemplares de estos sitios, las demás esculturas de la región proceden de La Venta. Así pues, en la transición del poder regional ocurrido de San Lorenzo a La Venta, se puede observar un aumento considerable de la centralización o monopolización de las esculturas basálticas, las cuales contenían discursos políticos-religiosos indispensables para la justificación y legitimación del poder.

Asimismo, en La Venta también se observa el acaparamiento de las piedras verdes y de los artefactos que se elaboraban con ellas. Durante su apogeo, se efectuaron numerosas ofrendas de piedras verdes en el Complejo A, ubicado en el extremo Norte de La Venta. Las ofrendas más sobresalientes de este sitio son los cinco depósitos masivos de bloques de serpentina, de los cuales uno equivale a 100 toneladas (Ofrenda Masiva 1) (Grove, 2014: 62). Al igual que la Ofrenda Masiva 4, la número 1 contaba con un mosaico cuadrangular cubierto por arena rojiza que simboliza un cosmograma esquematizado semejante al motivo iconográfico “cuatro puntos y barra”; no obstante, en este caso los cuatro puntos que representan las esquinas o rumbos del universo fueron sustituidos por el motivo “doble merlón” (figura 5.27).

En La Venta las piedras verdes también fueron ampliamente ofrendadas en forma de hachas finamente elaboradas. Algunas de estas ofrendas replicaron los patrones de acomodo propios de El Manatí. De tal forma, las ofrendas 1, 9 y 11 constan de grupos de hachas dispuestas horizontalmente alineadas en eje Norte-Sur y Este-Oeste; y la número 8 se compone de conjuntos de hachas colocadas verticalmente con los filos orientados hacia arriba, no obstante, éstos no están distribuidos en forma de pétalos de flor. Por otro lado, en La Venta se creó un patrón de acomodo sin precedentes el cual consiste en hachas

distribuidas en forma de cruz. Ejemplo de esto son las ofrendas 1942-C, 10 y 1943-E, las cuales fueron halladas sobre las ofrendas masivas 2, 3 y 4, respectivamente (figura 5.28) (Drucker *et al.*, 1959: 129). Teniendo en cuenta el simbolismo del mosaico de las ofrendas masivas 1 y 4, sugiero que la asociación de éstas con las ofrendas cruciformes constituye una yuxtaposición entre el *axis mundi*, las esquinas del universo y los puntos cardinales. Cabe señalar que algunas hachas de la Ofrenda 1942-C y de la número 2 poseen imágenes incisas del motivo iconográfico “cuatro puntos y barra”, así como de rostros sobrenaturales.



Figura 5.27. Mosaico de la Ofrenda Masiva 1 de La Venta. Tomado de la base de datos del Smithsonian Institution.



Figura 5.28. Ofrenda 10 de La Venta, Tabasco. Tomada del catálogo electrónico del Smithsonian Institution.

Otros ejemplos de artefactos con representaciones de rostros sobrenaturales están presentes en los pequeños pectorales circulares de las Ofrendas 5, 6 y 7, en el par de orejeras de la Tumba C, y en el hacha votiva de la Tumba E. Además de hachas, las ofrendas de piedras verdes de La Venta también estaban compuestas por figurillas antropomorfas. En este caso el ejemplo más sobresaliente es la Ofrenda 4. Esta consiste en una escena compuesta por 16 figurillas antropomorfas tipo “*baby-face*”, dispuestas alrededor de seis hachas con imágenes incisas cuya colocación vertical hace pensar que simulan estelas.

Como podemos observar, La Venta acaparó una gran cantidad de piedras verdes para realizar ofrendas innovadoras compuestas por diversos tipos de artefactos. Como consecuencia de tal acaparamiento ejercido por el centro rector, sitios de menor rango tuvieron un acceso limitado a artefactos de piedras verdes y a otros tipos de bienes suntuosos. En el sitio de San Carlos ubicado 5 km al Noreste de La Venta, se halló una placa de piedra verde y un sello cilíndrico, fechados para el 650 a.C. Estos artefactos poseen motivos

iconográficos olmecas como el “doble merlón” y la “U”, de los cuales se ha propuesto que se tratan de logogramas pertenecientes a una escritura incipiente predecesora del sistema de escritura istmeño (Pohl *et al.*, 2002: 1984). Por otra parte, en Los Soldados e Isla Yucateca se han encontrado cuentas y hachas pulidas de piedras verdes de diferentes tamaños (Wendt y Lunagómez, 2010: 70; 2011: 25; Rust y Sharer, 1988: 104).

El acceso y distribución de artefactos de piedra verde dentro de la cuenca baja del Tonalá contrasta con lo sucedido en la cuenca baja del Coatzacoalcos. Mientras que en la segunda región la mayoría de los artefactos de piedras verdes estaban concentrados en un sitio secundario (La Merced), en la primera estos tipos de materiales fueron acaparados por el centro rector (La Venta). Así pues, a diferencia de su homólogo San Lorenzo, La Venta controló el subsistema económico de las piedras verdes al igual que el del basalto, y ahora ambas eran de tipo horizontales con fuertes tendencias centralizadoras y exclusionistas. Además del yacimiento de serpentina de Cuicatlán, Oaxaca, el cual fue explotado por La Merced y San Lorenzo a finales del Preclásico Temprano, La Venta también obtuvo dicha materia prima de Tehuitzingo, Puebla (Jaime Riverón *et al.*, 2009). El aprovechamiento de nuevos yacimientos por parte de La Venta, es un fenómeno cultural que se ve reflejado en otras materias primas como el basalto y la obsidiana (Williams y Heizer, 1965: ver mapa 1; Pool, 2007: ver figura 5.2.).

A pesar de tales diferencias, La Venta replicó ciertos rasgos culturales de San Lorenzo, de los cuales podemos mencionar por lo menos tres de estos. Primero, La Venta siguió el mismo patrón de asentamiento consistente en el establecimiento sobre una gran isla rodeada por humedales de los que explotó una gran cantidad de recursos acuáticos. Asimismo, emuló varios temas escultóricos olmecas principalmente los utilizados para la legitimación de poder, tales como las cabezas colosales y los tronos. Tercero, elaboró un acueducto idéntico al hallado en San Lorenzo, el cual estaba encaminado al control de la obtención y distribución de agua potable al interior del sitio.

Regresando al tema de los artefactos de piedras verdes, se debe señalar que la gran cantidad de este tipo de materiales depositados en el Complejo A de La Venta no nos habla únicamente del acaparamiento de un bien suntuoso, sino también nos indica la centralización de los rituales de ofrendamiento en un

espacio artificial sacralizado, ubicado al interior del centro rector de la región. Las similitudes contextuales que comparte con El Manatí y Arroyo Pesquero, conllevan a pensar que el Complejo A simboliza un espacio acuoso o cuerpo de agua. Igualmente, el montículo C-1 parece representar una montaña (figura 5.29) (Grove, 1999: 286; 2000: 291; 2007: 33). Debido a que estas estructuras arquitectónicas están juntas, se puede declarar que entre ambas recrean el complejo sagrado cerro-agua presente en El Manatí (figura 5.30). Aunque es una simple especulación, considero que la carencia en la cuenca baja del Tonalá de un cerro o promontorio con características semejantes a las de El Manatí, puede ser uno de los factores que propiciaron la creación del montículo C-1 y del Complejo A de La Venta. Cabe recordar que la zona de ofrendamiento de Arroyo Pesquero es totalmente plana y no existe una elevación natural del terreno cercana a éste.



Figura 5.29. Montículo C-1 de La Venta. Tomado de González Lauck, 1994.

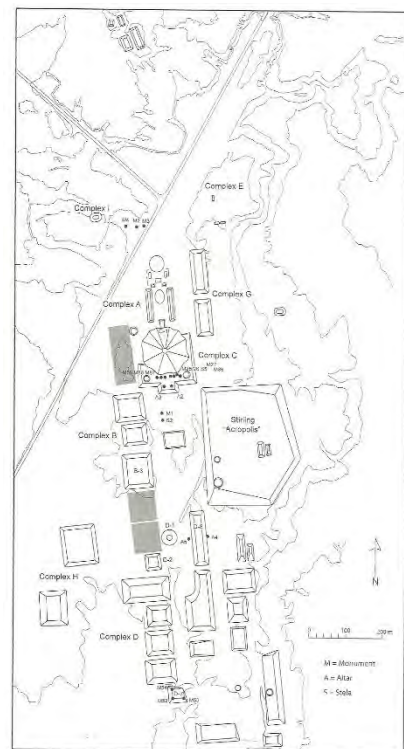


Figura 5.30. Croquis de La Venta. Tomado de González Lauck, 2010.

Así pues, durante el Preclásico Medio en la cuenca baja del Tonalá existieron por lo menos dos lugares del paisaje de relevancia simbólica, uno natural (Arroyo Pesquero) y otro artificial o construido (Complejo A de La Venta). En ambos lugares se llevaron a cabo rituales de ofrendamiento de artefactos de piedras verdes, que al parecer compartían un mismo simbolismo

y propósito. Sin embargo, el acceso a estos sitios parece haber sido diferente. Como ya hemos mencionado, el Complejo A se ubica en el extremo Norte de La Venta, consiste en dos plazas cerradas delimitadas por montículos y por columnas prismáticas de basalto, y es precedido por el Complejo C y B, en los cuales se encuentran los edificios político-administrativos y otras construcciones asociadas a la elite del sitio. De acuerdo con Grove, estos tres complejos constituyen el “*Major Monument Zone*” de La Venta, el cual está dividido por un área pública (Complejo C y B), y por un área restringida o privada (Complejo A) en la que además de ofrendas se depositaron tumbas de personajes de alto rango (1999: 284-286).

Por otra parte, por el momento en Arroyo Pesquero no se han encontrado estructuras arquitectónicas, o cualquier otro tipo de evidencia que señale la restricción del acceso a este sitio. Asimismo, los sitios más cercanos a éste son de segundo y tercer rango, y el centro rector de la región se encuentra a 16 km al Noreste. Por tales motivos, considero que Arroyo Pesquero era un espacio público que no estuvo controlado por La Venta; no obstante, si tomamos en consideración que este último sitio dominó el acceso a las piedras verdes, es posible que haya tenido cierta jurisdicción sobre las ofrendas realizadas en Arroyo Pesquero. En este sentido, propongo que el Complejo A era un espacio restringido de tipo horizontal al que acudían individuos de alto rango de la región y posiblemente de otras regiones de Mesoamérica, en tanto que Arroyo Pesquero era un espacio público y comunal de tipo vertical al que podían acceder individuos de diferentes rangos sociopolíticos, incluidos de la élite de La Venta. Tal y como ocurrió en El Manatí, la ubicación aislada y lejana de Arroyo Pesquero supone pensar que éste fue un lugar de peregrinaje cuya vía más fácil de acceso era la fluvial. Forzosamente, la mayoría de los sitios de la región navegaron por el río Tonalá y Tancochapa para después acceder al cauce de Arroyo Pesquero y finalmente llegar al lugar de ofrendamiento.

En resumen, los rituales de ofrendamiento de Arroyo Pesquero se realizaron en un periodo en el que la cuenca baja del Tonalá estaba altamente jerarquizada. Fue La Venta el sitio hegemónico de la región el que monopolizó el uso de bienes suntuosos, principalmente las esculturas de basalto y los artefactos de piedras verdes. A mi parecer, durante el Preclásico Medio ocurrió un evento trascendental sin precedentes dentro de los grupos adscritos al

fenómeno olmeca, el cual consiste en la creación de espacio sagrado artificial que emulaba el lugar natural destinado especialmente para el depósito de ofrendas y tumbas. Posiblemente, uno de los varios motivos que causaron este fenómeno cultural fue el intento, por parte de La Venta, de centralizar y controlar los rituales de ofrendamiento de artefactos de piedras verdes.

5.3 El contexto arqueológico

En este apartado se describirá el contexto del espacio de ofrendamiento de Arroyo Pesquero, tomando en consideración los diferentes trabajos arqueológicos que se han realizado en el sitio. Las características hidrográficas y el saqueo al que ha sufrido Arroyo Pesquero, son limitantes que imposibilitan la descripción detallada del contexto arqueológico.



Figura 5.31. Descubridores del sitio Arroyo Pesquero con algunos de objetos hallados. Tomada de Wendt *et al.*, 2014.

Es en 1969 cuando se hallaron los primeros artefactos procedentes de Arroyo Pesquero. Este descubrimiento fortuito fue realizado por los hermanos García Cerón oriundos del actual pueblo de Las Choapas, Veracruz (figura 5.31), quienes al tratar de recuperar un recipiente metálico del fondo del arroyo se toparon con un objeto que resultó ser una máscara olmeca de piedra color negruzco, y al seguir buceando recuperaron un total de siete máscaras (Wendt *et al.*, 2014: 309). Tras hacerse pública la noticia de tales hallazgos, el Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana comisionó, en junio del mismo año, al arqueólogo Manuel Torres Guzmán las labores de rescate de las piezas, y la realización de una inspección del sitio. Torres Guzmán logró recuperar algunas de las piezas halladas por los pescadores y con ayuda de ellos obtuvo alrededor de 500 kg de artefactos que se encontraban en el fondo

del arroyo, los cuales al parecer fueron trasladados al Museo de Antropología de Xalapa (Wendt *et al.*, 2015: 309-310; Bernard, 2013-2014: 18). Acerca de la ubicación de los artefactos recuperados hasta esa fecha, se desconoce el punto exacto en el que fueron hallados y solo se indicó que estaban sobre el lecho de Arroyo Pesquero. Wendt *et al.* (2014: 310) suponen que estos vestigios arqueológicos son los mismos artefactos que Medellín Zenil menciona en su obra publicada en 1971, quien declara lo siguiente:

“Para no hacer prolija esta introducción, solamente hemos de referirnos al descubrimiento reciente de 3 máscaras olmecas sonrientes, esculpidas en piedra y jade, en las cuales la sonrisa está lograda plenamente. Del fondo cenagoso del río en que fueron descubiertas estas máscaras, salieron más de 2,000 hachas burdas de piedra, fragmentos de espejos de pirita, estatuillas antropomorfas con rasgos de las cabezas colosales, otras 3 máscaras funcionales no estereotipadas aunque hieráticas; pero lo más diagnóstico es un fragmento de vaso cilíndrico con huella de soporte [...]” (Medellín Zenil, 1971: 18).

Tras el descubrimiento de los hallazgos de Arroyo Pesquero el sitio ha sido exhaustivamente saqueado por varias décadas, dando como resultado la alteración de su contexto, y la aparición en museos internacionales y colecciones privadas de artefactos de piedra verde descontextualizados que se presume provienen de Arroyo Pesquero. En 1986, George Belcher realizó nuevas exploraciones subacuáticas en colaboración con Torres Guzmán y los hermanos García Cerón. A través de los trabajos realizados por Belcher se colectaron alrededor de 100 fragmentos de cerámica de pasta café y negra, entre los cuales se puede distinguir formas preclásicas tales como tecomates (figura 5.32) (Belcher, 2012: 5). Si bien el objetivo principal de dichos autores era recuperar nuevos artefactos de piedras verdes, no tuvieron la fortuna de encontrar ni una sola máscara o hacha. Belcher menciona que debajo del agua la visibilidad era nula y que el lecho del arroyo contenía numerosas ramas de árboles, lo cual fue una de las circunstancias que dificultó el hallazgo de nuevos artefactos pétreos (2012: 4). Por último, dicho autor señala que antes de sus expediciones los hermanos García Cerón y otros habitantes de la región solían bucear en el lecho de Arroyo Pesquero en búsqueda nuevos artefactos,

y que posiblemente fueron descubiertas 27 máscaras y cientos de hachas (Belcher, 2012: 3).



Figura 5.32. Tepalcates hallados por Belcher y los hermanos García Cerón. Tomado de Belcher. 2012.

A pesar de los trabajos arqueológicos hechos por Torres Guzmán y Belcher, hasta la fecha era poco lo que sabía acerca del contexto de Arroyo Pesquero y de la ubicación exacta de los vestigios hallados en su lecho. Por tanto, Wendt y Lunagómez iniciaron en el 2005 el Proyecto Arqueológico Arroyo Pesquero (PAAP), que tuvo como objetivo principal la realización de un recorrido de superficie regional que dio como resultado la identificación de 21 sitios arqueológicos, de los cuales ocho fueron ubicados tentativamente para el Preclásico Temprano y Medio (Wendt y Lunagómez, 2011: 74). Posteriormente, la segunda temporada de campo del PAAP realizada en el 2008, tuvo como objetivos precisar el contexto de los artefactos depositados en el lecho de Arroyo Pesquero, y mapear la distribución de los materiales arqueológicos de la superficie circundante del sitio. Así pues, Wendt y Lunagómez fueron llevados por lancheros locales al lugar en donde se extrajeron los materiales hallados en 1969. De tal forma, lograron determinar el punto exacto de las ofrendas de Arroyo Pesquero, el cual se encuentra a 16 km en línea recta hacia el Suroeste de La Venta y a 30 km siguiendo los ríos (Wendt y Lunagómez, 2011: 74).

El lugar de ofrendamiento es un meandro ubicado a 1.2 km al Oeste de la desembocadura de dicho cuerpo de agua. Este meandro se compone de un pequeño recodo que desvía el flujo de agua hacia el Sur, seguido inmediatamente por una curva de mayor tamaño y de ángulo muy agudo que invierte el curso hacia el Norte (ver figuras 5.17-20). En el costado Norte del

recodo desemboca un pequeño arroyo que tributa agua dulce. Cabe recalcar que en el lugar de las ofrendas ocurren dos fenómenos naturales, que pudieron ser interpretados como cualidades sagradas de Arroyo Pesquero o de los seres sobrenaturales que residen en él, estos son: la confluencia de corrientes de agua dulce y salada (Wendt *et al.*, 2014: 309 y 314), y la formación de diminutos remolinos casi imperceptibles.

De los trabajos realizados durante las dos primeras temporadas de campo del Proyecto Arqueológico Arroyo Pesquero, únicamente se colectaron alrededor de 53 fragmentos de cerámica, de los cuales 13 proceden de pruebas de barreno, pozos de sondeo, inmersiones al fondo del arroyo y de la limpieza de hoyos de saqueo (figura 5.33 y 5.34); los demás fragmentos fueron recuperados de los recorridos de superficie hechos en las inmediaciones de Arroyo Pesquero (Wendt y Lunagómez, 2010: 63; 2011: 75-77). Aunque la mayoría no son diagnósticos, algunos tiestos muestran una temporalidad que va del Preclásico al Clásico (Wendt y Lunagómez, 2010: 63). Uno de los tres tepalcates recuperados del lecho de Arroyo Pesquero, consiste en un fragmento de tecomate con incisiones en su cara exterior de líneas cruzadas, las cuales son muy parecidas al motivo iconográfico olmeca de bandas cruzadas o cruz de San Andrés (figura 5.35). Igualmente, se encontró una especie de hacha de piedra muy erosionada, al parecer sin terminar, cerca de una de las paredes del pozo de saqueo 1, a 123 cm de profundidad (figura 5.36) (Wendt y Lunagómez, 2010: 19). La baja cantidad de vestigios arqueológicos obtenidos se debe en parte a la restricción del acceso a algunos terrenos inmediatos a Arroyo Pesquero por parte de sus propietarios, el alto nivel freático que imposibilitó excavar a profundidades mayores de 1.5 m, la remoción de materiales a causa del cambio del cauce del arroyo y el exhaustivo saqueo al que ha estado expuesto el sitio (Wendt y Lunagómez, 2011: 76-77).

Posteriormente, en la temporada de campo 2012 del Proyecto Arqueológico Arroyo Pesquero se realizó un reconocimiento subacuático del meandro que contenía los materiales hallados en 1969, con el objetivo de topografiar la superficie bajo el agua y determinar la presencia y distribución de los artefactos sumergidos (Wendt, 2012: 47). Si bien en un principio la estrategia de trabajo era crear una red debajo del agua para hacer una cobertura sistemática del

lecho, por problemas ajenos a la logística del proyecto solo se realizaron seis transectos ubicados de acuerdo a los puntos que los informantes señalaron como el lugar preciso de los hallazgos anteriores (Wendt, 2012: 47). Al igual que Belcher, Wendt indicó que las condiciones prevalecientes debajo del agua son de una visibilidad cerca de cero, y que en el lecho hay demasiadas obstrucciones tales como troncos grandes, escombros, hojas parcialmente descompuestas y otros tipos de vegetación (2012: 48). A pesar de ello, se logró hallar vestigios significativos y muy interesantes que yacían sobre pequeñas depresiones del lecho poco profundas a 2 y 3 m debajo de la superficie del agua (Wendt, 2012: 48). Debido a los problemas de visibilidad no fue posible detallar con exactitud el contexto deposicional de los artefactos por cual únicamente se marcó con GPS el punto en el que fueron hallados.

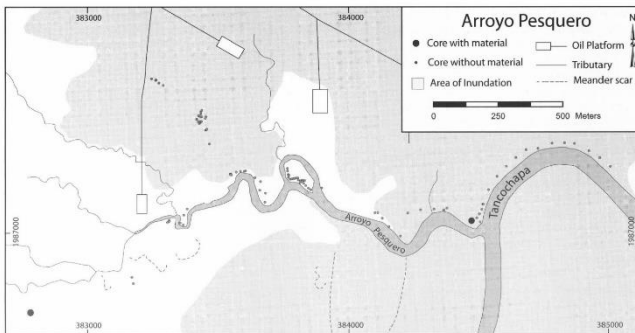


Figura 5.33. Pruebas de barreno realizadas en Arroyo Pesquero. Tomado de Wendt *et al.*, 2011.

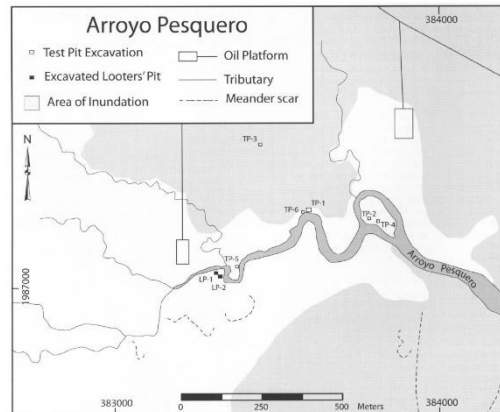


Figura 5.34. Excavaciones realizadas en Arroyo Pesquero. Tomado de Wendt *et al.*, 2011.

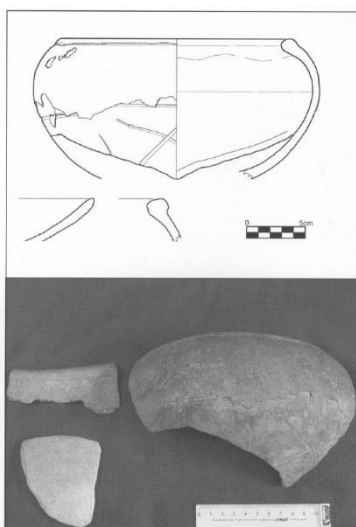


Figura 5.35. Tepalcates recuperados del lecho de Arroyo Pesquero. Tomado de Wendt *et al.*, 2011.

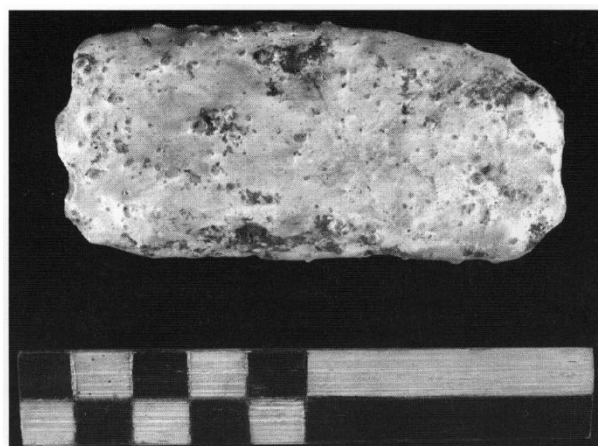


Figura 5.36. Posibe hacha. Tomado de Wendt *et al.*, 2011.

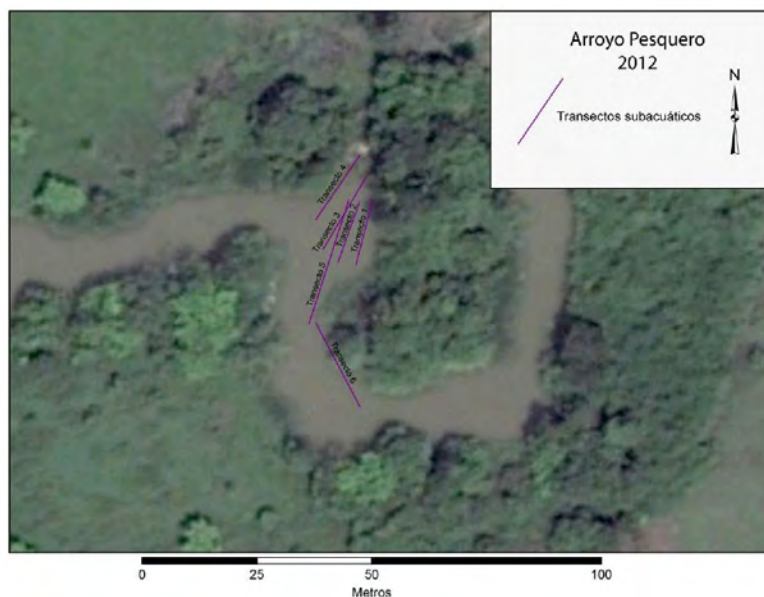


Figura 5.37. Transectos subacuáticos. Tomado de Wendt, 2012.

La mayoría de los transectos se trazaron sobre el recodo del meandro siguiendo un eje SW-NE, y debido a las obstrucciones antes mencionadas no fueron uniformemente espaciadas (figura 5.37) (Wendt, 2012: 48). A continuación, se describirán los transectos así como los vestigios obtenidos en cada uno de ellos, para lo cual nos basaremos en el informe técnico de campo realizado por Wendt. El Transecto 1 se ubicó en la parte Norte del recodo justo al Sureste del afluente de agua dulce de Arroyo Pesquero, y en éste se hallaron cuatro artefactos: la piedra 1, 2 y 3, y una pieza de hormigón. Las piedras 1 y 3 son hachas parciales en tanto que la número 2 es un hacha completa. Los Transectos 2 y 3 se delimitaron al Oeste del número 1 cercano al afluente referido en el párrafo anterior. En el Transecto 2 se localizó el Rasgo 2, el cual consta de seis depresiones en un área de 1 m² que contenían materiales cerámicos y líticos erosionados tales como fragmentos de hachas, grava, un objeto de jadeíta pulido (“elote”) y una figurilla antropomorfa de piedra verde (figura 5.38 y 5.39). Por su parte, en el Transecto 3 se encontraron las piedras 4, 5 y 6 (hachas parciales), al igual que el Rasgo 1 consistente en un agujero pequeño lleno de fragmentos de hachas y algunos tiestos. En el Transecto 4, ubicado en el extremo Oeste del recodo, no se detectó ningún material arqueológico, lo cual tal vez se debe a alta concentración árboles y ramas depositadas en el lecho. El Transecto 5 se posicionó al inmediatamente al Sur de la desembocadura del afluente de agua dulce y se extendió hasta el

inicio de la segunda curva del meandro. De este transecto procede el Rasgo 3 el cual se compone de un núcleo de sílex y diversos tipos de piedras incluyendo basalto, grava y material moderno (figura 5.40). Por último, el Transecto 6 dispuso en eje NW-SE sobre la segunda curva del meandro. En el extremo Norte de dicho transecto se descubrió el Rasgo 4, es otra depresión que contenía una cuenta de jade, piedra volcánica, tiestos y material histórico.



Figura 5.38. "Elote" hallado en el transecto 2. Tomado de Wendt, 2012.



Figura 5.39. Figurilla antropomorfa hallada en el transecto 2. Tomado de Wendt, 2012.



Figura 5.40. Restos de lítica hallada en el lecho de Arroyo Pesquero. Tomado de Wendt, 2012.

Como se puede observar, la mayoría de los vestigios arqueológicos hallados a través de la prospección subacuática presentan un patrón de deposición, caracterizado por la ubicación de los artefactos en depresiones

pequeñas concentradas principalmente en el lecho del recodo. Probablemente, dicho patrón sea resultado de procesos naturales de aluviación, no obstante, no hay que descartar la idea de que haya sido producido por los individuos que realizaron las ofrendas para lo cual hace falta evidencias pertinentes para aseverarlo. Lo anterior conlleva a plantearnos de qué forma se depositaron las ofrendas en el lecho de Arroyo Pesquero, fueron simplemente arrojadas como ocurrió en la primera fase de El Manatí o siguieron normas preconcebidas de colocación, tal y como sucedió en las fases posteriores del mismo sitio. Lo más probable es que los artefactos hayan sido arrojados ya sea desde una canoa o desde la orilla del arroyo. Suponiendo que los individuos que realizaron las ofrendas hayan reconocido y venerado la confluencia de corrientes de agua dulce y salada, así como la formación de remolinos, quizás los artefactos fueron arrojados en los puntos donde se manifestaban dichos fenómenos.

Dentro del ajuar de las ofrendas de Arroyo Pesquero, las máscaras y el elote son artefactos de piedras verdes que no están presentes en las ofrendas de El Manatí ni tampoco en las de La Venta. Esta circunstancia puede ser interpretada como una diversificación o innovación de los tipos artefactos de piedras verdes ofrendados ocurrido particularmente en dicho sitio. Por otra parte, al igual que en El Manatí, en Arroyo Pesquero la presencia de fragmentos de cerámica sugiere que como parte de los rituales realizados en Arroyo Pesquero se consumían ciertos alimentos y bebidas, y que además de los artefactos de piedras verdes quizás se ofrendaron materiales perecederos colocados al interior de vasijas. Ahora bien, la falta de espacios arquitectónicos como templos, puede indicar que este lugar sagrado no era custodiado o vigilado de forma permanente por ciertos individuos o grupo de individuos.

Lamentablemente, aun no se han obtenido los materiales necesarios para hacer una datación absoluta de los rituales de ofrendamiento llevados a cabo en Arroyo Pesquero. Es muy probable que éstas hayan sido realizadas en el mismo periodo que las ofrendas del Complejo A, es decir, del 800 al 400 a.C. Esto no solo se debe a que en los dos lugares las ofrendas constan principalmente de artefactos de piedras verdes, sino también a que en ambos las hachan incisas muestran un motivo iconográfico en común, este es el motivo cuatro puntos y barra el cual puede ser interpretado como un cosmograma esquematizado.

Así pues, se puede decir que entre el 800 y 400 a.C. Arroyo Pesquero era considerado como un espacio de relevancia simbólica en el que se realizaron rituales de ofrendamiento, principalmente de máscaras antropomorfas y hachas de piedras verdes. Probablemente, las ofrendas fueron arrojadas en los puntos donde confluían corrientes de agua dulce y salada y donde se formaban los pequeños remolinos. Aunque no se cuenta con datos estratigráficos, supongo que las ofrendas de Arroyo Pesquero son producto de varios eventos periódicos o cíclicos, ya que son demasiados los artefactos recuperados desde 1969 hasta la fecha como para haber sido ofrendados en un solo momento.

5.4 Los materiales arqueológicos

A continuación, se examinarán los significados y simbolismos de los artefactos ofrendados en Arroyo Pesquero, así como de las imágenes contenidos en ellos. Para esta labor nos enfocaremos en los materiales hallados por el Proyecto Arqueológico Arroyo Pesquero, y en los ejemplares del Museo de Antropología de Xalapa (MAX), los cuales son los que Torres Guzmán recuperó en 1969. En el caso de los artefactos de museos internacionales y colecciones privadas, por su dudosa procedencia y autenticidad solo se tomarán en cuenta para hacer algunas comparaciones de índole estilísticas e iconográficas.

En primer lugar, examinaremos el simbolismo de las materias primas de las ofrendas de Arroyo Pesquero. La gran mayoría de los artefactos que componen dichas ofrendas fueron elaborados de piedras verdes como la jadeíta y la serpentina. Como ya hemos mencionado en el capítulo correspondiente a El Manatí, el simbolismo de los artefactos de piedras verdes puede ser interpretados de dos formas: como poseedores de sustancias y fuerzas anímicas que eran parte del *personhood* de algún ser sobrenatural, o como objetos de origen sagrado que contenían cualidades relacionadas con el agua y la vegetación.

En relación con las tonalidades de las piedras verdes, Jaime Riverón determinó que en la transición del Preclásico Temprano al Medio hay un cambio de colores verdes con matices grisáceos, negruzcos y azulados de la jadeíta, a colores verdes más claros con matices amarillentos de la serpentina (Jaime Riverón, 2003: 753; 2010: 123 y 128). Dentro de los artefactos de Arroyo Pesquero existe una variación entre tonalidades amarillentas y pardas o

café. La tonalidad parda es un rasgo distintivo de varios de los artefactos de Arroyo Pesquero el cual no alude directamente a la vegetación y el agua. Desconocemos el simbolismo y las razones que motivaron su selección y preferencia, sin embargo, dicha tonalidad quizás indica la preferencia de un nuevo tipo de materia prima que tal vez procedía de un yacimiento en particular.

En Arroyo Pesquero las piedras verdes fueron ofrendadas en forma de hachas, máscaras, figurillas y otros tipos de artefactos. Las hachas depositadas fueron pulidas, en ocasiones con imágenes incisas, y también existen hachas muy erosionadas que posiblemente se trata de hachas sin pulir o no concluidas. Asimismo, en el lecho de Arroyo Pesquero se hallaron preformas de hachas y nódulos (Ortiz Ceballos, comunicación personal, 2016). El ofrendamiento de las hachas en sus diferentes fases de la cadena operatoria es un fenómeno cultural que también se observa en las ofrendas de La Merced, que de acuerdo con Jaime Riverón posiblemente refleja una intención de expresar la producción de estos, de representar la transición entre la materia inerte y las cosas vivas, entre lo no terminado y lo concluido (2003: 747).

Con respecto a las hachas incisas, estas contienen imágenes de individuos con atributos sobrenaturales en compañía con elementos cosmológicos. La incisión de dichas imágenes constituye un interés por materializar o hacer visible los seres y elementos no visibles e inmateriales asociados al espacio sagrado de Arroyo Pesquero. Esto contrasta con El Manatí, en donde las hachas y los demás artefactos no poseen imágenes incisas por lo cual los seres sobrenaturales vinculados a este sitio quedan ocultos o en el anonimato. Es La Merced el sitio de la cuenca baja del Coatzacoalcos en donde sí se observa en las ofrendas el interés por exhibir los seres sobrenaturales venerados, los cuales son muy parecidos a los presentes en las hachas de Arroyo Pesquero.

Los seres sobrenaturales plasmados en las hachas de ambos sitios se caracterizan por tener boca entreabierta con labios superior evertido y encía desdentada, ojos almendrados oblicuos, y una hendidura en "V" en la frente de la que emerge un elemento fitomorfo. Este personaje es interpretado por Taube como el dios olmeca del maíz (1996: 44; 2007: 45). Como ya hemos mencionado, durante el Preclásico Medio ocurrió un incremento de la

producción y consumo del maíz en la cuenca baja del Tonalá, con lo cual dicho cultígeno se convirtió en uno de los principales alimentos consumidos por los habitantes de dicha región (Rust y Leyden, 1994: 200). Esta circunstancia dota de mucho sentido y pertinencia a la hipótesis de Taube. No obstante, en el caso de la imagen incisa en el hacha del MAX más que ser la representación del dios olmeca del maíz se trata de un individuo que porta los atavíos característicos de deidad (figura 5.41 y 5.42). Si se observa con detenimiento su rostro se puede distinguir que el personaje porta una máscara bucal, y un tocado de bandas horizontales de las que se proyecta un elemento en forma de hendidura en “V”, con pequeñas líneas paralelas, rematado por un objeto cónico.



Figura 5.41. Hacha incisa de Arroyo Pesquero del MAX. Tomado del catálogo electrónico del MAX.

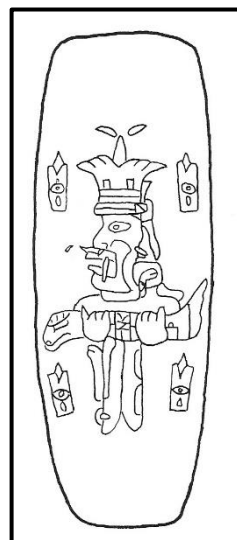


Figura 5.42. Dibujo inciso en el hacha del MAX. Tomado de Reilly, 1995.

De acuerdo con Taube, el elemento en forma de hendidura en “V” en conjunto con el objeto cónico representa una mazorca de maíz que emerge de su follaje (1996: 42), pero también puede tratarse del brote de una planta que nace de la tierra. Por su parte, Reilly plantea que la planta o maíz emergente es la cola de un animal sobrenatural de aspecto saurino (monstruo de la tierra) que simboliza el árbol cósmico del *axis mundi*, y que por lo tanto el tocado del personaje en cuestión es una versión simplificada de dicho árbol (1995: 38). Todas estas hipótesis señaladas conllevan a pensar que el individuo representado en el hacha del MAX está personificando a una deidad

relacionada con el maíz, o bien con aspectos generalizados de fertilidad agrícola y del *axis mundi*.

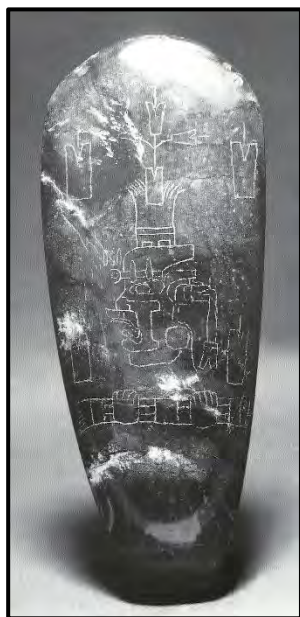


Figura 5.43. Hacha incisa procedente supuestamente de Arroyo Pesquero. Tomado de Schele, 1995.



Figura 5.44. El Señor de Las Limas. Tomado del catálogo electrónico del MAX.

Por otra parte, Reilly señala que las piernas del personaje poseen los rasgos faciales esquematizados del monstruo de la tierra o dragón olmeca, de modo que su cuerpo está incorporado a tal animal sobrenatural (1995: 39). Tomando en consideración una imagen muy similar incisa en un hacha proveniente supuestamente de Arroyo Pesquero consistente en un individuo esquematizado (figura 5.43), supongo que en el hacha del MAX únicamente se presentó la cabeza, hombros y manos del personaje. En este sentido, más que una incorporación, se trata de una yuxtaposición de un ser humano con un animal sobrenatural cuyo rostro está orientado hacia abajo. Por si fuera poco, el individuo del hacha del MAX sostiene con sus manos una figura del monstruo de la tierra de forma serpentina. Joralemon señala que en este caso, al igual en la estela 2 de La Venta, este animal sobrenatural funciona como un símbolo de poder y autoridad (1976: 40). Por el contrario, en el hacha de procedencia desconocida antes mencionada, en lugar del monstruo de la tierra el personaje está sosteniendo una barra o bulto ceremonial compuesto por líneas horizontales interrumpidas por tres bandas verticales equidistantes, que posiblemente se trata de una ofrenda. Cabe señalar que las temáticas de ambas hachas son muy similares a las del relieve 1 de Chalcatzingo, al Señor

de Las Limas (figura 5.44), y troncos como el número 5 de La Venta (figura 5.45). En los dos últimos monumentos señalados los personajes humanos sostienen un infante inerte de rasgos sobrenaturales. Así pues, claramente se puede observar una temática en común en la que existe una sustitución de por lo menos tres tipos de elementos que comparten un mismo significado contextual o espacial, relacionado posiblemente con actividades rituales.



Figura 5.45. Altar 5 de La Venta. Tomado de De la Fuente, 2009.



Figura 5.46. Hachas incisas de La Venta, Tabasco.

El personaje del hacha del MAX está rodeado por elementos rectangulares distribuidos de forma cuatripartita y equidistante en los puntos intercardinales. En el interior de dichos elementos rectangulares hay una especie ojo almendrado del que cuelga una figura oblonga u ovoide a manera de gota de agua, y en la parte superior poseen una hendidura en “V” de la que emerge un elemento fitomorfo puntiagudo o lanceolado. Como podemos observar, los motivos iconográficos del tocado del individuo están duplicados o replicados en los elementos rectangulares, por lo cual claramente comparten un mismo simbolismo. Por tal motivo, Taube propone que los elementos rectangulares son mazorcas de maíz en forma de hachas y por ende constituyen versiones simplificadas del dios olmeca del maíz (1996: 44). Por otro lado, Reilly los identifica como semillas de maíz que junto con el personaje configuran un cosmograma consistente en la representación de las cuatro esquinas del universo y el *axis mundi* (1995: 38-39). Así pues, además de personificar al dios olmeca del maíz y exhibir un vínculo o relación con el monstruo de la tierra, el individuo humano se sitúa en un espacio privilegiado, es decir, en el centro del universo. Todos estos atributos dotan de autoridad religiosa y política

al personaje representado por lo que este puede tratarse de un gobernante o especialista religioso. Como se puede observar el motivo iconográfico cuatro puntos y barra es una representación abstracta o esquemática de la escena incisa en el hacha del MAX, en el que obviamente la barra simboliza al individuo humano o al árbol que funciona como el eje cósmico. Dicho motivo iconográfico está representado en varias de las hachas incisas del complejo A de La Venta (ver figura 5.46), por tanto las ofrendas de ambos sitios poseen simbolismos similares.

Cabe señalar que en el MAX hay otra hacha procedente de Arroyo Pesquero que posee imágenes incisas con una temática diferente a la del hacha anteriormente descrita (figura 5.47). En esta ocasión, la imagen consiste en un personaje humano de cuerpo completo de pie ataviado únicamente con un faldellín y un tocado que consiste en una banda horizontal que ciñe la frente y sobresale a ambos lados de su cabeza. A mi parecer, esta imagen no se apega a los rasgos característicos del estilo olmeca.

Por otro lado, en Arroyo Pesquero se ofrendó un tipo de artefactos ausente en La Venta, estos son las máscaras antropomorfas. Al igual que las hachas, las máscaras albergadas en el MAX poseen tonalidades pardas y claras y algunas no están completamente pulidas (figura 5.48). Se caracterizan por tener carrillos amplios y prominentes, nariz triangular, orejeras tabulares, mentón pronunciado, boca entreabierta mostrando la dentadura superior, ojos rasgados con los párpados bien delineados y frente reducida. Tal y como declara Pohorilenko, dentro del corpus de representaciones antropomorfas olmecas las máscaras de Arroyo Pesquero poseen un grado de extraordinario de realismo y expresividad, cuyos rasgos faciales no están basados en los cánones del complejo icónico *baby-face* (1990: 476-480), el cual a mi parecer es una forma idealizada del rostro humano. El desapego a los cánones idealizados puede ser entendido como una intención de representar el rostro humano de la manera más naturalista posible, de modo que pueda ser distinguido de las representaciones antropomorfas compuestas, es decir, "Olmec stone portrait masks, [...] reveal, rather than obscure, the wearer's true nature in an enduring medium." (Freidel, 1995: 8).



Figura 5.47. Hacha incisa de Arroyo Pesquero. Tomado del catálogo electrónico del MAX.



Figura 5.48. Máscara de Arroyo Pesquero. Tomado del catálogo electrónico del MAX.

El tamaño de las máscaras y el par de orificios presentes en cada oreja indican que éstas eran enseres ceremoniales usados por ciertos individuos (Pohorilenko, 1990: 535). Igualmente, éstas presentan orificios en las fosas nasales y ranuras en los ojos y boca, las cuales pudieron servir para ver, respirar y hablar (Pohorilenko, 1990: 535). De tal forma, es muy probable que las máscaras de Arroyo Pesquero fueron usadas en actividades rituales y posteriormente ofrendadas. Por último, algunas máscaras poseen un orificio en el borde superior de la frente que si bien parece haber funcionado para amarrar o sujetar la máscara, puede que haya sido empleada para poner algún tipo de tocado como plumas.

A pesar del alto grado de realismo que exhiben las máscaras antropomorfas de Arroyo Pesquero albergadas en el MAX, una de ellas posee una imagen esquematizada incisa en las mejillas y debajo de la boca (figura 5.49 y 5.50). Dicha imagen consiste en una versión abreviada o simplificada del rostro del dragón olmeca visto de frente (Benson y De la Fuente, 1996: 236-237). Este dragón olmeca o monstruo de la tierra tiene unas fauces entreabiertas, formadas por una sola banda horizontal alargada que muestra comisuras redondeadas e inclinadas hacia arriba, y un par de colmillos curvo-divergentes hendidos. Sobre los extremos de las fauces reposan sus ojos en forma óvalo contraído o gancho, cuyos iris circulares poseen en su interior líneas cruzadas que emulan el motivo de cruz de San Andrés. Sorprendentemente, el rostro

inciso en la máscara del MAX carece de cejas flamígeras, las cuales son elementos constitutivos y primordiales del dragón olmeca; además, en este caso las comisuras están inclinadas hacia arriba lo cual es una forma inusual de delinearlas. Por muy extraña que parezca esta versión incisa en la máscara de Arroyo Pesquero, sus atributos y forma de representarlos son muy similares a los del dragón olmeca del mural C-1 de Oxtotitlán, por tanto, es posible que exista cierto vínculo entre ambos sitios.



Figura 5.49. Máscara incisa de Arroyo Pesquero. Tomado del catálogo electrónico del MAX.

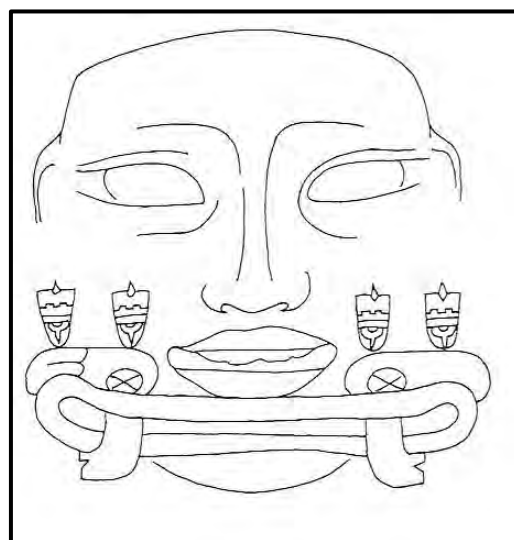


Figura 5.50. Imagen incisa en la máscara de Arroyo Pesquero. Tomado de Pohorilenko, 2008.

Sobre los ojos del dragón olmeca de la máscara del MAX se encuentran cuatro elementos alargados dispuestos verticalmente cuya forma es parecida a un hacha: su base es circular y su parte superior es rectangular. La parte superior de dichos elementos tiene una hendidura en “V” y de ella emerge una figura fitomorfa. Asimismo, al interior de éstos hay una especie de ojo formado por el motivo doble merlón, y un medio círculo concéntrico con un apéndice puntiagudo que se proyecta de parte inferior hacia abajo. Tal y como se puede observar, estos elementos en forma de hachas de la máscara del MAX son casi idénticos a los incisos en el hacha albergada en el mismo museo; no obstante, en cada artefacto la distribución espacial que presentan es distinta: en el primero están pareados sobre los ojos del dragón olmeca siguiendo un eje lineal horizontal, en tanto que en el segundo están dispuestos de forma cuatripartita alrededor del personaje humano. Así pues, considero que los elementos con hendidura en “V” de la máscara también simbolizan los puntos o

esquinas intercardinales del universo y por consiguiente su distribución lineal es una variante de una cosmograma esquematizado. Si bien en esta variante no existe un motivo iconográfico que funcione como eje axial, los dos pares de elementos con hendidura en “V” están situados a los flancos de la boca de la máscara antropomorfa y sobre el rostro del dragón olmeca, lo que supone pensar que la boca de la máscara al igual que dicho animal sobrenatural constituyen el *axis mundi*.

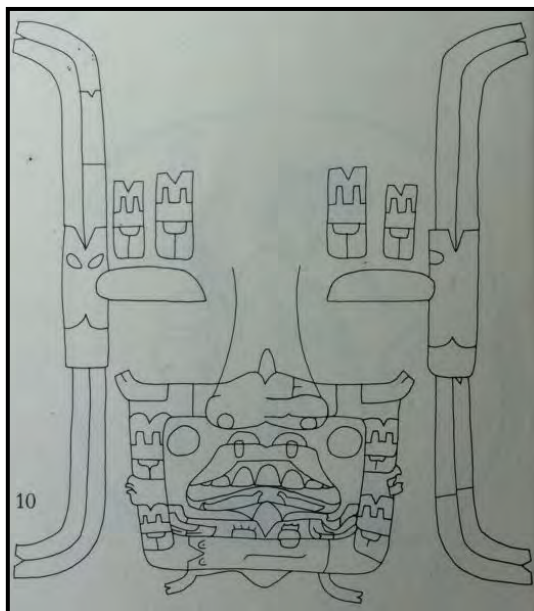


Figura 5.51. Dibujo de las incisiones del rostro del Señor de las Limas. Tomada de Joralemon, 1990.

El acomodo pareado en un eje lineal de los elementos con hendidura en “V” también están incisos es esculturas de piedras verdes como el Señor de las Limas, sin embargo, en este caso se sitúan sobre los ojos del individuo humano (figura 5.51). La boca del Señor de las Limas está rodeada por bandas horizontales y verticales formando un marco cuadrangular. Sobre cada banda vertical hay un par de elementos con hendidura en “V” que presentan un acomodo cuatripartito alrededor de la boca. De tal forma, el Señor de las Limas presenta ambas variantes de representación de un cosmograma, en el que nuevamente la boca, concebida quizás como una cueva, constituye el *axis mundi*. Cabe señalar que en las bandas que ciñen la frente de varios seres humanos y sobrenaturales también se observa el arreglo pareado y lineal de los elementos con hendidura en “V”, los cuales flanquean un círculo con una cruz de San Andrés en su interior y tres figuras alargadas situadas en su parte superior. Así pues, en la variante lineal del cosmograma olmeca, el *axis mundi*

está representado a través de dos elementos diferentes que bien podrían simbolizar una cueva. En definitiva, en la máscara de Arroyo Pesquero albergada en el MAX, se observa nuevamente una yuxtaposición de un ser humano con un animal sobrenatural y con elementos que simbolizan espacios cosmológicos. Además, las imágenes incisas configuran un cosmograma en el que solamente una parte específica del cuerpo humano, la boca, funciona como el *axis mundi*.

En Arroyo Pesquero también se ofrendaron figurillas antropomorfas de cuerpo completo, algunas de las cuales se encuentran bajo resguardo del MAX. Una de éstas es una representación naturalista de un individuo de pie con sus manos extendidas sobre los costados de sus piernas, que posee como atavíos un faldellín sujeto por una faja, y un tocado compuesto por una banda horizontal que ciñe la frente y un casquete hemisférico rematado en su parte superior por una placa prismática; este tocado es semejante a los de las cabezas colosales (figura 5.52). En otra de estas figurillas el personaje humano está representado de forma esquematizada por medio de simples líneas incisas (figura 5.53). La figurilla recientemente hallada por Wendt y su equipo está muy erosionada por lo cual no se aprecian los rasgos faciales, y únicamente se puede decir que se trata de un personaje de pie con sus brazos flexionados sobre su vientre como si sujetara algún objeto (ver figura 5.39). Al igual que las máscaras de Arroyo Pesquero, estas figurillas tienen una tonalidad café y no se apegan a los rasgos característicos del sistema de representación olmeca.



Figura 5.52. Figurilla de Arroyo Pesquero. Tomado del catálogo electrónico del MAX.



Figura 5.53. Figurilla de Arroyo Pesquero. Tomado del catálogo electrónico del MAX.

Por otro lado, el artefacto de piedra recientemente hallado consiste en un objeto pequeño, de 8.7 cm de alto con 2.5 cm de ancho (ver figura 5.38). Su base tiene forma de cono truncado de la que se proyecta su cuerpo de apariencia prismática dividido en dos secciones. Ambas secciones se componen de tres elementos rectangulares separados por una profunda acanaladura, los cuales en su parte inferior poseen una línea incisa festoneada y en la superior presentan la típica hendidura en “V”. La segunda sección está rematada por un elemento cónico carente de incisiones. En mi opinión, este objeto comparte algunas similitudes con los elementos hendidos en “V” presentes en el hacha y la máscara de Arroyo Pesquero. Por su parte, Wendt *et al.* proponen que este artefacto simboliza una mazorca de maíz en la que cada elemento rectangular hendido representa una semilla, y que la tonalidad café hace referencia al color de éstas (2014: 313). Si bien el tamaño de este artefacto no corresponde al de una mazorca de maíz, los restos botánicos recuperados en la cuenca baja del Tonalá, indican que durante el Preclásico Medio esta planta era más pequeña que en la actualidad (Rust y Leyden, 1994: 188). Debido a la forma de su base este inusual artefacto puede ser fragmento de un cetro o el mango de un perforador, no obstante, sin importar su función su simbolismo parece estar asociado a la abundancia, fuerza vital y autoridad (Wendt *et al.*, 2014: 313).

Cabe recordar que Medellín Zenil reporta que en el lecho de Arroyo Pesquero también se hallaron espejos de pirita, sin embargo, en el catálogo electrónico del MAX no existe registro de estos materiales. La presencia de espejos de pirita en espacios rituales no es un fenómeno aislado, además de Arroyo Pesquero éstos fueron depositados en las ofrendas de La Merced y de La Venta. Al igual que las hachas de piedras verdes, los espejos de pirita son bienes suntuosos, que en las representaciones olmecas son portados por individuos de alto rango. El último de los artefactos que compone el ajuar de las ofrendas de Arroyo Pesquero son las vasijas de cerámica. Éstas consisten en tipos domésticos de pastas burdas y medias sin decoraciones en las que predominan los tecomates. El único ejemplo de vasijas con decoraciones es un fragmento de tecomate que presenta en su cara exterior líneas cruzadas en forma de cruz de San Andrés, motivo que como recordaremos está presente en la imagen incisa de la máscara anteriormente descrita. Como en el caso de El

Manatí, es posible que las vasijas de Arroyo Pesquero hayan contenido algún alimento o bebida que era consumida durante los rituales de ofrendamiento, o bien pudieron contener ofrendas de materiales perecederos. Estos materiales domésticos, al igual que las hachas no concluidas, pueden ser indicadores de la participación de individuos de rangos sociopolíticos bajos en los rituales de Arroyo Pesquero.

En suma, las imágenes plasmadas en dos de los artefactos de Arroyo Pesquero indican que en los rituales de ofrendamiento había dos actores primordiales: un ser humano que personificaba a una deidad relacionada con la fertilidad agrícola, posiblemente un gobernante o especialista religioso; y el monstruo de la tierra o dragón olmeca, del cual quizás se creía que habitaba en lugares naturales como Arroyo Pesquero. Probablemente, las ofrendas, cuyos simbolismos se relacionan con el agua y fertilidad, estaban destinadas a dicho animal sobrenatural. La reiteración de cosmogramas plasmados en las imágenes de los artefactos de Arroyo Pesquero, sugiere que tal vez el meandro en donde se realizaron los rituales de ofrendamiento simbolizaba un espacio cósmico, posiblemente el *axis mundi*. Cabe señalar que en Arroyo Pesquero el ser humano es el tema principal de las manifestaciones gráficas, el cual en ciertos casos fue representado de forma naturalista y esquemática sin seguir los rasgos característicos del sistema de representación olmeca.

6. El volcán San Martín Pajapan

6.1 Los Tuxtlas

El volcán San Martín Pajapan se encuentra en la región de Los Tuxtlas, Veracruz, la cual es un sistema montañoso que yace sobre las llanuras costeras del Golfo de México. El clima de esta región está influenciado por diversos factores intrínsecos como son su gradiente altitudinal, su compleja topografía, y su cercanía al mar (Soto, 2004: 196; Soto y Gama, 1997: 16). Adicionalmente, la sierra de Los Tuxtlas constituye una barrera natural entre el mar y el continente, la cual genera diferencias climáticas entre la vertiente Noreste orientada hacia el Golfo de México expuesta al viento (barlovento), y la vertiente Suroeste que mira hacia el interior del continente protegida del viento (sotavento) (Soto, 2004: 196; Soto y Gama, 1997: 7; Guevara, 2011: 36). Los vientos invernales y alisios y las lluvias torrenciales, son retenidos parcialmente por la vertiente Noroeste, originando en la vertiente Suroeste un fenómeno llamado sombra de lluvia consistente en la disminución de la precipitación, así como de la temperatura. Así pues, en la vertiente del Golfo la precipitación media anual oscila de 3,000 a 4,500 mm y la temperatura media anual es menor a 26°C, mientras que en la vertiente continental la precipitación media anual fluctúa de 1,500 a 3,500 y la temperatura media anual es mayor a 26°C (Soto, 2004: 196; Soto y Gama, 1997: 9-13); estos valores hacen de Los Tuxtlas la región más lluviosa de la costa del Golfo de México.

Además del efecto barrera, la precipitación y temperatura varían en función del gradiente altitudinal de los volcanes más prominentes, lo cual da lugar a la conformación de diferentes subtipos climáticos de los tipos cálido, semicálido y templado (figura 6.1) (Soto, 2004: 196-197). Siguiendo las descripciones de Soto, mencionaremos los subtipos de forma ascendente. En las faldas bajas de la vertiente continental, predomina el subtipo cálido subhúmedo Aw2 a una altura de 0 a 500 msnm, es en esta zona donde la sombra de lluvia está más marcada y la temperatura máxima alcanza los 36°C. Posteriormente, a una altura que va de 50 a 1000 msnm se presenta el subtipo cálido húmedo Am, caracterizado por tener lluvias de verano con influencias de monzón y un porcentaje de lluvias invernales de 5-10%. Por otro lado, en las faldas bajas de la vertiente del Golfo persiste el subtipo cálido húmedo Am(f) desde la costa

hasta los 900 msnm; su porcentaje de lluvia invernal es mayor a 10%. Este es seguido por el subtipo cálido húmedo Af(m) que se encuentra entre los 500 y 1000 msnm, cuyo porcentaje de lluvia invernal es menor de 18%. En la cima de los volcanes más prominentes se presentan los subtipos A(C)f(m) y A(C)m(f), a una altura de entre 900 y 1500 msnm en la que la temperatura disminuye por debajo de los 18°C.

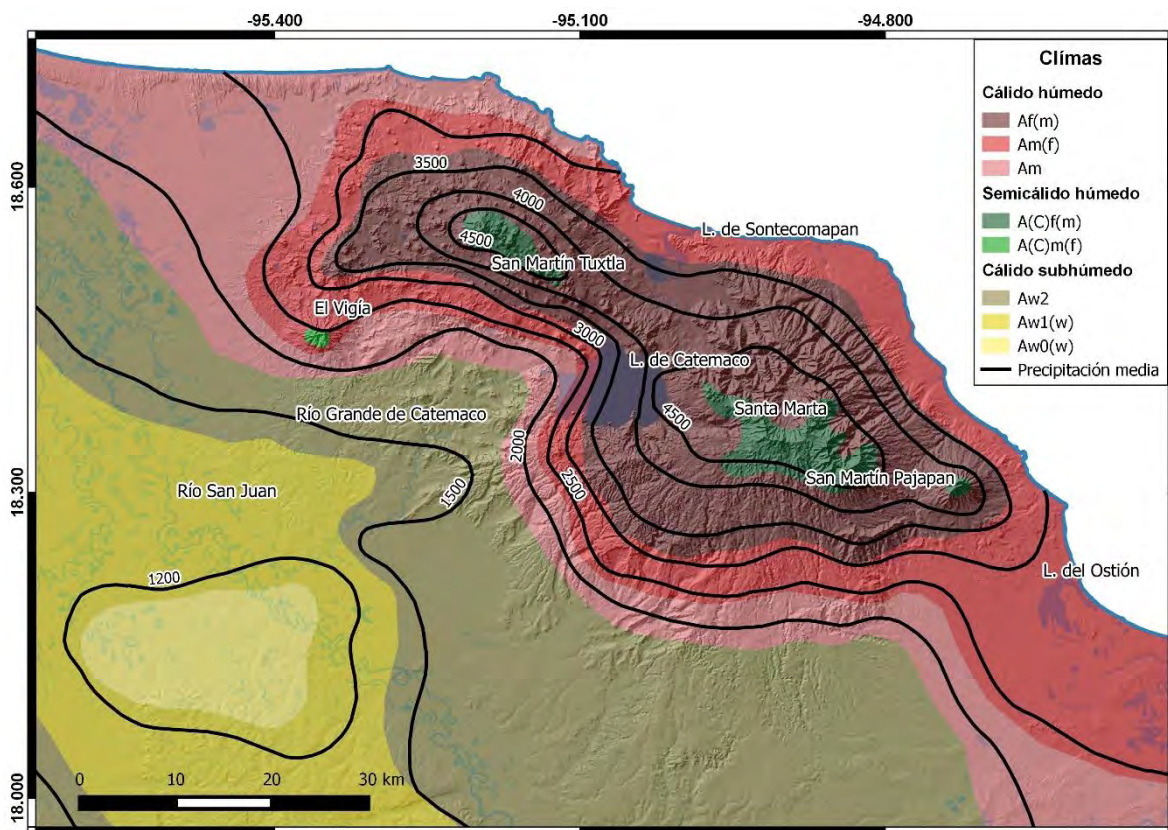


Figura 6.1. Climás y temperatura de Los Tuxtlas. Elaborado por el autor.

A pesar de que en Los Tuxtlas llueve durante todo el año, existe una clara distinción entre una época húmeda de junio a febrero y una seca de marzo a mayo, siendo septiembre el mes más lluvioso y mayo el más seco (Guevara, 2011: 38; Soto, 2004: 195). Durante la época húmeda, los vientos alisios y polares se cargan de humedad en las aguas cálidas del Golfo formando “nortes” y lluvias torrenciales que se precipitan sobre la sierra de Los Tuxtlas; a fines de verano en ocasiones arriban ciclones tropicales, no obstante, estos no inciden de forma violenta ya que esta región está fuera de la trayectoria de fenómenos meteorológicos severos (Guevara, 2011: 38-39; Soto y Gama, 1997: 9). Además de la época de secas que va de marzo a mayo, la región se ve afectada por la canícula o sequía interestival que inicia a mediados de julio y termina a mediados de agosto.

El gradiente climático de Los Tuxtlas, en conjunto con ciertos aspectos fisiográficos, da como resultado un mosaico ambiental habitado por una gran diversidad de flora y fauna (Guevara, 2011: 40-41). Dicho mosaico ambiental está compuesto por nueve tipos de vegetación: selva alta perennifolia, selva media perennifolia, selva baja perennifolia inundada, bosque mesófilo de montaña, bosque de pino, bosque de encino, sabana, manglar y dunas costeras (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 238). Basándonos en las descripciones de Castillo-Campos y Laborde (2004: 242-252), tenemos que en Los Tuxtlas la selva alta perennifolia comprende 11,013 ha y se encuentra entre las tierras bajas y a una altura de 700 msnm aunque en ocasiones llega hasta los 1000 msnm. Este tipo de selva está compuesta por árboles de 20 a 35 m de altura, algunos con contrafuertes, como la ceiba (*Ceiba pentandra*), el zapote mamey (*Pouteria sapota*), el palo de gusano (*Lonchocarpus cruentus*), la pimienta gorda (*Pimenta dioica*); palmas como el chocho (*Astrocaryum mexicanum*) y el tepejilote (*Chamaedorea tepejilote*); arbustos como cornezuelo (*Acacia cornígera*) y el limoncillo (*Siparuna thecaphora*); lianas como la costilla de vaca (*Abuta panamensis*), y el chochogo (*Vitis tiliifolia*); trepadoras como el barbasco (*Dioscorea composita*) y la lengua de vaca (*Syngonium podophyllum*); y epífitas como la raíz de piedra (*Anthurium schlechtendalii*) (Ibarra-Manríquez *et al.*, 1997; Ibarra-Manríquez, 2015). La selva mediana perennifolia, la cual abarca 19,959 ha, posee las mismas especies que la selva alta, sin embargo, la diferencia entre ambas radica en que la primera se ubica sobre cañadas y laderas de 650 hasta 1000 msnm, y el dosel de sus árboles más altos es de 15 m (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 245).

Por su parte, el bosque mesófilo, también llamado bosque de niebla, yace sobre las cumbres de los volcanes más altos de Los Tuxtlas a partir de los 1000 msnm, y abarca un área de 10,770 ha. Se caracteriza por la coexistencia de especies arbóreas neárticas, especies de sotobosque y epífitas neotropicales. El dosel del bosque se compone por árboles de 20 y 30 m de altura tales como *Liquidambar styraciflua*, *Quercus skinneri*, y *Ulmus mexicana*, este último rebasa los 50 m de altura. Sobre los troncos y ramas de estos árboles crecen especies epífitas como *Anthurium scandens*, *Bletia reflexa*, *Peperomia obtusifolia*, y en el sotobosque hay palmas del género

Chamaedorea y helechos arborescentes (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 245-247; Guevara, 2011: 91).

Con respecto al bosque de encino, este se ubica al Sur del volcán Santa Marta entre los 100 y 600 msnm, y ocupa una extensión de 1,063 ha. Consiste en encinos como *Quercus conspersa*, *Q. glaucescens*, *Q. oleoides*, entre otros, los cuales forman un dosel de 15 y 20 m de alto (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 248). Igualmente, al Sur del Santa Marta se encuentra el bosque de pino desde los 500 a los 900 msnm y ocupa 2,034 ha. Se compone por una sola especie de pino, *Pinus oocarpa*, asociadas con arbustos como *Leucothoe mexicana* y hierbas como *Bulbostylis papillosa* (Castillo-Campos, 2004: 249-250).

Pasando a las tierras bajas de Los Tuxtlas, el primer tipo de vegetación que se observa es la selva baja perennifolia inundada. Abarca un área de 504 ha localizada al Noroeste de la laguna de Sontecomapan, y se compone principalmente árboles como apompo (*Pachira aquatica*) y anona (*Annona glabra*), y arbustos entre los que destaca el *Capparis flexuosa* (Castillo-Campos, 2004: 250). La selva baja limita con el manglar, el cual ocupa 523 ha de la porción Sureste de laguna de Sontecomapan, y consta de mangle rojo (*Rhizophora mangle*), mangle negro (*Avicennia germinans*), y mangle blanco (*Laguncularia racemosa*) (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 251). Ahora bien, con un área de 238 ha, las dunas costeras se extienden sobre las costas del Golfo, en éstas se han adaptado de forma natural especies arbóreas y arbustivas de tierra adentro como *Randia laetevirens*, *Tabernaemontana alba*, *Coccoloba barbadensis*, etc. (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 252). Por último, la sabana comprende 9,357 ha de las tierras bajas del Sur y Sureste de la región, y consta de un estrato herbáceo, dominado por gramíneas y leguminosas, en el crecen árboles como nanche (*Byrsonima crassifolia*), tachichón (*Curatella americana*), y jícaro (*Crescentia cujete* y *C. alata*) (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 250). Aunque la sabana de Los Tuxtlas tiene una composición florística y estructura típica de las sabanas tropicales, hay quienes piensan que ésta es producto de la deforestación y alteración de actividades humanas de subsistencia, tales como la agricultura y ganadería (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 261).

En Los Tuxtlas, la alteración de la vegetación a causa de actividades humanas de subsistencia tiene una larga historia que inició en un periodo anterior al preclásico mesoamericano. A través del análisis de polen y carbón obtenido del lecho de la laguna Pompal, ubicada en las faldas occidentales de la sierra de Santa Marta, Goman y Byrne obtuvieron una secuencia polínica dividida en cinco zonas o etapas, en las que se observa un fenómeno de alternación de polen de maíz y polen arbóreo (1998: 85). A través de estos resultados, concluyeron que en los alrededores de la laguna Pompal hubo tres fases de cultivo de maíz y desmontes de árboles seguidos por procesos de regeneración de la vegetación natural: la primera fase se remonta al 4,830 A.P.; la segunda ocurrió entre el 2,600 y 1,300 A.P. (Preclásico Medio y Clásico Medio), la cual está asociada con un evento de disminución del nivel de agua de los lagos, causado por cambios de precipitación que propiciaron condiciones climáticas más secas; y la tercera y última sucedió en el 400 A.P., es decir, durante la época colonial (Goman y Byrne, 1998: 86-88).

En conjunto, los nueve tipos de vegetación presentes en Los Tuxtlas constituyen un total de 3,356 especies de plantas vasculares (Castillo-Campos y Laborde, 2004: 237). A su vez, éstos albergan 851 especies de animales vertebrados: 45 anfibios como el sapo de la costa del Golfo (*Bufo valliceps*) y la rana arborícola (*Hyla picta*); 117 reptiles como la nauyaca (*Bothrops asper*), el lagarto (*Crocodylus moreletii*) y la iguana verde (*Iguana iguana*); 128 mamíferos como el tigrillo (*Leopardus wiedii oaxacensis*), el jabalí (*Pecari tajacu crassus*), el venado real (*Odocoileus virginianus thomasi*) y mono aullador (*Alouatta palliata*); y 561 aves como el tucán pico de canoa (*Ramphastos sulfuratus*), el búho blanquinegro (*Ciccaba nigrolineata*), y el águila arpía (*Harpia harpyja*) (Guevara *et al.*, 2004: 19; González Soriano *et al.*, 1997: 475-628). Asimismo, en los ríos y lagunas de Los Tuxtlas habita una gran variedad de peces entre los que destacan por el consumo humano la mojarra (*Cichlasoma fenestratum*), el guatope (*Heterandria c.f.H. jonesii*), la pepesca (*Bromocharax caballeroi*), y el topote (*Poecilia catemacensis*) (González Soriano *et al.*, 1997: 445-456).

La región de Los Tuxtlas es una sierra montañosa de origen volcánico situado en la provincia fisiográfica de la llanura costera del Golfo de México, por lo cual se le considera como una isla de piedra y lava enclavada en las arenas de las costas veracruzanas (Guevara, 2011: 34). Orientada en dirección

Noroeste-Sureste, Los Tuxtlas comprende aproximadamente 3,300 km², y está aislado de cualquier otro sistema montañoso (Guevara *et al.*, 2004: 19), no obstante, esta región se encuentra a la misma latitud que el eje neovolcánico. Los sedimentos más antiguos depositados en Los Tuxtlas son los de la formación La Laja, correspondientes a la época Oligoceno de la era Terciaria o Cenozoica (28 millones de años), que consisten en arenas, areniscas calcáreas, lutitas margosas y microfauna de origen marino, interestratificadas con ceniza volcánica y arcilla tobacea (Ríos Macbeth, 1952, citado en Martin-Del Pozzo, 1997: 27).

A estos sedimentos le siguen los de las formaciones Concepción y Filisola del Mioceno (de 23 a 7 millones de años), sucesivamente. Dividida en Inferior y Superior, la formación Concepción está conformada por arcillas margosas que contienen bivalvos y gasterópodos, así como laminillas de mica y cristales de pirita; en tanto que la formación Filisola está compuesta por arenas y areniscas de grano fino a medio que presentan restos de macrofauna, conchas, cristales de mica, laminillas de lignita y material volcánico (Martin-Del Pozzo, 1997: 27). Cabe señalar que los sedimentos de la formación Concepción son ricos en caolinita, mineral de arcilla el cual fue empleado por los habitantes prehispánicos de Los Tuxtlas para elaborar vasijas finas (Santley *et al.*, 2000: 145; Pool, 2007: 90).

Sobre la formación Filisola descansan rocas volcánicas formadas durante el Plioceno y Pleistoceno, las cuales dan cuenta del intenso vulcanismo ocurrido desde hace 7 hasta 2 millones de años (Martin-Del Pozzo, 1997: 27-28, 29-30); no obstante, la actividad volcánica de Los Tuxtlas inició desde el Oligoceno, es decir, hace 28 millones de años (Williams y Heizer, 1965: 4). Posteriormente, hace 800 mil años comenzó un periodo reciente de vulcanismo de tipo monogenético (volcanes con un solo evento eruptivo), que dio lugar a la creación de numerosos conos cineríticos y maares (figura 6.2); estos últimos son cráteres bajos producidos por explosiones freatomagmáticas que después se llenan de agua (Martin-Del Pozzo, 1997: 30). En la actualidad, en Los Tuxtlas se observan alrededor de 300 conos cineríticos y siete volcanes de gran envergadura (Guevara, 2011: 35), estos son: el San Martín Tuxtla, El Vigía, el Mono Blanco, y el Blanco, ubicados al Oeste del lago de Catemaco; y

El Campanario, el Santa Marta y el San Martín Pajapan, ubicados al Este del lago de Catemaco (figura 6.3).



Figura 6.2. Ejemplos de conos cineríticos (Cerro del Diablo) y maeres (Laguna Pizatal) de Los Tuxtlas. Tomado de Guevara, 2011.

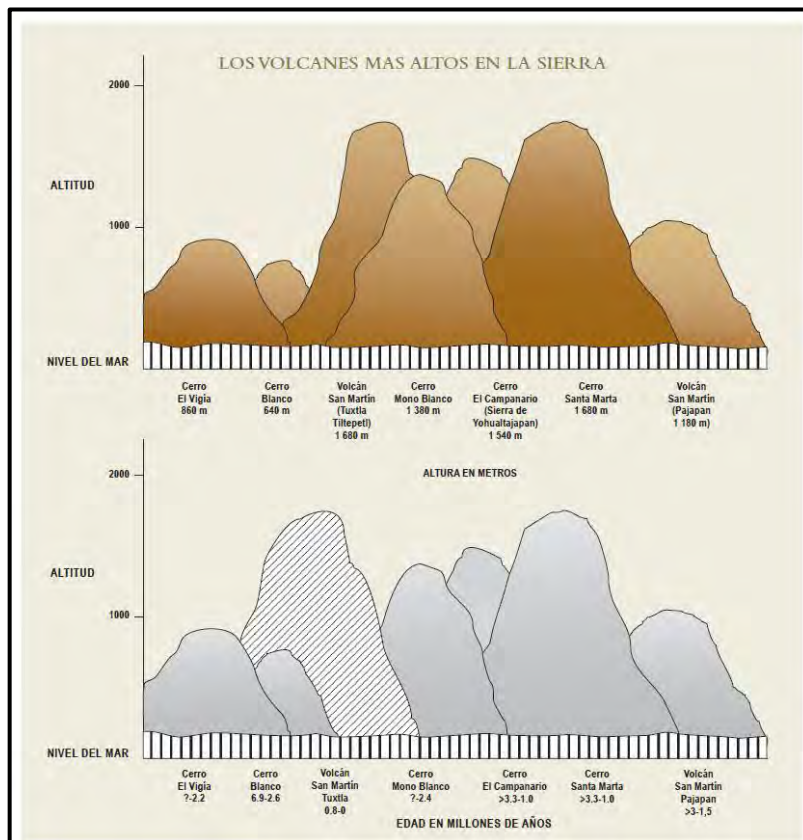


Figura 6.3. Principales volcanes de Los Tuxtlas. Tomado de Guevara, 2011.

Estos volcanes se componen principalmente de basanitas y basaltos alcalinos con inclusiones de cristales de olivino, augita y piroxeno, así como por algunas andesitas y basaltos calco-alcalinos (Nelson y González-Caver, 1992: 91-94; Thorpe, 1977: 25). Las rocas basálticas de Los Tuxtlas fueron el material predilecto que los habitantes preclásicos de la costa del Golfo

utilizaron para la elaboración de la gran mayoría de sus esculturas de medianos y grandes formatos. Al respecto, Williams y Heizer determinaron que sitios como Tres Zapotes, San Lorenzo y La Venta, aprovecharon los yacimientos del cerro El Vigía, cerro Cintepec y Roca Partida, respectivamente (1965: 4-7, 15-18). Adicionalmente, Gillespie identificó un taller escultórico olmeca conocido bajo el nombre de Llano del Júcaro, ubicado entre el sitio de Laguna de los Cerros y el yacimiento de cerro Cintepec (1994: 240-241).

Con base en sus etapas de actividad, Nelson y González-Caver dividieron el campo volcánico de Los Tuxtlas en dos series: la serie volcánica vieja y la serie volcánica joven (figura 6.4). La primera serie está constituida principalmente por los volcanes de la parte oriental de la región (el Santa Marta, el San Martín Pajapan y El Campanario), y por algunos volcanes ubicados en la parte occidental (Cerro Miltepec y cerro El Vigía, entre otros), los cuales estuvieron activos desde hace 7 hasta 1 millón de años (Nelson y González-Caver, 1992: 88-90). Por su parte, la segunda serie se encuentra únicamente en la parte occidental de Los Tuxtlas y abarca el San Martín Tuxtla, así como el conjunto de conos cineríticos y maares ubicados entre la falda Este de dicho volcán y del lago de Catemaco, cuyas actividades volcánicas iniciaron hace 800 mil años (Nelson y González-Caver, 1992: 90-91).

Las erupciones más recientes del San Martín Tuxtla ocurrieron en los meses de mayo, junio y agosto de 1793, las cuales produjeron columnas o nubes de humo que oscurecieron el cielo, sismos, lluvia de cenizas, y acumulación de materiales piroclásticos (Moziño, 1870). Al parecer, la erupción narrada por Moziño fue de tipo estromboliana, ésta consiste en explosiones intermitentes que pueden durar semanas e incluso años, generando derrames de lava y ceniza; las erupciones estrombolianas son típicas de magmas basálticos como el de Los Tuxtlas, por lo cual éstas son las que han ocurrido con mayor frecuencia en dicha región (Santley *et al.*, 2000: 148-149).

Asimismo, a través de diversos estratos de ceniza volcánica hallados en las excavaciones de los sitios de Matacapán, Bezuapan y La Joya, Santley *et al.* lograron identificar diez erupciones ocurridas en el Arcaico, Preclásico y Clásico, que en cada periodo tuvieron un impacto o efecto distinto al que los habitantes de Los Tuxtlas respondieron de diversas formas (2000: 143, 158-160). De estas diez, tres erupciones, producidas al parecer por los cerros Mono

Blanco y Nixtamalapan, corresponden al periodo Preclásico: la primera sucedió en el Preclásico Temprano alrededor del 1300 a.C., mientras que las últimas dos sobrevivieron al final del Preclásico Tardío en el 100 y 250 d.C., respectivamente (Santley *et al.*, 2000: 150 y 157).

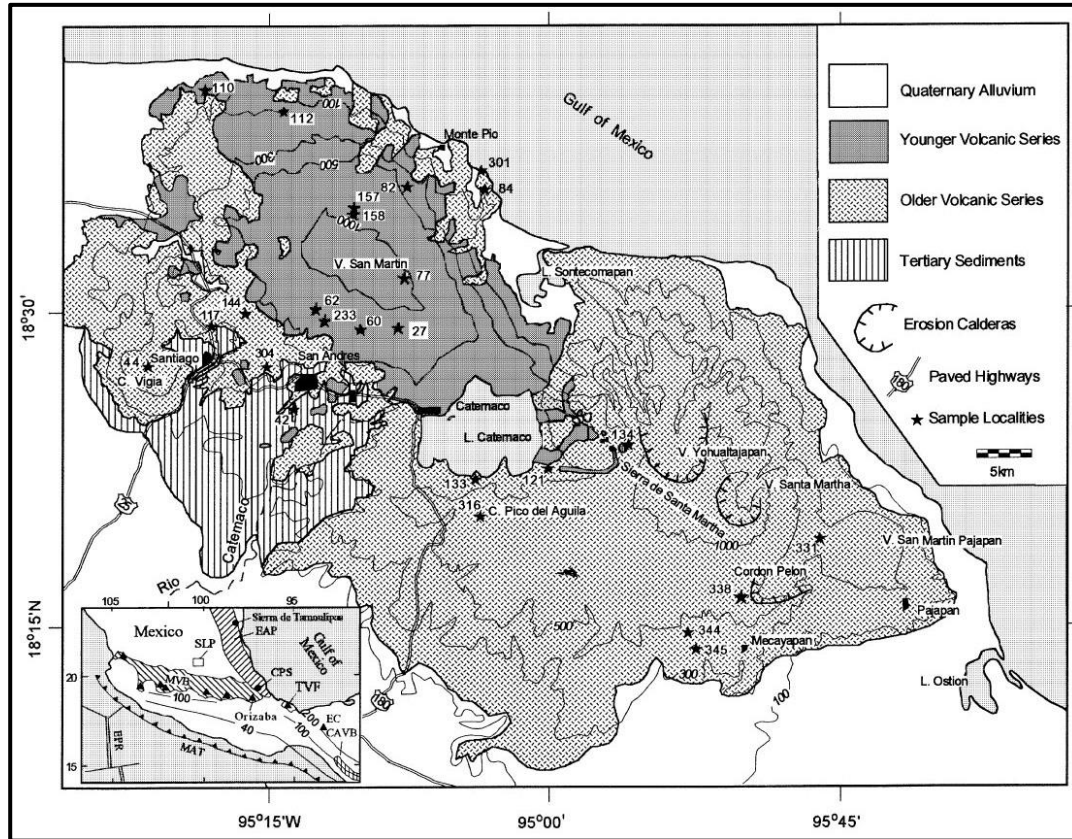


Figura 6.4. Campo volcánico de Los Tuxtlas. Tomado de Nelson *et al.*, 1995.

El vulcanismo al que Los Tuxtlas ha estado sometido desde hace millones de años, fue el principal agente que modeló el paisaje. De tal forma, los derrames de lava definen la estructura de los volcanes, de la red fluvial y de los acantilados, en tanto que las cenizas dan lugar a la formación de relieves de pendiente suave como los lomeríos (Martin-Del Pozzo, 1997: 26; Geissert, 2004: 164). Asimismo, los derrames de lava se acumulan en los lechos de los ríos creando cascadas, y se proyectan hasta la costa en donde el oleaje del mar produce acantilados verticales y entrantes abruptos, interrumpidos por playas y barras que reciben los sedimentos acarreados por los ríos (figura 6.5) (Martin-Del Pozzo, 1997: 26; Geissert, 2004: 164).

De acuerdo con Martín-Del Pozzo, los volcanes de Los Tuxtlas se pueden dividir en tres grupos geomorfológicos: grandes volcanes parcialmente erosionados, conos pequeños con pendientes suaves y conos muy jóvenes con

pendientes abruptas (1997: 26). Por su parte, Geissert distinguió tres principales unidades geomorfológicas en Los Tuxtlas: las montañas o volcanes prominentes, que constituyen el 13% del área de la región; los lomeríos, que con 82% de la superficie son el relieve dominante; y las planicies bajas acumulativas, que abarcan tan solo 3% del terreno (Geissert, 2004: 164-165).



Figura 6.5. Derrame de lava conocido como Peña Hermosa. Tomado de Guevara, 2011.

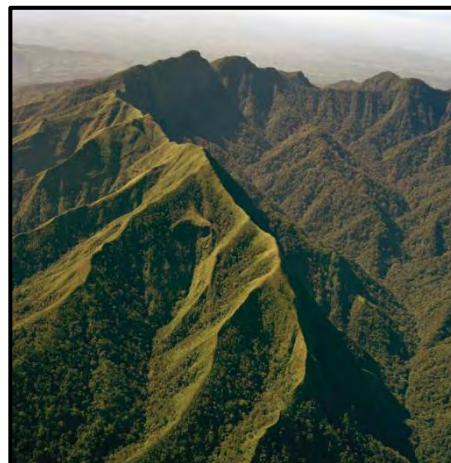


Figura 6.6. Cráter del Santa Marta. Tomado de Siemens, 2009.

A grandes rasgos, el primer grupo consta de montañas bajas de 800 a 1700 msnm, que presentan crestas conspicuas, profundas barrancas radiales y laderas escarpadas con una pendiente que varía entre los 15 y 35 grados (figura 6.6) (Geissert, 2004: 165-166). Los volcanes más altos son el San Martín Tuxtla y el Santa Marta, ambos con una altura de 1680 msnm, seguido por El Campanario (1540 msnm), el Mono Blanco (1380 msnm), el San Martín Pajapan (1180 msnm), El Vigía (860 msnm), y el Blanco (640 msnm) (figura 6.7). En los volcanes de mayor antigüedad como el Santa Marta, el San Martín Pajapan y El Campanario, el drenaje de los ríos y arroyos es más denso y el relieve más escarpado que el de los volcanes jóvenes como el San Martín Tuxtla, el cual ha sido parcialmente rejuvenecido por depósitos volcánicos recientes (Geissert, 2004: 165). La inclinación de los tres volcanes antiguos antes mencionados presenta una variabilidad alta (Geissert, 2004: 168), que se debe a la erosión desigual producto de las diferentes cantidades de precipitación pluvial que reciben en las laderas del barlovento y del sotavento. Así pues, las laderas orientadas hacia la costa son las que reciben la mayor cantidad de precipitación pluvial, por lo cual éstas son las más inclinadas (Nelson y González-Caver, 1992: 86); en el caso del Santa Marta y de El

Campanario tal circunstancia provocó la ampliación y apertura de sus cráteres hacia el Norte (Santley *et al.*, 2000: 147).

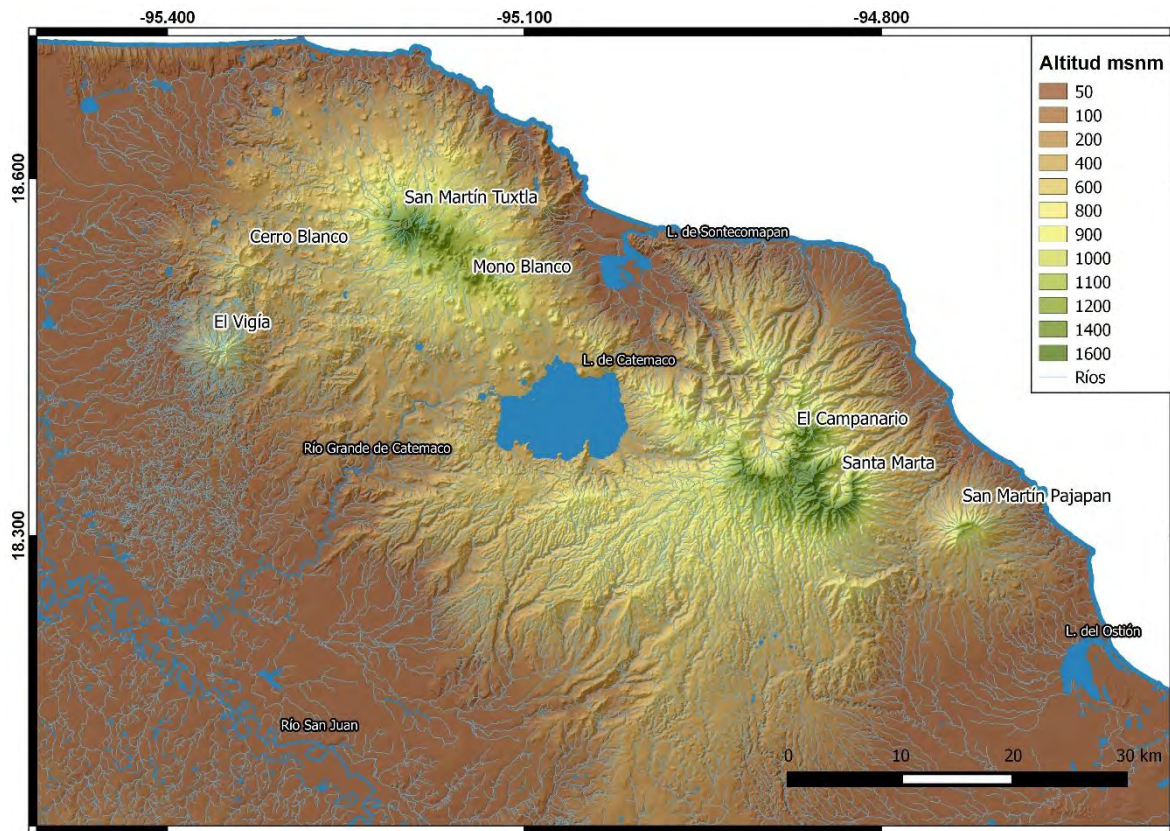


Figura 6.7. Altitud e Hidrografía de Los Tuxtlas. Elaborado por el autor.

Con respecto al segundo grupo, estos son lomeríos ondulados de pendiente suave y en ocasiones abrupta que presentan una altitud media de 359 y 937 msnm (Geissert, 2004: 165). Se componen principalmente por laderas bajas e intermedias de los volcanes, modeladas por la disección de los ríos, así como por conos cineríticos de poca altura y lomeríos constructivos (Geissert, 2004: 165-166). Por último, las planicies bajas acumulativas se ubican en la costa del Golfo y entre ellas destacan la de Sontecomapan y la de Tecuanapa. La primera es una planicie fluvio-lacustre definida por la laguna de Sontecomapan, en la cual se forma esteros, zonas inundables y cordones litorales; la segunda es una planicie fluvial con cauces sinuosos que termina en playas arenosas (Geissert, 2004: 167).

En Los Tuxtlas, hay una diversidad de tipos de suelos creados principalmente por el origen volcánico de la región y por la variación geomorfológica, climática y vegetal (Campos, 2004: 181). De acuerdo con Campos, la gran mayoría de los suelos de la región se caracterizan por tener un sustrato de rocas ígneas mezclado con ceniza, texturas arcillosas,

coloraciones paras, rojizas y amarillentas, y alta acidez (2004: 182-188). Son cuatro los tipos de suelos más abundantes en Los Tuxtlas los cuales están distribuidos en cuatro cuadrantes alrededor del lago de Catemaco: los luvisoles y acrisoles comprenden el 34% de la región, se encuentran en los cuadrantes Sureste y Noreste, respectivamente; los andosoles abarcan un 21%, yacen en el cuadrante Noroeste; y los Feozems constituyen un 18%, se ubican en el cuadrante Suroeste (Campos, 2004: 182; Pool, 2007: 69). Los luvisoles y acrisoles consisten en suelos producidos a través de la erosión, lixiviación y coluviación de las laderas de los volcanes como el Santa Marta y el San Martín Pajapan. Los andosoles son suelos fértiles derivados de cenizas y rocas volcánicas ricas de volcanes como el San Martín Tuxtla. Por último, los Feozems son suelos húmedos muy fértiles con alta concentración de materia orgánica, los cuales son y fueron los más preciados por los habitantes contemporáneos y antiguos de Los Tuxtlas (Pool, 2007: 69).

Pasando a la hidrología, Los Tuxtlas tiene un extenso y complejo sistema de ríos, arroyos y lagos producido por el relieve montañoso, la cantidad de cráteres volcánicos y la abundante precipitación anual (Vázquez H. *et al.*, 2004: 201). Dicho sistema forma parte de las cuencas de los ríos Papaloapan y Coatzacoalcos, y está dividido en tres grandes vertientes: la vertiente Norte y Noreste correspondiente a la subcuenca del Papaloapan denominada Tecolapilla, que desemboca en el Golfo de México y en la laguna de Sontecomapan; la vertiente continental que comprende las subcuencas, igualmente del Papaloapan, del río San Juan, San Andrés y del lago de Catemaco; y la vertiente Sureste que abarca las subcuencas, ahora del Coatzacoalcos, del río Calzadas y de la laguna costera del Ostión (Vázquez H. *et al.*, 2004: 202).

Los ríos de Los Tuxtlas nacen en las cimas y laderas de los principales volcanes, en donde la topografía configura una red hidrológica radial y ramificada (Vázquez H. *et al.*, 2004: 202). Así pues, desde las partes altas de los volcanes descienden corrientes de aguas dulces cristalinas en forma de someros arroyos permanentes e intermitentes, constituidos por profundos lechos rocosos de pendientes fuertes, que conforme llegan a las laderas medias y bajas, confluyen dando lugar a ríos permanentes de mayor caudal y profundidad (figura 6.8). No obstante, en comparación con los ríos

Coatzacoalcos y Tonalá, así como sus respectivos afluentes, los ríos de Los Tuxtlas son poco caudalosos y de corta extensión. En la vertiente de la costa del Golfo los cuerpos de agua más caudalosos son los ríos Prieto, Salinas, Oro, los cuales nacen en el volcán San Martín Tuxtla, y los ríos Coxcoapan, Yohualtajapan, Guasinapa y Piedra Labrada, los cuales nacen en la sierra del Santa Marta. Por otro lado, en la vertiente continental estos dos volcanes también originan cuerpos de agua sobresalientes como son los ríos Osoluapan, Huazuntlan, Michapan, Hueyapan, Tepango, Xoteapan, Tecolapan, y el río Grande de Catemaco que nace en el lago que lleva el mismo nombre. Varios de estos ríos como el Grande de Catemaco, el Xoteapan, el Tepango, el Tecolapan y el Hueyapan, presentan cualidades físicas favorables para la navegación, por lo cual es muy probable que en época prehispánica funcionaron como importantes rutas fluviales de transporte a nivel interregional (Favila Vázquez, 2016: 277-278). A esto hay que añadir la posible navegación de las costas de Los Tuxtlas, que seguramente desde el Preclásico constituyó una importante ruta comercial.



Figura 6.8. Uno de los arroyos que descenden por la falda Este del San Martín Pajapan. Foto del autor.



Figura 6.9. Lago de Catema. Foto del autor.

Otros de los tipos de cuerpos de agua abundantes en Los Tuxtlas son los lagos y lagunas. El 80% de los lagos de la región se localizan en las laderas Sur y Oeste del volcán San Martín Tuxtla, y consisten en fallas volcánicas y cráteres bajos en los que se acumuló agua dulce tales como los lagos Majahual, Chalchopan, Encantada, entre otros; estos últimos son conocidos como maares y existen alrededor de 40 en la región (Vázquez H. *et al.*, 2004: 207-208; Martin-Del Pozzo, 1997: 30). El lago de mayor tamaño es el de Catemaco, tiene 7,437 ha de extensión y una profundidad entre 7.5 y 11 m, y se formó a causa del bloqueo de un drenaje de agua con depósitos volcánicos

del plio-pleistoceno (figura 6.9) (Vázquez H. *et al.*, 2004: 203 y 207; Martín-Del Pozzo, 1997: 30). Cabe señalar que el lago de Catemaco posee dos fuentes de agua mineral, Arroyo Agrio y Coyame, y dos islas, Agaltepec y Tenagre (Favila Vázquez, 2016: 90). El segundo cuerpo de agua de mayor tamaño de Los Tuxtlas es la laguna costera de Sontecomapan, la cual tiene un área de 932 ha y una profundidad media de 1.5, y al estar conectada con el mar sus aguas tienen cierto grado de salinidad (Martín-Del Pozzo, 2004: 203). Otra laguna de gran tamaño es la del Ostión, que a pesar de que no es considerada como parte de Los Tuxtlas, está estrechamente relacionada con ésta, ya que buena parte de los ríos que nacen en el volcán San Martín Pajapan desembocan en ella.

Como podemos observar, el paisaje de Los Tuxtlas está fuertemente influenciado por su origen volcánico que dio lugar a la formación de volcanes y lagos de tamaños considerables situados sobre la costa del Golfo de México, los cuales seguramente fueron la fuente o base de muchas creencias religiosas y míticas prehispánicas. Aunado a esto, el vulcanismo y la fuerte precipitación fluvial fueron fenómenos naturales que influyeron sobremanera la forma de habitar, experimentar y concebir el paisaje de Los Tuxtlas. En este caso, las lluvias funcionaron los marcadores cíclicos de la temporalidad del paisaje, en tanto que las erupciones volcánicas era marcadores esporádicos que representaban amenazas o catástrofes a las cuales los habitantes de la región estaban familiarizados desde el Preclásico. Además de ser un capital simbólico, Los Tuxtlas también fue un importante capital económico puesto que es este lugar de donde los habitantes prehispánicos de la costa del Golfo extrajeron el basalto, el cual fue la principal materia prima que utilizaron para tallar sus esculturas y, al igual que las piedras verdes, seguramente poseía connotaciones sagradas.

6.2 El entorno natural y social del volcán San Martín Pajapan

Ubicado en el extremo Sureste de Los Tuxtlas, el volcán San Martín Pajapan constituye el límite fronterizo entre dicha región y la subprovincia fisiográfica de la llanura costera veracruzana. Así pues, al Sur limita con las llanuras bajas y planas que comienzan a partir del actual poblado de Tatahuicapan, la cuales son irrigadas por los ríos que nacen en este volcán; algunos de ellos, como los

ríos Metzapa, Agachapa y Temoloapan, desembocan en la laguna del Ostión. Al Norte y Este las faldas del San Martín Pajapan se extienden por 6 y 7 km hasta llegar a las costas del Golfo, en donde se observan derrames de lava que penetran en el mar formando acantilados como el de Peña Hermosa; estos acantilados son intersectados por los cordones de playa originados por los ríos que descienden desde dicho volcán. Al Oeste, las faldas bajas del San Martín Pajapan convergen con las faldas bajas de la sierra de Santa Marta a una distancia aproximada de 5 km, e igualmente sus cuerpos de agua confluyen dando lugar a ríos como el Pilapa y el Texizapan. De tal forma, estos dos volcanes forman una barrera natural difícil de atravesar entre la costa de Golfo y el interior del continente.

Si bien sus faldas bajas se conectan con las del Santa Marta, el San Martín Pajapan es un volcán claramente delimitado y separado de cualquier otra elevación natural prominente. Comprende un área semicircular de 49.80 km² y su altura máxima es de 1180 msnm (Geissert, 2004: 164-166). De acuerdo con Nelson y González-Caver, el San Martín Pajapan es un estratovolcán compuesto por flujos de lava basáltica intercalados con piroclastos, cubiertos por suelos lateríticos de 50 cm de profundidad (1992: 88). Aunque a nivel regional predominan las basanitas y basaltos alcalinos, las rocas de este volcán son basaltos andesíticos calco-alcalinos (Nelson y González-Caver, 1992: 94). Como ya hemos mencionado, pertenece a la serie volcánica vieja de Los Tuxtlas que estuvo activa desde hace 7 millones hasta 1 millón de años. La datación de uno de los flujos de lava más jóvenes, a través del método potasio-argón (K-Ar), sugiere que probablemente la actividad volcánica del San Martín Pajapan terminó hace 1.5 millones de años (Nelson y González-Caver, 1992: 88). A diferencia de la actividad volcánica del San Martín Tuxtla, el San Martín Pajapan no presenta ninguna erupción durante el Preclásico, ni mucho menos en periodos posteriores, que haya fomentado su sacralización. Por tal motivo, considero que no fueron las cualidades malignas y catastróficas las que se veneraron sino fueron las cualidades benignas y favorables.

Usualmente los estratovolcanes se caracterizan por ser estructuras cónicas bien definidas, no obstante, el San Martín Pajapan tiene una forma trapezoidal o de cono truncado. Posiblemente, la forma cónica de su cúspide o cráter fue alterada en un principio por las erupciones producidas durante su periodo de

actividad. Igualmente, al ser uno de los volcanes más antiguos de Los Tuxtlas el San Martín Pajapan ha estado expuesto a un extenso proceso de erosión, causado por las lluvias torrenciales y el flujo constante de los ríos, que dio como resultado la fuerte alteración de su forma. Así pues, la forma actual de este volcán semeja un trapecio o cono truncado cuyo cráter pobremente definido presenta dos aberturas en sus extremos Noreste y Suroeste, que dan lugar a la formación de dos cordilleras: la costera y la continental (figura 6.10).

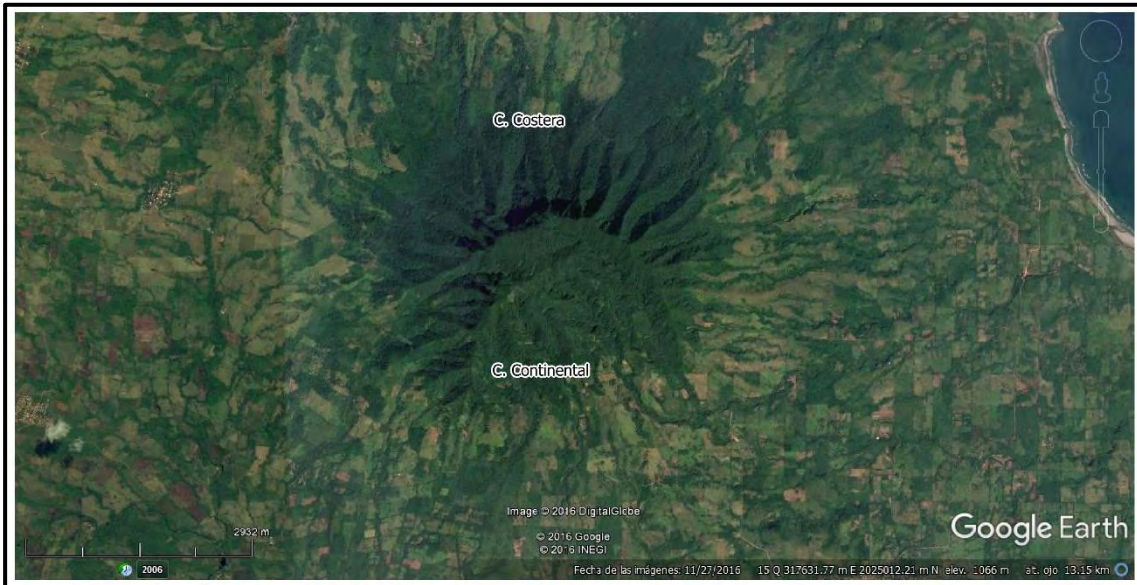


Figura 6.10. Vista en planta del San Martín Pajapan.

La cordillera costera está compuesta por una serie de crestas o picos que se mantienen entre los 1000 y 1100 msnm, y vista en planta tiene una forma de “U” siendo su cara convexa la que está orientada hacia el Golfo de México. De tal forma, dicha cara está expuesta directamente al viento y a las lluvias torrenciales, los cuales funcionan como agentes erosivos que originaron barrancas profundas muy inclinadas y laderas sumamente escarpadas. Por otro lado, la cordillera continental consiste en una franja relativamente recta orientada en un eje Noreste-Suroeste, cuyas barrancas son menos profundas e inclinadas ya que están en cierta medida protegidas por la cordillera costera de los vientos y las lluvias. En el extremo Suroeste de la cordillera continental se encuentran las dos crestas de mayor altura, a las cuales Medellín Zenil nombró San Martín I ubicada al Norte con una altura de 1180 msnm, y San Martín II ubicada al Sur con una altura de 1150 msnm (1968: 9). Estas crestas quedan divididas por un valle o planicie en la cual durante la época de lluvias se forma una laguna somera, de la que surge un pequeño arroyo que desciende por el

lado poniente (Medellín Zenil, 1968: 9). Fue en esta planicie donde se encontraba el monumento del San Martín Pajapan cercano a la laguna mencionada por Medellín.

Estas crestas en conjunto con la planicie constituyen la topoforma más conspicua del San Martín Pajapan que figura o semeja al motivo iconográfico de hendidura en “V”, el cual es uno de los elementos más importantes dentro del sistema de representación olmeca (figura 6.11). Como ya hemos mencionado en el capítulo anterior, dicho motivo iconográfico es uno de los rasgos distintivos de seres sobrenaturales como el monstruo de la tierra y la llamada deidad olmeca del maíz. Asimismo, cabe la posibilidad de la hendidura en “V” simbolice una abertura de la tierra, quizás una cueva, de la cual en muchas representaciones emergen elementos fitomorfos cónicos y tripartitos. En la topoforma del San Martín Pajapan no hay una cueva, no obstante, si se toma en cuenta la laguna que se forma en época de lluvias, es posible que haya sido concebida como una abertura de la que brota agua. En este sentido, los elementos y simbolismos de la topoforma de este volcán son parecidos a los de El Manatí, ya que en este cerro brotan manantiales que forman la poza en donde se depositaron las ofrendas. Si bien esta conjetura puede ser un tanto simplista ya que en el relieve abrupto de muchas montañas se observan picos y crestas que configuran una hendidura en “V”, no es casualidad que el monumento de San Martín Pajapan haya sido colocado en la planicie que divide a los picos más altos de dicho volcán.

Al igual que en los demás volcanes prominentes de Los Tuxtlas, el San Martín Pajapan retiene parte de las nubes que ingresan al continente, las cuales traen consigo un rocío que humedece la vegetación, así como lluvias torrenciales acompañadas de relámpagos. Este fenómeno natural también pudo ser un elemento relevante que dotó de ciertos simbolismos a dicho volcán. Cabe recordar que Sahagún comentó en su obra que las sociedades nahuas postclásicas de la cuenca de México, pensaban que las montañas prominentes, en especial en las que se “arman nublados”, eran dioses asociados a la lluvia (2006: 47). En este sentido, a pesar de la amplia distancia temporal existente entre los nahuas postclásicos y los habitantes preclásicos de la costa del Golfo, es muy probable que estos últimos hayan tenido alguna creencia semejante. Así pues, a mi parecer los principales rasgos naturales

que conforman el complejo simbólico del San Martín Pajapan son la topoforma de hendidura en “V”, la laguna que se forma en ésta, y la retención de nubes que provocan lluvias. Al respecto, Medellín argumentó que el San Martín Pajapan es el sitio mágico por excelencia propicio para la devoción y el contacto con los dioses debido a que es uno de los puntos más altos dentro del Sur de Veracruz, en el cual la tierra entra en contacto con el cielo y en donde las nubes se reúnen generando lluvias (1968: 10).

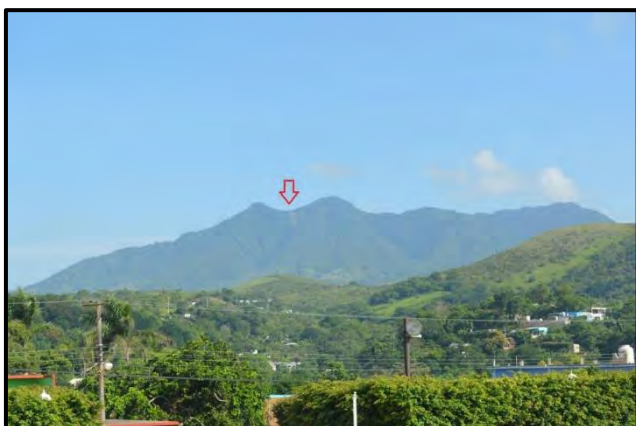


Figura 6.11. San Martín Pajapan visto desde el Suroeste, en el pueblo de Pajapan. La flecha indica el lugar de hendidura en “V” donde se encontraba el monumento.
Foto del autor.

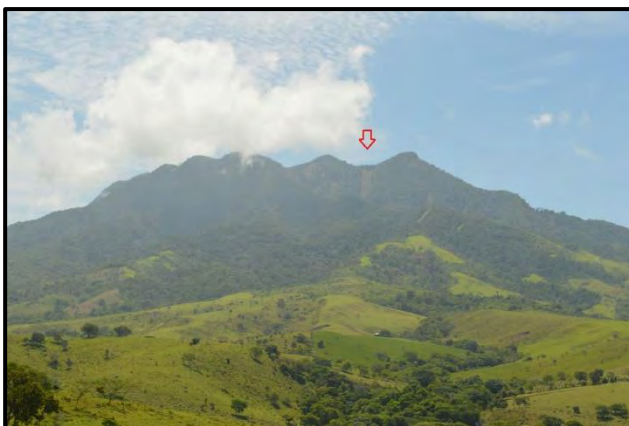


Figura 6.12. San Martín Pajapan visto desde el Oeste, en el pueblo de Benigno Mendoza. Foto del autor.

Debido a su gran altura el complejo simbólico del San Martín Pajapan tiene muy buena visibilidad a nivel regional. La topoforma de hendidura en “V” está orientada en sentido Noroeste-Sureste (figura 6.11 y 6.12). Por tal motivo, desde estos rumbos la topoforma se percibe con claridad al igual que desde otros rumbos como el Este, Oeste y Sur, no obstante, en cada uno de estos su visibilidad disminuye y su apariencia cambia dependiendo del ángulo de orientación del espectador. Por otra parte, la topoforma no es visible desde el Norte, Noreste y Suroeste: desde los primeros dos rumbos lo que se observa es la cordillera costera, y desde el segundo se observa el pico San Martín II que obstruye la vista del San Martín I (figura 6.13 y 6.14). Ahora bien, desde la topoforma de hendidura en “V” se aprecia al Sureste una amplia extensión de las llanuras costeras, así como el borde costero del Golfo desde las faldas del San Martín Pajapan hasta la actual ciudad de Coatzacoalcos, entre las que sobresale la laguna del Ostión (figura 6.15). Al Noroeste se observa la sierra del Santa Marta y una porción de la costa del Golfo, por lo cual hacia este rumbo la visibilidad a nivel regional es limitada.

En la parte occidental de Los Tuxtlas la visibilidad regional del San Martín Pajapan es nula ya que nuevamente la sierra de Santa Marta obstruye por completo el panorama. Desde lugares como Santiago Tuxtla, San Andrés Tuxtla y Catemaco, el San Martín Pajapan no es perceptible y en la parte costera solo se observa a partir del poblado de Oyapan. De tal forma, este volcán no forma parte de los rasgos visibles del paisaje occidental de Los Tuxtlas y, por consiguiente, es probable que sitios preclásicos de esta área como Tres Zapotes, Matacapán, La Joya, entre otros, no tenían una relación visual cotidiana con dicho volcán. Caso contrario ocurre con los asentamientos situados en las faldas orientales del Santa Marta, y en la porción costera circunscrita por dicha sierra y el San Martín Pajapan. Desde sitios serranos como Piedra Labrada, o sitios costeros como Los Laureles, el San Martín Pajapan y su tofoforma de hendidura en “V” son claramente visibles; estos se encuentran a 12 y 21 km de distancia hacia el Noreste, respectivamente.



Figura 6.13. San Martín Pajapan visto desde el Norte, en la boca del río Tecuanapa. Foto del autor.

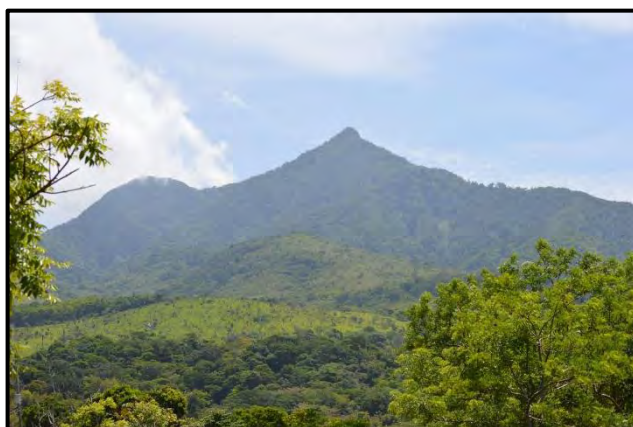


Figura 6.14. San Martín Pajapan visto desde el Sur. Foto del autor.

Igualmente, en el Sur y Sureste de las llanuras costeras el San Martín Pajapan también tiene una amplia visibilidad, ya que en esta región hay pocas elevaciones prominentes que obstruyen el panorama. Así pues, este volcán y su tofoforma de hendidura en “V” son visibles en toda el área comprendida por los municipios de Acayucan, Jaltipan, Cosoleacaque, Minatitlán y Coatzacoalcos (figura 6.16). De acuerdo con Coe y Diehl, desde San Lorenzo es visible en días claros el San Martín Pajapan, asentamiento el cual se encuentra a 63 km de distancia hacia el Sur (1980: 16). Cabe señalar que los custodios del sitio de La Venta mencionan que, en condiciones óptimas de visibilidad, el San Martín Pajapan se puede ver desde la cima del Montículo C-

1, el cual está situado a una distancia de 76 km hacia el Sureste. Por otra parte, en el Suroeste de las llanuras costeras la visibilidad de dicho volcán es limitada puesto que a medida que se avanza hacia el Oeste la sierra del Santa Marta obstruye su vista. Los sitios desde donde se alcanza a ver el San Martín Pajapan son Laguna de los Cerros y El Marquesillo, los cuales se encuentran a 47 y 59 km hacia el Suroeste, respectivamente.

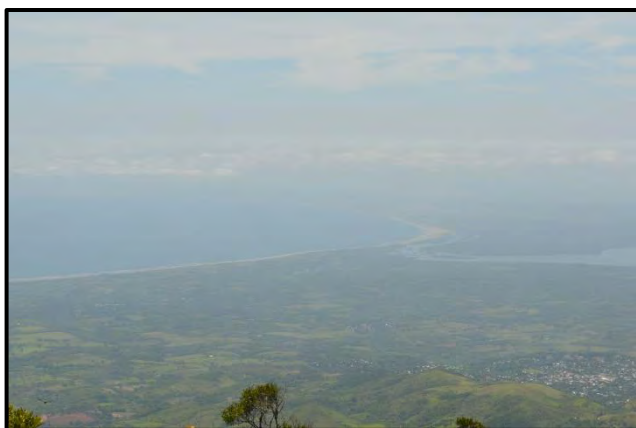


Figura 6.15. Vista hacia el Sureste desde la topografía de hendidura en "V". Foto del autor.

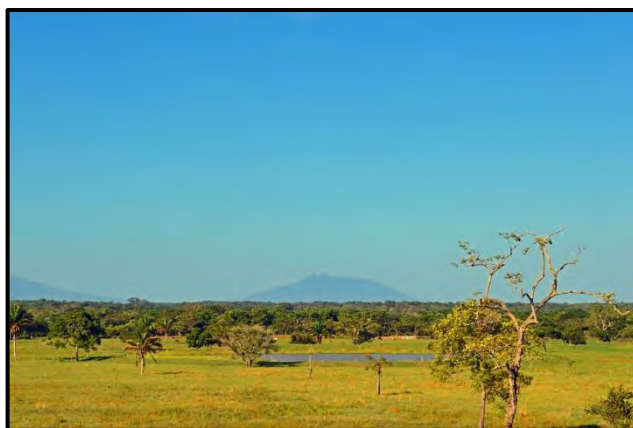


Figura 6.16. San Martín Pajapan visto desde el Suroeste, sobre la autopista 145D cercano al poblado de El Marquesillo. Foto del autor.

Así pues, considero que en ciertas zonas de Los Tuxtlas y de las llanuras costeras el San Martín Pajapan era un rasgo relevante del paisaje que funcionó como punto de referencia para las rutas de transporte tanto terrestres como fluviales. Sin lugar a dudas, los habitantes de las zonas serranas y costeras delimitadas por el Santa Marta y el San Martín Pajapan, estaban ampliamente familiarizados con dicho volcán ya que por su relativa cercanía pudieron mantener una relación más estrecha y habitual con éste. En estas áreas, Lourdes Budar y su equipo han realizado un reconocimiento de superficie sistemático desde el 2008 hasta la fecha, el cual ha dado como resultado la identificación de 4136 estructuras concentradas principalmente en dos zonas: la ladera oriental del Santa Marta aledaña a Piedra Labrada y llanura costera de La Perla del Golfo (2016: 74-75). A pesar de que aún no se cuenta con una cronología absoluta y precisa para el área estudiada, Budar identificó elementos cerámicos (tecomates, decoración de rastrillado y de líneas incisas) que dan cuenta de la presencia de grupos humanos durante el periodo Preclásico, siendo la zona de La Perla del Golfo la de mayor ocupación registrada en área planas y pantanosas cercanas a la costa, en tanto que la

zona de Piedra Labrada hay una ocupación menor alrededor de afloramientos basálticos que fueron explotados de forma intensiva (figura 6.17) (2016: 78-79).

Asimismo, tanto en la zona serrana como en la costera existen otros vestigios que sirven como indicadores no solo de ocupación preclásica sino también de la adscripción del sistema político-religioso olmeca, me refiero al monumento 6 de Piedra Labrada (La Gorila) y el de Los Laureles (figura 6.18 y 6.19). Éstas consisten en esculturas basálticas de mediano formato y de baja calidad que representan personajes antropomorfos compuestos sosteniendo en cada mano una antorcha y una manopla, lo cual es un tema recurrente y distintivo del sistema de representación olmeca; otros ejemplos de esta temática son los monumentos 10 y 26 de San Lorenzo, el monumento de La Isla, y los cuatro monumentos del patio hundido de Teopantecuanitlán (Ortiz Brito, 2013: 217-219). Con base en la clasificación estilística de Milbrath, Dafne Agüero Tepetla propuso que el monumento 6 de Piedra Labrada corresponde al Preclásico Medio o Tardío; además, a través de las excavaciones que realizó en el sector Sur del sitio, logró determinar una ocupación que va del 400 a.C. al 900 d.C. (2012: 163-165). Con respecto al monumento de Los Laureles, considero que también corresponde al periodo Preclásico Tardío ya que, al igual que La Gorila, este monumento tiene un acabado burdo y exhibe cierto desapego de los rasgos característicos del estilo olmeca.

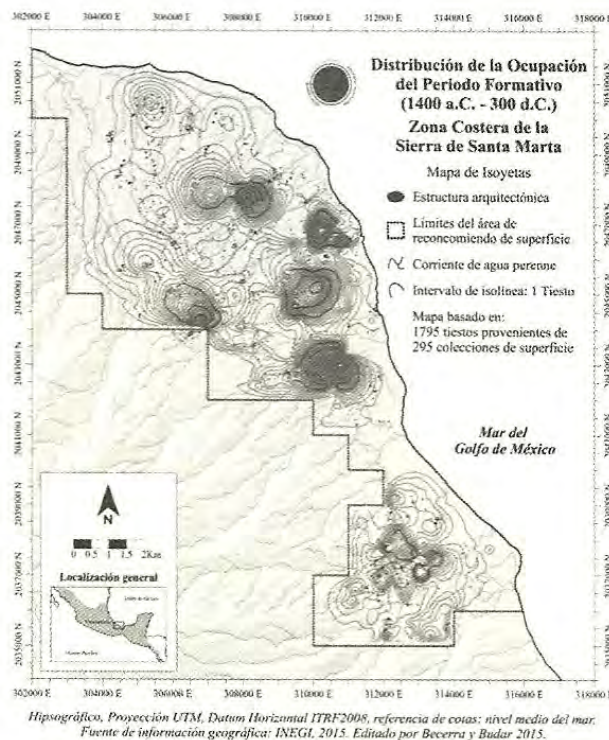


Figura 6.17. Tomado de Budar, 2016.

Lo anterior claramente señala que por lo menos a principios del Preclásico Tardío había grupos humanos asentados en zonas relativamente cercanas al San Martín Pajapan. Debido a que estos asentamientos estaban adscritos al sistema político-religioso olmeca es muy posible que hayan tenido conocimiento del monumento del San Martín Pajapan, y que hayan participado en las peregrinaciones y demás actividades rituales realizadas en lugar donde se colocó este monumento. No obstante, es poco probable que Piedra Labrada o Los Laureles hayan sido quienes esculpieron y colocaron el monumento en la cima del volcán, ya que éste presenta un fino acabado y un cabal apego a los rasgos distintivos del estilo olmeca, lo cual indica que fue hecho por escultores más expertos que los que labraron los monumentos de dichos sitios y que corresponde a un periodo anterior, quizás a inicios del Preclásico Medio.



Figura 6.18. Monumento 6 de Piedra Labrada. Tomado del Archivo gráfico del PiLaB.



Figura 6.19. Monumento de Los Laureles. Tomado del Archivo gráfico del PiLaB.

En relación con las llanuras costeras, el San Martín Pajapan funcionó, quizás en menor medida, como un punto de referencia del paisaje, por lo cual supongo que los habitantes de esta región también tenían conocimiento del monumento colocado en la cima de dicho volcán, e igualmente realizaron peregrinaciones y participaron en las actividades rituales efectuadas en éste. Además, es en esta región donde se localizan los dos asentamientos

preclásicos más importantes de la costa Sur del Golfo, responsables del desarrollo y difusión del sistema de representación olmeca y de las creencias asociadas a éste, estos son San Lorenzo y La Venta. Seguramente uno de estos dos sitios fue el encargado de erigir la pesada escultura en el rasgo más conspicuo del San Martín Pajapan, ya que éstos eran quienes contaban con los artesanos más especializados y con los recursos económicos necesarios para realizar tan ardua empresa. Es importante mencionar que en la acrópolis de Loma del Zapote, sitio ubicado en el hinterland de San Lorenzo, se dispuso una escena escultórica en la que dos monumentos poseen una temática similar a la del monumento del San Martín Pajapan (figura 6.20) (Cyphers, 2004: 249-253). De igual forma, en La Venta hay un fragmento de escultura, monumento 44, que además de ser casi idéntico al monumento de San Martín Pajapan al parecer procede del mismo yacimiento (figura 6.21) (Dr. F. H. Stross, comunicación personal, citado en Clewlow y Corson, 1968: 177; Clewlow, 1970: 37). Por tanto, es posible que ambos monumentos correspondan a una misma escuela escultórica procedente, quizás, de La Venta; Clewlow sugiere que ambos monumentos pudieron haber sido elaborados por un mismo escultor, o bien por dos escultores que estaban en contacto cercano y familiarizados con el trabajo de cada uno (Clewlow, 1970: 37). Aunado a esto, autores como Grove proponen que la estructura C-1 de La Venta, la cual tiene una forma cónica, simboliza una montaña sagrada (1999: 286; 2000: 291; 2007: 33). Así pues, es claro que La Venta, y en menor medida el hinterland de San Lorenzo, estaba íntimamente relacionado con el complejo simbólico del San Martín Pajapan.

Si bien en el área occidental de Los Tuxtlas el San Martín Pajapan no es un rasgo visible del paisaje, no hay que descartar la posibilidad de que sus habitantes también hayan realizado peregrinaciones a este volcán. Tal y como señala Pool, el monumento procedente del actual poblado de Lerdo de Tejada es muy parecido al monumento del San Martín Pajapan (2010: 109), por lo cual es posible que los habitantes del occidente de Los Tuxtlas por lo menos estaban familiarizados con los simbolismos atribuidos a este volcán (figura 6.22). Además, en esta área de Los Tuxtlas también hay una montaña en la que se dispuso una escultura olmeca, me refiero al cerro El Vigía (figura 6.23). En la cresta Norte de la cumbre del cerro El Vigía se encontró semienterrada la

cabeza colosal de Cobata con su rostro orientado hacia el Sur, y a la altura de su boca había una ofrenda que consistía en cuchillo de obsidiana de 12 cm de largo al interior de un plato Naranja Fino (Francisco Beverido, comunicación personal, citado en De la Fuente, 2007: 159).



Figura 6.20. Monumento 8 y 9 de Loma del Zapote. Foto del autor.



Figura 6.21. Hallazgo del Monumento 44 de La Venta. Tomado del catálogo electrónico del Smithsonian Institution.

A pesar de estar asociada a material cerámico del Clásico, no cabe duda que la cabeza colosal de Cobata fue labrada durante el periodo Preclásico, no obstante, hay autores que la sitúan en diferentes fases. De la Fuente afirma que corresponde a una época tardía del desarrollo del estilo olmeca e inclusive manifiesta que debido a sus rasgos formales y de representación puede ser considerada como una obra no olmeca (2004b: 257-259). Por otra parte, Pool propone que por sus similitudes estilísticas con las cabezas colosales de Tres Zapotes puede ser datada para inicios del Preclásico Medio, y que posiblemente funcionó como un marcador territorial de la unidad política de Tres Zapotes (2010: 108-109, ver tabla 5.1). Cabe señalar que el cerro El Vigía fue la principal fuente de basalto utilizada por Tres Zapotes para el tallado de esculturas y demás artefactos de piedra (Williams y Heizer, 1965: 4; Pool y Ortiz Ceballos, 2008: 438). Por lo tanto, no cabe duda que Tres Zapotes mantuvo relaciones significativas con el cerro El Vigía de tipo político, económico y posiblemente ideológico.



Figura 6.22. Monumento de Lerdo de Tejada. Foto de Christopher Pool tomada de Loughlin, 2012.



Figura 6.23. Cabeza cososal de Cobata hallada en el cerro El Vigía. Foto del autor.

Resulta interesante que al igual que el San Martín Pajapan, el cerro El Vigía pertenece a la serie volcánica vieja de Los Tuxtlas cuya última erupción ocurrió hace 2 millones de años (Nelson y González-Caver, 1992: 88-90). Así pues, pareciera que en ambas zonas de Los Tuxtlas los grupos preclásicos establecieron relaciones de diversa índole con volcanes inactivos que no representaban una amenaza. Cabe recordar que durante el periodo Preclásico hubo por lo menos tres erupciones, producidas al parecer por el cerro Mono Blanco y el Nixtamalapan, que afectaron de forma diferente a los asentamientos del occidente de Los Tuxtlas. En esta área las primeras evidencias de asentamientos humanos datan del 1400-1000 a.C., los cuales consistían en aldeas y caseríos igualitarios concentrados en la parte alta del valle del río Catemaco, cuya subsistencia consistía en el cultivo de maíz, la recolección de frutos como coyol, zapote y aguacate, y la caza y pesca de una amplia diversidad de animales (Santley y Arnold, 1996: 228-229; VanDerwarker, 2006: 194-195). La erupción ocurrida a finales del Preclásico Temprano provocó el abandono de algunos de estos sitios como es el caso de Macatacapán; no obstante, otros sitios como La Joya permanecieron siendo habitados (Santley *et al.*, 2000: 156). Esta erupción volcánica no tuvo un alto impacto a nivel regional ya que, durante los últimos siglos del Preclásico Temprano, en el Sur de Los Tuxtlas Laguna de los Cerros emergió como un centro primario cuyo gran desarrollo se debió a control de yacimientos de basaltos, y al establecimiento de relaciones políticas y económicas con San

Lorenzo basadas por medio del labrado de esculturas olmecas (Borstein, 2001: 180-183, 186-189).

Durante el Preclásico Medio (1000-400 a.C.) sucedieron nuevos cambios en el patrón de asentamiento de estas y otras zonas de Los Tuxtlas. Laguna de los Cerros perdió su poderío político y económico a la vez que sufrió un tremendo declive poblacional, lo cual fue causado principalmente por la caída de San Lorenzo como el gran centro rector preclásico de la costa del Golfo (Borstein, 2001: 195-2009). Por el contrario, la cuenca del río Catemaco experimentó un crecimiento poblacional que se caracterizó por el abandono parcial de la parte alta de la cuenca, y la reubicación de los asentamientos en las partes medias y bajas de las mismas (Santley y Arnold, 1996: 229-231). Además, en esta área ocurrió un desarrollo de una jerarquía incipiente en la que sitios como La Joya y el recién fundado Teotepec eran aldeas de gran tamaño (Santley y Arnold, 1996: 229-230); estudios paleobotánicos y zooarqueológicos realizados en el primer sitio mencionado revelaron que en el Preclásico Medio se intensificó el cultivo del maíz y el consumo de animales se enfocó en mamíferos terrestres (VanDerwarker, 2009: 33-35). Igualmente, las áreas de El Mesón, Tres Zapotes y Hueyapan, las cuales estaban levemente pobladas en el Preclásico Temprano, tuvieron durante el Preclásico Medio un incremento poblacional, así como una jerarquización marcada por la presencia esculturas olmecas (Loughlin, 2012: 360-361, 367-368; Pool y Ortiz Ceballos, 2008: 430-432; Killion y Urcid, 2001: 7-9).

Si lugar a dudas, Tres Zapotes fue el asentamiento de Los Tuxtlas que tuvo el más amplio crecimiento poblacional y desarrollo jerárquico durante el Preclásico Medio, no obstante, no se compara con la gran complejidad alcanzada por el coetáneo sitio de La Venta. De acuerdo con Pool y Ortiz Ceballos, en dicho periodo Tres Zapotes fue un centro primario, con una extensión de 80 a 150 ha, que controló una unidad política autónoma pequeña en la que el grupo elite tuvo acceso a materiales exóticos (serpentina), estableció nuevas redes comerciales para la obtención de obsidiana, y esculpió una cantidad considerable de monumentos olmecas con piedras basálticas locales (2008: 442). A principios del Preclásico Medio en Tres Zapotes se labraron, con un estilo muy propio, temas escultóricos característicos del sistema de representación olmeca, tales como las cabezas colosales; en tanto

que a finales del Preclásico Medio se tallaron estelas que evidencian importantes cambios formales, estilísticos e iconográficos, uno de los mejores ejemplos de esto es la estela C de Tres Zapotes (Pool y Ortiz Ceballos, 2008: 437). Así pues, debido a que el monumento del San Martín Pajapan presenta un íntegro apego a los rasgos característicos del estilo olmeca, considero que Tres Zapotes no pudo ser el responsable de su elaboración.

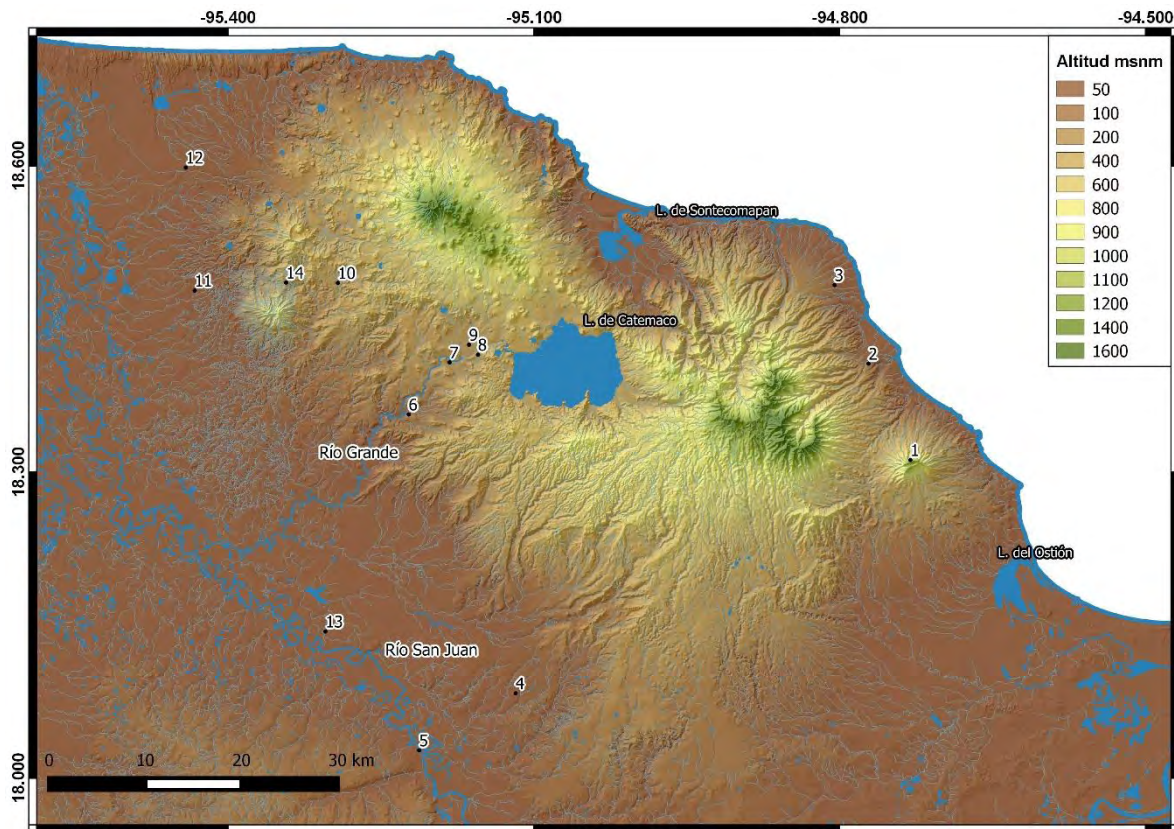


Figura 6.24. Sitios arqueológicos del periodo Preclásico de Los Tuxtlas: 1) San Martín Pajapan. 2) Piedra La. 3) Los Laureles. 4) Laguna de los Cerros. 5) El Marquesillo. 6) Chuniapan de Abajo. 7) La Joya. 8) Bezuapan. 9) Matacapán. 10) Totocapan. 11) Tres Zapotes. 12) El Mesón. 13) Cuauhtotolapan. 14) Cobata. Elaborado por el autor.

Es en el Preclásico Tardío (400 a.C.-100 d.C.) cuando Tres Zapotes experimentó su máximo apogeo alcanzando una extensión de 500 ha (Pool, 2010: 98), lo cual tal vez se debe a la caída de La Venta como el centro rector de la costa del Golfo. Durante este periodo, en Tres Zapotes se emprendió un programa constructivo de complejos o espacios arquitectónicos administrativos y residenciales, en las que se reubicaron e incorporaron monumentos hechos en la etapa anterior, así como otros recién esculpidos (Pool, 2007: 248; 2010: 124). El periodo Preclásico Tardío de la costa Sur del Golfo también se ha denominado como Epi-Olmeca puesto que, tal y como señala Pool, este lapso de tiempo se caracteriza por la adaptación de rasgos culturales de tradición

olmeca a un nuevo paisaje político y económico (2000: 152). De tal forma, los monumentos y estelas de Tres Zapotes elaboradas durante esta etapa, muestran reminiscencias de convenciones temáticas y estilísticas olmecas, así como nuevos temas y estilos similares a los de sitios de regiones lejanas de Mesoamérica, como es el caso de Izapa; otro rasgo trascendental de la etapa Epi-Olmeca es el desarrollo de sistemas de registro calendáricos plasmados en piedras como la Estela C de Tres Zapotes (Pool, 2007: 250-263).

Los fenómenos culturales de la etapa Epi-Olmeca no fueron exclusivos de Tres Zapotes sino también se presentan en otros asentamientos de Los Tuxtlas. En el extremo Oeste de esta región El Mesón se consolidó como un centro importante que construyó complejos arquitectónicos cívico-ceremoniales semejantes a los de Tres Zapotes, a la vez que erigió estelas cuyos atributos estilísticos e iconográficos las relacionan con las estelas de Izapa (Loughlin, 2012: 361-364, 368-369). En la parte baja de la cuenca del río Catemaco, hubo un incremento poblacional, que si bien fue minúsculo, dio como resultado el surgimiento del centro primario, conocido como Chuniapan de Abajo, el cual poseía elementos arquitectónicos como un juego de pelota (Santley y Arnold, 1996: 231). El área de Hueyapan tuvo un incremento poblacional mayor que se concentró principalmente en el sitio Papayal-Chacalapan, el cual al parecer se dedicó a la producción de cerámica estandarizada de distribución local e inclusive regional (Killion y Urcid, 2001: 9). Por último, en el valle del río Tepango surgieron por lo menos cuatro centros importantes de los cuales Totocapan fue un sitio autónomo que controló su propio territorio, en tanto que Arroyo Salado, Cruz de Vidaña y La Mechuda eran sitios secundarios adscritos a la esfera política de Tres Zapotes (Stoner, 2011: 318-321). A finales del Preclásico Tardío ocurrieron una serie de erupciones volcánicas que afectaron diferencialmente el desarrollo de varias de las regiones antes mencionadas, lo cual se observa en sitios como Matacapán, La Joya y Bezuapan (Santley *et al.*, 2000: 156-157).

A lo largo de todo el periodo Preclásico los asentamientos de las diversas áreas de Los Tuxtlas antes mencionadas estuvieron adscritas en diferente escala al sistema político-religioso olmeca. Dicha adscripción no está marcada únicamente a través de las esculturas olmecas de sitios como Tres Zapotes y Laguna de los Cerros, sino también por medio de complejos cerámicos. En las

áreas de Tres Zapotes, Laguna de los Cerros, El Mesón, Hueyapan, así como en los valles de los ríos Catemaco y Tepango, están presentes uno o más rasgos cerámicos que suponen una unidad cultural tales como tecomates, vasijas de cocción diferencial, decoraciones de estampado de mecedora, doble línea quebrada, Calzadas Excavado, Limón Inciso, etc. (Santley y Arnold, 1996: 228; Killion y Urcid, 2001: 7; Borstein, 2001: 175-208; Stoner, 2011: 233-252; Loughlin, 2012: 100-136). En el caso de las faldas orientales del Santa Marta los únicos elementos que señalan la adscripción al sistema político-religioso olmeca son el Monumento 6 de piedra Labrada y el Monumento de Los Laureles. No obstante, en los alrededores del San Martín Pajapan aún no se ha identificado con exactitud un centro primario con vestigios olmecas que haya ejercido cierto control sobre el espacio ritual de este volcán. Los sitios con vestigios olmecas más importantes como San Lorenzo, La Venta, Laguna de los Cerros y Tres Zapotes se localizan entre 50 y 70 km de distancia del San Martín Pajapan, por lo tanto, el acceso a este volcán suponía un largo y arduo trayecto de peregrinaje a través de diferentes rutas terrestres y fluviales.

6.3 El contexto arqueológico

En este apartado se procederá a describir el contexto arqueológico del monumento del San Martín Pajapan. En primer lugar, se hará mención de las observaciones hechas por Blom y La Farge sobre su ascenso al volcán y de la información que Ismael Loya les proporcionó acerca del hallazgo del monumento. Posteriormente, se describirán los trabajos arqueológicos realizados en 1969, para lo cual nos basaremos en el informe de campo que Mario Navarrete nos facilitó cordialmente, y en el diario de campo de Medellín el cual se encuentra en el archivo técnico del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana.

Mucho antes de que se diera a conocer a la comunidad arqueológica el hallazgo del monumento del San Martín Pajapan, los habitantes de la región ya sabían de su existencia e inclusive le rendían culto, puesto que tenían la creencia de que era la personificación de la deidad llamada Chane, el Dueño de los Animales del Monte o el Dios Jaguar (García de León, 1969: 295; Medellín, 1968: 9; Lazos Chavero y Paré, 2006: 90). Fue Loya quien les informó a Blom y La Farge sobre esta escultura situada en la cima del San

Martín Pajapan, que conoció durante sus trabajos topográficos realizados en el Sur de Veracruz en 1897. Loya les comentó que movió la escultura a una corta distancia para utilizarla como marcador de su trabajo y que debajo de ella encontró un hoyo en el cual había unas vasijas que contenían varios objetos de jade, de los cuales uno estaba labrado en forme serpiente; asimismo, les mencionó que al mover la escultura le quebró los brazos (Blom y La Farge, 1926: 45).

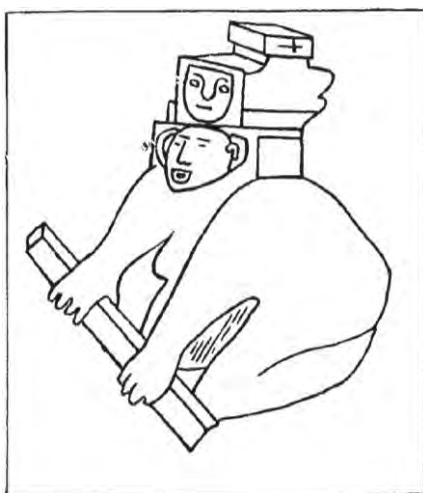


Figura 6.25. Dibujo elaborado por Ismael Loya del monumento de San Martín Pajapan. Tomado de Blom y La Farge, 1926.



Figura 6.26. Dibujo del Monumento de San Martín Pajapan realizado por Blom. Tomado de Blom y La Farge, 1926.

Como parte de la “Tulane Expedition to Middle America” efectuada en 1925, Blom y La Farge ascendieron a la cima del volcán para conocer y fotografiar el monumento, observaron que a éste le faltaban las manos, pies, el cetro y la parte final del tocado, además su rostro estaba mutilado (1926: 45). Tal y como indicamos en el párrafo anterior las manos al igual que los pies y el cetro fueron fracturados por Loya. En cuanto a la fractura de la parte superior del tocado, ésta ocurrió en un momento anterior, posiblemente en época prehispánica, ya que en el dibujo hecho por Loya se puede observar que ésta es la única parte del monumento ausente (figura 6.25). Igualmente, es muy posible que la mutilación del rostro haya sido hecha en época prehispánica, ya que ésta es una acción o práctica intencional presente en muchas esculturas olmecas de la costa Sur del Golfo (Ortiz Brito, 2013: 375). Acerca de la ubicación y significado del monumento Blom y La Farge mencionaron lo siguiente:

“This monument stands on a small level in the saddle between the two highest peaks of the crater rim. It may represent a fire or mountain god. For the time being we would not venture to ascribe it definitely to any culture.” (1926: 46).

A pesar de su minuciosa observación y de su dibujo en el que claramente se observan algunos rasgos olmecas (figura 6.26), Blom y La Farge no adscribieron el Monumento de San Martín Pajapan a dicho estilo debido a que en aquel entonces aun no era definido como tal.

Tras varias décadas de no recibir atención por parte de los arqueólogos, en 1966 Medellín Zenil, en compañía de estudiantes de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana, subieron a la cima de dicho volcán con la finalidad de trasladar la escultura al Museo de Antropología de Xalapa. A diferencia de Blom y La Farge, Medellín proporciona datos más precisos sobre la ubicación y contexto de la escultura. Como ya hemos mencionado en el apartado anterior, este autor denominó a los picos entre los que se encontraba la escultura como San Martín I y San Martín II (figura 6.27), y además señala que la planicie o valle que las divide mide 100 m de largo, en sentido Este-Oeste, y 35 m de ancho, en sentido Norte-Sur, y que la laguna formada en época de lluvias es de 60 por 27 m de largo cuyo desagüe desciende por el lado poniente (Medellín, 1968: 9). De acuerdo con Medellín y Navarrete, el monumento se encontraba al Noroeste de dicha laguna semisepultada sobre una plataforma rectangular artificial con una pendiente de 1.5 m aprox., que estaba saturada de materiales cerámicos y presentaba una somera excavación de 45 cm de profundidad (Medellín, 1969, 1968: 10; Navarrete, 1966). Quizás dicha excavación es la misma que Loya halló debajo del monumento, de ser así, no cabría duda de que solo la movió a escasos metros de su lugar original. Al parecer Blom y La Farge no se percataron de la plataforma artificial descrita por Medellín y Navarrete, puesto que no hicieron mención de ella en su reporte. Debido a la densa cubierta vegetal de la planicie, en nuestra visita al San Martín Pajapan únicamente fue posible identificar parte del desagüe o arroyo de la laguna de 35 m de largo con 2 m de ancho que en efecto fluye hacia el Oeste para después descender por una barraca (figura 6.28).

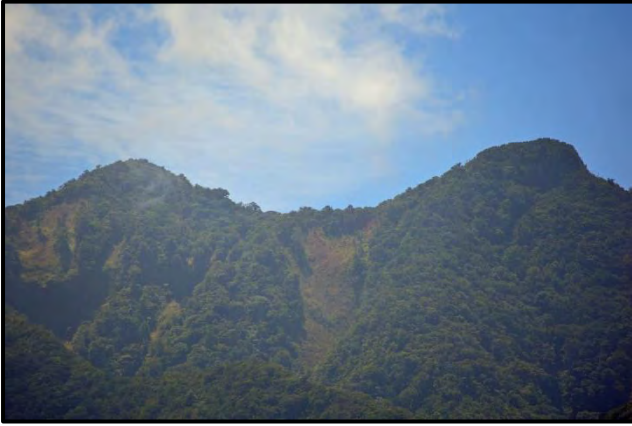


Figura 6.27. Vista desde el Oesde del San Martín I (izquierda) y del San Martín II (derecha). Foto del autor.



Figura 6.28. Desagüe o arroyo de la laguna que se forma en la planicie donde estaba el monumento. Foto de Pablo Ortiz Brito.

El único elemento arqueológico que encontramos en la planicie fue una gran concentración de material que abarca un área aproximada de 9 m² ubicada a 60 m al Sureste de la porción del desagüe o arroyo identificado. Esta concentración de material consta principalmente de tiestos entre los que destacan fragmentos de cerámica negra esgrafiada, tecomates de pasta burda, bordes y soportes rectangulares y circulares de pasta naranja fina, ollas de pasta café con el labio pellizcado, así como un fragmento de un cajete de color bayo con una banda roja en el borde y un plato rojizo casi completo de labio evertido y soporte rectangular. Como parte de dicha concentración de materiales también se observaron varios percutores semicirculares basálticos de diferentes tamaños, y una piedra de 40 cm de largo por 20 cm de ancho que presenta varias superficies careadas y simétricas que forman un ángulo agudo como en forma de cuña (figura 6.29). La presencia de percutores puede indicar que tal vez la escultura fue terminada en este lugar, o que por lo menos se le hicieron algunos retoques o alteraciones tales como la mutilación de su rostro y la fractura de la parte superior de su tocado.

Mientras se hacían las maniobras de descenso del monumento (figura 6.30), Medellín y Navarrete trazaron un pozo estratigráfico de 2 por 2 m al frente de la escultura sobre la pendiente de la plataforma artificial, del cual se excavaron nueve niveles métricos de 15 cm de espesor. En este pozo estratigráfico, Medellín distinguió dos niveles geológicos bien diferenciados: el superior, el cual llega hasta los 75 cm de profundidad, consiste en una capa café oscuro muy suave rica en cerámica; y el inferior, el cual alcanza 1.20 m de profundidad, consta de una capa arcillosa de color rojizo (1968: 12).



Figura 6.29. Ejemplares de la concentración de material encontrada en el San Martín Pajapan. Fotos del autor.



Figura 6.30. Descenso del monumento del San Martín Pajapan. Tomado de Medellín, 1968.

En el primer nivel métrico (0-15cm) Medellín reporta haber encontrado fragmentos de cerámica de pasta anaranjadas, rojizas y negras, así como dos tiestos del tipo Viejón. En el segundo nivel (15-30cm) menciona que los tiestos fueron predominantemente del Clásico Tardío con soportes mamiformes, cilíndricos y rectangulares, aunque también hallaron varios tiestos del tipo

Viejón y un fragmento del tipo Negro Pulido Esgrafiado; igualmente, en este nivel Medellín reportó haber hallado restos de parafina o copal y dos fragmentos del monumento. En el tercer nivel (30-45cm) aparecieron en la pared Sur del pozo otros fragmentos del monumento, al igual que piezas completas de cerámica colocadas en forma de ofrendas. A través de los materiales recuperados en estos niveles Medellín planteo que:

“El haber encontrado a 45 centímetros de profundidad, los últimos fragmentos de la escultura, asociados con materiales cerámicos diagnósticos del Horizonte Clásico, en su fase Tardía, está indicando que el monumento escultórico en cuestión, fue destrozado intencionalmente al terminar el siglo IX de la Era [...]” (Medellín Zenil, 1968: 11).

Esta hipótesis resulta errónea si tomamos en consideración que los fragmentos de la escultura hallados por Medellín y Navarrete corresponden a las manos, pies, y al cetro, los cuales son las partes que Loya quebró al tratar de mover el pesado monolito en 1897. Asimismo, los fragmentos de la escultura también estaban asociados a cerámica Preclásica, y a restos de parafina que son indudablemente posteriores a la época prehispánica. A mi parecer, es posible que los tres primeros niveles métricos excavados Medellín y Navarrete son estratos formados recientemente que contienen una mezcla de materiales de distintos periodos causada por factores naturales. Al respecto, Grove comentó que esta mezcla de materiales indica que tales niveles corresponden al siglo XX (2014: 77). Por tal motivo, no es casualidad que el fragmento correspondiente a la parte superior del tocado no haya sido encontrado, puesto que ésta ya estaba ausente cuando Loya vio la escultura.

Debido a la gran abundancia de materiales cerámicos concentrados en el perfil Sur del pozo estratigráfico Medellín y Navarrete realizaron una ampliación de 50 cm de ancho en dicha sección. Del primer nivel de la ampliación no mencionaron si se encontró o no algún vestigio arqueológico, y del segundo nivel (15-30cm) reportaron el hallazgo de un cajete del tipo Anaranjado Rojizo Desgrasante colocado boca abajo, el cual cubría siete cantos rodados acomodados de forma circular. Al interior de estas piedras Medellín señala que había un objeto esponjoso y amarillento junto con algunos tepalcates, el cual Navarrete identificó como un hueso y además señaló que había dos cuentas de

jadeíta. En este mismo nivel Medellín menciona el hallazgo de un tecomate pequeño de cerámica doméstica, al parecer completo, y fragmentos del tipo Viejón aunque advierte que la cerámica Clásica Tardía es la predominante.

En el tercer nivel (30-45cm) de la ampliación encontraron dos platos de pasta rojiza y fondo plano sobrepuestos uno sobre el otro a manera de ofrenda, la cual continuaba hacia la pared Oeste de modo que tuvieron que ampliar nuevamente el pozo hacia dicha dirección. Este elemento, denominado Ofrenda No. 4, se halló a una profundidad de 45 cm y abarcaba un área de 1.50 m por 55 cm (figura 6.31). De acuerdo con Medellín, esta ofrenda consistía en grupos de vasijas superpuestas tales como cajetes, ollas y platos principalmente de pasta rojiza y doméstica y en menor medida del tipo Viejón; igualmente este autor señala que se encontraron 31 fragmentos de jadeíta y cantos rodados de diferentes tamaños. Cabe señalar que Navarrete no hace mención de esta segunda ampliación, y únicamente reporta que en el tercer nivel pozo hallaron siete cuentas de jade una de ellas de forma tubular. A diferencia de los tres primeros niveles del pozo, en los niveles de las ampliaciones no había restos de parafina, lo cual indica que éstos corresponden a estratos prehispánicos inalterados.



Figura 6.31. Excavación realizada en la plataforma donde se encontraba el monumento del San Maartín Pajapan. Tomado de Medellín, 1968.

Es en el cuarto nivel de pozo (45-60cm) donde Medellín observó el aumento de tipos cerámicos del Preclásico tales como el Viejón y el Negro Pulido, aunque advierte que la cerámica del Clásico Tardío sigue siendo abundante. Por otra parte, en este mismo nivel Medellín y Navarrete encontraron 30 cuentas de jadeíta. Entre el cuarto y quinto nivel (60-75cm), estos arqueólogos

mencionan que había dos grupos de vasijas, varias del tipo Viejón, asociadas a piedras grandes que no mostraban un acomodo intencional, elemento al que denominaron Ofrenda No. 2. El primer grupo se compone de seis ollitas y seis platos alineados al parecer en un eje Norte-Sur, en tanto que el segundo consta de tres platos fragmentados alineados en un eje Este-Oeste. Debajo del primer grupo de vasijas encontraron una orejera de jadeíta, y al remover las piedras asociadas a la ofrenda aparecieron de forma dispersa tres cuentas y una cabecita antropomorfa, igualmente de jadeíta, que debido al orificio presente en su parte superior Medellín propuso que pudo funcionar como un pectoral (figura 6.32 y 6.33). Acerca del pectoral hay cierta discordancia en los informes de Medellín y Navarrete, ya que este último autor menciona que fue hallado en el nivel siete.



Figura 6.32. Pectoral antropomorfo. Foto del autor.



Figura 6.33. Otro ejemplo de las ofrendas de piedras verdes halladas por Medellín y Navarrete. Foto del autor.

En el sexto nivel (75-90 cm), Medellín reporta el hallazgo de la Ofrenda No. 3 la cual consiste en un tecomate de pasta rojiza de 20 cm de diámetro que en su interior se colocaron 15 cuentas de jade, un pectoral del mismo material de 5 por 4.5 cm, así como algunos fragmentos de cerámica; igualmente, había otras 11 cuentas de piedra verde esparcidas al exterior del tecomate. En el séptimo nivel (90-105cm), Medellín reporta haber hallado un cantarito rojizo de base esférica, de 11 cm de diámetro con 15 cm de alto, que en su interior se depositaron nueve cuentas grandes de jadeíta (figura 6.34); dicho cantarito estaba tapado con una vasija rojiza de silueta compuesta y soportes

mamiformes, la cual estaba puesta de cabeza y sobre ella había cinco cuentas de jadeíta y siete cantos rodados. En su informe Navarrete no hace mención de esta ofrenda pero sí reporta el hallazgo, en el nivel ocho, de una olla globular con cuentas grandes de jadeíta en su interior, descripción la cual es muy parecida a los objetos descritos por Medellín. Asimismo, Navarrete apunta que cuando se estaba excavando el séptimo nivel el pozo se inundó por lo cual tuvieron que hacer un desagüe en el que hallaron buena cantidad de cerámica y cuentas de jadeíta; en este caso es Medellín quien no hace mención de tal suceso. Cabe señalar que las ofrendas del sexto y séptimo nivel son muy parecidas a lo que Loya encontró en el hoyo situado debajo de la escultura, de modo que el contexto del lugar original de dicha pieza puede corresponder a estos niveles e inclusive puede ser contemporáneo de dichas ofrendas. Por último, en el octavo nivel (105-120cm) Medellín únicamente reporta el hallazgo de 59 cuentas de jadeíta, una orejera y 15 tiestos. El noveno nivel (120-135cm) fue una capa totalmente estéril. Aunque los trabajos realizados por Medellín y Navarrete se quedaron en una etapa preliminar de investigación, proporcionaron valiosa información acerca del contexto arqueológico del monumento del San Martín Pajapan.

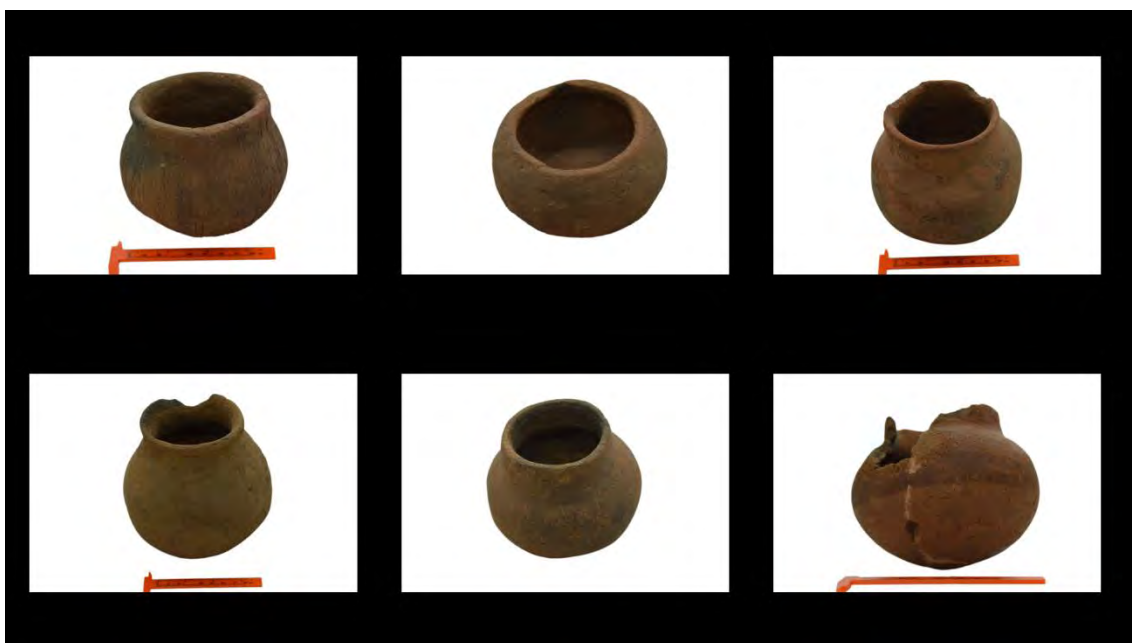


Figura 6.34. Vasijas del San Martín Pajapan que posiblemente eran las que contenían las cuentas de piedras verdes. El vernier mide 10 cm. Fotos del autor.

Del pozo estratigráfico excavado en 1966 se obtuvo un total de 7865 tiestos, que posteriormente fueron agrupados en doce tipos cerámicos diferentes. Entre

estos tipos, Medellín identificó al Viejón y al Chiapa como característicos del periodo Preclásico Medio y posiblemente Tardío, y al Anaranjado sin Desgrasante como diagnóstico del periodo Clásico Tardío (1968: 12). De acuerdo con la tabla de cuantificación presentada por Medellín (figura 6.35), se puede observar que estos tres tipos cerámicos están presentes desde el sexto hasta el primer nivel métrico, siendo el quinto nivel el único en el que el Viejón y Anaranjado sin Desgrasante tienen un porcentaje similar, y en el resto este último tipo tiene un porcentaje mucho mayor. La amplia y larga coexistencia de estos tipos cerámicos resulta insólito ya que según Medellín corresponden a periodos distintos entre los que hay una diferencia temporal de varios cientos de años.

Tipos Cerámicos	Niveles Métricos															
	1 %	2 %	3 %	4 %	5 %	6 %	7 %	Total	%							
Anaranjado sin desgrasante	634	59.75	1042	62.24	1014	49.77	598	24.75	41	10.51	0.33	14.16	4	7.54	3366	42.79
Anaranjado con desgrasante	102	9.61	91	5.43	149	7.31	216	8.94	3	0.76					561	7.14
Anaranjado Rojizo	5	0.47	2	0.11	3	0.14	8	0.33							18	0.22
Rojizo con baño blanco	127	11.96	139	8.3	116	5.69	75	3.1	65	16.72	56	24.03	6	11.32	584	7.42
Rojizo delgado áspero	7	0.65	18	1.07	24	1.17	21	0.86	3	0.76	16	6.86	37	69.81	126	1.6
Gris con desgrasante			2	0.11	2	0.09	9	0.37	3	0.76	3	1.28			19	0.24
Chiapa	27	2.54	39	2.32	114	5.59	48	1.98	4	1.02	3	1.28			235	2.98
Negro compacto pulido			2	0.11	12	0.59	76	3.14	6	1.53					96	1.22
Viejón	28	2.63	40	2.38	65	3.19	312	12.91	37	9.46	10	4.29			492	6.25
Rojizo compacto áspero	16	1.5	20	1.2	47	2.3	16	0.66	4	1.02					103	1.3
Negro pulido	2	0.18	5	0.29	4	0.19	31	1.28	17	4.34	1	0.42			60	0.76
Café grueso arenoso	113	10.65	274	16.36	487	23.9	1006	41.63	208	53.19	111	47.63	6	11.32	2205	28.03
Total	1061	99.94	1674	99.92	2037	99.93	2416	99.95	391	99.97	233	99.95	99.99	99.99	7865	99.95

Figura 6.35. Tabla de cuantificación de los tipos cerámicos excavados en el San Martín Pajapan. Tomado y reelaborado de Medellín, 1968.

Ante tal circunstancia, acudí al Museo de Antropología de Xalapa para solicitar el permiso de revisar los materiales de las excavaciones de 1966 que se encuentran en las bodegas de dicho museo. Afortunadamente, la directora del museo, Maura Ordoñez Valenzuela, cordialmente me dio la oportunidad de examinar dichos materiales. Aunque no revisé la totalidad de los vestigios del San Martín Pajapan debido a que a la fecha se está haciendo un proyecto de catalogación de los materiales contenidos en las bodegas del MAX, tuve acceso a una muestra general de los tipos diagnósticos identificados por Medellín. Para la revisión de la cerámica conté con el grato apoyo de Ponciano Ortiz Ceballos, quien me orientó en la delimitación temporal de los tiestos.

Tras haber revisado dicha muestra, se pudo observar que el tipo Anaranjado sin Desgrasante corresponde al actualmente denominado Naranja Fino Arenoso (figura 6.36), en tanto que los tipos Viejón y Chiapa corresponden a la variante de cocción diferencial Blanco y Negro de pasta marfil o crema

(figura 6.37). Asimismo, se determinó que los tipos identificados por Medellín como Negro Pulido y Negro Compacto Pulido también son diagnósticos del periodo Preclásico de Los Tuxtlas (figura 6.38).

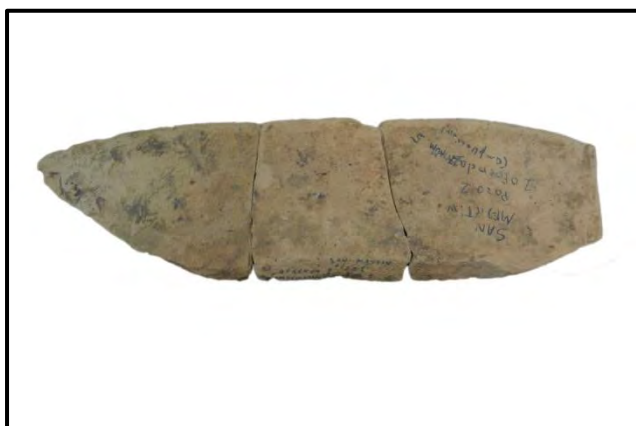


Figura 6.36. Tipo Naranja Fino Arenoso. Foto del autor.



Figura 6.37. Variante cocción diferencial Blanco y Negro de pasta marfil o crema. Foto del autor.



Figura 6.38. Tipo Negro Pulido. Foto del autor.

De acuerdo con Ortiz Ceballos, en Tres Zapotes, la variante Blanco y Negro de pasta marfil o crema es distintiva de la subfase Hueyapan A, ubicada tentativamente entre el 300-100 a.C. (1978: 22) Este mismo autor menciona que el tipo Blanco y Negro por cocción diferencial así como el Negro Pulido constituyen la tradición alfarera olmeca en Tres Zapotes, los cuales están presentes desde el Preclásico Medio y desaparecen a principios de la fase Nextepetl (100-300 d.C.); es a finales de esta fase cuando aparecen en Tres Zapotes los tipos Naranja Fino y Gris Fino, los cuales cambian por completo el panorama cerámico y cultural de Los Tuxtlas(Ortiz Ceballos, 1975: 231-233). Si bien el Naranja Fino tiene su apogeo en el Clásico Medio y Tardío, Ortiz Ceballos observó que en Tres Zapotes, al igual que en El Picayo, se encuentra asociado con materiales del Protoclásico (inicios de la fase Nextepetl), por lo

cual argumenta que puede ser un poco más antiguo (Ortiz Ceballos, 1975: 24-25).

Por otra parte, en Matacapán, ubicado en la parte central de Los Tuxtlas, Pool *et al.* indican que fue en las fases D y E (450-650 cal. d.C.) cuando el tipo Naranja Fino se convirtió en la cerámica más común (2016: 119). En otras áreas de Los Tuxtlas como la de El Mesón y la del valle de Tepango, la variante Naranja Fino Arenoso se presenta en el Protoclásico (1-300 d.C.), y a partir de inicios del Clásico el tipo Naranja Fino se volvió el más abundante o común (Loughlin, 2012: 119-146; Stoner, 2011: 252-266). Si bien Medellín no estaba del todo equivocado al ubicar el Naranja Fino en el periodo Clásico, no se puede atribuir la misma temporalidad al contexto del San Martín Pajapan, puesto que en el pozo excavado en este sitio los tiestos pertenecientes a este tipo cerámico coexisten en los niveles inferiores y superiores con tiestos del Blanco y Negro por cocción diferencial y Negro Pulido, los cuales se dejaron de producir en Los Tuxtlas al inicio del periodo Clásico. Analizando la tabla de cuantificación de los tipos cerámicos del San Martín Pajapan presentada por Medellín, se puede observar que a medida que se asciende del sexto al primer nivel el Anaranjado sin desgrasante (Naranja Fino Arenoso) aumenta de porcentaje, mientras que el Negro Pulido y el Viejón (Blanco y Negro de pasta marfil o crema) disminuyen de porcentaje.

En el área de El Mesón, Loughlin determinó que durante la fase Hueyapan las diversas variantes de cocción diferencial Blanco y Negro eran las más comunes seguidos por los tipos Negro Pulido, Gris Áspero, entre otros (2012: 110-119). Tras la aparición de las pastas finas en la fase Nextepetl (1-300 d.C.), en El Mesón el Naranja Fino Arenoso es el predominante (40%), en tanto que las variantes Blanco y Negro de pasta crema y Negro Pulido Fino tienen un porcentaje de 10% y 4.5%, respectivamente (Loughlin, 2012: 120-126). Por otro lado, en el valle del Tepango Stoner observó que la fase Picayo (400-1 a.C.) también está representada por los mismos tipos cerámicos señalados por Ortiz Ceballos y Loughlin (Negro Pulido, variantes de cocción diferencial Blanco y Negro, etc.), y que la fase Chinita (1-300 d.C.) está delimitada por la fusión de estos tipos preclásicos con tipos clásicos como el Naranja Fino Arenoso (Stoner, 2011: 244-257).

De acuerdo con Pool y Britt, dentro del complejo cerámico de Los Tuxtlas el cambio más notable de la transición del Preclásico al Clásico es la sustitución de tipos de pasta negra y de cocción diferencial por tipos de pastas finas, como el Naranja Fino y Gris Fino (2000: 140). En Bezuapan, sitio ubicado a un par de kilómetros al Sureste de Maticapan, tales autores determinaron que este proceso de cambio va del 400 a.C. al 300 d.C., rango de tiempo al que denominaron fase Bezuapan y dividieron en Bezuapan Temprano (400 a.C.-100 d.C.) y Bezuapan Tardío (100-300 d.C.) (Pool y Britt, 2000: 143-146). En la subfase Bezuapan Temprano, el tipo Negro Pulido y las variantes de Blanco y Negro por cocción diferencial (incluida la de pasta marfil o crema) son de los más predominantes y los tipos Naranja Fino y Gris Fino comienzan a ser utilizados; en tanto que en la subfase Bezuapan Tardío los primeros tipos mencionados entran en desuso a medida que aumenta paulatinamente la producción de los segundo tipos (Pool y Britt, 2000: 146-156).

Como se puede observar el comportamiento de los tipos cerámicos diagnósticos del San Martín Pajapan es parte de un proceso de cambio cultural que ocurrió en diversas partes de Los Tuxtlas. Por tal motivo, considero que el contexto arqueológico del pozo excavado por Medellín y Navarrete en 1966 se puede ubicar tentativamente entre el 400 a.C. y el 300 d.C. La única problemática de esta propuesta es que en ningún nivel métrico el porcentaje del tipo Viejón (Blanco y Negro de pasta marfil o crema) es mayor que el del Anaranjado sin desgrasante (Naranja Fino Arenoso). El único tipo que es más abundante que el Anaranjado sin desgrasante en los niveles inferiores es el denominado por Medellín como Café grueso arenoso. Cabe la posibilidad de que el tipo cerámico sea el mismo que el Café Áspero de Bezuapan, el cual durante la subfase Bezuapan Temprano es el tipo más abundante mientras que en la subfase Bezuapan Tardío su porcentaje disminuye exponencialmente (Pool y Britt, 2000: 146-156). De ser así, se puede atribuir con mayor seguridad una temporalidad al San Martín Pajapan de 400 a.C.-300 d.C.

Así pues, los materiales cerámicos del San Martín Pajapan se ubican tentativamente en los periodos Epi-Olmeca y Protoclásico. Por lo tanto, es posible afirmar por el momento que las ofrendas de cuentas de piedras verdes halladas por Medellín y Navarrete, no fueron realizadas por asentamientos del Preclásico Temprano y Medio, como San Lorenzo y La Venta. Por tal motivo,

no es extraño que el pectoral antropomorfo perteneciente a una de las ofrendas antes descritas no posea rasgos estilísticos olmecas. Todo lo anterior contrasta enormemente con el monumento del San Martín Pajapan ya que se apega cabalmente a los rasgos estilísticos olmecas, y por su gran parecido con el monumento 44 de La Venta se puede decir que fue esculpido durante el periodo Preclásico Medio. Vale la pena mencionar que el monumento 44 de La Venta estaba situado en la parte oriental de la Acrópolis Stirling, estructura arquitectónica cuyo periodo de ocupación fue fechado para el 950-510 a.C. (Heizer *et al.*, 1968: 151-153). Por lo anterior, al menos se puede decir que este monumento no puede ser datado para después del 510 a.C. Suponiendo que, como ya hemos mencionado, ambos monumentos fueron hechos por los mismos escultores, resulta adecuado atribuir las mismas fechas al monumento del San Martín Pajapan.

En este sentido, hasta ahora el único elemento olmeca procedente del San Martín Pajapan es el monumento. El hecho de que Medellín y Navarrete no hayan encontrado materiales diagnósticos del Preclásico Temprano y Medio, tal vez se deba a que no excavaron en el lugar donde originalmente se colocó el monumento, puesto que Loya lo movió de ahí. Asimismo, los que sabemos del contexto arqueológico del San Martín Pajapan es una mínima parte, ya que Medellín y Navarrete solo realizaron un pozo estratigráfico con una pequeña ampliación. Por tales motivos, aun no se debe descartar la posibilidad de que la primera etapa del contexto arqueológico de este sitio corresponda al Preclásico Temprano o Medio. Así pues, con los datos disponibles por el momento existen dos posibles explicaciones sobre la ubicación del monumento del San Martín Pajapan en la cima este volcán: el monumento fue colocado en este lugar durante el horizonte olmeca y después de esta etapa se realizó el ofrendamiento de artefactos de piedras verdes; o bien fue trasladado en el Preclásico Tardío desde un asentamiento del horizonte olmeca hasta el San Martín Pajapan. La primera explicación conlleva a suponer que el monumento del volcán San Martín Pajapan fue un rasgo del pasaje de relevancia simbólica, durante y después de que el sistema político-religioso olmeca entrara en decadencia. Por otra parte, la segunda explicación implica que los habitantes de la costa del Golfo del Preclásico Tardío tenían conocimiento de la posible relación simbólica entre el monumento y el San Martín Pajapan y por lo tanto

fue llevado ahí. Sin importar cual de las dos posibilidades sea la correcta, resulta sumamente interesante que grupos humanos posteriores al horizonte olmeca hayan peregrinado hasta la cima de este volcán para realizar rituales de ofrendamiento. A mi parecer, esto puede ser entendido como la reapropiación y resignificación de un elemento identitario perteneciente a los antiguos pobladores de la costa Sur del Golfo. Esto no fue un fenómeno aislado ya que en varios sitios de la región, como el Cerro El Vigía y Laguna de los Cerros, también hay esculturas olmecas asociadas a materiales posteriores al periodo Preclásico.

6.4 Los materiales arqueológicos

Procederemos ahora a analizar el simbolismo de los materiales arqueológicos procedentes del San Martín Pajapan. Nos enfocaremos en el monumento olmeca debido a que éste es el objeto principal de este espacio sagrado. Por tal motivo, empezaremos haciendo una descripción de sus rasgos estilísticos e iconográficos, los cuales compararemos con los de otras esculturas olmecas, y posteriormente mencionaremos algunas de las ideas e hipótesis acerca del significado del monumento, así como de su asociación con el volcán San Martín Pajapan.

A grandes rasgos, el monumento del San Martín Pajapan personifica a un personaje humano, ataviado con un enorme tocado, que en una postura semisedente sostiene con ambas manos una barra gruesa (figuras 6.39-42). Tiene un peso de 1.2 toneladas y mide 1.40 m de alto con 93 cm de ancho; la cabeza junto con el tocado miden 76 cm de altura (De la Fuente, 2007: 317), por lo cual resaltan del resto de las partes que componen al monumento. Visto de frente, la forma general semeja dos figuras geométricas superpuestas: la inferior tiene un aspecto de pirámide truncada que constituye el cuerpo y rostro del personaje; y la superior es el tocado (De la Fuente, 2009: 457-459), que a mi parecer más que una pirámide tiene una apariencia de prisma rectangular. Este monumento presenta una buena calidad de tallado, en el que la superficie redondeada y naturalista del cuerpo y cabeza del personaje contrasta con la rígida forma geométrica del tocado, el cual exhibe un rostro sobrenatural en su cara frontal. De la Fuente opina que la distinción o contraste en el tratamiento de la figura y el tocado se debe a que:

“[...] se pretende representar a seres diferentes; el inferior indudablemente humano, el superior de carácter sobrenatural; forma y contenido serían de esta manera consecuentes: volúmenes orgánicos para el hombre, masas geométrico-abstractas para el ente sobrenatural.” (2009: 458).

Como ya hemos mencionado, el personaje está representado en una postura semisedente con su cuerpo inclinado hacia el frente. Su pierna izquierda descansa sobre la pantorrilla con la rodilla apoyada en el suelo y el pie está adosado al glúteo, el cual queda suspendido en el aire. Por otra parte, pegada al torso por debajo del hombro, la pierna derecha está flexionada en ángulo recto con la planta del pie completamente apoyada en el suelo. Los brazos están extendidos hacia abajo y con ambas manos sostiene una barra situada verticalmente en el suelo. Las manos están dispuestas de forma invertida, es decir, la mano izquierda sujeta la barra por delante con la palma hacia abajo y la mano derecha la sostiene por detrás con la palma hacia arriba. Así pues, la posición de las piernas y manos configuran una postura dinámica como si el personaje estuviera a punto de erguirse y levantar la barra verticalmente.



Figura 6.39. Foto del autor.

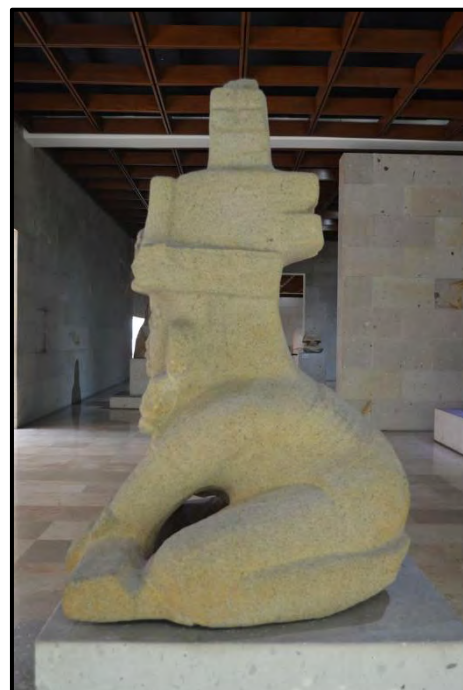


Figura 6.40. Foto del autor.



Figura 6.41. Foto del autor.



Figura 6.42. Foto del autor.

Si bien el dinamismo no es rasgo fundamental del estilo escultórico olmeca, el monumento del San Martín Pajapan no es el único que posee dicha cualidad. Ejemplos de esculturas tridimensionales con posturas dinámicas son: el monumento 1 de Antonio Plaza, el monumento 34 de San Lorenzo, y el monumento 8 y 9 de Loma del Zapote. Igualmente, hay varias esculturas que representan personajes humanos sedentes con el torso inclinado hacia el frente y los brazos extendidos hacia abajo, o bien personajes humanos sosteniendo barras, estos son: los monumentos 8, 30 y 77 de La Venta (figura 6.43 y 6.44), el monumento de Cuauhtotolapan Viejo, el monumento de Cruz del Milagro, el monumento 11 de San Lorenzo, y los monumentos 8 y 9 de Loma del Zapote. Estas últimas esculturas sujetan la barra de la misma forma que el monumento del San Martín Pajapan: brazos extendidos hacia abajo y manos dispuestas de forma invertida (palma de la mano izquierda hacia abajo y la de mano derecha hacia arriba) (ver figura 6.20). Así pues, al igual que el monumento del San Martín Pajapan, los monumentos 8 y 9 de Loma del Zapote simbolizan estar levantando la barra en posición vertical. Cabe señalar que el monumento 90 de San Lorenzo representa un felino sedente con sus extremidades delanteras extendidas hacia abajo, y en vez de patas posee manos que también están en posición invertida, por lo cual su significado

puede estar asociado con el del monumento de San Martín Pajapan (figura 6.45).



Figura 6.43. Cara trasera del Monumento 77 de La Venta. Foto del autor.



Figura 6.44. Vista lateral. Foto del autor.

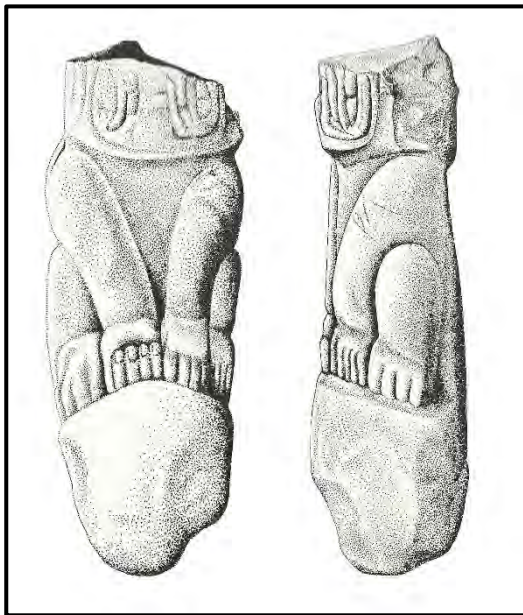


Figura 6.45. Dibujo del Monumento 90 de San Lorenzo. Tomado de Cyphres, 2004.



Figura 6.46. Monumento 44 de La Venta. Tomado de De la Fuente, 2009.

La barra del personaje del San Martín Pajapan presenta elementos iconográficos que no se observan en las de los personajes de Loma del Zapote. En su parte central la barra está ceñida por una banda ancha y en su extremo derecho, el cual tiene una forma cuadrangular, presenta dos profundas acanaladuras transversales en forma de cruz que en cada cara de dicho extremo simulan una hendidura en “V”. Como parte del acto simbólico del

levantamiento de la barra, la cruz quedaría en la parte superior. Debido a las connotaciones cosmológicas de la cruz, Schele propone que el levantamiento de la barra simula la erección del árbol o polo cósmico en el centro del universo, es decir, en el *axis mundi* (1995: 108). De tal forma, el simbolismo del monumento de San Martín Pajapan está asociado con el de las imágenes incisas en las hachas de Arroyo Pesquero. Inclusive, cabe la posibilidad que la barra que porta este personaje sea la misma que se observa en el motivo de cuatro puntos y barra, ya que ambas funcionan como *axis mundi*.

Aunque el rostro del monumento de San Martín Pajapan está muy erosionado, parece que sus rasgos faciales son similares a los de los monumentos 8 y 9 de Loma del Zapote. Este par de monumentos poseen los mismos rasgos faciales y la misma postura, por lo cual son comúnmente llamados “los gemelos” (Cyphers, 2004: 249). Lo mismo se puede decir para el caso del monumento de San Martín Pajapan y el monumento 44 de La Venta puesto que sus rasgos faciales y sus tocados son casi idénticos (figura 6.46). A pesar de que resulta difícil determinar una asociación entre ambos pares de esculturas (posiblemente se trata de las mismas personas), es indudable que los gemelos de Loma del Zapote están emparentados con los simbolismos del personaje de San Martín Pajapan. No obstante, es importante señalar que los gemelos de Loma del Zapote fueron colocados en relación con un par de esculturas de felinos sedentes, lo cual les otorga un significado contextual adicional que no está presente en el monumento de San Martín Pajapan.

En cuanto a sus atavíos, el personaje del San Martín Pajapan porta bandas anchas en sus muñecas, brazaletes y tres bandas paralelas en la pantorrilla derecha. Asimismo, usa una especie de braguero ceñido por una ancha faja que presenta al centro líneas paralelas a manera de cuerdas. En la espalda de este personaje y sobre su braguero está grabado un rectángulo vertical con hendidura en su parte superior, el cual recuerda a los rectángulos con hendidura en “V” que funcionan como puntos intercardinales en la imagen incisa en el hacha de Arroyo Pesquero. En el monumento del San Martín Pajapan, este elemento enmarca un rostro sobrenatural que en la actualidad está sumamente erosionado y es apenas perceptible. De acuerdo con las calcas de papel arroz hechas por Juan Sánchez Bonilla (figura 6.47) (Medellín Zenil, 1968: 14), se puede apreciar que el rostro sobrenatural se compone por

rasgos esquematizados tales como boca de comisuras caídas, ojos almendrados oblicuos y su frente corresponde la hendidura en “V” presente en la parte superior del rectángulo; estos rasgos faciales son semejantes a los del dios X identificado por Joralemon, del cual menciona que usualmente aparece como una incisión secundaria en representaciones de deidades de mayor importancia (1990: 81).



Figura 6.47. Calca de los rostros sobrenaturales presentes en las orejeras, pectoral y espalda del monumento del San Martín Pajapan. Tomado de Medellín, 1968.

Por otra parte, entre los brazos del personaje cuelga un pectoral con dos pequeños apéndices redondeados sobre su cara inferior. Si bien actualmente la superficie del pectoral está totalmente erosionada, Medellín señala que en su interior había otro rostro sobrenatural de rasgos similares al descrito en el párrafo anterior (1968: 14). Además de estos, hay otros rostros sobrenaturales con rasgos de tipo dios X presentes en las orejeras y en el tocado del personaje. En las orejas, las cuales son de forma circular, los rostros esquematizados están incisos al interior, y debajo de cada una se sitúan otros rostros en bulto que a pesar de estar fragmentados parece que fueron representados de cuerpo completo. De tal forma, del rostro en bulto que cuelga de la orejera izquierda se puede observar los brazos los cuales están cruzados en forma de equis o de cruz. En el monumento 44 de La Venta, los rostros en bulto también están fragmentados y sus brazos también aparentan estar cruzados. En relación con los rostros incisos en las orejeras del monumento 44

de La Venta, éstos están mejor conservados por lo cual se puede apreciar que sus bocas están representadas de forma trapezoidal entreabierta con el labio superior evertido.

Es el tocado donde se observa la mayor cantidad de rostros sobrenaturales. El primero se encuentra en la cara frontal del tocado y es el más grande de todos, inclusive es un poco más grande que el rostro del personaje humano. Debido a su posición y tamaño se puede decir que el rostro de la cara frontal del tocado es la imagen sobrenatural de mayor importancia dentro del monumento, y por tal motivo sus rasgos faciales están más detallados que los demás. Presenta un mentón abultado sobre el cual descansa su boca entreabierta desdentada de forma trapezoidal con las comisuras hacia abajo, su labio inferior es delgado en tanto que el superior es grueso y evertido. Al centro y debajo del labio superior se desprende una especie de colmillo triangular y sobre este mismo labio hay un par de elementos oblongos como especies de abrazaderas (De la Fuente, 2009: 458), los cuales comúnmente se observan en varias representaciones de seres sobrenaturales. En el monumento 44 de La Venta estos elementos no se observan, lo cual quizás se debe al grado de erosión que presenta. La nariz es de forma triangular y ancha y está unida al entrecejo, sus ojos son almendrados y oblicuos con los párpados ligeramente abultados y en la parte superior tiene una hendidura en "V". Este rostro sobrenatural de forma cuadrangular está separado del resto del tocado a través de dos acanaladuras profundas presentes a los lados, por lo cual parece tratarse de una especie de máscara adosada a la cara frontal del tocado.

En la parte inferior de las caras laterales del tocado hay dos bandas horizontales en las que todavía se puede distinguir dos rostros sobrenaturales; el de la banda de la cara izquierda está sumamente erosionado. Estos rostros están situados en el costado derecho de las bandas flanqueando la imagen central del tocado, y a diferencia de los demás rostros sobrenaturales del monumento, éstos están representados de perfil viendo hacia arriba. De sus rasgos faciales solo se percibe la boca entreabierta de comisuras caídas y labio superior evertido, el ojo almendrado y la frente con hendidura en "V". En las bandas horizontales también están tallados un par de elementos cuadrangulares erosionados de los cuales uno presenta una hendidura en "V"

en su costado derecho. En el monumento 44 de La Venta, el par de elementos cuadrangulares parece tratarse de rostros sobrenaturales, sin embargo, es difícil de confirmarlo ya que están muy erosionados. Asimismo, debido al grado de erosión, en el monumento 44 de La Venta no se distingue en lo más mínimo los rostros de perfil viendo hacia arriba.

Sobre el tocado sobresale una cimera cruciforme fragmentada en su parte superior. En sus costados hay un par de cruces que en su cara frontal y trasera se observan como hendiduras en “V” acostadas. Asimismo, al centro de la cara frontal y trasera de la cimera hay una depresión o rehundimiento cuadrangular sobre la cual descansan elementos iconográficos ondulados difíciles de identificar debido al grado de erosión que presentan. De acuerdo con Medellín, dichos elementos iconográficos se tratan de un par de rostros sobrenaturales viendo hacia arriba cuyas frentes están compuestas por las hendiduras en “V” situadas en los extremos de la cimera (1968: 14). De ser cierta la hipótesis de Medellín, la parte superior fragmentada de la cimera simularía estar emergiendo de los pares de rostros sobrenaturales; por otro lado, se desconoce la relación que tendrían con las depresiones cuadrangulares. Posiblemente, las depresiones cuadrangulares simbolizan cuevas o bien podrían tratarse de bocas, y los rostros de perfil identificados por Medellín también parecen simular ojos oblicuos vistos de frente. De tal forma, lo que se observa en ambas caras de la cimera podrían ser rostros sobrenaturales vistos de frente, que por la forma cuadrangular de sus bocas guardan cierto parecido con el monumento 9 de Chalcatzingo. Desafortunadamente, el monumento 44 de La Venta no presenta esta sección por lo cual no es posible hacer una comparación para comprobar cuál de las dos hipótesis es la más acertada.

Tomando en consideración la hipótesis de Medellín sobre los rostros de perfil de la cimera del tocado, el monumento del San Martín Pajapan tiene un total de 13 representaciones de seres sobrenaturales, en tanto que de acuerdo a la otra hipótesis planteada serían en realidad 11. Independientemente de cual sea el número exacto, los seres sobrenaturales son los complejos iconográficos más abundantes en el monumento del San Martín Pajapan. Al respecto, De la Fuente opina que la abundancia de estos seres sobrenaturales es lo que le otorga identidad al individuo humano retratado en el monumento del San Martín Pajapan, quien posiblemente sea el representante de estos seres en la tierra,

su personificación o bien el encargo de su culto; además, debido al mismo motivo catalogó a este monumento en la categoría de señores bajo protección sobrenatural (2009: 459). Así pues, en el monumento del San Martín Pajapan se observa nuevamente una temática parecida a las de las imágenes incisas en los artefactos de Arroyo Pesquero, es decir, la relación entre un ser humano específico y seres naturales, en la cual al primero se le atribuye parte del *personhood* del segundo y se le muestra realizando una acción cosmológica de suma trascendencia, el levantamiento del árbol o polo cósmico en el centro del universo o *axis mundi*.

Otro elemento abundante que le otorga identidad y significado al monumento del San Martín Pajapan son las cruces. Este motivo iconográfico emparentado con la cruz de San Andrés, que probablemente simboliza el *axis mundi* y los puntos cardinales, está representado seis veces en el monumento: una en el extremo derecho de la barra, dos en las caras laterales de la cimera, una más conformada por la cimera misma, y las dos restantes se encuentran en la parte trasera del tocado y en la nuca del personaje. Al igual que en el caso del extremo derecho de la barra, la cruz de la parte trasera del tocado está compuesta a través de dos profundas acanaladuras transversales, que en las caras laterales del tocado crean hendiduras en “V”. Esta particularidad del tocado no es idéntica únicamente al del monumento 44 de La Venta, sino también al monumento 77 del mismo sitio. La apariencia de las caras laterales de estos tocados es similar a la forma de las cabezas de perfil de muchos seres sobrenaturales como es el caso de uno de los seres representados en el Altar 5 de La Venta y al retratado en el monumento 13 de Chalcatzingo (figura 6.48). Por tal motivo, pareciera que a través de este tipo de tocados los individuos humanos representados en los monumentos mencionados están adoptando rasgos característicos del *personhood* de ciertos seres sobrenaturales.

Volviendo al monumento del San Martín Pajapan, la relación de la cruz y la hendidura en “V” presente en la barra y la parte trasera del tocado implica una asociación de sus simbolismos, el *axis mundi* y una abertura de la tierra posiblemente una cueva. La misma asociación se puede observar en la cruz que se encuentra en la nuca del personaje. Ésta está tallada entre el ser sobrenatural situado en la espalda del personaje y el motivo en forma de “U”

que presenta un elemento cuadrangular a su interior, motivo el cual quizás también representa una cueva. Cabe señalar que las depresiones cuadrangulares de la cimera bien podrían simbolizar cuevas. Así pues, además de su relación con seres sobrenaturales, el personaje humano de este monumento está relacionado con espacios cósmicos.



Figura 6.48. Cara lateral del Altar 5 de La Venta. Tomado de González Lauck, 1994.

Debido a su tofoforma de hendidura en “V”, es posible que el San Martín Pajapan fuera concebido como un eje cósmico en la que habitaban seres sobrenaturales. Alternativamente, es posible que dicho volcán personificara a los seres sobrenaturales representados en el monumento, ya que estos poseen como rasgo distintivo la hendidura en “V”. Al respecto, hay que señalar que en el hacha de Arroyo Pesquero los elementos iconográficos que funcionan como marcadores de los puntos intercardinales poseen hendiduras en “V” y ojos como si se tratara de algún ser o entidad anímica. Por tal motivo, resulta pertinente suponer que el volcán San Martín Pajapan pudo ser entendido como la personificación de un ser sobrenatural y al mismo tiempo simbolizaba un eje cósmico inscrito en el paisaje. Retomando lo dicho por De la Fuente acerca del significado del monumento, se puede decir que el personaje humano retratado está bajo protección sobrenatural del volcán San Martín Pajapan y era el encargado de su culto que funcionaba como una especie de mediador terrenal. Así pues, el monumento del San Martín Pajapan era uno de los elementos

primordiales que configuraban el espacio sagrado de este volcán, al cual estaban dedicadas las ofrendas Epi-olmecas halladas por Medellín y Navarrete.

En este caso, las ofrendas de piedras verdes depositadas en el espacio sagrado del San Martín Pajapan no fueron depositadas directamente en forma de hachas votivas, sino en forma de cuentas principalmente circulares dispuestas al interior de vasijas. En estas no se grabaron imágenes, y la única representación existente es un rostro antropomorfo que no muestra elementos pertenecientes al sistema de representación olmeca. A pesar de que estas circunstancias, el ofrendamiento de objetos de piedras verdes evidencia la continuidad de rasgos y prácticas culturales olmecas durante el periodo Epi-olmeca. Por ello, es muy probable que los simbolismos de estas ofrendas permanecieron relacionados con el agua, la vegetación y la fertilidad.

7. El cerro Chalcatzingo

7.1 El valle de Amatzinac-Tenango

El cerro Chalcatzingo se encuentra en el valle del río Amatzinac-Tenango, el cual surge en las faldas meridionales del volcán Popocatepetl y recorre, de Norte a Sur, la parte del Eje Neovolcánico que comprende el extremo oriental del actual estado de Morelos y de la frontera con Puebla. Tal y como señala Grove *et al.*, el valle de Amatzinac-Tenango yace en una zona de transición climática de Norte a Sur (1987: 9), creada principalmente por el descenso gradual del relieve que va desde los 1600 msnm en su parte más alta hasta los 900 msnm en su parte más baja. De tal forma, en la porción más elevada del extremo Norte del valle predomina el clima Templado húmedo con una temperatura promedio anual de 18 °C, seguido del Semicálido subhúmedo con una temperatura promedio anual en los 20 y 22 °C, y en la parte centro y Sur del valle el clima imperante es el Cálido subhúmedo con una temperatura promedio anual de 24 °C (figura 7.1).

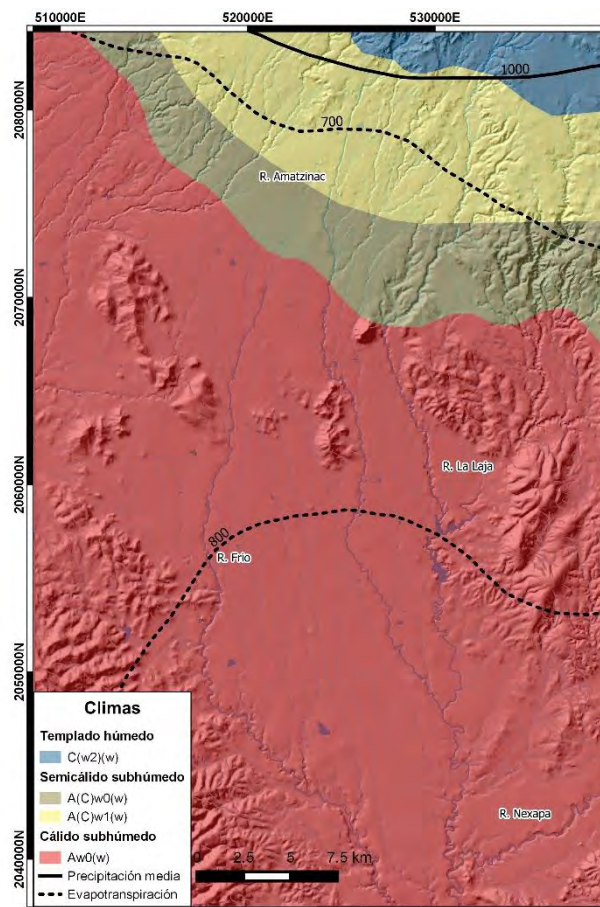


Figura 7.1. Climas del valle de Amatzinac-Tenango. Elaborado por el autor.

En relación a la precipitación, el promedio anual en la zona Norte del valle es de 1000 mm mientras que en el resto de la región el promedio anual es de 800 mm, siendo de junio a octubre, es decir en la época de lluvias, cuando se precipita el 80% de dicho promedio en forma de lluvias moderadas y huracanes provenientes tanto del Atlántico como del Pacífico (Bugé, 1978: 46-47). Por otro lado, el promedio anual de evapotranspiración es de 700 mm en la parte alta del valle y de 800 mm en la parte baja. El alto porcentaje de precipitación durante la época de lluvias aunado con el alto índice de evapotranspiración, origina un periodo de secas bien marcado de enero a mayo, el cual es más intenso en la zona Sur del valle. Cabe señalar que la transición entre ambas épocas está marcada visualmente por la sequedad y reverdecimiento de la vegetación.

Debido a la condición climática cálida y seca del valle de Amatzinac-Tenango la vegetación predominante es del tipo selva baja caducifolia, no obstante, una porción del extremo Norte está cubierto por un bosque templado. Al respecto, Bugé definió ocho zonas ecológicas: bosque de tierras altas (*upland forest*), bosque de *Pithecellobium*, barranca, pastizal de huizache, tierras rivereñas (*river bottomland*), cerros (*interior valley cerros*), cuajiotal y tatlaleras (1978: 57-69; 1987: 14-17). El bosque de tierras altas, correspondiente al bosque templado, abarca las faldas del Popocatepetl entre los poblados de Hueyapan y Tlacotepec, y constan de una amplia variedad de pinos (*Pinus* ssp.) y encinos (*Quercus* ssp.); en las áreas más húmedas también hay especies de otros géneros como jaboncillo (*Clethra mexicana*), palo blanco (*Carpinus caroliana*), chilacuate (*Styrax ramirezii*), entre otros (Bugé, 1978: 57; 1987: 14).

El bosque *Pithecellobium*, considerado como la zona más productiva de recursos agrícolas y silvestres, se localiza en el Norte del valle y se extiende desde el poblado de Tlacotepec hasta Jonacatepec y Chalcatzingo (Bugé, 1978: 66; 1987: 14). Los árboles característicos de este tipo de vegetación son: guamúchil (*Pithecellobium dulce*), ciruela (*Spondias purpurea*), pochote (*Ceiba parvifolia*), amate (*Ficus padifolia*), guaje (*Leuceana esculenta*), cazahuate (*Ipomea muricoides*), etc. Por otro lado, la barranca está constituida por profundas laderas creadas por los ríos que recorren el valle por tanto es una zona muy limitada de alta humedad (Bugé, 1978: 61; 1987: 15). En las partes

altas de las barrancas crece una amplia variedad de agaves, y cactáceas como el nopal (*Opuntia lasiacantha*) y el órgano (*Pachycerus marginatus*); en las partes bajas hay amate, ciruela, guamúchil y copal (*Bursera jorullensis*); y en las barrancas cercanas a asentamientos existen árboles frutales como guayaba (*Psidium guajava*), aguacate (*Persea americana*) y mamey (*Mammea americana*). El pastizal de huizache está ampliamente distribuido en varias partes del valle y como su nombre lo indica la especie más representativa es el huizache (*Acacia farnesiana*) aunque también están presentes especies como el cazahuate, venenillo (*Thevitia ovata*) y tehuistle (*Acacia bilimekii*).

Pasando a las tierras rivereñas, esta zona es muy reducida y se encuentra en ciertas áreas de la parte Sur del valle donde los ríos emergen de las profundas barrancas y forman depósitos aluviales (Bugé, 1978: 62; 1987: 15). Las especies presentes en esta zona son guamúchil, pochote y ceiba (*Ceiba pentandra*), las cuales al parecer son los remanentes de un antiguo bosque de galería. Respecto a la zona de cerros, ésta está conformada por las elevaciones del relieve más prominentes ubicadas en la parte central del valle, estas son: el cerro Delgado, el Chalcatzingo y el Tenango. De acuerdo con Bugé, en estos cerros coexisten una diversidad de especies distintivas de las demás zonas ecológicas del valle, lo cual es producto de procesos de alteración humana a lo largo de miles de años (1978: 65-66; 1987: 15).

La zona cuajiotal está asociada a cerros de la margen Oeste del valle en donde crecen especies como cuajote (*Bursera longipes*), cuajote amarillo (*Bursera odorata*) y copal (*Bursera jorullensis*) (Bugé, 1978: 64; 1987: 15). Por último, la zona tetlalera se ubica en el extremo oriental del valle a lo largo del río Nexapa y está compuesto por arbustos espinosos como el huizache (Bugé, 1978: 63; 1987: 15).

De acuerdo con Bugé, los agricultores distinguen los suelos en dos categorías la tierra negra y la tierra amarilla. La tierra amarilla está compuesta en gran medida por piedras, y yace en la parte Sur al igual que en los extremos Este y Oeste del valle por lo cual está asociada principalmente con la zona ecológica huizache (Bugé, 1978: 41; 1987: 15). En cuanto a la tierra negra, ésta consiste en profundos suelos limo-arcillosos con pocas cantidades de piedras, y se encuentran desde la parte central hasta el Norte del valle por

tanto está asociado al bosque de *Pithecellobium* y tierras rivereñas (Bugé, 1978: 41; 1987: 14-15).

Debido a la capacidad de retención de humedad de la tierra negra durante la época de lluvias, Bugé declara que las zonas en donde ésta se encuentra son las de mayor potencial agrícola, las cuales corresponden a la parte centro y Norte del valle en donde se sitúa el sitio de Chalcatzingo; no obstante, en la parte Sur también hay zonas fértiles aledañas al río Amatzinac (1978: 41-43). La tierra negra está compuesta principalmente por vertisoles que si bien son suelos fértiles aptos para el cultivo, están condicionado por los tipos de climas en los que se encuentran. De tal forma, las condiciones cálidas y semicálidas imperantes en la región limitan el potencial agrícola de las zonas de tierra negra. Por otra parte, la tierra amarilla corresponde a durisoles los cuales son suelos característicos de planicies aluviales llanas o suavemente inclinadas, situadas en regiones áridas y semiáridas (FAO, 2014: 155-156). Por tales motivos, Bugé indica que a diferencia del resto del estado de Morelos, el valle de Amatzinac-Tenango tiene una cantidad mucho más limitada de tierra óptima para la agricultura (1978: 43).

A través del análisis de muestras de polen Bugé determinó que durante la época prehispánica la vegetación del valle era muy similar a la de la actualidad, puesto que no encontró evidencias de cambios drásticos (Bugé, 1987: 18). No obstante, la variación entre el porcentaje de polen de asteráceas y gramíneas presentes en las muestras indican cambios climáticos durante el periodo Preclásico. Así pues, Bugé señala que entre el 1000 y 750 a.C. imperaron en la región condiciones climáticas más secas que en la actualidad, y que a partir del 750 a.C. ocurrió un incremento gradual de humedad seguido por un retorno de condiciones secas en el 550 a.C. (1978: 138-139). Asimismo, este mismo autor señala que además del incremento de humedad durante el Preclásico Medio, las muestras analizadas también muestran evidencias de una intensa perturbación de la vegetación especialmente en Chalcatzingo, lo cual se debió a las actividades agrícolas de desmonte y a la construcción de estructuras arquitectónicas como las terrazas (Bugé, 1978: 139; 1987: 18).

Estas zonas ecológicas correspondientes a la selva baja caducifolia son el hábitat de diversos animales, algunos de los cuales se han extinguido dentro del valle de Amatzinac-Tenango. Dentro de los mamíferos se encuentra el

venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*), el puma (*Puma concolor*), el ocelote (*Leopardus pardalis*), el coyote (*Canis latrans*); aves como el águila real (*Aquila chrysaetos*), la chachalaca (*Ortalis poliocephala*), la lechuza (*Tyto alba*); y reptiles como la víbora de cascabel (*Crotalus simus*), el coralillo (*Micrurus laticollaris*), y la iguana negra (*Ctenosaura pectinata*) (CONAGUA, 2009: 11-19).

De acuerdo con Grove *et al.*, el valle de Amatzinac-Tenango posee un relieve compuesto por depósitos aluviales y piroclásticos de rocas ígneas (1987: 8-9). Los depósitos piroclásticos yacen en la parte Norte del valle, y se componen principalmente de andesitas del mioceno y basaltos del pleistoceno formados por los volcanes del Eje Neovolcánico como el Popocatepetl (Hirth, 1974: 62). Por otro lado, los depósitos aluviales abarcan la parte Sur del valle y en éstos se forman rocas sedimentarias como calizas del cretácico medio (Hirth, 1974: 62-63). Sobre estos depósitos emergieron enormes afloramientos masivos de granodiorita que dominan la parte central del valle, estos son: el cerro Jantetelco, el cerro Delgado, el cerro Chalcatzingo y el cerro Tenango (Grove *et al.*, 1987: 8). En el caso del cerro Chalcatzingo, los bloques de granodiorita presentes en sus laderas fueron utilizados para labrar los monumentos preclásicos que se encuentran al interior del sitio, y además Grove detectó en la falda Sur del cerro un área, al que denominó MCR-12, que posiblemente funcionó como un taller en el que se cortaban y preparaban los bloques para la elaboración de esculturas y demás artefactos (1987b: 163; 1987c: 386).

Asimismo, en el valle de Amatzinac existen otros recursos geológicos que fueron aprovechados por los pobladores preclásicos. Diversos autores han reportado la existencia de yacimientos de minerales de hierro (magnetita y hematita) en el cerro Cacalote y en la barranca del río Amatzinac cercana a Chalcatzingo, no obstante, el único yacimiento del que se sabe con certeza que fue aprovechado por los habitantes preclásicos de Chalcatzingo, se encuentra en una ladera del cerro ubicado entre los actuales poblados de Atotonilco y Jaloxtoc (Grove, 1987c: 378-379). Por otra parte, Mazari reporta una fuente de caolín al Sur del cerro Chalcatzingo, el cual los informantes de Grove señalan que fue explotado durante la revolución zapatista; de igual forma, otro informante comenta que existe otro yacimiento en el cerro Caolín ubicado al

Norte del poblado de Tlayca (Grove, 1987c: 383-384). Aunque no se ha determinado la ubicación exacta de estos yacimientos, se sabe que en Chalcatzingo el caolín fue utilizado para la elaboración del tipo cerámico Amatzinac Blanco (Grove, 1987c: 384). Ahora bien, al Sureste del valle hay un cerro pequeño compuesto por un tipo de pedernal rojo, en el cual hay núcleos y rocas trabajadas asociadas con cerámica del Preclásico Medio (Hirth, 1987b: 517).

De acuerdo con Hirth, la característica más sobresaliente de la topografía del valle de Amatzinac-Tenango es el marcado contraste entre superficies con pendientes muy diferentes, de modo que en algunas zonas las planicies se convierten de forma abrupta en cerros altos sin una transición de piedemonte (figura 7.2) (1974: 71). Este mismo autor clasificó la topografía del valle en tres categorías que poseen a su vez subcategorías: planicies, cerros y montañas, y cerros abiertos (figura 7.3 y 7.4). De estas tres categorías las planicies abarcan más del 90% del área estudiada por Hirth, y el 10% consta de pendientes nuevas ubicadas en la parte Sur-central en donde el valle pierde altitud hasta llegar al río Frio-Tepalcingo (1974: 71).



Figura 7.2. Vista Noroeste del valle de Amatzinac-Tenango desde las faldas del cerro Chalcatzingo y Delgado. Foto del autor.

Los cerros y montañas frecuentemente se encuentran en las zonas fronterizas del valle, sin embargo, también existen formaciones aisladas en su interior (Hirth, 1974: 71-73). En la parte central del valle yacen cerros bajos como el Delgado y Chalcatzingo cuyas alturas son de 1480 y 1600 msnm, respectivamente, y a escasos kilómetros al Norte y Sur de éstos están situados

las montañas bajas de Jantetelco y Tenango la cuales tienen una altura de 1840 y 1630 msnm (figura 7.5 y 7.6). Debido a su ubicación y prominencia estos cerros son visibles desde lugares lejanos, por lo cual son importantes puntos de referencia dentro del valle. Por otra parte, los cerros abiertos es la categoría menos abundante ubicada en las partes fronterizas al igual que al interior de valle, y constituye una zona transicional entre las planicies y los cerros y montañas, ejemplo de ello es el cerro Las Lomas situado al Sur del poblado de Jonacatepec (Hirth, 1974: 73).

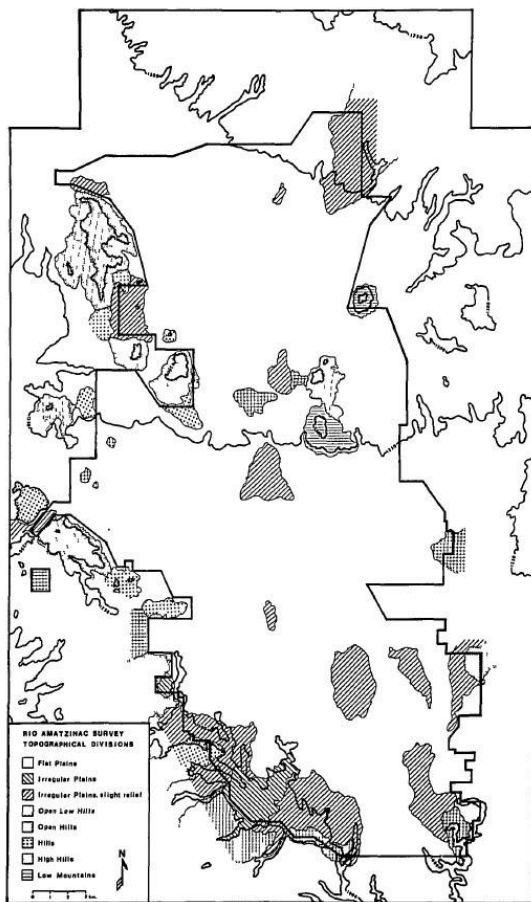


Figura 7.3. Clasificación del relieve del valle de Amatzinac-Tenango. Tomado de Hirth, 1974.

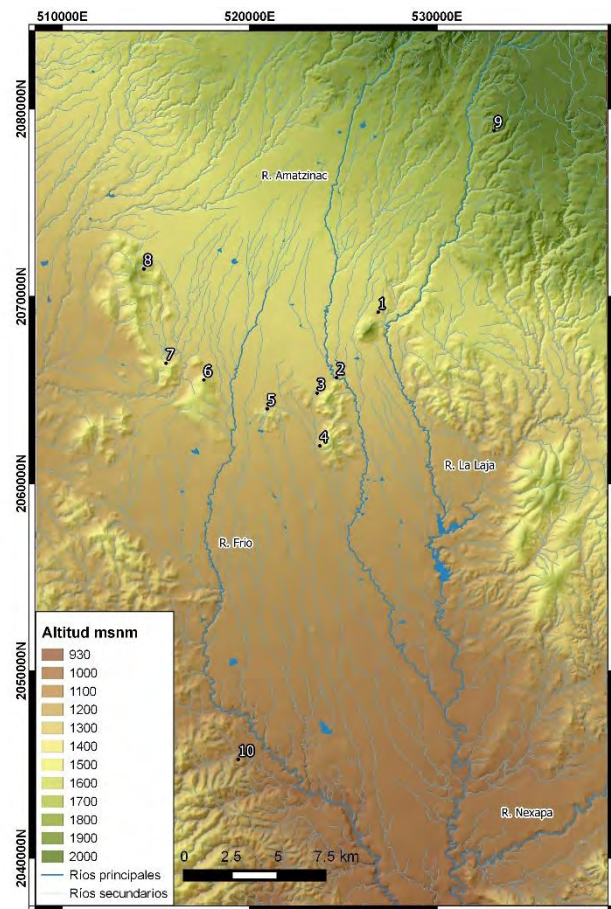


Figura 7.4. Topografía e hidrografía del valle de Amatzinac-Tenango. 1) Cerro Jantetelco. 2) C. Delgado. 3) C. Chalcatzingo. 4) C. Tenango. 5) C. Las Lomas. 6) C. Cuachi. 7) C. Colorado. 8) C. Tencuancoalco. 9) Faldas bajas del Popocatepetl. 10) Sierra Sur de Puebla. Elaborado por el autor.

Además de estar interrumpido por cerros y montañas, la superficie plana del valle de Amatzinac-Tenango está diseccionada por las barrancas de ríos perennes e intermitentes. Tres son los ríos perennes más importantes que recorren de Norte a Sur el valle, estos son: el río Frio, el río Amatzinac y el río La Laja. El río Frio se forma por la escorrentía de nacimientos de agua de

varias barrancas situadas cerca de los poblados de Amayuca y Temoac, en la parte Norte del valle. Desde dichos poblados, el río Frio desciende hacia el Sur recorriendo la parte occidental del valle pasando a 5 km al Oeste de Chalcatzingo, posteriormente fluye por Tepalcingo en donde adquiere el nombre de este poblado para finalmente unirse al río Nexapa justo a 3.5 km al Suroeste de Tlancualpican. Por su parte, el río La Laja nace en las faldas bajas sureñas del volcán Popocatepetl y transita el extremo oriental del valle sirviendo como frontera natural entre los estados de Morelos y Puebla; en su descenso fluye por el costado Este del cerro Jantetelco, y después pasa a 4 km al Este de Chalcatzingo para finalmente unirse con el río Amatzinac.



Figura 7.5. Cerro Jantetelco visto desde la falda Este del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.6. Cerro Tenango visto desde la cima del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.

En cuanto al río Amatzinac, éste nace en las faldas altas del Popocatepetl a 3900 msnm a causa del deshielo de la nieve de dicho volcán (figura 7.7) (CONAGUA, 2009: 7). La cuenca del Amatzinac abarca un área de 241.5 km² y tiene una extensión de 62.5 km desde su nacimiento hasta su confluencia con el río La Laja, ubicada a 3 km al Sureste de Atlacahualoya (CONAGUA, 2009: 7-8). El río Amatzinac es poco caudaloso, su profundidad promedio es de 15.8 cm en el mes de septiembre (época de lluvias) y 10 cm en el mes de mayo (época de secas), no obstante, en ocasiones puede alcanzar profundidades de 55 cm. (Vidales Pérez, 2010: 51). Fluye por la parte central del valle entre los ríos Frio y La Laja pasando sobre el costado Oriental del cerro Chalcatzingo. En su parte baja se le denomina Tenango antes de unirse con el río La Laja.

Al igual que los demás ríos de la región, el Amatzinac se caracteriza por fluir entre barrancas que alcanzan profundidades de 20 y 30 m, sin embargo, en la parte sur del valle a partir del poblado de Tenango las barrancas pierden altura

y las márgenes de dicho río se convierten en planicies aluviales (Grove *et al.*, 1987: 9). La presencia de profundas barrancas en los tres principales ríos del valle dificulta el abastecimiento de agua para la subsistencia, así como para la explotación agrícola a través de sistemas de irrigación (figura 7.8) (Hirth, 1974: 74). Asimismo, las barrancas afectan la circulación y transporte dentro de la región, ya que en el caso de los ríos Amatzinac y Frio solo se pueden cruzar a través de pasos naturales. En el valle de Amatzinac-Tenango los pasos naturales son escasos, uno de estos se encuentra cerca de Chalcatzingo, por tanto, este asentamiento constituía un punto clave de las rutas que entraban y atravesaban la región (Bugé, 1978: 36).



Figura 7.7. Río Amatzinac-Tenango. Tomado de CONAGUA, 2009.

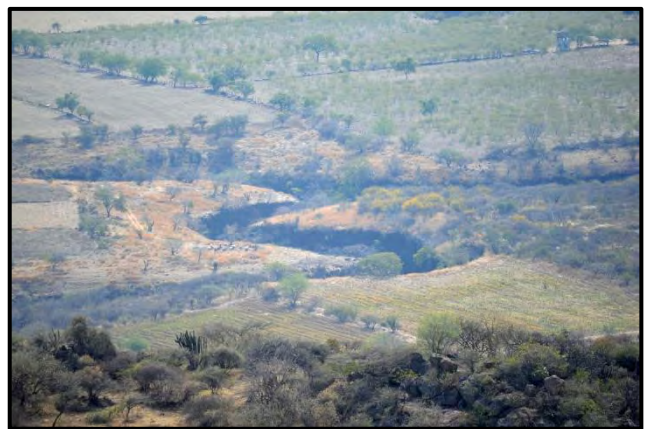


Figura 7.8. Barraca del Río Amatzinac-Tenango vista desde la falda Este del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.

Por otro lado, es muy probable que el río Amatzinac haya sido parte de una importante ruta de transporte interregional que atravesaba la sierra Madre del Sur y se dirigían hacia la costa del Pacífico. Como ya hemos dicho, el río Amatzinac se une al río Nexapa el cual es tributario del río Atoyac que a su vez es un afluente del río Balsas. Así pues, estos ríos constituyen una brecha en la intrincada sierra Madre del Sur que conectan al valle de Amatzinac-Tenango con otras regiones del Sur de Mesoamérica.

Además de estos ríos existen otros elementos hidrológicos dentro del valle que constituyen importantes fuentes de agua, tales como los manantiales o nacimientos de agua. Estos normalmente se encuentran sobre las barrancas del valle y las laderas de los cerros, y algunos solo están activos durante la época de lluvias. Bugé que señala que a diferencia de otras zonas de Morelos, en el valle de Amatzinac los manantiales se caracterizan por ser pequeños (1978: 31). Únicamente existen dos manantiales grandes dentro de este valle

uno en Atotonilco al Oeste, y el otro en Ixtatlala al Sureste; varios asentamientos están situados cerca de manantiales pequeños, como es el caso de Chalcatzingo (Grove *et al.*, 1987: 9).

Así pues, el valle de Amatzinac-Tenango se caracteriza por ser una planicie seccionada por profundas barrancas e interrumpida por cerros elevados que funcionan como importantes puntos de referencia. La temporalidad del paisaje está marcada visualmente por la sequedad y reverdecimiento de la vegetación, y está fuertemente influenciada por una época de secas muy acentuada. Los principales ríos del valle son poco caudalosos y de difícil acceso por tanto la obtención de agua para la subsistencia es limitada y complicada. Estas condiciones relativamente adversas fueron los principales factores que influyeron en la forma de habitar, experimentar y concebir el paisaje del valle de Amatzinac-Tenango. Debido a las condiciones semiáridas y el difícil acceso a los ríos, las lluvias y otras fuentes de agua como los manantiales cobraron vital importancia en toda la región. En este sentido, los lugares en donde se forman manantiales como Chalcatzingo eran elementos importantes para la subsistencia a los que se les atribuyeron cualidades sagradas.

7.2 El entorno natural y social del cerro Chalcatzingo

El cerro Chalcatzingo está situado en la parte Norte del centro del valle de Amatzinac-Tenango. Está delimitado al Este por el río Amatzinac que fluye a dos kilómetros de distancia. Inmediatamente al Norte sus faldas están unidas con las del cerro Delgado, y a unos 4 km hacia el Noreste se localiza el cerro Jantetelco. De igual forma, al Sur está conectado con el cerro Tenango, y al Oeste y Noroeste se extienden las planicies del valle hasta las lomas que conforman el extremo occidental de la región.

Como se puede observar, a diferencia del cerro El Manatí y del volcán San Martín Pajapan, Chalcatzingo no es una elevación natural del relieve aislada. Debido a que sus faldas están fusionadas con las del cerro Delgado, Grove señaló que “visualmente, las dos montañas evocan una imagen sagrada, pues las separa una hendidura en forma de V” (figura 7.9) (2007: 33). Adicionalmente, este mismo autor propuso que la hendidura en “V” representa un umbral hacia el interior de la tierra que permite la comunicación con fuerzas y espíritus del inframundo (Grove, 2007: 33-34). En el punto donde las faldas

de estos cerros se unen (en el centro de la hendidura en “V”), se forma una corriente de agua de lluvia estacional denominada Drenaje El Paso que desciende hasta el sitio pasando entre la Plaza Central y la Terraza 2, así como entre la Terraza 6 y la Terraza 15 (Grove y Cyphers, 1987: 41). Igualmente, en este mismo sitio hay varios abrigos rocosos y nichos que cuentan con numerosas pinturas rupestres (Apostolides, 1987: 173-278), de las cuales se desconoce el periodo en que fueron hechas (figura 7.10 y 7.11). De tal forma, las faldas de los cerros Chalcatzingo y Delgado en relación con el Drenaje El Paso y los abrigos rocosos, simulan el complejo simbólico de la hendidura en “V” o abertura de la tierra de donde emana agua.



Figura 7.9. Hendidura en “V” formada por el Cerro Delgado (izquierda) y el Cerro Chalcatzingo (derecha). Foto del ator.

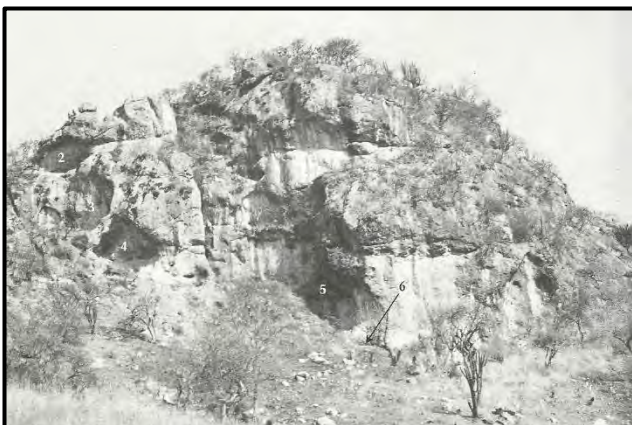


Figura 7.10. Serie de nichos ubicados entre las faldas de los cerros Delgado y Chalcatzingo. Tomado de Apostolides, 1987.



Figura 7.11. Ejemplo de abrigo rocoso ubicado entre las faldas del los cerros Delgado y Chalcatzingo, con evidencias de vandalismo. Foto del autor.

Los cerros Chalcatzingo y Delgado están alineados en un eje Noreste-Suroeste así que la topografía que simula la hendidura en “V” se puede observar claramente desde el Noroeste y Sureste del valle de Amatzinac-Tenango (ver figura 7.2); no obstante, su visibilidad disminuye dependiendo del ángulo de orientación del espectador. Al Sur del valle, dicha topografía no es visible ya que el cerro Tenango cubre por completo a los cerros Chalcatzingo y Delgado; y al Norte del valle su visibilidad depende del eje de orientación de dichos cerros. Así pues, a pesar de que los cerros Chalcatzingo y Delgado dominan gran parte del panorama de la región, la visibilidad de la topografía de hendidura en “V” es limitada.



Figura 7.12. Oeste del valle de Amatzinac visto desde la cima del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.13. Este del valle de Amatzinac visto desde la cima del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.14. Norte del valle de Amatzinac visto desde la cima del cerro Chalcatzingo. Foto de Henri Noel Bernard.

Ahora bien, desde la cima del cerro Chalcatzingo es visible toda la extensión del valle de Amatzinac-Tenango. Al Oeste se alcanza a ver las lomas que delimitan el extremo occidental del valle (figura 7.12); al Este se observa parte de la sierra poblana misma que se prolonga hacia el Sur (figura 7.13), sin

embargo, en este último rumbo el cerro Tenango restringe en cierta medida la visibilidad (ver figura 7.6); finalmente, hacia el Norte se observa el cerro Jantetelco y el prominente volcán Popocatépetl el cual se encuentra a 40 km de distancia (figura 7.14). El Popocatépetl es visible con tal claridad que inclusive se aprecia las fumarolas o columnas de humo que emite. Así pues, el cerro Chalcatzingo constituye un punto estratégico en el que se tiene un control visual amplio del valle de Amatzinac-Tenango.

A pesar de que los cerros Chalcatzingo y Delgado forman en conjunto la hendidura en “V”, los relieves olmecas solo están presentes en el primero. Para Grove y Gillespie esta circunstancia sugiere una dicotomía en la que cada cerro fue percibido de forma distinta (2009: 61-62). Los relieves olmecas del cerro Chalcatzingo conforman dos grupos situados en diferentes sectores, estos son el I-A y el I-B (figura 7.15-17). El I-B se localiza en la parte más baja de la ladera Norte del cerro que forma parte de la hendidura en “V”, en tanto que el I-A se encuentra en la parte media de la ladera Noroeste del cerro y está directamente asociado al Drenaje El Rey. El Drenaje El Rey también es una corriente estacional por la cual fluye la mayor cantidad de agua de lluvia que cae sobre la ladera Noroeste del cerro Chalcatzingo (Grove y Angulo, 1987: 115).

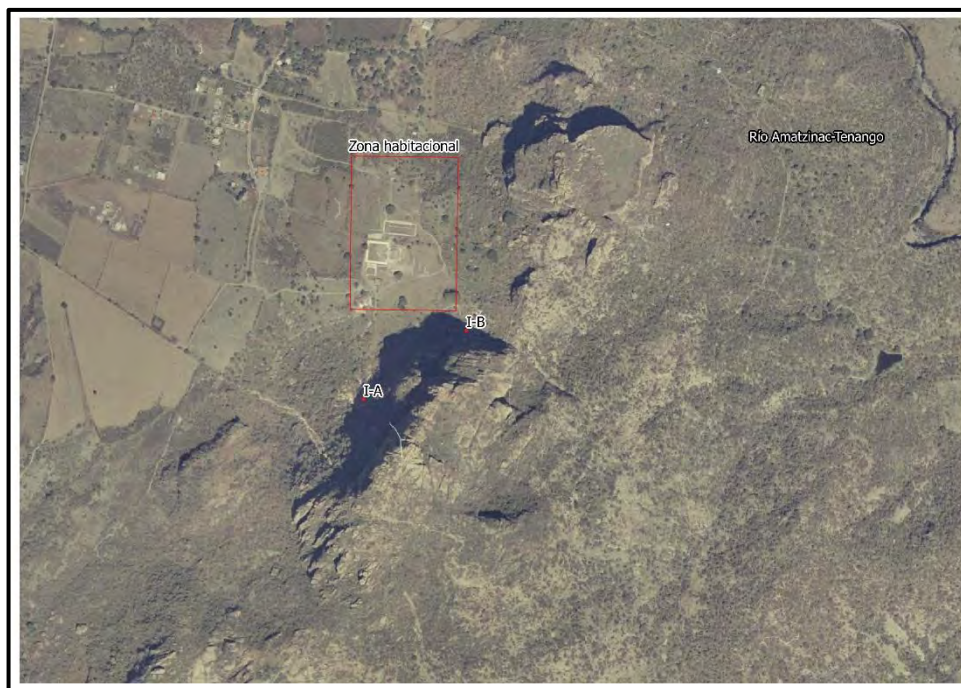


Figura 7.15. Ubicación de los Grupos I-A y I-B del cerro Chalcatzingo. Foto de INEGI.

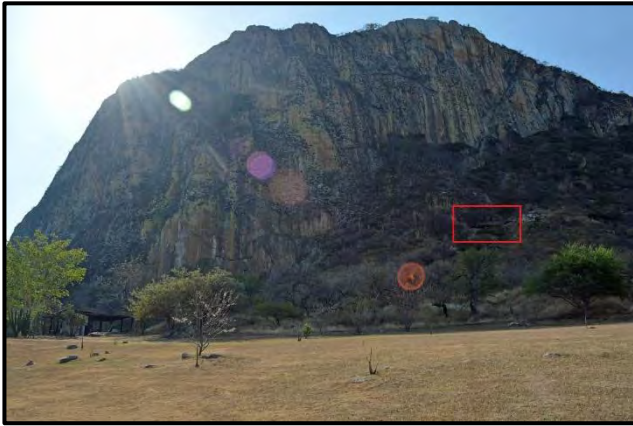


Figura 7.16. El recuadro rojo indica el lugar donde se encuentra el Grupo I-A. Foto del autor.



Figura 7.17. El recuadro rojo indica el lugar donde se encuentra el Grupo I-B. Foto del autor.

Dicho drenaje desciende desde el grupo I-A hasta el pie del cerro en donde se construyó una especie de dique para desviar la corriente casi 90° al Este, de lo contrario el drenaje vertería sus aguas sobre las terrazas que componen el asentamiento prehispánico (Grove y Cyphers, 1987: 32-33). Las excavaciones realizadas por Grove y su equipo en el Drenaje El Rey, revelaron capas de arena y barro que indican periodos de corrientes de agua rápidas y lentas relacionadas con la intensidad de las lluvias, y además encontraron evidencias de mantenimiento del drenaje a largo plazo (Grove y Cyphers, 1987: 32). Asimismo, Angulo señala que en las laderas del cerro Chalcatzingo se acondicionaron tres pozas o aljibes escalonados sobre el cauce natural del Drenaje El Rey, hechos a través de amontonamientos de piedras; la poza de menor dimensión mide 3 m por 3 m en tanto que la mayor mide 6 m por 4 m (1988; 64-65). De igual forma, el flujo de agua del Drenaje El Paso fue desviado hacia el Este a través de la Estructura 1 de la Terraza 15 (Grove y Cyphers, 1987: 41). Al parecer, las obras arquitectónicas de control del agua de ambos drenajes fueron construidas durante el periodo de edificación de las terrazas habitacionales, es decir, durante la fase Barranca Temprano que va del 1100 al 1000 a.C. (figura 7.18) (Grove y Cyphers, 1987: 33). Así pues, los drenajes El Rey y El Paso fueron importantes fuentes de agua estacional de fácil acceso, ampliamente aprovechados, y posiblemente sacralizados, por los habitantes de Chalcatzingo durante el periodo Preclásico.

Además del drenaje El Rey en la cima del cerro Chalcatzingo hay varios conjuntos de pozas poco profundas de no más de un 1 m de diámetro, en las que se acumula el agua de lluvia (figura 7.19). Estas pozas no eran una fuente

importante de abastecimiento de agua importante, no obstante, es probable que hayan sido consideradas como elementos sagrados del cerro, ya que en ellas se acumula agua de lluvia y es en la cima donde se precipita el agua que forma varios de los escurrimientos del cerro Chalcatzingo, incluido el drenaje de El Rey. De tal forma, las pozas de la cima del cerro y el drenaje de El Rey pudieron ser considerados como parte de un mismo fenómeno natural. Cabe señalar que entre uno de los conjuntos de pozas hay una roca en la que se talló un rostro humano que mira hacia el Norte y sobre este se encuentra otra imagen no identificada. Desafortunadamente, es difícil atribuir con certeza una temporalidad a estos relieves, aunque su asociación con las pozas bien podría indicar el aspecto simbólico de éstas.

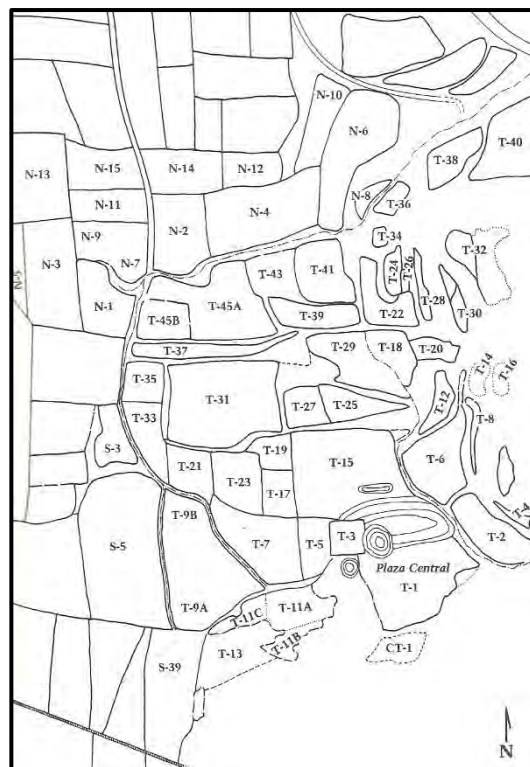


Figura 7.18. Croquis de las terrazas de Chalcatzingo. Aunque Grove y Cyphers no lo especifican, por su ubicación las líneas puntadas parecen representar a los Drenajes El Rey y El Paso. Tomado de Grove y Cyphers, 1987.

Por otro lado, los habitantes de Chalcatzingo tallaron pequeños hoyuelos sobre varias de las piedras de la ladera Noroeste del cerro Chalcatzingo, comúnmente conocidos como pocitos o xicallis. Si bien la primera persona en reportar la existencia de pocitas en Chalcatzingo fue Gay y posteriormente Grove, es Lambert quien hizo un estudio pormenorizado de éstos. A través de

un análisis formal dicho autor distinguió tres complejos de pocitos presentes en Chalcatzingo: el cilíndrico, el hoyo y canal (*pit-groove*) y el hemisférico (Lambert, 2011: 143). El complejo de pocitos cilíndricos está distribuido en los monumentos del Grupo I-A, en las terrazas 11 y 13, en la Plaza Central y en la cima del cerro Chalcatzingo. Dado que los pocitos cilíndricos están asociados a elementos arqueológicos de la fase Barranca y Cantera, Lambert propuso, al igual que Grove, que pudieron haberse hecho durante el Preclásico Medio (Lambert, 2011: 166; Grove, 1987b: 166). Con respecto a los pocitos cilíndricos del Grupo I-A, estos se encuentran al pie de los monumentos 1 y 7 debajo de un pequeño canal artificial por el cual escurre agua de lluvia que se acumula en los pocitos, y posteriormente fluye paralelo al Monumento 1 hacia el Drenaje El Rey (Grove, 1987b: 159; Angulo, 1988: 63; Lambert, 2011: 148). Por tal motivo, Lambert señala que los pocitos cilíndricos estaban incorporados a los rituales de manejo de agua realizados en el Grupo I-A, y concuerda con Grove en que estos funcionaban como receptáculos de algún líquido sagrado, posiblemente agua (Lambert, 2011: 166-169; Grove, 1987b: 159 y 167). En este sentido, los pocitos artificiales emulan a las pozas naturales situadas en la cima del cerro Chalcatzingo ya que ambos son receptáculos de agua de lluvia.



Figura 7.19. Algunas de las pozas ubicadas en diferentes sectores de la cima del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.

Si bien el relieve principal del grupo I-A, llamado comúnmente “El Rey”, representa a un personaje humano al interior de una cueva zoomorfizada, en el cerro Chalcatzingo no hay ni una sola cueva. Únicamente se observan alrededor de cinco abrigos rocosos sobre un afloramiento de rocas situado en el extremo de la ladera Suroeste que, aunque presentan varios conjuntos de pinturas rupestres, ninguno de éstos es de estilo olmeca. Es el cerro Delgado el que presenta cuevas, de las cuales las número 1 y 4 fueron ocupadas para depositar entierros humanos datados para la fase Cantera (700-500 a.C.) (Merry de Morales, 1987: 108). En la cueva 1 se hallaron los entierros 152-155 que corresponden a cuatro infantes a los que se les colocó cuatro vasijas (Apostolides, 1987: 194; Merry de Morales, 1987: 108). Por otra parte, en la cueva 4 se hallaron los entierros 156-158 que consisten en tres adultos, uno de estos presentaba una aguja de obsidiana cerca de la pelvis y otro poseía fragmentos de un metate con su respectiva mano a la altura del cráneo (Merry de Morales, 1987: 108). Así pues, dentro de la dicotomía señalada por Grove y Gillespie entre el cerro Chalcatzingo y el Delgado, se puede decir que durante el periodo Preclásico el primero fue ocupado para el tallado de bajorrelieves olmecas y para la realización de importantes rituales, mientras que el segundo fue ocupado como un espacio mortuario.

Además de contener entierros, la gran mayoría de las cuevas del cerro Delgado presentan una gran cantidad de pinturas rupestres que constan de imágenes antropomorfas, zoomorfas y geométricas. Al igual que las pinturas rupestres de los abrigos rocosos y nichos situados en la topografía de hendidura en “V”, es sumamente difícil atribuir una temporalidad precisa a las pinturas rupestres de las cuevas del cerro Delgado. Al respecto, Apostolides dató tentativamente a las pinturas rupestres de color blanco para el periodo Postclásico, y en el caso particular de las pinturas de color rojo de la cueva 19 las ubicó en el periodo Clásico. En el cerro Chalcatzingo solo se ha encontrado un grupo de cinco pinturas rupestres ubicadas a 6 m de alto sobre una enorme pared rocosa del lado Noroeste del cerro. Entre este grupo de pinturas hechas en color rojo y de no más de 25 cm, solamente se puede distinguir un triángulo con líneas en su interior que forman una especie de red (Apostolides, 1987: 173). De tal forma, este grupo de pinturas y el petrograbado asociado a las pozas son las únicas imágenes del cerro Chalcatzingo que no son de estilo

olmeca, en tanto que en el cerro Delgado no se talló ni una sola imagen olmeca.

Por otro lado, hay indicios que sugieren que las cuevas del cerro Delgado fueron utilizadas para almacenar agua. Angulo señala que en uno de los extremos de la cueva 4 hay una piedra en la que se talló un canal de 22 cm de ancho, para conducir el agua que escurre del acantilado hacia el interior de la cueva, en donde se encuentra un cuadro de 1.8 por 2.3 m el cual conserva agua inclusive en la época de secas (1988: 55-57). Asimismo, no se descarta la posibilidad que en otras cuevas se acumule agua de forma natural. Así pues, esta característica de las cuevas del cerro Delgado pudo estar relacionada con el simbolismo de la hendidura en "V" como abertura de la tierra de donde emana o brota agua; a pesar de esto, no es este lugar donde se encuentran los monumentos del Grupo I-A en los que se observa claramente el vínculo cueva-agua.

En mi opinión, el Drenaje El Rey fue el principal motivo por el cual los habitantes del Preclásico prefirieron el cerro Chalcatzingo para tallar las imágenes olmecas. No obstante, ambos cerros componen el complejo simbólico en el que están vinculados los elementos naturales antes mencionados, estos son: los drenajes El Rey y El Paso, los abrigos rocosos, las pozas y los pocitos cilíndricos. En este sentido, el complejo simbólico de cerro Chalcatzingo-Delgado es muy parecido al del volcán San Martín Pajapan. Sin embargo, a diferencia de los rasgos del paisaje de relevancia simbólica analizados en el capítulo anterior, el cerro Chalcatzingo está directamente asociado a un asentamiento situado a los pies de su costado Noroeste. Si bien este asentamiento fue fundado sobre una superficie de pendiente suave que constituye la zona transicional entre el cerro Chalcatzingo y las planicies del valle, sobre las laderas inmediatas al cerro, incluidas las laderas donde se encuentran los relieves, no hay vestigios que señalen la existencia de áreas habitacionales. De tal forma, considero que el cerro Chalcatzingo no pierde su carácter de rasgo natural del paisaje, puesto que hay una clara delimitación entre éste y el espacio construido y habitable.

La primera ocupación de sitio de Chalcatzingo corresponde a la fase Amate fechada entre el 1500 y 1100 a.C. En esta fase el sitio era una aldea pequeña con una población estimada de 66 individuos que abarcaba entre 4 y 6

hectáreas y poseía dos estructuras arquitectónicas monumentales, la Plataforma 3 de la Terraza 6 y la Estructura 4 de la Plaza Central; este último era un espacio público (Prindiville y Grove, 1987: 78-79). El complejo cerámico de esta fase indica la interacción de Chalcatzingo con sitios importantes de otras regiones como Tlatilco en la cuenca de México, Las Bocas en la sierra Poblana, y San Lorenzo en la costa del Golfo; la interacción con este último sitio está marcada por el tipo *Carved Grey* que presentan motivos iconográficos similares a los del tipo *Calzadas Carved* (Cyphers y Grove, 1987: 57; Grove, 1987e: 434-436.)

Incluyendo a Chalcatzingo, durante la fase Amate había diez sitios en el valle de Amatzinac-Tenango que consistían en caseríos y residencias aisladas, de las que se estima una población total de entre 210 a 575 individuos (figura 7.20) (Hirth, 1987a: 350). De estos diez, ocho sitios estaban situados en la parte Norte del valle sobre las tierras de mayor potencial agrícola correspondiente al bosque *Pithecellobium* y a tierras rivereñas, en tanto que seis sitios, incluyendo a Chalcatzingo, estaban a una distancia menor de 200 m de manantiales perennes (Hirth, 1987a: 350-351). De tal forma, el control de tierras fértiles y el acceso a fuentes de agua fueron los principales elementos que influyeron en el patrón de asentamiento de este valle subhúmedo durante su primera fase de ocupación. Si bien este patrón de asentamiento estaba enfocado a una economía de subsistencia agrícola, Hirth señala que las residencias aisladas posiblemente eran campamentos de individuos dedicados en gran parte a la caza y recolección (1987a: 351).

La fase Barranca (1100-700 a.C.) se caracteriza por un incremento poblacional del valle de Amatzinac-Tenango y por la extensa labor arquitectónica ocurrida en Chalcatzingo. Respecto al último punto señalado, los habitantes de Chalcatzingo emprendieron la construcción de numerosas terrazas habitaciones, la ampliación del espacio público definido por la Plaza Central y la estructura 4 y la creación de los diques para controlar el agua de los drenajes El Rey y El Paso (Prindiville y Grove, 1987: 79). Con estas nuevas estructuras arquitectónicas el sitio de Chalcatzingo ocupó una extensión de 13 ha en las que habitaban entre 130 y 325 individuos (Prindiville y Grove, 1987: 79).

Durante la fase Barranca, la población de valle de Amatzinac-Tenango aumentó poco más del doble de la población existente en la fase anterior (figura 7.21). Hirth calculó que en el valle había entre 513 y 1262 individuos distribuidos ahora en 22 asentamientos, entre los cuales Chalcatzingo era el más grande y el único que poseía estructuras arquitectónicas públicas (1987a: 352-353). Estos asentamientos estaban distribuidos en tres grupos de diferentes tamaños: el primero estaba situado en el extremo Norte de la región y se compone de caseríos y residencias aisladas; el segundo se localiza en la parte central y consta de dos aldeas pequeñas, entre ellas Chalcatzingo, y sitios de menor rango y tamaño; el tercero y último grupo se encuentra en el extremo Sur y está conformado por una aldea pequeña con caseríos y residencias aisladas muy dispersos (Hirth, 1987a: 352).

Si bien en esta fase había otros dos sitios del mismo rango que Chalcatzingo, este fue el único alrededor del cual se congregaron varios asentamientos que posiblemente eran sus subordinados. Esta capacidad de congregación o fuerza centrípeta quizás se deba a que Chalcatzingo contaba con tierras óptimas para la agricultura, fuentes de agua y espacios públicos en los que se realizaban eventos comunales. Por otro lado, al igual que en la fase anterior, la cercanía a manantiales y tierras fértiles continuó influyendo en el patrón de asentamiento de la región (Hirth, 1987a: 354-355).

Durante la fase Cantera (700-500 a.C.) el arreglo de los tres grupos de asentamientos persistió y aumentó en proporción (figura 7.22). En esta ocasión, Hirth calculó entre 1429 y 3623 habitantes distribuidos en 49 sitios, de los cuales la mayoría continuaron asentándose cerca de fuentes de agua y la localización de algunos sugiere una reintensificación del aprovechamiento de recursos silvestres (caza y recolección) a la par de la práctica de la agricultura de temporal (1987a: 355 y 358). En esta fase los sitios de mayor rango fueron una aldea grande (RAS-20 o Campana de Oro) y tres aldeas pequeñas (RAS-112, RAS-164 y RAS-14 o Las Pilas), que poseían estructuras arquitectónicas cívico-ceremoniales (Hirth, 1987a: 356-357). Además, en el sitio de Las Pilas se hallaron ofrendas y otros vestigios arqueológicos asociados a un manantial (Hirth, 1987b: 510). Lo anterior indica que Chalcatzingo no fue el único asentamiento de la región en el que se efectuaban actividades rituales asociadas a fuentes de agua, en el periodo Preclásico Medio.

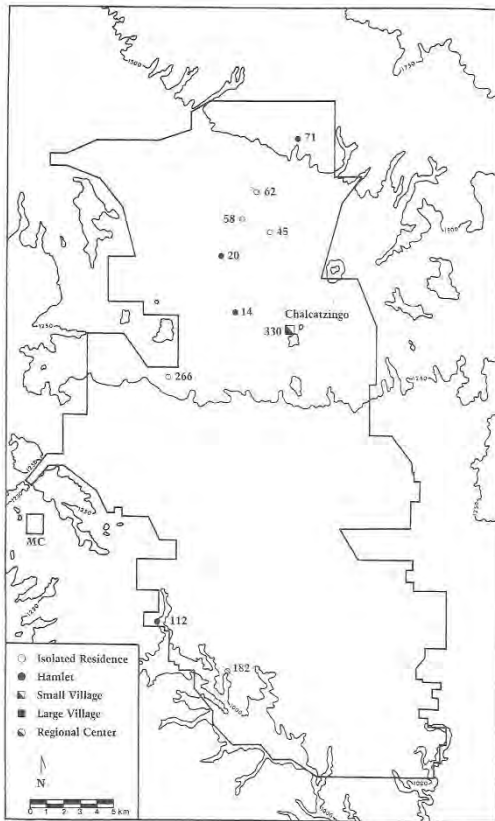


Figura 7.20. Asentamientos de la fase Amate. Tomado de Hirth, 1987.

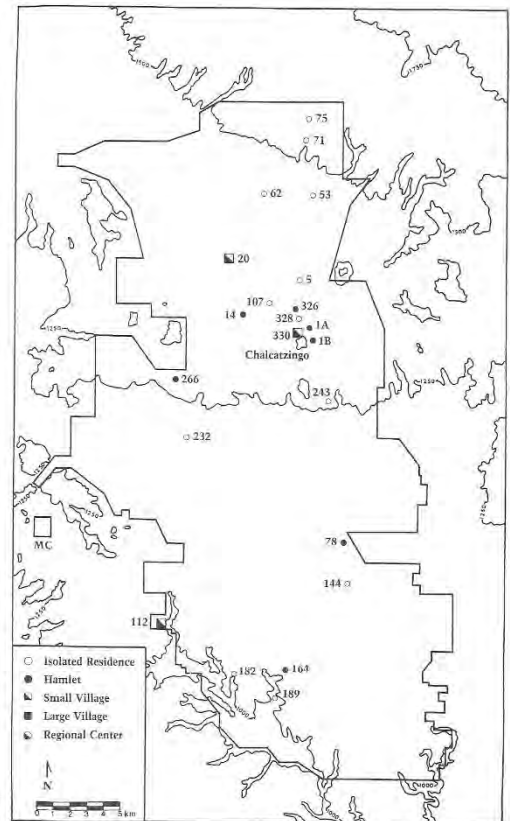


Figura 7.21. Asentamientos de la fase Barranca. Tomado de Hirth, 1987.

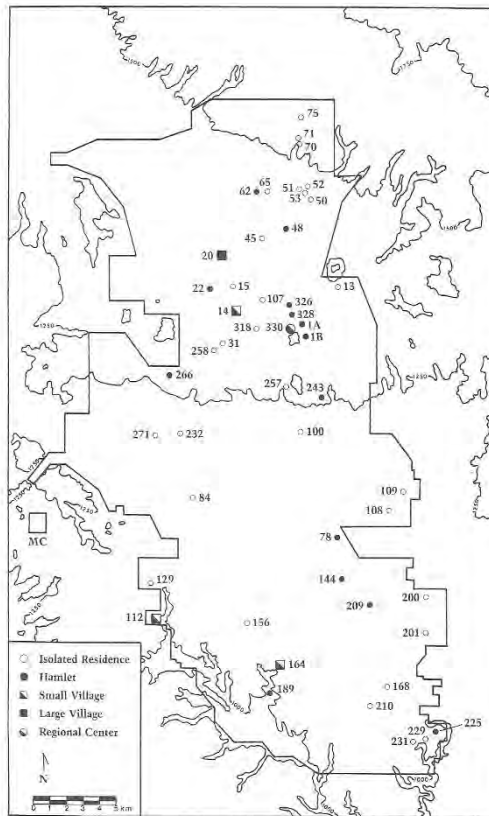


Figura 7.22. Asentamientos de la fase Cantera. Tomado de Hirth, 1987.

Durante la fase Cantera, Chalcatzingo se erigió como el centro regional del valle de Amatzinac-Tenango, el cual consistía en un sitio de 43 ha con una población de entre 433 y 1081 individuos (Hirth, 1987a: 355). Si bien la influencia de Chalcatzingo se extendió en todo el valle, ésta no fue del todo homogénea siendo las zonas Norte y Sur las que presentan más desigualdades y la zona central la que posee mayores similitudes (Hirth, 1987a: 359). Es en esta fase donde se tiene un registro claro de la emergencia de un grupo de élite y de la existencia de áreas ceremoniales al interior de Chalcatzingo. Debido a la complejidad y el ajuar funerario de los entierros de la Estructura 1 de la Plaza Central, Merry de Morales propone que ésta era una residencia de elite, no obstante, advierte que los entierros más elaborados fueron depositados en la Estructura 4 de la Plaza Central (1987: 100-101). Asimismo, en la Estructura 4, la cual consiste en un montículo alargado, se encontraba el Monumento 9 (figura 7.23). Las características formales del Monumento 9 y su gran parecido con el animal sobrenatural retratado en el monumento de El Rey, hacen pensar a Grove y Gillespie que la estructura 4 era concebida como una montaña sagrada que posiblemente simbolizaba al cerro Chalcatzingo, y que desde este espacio arquitectónico se realizaban procesiones rituales hasta el lugar donde se encontraban los relieves de dicho cerro (2009: 68). En este sentido, la Plaza Central era la zona más importante al interior del sitio de Chalcatzingo en la que las residencias de la élite estaban asociadas a espacios ceremoniales con connotaciones sagradas.

Además de la Plaza Central, hay otros espacios arquitectónicos en los que se erigieron monumentos asociados a grupos de élite tales como el Monumento 16, el Monumento 22 y el Monumento 25. De acuerdo con Grove y Angulo, el Monumento 16 se encontraba en el fondo del Drenaje El Paso entre las terrazas 15 y 6 (figura 7.24) (1987: 125). Evidentemente, este monolito estaba situado originalmente en alguna de las terrazas mencionadas, y es probable que haya estado asociado al Drenaje El Paso. El monumento 16 representa un personaje decapitado que está sentado de piernas cruzadas con sus manos descansando sobre ellas, y presenta un pectoral rectangular y una especie de cinturón en los que se observan bandas cruzadas. Su postura e indumentaria son muy parecidas a las del Monumento 77 de La Venta, el cual indudablemente representa un personaje de alto rango. Suponiendo que el

Monumento 16 de Chalcatzingo también representa un personaje de alto rango, su ubicación podría indicar que el Drenaje El Paso estaba controlado por la élite del sitio.



Figura 7.23. Monumento 9 de Chalcatzingo.
Tomado de Reilly, 1987.



Figura 7.24. Monumento 16 de Chalcatzingo. Tomado del catálogo electrónico del Museo Nacional de Antropología.

Por su parte el Monumento 22 de Chalcatzingo, ubicado en la terraza 25, es un trono que presenta algunas características semejantes a las de los tronos de San Lorenzo y La Venta (figura 7.25). Sin embargo, el trono de Chalcatzingo no es un monolito sino está hecho de sillares de piedras careadas adosas al muro central de un patio hundido. Cabe señalar que los muros de esta estructura presentan oquedades en forma de “V” invertida formada por losas inclinadas, las cuales también se observan en el sistema constructivo de Teopantecuanitlan (Guerrero) y Zazacatla (Morelos). En la cara central del Monumento 22 de Chalcatzingo se talló un par de motivos iconográficos que Grove identificó como los ojos de una serpiente sobrenatural (2000: 287), que son similares a los ojos incisos en la máscara de Arroyo Pesquero y a los del monstruo de la tierra del mural C-1 de Oxtotitlán.

Otra gran diferencia que este monumento presenta con los tronos de la costa del Golfo, es que carece del nicho que simboliza la boca del monstruo de la tierra que funciona como una entrada a la tierra o al inframundo. Al respecto, Grove propone que el patio hundido sirve como el nicho-boca del monumento 22 (2000: 287). Esta hipótesis tiene mucho sentido si tomamos en cuenta que

en el piso del patio hundido y al interior de altar se enterraron varios individuos al parecer de alto rango (Fash, 1987:85-91). De tal forma, se puede decir que ciertos individuos fueron enterrados simbólicamente en la boca del monstruo de la tierra, es decir, en el inframundo.

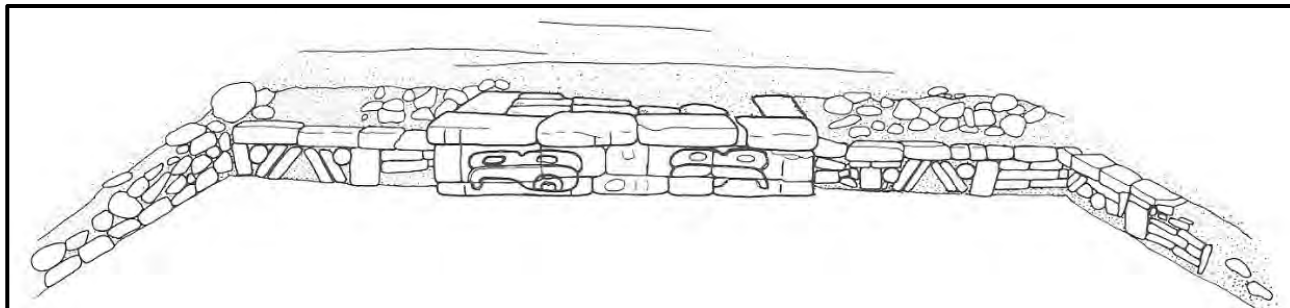


Figura 7.25. Dibujo del Monumento 22 de Chalcatzingo. Tomado de Fash, 1987.

El Monumento 25 fue hallado en la Terraza 6 y consiste en un altar cilíndrico que en toda su circunferencia posee elementos en forma de signos de exclamación, y al centro de su cara superior presenta una pequeña oquedad. Angulo sugiere que los elementos en forma de signos de exclamación representan gotas de sangre de los animales que eran sacrificados en el altar (1987: 151-152), no obstante, estos elementos son los mismos que aparecen en el Monumento 1 en donde simbolizan gotas de agua. Suponiendo que los elementos iconográficos del Monumento 25 son gotas de agua se puede decir que la oquedad que presenta en su cara superior era para acumular o contener agua de lluvia. De tal forma, el Monumento 25 se relaciona con las pozas de la cima del cerro Chalcatzingo ya que ambos cumplen con la misma función, contener agua de lluvia.

Basándose principalmente en comparaciones estilísticas con los monumentos de La Venta, Grove propuso que los monumentos de Chalcatzingo, incluidos los situados en las laderas del cerro, se pueden ubicar tentativamente en la fase Canteras. Así pues, fue en el periodo Preclásico Medio cuando ocurrió en Chalcatzingo el fenómeno cultural de sacralización del cerro y de algunas zonas del sitio a través de monumentos de estilo olmeca. Esto le permitió a Chalcatzingo instaurarse como el centro ceremonial más importante del valle de Amatzinac-Tenango. Probablemente, individuos de diferentes asentamientos de la región asistían a Chalcatzingo para presenciar o participar en las actividades rituales realizadas en el cerro, no obstante, es muy posible que la élite del sitio haya controlado el acceso a dicho espacio sagrado.

No hay que olvidar que en el valle de Amatzinac había otros sitios que presentan evidencias de la realización de actividades rituales en rasgos naturales. Tal es el caso del ya mencionado sitio de Las Pilas en donde se hallaron ofrendas asociadas a un manantial, sin embargo, carece de manifestaciones gráficas de estilo olmeca. Es al exterior del valle en sitios aledaños al valle donde se observan representaciones olmecas, ejemplo de ello es Las Bocas, Atlihuayan, Zazacatla y Ticumán. Este último sitio se talló una imagen de un animal sobrenatural, similar a los del grupo I-A de Chalcatzingo, sobre una gran roca ubicada en la intersección del río Yautepec y la barranca de la Viuda, sitio en donde abundan manantiales permanentes y estacionales. Por otra parte, en Zazacata, sitio ubicado a orillas del río Salado, la Estructura Las Lajas posee en su muro Norte dos nichos pequeños en los que se colocaron dos monumentos que representan personajes sobrenaturales sedentes cuyos tocados curvos presentan una hendidura en “V” (figura 7.26) (Canto Aguilar y Castro Mendoza, 2010: 80-85). Así pues, el vínculo simbólico de fuentes de agua y cuevas, ya sean naturales o construidas, fue una creencia compartida entre Chalcatzingo y otros asentamientos de regiones aledañas, la cual materializaron o expresaron visualmente a través del sistema de representación olmeca.

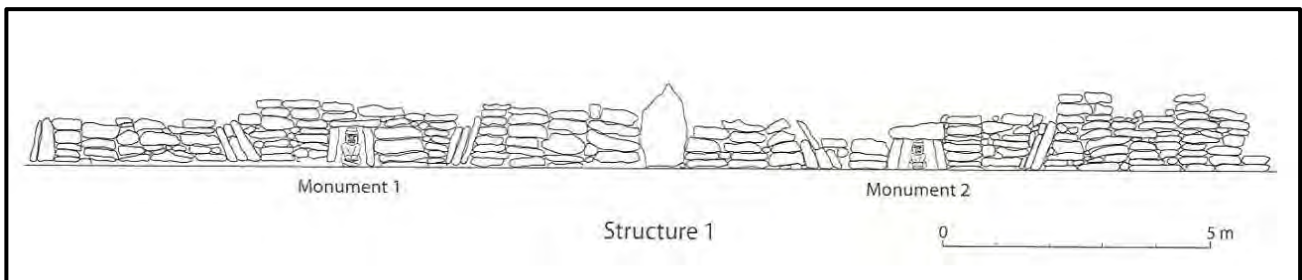


Figura 7.26. Dibujo de la fachada Norte de la Estructura 1 de Zazacatla. Tomado de Canto Aguilar y Castro Mendoza, 2010.

Si bien durante el periodo Preclásico Tardío la población en el valle de Amatzinac-Tenango continuó aumentando, Chalcatzingo fue parcialmente abandonado al grado de perder su poderío dando paso a la emergencia del sitio Campana de Oro como el nuevo centro regional (Hirth, 1987a: 361). La caída de Chalcatzingo posiblemente incluyó el cese de las actividades rituales en el cerro Chalcatzingo, no obstante, para los habitantes de los periodos Clásico y Postclásico continuó siendo un importante rasgo natural del paisaje en el tal vez algunos de los relieves olmecas permanecieron visibles.

7.3 El contexto arqueológico

Debido a que nuestro interés es en el cerro Chalcatzingo, en este apartado no describiremos el contexto arqueológico de los monumentos hallados al interior del sitio. Así pues, solamente haremos mención de los monumentos situados en las laderas del cerro, los cuales corresponden a los grupos I-A y I-B del cerro Chalcatzingo. Para esta labor se tomará como base la nomenclatura propuesta por Grove y Angulo en 1987. De acuerdo con Grove, el descubrimiento de los primeros bajorrelieves de Chalcatzingo ocurrió de la siguiente manera:

“[...] one night in 1932 there was a tremendous storm. At the height of the storm, a rain serpent came over the top of the *cerro* and washed the hillside and flooded the fields. It carried a great deal of soil onto the lower fields. The next morning a group of villagers went up the hill to inspect the damage to their fields. Some children cutting wood from fallen trees on the hillside called them. They climbed up the hill to see what the children wanted and found ‘El Rey’.” (1987a: 1).

Posteriormente, en febrero de 1934 un grupo de exploradores reportaron a la Secretaría de Educación Pública el hallazgo del Monumento 1 o “El Rey” (citado en Grove, 1987a: 1). En el mes de marzo del mismo año, la arqueóloga Eulalia Guzmán visitó el sitio y publicó un artículo en los Anales del Museo Nacional de Antropología de México en donde dio a conocer el hallazgo de El Rey, así como otros vestigios arqueológicos que a través de un croquis del sitio señaló la ubicación de cada uno de estos (figura 7.27). Dentro de estos vestigios se encontraba el Monumento 2 del cual en aquel entonces únicamente se podía observar dos personajes de pie sosteniendo unos palos o varas, a quienes Guzmán los identificó como danzantes o sacerdotes realizando una ceremonia. Con respecto al Monumento 1, al cual asoció a la humedad, a la lluvia y a la vegetación, Guzmán relató que las lluvias torrenciales fueron las que dejaron al descubierto dicho relieve (figura 7.28), pero en discordancia con Grove, menciona que la gente del pueblo le contó que el hallazgo ocurrió poco menos de un año antes de su visita (1934: 237 y 241). Aunque Guzmán declaró que todas las manifestaciones gráficas de Chalcatzingo son parte de una misma época cultural, no logró determinar a cuál correspondían y

solamente planteó que los responsables de los relieves debían ser buscados en otras culturas como la olmeca (1934: 251).



Figura 7.27. Croquis de la ubicación de los vestigios arqueológicos reportados por Eulalia Guzmán. Tomado de Guzmán, 1934.



Figura 7.28. Bloque de piedra sobre el que se plasmó el relieve de "El Rey" (al centro de la foto). Tomado de Guzmán, 1934.

Es en 1953 cuando se realiza por primera vez un proyecto arqueológico en el sitio de Chalcatzingo a cargo de Piña Chán, quien excavó varios sitios de Morelos durante el mismo año. Los resultados de sus trabajos en Chalcatzingo fueron publicados hasta el año de 1955. En primer lugar, hizo una breve descripción del asentamiento indicando que la parte principal de éste consiste en una plaza (denominada Plaza Cental por Grove) de 60 m por 50 m, situada a 110 m al Oeste de las faldas del cerro Chalcatzingo, desde donde se puede observar el cerro Jantetelco y el Popocatépetl (Piña Chán, 1955: 6-7). Posteriormente, Piña Chán presentó los resultados del análisis de la cerámica obtenida a partir de sus excavaciones al interior y exterior de la plaza, así como de la trinchera realizada en el montículo A (figura 7.29). Señaló que el 72.88% de la cerámica corresponde al periodo Preclásico y fechó la llegada de grupos adscritos al fenómeno olmeca a Chalcatzingo para el 900-700 a.C., quienes introdujeron nuevos tipos cerámicos como el Negro Pulido y el Blanco Laca, decoraciones como el raspado y *rocker stamp*, al igual que figurillas *baby-face* (figura 7.30) (Piña Chan, 1955: 22-24). Por otro lado, a través de los rasgos estilísticos e iconográficos, Piña Chán ubicó a los relieves entre el 600-400 a.C., es decir, en una etapa posterior a la llegada de los grupos antes

mencionados a Chalcatzingo (1955: 25). Por último, con la finalidad de obtener un registro completo de la escena del Monumento 2, Piña Chán dinamitó y cortó la piedra que cubría gran parte de éste. Tras haber realizado tal actividad, se pudo observar que en realidad eran cuatro personajes rertratados, tres de pie y uno sedente; este último lo identificó como una víctima ofrecida simbólicamente a alguna deidad agrícola (1955: 25).



Figura 7.29. Trincherá realiada por Piña Chán en el montículo A. Tomada de Piña Chán, 1955.

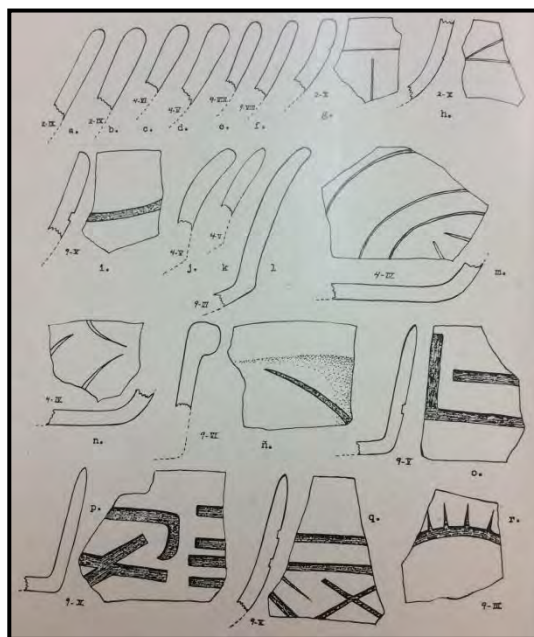


Figura 7.30. Tipo cerámico negro pulido de Chalcatzingo. Tomado de Piña Chán, 1955.

Transcurridos diecinueve años de los estudios realizados por Piña Chán se efectuó, de 1972 a 1974, un proyecto arqueológico dirigido durante el primer año por Grove y Angulo y en los años posteriores por Grove y Arana. Si bien los trabajos de campo fueron realizados en el primer lustro de los setentas, el grueso de los resultados de las excavaciones y análisis de materiales fueron presentados en 1987, en el libro *Ancient Chalcatzingo*. Este libro, el cual se enfoca principalmente en la ocupación Preclásica del sitio, resulta una aportación trascendental para los interesados en la historia prehispánica de Chalcatzingo, pues en él se proporciona una visión integral del sitio a nivel regional e interregional, desarrollada a partir de investigaciones de diferentes tópicos algunos de los cuales ya fueron expuestos en el apartado anterior.

En el 2004 nuevamente se realizó un proyecto arqueológico en Chalcatzingo dirigido por Mario Córdova Tello el cual estuvo vigente hasta el 2012. Dicho proyecto tuvo como objetivo la conservación y consolidación de las

principales estructuras arquitectónicas al igual que la restauración y protección de los monumentos y bajorrelieves del sitio. A lo largo de las numerosas temporadas de campo de este proyecto arqueológico, se hallaron nuevos monumentos situados tanto en las laderas del cerro Chalcatzingo como al interior del asentamiento prehispánico dando lugar a un total de 41 monumentos recuperados hasta la fecha.

Con base en las similitudes estilísticas que presentan con los monumentos de La Venta, Grove propuso en dicho libro que los relieves del cerro Chalcatzingo corresponden a la fase Cantera, es decir, durante el apogeo del sitio (1987d: 426). Si bien esta propuesta coincide con el fechamiento de los relieves planteado por Piña Chán, Grove señala que la mayor presencia de rasgos olmecas en Chalcatzingo se observa igualmente durante la fase Cantera (700-500 a.C.), y que en la fase Barranca (1100-700 a.C.) existe menor evidencia de dichos rasgos (1987e: 435-436). El fechamiento sugerido por Grove resulta atinado si tomamos en cuenta que algunos de los monumentos olmecas hallados al interior del sitio se encontraban en contextos de la fase Cantera (Grove y Cyphers 1987: 35 y 48; Grove, 1989b: 139). Aunque los monumentos del cerro Chalcatzingo pueden corresponder a la fase Cantera, no es posible saber con certeza si todos fueron realizados en un mismo momento o en lapsos de tiempo diferentes. Adicionalmente, Grove sugirió que el arte monumental de Chalcatzingo fue iniciado por individuos entrenados en la costa del Golfo, para lo cual se basó en las similitudes estilísticas con La Venta y en la carencia de antecedentes de monumentos de estilo olmeca en el valle de Amatzinac-Tenango (Grove, 1989b. 130-131). A mi parecer, además de un sistema de representación, el sitio de Chalcatzingo adoptó un conjunto de creencias compartidas entre asentamientos de diversas regiones de Mesoamérica.

De acuerdo con Angulo, los monumentos de grupo I-A configuran una secuencia pictórica general, por lo cual no deben ser vistos como representaciones aisladas (1987: 133). Por su parte, Grove propuso que la secuencia pictórica del grupo I-A presenta un arreglo procesional en el cual el espectador observaba por separado cada monumento, ya que éstos guardan una distancia entre sí de unos cuantos metros (1989b: 260). De tal forma, el grupo I-A representa un suceso mitológico que conforme se avanza de un

monumento a otro se narra una escena o etapa diferente de dicho suceso. Aunque los monumentos del grupo I-B están mucho más espaciados que los del grupo I-A, éstos también poseen un arreglo procesional a través del cual se narran sucesos estrechamente relacionados.

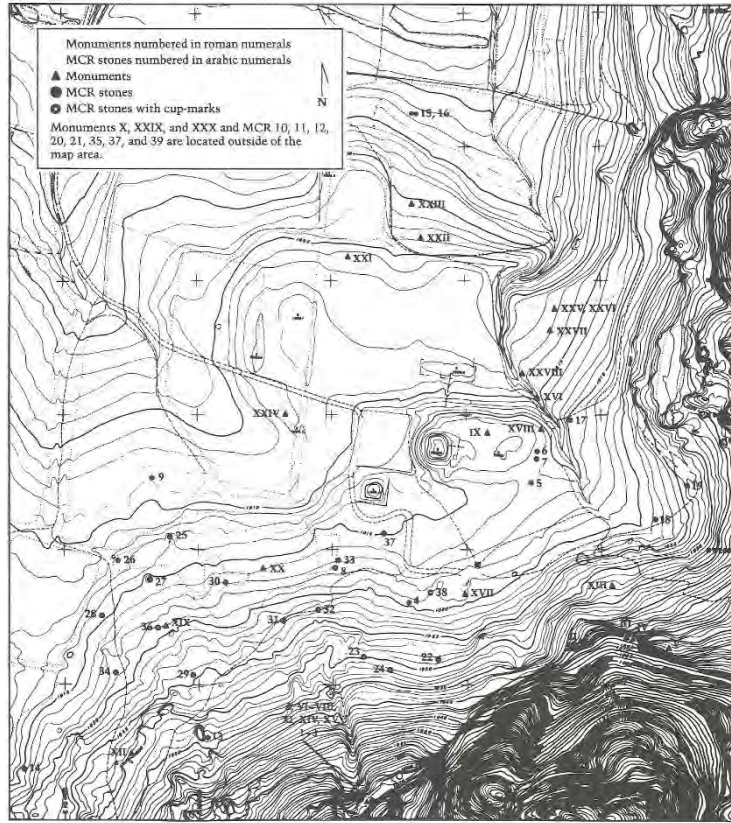


Figura 7.31. Plano topográfico de Chalcatzingo con la ubicación de los monumentos. Tomado de Grove y Angulo, 1987.



Figura 7.32. Vista desde el Grupo I-B. Foto del autor.

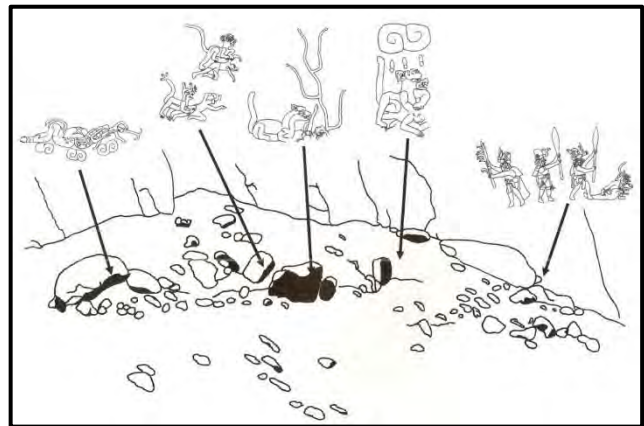


Figura 7.33. Dibujo de la distribución de algunos de los monumentos del Grupo I-B. Tomado de Lambert, 2011.

Como ya hemos mencionado, Grove y Gillespie sugieren que desde la Estructura 4 de la Plaza Central, la cual posiblemente simbolizaba el cerro Chalcatzingo, se realizaban procesiones rituales hacia los grupos I-A y I-B (2009: 68). Si bien sus temáticas presentan algunos vínculos, no es posible

determinar con certeza si en una misma procesión se transitaba por ambos grupos o si más bien se hacían procesiones por separado en cada grupo. Sin importar cuál de las dos posibilidades sea la correcta, supongo que las procesiones rituales se hacían en el periodo de lluvias cuando comenzaba a fluir agua por el Drenaje El Rey.

El Grupo I-B se encuentra en la parte baja de la ladera Norte del cerro Chalcatzingo la cual forma parte de la topografía de hendidura en “V” (figura 7.17 y 7.31). Con una distancia aproximada de 130 m de la Plaza Central, este grupo es el más cercano al sitio, sin embargo, está situado a una altura de por lo menos 15 m con respecto del nivel de dicha estructura arquitectónica. Por tal motivo, desde el Grupo I-B se observa por completo el asentamiento de Chalcatzingo y gran parte del valle de Amatzinac-Tenango (figura 7.32). La ladera en la que se encuentra en Grupo I-B se compone principalmente de bloques de piedras de diferentes tamaños los cuales se han ido desprendiendo del enorme barranco o pared rocosa que delimita la parte Norte de este conjunto de monumentos. Fueron los bloques de este preciso lugar sobre los que se tallaron las imágenes olmecas del Grupo I-B.

El Grupo I-B está compuesto por siete monumentos, estos son: los monumentos 2, 3, 4, 5, 13, 31 y 41 (figura 7.33). Todos los monumentos están orientados hacia el Norte y la gran mayoría de los seres representados en ellos se muestran de perfil viendo hacia la derecha, razón por la cual considero que las procesiones realizadas en el Grupo I-B se hacían de Este a Oeste. En este sentido el recorrido iniciaría en el Monumento 13, posteriormente seguiría por los monumentos 5, 4, 3, 41 y 31 y finalizaría en el Monumento 2. El Monumento 13 está a un nivel más bajo que el resto de los monumentos y se sitúa a 30 m al Norte del Monumento 5. Está fragmentado casi a la mitad y consiste en un relieve tallado sobre la superficie regular de una losa de aproximadamente 1.5 m de alto (figura 7.34).

Los monumentos 5, 4, 3, 41 y 31 se encuentran a un mismo nivel sobre la ladera Norte de Chalcatzingo. El Monumento 5 se encuentra a 10 m al Este del Monumento 4 y fue tallado sobre la superficie irregular de una roca enorme de 3.7 m de largo, debajo de la cual se recuperaron algunos tiestos muy erosionados y un metate (figura 7.35) (Grove y Angulo, 1987: 122). Como parte de las actividades del Proyecto Arqueológico Chalcatzingo, Córdova Tello y

Reséndiz M. realizaron en el 2004 una excavación extensiva alrededor del Monumento 5, en la que hallaron cinco ofrendas colocadas en diferentes sectores consistentes en una vasija sobre la cual se colocó otra en posición invertida a manera de tapa, así como una piedra de 50 cm de alto, situada en la cara Sur del monumento, en la cual se tallaron líneas rectas entrecruzadas (2004: 24-27). Estos autores proponen de forma preliminar que el Monumento 5 y estas ofrendas de tipo dedicatorias, fueron realizados en un mismo momento durante el Preclásico Medio, y que la misma temporalidad puede ser atribuida a los monumentos 2, 3 y 4 (Córdova Tello y Reséndiz M., 2004: 24 y 28). Tal parece indicar que la realización de ofrendas no era un elemento recurrente dentro de las posibles procesiones llevadas a cabo en el Grupo I-B. En cuando a la piedra con líneas incisas, se desconoce el significado y relación que podía tener con el Monumento 5.



Figura 7.34. Monumento 13 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.35. Monumento 5 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.36. Monumento 4 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.37. Monumento 3 de Chalcatzingo. Foto del autor.

El Monumento 4 consiste en una losa de 2.5 m de largo que está apoyada sobre el costado Este del Monumento 3 (figura 7.36). Tal y como se encuentra este monumento los personajes en él retratados se muestran acostados por lo

cual ésta no es su posición original. Por su parte el Monumento 3 es un bloque de piedra de superficie de poco más de dos metros de alto; en su costado izquierdo posee oquedades pequeñas y poco profundas (figura 7.37). A pocos metros al Oeste del Monumento 3, se halla el Monumento 41 el cual está tallado sobre una losa de superficie plana muy uniforme de 2 m de alto (figura 7.38). Al momento de su hallazgo en el 2011, este monumento estaba fragmentado en varias partes con su cara trabajada contra el suelo, y a su alrededor se encontraron escasos restos de cerámica y lítica (obsidiana y pedernal) (Córdova Tello *et al.*, 2011: 54 y 142). A escasos siete metros del Monumento 41 se sitúa el Monumento 31 cuyo soporte igualmente es una losa de superficie plana de aproximadamente 2 m de alto (figura 7.39).



Figura 7.38. Monumento 41 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.39. Monumento 31 de Chalcatzingo. Foto del autor.

Por último, el Monumento 2 se localiza a 20 m hacia el Oeste del Monumento 31 en un nivel inferior de la ladera Norte (figura 7.40). Éste fue tallado sobre un bloque de piedra de dimensiones descomunales que se deslizó de su lugar original, quedando inclinado sobre otra enorme roca la cual cubría parcialmente la cara trabajada. En 1955 Piña Chan decidió cortar parte de la roca que impedía observar la escena plasmada en este monumento, y posteriormente en el 2011 se liberó por completo (Piña Chan, 1955: 24; González *et. al.*, 2011: 22-23). Cabe señalar que al pie del Monumento 2 se halló un conjunto de escalones y plataformas que descienden hacia el Oeste por más de diez metros, y conducen a un altar en el cual había un cuadro que

posiblemente sujetaba una estela rectangular (Arana, 1987: 395; Angulo y Grove, 2004: 7). Arana propuso que este elemento arquitectónico, al que identificó como un adoratorio hecho para la veneración del Monumento 2, corresponde al periodo Postclásico Medio o Tardío dada la abundancia de tiestos de cerámica policroma tlahuica (1987: 395). De tal forma, esta circunstancia indica que los habitantes de Chalcatzingo de tiempos muy posteriores al horizonte olmeca, tenían conocimiento por lo menos del Monumento 2 el cual posiblemente fue resignificado y reincorporado como un elemento ancestral y sagrado dentro de las actividades rituales del periodo Postclásico.



Figura 7.40. Monumento 2 de Chalcatzingo. Foto del autor.

Así pues, la distribución de los monumentos del Grupo I-B sugiere que las procesiones realizadas consistían en un recorrido de aproximadamente 80 m en dirección Este-Oeste. No obstante, en el caso del Monumento 2 y 4, la ubicación en la que se encuentran en la actualidad no era la misma que en el periodo Preclásico, por lo cual la relación espacial que guardan con los demás monumentos del Grupo I-B es dudosa. Pasando al Grupo I-A, éste se encuentra en la parte media de la ladera Noroeste del cerro Chalcatzingo a una distancia aproximada de 200 m al Suroeste del Grupo I-B, y a 250 m al Sur de la Plaza Central del asentamiento. Desde el Grupo I-A se tiene una mejor vista del asentamiento de Chalcatzingo y del valle de Amatzinac-Tenango, y además se puede observar con claridad el cerro Jantetelco y el volcán Popocatepetl (figura 7.41 y 7.42). Este grupo está compuesto por los monumentos 1, 6, 7, 8, 11, 14

y 15, los cuales guardan entre sí una distancia aproximada de un metro (figura 7.43 y 7.44). Salvo el Monumento 1, los demás se sitúan sobre una misma pared rocosa en forma de talud, y están orientados hacia el Oeste con los rostros de los seres sobrenaturales retratados mirando hacia la izquierda o hacia el Norte (figura 7.45-47). En general la superficie de este frente rocoso es irregular, sin embargo, los relieves fueron tallados sobre áreas uniformes.



Figura 7.41. Vista Oeste desde el Grupo I-A. Foto del autor.

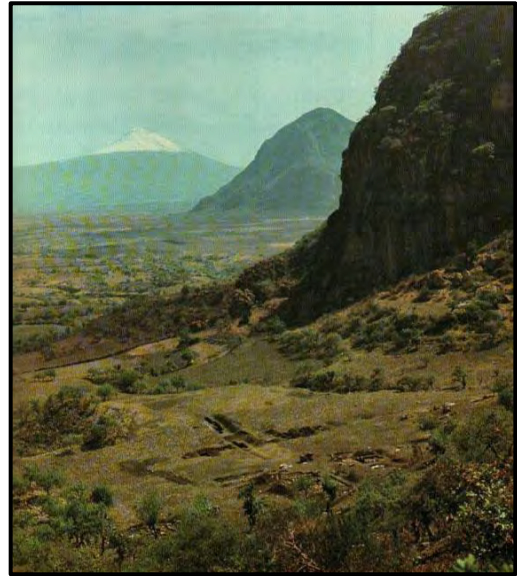


Figura 7.42. Vista desde Norte desde el Grupo I-A. Tomado de Grove, 1984.



Figura 7.43. Grupo I-A de Chalcatzingo. Foto del autor.

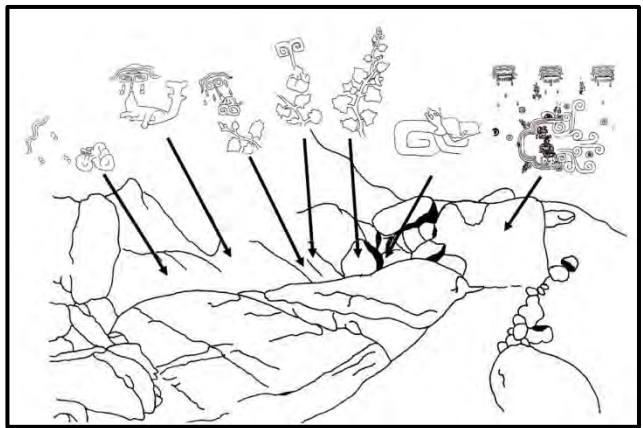


Figura 7.44. Dibujo de la distribución de algunos de los monumentos del Grupo I-A. Tomado de Lambert, 2011.

Por su parte, el Monumento 1 fue tallado sobre la cara vertical de un bloque de piedra de 3 m de alto, el cual se localiza de forma perpendicular al Sur del frente rocoso antes descrito (figura 7.48). De esta manera, dicho monumento está orientado hacia el Norte con el rostro de los personajes plasmados viendo hacia la derecha u Oeste. A unos cuando metros debajo del Monumento 1 se encuentra el Drenaje El Rey que desciende hasta el asentamiento de

Chalcatzingo. Como ya hemos señalado, en una roca situada arriba y entre los monumentos 7 y 1 hay un canal (MCR-2) de 14 cm de ancho con 4 cm de profundidad y 2.6 m de largo, por el cual escurre agua de lluvia que posteriormente se acumula en los pocitos cilíndricos (MCR-3) ubicados al pie de dichos monumentos, y finalmente fluye paralelo al Monumento 1 hacia el Drenaje El Rey (figura 7.49 y 7.50) (Grove, 1987b: 159; Angulo, 1988: 63; Lambert, 2011: 148).



Figura 7.45. Monumento 6 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.46. Monumento 14 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.47. Monumento 8 de Chalcatzingo. Foto del autor.



Figura 7.48. Monumento 1 de Chalcatzingo. Foto del autor.

Tal y como proponen Grove y Lambert, el canal y los pocitos cilíndricos posiblemente eran elementos constitutivos de los rituales llevados a cabo en el Grupo I-A, y además estaban integrados a la secuencia pictórica de los monumentos de dicho grupo. En conjunto, el canal y los pocitos cilíndricos

separan de cierta forma al Monumento 1 del resto de las imágenes del Grupo I-A, lo cual no solo marca una división espacial sino también supone una división o distinción dentro de la secuencia pictórica. Esta división es más evidente si tomamos en cuenta que los personajes del Monumento 1 y los de los demás monumentos están orientados en sentidos opuestos. Al momento de ascender al Grupo I-A, el primer relieve que se observa es el Monumento 1 el cual recibe de frente al espectador con los rostros de los personajes viendo hacia la derecha (Oeste) y posteriormente se aprecian los demás monumentos cuyos personajes miran hacia la izquierda (Norte). De tal forma, el recorrido de las procesiones realizadas en el Grupo I-A pudo ser de derecha a izquierda, comenzando en el Monumento 1 para después pasar por el canal y los pocitos cilíndricos y finalizar en los monumentos 7, 6, 15, 14, 8 y 11. Suponiendo que las procesiones se hacían desde la Plaza Central del sitio es posible que el ascenso al Grupo I-A se hacía siguiendo el cauce del Drenaje El Rey.



Figura 7.49. Canal MCR-2 del Grupo I-A de Chalcatzingo. Foto de Tara Smith.



Figura 7.50. Pocitos cilíndricos del Grupo I-A de Chalcatzingo. Foto de Tara Smith.

En resumen, durante la fase Cantera los grupos I-A y I-B eran espacios sagrados en los que se realizaban procesiones rituales que seguían el orden y secuencia pictórica de los monumentos erigidos en cada grupo. Si bien al Monumento 5 se le dedicaron una serie de ofrendas, esta actividad ritual no parece haber sido un componente usual dentro de las procesiones realizadas

en dichos espacios sagrados lo cual contrasta con El Manatí, Arroyo Pesquero, y El San Martín Pajapan, donde los rituales de ofrendamiento son un elemento primordial. Al igual que el último sitio mencionado, en Chalcatzingo también hay evidencias de la resignificación de los monumentos preclásicos por los habitantes de periodos posteriores al horizonte olmeca, quienes posiblemente los consideraron como objetos sagrados de sus ancestros.

7.4 Los materiales arqueológicos

A continuación, se procederá a hacer una descripción de cada uno de los monumentos que componen a los grupos I-A y I-B, y posteriormente se discutirá sus significados y simbolismos en la medida de lo posible. Si bien son varios los autores que han proporcionado ideas sobre los simbolismos de los monumentos de Chalcatzingo, nos enfocaremos principalmente en las interpretaciones hechas por Grove y Angulo, ya que son ellos quienes han realizado estudios exhaustivos sobre las manifestaciones gráficas de dicho sitio.

Tal y como señala Grove, la temática de la mayoría de los monumentos del Grupo I-B consiste en animales sobrenaturales atacando a personajes humanos, asociados a motivos de nubes y gotas de lluvia (1999: 261). El Monumento 13, conocido como el Gobernador, es la excepción puesto que representa a un individuo antropomorfo compuesto al interior de un marco cuadrangular de esquinas remetidas (figura 7.51). Lamentablemente, este monumento está fragmentado y muy erosionado por lo cual es poco lo que se puede decir acerca de sus atributos iconográficos. El individuo se representa de perfil viendo hacia la izquierda en posición sedente con sus brazos extendidos hacia sus piernas. De sus rasgos faciales solo se alcanza a percibir su boca y ojo, y la parte trasera de su cabeza se prolonga en forma de hendidura en “V” acostada, a manera de cabeza de martillo; asimismo, sobre su nuca se proyecta otro elemento hendido pero sus bifurcaciones son curvas. Dentro del sistema de representación olmeca este tipo de cabeza es un rasgo primordial de seres sobrenaturales, y en ocasiones se muestran individuos humanos con tocados que emulan la forma de cabeza de martillo, tal es el caso del monumento de San Martín Pajapan.

En relación al marco en el que se sitúa el ser sobrenatural, éste se compone de dos bandas hachas concéntricas que su esquina remetida superior hay un elemento fitomorfo de hojas curvo divergentes con una especie de inflorescencia lanceolada. De acuerdo con Angulo, el marco representa la boca del monstruo de la tierra y la forma del elemento fitomorfo es muy parecida a las bromelias que crecen de forma natural sobre las barrancas del cerro Chalcatzingo (figura 7.52) (1987: 141). Por su parte, Grove advierte que además de simbolizar un animal sobrenatural, tal elemento representa en específico una montaña-cueva (2000: 283).

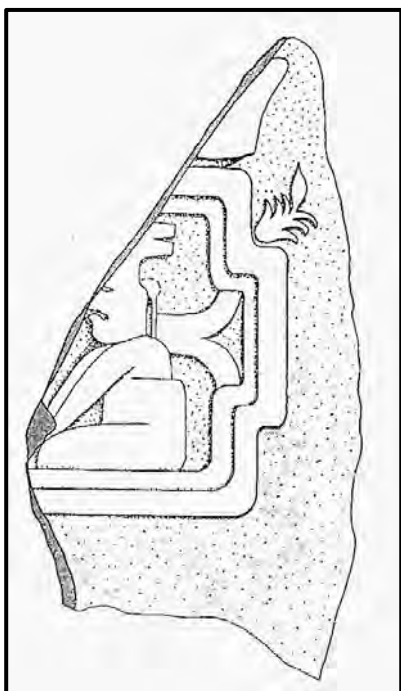


Figura 7.51. Dibujo del Monumento 13 de Chalcatzingo. Tomado de Grove, 2000.



Figura 7.52. Bromelias que crecen en las barrancas del cerro Chalcatzingo. Foto del autor.

Los elementos representacionales de este monumento aparecen también en el Monumento 1 por lo cual tanto Angulo como Grove consideran que ambos monumentos poseen simbolismos análogos (Angulo, 1987: 141; Grove, 2000: 283), es decir, representan a individuos sentados al interior de una cueva concebida como la boca del monstruo de la tierra. No obstante, la gran diferencia radica en que el individuo retratado en el Monumento 13 es un ser sobrenatural, en tanto que el del Monumento 1 es un ser humano, por tanto, humanos y seres sobrenaturales se relacionan en un mismo espacio sagrado. Por otro lado, la forma de la cabeza y la postura del individuo del Monumento

13 de Chalcatzingo son similares a los del monumento de San Martín Pajapan, sin embargo, es difícil asegurar si ambos personajes estén realizando una misma acción.

Pasando al Monumento 5 de Chalcatzingo, éste representa a un animal sobrenatural que descansa sobre motivos en forma de “S” acostada, y entre sus fauces se encuentra un personaje humano (figura 7.53). Si bien la forma general de dicho animal es la de una serpiente con el cuerpo ondulado, posee atributos propios de otras especies: su mandíbula superior se curva ligeramente hacia abajo terminando en punta a manera de pico de ave; posee colmillos muy puntiagudos que semejan dientes de tiburón; a un lado de la boca presenta una versión de motivo garra-ala identificado por Grove y Angulo como una aleta (1987: 122); y sobre su cuerpo se observa una cruz de San Andrés y otras líneas entrecruzadas que posiblemente representan escamas o plumas (Angulo, 1987: 147). Al respecto, Joralemon opina que el animal sobrenatural es una hibridación del Dragón Olmeca de tipo ave-caimán-serpiente (1976: 33-37), no obstante, en mi opinión en vez de atributos de caimán presenta atributos de tiburón como son los colmillos. Esta hipótesis cobra sentido si tomamos en cuenta que el Monumento 58 de San Lorenzo representa a un pez sobrenatural que posee una cruz de San Andrés en su cuerpo y colmillos de tiburón en sus fauces (Cyphers, 2004: 123-124), elementos presentes en el Monumento 5 de Chalcatzingo (figura 7.54).

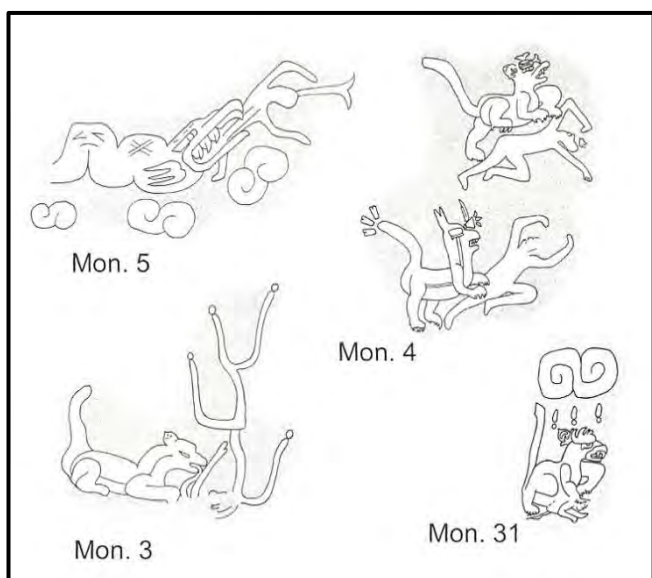


Figura 7.53. Monumentos del Grupo I-B de Chalcatzingo. Tomado de Grove y Gillespie, 2009.

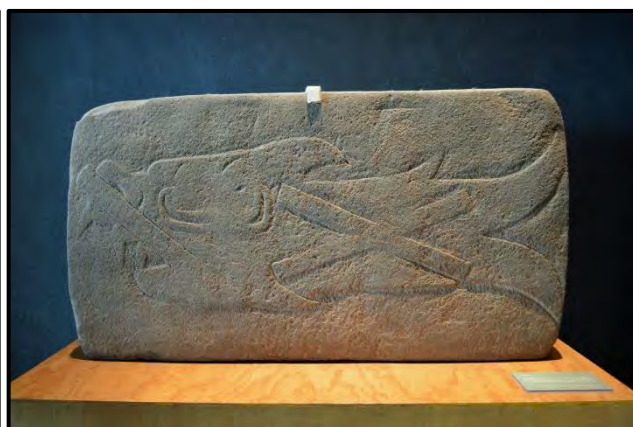


Figura 7.54. Monumento 58 de San Lorenzo. Foto del autor.

Aunque la figura del personaje humano del Monumento 5 está muy erosionada, se puede decir que se representó de forma esquemática y sin ningún atavío. Sus extremidades inferiores y parte de su torso están al interior de las fauces del animal sobrenatural, sin embargo, debajo de la mandíbula inferior sobresale uno de sus pies. Sus extremidades superiores están levantadas y semiflexionadas por arriba de la cabeza de la cual se proyecta una banda alargada con su extremo seccionado en dos. Dicha banda puede tratarse de un chorro de sangre que emana del cráneo del personaje humano o bien de la lengua bífida del animal sobrenatural. Angulo menciona que no hay forma de saber si el animal está devorando o regurgitando al personaje humano (1987: 148), pero en mi opinión está siendo atacado ya que si estuviera emergiendo de la boca del animal su pie no estaría colgando por debajo de su mandíbula inferior.

Como ya hemos señalado el animal sobrenatural descansa sobre tres elementos en forma de “S” acostada cuyos extremos terminan en roleo. Angulo propone que estos elementos representan agua (1987: 148), pero en realidad simbolizan nubes dado que en otros monumentos de Chalcatzingo aparecen arriba de iconos en forma de signos de admiración los cuales indudablemente son gotas de agua. De tal forma, el Monumento 5 de Chalcatzingo muestra una escena en la que el Dragón Olmeca con atributos de ave, tiburón y principalmente serpiente, está atacando a un personaje humano, acción que al parecer ocurre en un espacio celeste o por lo menos está asociada a nubes.

El Monumento 4 representa a dos felinos de perfil con elementos abstractos en sus rostros, y cada uno está encima de un personaje humano como si lo estuviera atacando (ver figura 7.53). Ambos felinos se muestran con las piernas flexionadas, las fauces abiertas y las colas erguidas y curvadas. Asimismo, presentan garras y colmillos prominentes que aunado con sus posturas expresan indudablemente una actitud agresiva. Cada felino se distingue del otro por los atributos iconográficos que posee. El felino situado en la parte superior del monumento presenta sobre su ojo una figura oblonga con una cruz de San Andrés en su interior, en cuya cara superior y derecha emerge un elemento bifurcado en secciones curvo divergentes que Angulo identifica como plumas (1987: 145), aunque en mi opinión se trata de un motivo fitomorfo. Su oreja es aovada terminando en punta y en su interior hay elementos difíciles de

reconocer por el estado de erosión, de los cuales Grove y Angulo observaron cierto parecido con el glifo maya de venus (1987: 121).

El otro felino, situado en la parte inferior del monumento, también presenta una figura oblonga sobre su ojo pero no se alcanza a percibir algún icono en su interior, y debajo del mismo surge una banda que recorre por su cuello pasa por debajo de una de sus piernas delanteras y llega hasta la pierna trasera. Carece de oreja y en su lugar posee un apéndice vertical y alargado que termina con hendidura en “V”. En su frente posee una figura geométrica de la que surge una banda vertical seccionada, y a un lado esta figura hay tres elementos tripartitos, el central es oblongo y los laterales son curvos. En el extremo de su cola hay tres rectángulos con hendidura en “V” distribuidos igualmente de forma tripartita.



Figura 7.55. Monumento 7 de Loma del Zapote. Foto del autor.

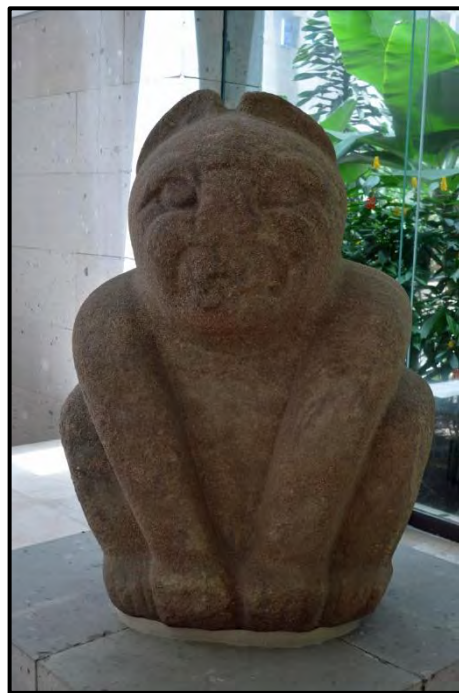


Figura 7.56. Monumento 10 de Loma del Zapote. Foto del autor.

Al igual que el individuo del Monumento 5, los personajes humanos que están siendo atacados por los felinos están representados de forma esquemática sin ningún atavío. Sus cuerpos se presentan recostados con sus extremidades superiores e inferiores flexionadas y sus cabezas vueltas hacia arriba. En sus frentes hay un elemento ondulado que Angulo identifica como plumas (1987: 145). Así pues, el Monumento 4 de Chalcatzingo representa a un par de felinos sobrenaturales, cada uno con simbolismos distintos, que

están atacando a un par de personajes humanos. Este par de felinos y humanos recuerda a los monumentos 7, 8, 9 y 10 de Loma del Zapote, los cuales consisten en dos personajes humanos ricamente ataviados y dos felinos que en conjunto configuran una escena escultórica (figura 7.55 y 7.56). Si bien los felinos de Loma del Zapote no están atacando a los personajes humanos, sí muestran una actitud agresiva ya que se les representó gruñendo y con sus colas levantadas totalmente rectas. Las esculturas que sí representan criaturas sobrenaturales atacando a humanos son el Monumento 3 de Loma del Zapote y el Monumento 1 de Tenochtitlán (figura 7.57 y 7.58). Así pues, en el Hinterland de San Lorenzo y en Chalcatzingo se tallaron escenas mitológicas muy similares.

El Monumento 3 de Chalcatzingo representa a un felino recostado que al parecer está lamiendo un elemento fitomorfo, posiblemente un cactus (ver figura 7.53) (Grove, 1999: 261). De forma similar a felinos del Monumento 4, éste posee su cola levantada y ondulada, su oreja es de forma aovada terminando en punta, y su ojo es de apariencia rectangular. Debajo del posible cactus y cercano al felino, Angulo descubrió otros elementos iconográficos que anteriormente no habían sido reconocidos. Dicho autor propuso que se trata del rostro de un personaje humano, y que en realidad el felino no está lamiendo el cactus sino que está atacando a dicho personaje (1987: 144-145). Debido al alto grado de erosión presente en la parte baja de la roca la hipótesis de Angulo es difícil de confirmar. Independientemente de tal circunstancia, es un hecho que en el Monumento 3 de Chalcatzingo se muestra una asociación entre un animal sobrenatural y una planta.



Figura 7.57. Monumento 3 de Loma del Zapote. Foto del autor.



Figura 7.58. Monumento 1 de Tenochtitlán. Foto del autor.

El Monumento 41 de Chalcatzingo, conocido comúnmente como la triada de los felinos, representa a tres felinos de perfil sentados al parecer sobre grandes volutas. Al igual que los felinos del Monumento 4, cada uno de éstos posee elementos diferentes en sus rostros y los rasgos en común más sobresalientes son sus garras prominentes y sus orejas aovadas y puntiagudas. El felino situado en la parte izquierda presenta su cola erguida y ondulada y desde su boca se proyecta una línea que pasa por debajo de su pata delantera hasta llegar a su pata trasera, tal y como se observa en uno de los felinos del Monumento 4. Su boca se compone por un solo diseño cuya parte correspondiente a la mandíbula superior está curvada en forma de pico de ave y posee un elemento oblongo al centro a manera de abrazadera. En esta mandíbula se observa una encía igualmente curva que solo presenta un colmillo de apariencia rectangular ligeramente redondeado. La mandíbula inferior tiene forma de escuadra y el contorno superior tiene en la parte central un realce puntiagudo a manera de colmillo. Sobre su ojo de forma oblonga apenas se alcanza a apreciar una figura trilobulada en su parte inferior.

El felino situado al centro del Monumento 41 presenta cierto deterioro en su rostro dificultando el reconocimiento de sus atributos faciales. De su boca solo se alcanza a observar su grueso labio superior de la que sobresale la encía con un solo colmillo de punta redondeada. Su ojo está delineado por medio de un corchete horizontal sobre el cual se encuentra un elemento muy erosionado del que solo se distingue un pico curvo y alargado, por lo cual posiblemente se trata de una versión del motivo de cejas flamígeras. En el felino situado a la derecha del monumento, este motivo iconográfico es más evidente y se componen de tres picos curvos inclinados hacia atrás. El labio superior de este felino está representado en forma de escuadra con sus extremos curvados y puntiagudos, de los cuales parte del extremo izquierdo está sobre el labio inferior. Tal circunstancia, aunada a la especie de abrazadera que presenta el felino de la izquierda, hace suponer que tal vez los felinos portan máscaras bucales. Al frente del felino de la derecha existe una voluta enorme que al parecer se prolonga hacia abajo. Arriba de los felinos se encuentra el motivo de nube en forma de "S" acostada con sus extremos en roleo, y encima de ésta se observa parte de una voluta. De tal forma, en el Monumento 41 de

Chalcatzingo se presentó nuevamente a animales sobrenaturales asociados a elementos celestes.

El Monumento 31 de Chalcatzingo representa a otro felino de perfil con atributos sobrenaturales atacando a un personaje humano (ver figura 7.53). En este caso, ambos labios de la boca terminan en forma de picos curvos y del labio superior se desprende un par de colmillos grandes. El diseño de su ojo es de "L" acostada con las esquinas redondeadas y sobre éste se encuentra el motivo de cejas flamígeras, pero a diferencia de las cejas de los felinos del Monumento 41, los picos están curvados hacia delante. La oreja de este felino está muy bien conservada y más que ser una parte del cuerpo del animal parece tratarse de un símbolo abstracto que representa a un elemento fitomorfo, compuesto por una especie de corchete horizontal curvo del que emerge una figura ovoide que termina en punta.

Con su cola erguida y las patas flexionadas el felino está sobre un personaje humano, el cual se muestra recostado boca abajo con sus brazos puestos por delante de la cabeza. Arriba del felino se encuentra una nube en forma de "S" acostada de la que caen tres gotas de agua representadas a través de un motivo en forma de signo de admiración. De tal forma, en el Monumento 31 de Chalcatzingo la escena mitológica de un felino atacando a un ser humano está asociada con un fenómeno natural, es decir, la lluvia. En mi opinión, este monumento da la idea de que el ataque y muerte de un ser humano por parte de un ser sobrenatural es un acto propiciatorio o generador de lluvias.

Por último, el Monumento 2 de Chalcatzingo representa una escena ritual en la que participan tres personajes de pie y uno sentado (figura 7.59). Dos de los personajes de pie están orientados hacia la derecha en tanto que el tercero, situado en el extremo izquierdo de la escena, está orientado hacia la izquierda. Estos personajes presentan las piernas ligeramente flexionadas y separadas dando la impresión de estar caminando. Cada uno de ellos está ataviado con un faldellín ceñido por una faja y una especie de hebilla de la que cuelgan bandas verticales, una capa corta con un paño debajo, una máscara cuya boca tiene forma de pico de ave y presenta un solo colmillo, y un tocado oblongo o cilíndrico con una gruesa banda horizontal en su base. Los dos personajes que miran hacia la derecha sostienen con sus brazos extendidos hacia el frente

unas varas largas cuyos sus extremos superiores son de forma lanceolada. Por su parte el personaje que mira hacia la izquierda sostiene lo que parecer ser un manojo de ramas o espigas.

Los tocados de estos tres personajes poseen elementos distintos. El tocado del personaje de la izquierda presenta una cruz de San Andrés en la banda horizontal y al frente tiene un cuadrete pequeño del que sobresale una especie de barra alargada. Por otro lado, el tocado del personaje central posee al frente un círculo con un elemento fitomorfo con dos pares de ramificaciones. Por último, el tocado del personaje de la derecha posee en su interior dos corchetes de los cuales uno tiene forma de “E” acostada, que de acuerdo con Angulo es similar a uno de los motivos presentes en el mosaico de serpentina de La Venta (1987: 142). Igualmente, la parte trasera de este tocado tiene un apéndice hendido en “V” y al frente hay una figura cuadrangular con tres elementos tripartitos en su costado, y encima emergen dos especies de espigas una de ellas seccionada posiblemente un elemento fitomorfo. Estos motivos iconográficos descritos anteriormente son semejantes a los que presenta uno de los felinos del Monumento 4 de Chalcatzingo, por lo cual Grove supone que la escena del Monumento 2 estaba relacionada de alguna manera con los otros eventos mitológicos retratados en el Grupo I-B (1999: 261). Además de los atributos de los tocados, las bocas de pico de ave de las máscaras de estos personajes son similares a las fauces de los felinos retratados en los monumentos 4, 31 y 41. De tal forma, pareciera que los personajes humanos están adoptando atributos y cualidades propias de animales sobrenaturales que son indispensables para la realización de actividades rituales. Adicionalmente, con base a la hipótesis de Furst, es posible que los tres personajes de pie son chamanes que en el Monumento 41 se les representó transformados en felinos sobrenaturales.

En relación con el cuarto personaje del Monumento 2, éste se encuentra sentado en el extremo derecho viendo hacia los demás individuos con sus piernas extendidas y sus manos juntas e inclinadas hacia abajo. A diferencia de los individuos de pie, este personaje tiene la cara descubierta y su máscara está situada detrás de la nuca. Dicha máscara descansa sobre otros elementos difíciles de distinguir. Al estar en el suelo en una postura poco anatómica y sin portar sus atavíos, da la impresión de que el personaje está agonizando o

muerto. Por tal motivo, Angulo propone que el Monumento 2 representa un ritual de fertilidad en el que se realizaba un sacrificio humano. En este sentido, las varas lanceoladas que portan dos de los personajes de pie pueden ser los objetos con los que realizaban el sacrificio en tanto que el manojito de ramas que sostiene el tercer individuo de pie puede hacer alusión al resultado o producto del sacrificio. A mi parecer, esta actividad ritual de sacrificio simboliza el suceso mitológico de animales sobrenaturales atacando a seres humanos retratado en los monumentos 4, 5 y 31.

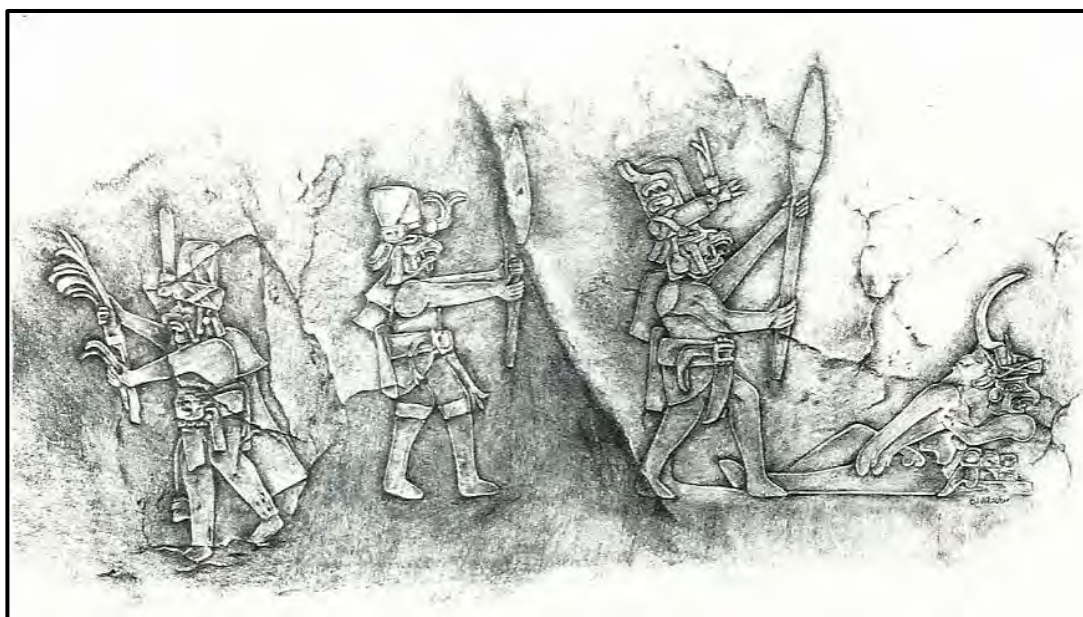


Figura 7.59. Dibujo del Monumento 2 de Chalcatzingo. Dibujo de Barbara W. Fash tomado de Grove y Gillespie, 2009.

Así pues, en el Grupo I-B se retrataron partes de un suceso mitológico, reproducido en ceremonias rituales, consistente en la agresión o sacrificio humano perpetrado por animales sobrenaturales con cualidades sagradas asociadas a elementos celestes. Dentro de dicho suceso mitológico, es posible que el sacrificio humano haya sido entendido como un agente propiciador o generador de lluvia y fertilidad. El monumento 13 es el único cuyo significado no presenta una clara relación con la temática general del Grupo I-B, pero sí con la del Grupo I-A, en específico con el Monumento 1.

Pasando al Grupo I-A, Grove señala que el tema general de los monumentos que lo componen es la lluvia (1999: 259), de los cuales Angulo indica que en la mayoría se repiten con ciertas variaciones motivos iconográficos de nubes, gotas de lluvia y volutas (1987: 133). De tal forma, en el Monumento 11 se observa un animal de hocico alargado agazapado sobre

una nube en forma de “S” acostada (figura 7.60). Con su cabeza ligeramente inclinada hacia arriba, este animal aparenta estar viendo unas gotas de lluvia tripartitas en forma de signo de admiración que caen de una pequeña nube representada a través de un corchete ondulado. Tanto las gotas de lluvia como la nube están orientadas en diagonal hacia el animal identificado por Angulo como un jaguar (1987: 133), aunque la forma alargada de su hocico le da cierta apariencia de reptil. Al respecto, Grove opina que éste y los demás animales retratados en el Grupo I-A son lagartijas que en el sitio de Chalcatzingo aparecen semanas antes de que comience el periodo de lluvias (1987d: 426).

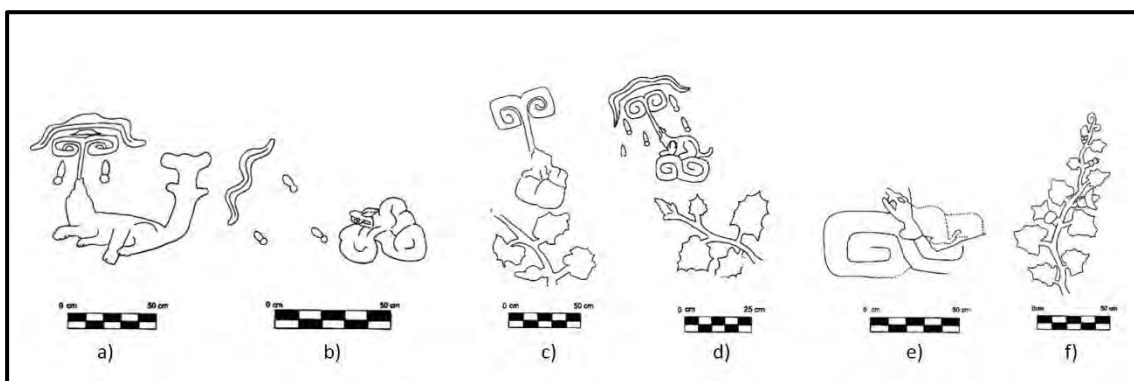


Figura 7.60. Monumentos del Grupo I-A de Chalcatzingo. a) Monumento 8. b) Monumento 11. c) Monumento 15. d) Monumento 14. e) Monumento 7. f) Monumento 6. Dibujos tomados de Lambert, 2011.

El Monumento 8, representa a otro animal recostado que se caracteriza por tener una cola ramificada, y en esta ocasión no está sobre una nube (ver figura 7.60). Su cabeza está levantada verticalmente hacia arriba y de su boca sale una banda larga cuyo extremo está compuesto por dos volutas de las que caen dos gotas de agua. Sobre este elemento, el cual simula un soplo de viento o exhalación, se encuentra una nube en forma de corchete horizontal. De tal forma, el Monumento 8 de Chalcatzingo simboliza a un animal que con su aliento forma una nube y propicia lluvia. En el siguiente relieve, Monumento 14, se retrató nuevamente a un animal soplando hacia una nube de la que caen gotas de agua, no obstante, éste sí está apoyado sobre el motivo de “S” acostada (ver figura 7.60). Debajo de este motivo yace una planta de hojas triangulares con bordes puntiagudos. Angulo señala que estas hojas son morfológicamente características de una planta de calabaza (1987: 134). En cuanto a los rasgos faciales del animal, solo se percibe una posible ceja flamígera y su hocico largo y recto de mandíbula inferior retraída, elementos distintivos del monstruo de la tierra o Dragón Olmeca.

En el Monumento 15, se observa la misma representación de un animal soplando hacia una nube y recostado sobre el motivo de “S” debajo de la cual yace parte de una planta de calabaza (ver figura 7.60). Una planta completa y de mayor tamaño se observa en el Monumento 6, que en su parte superior presenta una inflorescencia en forma de gancho o espiral. Por último, el Monumento 7 consiste en otro animal recostado sobre un motivo de “S” con su cabeza inclinada hacia arriba mirando a la planta de calabaza del monumento 6. Es más que evidente que estos monumentos del Grupo I-A representan al monstruo de la tierra que a través de su aliento produce nubes y propicia las lluvias que fertilizan la vegetación. En este sentido, dentro del sistema de creencias de los habitantes de Chalcatzingo el monstruo de la tierra era el encargado de tales fenómenos naturales.

En relación al simbolismo de estos monumentos, cabe señalar que los rostros de los animales sobrenaturales miran hacia el Norte, rumbo que a lo lejos se observa el volcán Popocatepetl, el cual constantemente produce fumarolas y columnas de humo que simulan nubes. Así pues, de forma parecida a lo propuesto por Lambert (2006: 3), creo que posiblemente los monumentos 7, 8, 11, 14 y 15, son representaciones metafóricas de la actividad volcánica del Popocatepetl vinculada con la propiciación de lluvias y de fertilidad, en donde los animales sobrenaturales simbolizan a dicho volcán y su aliento a las columnas de humo que emergen del cráter. Asimismo, la representación de los animales sobre el motivo de “S” acostada tal vez hace alusión a las nubes que se juntan alrededor del Popocatepetl y otras montañas prominentes.

En el Monumento 1 de Chalcatzingo el vínculo entre el monstruo de la tierra con la lluvia y fertilidad es más explícito, y además en él está incorporado un cuarto componente, el ser humano (figura 7.61). Al respecto, Angulo opina que el Monumento 1 constituye el clímax de la secuencia pictórica del Grupo I-A puesto que contiene la esencia del mensaje general (1987: 141). A grandes rasgos, este relieve representa a un personaje ricamente ataviado situado al interior de la boca del monstruo de la tierra, sobre el cual hay nubes de las que caen gotas de agua. En la parte superior del monumento se encuentran tres nubes grandes compuestas por medio de tres corchetes ondulados. De la base de cada nube cuelga un conjunto de líneas verticales paralelas que Angulo

interpreta como una fina pero intensa lluvia (1987: 135). De las nubes caen triadas y pares de gotas de lluvia en forma de signos de admiración, así como círculos concéntricos que también parecen simbolizar gotas agua. Entre los conjuntos de gotas de lluvia hay dos elementos fitomorfos similares a los presentes en otros monumentos, como el 9 y 13, que Angulo y Grove identifican como bromelias (1987: 141). La boca del animal sobrenatural está representada a través de un conjunto de líneas paralelas que forman un elemento cuadrifolio o cruciforme seccionado verticalmente (Grove, 1999: 259; 2000: 283). Al exterior de la boca posee tres cuadros pequeños con hendiduras en “V” distribuidos en sus dos extremos y en el lóbulo lateral, así como tres bromelias dos de ellas situadas en las esquinas o uniones de los lóbulos y la restante delante del ojo. Su ojo está compuesto por dos óvalos concéntricos, el interior está marcado con una cruz de San Andrés y su contorno presenta picos ondulados a manera de cejas flamígeras. Del interior de la boca emerge una serie de volutas de diferentes tamaños que se prolongan hacia varias direcciones. Grove señala que la mayoría de las volutas son representaciones de neblina, y que las volutas pequeñas situadas en ambos extremos de la boca son colmillos curvados hacia afuera (1999: 260; 2000: 281). En mi opinión, estos elementos iconográficos simbolizan a su vez el aliento del animal sobrenatural. De tal forma, en el Monumento 1 se muestra a gran escala la temática presente en los demás monumentos del Grupo I-A, consistente en la representación de animales naturales que producen lluvia y fertilidad con su aliento.

La criatura retratada en el Monumento 1 de Chalcatzingo es interpretada por muchos investigadores como el monstruo de la tierra, no obstante, Grove opina diferente. Este autor propone que dentro del sistema de representación olmeca, el ojo oblongo con el motivo de cruz de San Andrés es distintivo de serpientes, y que los animales con colmillos curvados hacia afuera poseen cualidades celestes (Grove, 2000: 281-281). Por tal motivo, Grove propone que el animal sobrenatural del Monumento 1 en realidad se trata de una serpiente celeste (2000: 280-281). Aunque la identificación de los colmillos es cuestionable, indudablemente este animal está asociado a elementos celestes como son nubes y gotas de lluvia. En este monumento, la boca de esta posible serpiente celeste parece hacer alusión a una cueva. Al respecto, Grove indica que “the

quatrefoil face displayed on Monument 1 is therefore not only a *sky serpent cave*, but also specifically a *mountain cave*" (2000: 283). En este sentido, se puede decir que la montaña era concebida como el cuerpo del animal sobrenatural y la cueva como su boca.

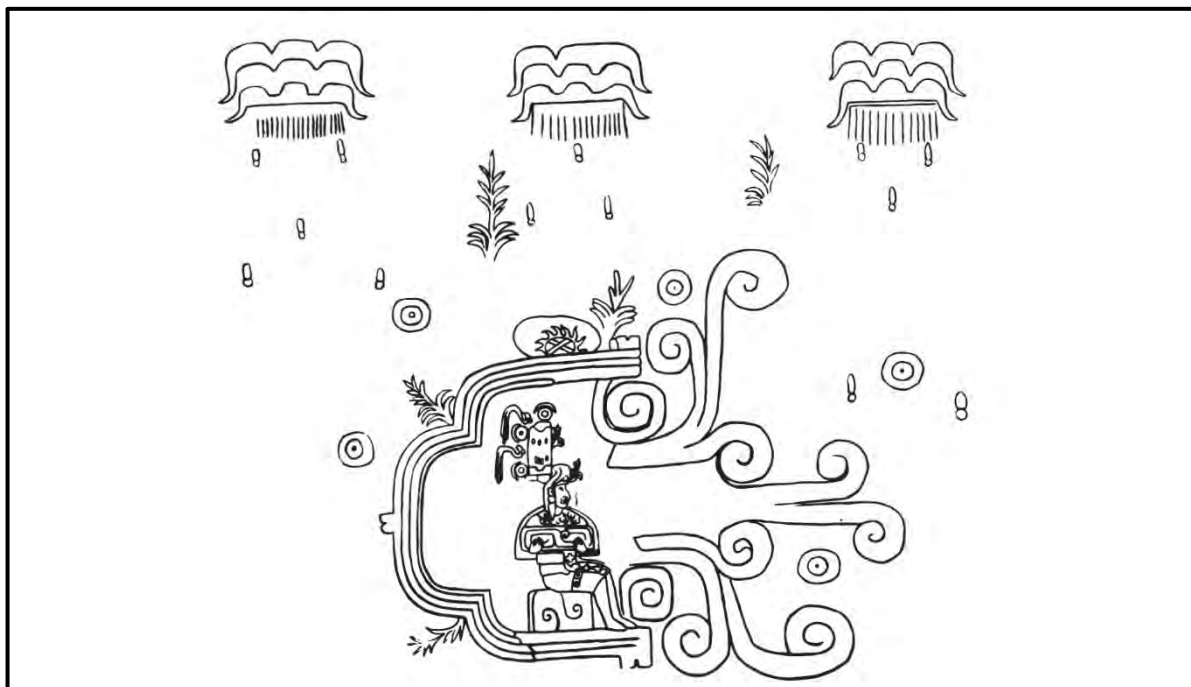


Figura 7.61. Dibujo del Monumento 1 de Chalcatzingo. Tomado de Cook de Leonard, 1967.

La idea de la boca del animal haciendo alusión a una cueva es más evidente en el Monumento 9 de Chalcatzingo (ver figura 7.23). En dicho monumento el animal está representado de frente, por lo cual se puede observar por completo la forma cuadrifolia o cruciforme que enmarca la boca representa a través de una gran abertura. Al igual que en el Monumento 1, el animal sobrenatural del Monumento 9 presenta bromelias en cada una de las esquinas de su boca. Debido a que este tipo de plantas crece de forma natural en Chalcatzingo, Grove y Gillespie proponen que el animal sobrenatural del Monumento 1 no es una representación genérica de una montaña-cueva mitológica sino del cerro Chalcatzingo en específico (2009: 64). Si bien el cerro Chalcatzingo no posee ni una sola cueva es posible que este elemento natural haya estado simbolizado por medio de la topografía de hendidura en "V". Cabe señalar que existen otras representaciones de animales sobrenaturales con elementos fitomorfos fuera de Chalcatzingo, tal es el caso del Monumento 6 de La Venta en el cual se observa al monstruo de la tierra con plantas a lo largo de

su lomo, no obstante, éstas no tienen forma de bromelias sino de simples brotes con dos ramificaciones (figura 7.62).

En el Monumento 9, la distribución cuatripartita de las bromelias y la forma cruciforme de la boca del animal, constituye una especie de cosmograma en el que están señalados los puntos cardinales e intercardinales, así como el centro o *axis mundi* que en este caso es la boca-cueva vista como una entrada hacia el interior de la tierra, es decir, el inframundo. Si bien Grove indica que en las esculturas olmecas de la costa del Golfo no se utilizó el diseño cuadrifolio para representar la boca del monstruo de la tierra, los simbolismos cosmológicos asociados a ésta sí están señalados en ciertos casos. Ejemplo de ello es el Altar 4 de La Venta en el cual la boca-cueva de dicho animal sobrenatural es de forma semicircular, y está enmarcada por dos bandas paralelas que al exterior de la última se observan motivos fitomorfos distribuidos de forma cuatripartita (figura 7.63). La distribución de dichos elementos fitomorfos supone una especie de cosmograma en el que se marcan los puntos intercardinales, tal y como ocurre con las bromelias del Monumento 9 de Chalcatzingo.

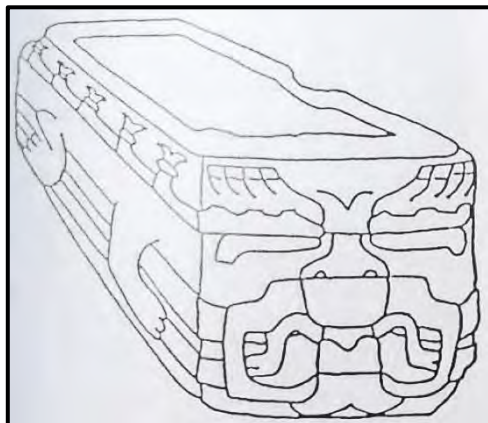


Figura 7.62. Dibujo del Monumento 6 de La Venta. Tomado de Reilly, 1955.



Figura 7.63. Altar 4 de La Venta.

Al igual que en los tronos olmecas de la costa del Golfo, en el Monumento 1 de Chalcatzingo se retrató a un personaje humano ricamente ataviado al interior de la boca-cueva del monstruo de la tierra. Este personaje porta bandas en sus tobillos, un faldellín con el motivo de gota de lluvia repetido tres veces de forma lineal, un paño alargado sobre las piernas que posee diseños difíciles de distinguir, una capa corta que llega hasta la cintura, y un collar apenas

perceptible. Sobre su boca presenta un elemento muy erosionado y en su frente posee un elemento fitomorfo, al parecer una bromelia. Su cabeza está cubierta por lo que parece ser un turbante o cabello largo que se extiende a un lado de la sien cubriendo la oreja, y termina en un elemento circular seguido de uno de forma triangular (Angulo, 1987: 137). El personaje está coronado con un tocado largo y oblongo situado en la parte trasera de su cabeza. En el interior el tocado presenta dos triadas de gotas de lluvias similares a las del faldellín, y al exterior está adornado con tres círculos concéntricos alternados con tres aves que por sus colas largas Angulo las identifica como quetzales (1987: 136); asimismo, al frente del tocado se observa otra bromelia. En sus brazos sostiene una barra ceremonial con el motivo de nube de "S" acostada el cual también se presenta en el elemento rectangular sobre el que está sentado.

Además de estar situado al interior de la boca-cueva del monstruo de la tierra, los atavíos del personaje humano del Monumento 1 de Chalcatzingo evidencian otras similitudes con los individuos retratados en los tronos olmecas de la costa del Golfo. El personaje del Altar 4 de La Venta porta un tocado que figura un rostro de ave con plumas extendidas, en tanto que el personaje del Altar 5 de La Venta porta un largo tocado el cual presenta una triada lineal de gotas de lluvia en forma de signos de admiración muy similar al del Monumento 1 de La Venta. Por tales motivos, Grove sugiere la posibilidad de que en los monumentos de ambos sitios se haya representado al mismo individuo. Por otra parte, en lugar de una barra ceremonial el personaje del Altar 5 de La Venta sostiene entre sus brazos un infante inerte de rasgos sobrenaturales (ver figura 5.45). Al respecto, Grove opina que la barra ceremonial del Monumento 1 de Chalcatzingo y el infante inerte del Altar 5 de La Venta pueden ser diferentes manifestaciones de un mismo elemento sobrenatural (1987d: 427). A esto hay que añadir la representación incisa en el hacha de Arroyo Pesquero, en la cual el personaje humano sostiene una imagen esquematizada del monstruo de la tierra. Así pues, el Monumento 1 de Chalcatzingo posee una temática en común con esculturas olmecas de la costa del Golfo en la que existe una sustitución de por lo menos tres tipos de elementos que comparten un mismo significado contextual.

Como se puede observar, en los atavíos del personaje humano del Monumento 1 de Chalcatzingo se conjugan y sintetizan los elementos

primordiales de la temática general del Grupo I-A, estos son: la lluvia, la fertilidad y las nubes, representadas respectivamente por la traída de gotas de agua en forma de signos de admiración, las bromelias, y el motivo de “S” acostada. Cabe señalar que este último motivo iconográfico es ambivalente, de modo que además de nubes puede simbolizar alguna cosa, ente o esencia, relacionada con los seres sobrenaturales que sostienen los personajes del Altar 5 de La Venta y del hacha incisa de Arroyo Pesquero. Como ya hemos señalado, la lluvia y la fertilidad son producidas por animales sobrenaturales como el monstruo de la tierra. Así pues, a través de la incorporación de signos de lluvia y fertilidad en sus atavíos, el personaje humano se está atribuyendo cualidades sagradas propias de seres sobrenaturales, o por lo menos se muestra como participe en la generación de fenómenos naturales. Asimismo, al estar sentado sobre el motivo de “S” acostada y al interior de una boca-cueva, el personaje aparenta tener la capacidad y privilegio de acceder a espacios cosmológicos y sagrados.

Al respecto, Angulo interpreta al personaje humano del Monumento 1 de Chalcatzingo como una deidad, puesto que señala que éste representa el señor y corazón de la montaña que producía el agua que fluye por las barrancas del cerro Chalcatzingo (1987: 140). Si bien no hay duda que dicho personaje está relacionado con la creación de agua, es poco probable que se trate de una deidad ya que no presenta rasgos faciales sobrenaturales. Alternativamente, Grove y Gillespie proponen que es más apropiado considerarlo como un espíritu ancestral, guardián del cerro Chalcatzingo y benefactor del asentamiento Preclásico situado a los pies del cerro (2009: 65). Así pues, la temática del Monumento 1 de Chalcatzingo es muy similar a la de los tronos olmecas de la costa del Golfo, consistente en la representación de un ancestro divino emergiendo de la boca-cueva del monstruo de la tierra. No obstante, una de las principales diferencias entre dichas temáticas es que al parecer en el Monumento 1 de Chalcatzingo el monstruo de la tierra hace referencia a un lugar en específico, este es el cerro Chalcatzingo. Así pues, en este monumento el cerro Chalcatzingo y el ancestro del asentamiento humano están relacionados con el agua, la lluvia y fertilidad (Grove y Gillespie, 2009: 66). Esta relación también está marcada por la ubicación del Grupo I-A sobre el Drenaje El Rey, el cual al parecer estaba integrado a las actividades rituales

realizadas en dicho lugar, e inclusive pudo ser considerado como una cualidad sagrada del cerro Chalcatzingo.

Comparando las temáticas de los grupos I-A y I-B se puede observar en ambas una relación semejante entre animales sobrenaturales y elementos celestes como el motivo de “S” acostada. No obstante, la relación establecida de estos mismos animales con el ser humano es totalmente distinta en cada grupo. En el Grupo I-B el ser humano se muestra como un ser inferior o subordinado que con su muerte se propicia la lluvia y fertilidad, mientras que en el Grupo I-A posee una categoría y cualidad equivalente a la de los animales sobrenaturales dado que ambos aparentan participar en la generación de dichos fenómenos naturales. De tal forma, las procesiones rituales realizadas en cada grupo pudieron ser diferentes a pesar de que ambas tenían una misma finalidad. En el Grupo I-B posiblemente los rituales incluían el sacrificio humano a través del cual se representaba el suceso mitológico de animales sobrenaturales atacando humanos, en tanto que en el Grupo I-A los rituales consistían en la personificación del ancestro divino propiciando la lluvia y fertilidad. Seguramente el responsable de encarnar al ancestro divino era un especialista religioso o gobernante. Al respecto, Lambert opina que los monumentos del Grupo I-A estaban relacionados con rituales que tenían el propósito de investir a los gobernantes de cualidades sobrenaturales, tales como el control de la lluvia y fertilidad (2011: 129).

Así pues, los monumentos de los grupos I-A y I-B indican que por lo menos durante el periodo Preclásico Medio el cerro Chalcatzingo fue considerado como una montaña con simbolismos cosmológicos, cuya personificación era el monstruo de la tierra y sus rasgos y cualidades sagradas estaban objetivadas a través de elementos materiales como la topoforma de hendidura en “V” y el Drenaje El Rey. Al parecer, en el periodo Clásico y Postclásico el cerro Chalcatzingo continuó siendo considerado como un lugar sagrado, no obstante, no es posible afirmar una persistencia de los mismos simbolismos a lo largo de los tres periodos.

8. La cueva de Oxtotitlán

8.1 La subcuenca del río Atempa

La cueva de Oxtotitlán se encuentra en la margen derecha del río Atempa o Atentli, el cual es un afluente del río Balsas que yace sobre la parte septentrional de la cordillera costera de la Sierra Madre del Sur. En la subcuenca del río Atempa predomina el clima cálido húmedo y semicálido subhúmedo con una temperatura media anual de 22°C y 20°C, respectivamente. No obstante, en las zonas más elevadas de la sierra el clima es de tipo templado subhúmedo con una temperatura promedio anual de 18°C, y en el extremo Norte del río el clima es semiseco con una temperatura promedio anual de 26°C (figura 8.1). Por otro lado, conforme se avanza de Sur a Norte la precipitación media anual decrece de 1200 mm a 800 mm. Esta variación en la precipitación y temperatura se debe en parte al gradiente altitudinal que va de 2300 msnm en la cima de las montañas, a 500 msnm en el extremo Norte de la cuenca donde el Atempa afluye en el río Balsas. Así pues, las montañas de la Sierra Madre del Sur actúan como una barrera natural que retiene los vientos procedentes del Pacífico, y los pocos vientos que logran atravesar dicha barrera pierden mucha humedad por lo cual llegan secos a la cuenca del río Balsas (Meza y López García, 1997: 18). Esto provoca que la época de secas sea muy intensa y bien diferenciada de la época de lluvias, lo cual está marcado visualmente por la sequedad y reverdecimiento de la vegetación.

La vegetación de la subcuenca del río Atempa corresponde principalmente a la de una selva baja caducifolia y a la de bosque templado en menor medida. La selva baja caducifolia crece sobre los terrenos cálidos y semicálidos de menor altura. Este tipo de vegetación se caracteriza por árboles resistentes al periodo de secas momento en el que pierden sus hojas. Las especies distintivas son el copal chino (*Bursera bipinnata*), el copal santo (*Bursera copallifera*), el pochote (*Ceiba parvifolia*), el huizache (*Acacia farnesiana*), cactáceas como el tetecho de mezcala (*Neobuxbaumia mezcalaensis*) y el garambullo (*Myrtillocactus geometrizans*) (Meza y López García, 1997: 26-42). Algunos de los animales que habitan en las selvas bajas caducifolias son el armadillo (*Dasypus novemlineatus*), el ocelote (*Leopardus pardalis*), el venado

de cola blanca (*Odocoileus virginianus*), la guacamaya verde (*Ara militaris*), la boa (*Boa constrictor*). Por su parte, el bosque templado está constituido por una gran variedad de especies de encinos (*Quercus glaucescens*, *Q. magnoliifolia*, *Q. elliptica*, *Q.*), aunque también hay algunos manchones de coníferas (Meza y López García, 1997: 26-30). Algunos de los animales presentes en este tipo de vegetación son el puma (*Puma concolor*), el tlacuache (*Didelphis virginiana*), la víbora de cascabel (*Crotalus molossus*), el águila real (*Aquila chrysaetos*), entre otros.

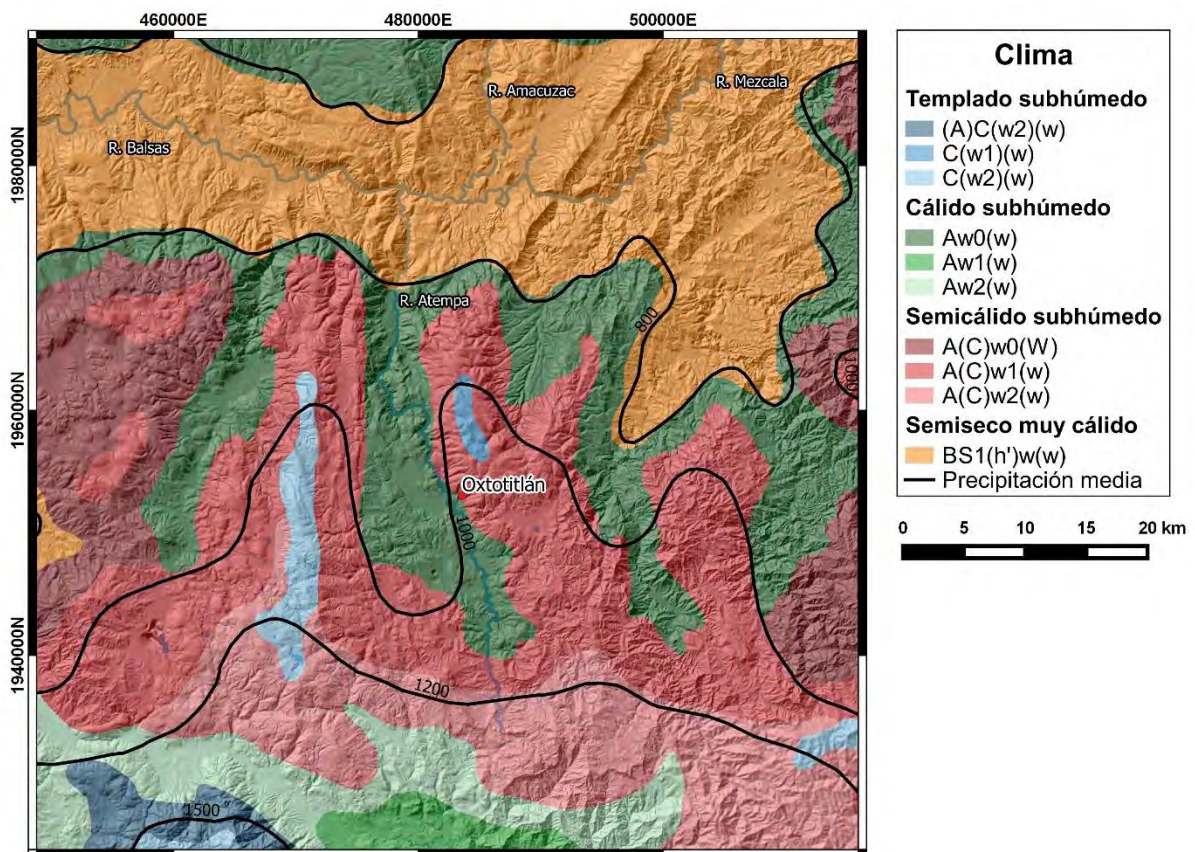


Figura 8.1. Climas de la subcuenca del río Atempa. Elaborado por el autor.

Los suelos de la cuenca del río Atempa se componen predominantemente de phaeozems y leptosoles, así como de regosoles y vertisoles en menor medida. Los phaeozems y leptosoles yacen sobre las zonas montañosas, el primer tipo de suelo se caracteriza por tener un horizonte mineral rico en materia orgánica con buena permeabilidad y fertilidad, en tanto que el segundo consta de suelos sobre superficies rocosas o altamente pedregosos susceptibles a la erosión (FAO, 2014: 168-168, 172-173). Los regosoles están situados sobre terrenos de menor altura y son suelos poco desarrollados sobre materiales no consolidados. En cambio, los vertisoles se encuentran sobre las

márgenes del río Atempa así como en terrenos planos, consisten en suelos altamente arcillosos que dependiendo su contenido de humedad experimentan procesos de expansión y contracción (FAO, 2014: 180-181). Si bien el potencial agrícola de estos suelos es reducido, existe una pequeña área cercana al actual poblado de Nejapa donde se acumulan depósitos fluviales sobre las márgenes del río Atempa, dando lugar a suelos altamente fértiles conocidos como fluvisoles.

La porción de la Sierra Madre del Sur sobre la que se encuentra el río Atempa es de origen sedimentario. De tal forma, esta área está compuesta principalmente por rocas calizas del Cretácico Inferior correspondientes a la formación Morelos, que de acuerdo con Fries abarca la mayor parte del occidente de Morelos, así como de la parte Norte y centro de Guerrero (1956: 17-19). Sobre la capa caliza yacen lutitas del Mesozoico y conglomerados de areniscas del Cenozoico, que posiblemente corresponden a las formaciones denominadas por Fries como Mexcala y Chilpancingo, respectivamente (1956: 21-23 y 33-34). Al Sur del río Atempa cercano a los poblados de Chilapa y Nejapa existen afloramientos de rocas ígneas extrusivas igualmente del Cenozoico, tales como andesitas, riolitas y tobas. Así pues, el área circundante del río Atempa es ajena a las formaciones metamórficas en donde yacen piedras como la serpentina, la cual fue ampliamente aprovechada para la elaboración de esculturas olmecas de pequeño formato.

Como ya hemos mencionado, el río Atempa está circunscrito en la parte Norte de la cordillera costera de la Sierra Madre del Sur (figura 8.2). De tal forma, la región está compuesta primordialmente por cerros y montañas entrelazados entre sí que dan forma a un complejo e intrincado relieve (figura 8.3). El río Atempa divide el relieve montañoso en dos grandes cordilleras que se extienden de Sur a Norte hasta llegar al cauce del río Balsas (figura 8.4). Estas cordilleras se caracterizan por tener laderas pronunciadas y escarpadas al igual que barrancas por las que descienden los afluentes del Atempa. Entre ambas cordilleras se encuentran cerros de menor altura con pendientes relativamente suaves situados cerca de terrenos planos.

En esta región, los terrenos planos son escasos y poco extensos. Se localizan a lo largo del Atempa formando estrechos valles interrumpidos por cañadas en las que las laderas de las cordilleras únicamente están separadas

por el cauce de dicho río. Solo en ciertas ocasiones las cordilleras se abren para dar lugar a dos planicies amplias situadas al centro y Sur de la región, que corresponden a los terrenos de los poblados de Chilapa y Acatlán (figura 8.5). Ambas planicies, principalmente la de Chilapa, están interrumpidas por lomas de pendientes suaves, y en ellas fluyen los ríos más caudalosos de la región lo cual facilita el acceso y abastecimiento de agua. Otro elemento fisiográfico importante dentro de la región son las numerosas cuevas y abrigos rocosos, de las cuales la cueva de Oxtotitlán y la de La Corona presentan vestigios arqueológicos del periodo Preclásico (Schmidt, 2003a: 12 y 61). De acuerdo con Schmidt, hay indicios que desde el interior de la cueva La Corona emerge un torrente de agua intermitente que llega hasta una lagunilla perenne situada en el valle de Acatlán, a poco más de un kilómetro al Oeste de dicho poblado (2003a: 61).

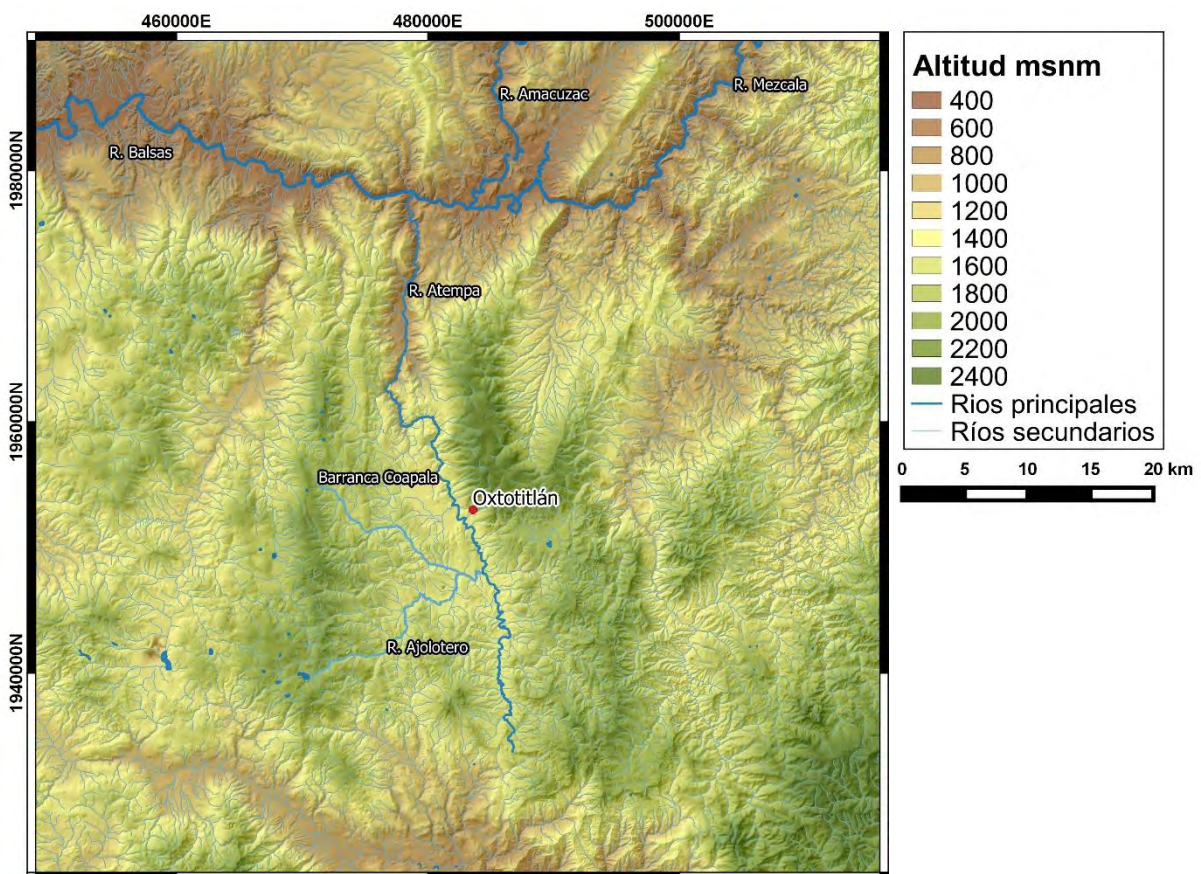


Figura 8.2. Topografía e hidrografía de la subcuenca del río Atempa. Elaborado por el autor.

Por supuesto el rasgo hidrológico más importante de la región es la subcuenca del río Atempa perteneciente a la gran cuenca del río Balsas (figura 8.6). Es un río perenne poco caudaloso y profundo que posee un lecho rocoso y un cauce meándrico que en sus partes más anchas mide 10 m. Tiene una

extensión aproximada de 40 km los cuales recorre de forma sinuosa de Sur a Norte. Nace 4 km al Sur de Atzacaloya a una altura de 1500 msnm y empieza recorrido hacia el Norte pasando por un estrecho valle en donde se encuentra el poblado antes mencionado. Posteriormente fluye por la parte oriental de las planicies de Chilapa y Acatlán, y luego se inserta en las cerradas cañadas en donde desciende a 550 msnm, para finalmente tributar sus aguas al río Balsas. Cabe señalar que la desembocadura del Atempa se encuentra a 4.8 km al Oeste del punto donde el río Balsas se forma a partir de la confluencia de los ríos Amacuzac y Mezcala. Asimismo, 5 km al Noreste de dicho punto, se encuentra sobre la margen del Mezcala uno de los asentamientos adscritos al sistema político-religioso olmeca más importante de Guerrero, este es Teopantecuanitlán. Los principales afluentes del Atempa es el río Ajolotero y un arroyo que fluye por la Barranca de Coapala. Estos cuerpos de agua descienden por las planicies de Chilapa donde se juntan y se dirigen hacia el extremo Noreste del valle para después desembocar en el Atempa.



Figura 8.3. Vista del sistema montañoso de la sierra Madre del Sur desde Teopantecuanitlán. Foto del autor.



Figura 8.4. Cordilleras entre las que fluye el río Atempa vistas desde la cima del cerro Quiotepec. Foto del autor.

Así pues, el paisaje de la subcuenca del río Atempa se caracteriza por un complejo e intrincado sistema montañoso que presenta escasos terrenos planos, los cuales se sitúan a lo largo del cuerpo de agua más importante de la región. Este escarpado relieve impone condiciones desfavorables para la comunicación y movilización entre individuos de diferentes los asentamientos, no obstante, las principales fuentes de agua son de fácil acceso. Debido a la prevalencia de condiciones cálidas y semisecas la temporalidad de este paisaje posee una intensa época de secas, cuya transición con la época de lluvias está claramente marcada por la sequedad y reverdecimiento de la vegetación (figura

8.7 y 8.8). A mi parecer, estos son los principales factores que influyeron en la forma de habitar, experimentar y concebir el paisaje del río Atempa.



Figura 8.5. Vista del valle de Acatlán desde la cima del cerro Quiotepec. Foto del autor.



Figura 8.6. Río Atempa o Atentli. Foto del autor.



Figura 8.7. Vista del cerro Quiotepec desde la cueva de Oxtotitlán en época de secas. Tomado de Grove, s.f.



Figura 8.8. Vista del cerro Quiotepec desde la cueva de Oxtotitlán en época de lluvias. Foto del autor.

8.2 El entorno natural y social de la cueva de Oxtotitlán

La cueva de Oxtotitlán se encuentra en la ladera media de un cerro llamado Quetzaloxtoc, a una altura aproximada de 1450 msnm (figura 8.9 y 8.10). Este cerro forma parte de la cordillera montañosa que delimita la margen oriental de la subcuenca del río Atempa. Igualmente, el cerro Quetzaloxtoc constituye el extremo oriental de la planicie de Acatlán de modo que la cueva está orientada hacia el Oeste, yace a 1.7 km al Este de dicho poblado y a 1 km del río Atempa en la misma dirección. Se caracteriza por ser una cueva calcárea creada por procesos de erosión kárstica que a su vez propicia la formación de espeleotemas. Tal y como indica Grove, la cueva está compuesta por dos grutas o abrigos rocosos (Cueva Norte y Cueva Sur) cuyas bocas de 20 m de ancho se encuentran sobre una gran barranca (1970: 17), y están

interconectadas por un corto y angosto pasadizo interior (figura 8.11). Ambas cuevas poseen superficies irregulares recubiertas por rocas de diferentes tamaños.



Figura 8.9. Ubicación de la cueva de Oxtotitlán.



Figura 8.10. Cueva de Oxtotitlán vista desde el valle que se forma entre los cerros Quiotepec y Quetzaloxtoc. Foto del autor.

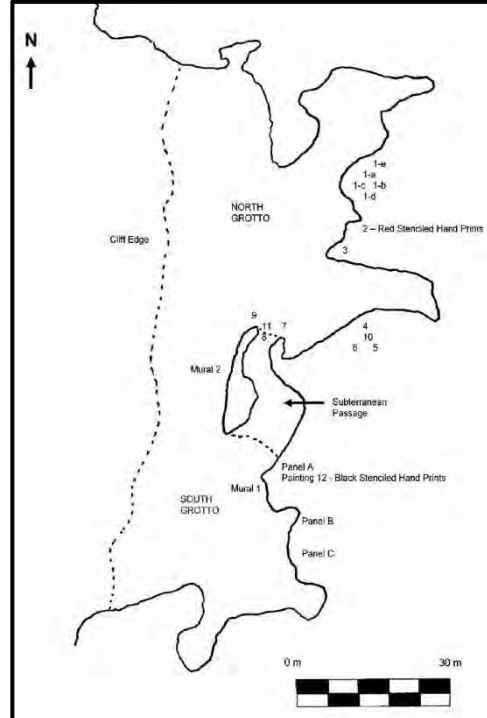


Figura 8.11. Croquis de la cueva de Oxtotitlán. Tomado de Lambert, 2011.

En ciertos sectores estas cuevas alcanzan profundidades de entre 15 y 20 m, y de acuerdo con Cruz Flores, ambas cuentan las tres zonas espacio-

ambientales que caracterizan a estos tipos de rasgos naturales: zona epigea o de iluminación, zona mesogea o de penumbra y zona hipogea o de oscuridad total (figura 8.12) (2003: 17). Asimismo, en estas tres zonas la temperatura y humedad varían siendo más estables a mayor profundidad (Cruz Flores, 2000: 54). En el caso de la cueva de Oxtotitlán, Cruz Flores señala que ésta posee un microclima seco cuyos rangos de temperatura y humedad son menores y más estables que los rangos del clima externo (2003: 17). Si bien no cuenta con un cuerpo de agua perenne, los informantes de Grove afirman que durante la época de lluvias la cueva contiene una somera laguna que a menudo se desborda de su interior formando una cascada sobre la barranca (1970: 31). Igualmente, en ambas cuevas hay filtraciones de agua que originan diversos puntos de goteo distribuidos en varios sectores. Las constantes filtraciones de agua transportan minerales que se han depositado al interior de las cuevas en forma de espeleotemas, especialmente en la Cueva Norte, donde hay un buen número de estalactitas, dos grandes estalagmitas y una columna de alrededor de 5 m de alto (figura 8.13 y 8.14). Tal y como señala Cruz Flores, en las estalagmitas y otros puntos de goteo las filtraciones de agua generan la proliferación de microorganismos tales como algas, líquenes y musgos (figura 8.15) (2003: 18).

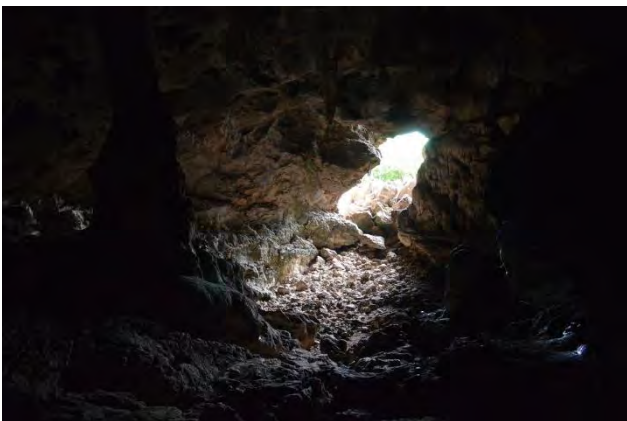


Figura 8.12. Interior de la Gruta Norte de Oxtotitlán. Foto del autor.



Figura 8.13. Espeleotemas de la Gruta Norte de Oxtotitlán. Foto del autor.

Así pues, el complejo simbólico de la cueva de Oxtotitlán está compuesto por las condiciones de penumbra y oscuridad, las filtraciones de agua, la laguna somera, los espeleotemas y los microorganismos, que en conjunto configuran un espacio que hace alusión al inframundo. En este sentido, dicha cueva pudo ser concebida como una abertura de la tierra situada sobre un

cerro en cuyo interior se creaba agua que posteriormente brotaba hacia el exterior. Al respecto, Grove opina que la cueva de Oxtotitlán pudo ser considerada como una fuente mística de agua (1970: 31). La cualidad creadora de la cueva no está manifiesta únicamente a través de las filtraciones de agua sino también por medio de la formación de espeleotemas y de microorganismos. Por otro parte, la proliferación de algas, líquenes y musgos, también pudo ser entendida como una cualidad sagrada asociada a la fertilidad.



Figura 8.14. Zonas de goteo de la Gruta Norte de Oxtotitlán. Foto del autor.



Figura 8.15. Formación de musgo en la Gruta Sur de Oxtotitlán. Foto del autor.

Si bien la cueva de Oxtotitlán está situada en lo alto del cerro Quetzaloxtoc y orientada hacia la planicie de Acatlán, su visibilidad es limitada ya que está parcialmente oculta por cerro situado a 300 m al Oeste de la cueva. Entre este cerro y el Quetzaloxtoc, se forma un pequeño y estrecho valle en forma de escuadra que en sus partes más anchas mide aproximadamente 200 m, y sus extremos, orientados hacia el Oeste y Sur de la planicie de Acatlán, están delimitados por el río Atempa. De tal forma, la cueva de Oxtotitlán solo es visible desde el extremo Oeste de dicho valle y desde la parte oriental de la cima del cerro Quiotepec por tanto no es un punto de referencia trascendental dentro del paisaje regional (figura 8.16 y 8.17).



Figura 8.16. Cueva de Oxtotitlán vista desde el Norte del pueblo de Acatlán. Tomado de Grove, s.f.



Figura 8.17. Cueva de Oxtotitlán vista desde el Noreste de la cima de Quiotepec. Foto del autor.

En la cima del cerro Quiotepec, Schmidt y su equipo identificaron ocho estructuras de 2 m de alto con 8 m de ancho, así como 128 terrazas artificiales situadas principalmente en la ladera Oeste, cuya mayor extensión fue fechada para el Preclásico Medio aunque su ocupación continuó hasta el Postclásico Tardío (figura 8.18) (2008: 281). Varias de estas terrazas están distribuidas en el valle formado por los cerros Quiotepec y Quetzaloxtoc, principalmente en su extremo Oeste y únicamente tres (T. 427, T. 428 y T. 429) yacen al pie de la falda donde se encuentra la cueva de Oxtotitlán. Adicionalmente, existe otra pequeña terraza (T. 477) situada sobre el desplante de la misma ladera antes mencionada. Tal y como ocurre en la actualidad, las terrazas del valle pudieron ser áreas de cultivo, ya que son tierras de buena calidad cercanas al río Atempa y por ellas fluyen dos arroyos intermitentes que descienden del cerro Quetzaloxtoc. En el caso de las terrazas 427, 428 y 429, tal vez eran irrigadas de forma natural por la somera laguna que se desbordaba de la cueva de Oxtotitlán, durante la época de lluvias. En este sentido, la cueva de Oxtotitlán fertilizaba de forma simbólica y material tales áreas de cultivo, y por éste y otros motivos fue considerada como un importante lugar del paisaje con cualidades sagradas. Por otra parte, aunque se desconoce la función exacta de T. 477, ésta pudo ser por donde se comenzaba el ascenso hacia la cueva de Oxtotitlán.

Debido a la continuidad de materiales arqueológicos entre la cueva de Oxtotitlán y el cerro Quiotepec, Schmidt propuso que ambos conforman un solo sitio de 79 hectáreas (2008: 281); no obstante, a mi parecer el área

habitacional está claramente dividido del espacio sagrado. Desde la Estructura 5 ubicada en el extremo Noreste de la cima del cerro, se observa la cueva de Oxtotitlán de modo que desde este punto se podía tener un control visual de los individuos que accedían a la cueva, así como de las actividades realizadas en ella. Por otra parte, dos de las estructuras arquitectónicas (Estr. 1b y Estr. 2) de la cima del cerro Quiotepec presentan esquinas remetidas que, tal y como señala Schmidt, vistas en planta semejan la forma cuadrifolia o cruciforme que en el Monumento 9 de Chalcatzingo simboliza la boca-cueva del monstruo de la tierra (2008: 288-289).

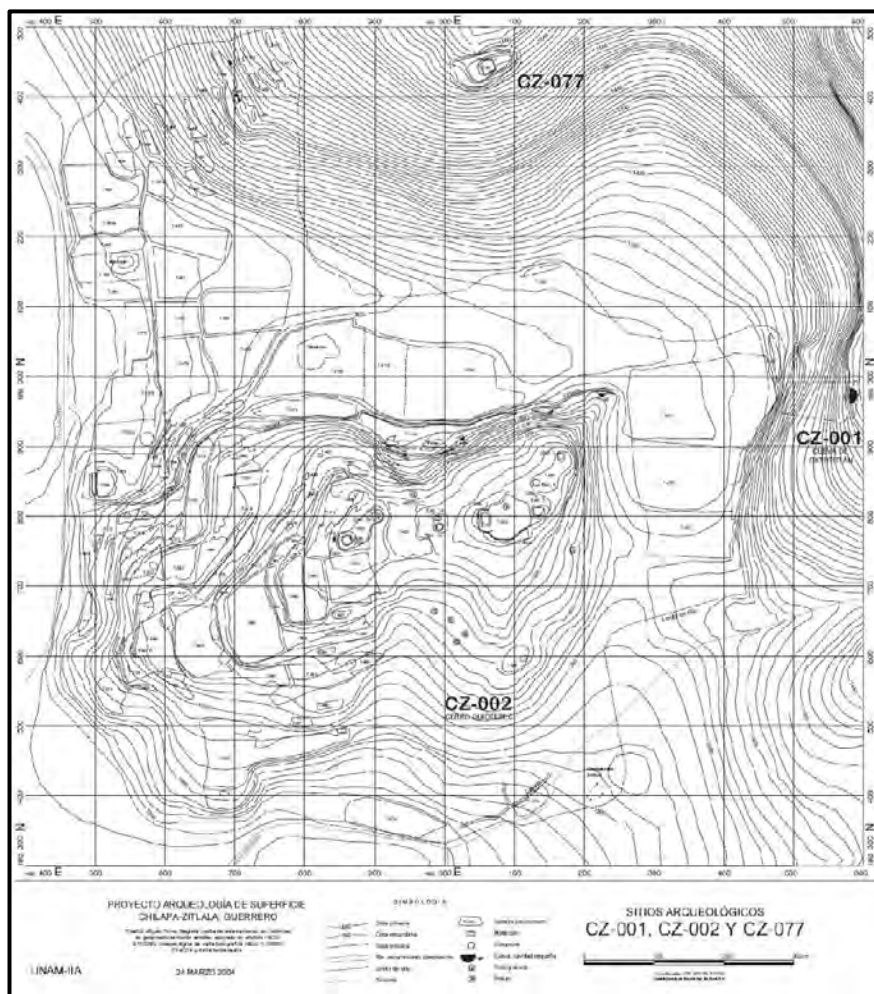


Figura 8.18. Plano topográfico de Quiotepec-Oxtotitlán. Tomado de Schmidt, 2004a.

Además de Quiotepec, Schmidt y su equipo hallaron otros seis sitios arqueológicos de diferentes tamaños y distribuidos en las planicies de Chilapa y Acatlán, correspondientes al periodo Preclásico (figura 8.19). Entre estos sitios destaca el llamado Baño Negro (CZ-116) localizado la periferia Oeste del pueblo de Chilapa. Las excavaciones en este sitio revelaron muros y

alineamientos de piedras calizas al igual que una rica variedad de materiales como figurillas antropomorfas, navajillas de obsidiana procedentes principalmente de Otumba y Paredón, conchas trabajadas, una cuenta de piedra verde, cerámica Blanco Granular y un fragmento posiblemente emparentado con el tipo Calzadas Excavado (Schmidt, 2005: 68-90 y 114; 2008: 286). A través de análisis de radiocarbono se logró determinar que la primera ocupación de Baño Negro corresponde a un rango de tiempo que va del 1800 al 1300 cal. a.C. (Schmidt, comunicación personal, 2017), lo que lo hace el sitio más antiguo de la subcuenca del Atempa y atestigua la participación de esta región en redes de intercambio interregionales desde época temprana.

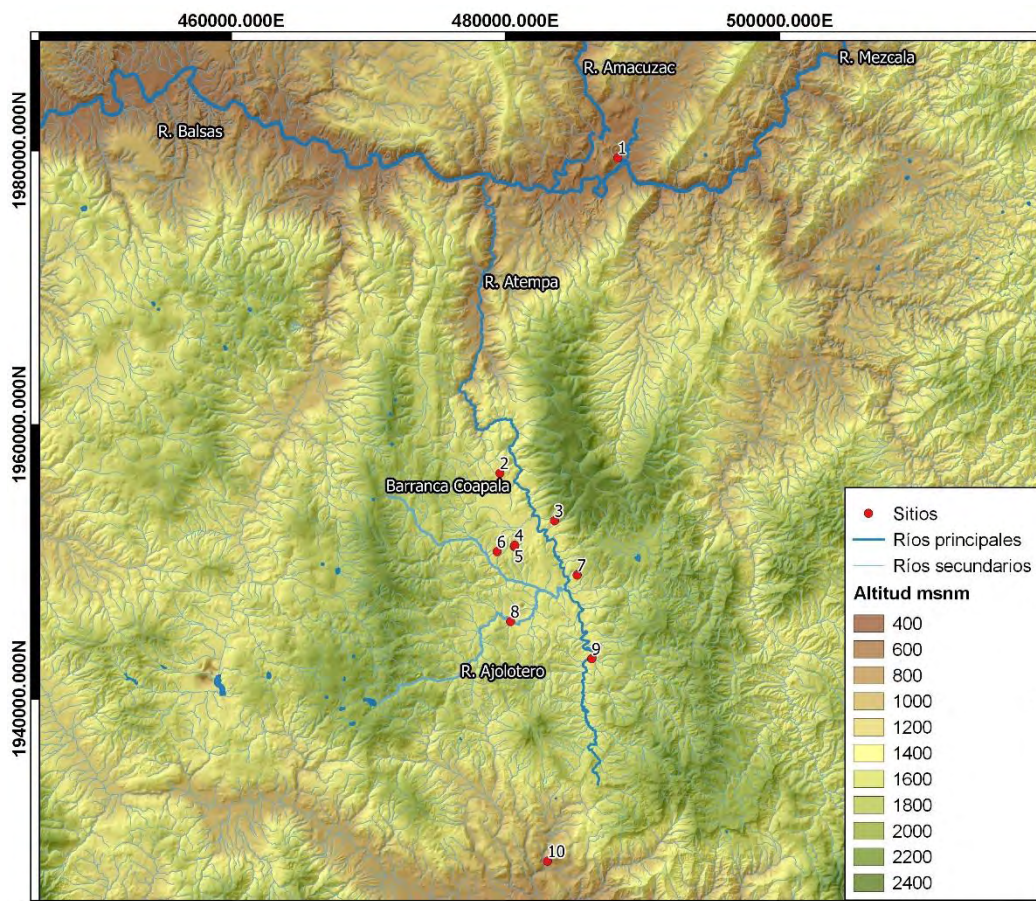


Figura 8.19. Sitios Preclásicos cercano a Oxtotitlán. 1) Teopantecuanitlán. 2) Tetzatzacoalco. 3) Oxtotitlán Quiotepec. 4) Cueva La Corona. 5) Corona. 6) La Mohonera. 7) Comango. 8) Baño Negro. 9) Amoltepec. 10) Juxtahuaca. Elaborado por el autor.

Otro sitio de especial interés es el denominado Comango (CZ-038), el cual tiene una extensión de 135 ha y está compuesto por 150 terrazas en las que hay algunos espacios cívico-ceremoniales, tales como un patio hundido y una gran estructura que presenta aplanados (Schmidt, 2003a: 51). De tal forma,

Comango es mucho más grande que Quiotepec-Oxtotitlán, sin embargo, por el momento no hay suficientes evidencias para afirmar que haya sido de mayor rango. Independientemente de esta circunstancia, sin lugar a dudas Quiotepec-Oxtotitlán fue el sitio ceremonial más importante de la subcuenca del Atempa al que seguramente acudían peregrinos de diferentes partes de la región, durante el periodo Preclásico.

Cabe señalar que Oxtotitlán no es la única cueva de la región que fue dotada de cualidades sagradas. Ejemplo de ello es la Cueva La Corona la cual yace al pie de un cerro situado en el extremo Suroeste de la planicie de Acatlán. A diferencia de Oxtotitlán, esta cueva tiene una mejor visibilidad ya que no está oculta por alguna elevación natural del terreno. Como ya hemos mencionado, hay indicios de que en su interior emerge un torrente de agua que se dirige hacia el Norte hasta llegar a una pequeña laguna perenne. Si el torrente y la laguna estaban presentes en época prehispánica, esta cueva también pudo ser un espacio sagrado entendido como una abertura de la tierra de la que emana agua. A pesar de sus características sobresalientes, la Cueva La Corona no fue elegida como el lugar idóneo para plasmar las espectaculares pinturas rupestres olmecas; por el momento solo se han encontrado restos de cerámica preclásica en su entrada, y un asentamiento situado en la cima del mismo cerro en el que se encuentra la cueva, el cual también fue fechado tentativamente para el periodo Preclásico (Schmidt, 2003a: 59-61).

Es en zonas aledañas a la subcuenca del río Atempa donde existen cuevas que presentan arte rupestre de estilo olmeca, tales como Juxtlahuaca, Cacahuaziziqui y Techan. La primera cueva mencionada se encuentra a 25 km al Sur de Oxtotitlán sobre la ladera de un cerro situado a orillas de un arroyo llamado río Blanco. De acuerdo con Gay, la cueva de Juxtlahuaca tiene una longitud de 1.4 km aprox., y consiste en una serie de galerías amplias conectadas por pasadizos estrechos, en las que se pueden observar diversos espeleotemas; a una distancia de 1.3 de la entrada de la cueva yace un lago compuesto por dos pozas conectadas a través de un corredor (Gay, 1967: 31-33; Griffin, 1967: 17). Las pinturas rupestres olmecas están distribuidas en tres galerías situadas a una profundidad de entre 1 km y 1.2 km, en las cuales se representaron individuos, jaguares y serpientes que conforman tres

composiciones temáticas diferentes: la humano-humano, la humano-animal y la animal-animal (figura 8.20). Cabe señalar que debajo de la pintura 1, consistente en dos personajes de diferentes tamaños, hay un canal que fluye de forma sinuosa por más de 70 m (Gay, 1967: 31; Griffin, 1967: 16). Como podemos observar, la cueva de Juxtlahuaca posee características naturales y culturales semejantes a las de Oxtotitlán, por lo cual no cabe duda que ésta también fue considerada como un lugar sagrado de uso ritual.



Figura 8.20. Pintura 1 de Juxtlahuaca. Tomado de Cabrera Guerrero, 2014.



Figura 8.21. Pintura de Cacahuaziziqui. Tomado de Villela, 1989.

Por otra parte, Cacahuaziziqui se localiza 60 km al Sureste de Oxtotitlán sobre la ladera Noroeste de cerro Cauaná situado a 5 km del poblado de Ocoapa (Villela, 1989: 38). Este sitio consiste en un gran abrigo rocoso cuya boca mide 15 m de alto y 57 m de largo, desde la que se observa la cima del volcán Popocatépetl (Villela, 1989: 38). Las pinturas rupestres de este abrigo rocoso constituyen un palimpsesto de imágenes superpuestas, de las cuales las únicas representaciones de estilo olmeca son dos personajes humanos de perfil con sus rostros orientados hacia la izquierda y sus brazos flexionados (figura 8.21). Por último, la cueva de los Gobernadores de Techan está ubicada a 55 km al Este de Oxtotitlán en la falda Norte de un cerro llamado Tlacuilotzin, cercano al pueblo de Chiepetlán. De acuerdo con Gutiérrez y Pye, la entrada de esta cueva fue labrada para darle la apariencia de una boca triangular de comisuras ovaladas y su interior, casi circular, tiene una profundidad de 10.4 m con un ancho máximo de 10 m (2016: 77-78). En cada una de las paredes

interiores Norte y Sur, se talló en altorrelieve un par de personajes antropomorfos con rasgos sobrenaturales, de los cuales uno está situado al centro de un enorme recuadro oval que al parecer representa el complejo altar-cueva-trono, característico de los monumentos olmecas de sitios como San Lorenzo y La Venta (figura 8.22) (Gutiérrez y Pye, 2016: 78-80). Estos pares de seres sobrenaturales configuran un espacio ritual cuatripartito a través del cual un gobernante se situaba en el punto central para representar y erigirse como el poste que une los cuatro rumbos terrestres (Gutiérrez y Pye, 2016: 82).

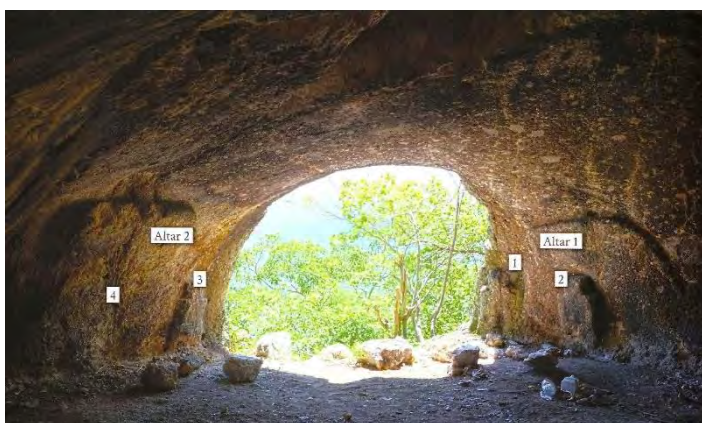


Figura 8.22. Cueva de los Gobernadores de Techan. Tomado de Gutiérrez y Pye, 2016.



Figura 8.23. Patio hundido de Teopantecuanitlán. Foto del autor.

Esta distribución cuatripartita es semejante a la de los monumentos del patio hundido de Teopantecuanitlán (figura 8.23). Estos cuatro monumentos, fechados entre el 1000 y 800 a.C., representan seres sobrenaturales distribuidos simétricamente en las paredes Este y Oeste del patio hundido, que durante cada equinoccio sus sombras se proyectan en diferentes ángulos diagonales formando una cruz de San Andrés, con el punto de intersección (*axis mundi*) ubicado al centro (Martínez Donjuan, 2008: 341-345). Asimismo, en las paredes Norte, Este y Oeste se adosaron plataformas rectangulares con escalinatas las cuales vistas de planta dan una apariencia cruciforme al patio hundido, similar a la del Monumento 9 de Chalcatzingo (Martínez Donjuan, 2008: 339). De tal forma, el patio hundido de Teopantecuanitlán simboliza una cueva en la que, al igual que la cueva de Techan, los rumbos del cosmos están marcados a través de representaciones de seres sobrenaturales. Además de contar con un espacio ritual construido, Martínez Donjuan señala que este sitio posee otros elementos arquitectónicos como: estructuras con muros que presentan lozas acomodadas en forma de “V” (sistema constructivo presente

en Chalcatzingo y Zazacatla); un canal de 100 m de longitud con una capacidad de un metro cúbico de agua por metro lineal; tumbas de bóveda falsa; y esculturas monumentales entre las que destacan las cuatro ya mencionadas, y un monumento de aproximadamente 1 m de alto que representan un rostro humano parecido al de las cabezas colosales olmecas (2008: 336). Así pues, Teopantecuanitlán es el sitio con rasgos olmecas más importante de la cuenca alta del río Balsas, el cual seguramente era el centro rector de dicha región a principios del periodo Preclásico Medio.

Como ya hemos mencionado, Teopantecuanitlán se encuentra entre la confluencia de los ríos Amacuzac y Mezcala cuyas aguas convergen para formar el río Balsas, por tanto seguramente fue un sitio clave de suma importancia dentro de la ruta comercial del río Cuautla-Amacuzac, que conectaba a los asentamientos de Guerrero con los de Morelos (Grove, 1970: 92; 1989b: 142). Debido a la cercanía de la desembocadura del Atempa con la confluencia del Amacuzac-Mezcala, Grove propuso que dicho río probablemente funcionó como una ruta comercial secundaria hacia el Sur de Guerrero, que pasaba por Oxtotitlán y se dirigía hasta Juxtlahuaca (1970: 92; 1989b: 142). Esta circunstancia aunada con el simbolismo del patio hundido, conllevan a pensar que los habitantes de Teopantecuanitlán acudían y participaban en los rituales realizados en la cueva de Oxtotitlán. Así pues, es muy probable que de Teopantecuanitlán se hayan hecho peregrinaciones hacia Oxtotitlán, lo cual implica un recorrido de 27 km en línea recta en el que se transitaba por las márgenes del Balsas para acceder a la desembocadura del Atempa y continuar río arriba hasta llegar a Oxtotitlán.

Así pues, la cueva de Oxtotitlán fue el lugar sagrado más importante de la subcuenca del río Atempa, la cual estaba poblada desde el Preclásico Temprano y funcionó como una ruta de comunicación secundaria a nivel interregional. Tal y como señala Schmidt, dentro de esta región los materiales que pueden ser considerados como olmecas son muy escasos (2008: 286), y salvo las pinturas de Oxtotitlán las evidencias más claras de este estilo se encuentran en zonas aledañas a ésta. En relación a esto, este mismo autor señala que los tipos cerámicos de la subcuenca del Atempa, al igual que en otras regiones de Guerrero, no se parecen a los de los sitios de la costa del Golfo sino que más bien tienen un carácter local con elementos que comparten

con sitios del Altiplano Central, como es el caso del tipo Blanco Granular (figura 8.24) (Schmidt, 2005: 15; 2008: 284). El asentamiento con vestigios olmecas más cercano a Oxtotitlán es Teopantecuanitlán, el cual ejerció un papel preponderante dentro de las redes de comunicación del río Balsas que conectaban asentamientos de diferentes regiones. Si bien Teopantecuanitlán seguramente participó en las actividades rituales realizadas en la cueva de Oxtotitlán, no se sabe si la elite de este importante asentamiento ejerció cierto control sobre dicho lugar sagrado.



Figura 8.24. Cerámica Blanco Granular recuperada en una de excavaciones hechas en el cerro Quiotepec. Tomada de Schmidt, 2005.

8.3 El contexto arqueológico

El corpus de pinturas rupestres de la cueva de Oxtotitlán está compuesto por imágenes de diferentes periodos y estilos, no obstante, en este apartado nos enfocaremos en el contexto arqueológico de aquellas pinturas cuyos rasgos estilísticos e iconográficos se apegan al sistema de representación olmeca. Para esta labor se utilizará la nomenclatura establecida por Grove (1970), en la cual las pinturas están clasificadas en tres grupos diferentes de acuerdo a su ubicación: Grupo Central, Mural C-1 y C-2; Gruta Norte, de la Pintura 1 a la 11 Gruta Sur, grupo A, B y C (ver figura 8.11).

Fue en 1968 cuando Grove visitó por primera vez la cueva de Oxtotitlán para observar las extraordinarias pinturas rupestres de las que el ingeniero Juan Dunernard le había comentado. Así pues, se dio a la tarea de hacer el registro y descripción de las pinturas rupestres, señalando que varias de éstas

eran indudablemente de estilo olmeca (Grove, 1970: 7). A pesar de la importancia de este hallazgo la region en la que se encuentra la cueva de Oxtotitlán, es decir, la subcuenca del río Atempa, permaneció inexplorada y fue hasta el inicio del siglo XXI que Schmidt condujo el proyecto Arqueología del Superficie Chilapa-Zitlala, Guerrero, el cual tuvo tres temporadas de campo entre los años 2003, 2004 y 2005. Este proyecto tuvo como objetivos principales la definición de una cronología y un patron de asentamiento regional, así como la contextualización de la cueva de Oxtotitlán y la explicación de la influencia olmeca de sus pinturas (Schmidt, 2003b, 2 y 5; 2008, 279). Dentro del área de recorrido que abarca gran parte de la subcuenca del río Atempa Schmidt y su equipo registraron un total de 125 sitios, que como ya hemos mencionado sus extensiones están en un rango de menos de una hectárea a 135 hectáreas (Comango), y sus temporalidades van desde el Preclásico Temprano al Postclásico Tardío, como es el caso del cerro Quiotepec (Schmidt, 2004a: 7-10; 2008: 279 y 281).

Por otra parte, a los 125 sitios localizados por Schmidt y su equipo en el área de Chilapa-Zitlala se suma el hallazgo de una cantidad considerable de artefactos líticos entre los que destacan la presencia de alrededor de 39 fragmentos de hachas de piedras ígneas y metamórficas de tonalidades verdes, gran parte de ellas procedentes de Quiotepec-Oxtotitlán (Schmidt, 2005: 117). Tal y como hemos mencionado, en El Manatí y Arroyo Pesquero este tipo de artefactos fueron empleados como ofrendas. En el caso de los fragmentos de hachas de Quiotepec-Oxtotitlán éstos son de superficie por lo cual desconocemos su contexto, no obstante, Schmidt considera que estas fueron empleadas como herramientas y no como ofrendas (comunicación personal, 2015).

En el año correspondiente a la primera temporada de campo realizada por Schmidt y su equipo, también dio inicio el proyecto de conservación de las pinturas rupestres de Oxtotitlán, dirigido por la restauradora Sandra Cruz Flores. Este proyecto, el cual estuvo activo hasta el 2005, tuvo como objetivo principal la remoción de elementos biológicos y químicos, originados por agentes naturales y humanos, que cubrían varias de las pinturas (2003; 2004). Adicionalmente, Cruz Flores realizó un excelente trabajo descriptivo de la geología de las cuevas referido en apartado anterior, y de diversos aspectos de

las pinturas que más adelante serán mencionados, como son la distribución, las técnicas de elaboración, los pigmentos y la gama cromática empleada, etc.

Posteriormente, en el 2012 Christopher L. von Nagy y Mary D. Pohl llevaron a cabo un proyecto arqueológico integral en Quiotepec-Oxtotitlán, el cual tuvo una segunda temporada de campo en el 2014 en la que participó Schmidt. Parte de los objetivos de dicho proyecto fue el establecimiento de una cronología absoluta tanto del sitio como de las pinturas, la definición de las características de la arquitectura formal y habitacional, la documentación de las manifestaciones rupestres, y sobre todo la caracterización de la economía cotidiana y ritual del sitio (Pohl y von Nagy, 2012: 2; von Nagy *et al.*, 2014: 8 y 10). Para cumplir con tales objetivos, tomaron muestras de los pigmentos de las pinturas y de los oxalatos de calcio que las cubren para ser fechadas por radiocarbono, realizaron un mapeo del sitio usando un dron y una estación total, tomaron fotografías de alta resolución de las pinturas las cuales fueron procesadas en programas computacionales, implementaron una prospección geofísica con magnetómetro y resistividad eléctrica, e hicieron excavaciones en el cerro Quiotepec y al exterior de la Gruta Sur de Oxtotitlán (figura 8.25).

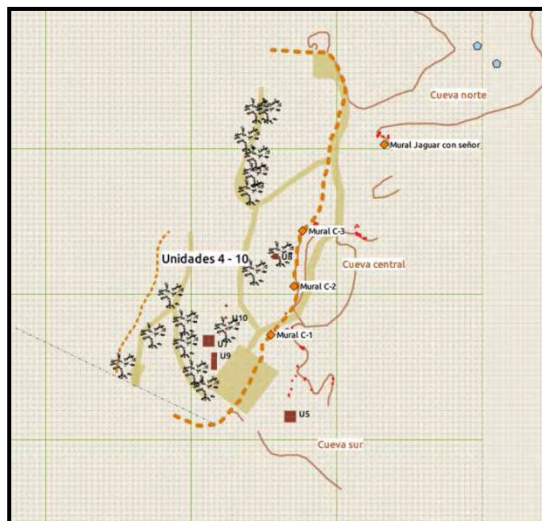


Figura 8.25. Unidades de excavación realizadas al exterior e interior de la gruta Sur de Oxtotitlán. Tomada de von Nagy *et al.*, 2014.

Si bien desde el descubrimiento de las pinturas rupestres de Oxtotitlán hasta la fecha son pocos los trabajos arqueológicos realizados, cada uno de estos ha hecho importantes contribuciones en torno al significado y función de la cueva de Oxtotitlán y de los habitantes prehipánicos de la región. Lamentablemente, algunos de estos proyectos han tenido que suspender

momentáneamente sus labores debido a los serios problemas sociales que enfrenta el estado de Guerrero.

De acuerdo con Grove, en la cueva de Oxtotitlán se distinguen tres tipos de pinturas rupestres: las policromas, las monocromas en negro y las monocromas en rojo (1970: 91). Al respecto, Cruz Flores señala que estas pinturas rupestres consisten en una capa pictórica aplicada directamente sobre las superficies rocosas de la cueva sin ninguna preparación previa, y además identificó las siguientes técnicas de elaboración: el delineado grueso mediano y fino, la tinta plana y la impresión en negativo, siendo la combinación de delineado y tinta plana la técnica más empleada y la impresión en negativo la menos recurrente (2003: 24-25). Asimismo, señaló que para la elaboración de los diseños delineados y en tinta plana se ocuparon brochas o pinceles al igual que los dedos, y que los diferentes pigmentos utilizados provienen de óxidos de minerales (hematita y goethita), arcilla y negro humo (Cruz Flores, 2003: 26). Los análisis fluorescencia de rayos X realizados por McPeak *et al.* a varias de las pinturas de Oxtotitlán, confirmaron que los pigmentos rojos son de minerales de hierro en tanto que los pigmentos negros consisten en una mezcla de carbón y hollín (2013: 127 y 140); no obstante, en el caso específico del Mural C-1 los análisis de Russ *et al.* indican que al parecer el pigmento negro empleado fue hecho a base de petróleo, ya sea asfalto o betún (2017: 6).

Acerca de la temporalidad de las pinturas rupestres de Oxtotitlán, Grove propuso que las pinturas monocromas en rojo posiblemente son contemporáneas al grupo cultural guerrerense coixca del periodo Postclásico, y que las pinturas monocromas en negro y la mayoría de las policromas están relacionadas con el estilo olmeca de La Venta, motivo por el cual las ubicó tentativamente entre el 1000 y 600 a.C. (1970: 91). No obstante, estudios recientes sugieren que la temporalidad ofrecida por Grove para las pinturas olmecas es errónea. Recientemente, Russ *et al.* se dieron a la tarea de establecer una datación absoluta de las pinturas C-1, C-2 y 8, a través de análisis de radiocarbón realizados a muestras orgánicas extraídas de los pigmentos de dichas pinturas, así como de la capa de oxalatos de calcio que se ha formado naturalmente sobre ellas. En el caso de los murales C-1 y C-2, solo se pudo analizar los oxalatos de calcio que las cubren, de los cuales solo los de C-2 arrojaron un fechamiento confiable y convincente de 1520-1410 cal.

a.C., por tanto esta pintura debió ser elaborada antes de dicho rango de tiempo (Russ *et al.*, 2017: 10). Los oxalatos de C-1 también arrojaron una fecha temprana, no obstante, éstos se encuentran debajo y sobre la capa pictórica de modo que no pueden relacionarse con la antigüedad del mural (Russ *et al.*, 2017: 9). Con base en el fechamiento del Mural C-2, Russ *et al.* propusieron que a inicios de Preclásico Temprano, o inclusive antes, la cueva de Oxtotitlán fue un santuario natural de uso ritual poseedor del complejo sagrado montaña-cueva-fuente de agua, el cual precede a los “[...] human-built Formative ceremonial centers that often incorporated or imitated these features.” (2017: 11).

La temporalidad establecida para el C-2 de Oxtotitlán no es desconcertante si tomamos en cuenta que los fechamientos de Baño Negro indican que durante el 1800-1300 cal. a.C., la subcuenca del Atempa ya estaba habitada por individuos que participaron en las redes de intercambio interregionales. La primera ocupación de Quiotepec y Teopantecuanitlán es posterior a la fecha ofrecida por Russ *et al.*, por lo cual se puede decir que a inicios de Preclásico Temprano la cueva de Oxtotitlán era únicamente un espacio sagrado que no estaba controlado de forma directa por algún asentamiento humano. Si bien el mural C-1 y C-2 son los vestigios más antiguos de pintura rupestre policroma (Russ *et al.*, 2017: 11), la cueva de Oxtotitlán, en tanto espacio sagrado de uso ritual, no es un elemento aislado dentro de Mesoamérica, puesto que la primera fase de ofrendamiento del cerro El Manatí está fechada para el 1700-1500 cal. a.C.; no obstante, en dicha fase no hay evidencia de materiales con representaciones olmecas.

Por otro lado, la Pintura 8 fue ubicada temporalmente entre el 500 cal. a.C. y el 600 cal. d.C., rango de tiempo correspondiente a los periodos Preclásico Tardío y Clásico (Russ *et al.*, 2017: ver tabla 1). De tal forma, la Pintura 8 corrobora la presencia de arte rupestre posterior al periodo Preclásico Medio y por consiguiente indica que la cueva de Oxtotitlán continuó siendo un espacio sagrado durante el Clásico. Al respecto, Grove ya había señalado con anterioridad que esta pintura no era olmeca (1970: 62). Asimismo, no hay que descartar la posibilidad de que algunas de las pinturas monocromas en negro cercanas a la Pintura 8, tampoco sean de estilo olmeca.

En cuanto a la ubicación espacial, las pinturas solo se encuentran en la zona epigea (de iluminación) y mesogea (de penumbra), generalmente sobre superficies lisas y compactas de tendencia vertical, en las que en ocasiones se aprovecharon las irregularidades del relieve para la elaboración y delimitación de los diseños (Cruz Flores, 2003: 24-25). Si bien las pinturas están acomodadas en varias direcciones, existe un patrón o preferencia de orientación hacia el Oeste entre las pinturas de mayor importancia. Tomando en cuenta los tres tipos de pinturas presentes en Oxtotitlán, se puede observar que las monocromas en rojo se concentran en la Gruta Sur, las monocromas en negro en la Gruta Norte, y las policromas con la gama más amplia de colores (C-1 y C-2) se encuentran en el Grupo Central.

Las pinturas rupestres del Grupo Central se encuentran al exterior de la cueva sobre diferentes frentes rocosos aledaños a la Gruta Sur. Las áreas en las que plasmaron los murales C-1 y C-2 quedan al interior de la línea de goteo, sin embargo, presentan algunos escurrimientos de agua que han propiciado la formación de oxalatos de calcio. El Mural C-1 yace aproximadamente a 10 m de alto de modo que corona la entrada de la Gruta Sur, y recibe a los espectadores que ingresan a la cueva (figura 8.26). Esta pintura está orientada hacia el Oeste y desde la entrada de la Gruta Sur se puede observar el valle situado al pie de la cueva, el cerro Quiotepec, y la parte Norte de la planicie de Acatlán. Debido a la altura en la que se encuentra y a sus grandes dimensiones, el Mural C-1 se alcanza a percibir sin lujo de detalle desde ciertas partes del valle como son las terrazas 427, 428 y 429, así como desde una de las estructuras situadas en la cima del cerro Quiotepec (Schmidt, 2004a: 10). De acuerdo con Grove, el ojo del ave presente sobre la frente del personaje humano del Mural C-1 consiste en una concavidad en la que tal vez se incrustó un objeto circular de jade o un espejo de hematita (1970: 23). Al respecto, Pohl y von Nagy sugieren la luz que se reflejaba en el objeto incrustado pudo servir como un indicador de la ubicación de la pintura (2012: 9), con lo cual adquiriría una mejor visibilidad desde puntos lejanos.

Por su parte, el Mural C-2 se encuentra al exterior del pasadizo que conecta a las dos grutas de la cueva, sobre un frente rocoso ligeramente remetido de forma cóncava cercano a la Gruta Sur (figura 8.27). Dicho frente rocoso tiene poca altura por tanto el espectador puede acceder a ella y observarla de frente.

Al pie del Mural C-2 hay una pequeña superficie relativamente plana en la que cabe una persona sin ningún problema, y además es un espacio adecuado para la colocación de ofrendas. Esta pintura está orientada hacia el Suroeste y por su cercanía a la Gruta Sur es visible desde la entrada de ésta. Así, un espectador parado en la entrada de la Gruta Sur puede observar ambos murales del Grupo Central (figura 8.28).

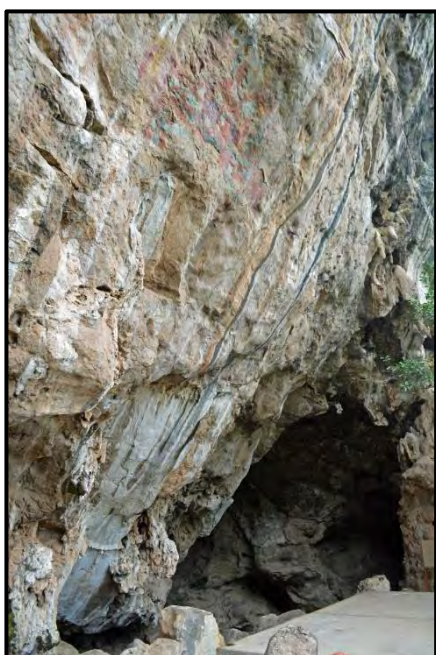


Figura 8.26. Mural C-1 de Oxtotitlán.
Foto del autor.

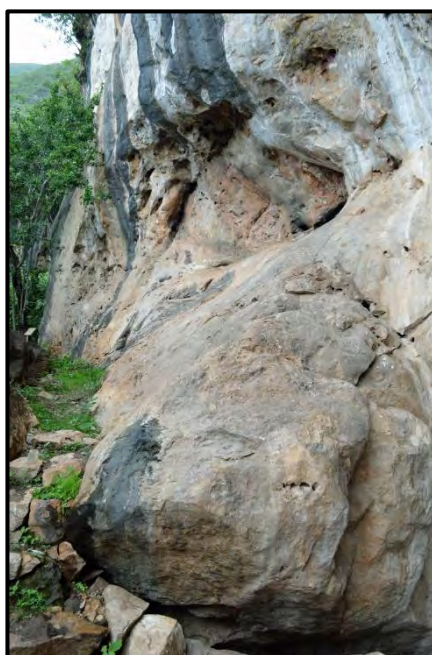


Figura 8.27. Mural C-2 de Oxtotitlán.
Foto del autor.



Figura 8.28. Pinturas del Grupo Central.
Tomado de Grove, s.f.

Pasando a la Gruta Norte, es en ésta donde se concentran las pinturas monocromas en negro las cuales están distribuidas en diversos sectores. Situada en la parte Norte de esta gruta, la Pintura 1, consiste en un conjunto de cinco imágenes (1-a, 1-b, 1-c, 1-e, 1-d) plasmadas en la pared derecha o Sur de la entrada de la cámara más grande, en donde se encuentran la zona epigea de la cueva y la mayor cantidad de espeleotemas (figura 8.29 y 8.30). Así pues, al igual que la C-1, la Pintura 1 también recibe a los personajes que ingresan a dicha cámara. El grupo de imágenes que componen esta pintura están orientadas hacia el Oeste y se encuentran en un nivel bajo, de modo que el espectador las puede apreciar con facilidad y entrar en contacto directo con ellas. Por su tamaño y complejidad, la pintura principal de este grupo es la 1-d, la cual se localiza en el extremo inferior derecho de la pared rocosa. Las demás pinturas son mucho más pequeñas que la 1-d. La Pintura 1c está situada a no más de 50 cm a la derecha de la Pintura 1d, y a otros 50 cm aprox. arriba de

ésta se encuentra la Pintura 1-b. En la parte superior izquierda de la pared rocosa se encuentra la Pintura 1a y a escasos centímetros de está yace la Pintura 1-e; cabe señalar que entre las pinturas 1-a y 1-b se observa otro diseño muy erosionado. Debido a la relación espacial que presentan tal vez éstas pinturas constituyen una misma escena pictórica, no obstante, no hay descartar la posibilidad de que hayan sido elaboradas en momentos diferentes.

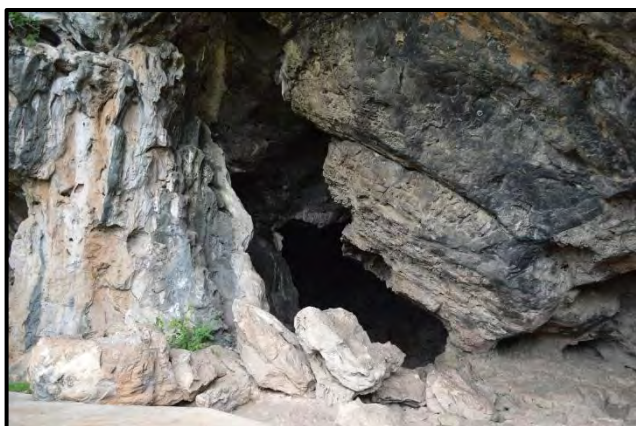


Figura 8.29. Ubicación general de la Pintura 1 de la Gruta Norte. Foto del autor.



Figura 8.30. Ubicación de cada uno de las imágenes que componen la Pintura 1 de la Gruta Norte. Foto del autor.

La Pintura 2 yace en la cámara central de la Gruta Norte y consta de dos imágenes que al estar pintadas en color rojo Grove no las considera como olmecas (figura 8.31) (1970: 46). En la parte central de la Gruta Norte también se plasmó la Pintura 3, lamentablemente ésta fue removida de su contexto original y en la actualidad se encuentra en el centro INAH Guerrero (figura 8.32) (Grove, s/f). Por otra parte, las pinturas 4, 5 y 6 se encuentran en la pared derecha de la cámara que constituye el extremo Sur de la Gruta Norte, cerca del pasadizo que conduce a la Gruta Sur. Estas tres pinturas guardan una distancia de no más de un metro por lo cual componen otro grupo pictórico. A este grupo hay que añadir una nueva pintura descubierta por los trabajos de conservación y restauración realizados por Cruz Flores (2005), la cual denominaremos como Pintura 10 de acuerdo con la nomenclatura utilizada por Lambert (2011: 214). Estas cuatro pinturas están a una altura aproximada de 3 m, y debido al grado de inclinación de la pared en la que se encuentran se puede decir que están orientadas de forma oblicua hacia abajo (figura 8.33 y 8.34).



Figura 8.31. Pintura 2 de la Gruta Norte. Foto del autor.



Figura 8.32. Pintura 3 de la Gruta Norte. Tomado de Grove, s.f.

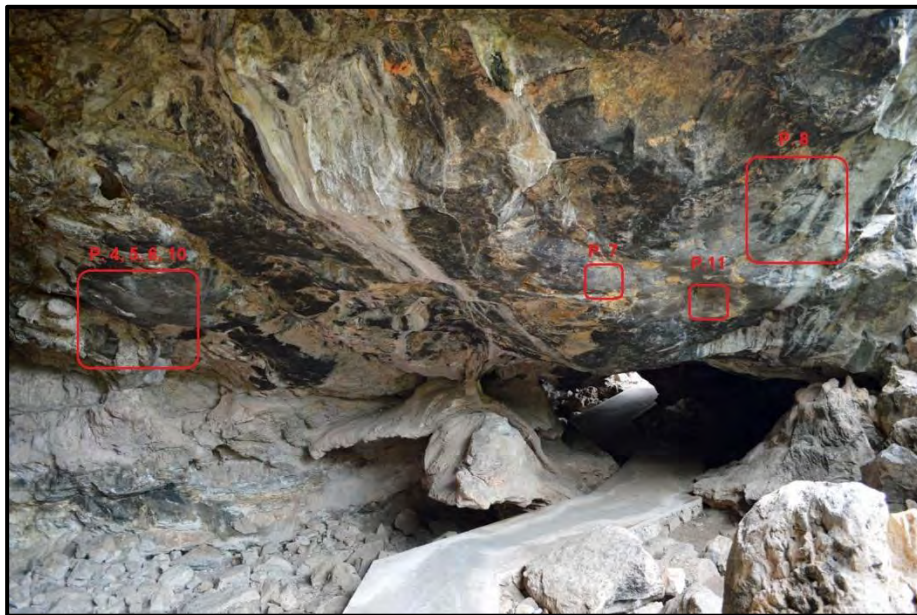


Figura 8.33. Pinturas situadas a lo largo de la pared del pasadizo que conecta ambas grutas. Foto del autor.

Igualmente, la Pintura 7 está situada en el extremo Sur de la Gruta Norte sobre un frente rocoso que conforma la parte superior del pasadizo que conduce a la Gruta Sur (figura 8.35). De tal forma, está pintura orientada hacia el Norte corona el acceso de dicho pasadizo tal y como ocurre con el Mural C-1. A poco más de un metro hacia la derecha u Oeste de la Pintura 7 se encuentra otra de las imágenes halladas por Cruz Flores y su equipo, a la que denominaremos Pintura 11 siguiendo nuevamente la nomenclatura de Lambert (figura 8.36) (2011: 214). Esta también se encuentra arriba del pasadizo y está orientada hacia el Norte. Más hacia el Oeste sobre la entrada de la Gruta Norte está situada la Pintura 8 que como ya hemos mencionado no se puede considerar como olmeca (figura 8.37). Finalmente, inmediatamente al poniente

de ésta se encuentra la Pintura 9 de la cual Grove sugirió que posiblemente formaba parte de diseño de la Pintura 8 (1970: 64).



Figura 8.34. Pinturas 4, 5, 6 y 10 de la Gruta Norte. Foto del autor.



Figura 8.35. Pinturas 7 de la Gruta Norte. Foto del autor.



Figura 8.36. Pinturas 11 de la Gruta Norte. Foto del autor.



Figura 8.37. Pinturas 8 de la Gruta Norte. Foto del autor.

Por último, en la Gruta Sur se plasmó la gran mayoría de las pinturas monocromas en rojo. Estas consisten en una diversidad de diseños que constituyen tres grupos (A, B y C) situados en diferentes frentes rocosos de la parte Norte de la Gruta Sur. Coincido con Grove en que éstas pinturas no son olmecas no solo por el color utilizado sino también por sus rasgos estilísticos e iconográficos, las cuales a diferencia de los de las pinturas consideradas como olmecas tienden a ser muy esquemáticas.

Dentro de las pinturas rupestres consideradas como olmecas se puede observar que la mayoría están orientadas hacia el Oeste y Norte, y se encuentran en la parte superior o a los flancos de las entradas de la Gruta Norte y Sur, así como del pasadizo que las conecta. A mi parecer, esta circunstancia parece indicar que las entradas de ambas grutas fueron puntos claves de los rituales realizados en Oxtotitlán. Asimismo, debido a la

orientación y buena visibilidad del Mural C-1 es posible que parte de los espectadores observaran los rituales desde las terrazas 427, 428 y 429, e inclusive desde la cima del cerro Quiotepec. En cuanto al ascenso a la cueva de Oxtotitlán, es probable que se haya hecho por el costado Norte de ladera en el cual la pendiente es relativamente menos inclinada, y además a sus pies se localiza la Terraza 477. De tal forma, a partir de esta terraza se pudo haber iniciado el ascenso de la ladera hasta llegar a la Gruta Norte y posteriormente se pasaba por el pasadizo para acceder a la Gruta Sur. Si bien los fechamientos de Russ *et al.* indican que las primeras actividades rituales de la cueva de Oxtotitlán ocurrieron durante el Preclásico Temprano, éstas siguieron realizándose durante el Preclásico Medio, periodo en el cual el sitio de Quiotepec tuvo su mayor ocupación. Por otra parte, la temporalidad de la pintura 8 bien podría señalar que en épocas posteriores la cueva de Oxtotitlán continuó siendo un lugar sagrado en el que las pinturas olmecas pudieron ser consideradas como elementos ancestrales.

8.4 Los materiales arqueológicos

A continuación, se procederá a hacer una descripción de las pinturas olmecas de la cueva de Oxtotitlán para después discutir sus significados y simbolismos. Para esta labor nos enfocaremos principalmente en análisis iconográficos hecho por Grove, e igualmente se mencionará algunas ideas de otros investigadores que también han analizado las pinturas rupestres de Oxtotitlán.

El Mural C-1 es la pintura de mayor complejidad y riqueza iconográfica presente en la cueva de Oxtotitlán (figura 8.38 y 8.39). Esta pintura policroma de 3.8 m de alto por 2.5 m de ancho, representa a un personaje humano ricamente ataviado sentado sobre el rostro de un animal sobrenatural. El cuerpo de este individuo está pintado de rojo y presenta una posición dinámica en la que su pierna izquierda está recogida mientras que la derecha cuelga sobre el rostro del animal, y su brazo derecho se extiende por completo hacia abajo en tanto que el izquierdo está semiflexionado hacia arriba. De acuerdo con Grove, la mayoría de los atavíos del personaje así como ciertos rasgos del animal están pintados en azul (1970: 23), no obstante, Cruz Flores determinó que en realidad se trata de un color verde con diversas tonalidades (2005: 25).

Además del verde también se emplearon en mejor medida tonalidades rojas, ocre y blancas para la elaboración de sus atavíos.



Figura 8.38. Mural C-1 de Oxtotitlán. Foto del autor.

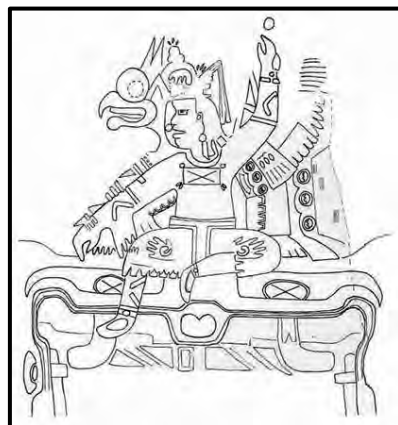


Figura 8.39. Dibujo del Mural C-1. Tomado de Grove, s.f.

Este personaje presenta un pectoral rectangular verde con el motivo cruz de San Andrés en su interior, y sus esquinas están adornadas con borlas circulares y alargadas. Este pectoral es una insignia distintiva de individuos humanos y sobrenaturales presentes en esculturas como el Monumento 77 de La Venta, el Monumento 2 de Los Soldados, el Monumento 16 de Chalcatzingo (ver figura 5.24 y 7.24), entre otros. Posee un faldellín de color rojo oscuro con flecos en su borde superior, ceñido con una faja verde que presenta una banda vertical que cuelga entre las piernas. Sobre el faldellín se delinearon en verde dos manos humanas con una posible voluta en sus palmas (Grove, 1970: 27); esta prenda también posee otros elementos muy erosionados de las que solo se distinguen tres figuras lanceoladas en la pierna derecha. En el empeine de cada uno de sus pies hay una figura verde de tonalidad muy oscura que Grove identificó como una placa de jade (1970: 27), y en su pantorrilla derecha presenta dos bandas diagonales igualmente de color verde.

A lo largo de los brazos de este personaje se observa una serie de figuras geométricas en verde (triángulos y bandas paralelas), que según Grove probablemente representan jade (1970: 25). Asimismo, debajo de sus brazos cuelgan conjuntos de plumas de diversos colores como verdes, ocre con el ápice en blanco y rojas delineadas con negro. Es en el brazo izquierdo donde se encuentra el mayor conjunto de plumas que se proyectan hacia la derecha del mural. En dos conjuntos de plumas del brazo izquierdo hay dos triadas de elementos circulares que de acuerdo con Grove en su interior hay un motivo

escalonado comúnmente denominado como doble merlón (1970: 25). Dentro del sistema de representación olmeca, este motivo iconográfico está presente en esculturas como los monumentos del patio hundido de Teopantecuanitlán, en donde forman parte de las antorchas que portan los seres retratados, así como en los mosaicos de serpentina de La Venta, en donde se ocuparon para representar un cosmograma (ver figura 5.27).

El rostro del personaje del Mural C-1 de Oxtotitlán está dispuesto de perfil hacia su derecha. Su ojo está pintado en verde y dentro de su boca entreabierta se perciben pequeñas marcas también de color verde que pueden tratarse de su lengua o dientes. De tal forma, éstas son las únicas partes del cuerpo que no están pintadas en rojo sino en el mismo color empleado para la mayoría de los atavíos. Por debajo de su nariz y pegado a su labio superior, presenta un pequeño círculo verde que tal vez se trata de una cuenta de jade o bien puede simbolizar una gota de agua. Este elemento sobre la boca está presente en otras esculturas olmecas como en el Monumento 19 de La Venta (figura 8.40), en el hacha de Arroyo Pesquero, y en el Monumento 1 de Chalcatzingo, no obstante, en los dos últimos ejemplos mencionados dicho elemento no es circular. Al parecer, posee una oreja circular con un pendiente alargado y la parte trasera de su cabeza está cubierta por una especie de paño que pende del tocado. El tocado, de forma oblonga, está pintado de verde y en su interior hay un elemento en rojo que, por su parecido con los motivos presentes en el Monumento 9 de San Lorenzo (figura 8.41), Grove propone que representa agua (1970: 23). No obstante, puede que esta idea sea incorrecta si tomamos en consideración que está pintado en rojo y no en verde. En la parte trasera del tocado se proyecta una banda alargada en ángulo recto que posiblemente son plumas, y la parte superior está rematada con dos círculos concéntricos difíciles de distinguir en la actualidad.

Por delante del rostro del personaje humano se encuentra una cabeza de ave compuesta por un pico rojo con sus bordes interiores en verde, un ojo circular verde delineado en negro cuyo iris está representado por una oquedad que posiblemente tenía un objeto circular incrustado, y dos plumas puntiagudas inclinadas hacia arriba pintadas en una tonalidad verde oscuro. De acuerdo con Grove, esta ave es parte del tocado del personaje consistente en una máscara de un búho con cuernos (1970: 23). Sin embargo, a través de análisis

de fotografías de alta resolución, Pohl y von Nagy determinaron que más que un búho se trata de un ave de rapiña ubicada detrás del personaje, por lo cual no es parte del tocado (Pohl y von Nagy, 2012: 14). En este sentido, las plumas situadas por debajo de los brazos del personaje pueden ser entendidas como parte del cuerpo del ave de rapiña. Pohl y von Nagy señalan que la yuxtaposición entre dos figuras también se observa en el Monumento 19 de La Venta en donde un personaje humano está colocado encima de una serpiente de cascabel (2012: 14). En mi opinión, esta yuxtaposición es otro recurso representacional para expresar el vínculo del ser humano con un ave, y así conferirle cualidades celestes. Dentro del sistema de representación olmeca, los seres humanos relacionados con aves o poseedores de algunos de sus atributos (Monumento 1 y 12 de Chalcatzingo, Altar 4 de La Venta), parecen representar jefes o seres ancestrales, por tanto el personaje del Mural C-1 de Oxtotitlán puede tener el mismo rango o categoría.

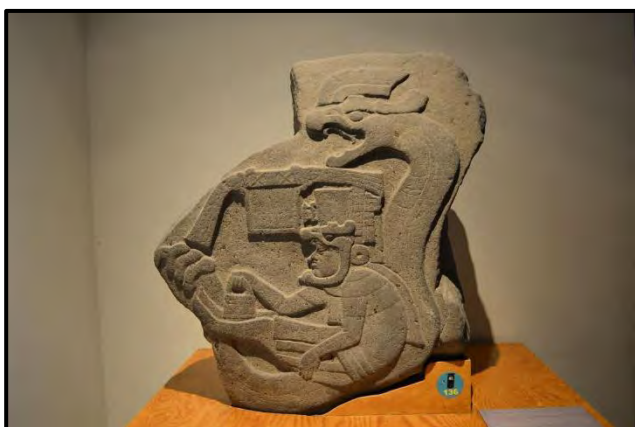


Figura 8.40. Monumento 19 de La Venta. Foto del autor.

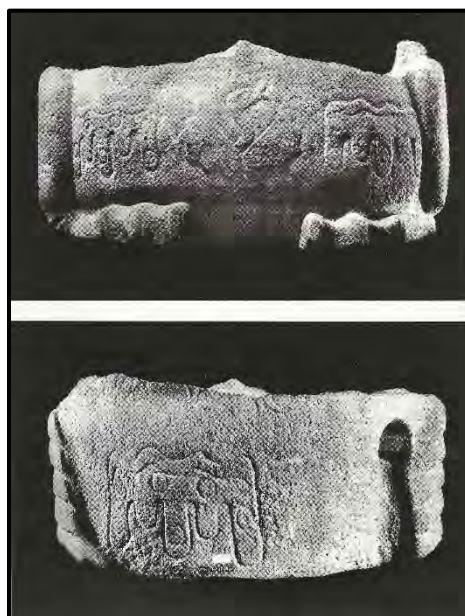


Figura 8.41. Monumento 19 de La Venta. Foto del autor.

Como ya hemos mencionado, el personaje humano del Mural C-1 de Oxtotitlán está sentado sobre el rostro de un animal sobrenatural, comúnmente identificado como el monstruo de la tierra. Dicha criatura presenta una forma geométrica a manera de corchete rectangular acostado, y la mayor parte de su cuerpo está dibujado en rojo, aunque varios de sus rasgos faciales son de color ocre y de diferentes tonalidades de verde. Sus ojos están compuestos por una figura verde en forma de gancho con un óvalo que en su interior presenta el

motivo de cruz de San Andrés. Este óvalo que representa el iris está pintado en una tonalidad muy oscura que aparenta ser de color azul. Este tipo de ojos son muy similares a los presentes en el altar de Chalcatzingo (Monumento 22) y a los del animal sobrenatural inciso en la máscara de Arroyo Pesquero (ver figura 5.50 y 7.25). Con éste último, el monstruo de la tierra del Mural C-1 comparte otra característica, consistente en un par de colmillos curvo divergentes que se proyectan desde su mandíbula superior; sin embargo, los del animal de Arroyo Pesquero presentan sus extremos hendidos en “V”. Entre sus colmillos hay elementos triangulares verdes intercalados por bandas diagonales ocres.

Su mandíbula superior está enmarcada por una gruesa línea de color verde oscuro, que en las esquinas o comisuras de la boca se curva hacia arriba para después descender verticalmente. En su parte central esta línea se ensancha en forma circular y en su interior presenta un elemento hendido en “V”, que al parecer se trata de la nariz del animal. Si bien sus caras laterales son difíciles de apreciar debido a que están cubiertas por capas de oxalatos de calcio, Reilly distinguió la presencia de un ojo y pequeño colmillo en la cara lateral derecha (1995: 40). Taube opina que probablemente estos elementos sean los indicios de una serpiente que cuelga de la boca del animal sobrenatural, temática presente en esculturas como el Monumento 37 de San Lorenzo, el Monumento 80 de La Venta y el Monumento 1 de Los Soldados (ver figura 5.23) (1995: 93). En mi opinión, la hipótesis de Taube es errónea ya que el ojo y colmillo de la cara lateral están colocados sobre la gruesa línea que enmarca la boca del animal sobrenatural, y de ella se emerge el par de colmillos que deberían estar sujetando la supuesta serpiente.

Por su parte, Reilly propone que originalmente el monstruo de la tierra del Mural C-1 de Oxtotitlán pudo haber estado compuesto por cuatro rostros (1995: 40), circunstancia la cual es una característica recurrente dentro del sistema de representación olmeca, a la que Pohorilenko denomina como el principio estructural de redundancia (1990: 1231). No obstante, considero que en vez de cuatro rostros este animal solo estaba compuesto por tres, puesto que no hay indicios que señalen la presencia de una mandíbula inferior. La carencia de mandíbula inferior es una característica que también se presenta en el Altar 4 de La Venta, en el cual el animal sobrenatural posee en lugar de mandíbula

inferior un nicho que simboliza una cueva. En el caso del Mural C-1 de Oxtotitlán, debajo del monstruo de la tierra se encuentra la entrada de la Gruta Sur, por lo cual Grove planteó que esta gruta constituye la boca de dicho animal (1970: 31). De tal forma, al igual que en los monumentos 1 y 9 de Chalcatzingo y en el Altar 4 de La Venta, en el Mural C-1 de Oxtotitlán también está presente el complejo boca-cueva del monstruo de la tierra. El hecho de que el monstruo de la tierra del Mural C-1 sirva de asiento un personaje humano, manifiesta una estrategia iconográfica para posicionar a ciertos individuos, posiblemente de alto rango, en un espacio cósmico privilegiado. Dicha estrategia sería posteriormente replicada en los tronos de San Lorenzo y La Venta, los cuales fueron los principales medios de justificación y legitimación de los gobernantes de ambos sitios preclásicos.

En cuanto al Mural C-2, buena parte de los elementos que la componen han desaparecido por completo a causa de las condiciones de intemperismo a la que está expuesta. En la actualidad solo se alcanzan a percibir algunos diseños incompletos y muy erosionados al igual que áreas con restos de pintura roja, negra, azul y ocre, que sugieren que este mural cubría una extensión de 4 m de largo por 3 m de alto (figura 8.42) (Grove, 1970: 34). Dentro de estos diseños incompletos, Grove identificó un posible rostro humano con un penacho de plumas y un jaguar o un manto con manchas de jaguar llevado por el humano (1970: 34). No cabe duda que por su policromía y tamaño, el Mural C-2 de Oxtotitlán constituía otra importante escena con simbolismos complementarios a los del Mural C-1.

Pasando a la Pintura 1 de la Gruta Norte, la imagen principal de ésta es la 1-d la cual cubre un área de 1.5 m por 2.5 m, y representa a un individuo humano detrás de un felino (figura 8.43 y 8.44) (Grove, 1970: 41). El individuo está de pie con su cuerpo de frente y su cara de perfil viendo a la izquierda dirección hacia la que se encuentra el felino. Su cuerpo está pintado por completo en negro, en tanto que su rostro y atavíos solo están delineados igualmente en negro pero no presentan un color de relleno. Su brazo derecho está levantado y semiflexionado a la altura de su cabeza dando la apariencia de estar haciendo una seña o ademán. Su cabeza está ceñida por una banda horizontal que en la parte trasera posee un círculo del que cuelga una banda vertical, posiblemente sea un amarre o nudo, y en la frente tiene adosado una

figura cónica a manera de vasija o contenedor de la que emerge un elemento alargado que puede tratarse de una pluma o bien una hoja. Este tipo de elemento es similar al que porta el personaje de la Pintura 1 de Juxtlahuaca (ver figura 8.20) y al de los individuos del Monumento 2 de Chalcatzingo. La pelvis del personaje de la Pintura 1-d de Oxtotitlán está cubierta por una especie de paño del que se proyectan dos líneas paralelas hacia la parte trasera del felino, que según Grove parecen representar un falo (1970: 46).

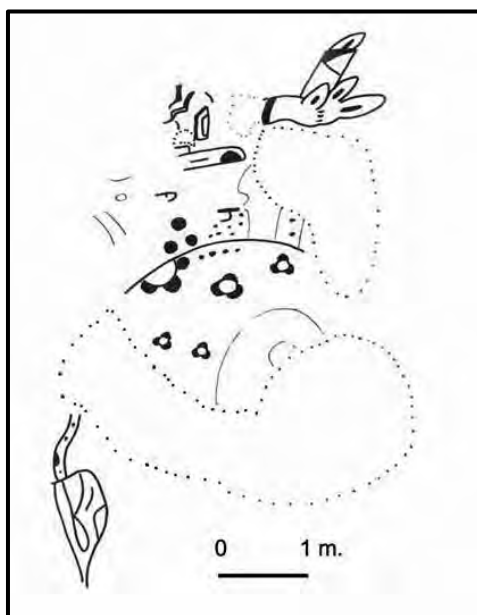


Figura 8.42. Dibujo del Mural C-2. Tomado de Grove, s.f.

Por su parte, el felino está de perfil hacia la izquierda dando la espalda al personaje humano y presenta una postura semierguida. Su cuerpo está delineado en negro y en su interior presenta conjuntos de manchas circulares pintadas igualmente en negro. Su cola curva se extiende hacia las piernas del personaje humano y en la parte baja del cuerpo, cercano a la pata trasera, presenta una serie de elementos difíciles de distinguir. Sus rasgos faciales están compuestos por un ojo con el globo ocular pintado en blanco y el iris en negro, una nariz que muestra sus dos fosas nasales, una boca abierta que presenta un par de colmillos pintados en rojo, y una oreja de forma aovada que termina en punta. La forma de esta oreja es muy similar a la de los felinos del Grupo I-B de Chalcatzingo (ver figura 7.38 y 7.39), lo cual marca una particular relación iconográfica entre ambos sitios.



Figura 8.43. Pintura 1-d. Foto del autor.

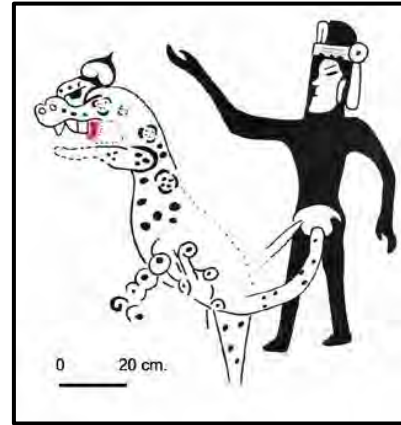


Figura 8.44. Dibujo de la Pintura 1-d. Tomado de Grove, s.f.

En cuanto al significado de la Pintura 1-d, Grove propuso que ésta representa la unión sexual entre seres humanos y felinos, la cual relacionó con “[...] los orígenes míticos de los olmecas.” (1970: 46). Grove tomó como fundamento de esta conjetura el hecho de que el posible falo del personaje humano se extiende hacia el trasero del felino (1970: 46), no obstante, si se presta más atención a la pintura se puede observar que en realidad el supuesto falo queda por encima de la cola del felino sobre la espalda baja de éste, por lo cual no es anatómicamente posible que se esté representando un acto sexual. Más bien la Pintura 1-d de Oxtotitlán representa un vínculo benévolo entre un ser humano y un felino que puede estar asociada con creencias chamánicas; inclusive pareciera que el personaje humano tiene cierto control sobre el felino debido a la ubicación y postura que presenta dentro de la escena. Este vínculo benévolo contrasta substancialmente con la temática de varios de los monumentos del Grupo I-B de Chalcatzingo, en donde seres humanos son atacados por felinos. Así pues, aunque comparte algunos elementos iconográficos con monumentos de Chalcatzingo, como la forma de la oreja de los felinos, la Pintura 1-d de Oxtotitlán posee una temática diferente a la de éstos.

Dentro de la Pintura 1 también se representó una serpiente de 45 cm de largo delineada en negro y sin ningún color de relleno, que corresponde a la imagen 1-c (figura 8.45 y 8.46). Está colocada de perfil viendo a la derecha con su cuerpo ligeramente inclinado hacia abajo. Presenta una boca entreabierta con colmillos prominentes de la que emerge una lengua bífida. Su ojo es alargado o rectangular y presenta unos picos a manera de cejas flamígeras.

Detrás de la cabeza de la serpiente también se observan elementos puntiagudos que posiblemente representan plumas, lo cual le confiere cualidades celestes. Su cuerpo está muy deteriorado y solo se alcanza a distinguir que está ondulado o curvo. De acuerdo con Grove, esta serpiente es similar a la del Monumento 5 de Chalcatzingo (ver figura 7.35) (1970: 35), la cual al parecer también presenta plumas. Por otra parte, la serpiente de Oxtotitlán está de frente al felino de la pintura 1-d a la altura de su pata trasera, por lo cual es posible que presenten una relación contextual, tal y como se observa en las pinturas 2 y 3 de Juxtlahuaca (figura 8.47), no obstante, la diferencia del tamaño de los animales de Oxtotitlán pone en duda dicha relación.



Figura 8.45. Pintura 1-c. Foto del autor.

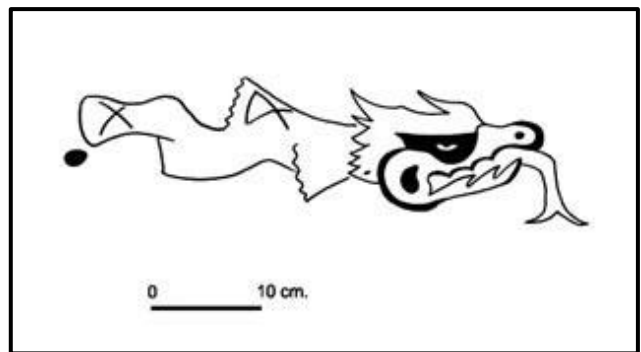


Figura 8.46. Dibujo de la Pintura 1-c. Tomado de Grove, s.f.



Figura 8.47. Pintura 2 y 3 de Juxtlahuaca.

Tomado de

<http://www.art.co.uk/products/p15223528-sa-i3611343/kenneth-garrett-cave-paintings-rock-art-olmec-juxtlahuaca-guerrero-mexico.htm?ac=true>.

Ahora bien, con una altura de 30 cm, la Pintura 1-a representa un rostro humano de perfil al interior de un círculo que presenta cuatro elementos lanceolados, intercalados por cuatro pequeños círculos con tres líneas paralelas (figura 8.48 y 8.49). Esta imagen a la que Grove identifica como una flor (1970: 35), puede ser entendida como un cosmograma en el que los elementos lanceolados marcan los puntos intercardinales, los círculos con líneas paralelas los puntos cardinales, y el círculo negro en el que se encuentra el rostro humano puede representar una cueva que funciona como el *axis mundi*. De tal forma, la Pintura 1-a constituye una versión simplificada de la temática observada en el hacha incisa de Arroyo Pesquero en la que un personaje humano se sitúa en el centro del universo. Las imágenes restantes que integran la Pintura 1 están muy borrosas, de la 1-e solo se alcanza a distinguir un posible búho (Grove, s/f), lo cual podría estar enfatizando el aspecto nocturno de la cueva de Oxtotitlán.

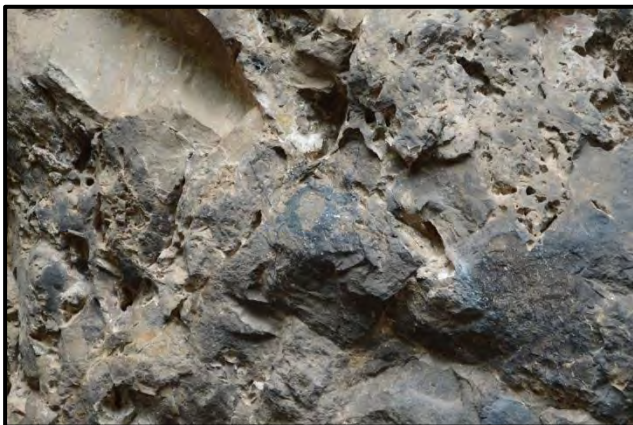


Figura 8.48. Pintura 1-a. Foto del autor.

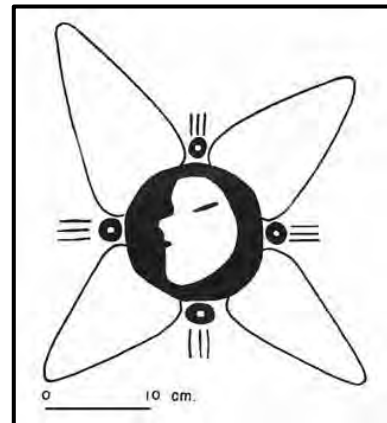


Figura 8.49. Pintura 1-a. Tomado de Grove, s.f.

La siguiente pintura de indudable estilo olmeca es la número 5. Esta es una simple silueta incompleta de un rostro humano de perfil de 10 cm de alto, que posee la típica boca olmeca caracterizada por un labio superior grueso de comisuras caídas (figura 8.50). Por su semejanza y simplicidad, Grove sugirió que esta pintura pudo haber sido un dibujo preliminar o prototipo de la Pintura 7 (figura 8.51). Ésta última consiste en un rostro humano dispuesto de perfil viendo hacia la izquierda, ataviado con una máscara bucal de colmillos prominentes y un gorro con viseras o alas unidas a través de pequeñas líneas paralelas. Asimismo, sobre su ojo presenta el motivo de ceja flamígera a manera de pintura facial o tatuaje, el cual es un elemento distintivo del

monstruo de la tierra. De tal forma, a través de sus atavíos el personaje humano se está atribuyendo rasgos propios de animales sobrenaturales, lo cual puede estar asociado con prácticas chamánicas.



Figura 8.50. Dibujo de Pintura 5.
Tomado de Grove, s.f.

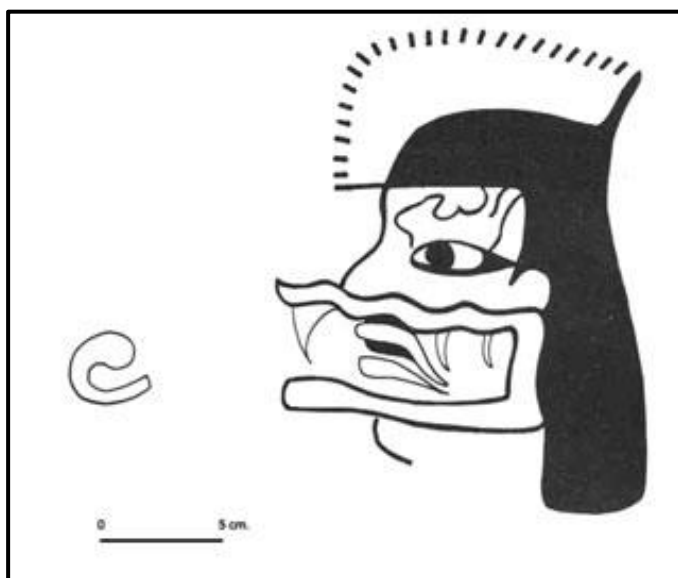


Figura 8.51. Dibujo de Pintura 7. Tomado de Grove, s.f.

Las últimas pinturas que pueden ser consideradas como olmecas son las número 4, 6, 10 y 11 (ver figura 8.32 y 8.34). Todas éstas representan elementos rectangulares con motivos abstractos en su interior. La Pintura 4 y 11 tienen al interior de su base medios círculos concéntricos de los que se desprenden líneas de forma radial. En el caso particular de la Pintura 4, su parte superior parece estar hendida en "V", y debajo de ella se observan una serie de animales muy esquematizados (figura 8.52). Por otra parte, las pinturas 6 y 10 están coronadas con elementos tripartitos ondulados que bien podrían representar una variante de cejas flamijeras (figura 8.53). Lambert identifica a estas pinturas como fardos o bultos de maíz los cuales relaciona con los objetos que sostienen los personajes del relieve de Xoc y de la estela de San Miguel Amuco, así como con las estelas celtiformes de La Venta (figura 8.54) (2011: 222).

Así pues, el simbolismo de las pinturas rupestres olmecas de Oxtotitlán indican que la cueva era concebida como la boca del monstruo de la tierra de la cual brota agua. Debido a las semejanzas que el Mural C-1 de Oxtotitlán presenta con el Monumento 1 de Chalcatzingo y con los tronos de La Venta y San Lorenzo, considero que la escena del personaje humano emergiendo de la

boca del monstruo de la tierra puede ser la representación de un ritual que se realizaba en lugares sagrados como la cueva de Oxtotitlán. Además de estos rituales asociados al agua y fertilidad, las pinturas rupestres 1-c, 1-d y 7, indican que la cueva de Oxtotitlán era un espacio en el que los seres humanos establecían vínculos con animales sobrenaturales (felinos y serpientes), de quienes se atribuían parte de sus rasgos distintivos. Al respecto, Lambert señala que estos animales pueden tratarse de alter egos de ciertos seres humanos (2011: 224), o bien pueden estar relacionados con prácticas chamánicas. Por último, la pintura 1-a es un referente de la colocación simbólica del ser humano en espacios cosmológicos privilegiados, tales como el *axis mundi*.



Figura 8.52. Pintura 4. Foto del autor.



Figura 8.53. Pintura 10. Foto del autor.

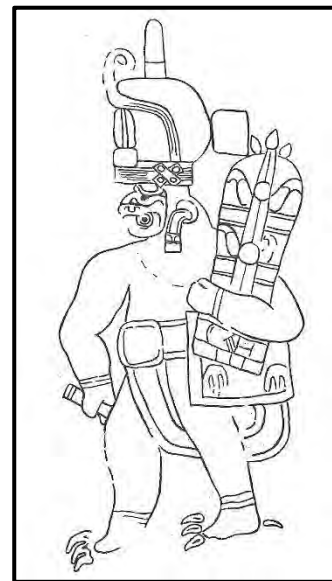


Figura 8.54. Relieve de Xoc. Tomado de Ekholm, 1998.

9. Conclusiones

9.1 Resultados generales

En este último apartado, se elaborará una discusión de cada uno de los objetivos particulares planteados en el presente trabajo de investigación. Para esta labor se retomarán y compararán las características principales de los lugares naturales analizados en relación con el paisaje, el contexto arqueológico y el simbolismo de sus materiales, lo cual nos permitirá detallar las similitudes y diferencias existentes entre ellos.

El primer objetivo particular consiste en la identificación de las características ambientales, hidrológicas, fisiográficas, etc., que influyeron en la sacralización de los rasgos naturales de relevancia simbólica del horizonte olmeca. Al respecto, se observó que los cinco sitios analizados tienen como rasgo natural en común la presencia de agua, ya sea en forma de arroyos, manantiales, lagunas, escurrimientos y filtraciones de agua, en y alrededor de los cuales se colocaron los diferentes materiales arqueológicos. La integración y asociación de estos tipos de cuerpos de agua con cosas humanas (ofrendas, esculturas tridimensionales, arte rupestre, etc.), indica que éstos poseían una fuerte carga simbólica y que eran elementos primordiales y nodales de las actividades rituales realizadas en cada sitio. Así pues, el complejo simbólico de cada lugar natural estaba basado en la presencia del vital líquido el cual pudo ser interpretado como hierofanías, es decir, manifestaciones de las cualidades sagradas de los lugares naturales. En relación a esto, Grove argumenta que la cueva de Oxtotitlán fue considerada como una fuente mística de agua debido a la formación de una laguna en su interior (1970: 31-34). A mi parecer lo mismo se puede decir para el caso de los demás lugares naturales del paisaje de relevancia simbólica del horizonte olmeca. En este sentido, es posible que el agua que se originaba en los cinco lugares naturales era considerada como una sustancia con cualidades sagradas y capacidad de agencia, categoría particular que la distinguía del resto de las fuentes de agua de cada región. Posiblemente, los grupos adscritos al fenómeno olmeca acudían a estos lugares naturales para obtener un poco de esta agua sagrada la cual era llevada a los asentamientos para ser utilizada en ciertas actividades de tipo ritual.

De los cinco lugares naturales solo El Manatí y Arroyo Pesquero cuentan con manantiales y arroyos perennes, de modo que sus aguas eran agentes permanentes disponibles todo el tiempo. En sectores opuestos de El Manatí brotan dos manantiales uno de agua dulce y otro de agua salada, siendo el primero donde se depositaron las ofrendas. Igualmente, Arroyo Pesquero presenta corrientes de agua dulce y salada que en este caso confluyen en el punto donde se depositaron las ofrendas. Aunque ocurre de diferente forma, la presencia de dos tipos diferentes de agua en ambos sitios puede estar relacionada con simbolismos duales.

En San Martín Pajapan, Chalcatzingo y Oxtotitlán, las lagunas, escurrimientos y filtraciones de agua son intermitentes y se presentan de forma cíclica durante la época de lluvias. De tal forma, a diferencia de El Manatí y Arroyo Pesquero, estos cuerpos de agua sagrados están activos y disponibles en momentos específicos de la temporalidad del paisaje. Esto hace de las lluvias el agente creador de los cuerpos de agua del San Martín Pajapan, Chalcatzingo y Oxtotitlán. Si bien en El Manatí y Arroyo Pesquero las lluvias no actúan como elementos creadores, sí modifican de forma favorable sus cuerpos de agua, puesto que durante la época de lluvias éstos son más caudalosos. Así pues, en los cinco lugares naturales las lluvias son agentes fundamentales que dan lugar a la formación de los cuerpos de agua o bien aumentan el caudal y tamaño de éstos.

A grandes rasgos, la importancia de la época de lluvias radica en que es un lapso de tiempo crucial y benéfico para las actividades de subsistencia como la agricultura de temporal y el abastecimiento de agua, especialmente en las regiones semisecas del valle de Amatzinac-Tenango y de la subcuenca del Atentli, en donde los suelos fértiles y las fuentes de agua son relativamente limitados. En estas regiones las lluvias provocan el reverdecimiento de la vegetación y la reactivación de ríos, manantiales y otros cuerpos de agua intermitentes, fenómenos naturales que dentro de la temporalidad del paisaje marcan materialmente la transición entre la época de secas y de lluvias. Por tales motivos, el agua de lluvia pudo ser considerada como una sustancia sagrada y benéfica asociada con simbolismos de fertilidad.

Por otro lado, en las regiones húmedas de Los Tuxtlas y las cuencas del Coatzacoalcos y del Tonalá, los suelos fértiles y las fuentes de agua son más

abundantes. A pesar de dicha abundancia, en las dos últimas regiones el nivel estacional de salinidad, las filtraciones de chapopote y los procesos de descomposición de materia orgánica y de producción de microorganismos y gases de zonas pantanosas, imponen ciertas problemáticas para el abastecimiento de agua potable. Por tal motivo, Ortiz Ceballos y Rodríguez al igual que Wendt *et al.*, proponen que dentro de la cuenca del Coatzacoalcos y del Tonalá, los manantiales y cuerpos de agua potable eran recursos de subsistencia importantes dotados de cualidades sagradas (Ortiz Ceballos y Rodríguez, 2000: 91; Rodríguez y Ortiz Ceballos, 2000: 155; Wendt *et al.*, 2014: 314). La compleja red hidrográfica de estos ríos compuesta por cuerpos de agua dulce, salina, estancada y con filtraciones de chapopote, sugiere que posiblemente los grupos adscritos al fenómeno olmeca distinguían el agua en varias categorías de acuerdo a sus características físicas y sobrenaturales.

En la cuenca del Coatzacoalcos y del Tonalá, las lluvias eran agentes benéficos que provocaban la disminución del nivel de salinidad de los ríos, y el advenimiento de inundaciones regulares y predecibles que rejuvenecen los suelos y proporcionan abundantes recursos acuáticos. No obstante, las lluvias también pueden actuar de forma desfavorable y catastrófica, pues tal y como señala Cyphers *et al.*, las inundaciones impredecibles de gran magnitud imponen un alto riesgo para la agricultura de terrenos bajos (2013: 31-33), y además ocasionan el cambio del cauce de los ríos y por consiguiente alteran el patrón de asentamiento. Así pues, en estas regiones la época de lluvias tiene una agencia dual que origina condiciones benéficas y desfavorables para la subsistencia, y en estos casos la temporalidad del paisaje está marcada por el advenimiento de lluvias e inundaciones que pueden provocar cambios irreversibles en el paisaje.

Aunque Los Tuxtlas es la región que cuenta con el promedio de precipitación anual más alto, las lluvias no representan grandes riesgos para la subsistencia sino son las erupciones volcánicas las que provocan catástrofes. No obstante, el San Martín Pajapan es un volcán que ha estado inactivo mucho antes de que la región fuera habitada, por lo cual considero que las cualidades catastróficas no fueron sacralizadas sino únicamente lo fueron las cualidades benéficas asociadas con la lluvia y los arroyos que nacen en sus faldas o laderas, los cuales son importantes fuentes de agua.

Así pues, pese a las diferencias climáticas e hidrográficas existentes entre el paisaje de las cinco regiones, para los habitantes de cada una de éstas las lluvias y las fuentes de agua potable eran de suma importancia para la subsistencia, por lo cual fueron sacralizadas y asociadas con simbolismos de fertilidad. Tal era la importancia del acceso y abastecimiento de agua potable que los sitios con vestigios olmecas más importantes de cada región construyeron sistemas hidráulicos para facilitar dicha necesidad; ejemplo de esto son los diques presentes en Chalcatzingo sobre el cauce de los drenajes El Rey y El Paso, el canal de Teopantecuanitlán, y los acueductos de La Venta y San Lorenzo. En este último sitio, un extremo del acueducto estaba situado en un patio hundido (Grupo E) en relación con una fuente en forma de pato (Monumento 9), un trono (Monumento 14), una cabeza colosal (Monumento 61), y un ser sobrenatural en forma de conducto de canal (Monumento 52). De acuerdo con Cyphers, el acueducto en conjunto con dichas esculturas indica que de dicho recinto arquitectónico poseía connotaciones simbólicas asociadas con el gobierno, la veneración de ancestros, el agua y el inframundo (2012: 62; 1999: 159-165; 1997: 170-180).

Con excepción de Arroyo Pesquero, otra similitud trascendental entre los lugares naturales analizados radica en que los cuerpos de agua se forman o brotan al pie, sobre la ladera y en la cima de elevaciones naturales del terreno. En esta similitud también es factible incluir a Oxtotitlán ya que éste es una cueva situada sobre el cerro Quetzaloxtoc, no obstante, los ejemplos más claros son El Manatí, Chalcatzingo y San Martín Pajapan. Si bien estos tres se diferencian por ser un domo salino, un afloramiento rocoso de granodiorita y un volcán, posiblemente para los grupos adscritos al fenómeno olmeca estas diversas elevaciones del terreno estaban englobadas dentro de una misma categoría genérica. Asimismo, pese a la diferencia de altura existente entre El Manatí, Chalcatzingo y San Martín Pajapan, en sus respectivas regiones cada uno de éstos son elevaciones aisladas prominentes que por su buena visibilidad sirven como puntos de referencia del paisaje.

Situado en la margen Este del Coatzacoalcos, El Manatí es un domo salino de 120 msnm visible desde varios puntos de la región tan lejanos como el sitio de San Lorenzo, el cual se encuentra a 18 km al Noroeste. Dicho domo salino sobresale entre un terreno plano y deprimido con lagunas interconectadas por

ríos, que durante la época de lluvias se inunda formando un sistema de archipiélago en el cual El Manatí se erige como el elemento conspicuo que domina el paisaje. Con una altura de 1600 msnm, Chalcatzingo yace en la parte central del valle de Amatzinac-Tenango por cual su visibilidad en la región es muy buena, especialmente en la parte Norte y Noroeste. Si bien la visibilidad del San Martín Pajapan está limitada al Oeste de Los Tuxtlas por el Santa Marta, este volcán de 1180 msnm se observa desde sitios de otras regiones como San Lorenzo y La Venta, los cuales distan a 63 y 76 km, respectivamente. Así pues, El Manatí, Chalcatzingo y San Martín Pajapan son rasgos del paisaje visibles de forma relativamente cotidiana, con los cuales los habitantes de cada región estaban ampliamente familiarizados. A pesar de que solo eran visitados en ciertas ocasiones, dentro del acto cotidiano de habitar los habitantes de cada región posiblemente mantuvieron relaciones contantes de tipo visual con dichos lugares naturales.

Caso contrario ocurre con Oxtotitlán y Arroyo Pesquero. Aunque la cueva de Oxtotitlán está situada en lo alto del cerro Quetzaloxtoc, su visibilidad es muy limitada ya que está parcialmente oculta por el cerro Quiotepec. De tal forma, esta cueva era un rasgo del paisaje visible de forma cotidiana únicamente para los individuos asentados en la cima de Quiotepec y en el valle formado entre este cerro y el Quetzaloxtoc. Por otro lado, Arroyo Pesquero carece de un cerro u alguna otra elevación del terreno, de modo que dentro del paisaje de la región este importante lugar natural está oculto. Dicha circunstancia imposibilita la relación o interacción visual, por lo cual los habitantes de la cuenca del Tonalá solo pudieron haber mantenido relaciones conceptuales cotidianas con Arroyo Pesquero.

Asimismo, las elevaciones del terreno son componentes fundamentales del complejo simbólico de cada lugar natural analizado. En El Manatí, la relación de cerro con los terrenos inundables y las lagunas que lo rodean, aunado con los manantiales presentes en sus pies, dan lugar a la formación del complejo simbólico cerro-agua. Este complejo simbólico también está presente en San Martín Pajapan, Chalcatzingo y Oxtotitlán, aunque no de forma permanente ya que, a diferencia de El Manatí, los cuerpos de agua de estos sitios solo se forman durante la época de lluvias. En el caso de San Martín Pajapan y Chalcatzingo, el relieve de ambos posee una forma conspicua que simula la

hendidura en “V”, motivo iconográfico olmeca distintivo de seres sobrenaturales que posiblemente simboliza una abertura de la tierra de la que brotan plantas y agua. Aunque El Manatí y Oxtotitlán no tienen forma de hendidura en “V”, de cierta manera están relacionados con el simbolismo de dicho motivo, ya que ambos poseen manantiales, lagunas y filtraciones de agua.

De tal forma, estos cuatro lugares naturales pudieron ser entendidos como aberturas de la tierra de las que brota agua, a la vez que funcionaban como referentes materiales del complejo simbólico cerro-agua. Asimismo, San Martín Pajapan y Chalcatzingo también fueron referentes materiales de la hendidura en “V”, de modo que éste era un motivo iconográfico inscrito en el paisaje al cual se podía acceder a través de dichos lugares naturales. Pese a que la relación cerro-agua es una importante similitud entre cuatro de los lugares naturales analizados, resulta interesante que en Arroyo Pesquero no esté presente dicha relación, lo cual parece estar marcando un cambio conceptual en el que el cuerpo de agua fue sacralizado de forma aislada. La carencia de una elevación del terreno en Arroyo Pesquero se puede deber en parte a los terrenos planos y deprimidos que dominan el paisaje de la cuenca del Tonalá. Por consiguiente, la falta de un cerro apropiado que sirviera como el referente de ciertas creencias sagradas pudo ser uno de los motivos por los cuales se construyó en La Venta el Montículo C-1, que tal y como propone Grove posiblemente simboliza una montaña (1999: 286; 2000: 291; 2007: 33).

Si bien estos lugares naturales sirvieron principalmente para la realización de importantes rituales, en algunos de estos hay evidencias de que fueron ocupados para otros fines. De El Manatí los habitantes de San Lorenzo extrajeron hematita que utilizaron para decorar las imágenes incisas en vasijas comercializadas a otras regiones de Mesoamérica (Backes *et al.*, 2012: 88-90). En Chalcatzingo, los bloques de piedra del cerro no se ocuparon solamente para la elaboración de monumentos sino también para la construcción de estructuras arquitectónicas (Grove *et al.*, 1987: 13; Grove, 1987c: 386). Esto conlleva a suponer que por lo menos El Manatí y Chalcatzingo no fueron utilizados exclusivamente para la realización de rituales, y que la relevancia de estos lugares naturales para los grupos adscritos al fenómeno olmeca era tanto simbólica como económica.

Volviendo al primer objetivo particular, se puede decir que las características que influyeron en la sacralización de los rasgos del paisaje de relevancia simbólica de horizonte olmeca, fue principalmente la presencia de fuentes de agua potable formadas o intensificadas por las lluvias que eran vitales para la subsistencia. En relación con El Manatí, San Martín Pajapan, Chalcatzingo e inclusive Oxtotitlán, se puede decir que otro elemento influyente fue la presencia de elevaciones del terreno que en conjunto con las fuentes de agua, hicieron de estos lugares naturales referentes del complejo simbólico cerro-agua; además, en el caso de San Martín Pajapan y Chalcatzingo poseían topofomas que emulaban el trascendental motivo iconográfico de hendidura en “V”. Finalmente, la buena visibilidad de El Manatí, San Martín Pajapan y Chalcatzingo también pudo contribuir en su sacralización ya que debido a dicha circunstancia éstos sirvieron como puntos de referencia importantes con los cuales los grupos adscritos al fenómeno olmeca mantuvieron relaciones cotidianas de tipo visual.

Cabe aclarar que en cada una de las regiones en las que se encuentran los cinco rasgos del paisaje de relevancia simbólica hay otros lugares naturales que presentan las mismas características mencionadas anteriormente, sin embargo, hasta que no se compruebe lo contrario, éstos no fueron seleccionados como los espacios idóneos para la realización de rituales y la colocación de manifestaciones gráficas olmecas con connotaciones cosmológicas y mitológicas. Ejemplo de ello es el cerro El Mixe en la cuenca del Coatzacoalcos, el buen número de cuerpos de agua dulce en la cuenca del Tonalá, los demás volcanes prominentes de Los Tuxtlas como el San Martín Tuxtla y el Santa Marta, el cerro Jantetelco en el valle de Amatzinac-Tenango, y la Cueva La Corona en la subcuenca del Atentli. Por tal motivo, dichas características no deben ser entendidas como elementos determinantes sino como elementos que en cierta medida contribuyeron o influenciaron la sacralización de los cinco lugares naturales analizados. Así pues, además de las características naturales habría que añadir aspectos y sucesos sociales, políticos, económicos, mitológicos, etc., como parte del conjunto de elementos que influyeron en la sacralización de tales lugares.

Pasando al segundo objetivo particular, este consiste en tratar de señalar los tipos de actividades rituales realizadas en los cinco rasgos del paisaje del

horizonte olmeca de relevancia simbólica. A grandes rasgos, considero que cada uno de estos rasgos del paisaje eran lugares de peregrinaje a los que acudían individuos de diferentes asentamientos. Esta idea se basa en el hecho de que en ninguno de los cinco lugares naturales analizados hay evidencias de unidades habitacionales o cualquier otro vestigio de áreas domésticas, y tres de ellos están alejados de los asentamientos del horizonte olmeca especialmente de aquellos que fueron los centros rectores de sus respectivas regiones. De tal forma, en la cuenca del Coatzacoalcos los sitios con vestigios olmecas más cercanos a El Manatí son El Macayal y La Merced, situados a 2 y 4 km al Noroeste, en tanto que el centro rector de la región, es decir San Lorenzo, se encuentra a una distancia de 18 km igualmente al Noroeste. En la cuenca del Tonalá, los sitios con vestigios olmecas más cercanos a Arroyo Pesquero son Los Soldados y Las Choapas, localizados a 4.4 km al Noreste y 7 km al Sur, mientras que La Venta, centro rector de la región, yace a una distancia de 16 km al Noreste. En Los Tuxtlas, los sitios con materiales olmecas más cercanos al San Martín Pajapan son Piedra Labrada y Los Laureles, ubicados a 12 y 21 km al Norte, y los importantes sitios de Laguna de los Cerros, San Lorenzo y La Venta se encuentran a una distancia de 47 km al Suroeste, 63 km al Sur y 76 km al Sureste, respectivamente.

En Chalcatzingo y Oxtotitlán dicho patrón de asentamiento es un tanto distinto, ya que ambos presentan un asentamiento cercano a ellos. 300 m al Oeste de Oxtotitlán se encuentra Quiotepec, el cual es uno de los sitios más grandes de la subcuenca del Atentli, no obstante, el asentamiento con materiales olmecas más importante cercano a Oxtotitlán es Teopantecuanitlán, ubicado a 27 km al Noreste. Aunque hace falta datos para comprobarlo, cabe la posibilidad que Quiotepec haya sido un sitio subordinado de Teopantecuanitlán a través del cual se intentó controlar en cierta medida la cueva sagrada de Oxtotitlán. En cambio, en el valle de Amatzinac-Tenango el sitio con vestigios olmecas más importante que se instauró como el centro rector de la región se encuentra a los pies del cerro Chalcatzingo. De tal forma, es muy probable que el sitio de Chalcatzingo haya ejercido un control directo del cerro sagrado, de modo que pudo haber limitado la cantidad y tipo de peregrinos que acudían a éste.

Igualmente, es posible que San Lorenzo y La Venta hayan ejercido cierto control o preponderancia sobre los lugares naturales de relevancia simbólica de sus respectivas regiones. Durante el 1200-900 a.C., fase Macayal, se comenzaron a ofrendar bustos antropomorfos de madera, lo cual coincide con el desarrollo y materialización en piedra del sistema de representación olmeca por parte de San Lorenzo. Tal vez los bustos de madera hayan sido elaborados por los artesanos de San Lorenzo, quienes dominaron la tecnología de esculturas tridimensionales. Asimismo, la hematita procedente de El Manatí fue explotada por este mismo sitio para decorar las imágenes incisas en vasijas. En el caso de La Venta, dentro de la cuenca del Tonalá este sitio dominó el acceso de piedras verdes y de los artefactos que con ellas se hacen, por tanto es posible que haya tenido cierta jurisdicción sobre las ofrendas de hachas de piedras verdes depositadas en Arroyo Pesquero.

Cabe recordar que la primera fase de ofrendamiento de El Manatí (1700-1500 a.C.) inició mucho antes del establecimiento de San Lorenzo como el centro rector de la cuenca del Coatzacoalcos y de la implantación por parte del mismo de un sistema político-administrativo. De igual forma, la pintura C-2 de Oxtotitlán fue elaborada antes del 1500 a.C., por lo cual preceden por varios siglos la fundación de Teopantecuanitlán, sitio fechado a comienzos del Preclásico Medio. Durante el Preclásico Temprano, la cuenca del Coatzacoalcos y la subcuenca del Atentli estaban habitadas por poblaciones aldeanas o rurales sin una jerarquización sociopolítica aparente, por tanto supongo que en sus etapas iniciales El Manatí y Oxtotitlán eran lugares sagrados en los que realizaban rituales públicos o comunales. A pesar del posterior surgimiento de centros rectores y de una jerarquía sociopolítica, considero que estos lugares continuaron siendo espacios públicos a los que acudían peregrinos de diferente rango o estatus, incluidos los grupos de elite quienes posiblemente tuvieron un papel preponderante. Lo mismo se puede decir para el resto de los lugares naturales analizados, aunque en Chalcatzingo es más evidente el control ejercido por la elite del sitio sobre el cerro sagrado.

Si bien todos los rasgos del paisaje de relevancia simbólica del horizonte olmeca eran lugares de peregrinaje a nivel regional, los materiales arqueológicos indican que en varios de éstos se realizaron diferentes actividades rituales. En El Manatí, Arroyo Pesquero y San Martín Pajapan, es

muy evidente que los rituales llevados a cabo consistieron en el ofrendamiento principalmente de artefactos de piedras verdes, así como de otro tipo de materiales. A grandes rasgos, los rituales de ofrendamiento consisten en el ofrecimiento de una cosa o sustancia a un ente o ser sobrenatural, con la finalidad de conseguir algo a cambio. Asimismo, las ofrendas pueden ser entendidas como mediadores materiales con capacidad de agencia que posibilitan la interacción del ser humano con seres no humanos de diversa índole y con ciertos lugares del paisaje.

En la primera fase de El Manatí se ofrendaron hachas de piedras verdes de forma aleatoria en relación con pelotas de hule, fragmentos de cerámica, de lítica pulida (metates, manos y morteros), de huesos humanos, una figurilla *baby-face* y posibles restos de estalactitas. Posteriormente, en la fase Manatí B continuaron las ofrendas de hachas, pero ahora solo estuvieron asociadas con pelotas de hule y fueron colocadas siguiendo tres patrones diferentes: siguiendo ejes Norte-Sur y Este-Oeste, en forma de pétalos de flor y en bloques. Las hachas de piedras verdes pueden ser interpretadas como objetos de origen sagrado que poseían cualidades relacionadas con el agua y la vegetación, los cuales eran parte del *personhood* de algún ser sobrenatural. En relación con las pelotas de hule, éstos tal vez eran una forma de materializar y cosificar el líquido vital producido por los árboles poseedor de cualidades asociadas a la fertilidad. Tomando en cuenta lo antes planteado, considero que a través de las ofrendas de hachas de piedras verdes y pelotas de hule se trató de permear el *personhood* de un ser sobrenatural o bien del cerro mismo con cualidades y sustancias asociadas con el agua, la vegetación y fertilidad, las cuales eran necesarias para que dicho ser proporcionara y mantuviera las condiciones ambientales favorables para la subsistencia, tales como agua potable, lluvias, inundaciones regulares y predecibles, suelos fértiles, entre otras.

Por último, en la fase Macayal en vez de hachas de piedras verdes los principales objetos ofrendados fueron bustos antropomorfos de madera colocados al lado de amontonamientos de piedras areniscas en relación con una gran diversidad de materiales entre los que destacan: entierros primarios de infantes, bastones de madera, bloques de arcilla con hachas incrustadas verticalmente, bloques de hematita, cuchillos de obsidiana y pedernal

enmangados con chapopote, etc. La sustitución de las hachas de piedras verdes por los bustos antropomorfos de madera supone un cambio conceptual en el carácter y simbolismo de los rituales realizados en El Manatí. Debido a que algunos de los bustos fueron ataviados con ornamentos e insignias tales como pectorales, pendientes, orejeras y bastones de madera, y posteriormente envueltos con materia orgánica y atados con cordeles, es posible que hayan sido considerados como personificaciones de seres humanos importantes dentro del aparato ideológico de los grupos preclásicos de la cuenca del Coatzacoalcos. Respecto a los entierros primarios de infantes, independientemente de que sean individuos sacrificados o fallecidos de forma natural, éstos fueron ofrendas relacionadas con la escena mitológica retratada en esculturas como el Altar 5 de La Venta, la cual consiste en un ser humano sosteniendo en sus brazos un infante inerte de rasgos sobrenaturales. En este sentido, no sería descabellado pensar que quizás en El Manatí se haya recreado dicha escena mitológica.

Así pues, en la fase Macayal el elemento predominante de las ofrendas es el ser humano, por lo cual los rituales llevados a cabo en dicho lapso de tiempo posiblemente tenían la intención de establecer un vínculo directo entre ciertos individuos, El cerro Manatí y sus cualidades sagradas. Cabe señalar que los amontonamientos de piedras areniscas asociados a los bustos de madera, pueden tratarse de representaciones a pequeña escala del cerro El Manatí, de modo que el vínculo entre el ser humano y El Manatí está claramente marcado a través de los materiales depositados.

En Arroyo Pesquero los principales artefactos ofrendados también fueron hachas de piedras verdes, sin embargo, existen algunas diferencias sobresalientes con las de El Manatí. En Arroyo Pesquero se ofrendaron hachas concluidas y no concluidas, que de acuerdo con Jaime Riverón refleja una intención de expresar la producción de éstos, y de representar la transición entre la materia inerte y las cosas vivas (2003: 747), lo cual también se observa en las ofrendas de La Merced. A mi parecer, las hachas no concluidas aunadas con la presencia de cerámica doméstica son indicadores de la participación individuos de rangos sociopolíticos bajos, por tal motivo se puede inferir que en Arroyo Pesquero los rituales realizados también fueron de tipo público o comunal. Al igual que las de El Manatí, las hachas de Arroyo Pesquero

seguramente tenían los mismos simbolismos y su ofrendamiento tenía la misma finalidad sin importar de que hayan estado concluidas o no.

A diferencia de El Manatí, en Arroyo Pesquero una de las hachas ofrendadas posee una imagen incisa que muestra una temática trascendental dentro del sistema de representación olmeca. Esta imagen consiste en un personaje humano que a través de sus atavíos personifica a una deidad relacionada con el maíz o con la fertilidad, de modo que podría estar incorporando a su *personhood* ciertas cualidades de dicha deidad. Asimismo, este personaje humano está yuxtapuesto con el rostro del monstruo de la tierra, lo cual marca un vínculo entre ambos seres. Al parecer, el personaje humano sostiene en sus brazos otra versión del monstruo de la tierra, que de acuerdo con Joralemon este animal sobrenatural estaría funcionando como un símbolo de poder y autoridad (1976: 40). Esta temática es semejante a las escenas plasmadas en el Monumento 5 de La Venta y el Monumento 1 de Chalcatzingo, no obstante, en vez de un animal sobrenatural los personajes sostienen un infante inerte y un bulto o barra ceremonial, respectivamente. Este principio de sustitución presente entre dichos monumentos indica que el monstruo de la tierra, el infante inerte y el bulto ceremonial comparten un mismo significado posiblemente relacionado con las actividades rituales. De tal forma, es posible que la imagen incisa en el hacha de Arroyo Pesquero represente una de las actividades rituales realizadas en dicho espacio natural, que siguiendo las ideas de Taube se puede tratar del levantamiento de un animal sobrenatural al que identificó como una serpiente-ave (1995: 101). Por último, el personaje del hacha de Arroyo Pesquero en conjunto con elementos rectangulares con hendiduras en “V” configuran una versión del motivo iconográfico “cuatro puntos y barra”, el cual representa un cosmograma en el que dicho personaje se posiciona en el centro del universo o *axis mundi*.

Además de hachas, en Arroyo Pesquero se ofrendaron otros artefactos hechos de piedras verdes tales como máscaras antropomorfas. Posiblemente, las máscaras fueron utilizadas en ciertas actividades rituales y posteriormente ofrendadas. Si bien dentro del sistema de representación olmeca existen máscaras y representaciones de máscaras bucales con rasgos faciales sobrenaturales; las de Arroyo Pesquero representan rostros humanos con un alto grado de realismo y naturalismo. Tal vez las máscaras antropomorfas

naturalistas pertenecían a ciertos individuos que al ofrendarlas estaban colocando parte de su ser en el lecho de Arroyo Pesquero. Igualmente, una de las máscaras posee una imagen incisa del rostro esquematizado del monstruo de la tierra, el cual presenta sobre cada uno de sus ojos un par de elementos con hendidura en “V” distribuidos en un eje horizontal a los flancos de la boca de la máscara. En este caso, los elementos con hendidura en “V” configuran un cosmograma de forma lineal en el que la boca de la máscara y el rostro del monstruo de la tierra representan el *axis mundi*. Así pues, las imágenes incisas en el hacha y en la máscara de Arroyo Pesquero manifiestan la relación o vínculo del ser humano con un animal sobrenatural y un espacio cosmológico trascendental, lo cual posiblemente era una de las finalidades o propósitos de los rituales de ofrendamiento.

Otro de los artefactos de piedras verdes ofrendado en Arroyo Pesquero fue un pequeño fragmento de un cetro o mango de un perforador. De acuerdo con Wendt *et al.*, la forma de este objeto simboliza una mazorca de maíz en la que las semillas o granos están representadas por elementos rectangulares con hendiduras en “V” (2015: 313). Independientemente de que se trate de una mazorca de maíz o de un simple elemento fitomorfo, este objeto hace alusión a la fertilidad. De tal forma, los materiales ofrendados en Arroyo Pesquero indican que los rituales realizados en Arroyo Pesquero estaban asociados con el agua y fertilidad, así como con seres sobrenaturales y espacios cosmológicos.

En el caso de San Martín Pajapan, las ofrendas contrastan enormemente con las de El Manatí y Arroyo Pesquero, ya que en vez de hachas las piedras verdes fueron depositadas en forma de cuentas principalmente circulares al interior de vasijas. Estas ofrendas están fechadas tentativamente para el periodo Epi-Olmeca y Protoclásico, por tal motivo no resulta extraño que la única representación del ajuar ofrendado, consistente en un pectoral antropomorfo, no se apega a los rasgos estilísticos olmecas. A pesar de tal circunstancia, el ofrendamiento de objetos hechos de piedras verdes dedicado a la escultura del San Martín Pajapan, evidencia la continuidad de rasgos y prácticas culturales olmecas después del periodo Preclásico Medio. En este sentido, es probable que las ofrendas Epi-Olmecas también hayan estado

vinculadas con el agua, la vegetación y la fertilidad, tal y como se ha propuesto para El Manatí y Arroyo Pesquero.

En relación con la escultura del San Martín Pajapan, por sus semejanzas estilísticas e iconográficas con monumentos de La Venta, especialmente con el Monumento 44, es probable que dicho sitio haya sido el responsable de su elaboración y colocación en la cima del volcán. Al momento de su erección quizás se hayan realizado ciertos rituales para conmemorar esta labor, no obstante, hasta la fecha no se han encontrado materiales olmecas que corroboren tal conjetura y por consiguiente cabe la posibilidad de que haya sido colocado en la cima del volcán en algún momento posterior al horizonte olmeca. De tal forma, la escultura es el único elemento olmeca presente en el San Martín Pajapan, el cual, con base en las ideas de Schele (1995: 108) y De la Fuente (2009: 459), representa a un personaje humano bajo protección sobrenatural erigiendo el árbol o polo cósmico en el *axis mundi*, acción que quizás pudo ser ritualmente escenificada. Además de imágenes de rostros sobrenaturales, el monumento presenta una gran cantidad de cruces con sus extremos en forma de hendiduras en “V”, las cuales probablemente simbolizan el *axis mundi* y los puntos cardinales. Así pues, debido a la abundancia de estos motivos iconográficos en la escultura y a su ubicación en una topoforma que simula una hendidura en “V”, en el San Martín Pajapan está claramente señalada la relación del ser humano con seres sobrenaturales y espacios cosmológicos.

Ahora bien, en el cerro Chalcatzingo y en la cueva de Oxtotitlán no cuentan con ofrendas de piedras verdes. En el primer sitio solo se tiene registro de cinco ofrendas de vasijas colocadas alrededor del Monumento 5, que de acuerdo con Córdova Tello y Reséndiz probablemente fueron dedicadas al momento de la elaboración del monumento (2004: 24-28). Por su parte, en Oxtotitlán la presencia de algún tipo de ofrenda es nula. Así pues, a diferencia de los otros tres sitios, en Chalcatzingo y Oxtotitlán el ofrendamiento de artefactos de piedras verdes o de otro tipo de materiales no fue una actividad fundamental y recurrente dentro de las rituales realizados en cada uno de ellos.

Grove y Gillespie sugieren que en Chalcatzingo probablemente se hacían procesiones desde el asentamiento hasta los grupos I-A y I-B, las cuales eran guiadas por la colocación de los monumentos (2009: 68). Al ser guiadas por

los monumentos, las procesiones seguramente seguían la secuencia pictórica de cada grupo y quizás recreaban los sucesos mitológicos contenidos en éstos. En el Monumento 2 del Grupo I-B se retrató un sacrificio humano que posiblemente simboliza la temática de animales sobrenaturales atacando o devorando a seres humanos, tal y como se observa en los monumentos 4, 5 y 31. Así pues, dentro de las procesiones realizadas en el Grupo I-B tal vez se realizó el mismo ritual retratado en el Monumento 2, en el cual ciertos individuos personificaban animales sobrenaturales por medio de la utilización de máscaras bucales y otros atavíos. En este sentido se puede decir que, al igual que en El Manatí, en Chalcatzingo también hay indicios de rituales de sacrificio humano que posiblemente funcionaba como un agente propiciador de lluvia y fertilidad.

En el caso del Grupo I-A, las procesiones y demás rituales llevados a cabo en este lugar no solo estaban guiadas por los monumentos sino también por un elemento natural, este es el Drenaje El Rey. En primer lugar, es posible que los individuos ascendieran al Grupo I-A siguiendo el cauce del Drenaje El Rey. Además, este drenaje en conjunto con el canal y los pocitos ubicados arriba de él, dividen el Monumento 1 del resto de los monumentos del Grupo I-A, lo cual conlleva a suponer que estos elementos eran agentes integrados a la secuencia pictórica y a los rituales realizados en este espacio. De acuerdo con las ideas de Lambert y Grove, los pocitos funcionaban como receptáculos de agua sagrada (Lambert, 2011: 166-169; Grove, 1987b: 159 y 167), que en mi opinión representan a pequeña escala las pozas situadas en la cima del cerro Chalcatzingo que acumulan agua de lluvia. De tal forma, no cabe duda de que en el Grupo I-A se realizaban rituales asociados al agua y a la lluvia, en los cuales posiblemente se recreaba la escena plasmada en el Monumento 1. Al parecer este monumento representa a un ancestro participando o interviniendo en la propiciación de lluvia y fertilidad, elementos los cuales están sintetizados en sus atavíos. A través de la incorporación de signos de lluvia y fertilidad en sus atavíos, se atribuyó al personaje representado cualidades sagradas propias de seres sobrenaturales. Además, este posible ancestro está situado al interior de la boca-cueva del monstruo de la tierra, cuya forma cuatripartita seccionada simula un cosmograma en el que las bromelias marcan los rumbos del cosmos, y la boca de dicho animal funciona como el *axis mundi*. De tal forma, el

Monumento 1 de Chalcatzingo es otro ejemplo de la relación del ser humano con seres sobrenaturales y espacios cosmológicos, que como ya hemos mencionado su temática es muy similar a la representada en el Altar 5 de La Venta y en el hacha incisa de Arroyo Pesquero.

Por último, en Oxtotitlán es posible que como parte de los rituales también se hayan efectuado procesiones guiadas por las pinturas rupestres, las cuales generalmente están situadas en la parte superior o a los flancos de las entradas de la Gruta Norte y Sur. Tomando en consideración las pinturas 1-d y 7, las cuales representan una relación benévola entre un ser humano y un felino y un individuo ataviado con una máscara bucal de colmillos prominentes y cejas flamígeras, es posible que al interior de la cueva de Oxtotitlán se hayan efectuado prácticas chamánicas en las que, siguiendo las ideas de Lambert (2011: 224), los animales representados pueden tratarse de alter egos o nahuales de ciertos individuos. Es el Mural C-1 la pintura que al parecer da indicios del principal ritual llevado a cabo en Oxtotitlán. Dicho mural muestra a un personaje sentado sobre el rostro de un monstruo de la tierra cuya boca está simbolizada por medio de la entrada de la Gruta Sur (Grove, 1970:31), por lo cual esta pintura se relaciona con el Monumento 1 de Chalcatzingo y con el Altar 5 de La Venta. En estos últimos monumentos mencionados se observa al interior de la boca-cueva del monstruo de la tierra dos personajes sosteniendo una barra ceremonial y un infante inerte, temáticas que como ya hemos mencionado probablemente están relacionados con actividades rituales. Así pues, el hecho de que en Oxtotitlán la boca del monstruo de la tierra está simbolizada por una verdadera cueva, hace suponer que en este lugar se efectuaban rituales asociados a la lluvia y fertilidad que recreaban las escenas contenidas en el Monumento 1 de Chalcatzingo y el Altar 5 de La Venta. Además de la entrada de la Gruta Sur, la laguna que se formaba al interior de la cueva pudo ser otro elemento natural que funcionó como un agente importante dentro de los rituales realizados en Oxtotitlán.

En el Mural C-1 de Oxtotitlán, el monstruo de la tierra sirve como el asiento de un personaje humano yuxtapuesto sobre un ave, al parecer un águila o búho, lo cual señala nuevamente la relación de seres humanos con animales sobrenaturales. Asimismo, está ataviado con una serie de elementos que al estar pintados principalmente en verde pueden hacer alusión a las cualidades

de fertilidad atribuidas al personaje humano. Por otro lado, la relación con espacios cósmicos está exhibida en la Pintura 1-a. Ésta consiste en un cosmograma en forma de flor de cuatro pétalos en la que un rostro humano está situado en el *axis mundi*, el cual está marcado por un círculo negro que posiblemente representa una cueva.

Así pues, en relación con el segundo objetivo particular se puede decir que los cinco lugares naturales analizados eran espacios públicos de peregrinaje, que si bien en algunos casos pudieron estar controlados en cierta medida por grupos de elite, individuos de diferentes rangos sociopolíticos podían acudir a estos lugares, especialmente en El Manatí y Oxtotitlán cuyas etapas iniciales de actividad corresponden a un periodo en el que aún no existía una jerarquía política y mucho menos un centro rector. Asimismo, se pueden distinguir dos tipos principales de rituales realizados en estos lugares naturales: el ofrendamiento principalmente de artefactos de piedras verdes (El Manatí, Arroyo Pesquero y San Martín Pajapan), y la procesión guiada por monumentos artísticos (Chalcatzingo y Oxtotitlán). No obstante, las manifestaciones gráficas sugieren la realización de otros tipos de rituales particulares como son los sacrificios humanos y las prácticas chamánicas asociadas al nagualismo, así como de rituales análogos que recreaban las escenas mitológicas plasmadas en el hacha incisa de Arroyo Pesquero, en el Monumento 1 de Chalcatzingo, al igual que en monumentos de sitios que no forman parte de nuestro corpus de estudio como es el caso del Monumento 5 de La Venta. Las similitudes iconográficas presentes entre esta última escultura mencionada y el Mural C-1 de Oxtotitlán y la presencia de entierros primarios de infantes en El Manatí, conllevan a suponer que en estos dos lugares naturales también se realizaban rituales asociados con los representados en Arroyo Pesquero, Chalcatzingo y La Venta.

En los cinco lugares naturales los cuerpos de agua que los caracterizan, así como otros elementos naturales, estaban integrados a los rituales efectuados en éstos. Por tal motivo, en el caso de San Martín Pajapan, Chalcatzingo y Oxtotitlán, los rituales seguramente eran realizados durante la época de lluvias, momento en el cual sus cuerpos de agua estaban activos. En cambio, en El Manatí y Arroyo Pesquero, los rituales pudieron efectuarse en diferentes momentos, ya que sus cuerpos de agua son perennes.

Pese a sus diferencias, los rituales de los cinco lugares naturales estaban destinados principalmente a la propiciación de agua, lluvia y fertilidad. Sin embargo, nuevamente las manifestaciones gráficas sugieren la existencia de otras finalidades, la cuales consisten en el establecimiento de un vínculo con seres sobrenaturales, el acceso a espacios cosmológicos, y la intervención en fenómenos naturales sagrados como es la propiciación de lluvias.

Tal y como indica Fowler, el *personhood* es obtenido, mantenido y alterado en prácticas y relaciones sociales entabladas con cosas, seres, lugares etc. (2004: 4). Con base en lo anterior, se puede decir que a través de los rituales efectuados en los lugares naturales analizados ciertos seres humanos intentaron incorporar y mantener como parte de su *personhood* la capacidad de interactuar con seres sobrenaturales, de acceder a espacios cosmológicos y de participar en la formación de fenómenos naturales. Al respecto, Lambert señaló que sitios como Chalcatzingo y Oxtotitlán eran fuentes de poder simbólico y político, al cual los grupos de elite accedían a través de las actividades rituales realizadas ellos (2011: 129, 134 y 224). Por su parte, Reilly propuso que dentro de los rituales la manipulación de artefactos pertenecientes al llamado complejo ceremonial del Preclásico Medio, tales como hachas y máscaras de piedras verdes, entre otros, era una forma de hacer visual la obtención de poder político. Como parte de dicho complejo ceremonial también hay que incluir a la diversidad de objetos e insignias usados como atavíos, ya que por medio de éstos los individuos se atribuían ciertas cualidades sobrenaturales.

Cabe señalar que en cada una de las regiones en las que se encuentran los lugares naturales analizados también hay espacios rituales construidos al interior de asentamientos. Así pues, dentro de la cuenca del Coatzacoalcos tenemos al sitio La Merced, en la cuenca del Tonalá al complejo A de La Venta, en el valle de Amatzinac-Tenango a la Estructura 4 de la Plaza Central de Chalcatzingo, y cerca de la subcuenca del Atentli al patio hundido de Teopantecuanitlán. Estos espacios construidos y los rituales realizados en ellos son muy similares a los lugares naturales, ejemplo de ello es La Merced y el complejo A de La Venta, en donde se depositaron ofrendas de artefactos de piedras verdes tal y como se hizo en El Manatí y Arroyo Pesquero. Debido a que las etapas iniciales de El Manatí y Oxtotitlán son anteriores a la fundación de los asentamientos antes mencionados, supongo que en un principio los

rituales eran realizados en lugares naturales, y posteriormente se comenzaron a efectuar en espacios construidos que simulaban o imitaban a los lugares naturales. La construcción de tales espacios al interior de asentamientos puede ser entendido como intento de los grupos de elite por centralizar y controlar las actividades rituales con las que adquirirían y mantenían el poder político.

Por último, el tercer objetivo particular consiste en determinar los diversos simbolismos asociados a cada uno de los rasgos del paisaje de relevancia simbólica del horizonte olmeca. Como ya hemos mencionado, por sus características fisiográficas los cinco lugares naturales posiblemente eran concebidos como aberturas de la tierra de las que brota agua, la cual pudo ser categorizada como un líquido con cualidades sagradas y capacidad de agencia, a la vez que funcionaban como referentes materiales del complejo simbólico cerro-agua. Arroyo Pesquero es el único en donde dichos simbolismos no están claramente representados, no obstante, dentro de la cuenca del Tonalá los habitantes de La Venta tal vez recrearon de forma artificial el complejo simbólico cerro-agua a través de la asociación entre el Montículo C-1 y el complejo A.

En relación con San Martín Pajapan y Chalcatzingo, éstos también pudieron funcionar como referentes materiales del motivo iconográfico de hendidura en “V”. Es por la presencia de cuerpos de agua en ambos lugares que se ha propuesto que la hendidura en “V” simboliza una abertura de la tierra de la brota agua, no obstante, dentro del sistema de representación olmeca, son plantas los elementos que usualmente se observan emergiendo de dicho motivo iconográfico. Asimismo, en las imágenes olmecas la hendidura en “V” es un rasgo distintivo de seres sobrenaturales. En el monumento del San Martín Pajapan, el personaje retratado está vestido por una buena cantidad de seres sobrenaturales con la frente hendida, de los cuales el que está situado en la cara frontal del tocado parece tratarse del monstruo de la tierra. Este animal sobrenatural está claramente representado en el hacha y máscara de Arroyo Pesquero, en el Monumento 1 de Chalcatzingo y en el Mural C-1 de Oxtotitlán. En el caso de El Manatí, existe un fragmento de cerámica del tipo Bicromo diferencial tardío en el que se plasmó en su cara exterior una versión abstracta o esquematizada del monstruo de la tierra, la cual también está presente en vasijas de sitios como Tlatilco, La Bocas, entre otros. Así pues,

debido a la ubicuidad del monstruo de la tierra, es posible que los cinco lugares naturales analizados hayan sido considerados como la morada de éste y otros seres sobrenaturales asociados al agua, la lluvia y la fertilidad.

Si bien esta idea tiene mucho sentido, el Mural C-1 de Oxtotitlán y el Monumento 1 de Chalcatzingo sugieren que estos lugares naturales pudieron ser concebidos de diferente forma. Tal y como propuso Grove, la ubicación de Mural C-1 de Oxtotitlán hace pensar que la entrada de la Gruta Sur de Oxtotitlán simboliza la boca del monstruo de la tierra retratado en dicha pintura (1970: 31). Esta idea de la boca-cueva está representada en el Monumento 1 de Chalcatzingo, al igual que en esculturas como el Monumento 9 del mismo sitio y el Altar 5 de La Venta. Siguiendo las ideas de Grove y Gillespie, los seres sobrenaturales representados en los monumentos 1 y 9 de Chalcatzingo simbolizan una cueva en una montaña (2009: 63), por tanto es posible que la montaña fuera entendida como el cuerpo del monstruo de la tierra y la cueva como su boca. Asimismo, estos autores plantean que debido a que el monstruo de la tierra del Monumento 1 presenta bromelias las cuales crecen en las barrancas de Chalcatzingo, dicho ser sobrenatural “[...] is not a generic representation of a mythological place but is more likely Cerro Chalcatzingo itself.” (2009: 64). Así pues, es posible que la cueva de Oxtotitlán y el cerro Chalcatzingo hayan sido concebidos como seres vivos que visualmente fueron personificados a través de la imagen del monstruo de la tierra. Es Oxtotitlán el mejor ejemplo de una cueva en una montaña entendida como un ser sobrenatural. Si bien en el cerro Chalcatzingo no hay ni una sola cueva, este elemento natural pudo estar simbolizada materialmente a través de la topografía de hendidura en “V”, de la cual inicia el Drenaje El Paso y además posee abrigos rocosos. Tomando en cuenta que dentro del sistema de representación olmeca la hendidura en “V” es un rasgo distintivo de seres sobrenaturales, cabe la posibilidad de que el San Martín Pajapan también haya sido concebido como el monstruo de la tierra.

Adicionalmente, Grove argumenta que además de ser concebida como una cueva, la boca del monstruo de la tierra representada en imágenes como la del Monumento 1 de Chalcatzingo, está relacionada simbólicamente con entradas a la tierra y al inframundo (2000: 287-289). En este sentido, es posible que Chalcatzingo, Oxtotitlán y San Martín Pajapan fueran considerados como

espacios liminales que conectaban el mundo terrenal o material con lugares mitológicos. Al respecto, Gillespie señala que los monstruos de la tierra de los monumentos 1 y 9 de Chalcatzingo tienen una forma cuadrifolia o cruciforme que representa un cosmograma, en el que la boca de dicho ser constituye el centro de la tierra o *axis mundi* (1993: 74-75). Por su parte, en Oxtotitlán la pintura 1-a constituye un cosmograma en el que ahora el *axis mundi* es un círculo negro con un rostro humano en su interior, que a mi parecer representa una cueva. En el cosmograma del hacha y de la máscara de Arroyo Pesquero, los rumbos del cosmos están marcados con elementos rectangulares hendidos en “V”, y en el *axis mundi* está constituido por personaje humano yuxtapuesto con el monstruo de la tierra. Por último, en el monumento del San Martín Pajapan los extremos de los cosmogramas están hendidos en forma de “V”, es por la presencia de éstos en el cetro que Schele propuso que este monumento simboliza el levantamiento del árbol o polo en el centro del cosmos (1995: 108). De tal forma, dentro de los simbolismos de estos lugares naturales se observa una relación entre la boca-cueva del monstruo de la tierra, la hendidura en “V” y el espacio cosmológico de mayor importancia, es decir, el *axis mundi*.

A diferencia de los demás sitios, en El Manatí tal relación simbólica no está visualmente expresada. No obstante, en las ofrendas del cercano sitio de La Merced se colocó una escultura (Monumento 1) que muestra un ser sobrenatural con la frente hendida en “V” que se posiciona como el *axis mundi*, lo cual se infiere por la presencia de elementos igualmente hendidos distribuidos de forma cuatripartita sobre su rostro. Debido a que las ofrendas de La Merced son contemporáneas y similares a las de El Manatí, no hay que descartar la posibilidad de que este último sitio también haya estado asociado con los mismos simbolismos cosmológicos.

Los lugares naturales, en tanto seres sobrenaturales, pudieron ser considerados como poseedores de cualidades sagradas. La temática principal de Grupo I-A de Chalcatzingo consiste en animales sobrenaturales que con su aliento producen nubes y por consiguiente propician las lluvias. Asimismo, están asociados con plantas y en el caso del monstruo de la tierra del Monumento 1, uno de sus rasgos distintivos son las bromelias que posiblemente hacen alusión a la fertilidad. Así pues, los lugares naturales analizados posiblemente fueron considerados como agentes propiciadores de

las lluvias y fertilidad, cualidades que se manifestaban a través de la formación o intensificación del cuerpo de agua que caracteriza a cada uno de ellos.

Por último, tal y como hemos mencionado, varias de las manifestaciones gráficas de estos rasgos del paisaje de relevancia simbólica parecen representar sucesos mitológicos e históricos que eran ritualmente recreados. Algunos ejemplos de esto son los monumentos del Grupo I-B de Chalcatzingo, en donde se plasmaron escenas de animales sobrenaturales atacando o devorando a seres humanos, y el Monumento 1 de Chalcatzingo así como el monumento de San Martín Pajapan, en los cuales se retrataron a individuos, posiblemente ancestros, realizando actividades trascendentales. La colocación de estos monumentos en el volcán San Martín Pajapan y en el cerro Chalcatzingo, indica que estos lugares fueron o hacían referencia al escenario en el que ocurrieron los sucesos mitológicos e históricos representados.

Retomando el tercer objetivo particular se puede decir que los cinco lugares naturales analizados están entrelazados en diversas capas de simbolismos. Así pues, estos lugares pudieron ser concebidos como aberturas de la tierra de las que brota agua; como seres sobrenaturales con cualidades sagradas o bien como la morada de éstos; y como espacios liminales que conducían a lugares mitológicos como el inframundo. Por otro lado, posiblemente también funcionaron como referentes materiales de sucesos mitológicos e históricos, de arquetipos como el complejo cerro-agua o la hendidura en “V”, y de espacios cosmológicos como el *axis mundi*.

9.2 Comentarios finales

En el segundo capítulo de la presente investigación se planteó la hipótesis de que la presencia de agua en cada uno de los lugares naturales analizados pudo ser entendida como hierofanias, que propiciaron la sacralización y la realización de prácticas rituales en estos lugares. Tras haber finalizado el trabajo comparativo propuesto considero que esta hipótesis no puede ser del todo sostenida. En primer lugar, se debe aclarar que los cuerpos de agua no fueron las únicas características trascendentales del aspecto sagrado de estos lugares. Con excepción de Arroyo Pesquero, en los demás sitios las elevaciones del terreno fueron otros elementos naturales sacralizados, que en conjunto con los cuerpos de agua funcionaban como un referente del complejo

simbólico cerro-agua y de espacios cosmológicos. Dentro de este complejo simbólico las cuevas eran un elemento adicional que al parecer fueron consideradas como lugares de donde surge agua, que si bien solo están presentes de forma material en Oxtotitlán, en los otros sitios existen manifestaciones gráficas que hacen alusión a ellas. Ejemplo de esto es el Monumento 1 de Chalcatzingo en el cual la cueva en relación con el cerro está personificada como un animal sobrenatural, lo cual conlleva a pensar que los lugares naturales analizados fueron concebidos como seres vivos que eran agentes primordiales de la propiciación de lluvia y fertilidad. En segundo lugar, la asociación de cuerpos de agua y elevaciones del terreno está presente en otros lugares naturales en los que no hay vestigios arqueológicos que den cuenta de su carácter sagrado, por tal motivo estas características no fueron los únicos elementos que hicieron de los cinco sitios analizados rasgos del paisaje con relevancia simbólica. De tal forma, además de las características naturales mencionadas, debió existir otros aspectos sociales e históricos que influyeron en la sacralización y uso ritual de estos sitios.

En la hipótesis inicial de este trabajo de investigación también se propuso que los cinco lugares naturales analizados tenían un carácter religioso y político consistente en rituales asociados al agua, a la lluvia, a la fertilidad, a aspectos cosmológicos y al poder social, en los cuales los seres humanos buscaron entrar en contacto directo con seres y entes sobrenaturales. Una de las principales evidencias observadas a través del análisis comparativo acerca de la asociación con el agua, la lluvia y fertilidad, es obviamente la presencia de cuerpos de agua que funcionaban como nodos o ejes alrededor de los cuales se distribuyen los materiales arqueológicos. Al ser concebidos como seres sobrenaturales con cualidades sagradas o bien como la morada de éstos, es factible pensar que estos lugares naturales eran fuentes de poder religioso y político en las que ciertos individuos se atribuían y reafirmaban atributos y cualidades propias de dichos seres sobrenaturales. De tal forma, en sus manifestaciones gráficas está marcada visualmente la relación entre individuos ataviados con importantes insignias, seres sobrenaturales y espacios cosmológicos. Esta temática se observa en los tronos olmecas de San Lorenzo y La Venta, los cuales fueron utilizados como mecanismos de legitimación y justificación del poder de los gobernantes. Además de dicha temática, en los

asentamientos con vestigios olmecas se construyeron espacios arquitectónicos que simulan las características formales de los lugares naturales al igual que los rituales realizados en éstos, ejemplo de ello es el Montículo C-1 y el Complejo A de La Venta. Debido a la cronología establecida para las ofrendas de El Manatí y las pinturas de Oxtotitlán, no cabe duda de que los lugares naturales del paisaje con relevancia simbólica son los antecedentes y prototipos de los espacios rituales construidos por los grupos adscritos al sistema político-religioso olmeca.

Así pues, es posible que estos y otros lugares naturales fueran importantes agentes sociales que funcionaban como la base o referente material de creencias y prácticas culturales durante el horizonte olmeca. Si bien la biografía de estos rasgos del paisaje estaba constituida principalmente por actividades rituales, hay evidencias que señalan la realización de actividades de tipo económicas, tales como la extracción de materias primas de El Manatí y Chalcatzingo. Asimismo, existen evidencias que indican que después de la caída de los centros regionales del Preclásico Medio y del desuso del sistema de representación olmeca, varios de los lugares naturales analizados continuaron siendo espacios sagrados de uso ritual, que como parte de procesos de resignificación y reapropiación pudieron ser considerados por individuos de periodos posteriores como elementos ancestrales.

En lo personal, el presente trabajo de investigación fue un fructífero proceso de aprendizaje acerca de la relación ser humano-paisaje, que además de haberme ayudado a cumplir en la medida de lo posible con los objetivos planteados, me permitió observar nuevas interrogantes que deben ser resueltas para poder desarrollar una explicación más satisfactoria de la forma en que ciertos lugares naturales fueron incorporados a la esfera sociocultural de los grupos preclásicos partícipes del sistema político-religioso olmeca. Una de las interrogantes que atrajo mi atención y despertó un gran interés de efectuar una futura investigación al respecto, es la incógnita de quienes fueron los responsables de la elaboración del Monumento del San Martín Pajapan y de su erección en la cima de dicho volcán.

10. Bibliografía

- Acosta Ochoa, (2012) *Hachas, milpas y pantanos. Subsistencia agrícola, control de recursos y sociedad clasista en La Venta, Tabasco (1150-400 a.C.)*, Ciudad de México, Scientia Nostrum.
- Agüero Tepetla, Dafne, (2012) *La Gorila de piedra. Análisis comparativo del contexto arqueológico del monumento 6 de Piedra Labrada, Ver.*, tesis de licenciatura, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, (1965) *Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl*, tomo I, Ciudad de México, publicada y anotada por Alfredo Chavero, Editora Nacional Edinal.
- Angulo V., Jorge, (1987) "The Chalcatzingo Reliefs: An Iconographic Analysis", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 132-158.
- (1988) "Siete sistemas de aprovechamiento de hidráulico localizados en Chalcatzingo", en: *Arqueología*, no. 2, Ciudad de México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, pp. 37-84.
- Angulo V., Jorge y David C. Grove, (2004) "Monumentos de Chalcatzingo: catálogo y comentarios", en: Jorge Angulo y David. C. Grove, *Informes preliminares de las tres temporadas de campo realizadas en Chalcatzingo, Morelos entre 1972 y 1974*, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Apostolides, Alex, (1987) "Chalcatzingo Painted Art", en: Grove, David C. (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 171-199.
- Backes, Clarus J. Jr., David Cheetham and Hector Neff, (2012) "The Color of Influence: A Provenance Study of Hematite-Based Paints on Early Olmec Carved Pottery", en: *Latin American Antiquity*, vol. 23, no. 1, Society for American Archaeology, pp. 70-92.
- Barba Macías, E., J. Rangel Mendoza y R. Ramos Reyes, (2006) "Clasificación de los humedales de Tabasco mediante sistemas de información geográfica", en: *Universidad y ciencia*, vol. 22, no. 002, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp- 101-110.
<http://fcm.ens.uabc.mx/~georges/SIG->

[OCEANO/articulo/ 2NDO%20HUMEDALES%20DE%20TABASCO.pdf](#),

consultado el 6 de agosto del 2016.

- Belcher, George, (2012) Exploring the Arroyo Pesquero Olmec Site in Southern Veracruz State, Mexico, reporte inédito en línea, Fullerton, California State University.
- Benson, Elizabeth P. y Beatriz de la Fuente (eds.), (1996) *Olmec Art of Ancient Mexico*, Washington, D.C., National Gallery of Art.
- Bernal, Ignacio, (1968) *El Mundo Olmeca*, Ciudad de México, Porrúa.
- Bernard, Henri Noël, (2013-2014) *Sculpture portable en Pierre de Style Olmèque dans les collections d'Europe*, tesis de maestría, París, Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne.
- Berrin Kathleen y Virginia M. Fields (eds.), (2011) *Obras colosales del mundo olmeca*, Ciudad de México, INAH.
- Beyer, Hermann, (1927) “[Frans Blomm y Oliver La Farge]: Tribes and Temples. A record of the Expedition to Middle America conducted by the Tulane University of Louisiana in 1925”, en: *El México Antiguo: revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia Antigua y lingüística mexicanas*, tomo II, no. 11-12, Ciudad de México, pp. 305-313.
- Blom, Frans y Oliver La Farge, (1926) *Tribes and Temples*, vol. 1, Nueva Orleans, The Tulane University of Louisiana.
- Blomster, Jeffrey P., Hector Neff y Michael D. Glascock, (2005) “Olmec Pottery Production and Export in Ancient Mexico Determined Through Elemental Analysis”, en: *Science*, vol. 307, pp. 1068-1072.
- Borstein, Joshua A., (2001) *Tripping over Colossal Heads: Settlement Patterns and Population Development in the Upland Olmec Heartland*, tesis doctoral, State College, Pennsylvania State University.
- Bozada, Lorenzo y Margarito Páez, (1986) *La fauna acuática del río Tonalá*, vol. VII, Serie medio ambiente en Coatzacoalcos, Ciudad de México, Centro de Ecodesarrollo, Universidad Veracruzana.
- Bradley, Richard, (2000) *An Archaeology of Natural Places*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Budar Jiménez, Lourdes, (2016) “El corredor costero del volcán de Santa Marta, el otro lado de Los Tuxtlas”, en: Lourdes Budar Jiménez y Philip

- J. Arnold III (eds.), *Arqueología de Los Tuxtlas. Antiguos paisajes, nuevas miradas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 73-92.
- Bugé, David Edward, (1978) *Agricultural Strategy and Cultural Transformation: An Ecological Study of Prehistoric and Modern Chalcatzingo, Morelos, México*, tesis de doctorado, Champaign, University of Illinois at Urbana-Champaign.
- (1987) “Plant Ecology and Paleoecology”, en: Grove, David C. (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 14-20.
- Cabrera Guerrero, Martha, (2014) “La pintura 1 de la gruta de Juxtlahuaca, Guerrero: ilusiones visuales y un rito olmeca a la fecundidad”, en: *VI Mesa redonda. El conocimiento antropológico e histórico sobre Guerrero*, Taxco, Centro INAH Guerrero, pp. 1-17.
- Campos C., Adolfo, (2004) “El suelo”, en: Sergio Guevara, J. Laborde y G. Sánchez Ríos (eds.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Ver., Instituto de Ecología A.C. y Unión Europea, pp. 181-194.
- Canto Aguilar, Giselle y Victor M. Castro Mendoza, (2010) “Zazacatla in the Framework of Olmec Mesoamerica”, en: Julia Guernsey, J. E. Clark y B. Arroyo (eds.), *The Place of Stone Monuments: Context, Use, and Meaning in Mesoamerica’s Preclassic Transition*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, pp. 77-95.
- Caso, Alfonso, (1942) “Definición y extensión del complejo “Olmeca.””, en: *Mayas y Olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, Tuxtla Gutiérrez, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 43-46.
- Castillo-Campos, Gonzalo y Javier Laborde D., (2004) “La vegetación”, en: Sergio Guevara, J. Laborde y G. Sánchez Ríos (eds.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Ver., Instituto de Ecología A.C. y Unión Europea, pp. 231-269.
- Chavero, Alfredo, (1887) *México a través de los siglos*, tomo I, Ciudad de México, Ballezá, Espasa y Comp.^a editores.
- Clark, John E., (1990) “Olmecas, olmequismo y olmequización en Mesoamérica”, en: *Arqueología*, vol. 3, segunda época, Ciudad de México, Dirección de Arqueología del INAH, pp. 49-55.

- Clark, John E. y Mary E. Pye, (2000) "The Pacific Coast and the Olmec Question", en: John E. Clark y Mary E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, Washington, D.C., National Gallery of Art, pp. 217-251.
- Cleere, Henry, (1995) "Cultural landscapes as World Heiritage", en: *Conservation and Management of Archaeological Sites*, vol. 1, Maney Online, pp. 63-68, <http://www.maneyonline.com/doi/pdfplus/10.1179/135050395793137171>, consultado el 4 de febrero del 2016.
- Clewlow, C. William, Jr, (1970) "Comparison of Two Unusual Olmec Monuments", en: *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, Papers on Mesoamerican Archaeology, vol. 8, Berkeley, University of California, pp. 35-40, <http://dpq.lib.berkeley.edu/webdb/anthpubs/search?all=&volume=8&journal=4&item=4>, consultado el 1 de mayo del 2017.
- Clewlow, C. William, Jr. y Christopher R. Corson, (1968) "Appendix II: New Stone Monuments from La Venta, 1968", en: *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, Papers on Mesoamerican Archaeology, vol. 5, Berkeley, University of California, pp. 171-182, <http://dpq.lib.berkeley.edu/webdb/anthpubs/search?all=&volume=5&journal=4&item=10>, consultado el 28 de septiembre del 2015.
- Coe, Michael D. y Richard A. Diehl, (1980a) *In the Land of the Olmec: The Archaeology of San Lorenzo Tenochtitlán*, vol. 1, Austin, University of Texas Press.
- (1980b) *In the Land of the Olmec: The Archaeology of San Lorenzo Tenochtitlán*, vol. 2, Austin, University of Texas Press.
- CONAGUA, (2009) *El Río Amatzinac: ciclos de vida*, Ciudad de México, <http://biblioteca.semarnat.gob.mx/janium/Documentos/211877.pdf>, consultado el 10 de febrero del 2017.
- (2015) *Atlas del agua en México 2015*, Ciudad de México, <http://www.conagua.gob.mx/CONAGUA07/Publicaciones/Publicaciones/ATLAS2015.pdf>, consultado el 30 de marzo del 2016.

- Cook de Leonard, Carmen, (1967) "Sculptures and Rock Carvings at Chalcatzingo, Morelos", en: *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, no. 3, Berkeley, University of California, pp. 57-84, <http://dpg.lib.berkeley.edu/webdb/anthpubs/search?all=&volume=3&journal=4&item=4>, consultado el 27 de agosto del 2015.
- Córdova Tello, Mario y Jaime F. Reséndiz M., (2004) *Informe de la temporada 2004 en Chalcatzingo, Morelos*, Ciudad de México, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Córdova Tello, Mario, Carolina Meza Rodríguez, J. Cuauhtli A. Medina Romero, Miguel Ángel Guadarrama Figueroa, Leonel I. López Alba, Omar Espinoza Severino, Gilberto Buitrago Sandoval, Olga Lucía González Correa y Valeria Villalvazo Valtierra, (2011) *Informe Chalcatzingo 2011*, Ciudad de México, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Cosgrove, Denis E., (1984) *Social Formation and Symbolic Landscape*, Londres, Croom Helm.
- Covarrubias, Miguel, (1942) "Origen y Desarrollo del Estilo Artístico Olmeca.", en: *Mayas y Olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, Tuxtla Gutiérrez, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 46-49).
- (1961) *Arte indígena de México y Centroamérica*, Ciudad de México, UNAM.
- Criado Boado, Felipe, (1999) "Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje", en: *Capa*, núm. 6, Santiago de Compostela, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 1-82.
- Cruz Flores, Sandra, (2000) *Cuevas con ocupación prehispánica en el Norte de México: dos estudios de caso en el sureste de Durango*, tesis de maestría, Ciudad de México, IIA-UNAM.
- (2003) Informe de los trabajos de conservación y restauración de las pinturas rupestres del sitio arqueológico de Oxtotitlán, municipio de Chilapa, Guerrero. Primera Temporada de trabajo, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.

- (2005) Proyecto de conservación integral del sitio de pinturas rupestres de Oxtotitlán, municipio de Chilapa, Guerrero. Informe de la tercera temporada de trabajos de campo, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Cyphers, Ann, (1997) “El contexto social de monumentos en San Lorenzo”, en: Ann Cyphers (coord.), *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*, Ciudad de México, IIA-UNAM, pp. 163-194.
- (1999) “From Stone to Symbols: Olmec Art in Social Context at San Lorenzo Tenochtitlán”, en: David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, pp.155-181.
- (2004) *Escultura olmeca de San Lorenzo Tenochtitlán*, Ciudad de México, IIA-UNAM.
- (2008) “Los tronos olmecas y la cambiante configuración de poder”, en: Ann Cyphers y Kenneth G. Hirth (eds.), *Ideología política y sociedad en el periodo formativo: ensayos homenaje al doctor David C. Grove*, Ciudad de México, IIA-UNAM, pp. 311-341.
- (2012) *Las bellas teorías y los terribles hechos: controversias sobre los olmecas del Preclásico inferior*, Ciudad de México, IIA-UNAM.
- Cyphers, Ann, Alejandro Hernández-Portilla, Marisol Varela-Gómez y Lilia Grégor-López, (2006) “Cosmological and Sociopolitical Synergy in Preclassic Architectural Complexes”, en: Lisa J. Lucero y Barbara W. Fash (eds.), *Precolumbian Water Management: Ideology, Ritual, and Power*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 17-32.
- Cyphers, Ann y David C. Grove, (1987) “Chronology and Cultural Phases at Chalcatzingo”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 56-62.
- Cyphers, Ann y Judith Zurita Noguera, (2006) “A Land That Tastes of Water”, en: Lisa J. Lucero y Barbara W. Fash (eds.), *Precolumbian Water Management: Ideology, Ritual, and Power*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 33-50.
- Cyphers, Ann y Judith Zurita Noguera y Marci Lane Rodríguez, (2013) *Retos y riesgos en la vida olmeca*, Ciudad de México, IIA-UNAM.

- De la Fuente, Beatriz, ([1981] 2004a) "Toward a Conception of Monumental Olmec Art", en: *El arte olmeca, Obras; Tomo 3*, Ciudad de México, El Colegio Nacional, pp. 113-130.
- (1994) "Arte monumental olmec", en: John E. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, Ciudad de México, Ediciones del Equilibrista S.A. de C.V., Tuner Libros, pp. 203-221.
- ([1975] 2004b) "Cabezas colosales olmecas", en: *El arte olmeca, Obras; Tomo 3*, Ciudad de México, El Colegio Nacional, pp. 193-264.
- ([1973] 2007) "Escultura monumental olmeca: Catálogo", en: *El arte olmeca, Obras; Tomo 4*, Ciudad de México, El Colegio Nacional.
- (2008) "¿Puede un estilo definir una cultura?", en: María Teresa Uriarte y Rebecca B. González Lauck (eds.), *Olmeca: balance y perspectivas. Memoria de la primera mesa redonda*, tomo I, Ciudad de México, IIE-UNAM, INAH, CONACULTA, Universidad Brigham Young, pp. 25-37.
- ([1977] 2009) "Los Hombres de Piedra, Escultura Olmeca", en: *El arte olmeca, Obras; Tomo 6*, Ciudad de México, El Colegio Nacional.
- Del Paso y Troncoso, Francisco, (1892) *Catálogo de la sección de México*, tomo I, Madrid, Exposición Histórico-Americana de Madrid.
- Diehl, Richard A. y Michael D. Coe, (1995) "Olmec Archaeology", en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 11-26.
- Drucker Philip, (1943) *Ceramic Sequences at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*, Bulletin 140, Washington D.C., Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology.
- Drucker Philip, Robert F. Heizer y Robert J. Squier, (1959) *Excavations at La Venta Tabasco, 1955*, Bureau of American Ethnology Bulletin 179, Washinton D.C., Smithsonian Institution.
- Ekholm, Susana M., (1998) *El grabado rupestre olmeca de Xoc, Chiapas*, Ciudad de México, UNAM.
- FAO (Food and Agriculture Organization of the United Nations), (2014) *World reference base for soil resources 2014*, Roma, <http://www.fao.org/3/a-i3794e.pdf>, consultado el 27 de marzo del 2016.

- Fash, William Jr., (1987) "The Altar and Associated features", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 82-94.
- Fillooy Nadal, Laura, Diana Magaloni Kerpel, José Luis Ruvalcaba Sil y Ricardo Sánchez Hernández, (2013) "Las materias primas utilizadas para la manufactura de las figurillas y hachas de la Ofrenda 4 de La Venta: caracterización y fuentes de origen", en: Diana Magaloni Kerpel y Laura Fillooy Nadal (coords.), *La Ofrenda 4 de La Venta. Un tesoro olmeca reunido en el Museo Nacional de Antropología, estudios y catálogo razonado*, Ciudad de México, INAH, pp. 103-127.
- Flannery, Kent V. y Joyce Marcus, (1994) *Early Formative Pottery of the Valley of Oaxaca, Mexico*, Ann Arbor, University of Michigan.
- Fowler, Chris, (2004) *The Archaeology of Personhood. An Anthropological Approach*, Londres, Routledge.
- Freidel David A., (1995) "Preparing the Way", en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 3-10.
- Fries, Carl Jr, (1956) "Bosquejo geológico de la región entre Ciudad de México y Acapulco, Gro.", en: *Geología a lo largo de la carretera entre México D.F. y Acapulco, Gro. Vía Taxco, Gro. y Chilpancingo, Gro. Geología de los alrededores de Acapulco, Gro. Los yacimientos de dolomita de El Ocotito, Gro.*, Ciudad de México, Congreso Geológico Internacional, pp. 7.53.
- Fuentes Mariles, Óscar Arturo, F. De Luna Cruz, J. A. Cruz Geron, J. A. Sánchez Cruz, H. L. Morales Rodríguez, D. A. Hernández Aguilar, J. E. Eb Pareja y A. Morales Zamacona, (2010), "Revisión Hidráulica mediante simulación matemática del flujo en los ríos Tonalá, Zanapa, Blasillo y Naranjeño", en: *Plan Hídrico Integral de Tabasco (PHIT)-Tercera Etapa 2010*, Ciudad de México, CONAGUA, Instituto de Ingeniería-UNAM, pp. 2-188.
- Furst, Peter T., (1968) "The Olmec Were-Jaguar Motif in The Light of Ethnographic Reality", en: Elizabeth P. Beson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 143-174.

- (1995) “Shamanism, Transformation, and Olmec Art”, en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 69-81.
- García de León, Antonio, (1969) “El universo de lo sobrenatural entre los nahuas de Pajapan, Veracruz”, en: *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 8, pp. 279-311.
- Garibay K., Angel Ma., (2006) “Vocabulario”, en: *Historia general de las cosas de Nueva España*, Ciudad de México, Editorial Porrúa, pp.885-935..
- Gay, Carlo T. E., (1967) “Oldest Paintings of the World”, en: *Natural History*, vol. LXXVI, no. 4, Nueva York, pp. 28-35.
- Geissert K., Daniel, (2004) “La Geomorfología”, en: Sergio Guevara, J. Laborde y G. Sánchez Ríos (eds.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Ver., Instituto de Ecología A.C. y Unión Europea, pp. 159-180.
- Gillespie, Susan D, (1994) “Llano del Jicaro. An Olmec monument workshop”, en: *Ancient Mesoamerica*, 5(2), Crambridge University Press, pp. 231-242.
- Goman, Michelle y Roger Byrne, (1998) “A 5000-year record of agricultural and tropical forest clearance in the Tuxtlas, Veracruz, Mexico”, en: *The Holocene*, 8 (1), pp. 83-89.
- González Lauck, Rebecca B., (1994) “La Antigua ciudad olmeca en La Venta, Tabasco”, en: John E. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, Ciudad de México, Madrid, El Equilibrista, Turner Libros, pp. 93-112.
- (2010) “The Architectural Setting of Olmec Sculture Clusters at La Venta, Tabasco”, en: Julia Guernsey, John E. Clark y Barbara Arroyo (eds.), *The Place of Stone Monuments: Context, Use, and Meaning in Mesoamerica’s Preclassic Transition*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, pp. 129-148.
- González, Olga Lucía, Mario Córdova Tello y Gilberto Buitrago S., (2011) “El Monumento 41 o Triada de los Felinos”, en: *Arqueología Mexicana*, vol. XIX, núm. 111, Ciudad de México, INAH, Editorial Raíces, pp. 18-23.
- González Soriano, Enrique, Rodolfo Dirzo y Richard C. Vogt, (1997) *Historia natural de Los Tuxtlas*, Ciudad de México, UNAM, CONABIO.
- Griffin, Gillett, (1967) “Cave Trip Discloses Earliest American Art”, en. *University*, vol. 34, no. 1, Princeton, Princeton University, pp. 14-17.

- Grove, David C., (1970) *Los murales de la Cueva de Oxtotitlán, Acatlán, Guerrero*, Ciudad de México, INAH.
- (1973) “Olmec altars and myths”, en: *Archaeology*, vol. 26, pp. 128-135.
- (1984) *Chalcatzingo: Excavations on the Olmec Frontier*, London, Thames and Hudson.
- (1987a) “Introduction”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 1-5.
- (1987b) “Miscellaneous Bedrock and Boulder Carvings”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 159-170.
- (1987c) “Raw Materials and Sources”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 376-386.
- (1987d) “Comments on the Site and Its Organization”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 420-433.
- (1987e) “Chalcatzingo in a Broader Perspective”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 434-414.
- (1989a) “Olmec: what’s in a name?”, en: R. J. Sharer y D. C. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 8-14.
- (1989b) “Chalcatzingo and its Olmec Connection”, en: R. J. Sharer y D. C. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 122-147.
- (1999) “Public Monuments and Sacred Mountains: Observations on Three Formative Period Sacred Landscapes”, en: David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 255-299.
- (2000) “Faces of the Earth at Chalcatzingo, Mexico: Serpents, Caves, and Mountains in Middle Formative Period Iconography”, en: John E. Clark y Mary E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, Washington, D.C., National Gallery of Art, pp. 277-295.
- (2007) “Cerros sagrados olmecas. Montañas en la cosmovisión mesoamericana”, en: *Arqueología Mexicana*, vol. XV, núm. 87, Ciudad de México, INAH, Editorial Raíces, pp. 30-35.

- (2014) *Discovering the Olmecs: An Unconventional History*, Austin, University of Texas Press.
- (s.f.) *The Middle Preclassic Period Paintings of Oxtotitlán, Guerrero*, FAMSI, <http://www.famsi.org/research/grove/>, consultado el 2 de marzo del 2017.
- Grove, David C. y Ann Cyphers Guillén, (1987) "The Excavations", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 21-55.
- Grove, David C. y Jorge Angulo V., (1987) "A Catalog and Description of Chalcatzingo's Monuments", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 114-131.
- Grove, David C., Kenneth H. Hirth y David E. Bugé, (1987) "The Physical and Cultural Setting", en: Grove, David C. (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 8-13.
- Grove, David C. y Susan D. Gillespie, (2009) "People of the Cerro. Landscape, Settlement, and Art at Middle Formative Period Chalcatzingo" en: William L. Fash y Leonardo López Luján (eds.), *The Art of Urbanism: How Mesoamerican Kingdoms Represented Themselves in Architecture and Imagery*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, Harvard University, pp. 53-76.
- Guevara S., Sergio, (2011) *Los Tuxtles. Tierra mítica*, Xalapa, Ver., Secretaría del Gobierno del Estado de Veracruz, Universidad Veracruzana.
- Guevara S., Sergio, Javier Laborde D. y Graciela Sánchez-Ríos, (2004) "Introducción", en: Sergio Guevara, J. Laborde y G. Sánchez Ríos (eds.), *Los Tuxtles. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Ver., Instituto de Ecología A.C. y Unión Europea, pp. 18-26.
- Gutiérrez, Gerardo y Mary E. Pye, (2016) "Los Gobernadores de Techan, Guerrero. Anatomía de una cueva del Preclásico Medio en Guerrero", en: *Arqueología Mexicana*, vol. XXIV, núm. 142, Ciudad de México, Editorial Raíces, pp. 76-83.
- Guzmán, Eulalia, (1934) "Los relieves de las rocas del cerro de la Cantera, Jonacatepec, Mor.", en: *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, época 5a, tomo II, Ciudad de México, Secretaría de Educación Pública, pp. 237-251.

- Heidegger, Martin, (1953) *Ser y Tiempo*, séptima edición, Rivera Jorge Eduardo (traductor), Universidad de ARCIS, http://www.magonzalezvalerio.com/textos/ser_y_tiempo.pdf, consultado el 20 de octubre del 2015.
- Heizer, Robert F., John A. Graham y Lewis K. Napton, (1968) "The 1968 Investigations at La Venta", en: *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility, Papers on Mesoamerican Archaeology*, Berkeley, University of California, pp. 127-154. <http://dpg.lib.berkeley.edu/webdb/anthpubs/search?all=&volume=5&journal=4&item=8>, consultado el 14 de diciembre del 2016.
- Heizer, Robert F., Philip Drucker y John Graham, (1968) "Investigaciones de 1967 y 1968 en La Venta", en: *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 33, Ciudad de México, INAH, pp. 21-28.
- Hirsch, Eric, (1995) "Landscape: Between Place and Space", en: Eric Hirsch y Michael O'Hanlon (eds.), *The Anthropology of Landscape: Perspectives on Place and Space*, Oxford, Oxford University Press, pp. 1-30.
- Hirth, Kenneth G., (1974) *Precolumbian Population Development along the Rio Amatzinac: the Formative through Classic Periods in Eastern Morelos, México*, tesis de doctorado, Milwaukee, University of Wisconsin.
- (1987a) "Formative Period Settlement Patterns in the Río Amatzinac Valley", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 343-367.
- (1987b) "Appendix H. Río Amatzinac Survey: Site Descriptions", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 509-524.
- (1947) *Historia Tolteca – Chichimeca. Anales de Quauhtinchan*, versión preparada y anotada por Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendon, Ciudad de México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos.
- Holser, Dorothy, Sandra L. Burkett y Michael J. Tarkanian, (1999) "Prehistoric Polymers: Rubber Processing in Ancient Mesoamerica", en: *Science*, vol. 284, no. 5422, pp. 1988-1991.
- Ibarra-Maanríquez, Guillermo, Miguel Martínez-Ramos, Rodolfo Dirzo y Juan Núñez-Farfán, (1997) "La vegetación", en: Enrique González Soriano,

- Rodolfo Dirzo y Richard C. Vogt (eds.), *Historia natural de Los Tuxtlas*, Ciudad de México, UNAM, CONABIO, pp. 61-85.
- Ibarra-Manríquez, Guillermo, Mariana Martínez-Morales y Guadalupe Cornejo-Tenorio, (2015) *Frutos y semillas del bosque tropical perennifolio: región de Los Tuxtlas, Veracruz*, Ciudad de México, CONABIO.
- Ingold, Tim, (2000) *The Perception of the Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Iwaniszewski, Stanislaw, (2011) “El paisaje como relación”, en: Stanislaw Iwaniszewski y Silvina Vigliani (coords.), *Identidad, paisaje y patrimonio*, Ciudad de México, INAH, ENAH, CONACULTA, pp. 23-37.
- Jaime Riverón, Olaf, (2003) *El hacha olmeca: biografía y paisaje*, tesis de maestría, Ciudad de México, IIA-UNAM.
- (2010) “Olmec Greenstone in Early Formative Mesoamerica: Exchange and Process of Production”, en: *Ancient Mesoamerica*, vol. 21, Issue 1, Cambridge University Press, pp. 123-133, http://journals.cambridge.org/abstract_S095653611000009X, consultado el 23 de octubre del 2015.
- (2012) “Los orígenes del microestado en el sur de la Costa del Golfo: el caso de los olmecas durante el periodo Formativo”, en: Annick Daneels y Gerardo Gutiérrez Mendoza (eds.), *El poder compartido: ensayos sobre la arqueología de organizaciones políticas segmentarias y oligárquicas*, Ciudad de México, CIESAS, El Colegio de Michoacán, pp. 349-363.
- Jaime Riverón, Olaf, Dolores Tenorio Castilleros, Thoas Calligaro y Juan Carlos Cruz Campo, (2009) “A Study of Olmec Serpentine: Exchange, Production, Distribution, and Consumption during the Early and Middle Formative Period in Mesoamerica”, en: *Internet Archaeology*, Issue 26, York, University of York, <http://intarch.ac.uk/journal/issue26/21/5.html>, consultado el 23 de octubre del 2015.
- Jiménez Moreno, Wigberto, (1942) “Relación entre los olmecas, los toltecas y los mayas, según las tradiciones”, en: *Mayas y olmecas, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, Tuxtla Gutiérrez, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 19-23.

- Jiménez Salas, Oscar H., (1990) "Geomorfología de la región de La Venta, Tabasco: un Sistema fluvio-lagunar costero del cuaternario", en: *Arqueología*, vol. 3, segunda época, Ciudad de México, Dirección de Arqueología del INAH, pp. 5-16.
- Joralemon, Peter David, (1976) "The Olmec Dragon: A Study in Pre-Columbian Iconography", en: H. B. Nicholson (ed.), *Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica*, Los Angeles, UCLA, pp. 27-105.
- ([1971] 1990) *Un estudio e iconografía olmeca*, Xalapa, Textos Universitarios, Universidad Veracruzana.
- Killion, Thomas W. y Javier Urcid, (2001) "The Olmec Legacy: Cultural Continuity and Change in Mexico's Southern Gulf Coast Lowlands", en: *Journal of Field Archaeology*, vol. 28, no. 2, Taylor y Francis Ltd, pp. 3-25.
- Knapp, Bernard A. y Wendy Ashmore, (1999) "Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational", en: Wendy Ashmore y A. Bernard Kanpp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Oxford, Blackwell Publishers Ltd., pp. 1-30.
- Kruger, Robert P., (1996) *An Archaeological Survey in the Region of the Olmec, Veracruz, México*, tesis doctoral, Pittsburgh, University of Pittsburgh.
- (2005) *Proyecto Unidad Doméstica Rural Olmeca en San Carlos*, en línea, FAMSI, <http://www.famsi.org/reports/95101es/95101esKruger01.pdf>, consultado el 29 de marzo del 2016.
- Kunz, George F., (1890) *Gems and Precious Stones of North America*, Nueva York, The Scientific Publishing Company.
- Lambert, Arnaud F., (2006) Proyecto de documentación en el sitio de Chalcatzingo, Morelos P. A. 42/05. Informes de la investigación de Agosto 11-Agosto 26, 2005, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (2011) *Olmec-Style Art, Rock Art and Social Practice in the Complex Societies of Mesoamerica*, tesis doctoral, Waltham, The Faculty of the Graduate School of Arts and Sciences, Brandeis University.
- (2013) "Juxtlahuaca Redux", en: *The Post Hole*, núm. 26, York, University of York, pp. 7-15.

- Laverde Barajas, Miguel Angel, (2013) *Análisis integral de riesgo por inundación en la cuenca baja del río Tonalá*, tesis de maestría, Ciudad de México, UNAM.
- Lazos Chavero, Elena y Luisa Paré, (2006) *Miradas indígenas sobre una naturaleza "entristecida": percepciones del deterioro ambiental entre nahuas del sur de Veracruz*, Ciudad de México, UNAM, Editorial Plaza y Valdés.
- Lesure, Richard G., (2004) "Shared Art Style and Long-Distance Contact in Early Mesoamerica", en: J. A. Hendon y R. A. Joyce (eds.), *Mesoamerican Archaeology: Theory and Practice*, Oxford, Blackwell Publishing Ltd, pp. 73-96.
- Lombardo de Ruíz, Sonia, (1996) "El estilo teotihuacano en la pintura mural", en: Beatriz de la Fuente (coord.), *La pintura mural prehispánica en México*, vol. I (Teotihuacán), Tomo 2, Ciudad de México, IIE-UNAM, pp. 3-64.
- Loughlin, Michael L., (2012) *EL Mesón Regional Survey: Settlement Patterns and Political Economy in the Eastern Papaloapan Basin, Veracruz, Mexico*, tesis doctoral, Lexington, University of Kentucky.
- Love, Michael W., (1991) "Style and Social Complexity in Formative Mesoamerica", en: William R. Fowler Jr. (ed.), *The Formation of Social Complex Society in Southeastern Mesomerica*, Boca Raton, CRC Press, pp. 47-76.
- Magni, Caterina, (1995) "El simbolismo de la cueva y el simbolismo solar en la iconografía olmeca, México", en: Jean Duvignaud (ed.), *Cuicuilco. Territorios de lo imaginario*, vol. 1, núm. 3, Ciudad de México, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 89-126.
- Melgar, José M., (1869) "Antigüedades mexicanas", en: *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, segunda época, tomo I, Ciudad de México, Imprenta del Gobierno, pp. 292-297.
- (1871) "Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Hueyapam, del Cantón de Los Tuxtlas", en: *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, segunda época, tomo III, Ciudad de México, Imprenta del Gobierno, pp. 104-109

- Martín Arana, Raul, (1987) "Classic and Postclassic Chalcatzingo", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 387-399.
- Martin-Del Pozzo, Ana Lilian, (1997) "Geología", en: Enrique González Soriano, R. Dirzo y R. C. Vogt (eds.), *Historia natural de Los Tuxtlas*, Ciudad de México, UNAM, pp. 25-31.
- Martínez Donjuan, Guadalupe, (2008) "Teopantecuanitlán: algunas interpretaciones iconográficas", en: María Teresa Uriarte y Rebecca B. González Lauck (eds.), *Olmeca: balance y perspectivas. Memoria de la primera mesa redonda*, Ciudad de México, IIE-UNAM, INAH, CONACULTA, Universidad Brigham Young, pp. 333-355.
- (1942) *Mayas y Olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, Tuxtla Gutiérrez, Sociedad Mexicana de Antropología.
- McPeak, Joseph, Mary D. Pohl, Christopher L. von Nagy, Heather Hurst, Marvin W. Rowe, Eliseo F. Padilla Gutiérrez y Jon Russ, (2013) "Physicochemical Study of Black Pigments in Prehistoric Paints from Oxtotitlán Cave, Guerrero, México", en: R. A. Armitage y J. H. Burton (eds.), *Archaeology Chemistry VIII*, Washington D.C., American Chemical Society, pp. 123-143.
- Medellín Zenil, Alfonso, (1966) *Cuaderno de notas. Proyecto de rescate de la escultura de San Martín*, diario de campo, Xalapa, Archivo Técnico del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana.
- (1968) "El dios jaguar de San Martín", en: *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 33, Ciudad de México, INAH, pp. 9-16.
- (1971) *Monolitos olmecas y otros en el Museo de la Universidad de Veracruz*, Corpus Antiquitatum Americanensium, vol. 5, Ciudad de México, INAH.
- Merry de Morales, Marcia, (1987) "Burials as Indicators of Social Ranking", en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 95-113.
- Meza, Luis y José López García, (1997) "Vegetación y mesoclima de Guerrero", en: Nelly Diego-Pérez y Rosa María Fonseca (eds.), *Estudios*

- florísticos en Guerrero*, no. Especial 1, Ciudad de México, Facultad de Ciencias de la UNAM, pp. 3-53.
- Navarrete Hernández, Mario, (1966) *Diario de campo e informe que se rinden al instituto de antropología de la Universidad Veracruzana, de la exploración y arqueología de rescate en San Martín Pajapan*, edo. de Veracruz, informe mecanoescrito.
- Nelson, Stephen A. y Erika González-Caver, (1992) "Geology and K-Ar dating of the Tuxtla Volcanic Field, Veracruz, Mexico", en: *Bulletin of Volcanology*, 55(8), Springer-Verlag, pp. 85-96.
- Nelson, Stephen A., Erika González-Caver y T. Kurtis Kyser, (1995) "Constraints on the origin of alkaline and calc-alkaline magmas from the Tuxtla Volcanic Field, Mexico", en: *Contributions of Mineral Petrology*, vol. 122, pp. 191-211.
- Nomland, Gladys A, (1932) "Proboscis Statue from the Isthmus of Tehuantepec", en: *American Anthropologist*, vol. 34, pp. 591-593.
- Olsen, Bjørnar, (2010) *In Defense Of Things*, Plymouth, AltaMira Press.
- Ortiz Brito, Alberto, (2013) *Variabilidad en esculturas olmecas con temas similares*, tesis de licenciatura, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana.
- Ortiz Ceballos, Angel y Joel Zavala Cruz, (2012) "Uso actual del suelo en la cuenca baja del río Tonalá", en: Joel Zavala Cruz y Eustolia García López (eds.), *Suelo y vegetación de la cuenca baja del río Tonalá*, H. Cárdenas, Colegio de Postgraduados, pp.125-144.
- Ortiz Ceballos, Ponciano, (1975) *La cerámica de Los Tuxtlas*, tesis de maestría, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- (1978) "La cerámica blanco y negro por cocción diferencial en Tres Zapotes, Santiago Tuxtla, Veracruz, México y sus implicaciones espacio-temporales", en: *Cuadernos Antropológicos*, no. 1, Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, pp. 18-38.
- Ortiz Ceballos, Ponciano y María del Carmen Rodríguez M., (1989) Proyecto Manatí: segunda temporada de campo, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (1992) Proyecto Manatí. Informe de la temporada de campo de 1992, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.

- (1994) “Los espacios sagrados olmecas. El Manatí, un caso especial”, en: John E. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, Ciudad de México, Madrid, El Equilibrista, Turner Libros, pp. 69-91.
- (1995) Proyecto Manatí: informe técnico temporada 1994, informa técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (1996) Proyecto Manatí. Informe técnico de la temporada 1996, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (1998) Proyecto Manatí. Informe técnico de la temporada 1998, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (1999) “Olmec Ritual Behavior at El Manatí: A Sacred Space”, en: David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classical Mesoamerica*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, pp. 225-254.
- (2000) “The Sacred Hill of El Manatí: A Preliminary Discussion of the Site’s Ritual Paraphernalia”, en: John E. Clark y Mary E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, Washington, D.C., National Gallery of Art, pp. 75-93.
- Ortiz Ceballos, Ponciano, María del Carmen Rodríguez y Alfredo Delgado, (1997) *Las investigaciones arqueológicas en el Cerro Sagrado Manatí*, Xalapa, Universidad Veracruzana, INAH.
- Ortiz Ceballos, Ponciano, María del Carmen Rodríguez M. y Paul Schmidt Schoenberg, (1988) “El Proyecto Manatí, temporada 1988. Informe preliminar”, en: *Arqueología* 3, Ciudad de México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, pp. 141-154.
- Ortiz Ceballos, Ponciano, María del Carmen Rodríguez, Paul Schmidt, Alfredo Delgado, Lourdes Hernández, Luis Heredia, Ricardo Herrera, Eric O. Juárez, Jorge Bautista, César Corre, Julio Chan, Steve Nelson e Ignacio Montes, (1990) Proyecto Manatí. Informe final. Temporada 1989”, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Ortiz Ceballos, Ponciano, María del Carmen Rodríguez, Paul Schmidt, Alfredo Delgado, Lui Heredia, Lourdes Hernández, Inés Gheno, Eric O. Juárez, Jorge Bautista, Marta Osorio, Judith Zurita, César Correo, Julio Chán, Ignacio Montes, Daniel Nahmad y Ferroccio Asta, (1988) Proyecto Manatí, primera temporada 1988. Informe final de campo, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.

- Ortiz Pérez, Mario Artuto y Ann Cyphers, (1997) “La geomorfología y las evidencias arqueológicas en la región de San Lorenzo Tenochtitlán, Veracruz”, en: Ann Cyphers (coord.), *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*, Ciudad de México, IIA-UNAM, pp. 31-53
- Ortiz Pérez, Mario Arturo, Christina Siebe y Silke Cram, (2005) “Diferenciación ecogeográfica de Tabasco”, en: Joaquín Bueno, Fernando Álvarez y Silvia Santiago (Eds.), *Biodiversidad del Estado de Tabasco*, Ciudad de México, Instituto de Biología-UNAM, CONABIO, pp. 305-321.
- Panico, Francesco, (2008) *Mesoamérica olmeca: la cosmogonía del Preclásico Medio como código transcultural de comunicación*, tesis doctoral, Xalapa, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana.
- Paradis, Louise I., (1990) “Revisión del fenómeno olmeca”, en: *Arqueología*, vol. 3, segunda época, Ciudad de México, Dirección de Arqueología del INAH, pp. 33-40.
- Pedrozo-Acuña, Adrián, A. Ruiz de Alegria-Arzaburu, I. Mariño-Tapia, C. Enriquez y F. J. González Villareal, (2012) “Factors controlling flooding at the Tonalá river mouth (Mexico)”, en: *Journal of Flood Risk Management*, 1(5), pp. 226-244.
- Pérez Suárez, Tomás, (1997) “Los olmecas y los dioses del maíz en Mesoamérica”, en: Xavier Noguez y Alfredo López Austin (coords.), *De hombres y dioses*, Michoacán, El Colegio de Michoacán, El Colegio Mexiquense, pp. 17-58.
- Piña Chán, Román, (1955) *Chalcatzingo, Morelos*, Informe no. 4, Ciudad de México, Dirección de Monumentos Pre-Hispánicos, Instituto de Antropología e Historia.
- Pohl, Mary D., Kevin O. Pope y Christopher von Nagy, (2002) “Olmec Origins of Mesoamerican Writing”, en: *Science*, vol. 298, pp. 1984-1987.
- Pohl, Mary D., Christopher L. von Nagy, (2012) Proyecto sobre la escritura temprana. Arte, cosmovisión y símbolo en la evolución de la complejidad mesoamericana. Estudios de las cuevas de Oxtotitlán y Cahuaziziqui, Guerrero, México, primera temporada de campo, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.

- Pohl, Mary D., Kevin O. Pope, John G. Jones, John S. Jacob, Dolores R. Piperno, Susan D. deFrance, David L. Lentz, John A. Gifford, Marie E. Danforth y J. Kathryn Josserand, (1996) "Early Agriculture in the Maya Lowlands", en: *Latin American Antiquity*, vol. 7, no. 4, Society for American Archaeology, pp. 355-372.
- Pohorilenko, Anatole, (1990) *The structure and periodization of the Olmec representational system*, tesis de doctorado, New Orleans, Tulane University.
- (2008) "Cultura y estilo en el arte olmeca: ¿Un estilo, muchas culturas?", en: María Teresa Uriarte y Rebecca González Lauck (eds.), *Olmeca: balances y perspectivas. Memoria de la primera mesa redonda*, Ciudad de México, IIE-UNAM, INAH, CONACULTA, BYU, pp. 65-87.
- Ponce Jiménez, María del Pilar y David Morales Gómez, (2013) "Conservación de madera arqueológica de El Manatí, Veracruz y su exhibición en el Museo Regional Tuxteco", en: *Gaceta de Museos*, no. 56, Ciudad de México, INAH, pp. 24-27, <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/gacetamuseos/article/view/991/946>, consultado el 29 de marzo del 2016.
- Pool, Christopher A., (2000) "From Olmec to Epi-Olmec at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico", en: John E. Clark y Mary E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, Washington, D.C., National Gallery of Art, pp. 137-153.
- (2007) *Olmec Archaeology and Early Mesoamerica*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (2010) "Stone Monuments and Earthen Mounds: Polity and Placemaking at Tres Zapotes, Veracruz", en: Julia Guernsey, John E. Clark y Barbara Arroyo (eds.), *The Place of Stone Monuments: Context, Use, and Meaning in Mesoamerica's Preclassic Transition*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 97-127.
- Pool, Christopher A. y Georgia Mudd Britt, (2000) "A Ceramic Perspective on the Formative to Classic Transition in Southern Veracruz, Mexico", en: *Latin American Antiquity*, vol. 11, no. 2, Society for American Archaeology, pp. 139-161.

- Pool, Christopher A., Philip J. Arnold III y Ponciano Ortiz Ceballos, (2016) “Las cronologías de radiocarbono y cerámicas de Matacapán”, en: Lourdes Budar Jiménez y Philip J. Arnold III (eds.), *Arqueología de Los Tuxtlas. Antiguos paisajes, nuevas miradas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 117-128.
- Pool, Christopher A. y Ponciano Ortiz Ceballos, (2008) “Tres Zapotes como centro olmeca: nuevos datos”, en: María Teresa Uriarte y Rebecca B. González Lauck (eds.), *Olmeca: balance y perspectivas. Memoria de la primera mesa redonda*, Ciudad de México, IIE-UNAM, INAH, CONACULTA, Universidad Brigham Young, pp. 425-443.
- Pope, Kevin O., Mary E. D. Pohl, John G. Jones, David L. Lentz, Christopher von Nagy, Francisco J. Vega, Irvy R. Quitmyer, (2001) “Origin and Environmental Setting of Ancient Agriculture in the Lowlands of Mesoamerica”, en: *Science*, vol. 292, pp. 1370-1373.
- Porter, James B., “Estelas celtiformes: un nuevo tipo de escultura olmeca y sus implicaciones para los epigrafistas”, en: *Arqueología*, núm. 8, Ciudad de México, Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, pp. 3-13.
- Powis, Terry G., (2009) *Investigación arqueológica sobre el origen de la bebida de cacao: la evidencia cerámica de las costas del Golfo y del Pacífico de México*, en línea, FAMSI, <http://www.famsi.org/reports/06047es/06047esPowis01.pdf>, consultado el 29 de marzo del 2016.
- Powis, Terry G., W. Jeffrey Hurst, María del Carmen Rodríguez, Ponciano Ortiz Ceballos, Michael Blake, David Cheetham, Michael D. Coe y John G. Hodgson, (2007) “Oldest chocolate in the New World”, en: *Antiquity*, vol. 81, Issue 314, Durham, Durham University, <http://www.antiquity.ac.uk/projgall/powis/>, citado el 28 de septiembre del 2015.
- (2008) “The Origins of Cacao Use in Mesoamerica”, en: *Mexicon*, vol. 30, no. 2, Múnich, Editorial Anton Saurwein, pp. 35-38.
- Prindiville, Mary y David C. Grove, (1987) “The Settlement and Its Architecture”, en: David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 63-81.

- Raab, L. Mark, Matthew A. Bost, Katherine Bradford y Brian A. Stokes, (2000) "Testing at Isla Alor in the La Venta Olmec Hinterland", en: *Journal of Field Archaeology*, vol. 37, pp. 257-270.
- Reilly III, F. Kent, (1995) "Art, Ritual, and Rulership in the Olmec World", en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 27-45.
- Rodríguez, María del Carmen y Ponciano Ortiz Ceballos, (2000) "A Massive Offerings of Axes at La Merced, Hidalgotitlán, Veracruz, México", en: John E. Clark y Mary E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, Washington D.C., National Gallery of Art, pp. 155-167.
- (2008) "Los asentamientos olmecas y preolmecas de la cuenca baja del río Coatzacoalcos, Veracruz", en: María Teresa Uriarte y Rebecca González Lauck (eds.), *Olmeca: balances y perspectivas. Memoria de la primera mesa redonda*, Ciudad de México, IIE-UNAM, INAH, CONACULTA, BYU, pp. 445-469.
- Rodríguez María del Carmen, Ponciano Ortiz Ceballos y Nisao Ogata, (s.f.) *El Proyecto Arqueológico Manatí y la propuesta de una reserva Eco-Arqueológica*, en línea, Universidad Veracruzana, http://www.uv.mx/ethnobotany/EI%20manati/el_manati/EI_Manati.html, citado el 25 de marzo del 2016.
- Russ, Jon, Mary D. Pohl, Chris L. von Nagy, Karen L. Steelman, Heather Hurst, Leonard Ashby, Paul Schmidt, Eliseo F. Padilla Gutiérrez y Marvin W. Rowe, (2017) "Strategies for ¹⁴C Dating the Oxtotitlán Cave Paintings, Guerrero, México", en: *Advances in Archaeological Practice*, 5(2), Society for American Archaeology, pp. 1-14.
- Rust, William F. y Barbara W. Leyden (1994) "Evidence of Maize Use at Early and Middle Preclassic La Venta Olmec Sites", en: Sissel Johannessen y Christine A. Hastorf (eds.), *Corn and Culture in the Prehistoric New World*, Boulder, San Francisco, Oxford, Westview Press, pp. 181-201.
- Rust, William F. y Robert J. Sharer, (1988) "Olmec Settlement Data from La Venta, Tabasco, Mexico", en: *Science*, vol. 242, pp. 102-104.
- Sahagún, Fray Bernardino de, (2006) *Historia general de las cosas de Nueva España*, Ciudad de México, Editorial Porrúa.

- Santley, Robert S. y Philip J. Arnold III, (1996) "Prehispanic Settlement Patterns in the Tuxtla Mountains, Southern Veracruz, Mexico", en: *Journal of Field Archaeology*, vol. 23, no. 2, Taylor y Francis Ltd., pp. 225-249.
- Santley, Robert S., Stephen A. Nelson, Bently K. Reinhardt, Christopher A. Pool, y Philip J. Arnold III, (2000) "When Day Turned to Night. Volcanism and the Archaeological Record from the Tuxtla Mountains, Southern Veracruz, Mexico", en: Garth Bawden y Richard Martin Reycraft (eds.), *Environmental disaster and the archaeology of human response*, Albuquerque, Maxwell Museum of Anthropology, University of New Mexico, pp. 143-162.
- Santos-Granero, Fernando, (2009) "Introduction. American Constructional Views of the World", en: Fernando Santos-Granero (ed.), *The Occult Life of Things. Native Amazonian Theories of Materiality and Personhood*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 1-29.
- Saville, Marshall H., (1929) "Votive Axes from Ancient Mexico", en: *Indian Notes*, vol. VI, Nueva York, Museum of the American Indian, Heye Foundation, pp. 266-299 y 335-342.
- Schapiro, Meyer, (1953) "Style", en: A. L. Kroeber (ed.), *Anthropology Today. An Encyclopedic Inventory*, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 287-312.
- Schele, Linda, (1995) "The Olmec Mountain and Tree of Creation in Mesoamerican Cosmology", en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 105-117.
- Schmidt Schoenberg, Paul, (2003a) Arqueología de Superficie Chilapa-Zitlala, Guerrero. Informe de la Primera Temporada de Campo, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (2003b) Surface Archaeology in the Chilapa-Zitlala Area of Guerrero, México, Season I, Crystal River, Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, <http://www.famsi.org/reports/02009/02009Schmidt01.pdf>, consultado el 22 de septiembre del 2015.

- (2004a) Arqueología de Superficie Chilapa-Zitlala, Guerrero. Informe de la Segunda Temporada de Campo, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (2004b) Surface Archaeology in the Chilapa-Zitlala Area of Guerrero, México, Seasons 2 and 3, Crystal River, Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, <http://www.famsi.org/reports/03015/03015Schmidt01.pdf>, consultado el 22 de septiembre del 2015.
- (2005) Arqueología de Superficie Chilapa-Zitlala, Guerrero. Informe de la Tercera Temporada de Campo, Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (2008) “El contexto de Oxtotitlan, Acatlán, Guerrero”, en: *Thule. Revista Italiana di Studi Americanistici*, vol. 22/23-24/25, Perugia, Centro Studi Americanistici Circolo Amerindiano Onlus, pp. 277-292.
- Seitz Rusell, Goerge Harlow. Virginia B. Sisson y Karl Taube, (2001) “Olmec Blue and Formative jade sources: new discoveries in Guatemala”, en: *Antiquity* 75, pp. 687-688.
- Seler, Eduard, (1906) “Die Monumente von Huilocintla im Canton Tuxpan, des Staates Vera Cruz”, en: *Quinzième Session de Congrès International des Américanistes*, tomo II, Quebec, Sussautl et Proulx Impremieus, pp. 381-389.
- Shufeldt, Robert W., (1872) *Reports of Explorations and Surveys, to ascertain the Practicability of a Ship-Canal between the Atlantic and Pacific Oceans, by the Way of the Isthmus of Tehuantepec*, Washington, D.C. Government Printing Office.
- Siemens, Alfred H. (2009) *Una manera de ver Los Tuxtlas. Paisaje de Mesoamérica*, Ciudad de México, CONABIO.
- Smith, Adam Thomas, (1996) *Imperial Archipelago: The Making of the Urtian Landscape in Southern Transcaucasia*, tesis doctoral, Tucson, The University of Arizona.
- Soto, Margarita, (2004) “El clima”, en: Sergio Guevara, J. Laborde y G. Sánchez Ríos (eds.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Ver., Instituto de Ecología A.C. y Unión Europea, pp. 195-198.

- Soto, Margarita y Lilly Gama, (1997) "Climas", en: Enrique González Soriano, R. Dirzo y R. C. Vogt (eds.), *Historia natural de Los Tuxtlas*, Ciudad de México, UNAM, pp. 7-23.
- Stirling, Matthew W., (1940) "Great Stone Faces of the Mexica Jungle", en: *The National Geographic Magazine*, vol. 78, no. 3, National Geographic Society, pp. 309-334.
- Stoner, Wesley D., (2011) *Disjuncture among Classic Period Cultural Landscapes in the Tuxtla Mountains, Southern Veracruz, Mexico*, tesis doctoral, Lexington, University of Kentucky.
- Symonds, Stacey, Ann Cyphers y Roberto Lunagómez, (2002) *Asentamiento prehispánico en San Lorenzo Tenochtitlán*, Ciudad de México, IIA-UNAM.
- Tamayo, Jorge L. y Robert C. West, (1964) "The Hydrography of Middle America", en: Robert Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, Austin, University of Texas Press, pp. 84-122.
- Tate, Carolyn E., (1995) "Art in Olmec Culture", en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 47-67.
- Taube, Karl A., (1995) "The Rainmakers: The Olmec and Their Contribution to Mesoamerican Cosmology", en: Jill Guthrie (ed.), *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, The Art Museum, Princeton University, pp. 83-103.
- (1996) "The Olmec Maize God: The Face of Corn in Formative Mesoamerica", en: *Res: Anthropology and Aesthetics*, no. 29/30, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, pp. 39-81, <http://www.jstor.org/stable/20166943>, consultado el 20 de octubre del 2015.
- (2000) "Lightning Celts and Corn Fetishes: The Formative Olmec and the Development of Maize Symbolism in Mesoamerica and the American Southwest", en: John E. Clark y Mary E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, Washington, D.C., National Gallery of Art, pp. 297-337.

- (2007) “La jadeíta y la cosmovisión de los olmecas”, en: *Arqueología Mexicana*, vol. XV, núm. 87, Ciudad de México, INAH, Editorial Raíces, pp. 43-48.
- Thomas, Julian, (2001) “Archaeologies of Place and Landscape”, en: Ian Hodder (ed.), *Archaeological Theory Today*, Cambridge, Blackwell Publishers Ltd., pp. 165-186.
- Thorpe, R. S., (1977) “Tectonic significance of alkaline volcanism in eastern Mexico”, en: *Tectonophysics*, Número 40, Amsterdam, Elsevier Scientific Publishing Company, pp. 19-26.
- Tilley, Christopher, (1994) *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*, Oxford/Providence, Berg Publishers.
- Torquemada, fray Juan de, (1975) *Monarquía Indiana*, vol. 1, Ciudad de México, IIH-UNAM.
- Tuan, Yi-Fu, (1979) “Space and Place: Humanistic Perspective”, en: Stephen Gale y Gunnar Olsson (eds.), *Philosophy in Geography*, Boston, D. Reidel Publishing, pp. 387-427.
- VanDerwarker, Amber M., (2006) *Farming, Hunting, and fishing in the Olmec World*, Austin, University of Texas Press.
- (2009) “Farming and Catastrophe at La Joya: A consideration of Agricultural Intensification and Risk in the Formative Sierra de Los Tuxtles”, en: *Arqueología Iberoamericana*, no. 1, pp. 17-40, <http://www.laiesken.net/arqueologia/pdf/2009/AI0102.pdf>, consultado el 7 de noviembre del 2016.
- VanDerwarker, Amber M. y Robert P. Kruger, (2012) “Regional Variation in the Importance and Uses of Maize in the Early and Middle Formative Olmec Heartland: New Archaeobotanical Data from the San Carlos Homestead, Southern Veracruz”, en: *Latin American Antiquity*, vol. 23, no. 4, Society for American Archaeology, pp. 509-532.
- Vázquez H., Gabriela, Edmundo Díaz-Pardo, Altagracia Gutiérrez-Hernández, Ignacio Doardo Villarejo y Adolfo de Sostoa, (2004) “Los Ríos y los Lagos”, en: Sergio Guevara, J. Laborde y G. Sánchez Ríos (eds.), *Los Tuxtles. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Ver., Instituto de Ecología A.C. y Unión Europea, pp. 201-230.

- Vidales Pérez, Rogelio, (2010) *Estudio Limnológico y ficológico en los ríos Apatlaco, Pue. y Amatzinac, Mor.*, tesis de licenciatura, Ciudad de México, UNAM.
- Vigliani, Silvina, (2011) *Pinturas espirituales. Identidad y agencia en el paisaje relacional de los cazadores recolectores y pescadores del centro-oeste de Sonora*, tesis de doctorado, Ciudad de México, ENAH.
- (2011b) “Paisaje como seguridad ontológica”, en: Stanislaw Iwaniszewski y Silvina Vigliani (coords.), *Identidad, paisaje y patrimonio*, Ciudad de México, INAH, ENAH, CONACULTA, pp. 39-56.
- Villela F., Samuel L., (1989) “Nuevo testimonio rupestre olmeca en el oriente de Guerrero”, en: *Arqueología*, no. 2, Nueva Época, Ciudad de México, Dirección de Arqueología del INAH, pp. 37-48.
- Von Nagy, Christopher, (2003) *Of Meandering Rivers and Shifting Towns: Landscape Evolution and Community within the Grijalva delta*, tesis doctoral, Nueva Orleans, Tulane University.
- (2011) *Coastal deltaic dynamics, human settlement, and ancient Olmec polities in Tabasco, Mexico*, ponencia presentada en el 76th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Sacramento.
- Von Nagy, Christopher L., Paul Schmidt Schoenberg y Mary D. Pohl, (2014) Ritualidad y política en Quiotepec-Oxtotitlán, Guerrero, México. Informe de las investigaciones del campo y resultados preliminares de los analices en curso. Proyecto orígenes de la ciudad mesoamericana (Proyecto Orígenes Urbanos), Informe Técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Wendt, Carl J., (2006a) *Fuentes de Origen del Betún en la Región Olmeca*, en línea, FAMSI, <http://www.famsi.org/reports/03059es/03059esWendt01.pdf>, consultado el 28 de marzo del 2016.
- (2006b) Reconocimiento Arqueológico en la Región del Río Pesquero Veracruz, México: Proyecto Arqueológico Río Pesquero: Temporada 2005, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (2009) “The Scale and Structure of Bitumen Processing in Early Formative Olmec Households”, en: Kenneth G. Hirth (ed.), *Housework: Craft Production and Domestic Economy in Ancient Mesoamerica*, vol. 19(1),

- Archaeological Papers of the American Anthropological Association, pp. 33-44.
- (2014) Proyecto Arqueológico Arroyo Pesquero (PAAP): Informe Técnico de Campo: Temporada 2012, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- Wendt, Carl J., Henri Noel Bernard y Jeffery Delsescaux, (2014) “A Middle Formative Artifact Excavated at Arroyo Pesquero, Veracruz”, en: *Ancient Mesoamerica*, vol. 25(2), Cambridge, Cambridge University Press, pp. 309-316.
- Wendt, Carl J., y Roberto Lunagómez Reyes, (2010) Proyecto Arqueológico Arroyo Pesquero (PAAP): Informe Técnico de Campo: Temporada 2008, informe técnico, Ciudad de México, Archivo Técnico del INAH.
- (2011), “Investigating the Arroyo Pesquero Olmec”, en: *Thule. Revista Italiana di Studi Americanistici*, vol. 33, no. 3, Perugia, Centro Studi Americanistici Circolo Amerindiano Onlus, pp. 73-79.
- Wendt, Carl J. y Shan-Tan Lu, (2006), “Sourcing archaeological bitumen in the Olmec region”, en: *Journal of Archaeological Science* 33, pp. 89-97.
- Williams, Howel y Robert F. Heizer, (1965) “Sources of Rocks Used in Olmec Monuments”, en: *Sources of Rocks Used in Prehistoric Mesoamerican Sites*, Número 1, Berkeley, Contributions of the University of California Archaeological Research Facility, pp. 1-40.
- Zurita Noguera Judith, (1997) “Los fitolitos: indicadores sobre la dieta y vivienda en San Lorenzo”, en: Ann Cyphers (coord.), *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*, Ciudad de México, IIA-UNAM, pp. 75-87.